STEVEN RUNCIMAN

HISTORIA DE LAS CRUZADAS

3. EL REINO DE ACRE Y LAS ÚLTIMAS CRUZADAS



HISTORIA Y GEOGRAFÍA

Alianza Editorial

HISTORIA Y GEOGRAFÍA
ENSAYO

EL LIBRO UNIVERSITARIO

STEVEN RUNCIMAN

HISTORIA DE LAS CRUZADAS

3. EL REINO DE ACRE Y LAS ÚLTIMAS CRUZADAS

Versión de
Germán Bleiberg



Alianza Editorial

Título original:
A History of the Crusades. Vol. 3: The Kingdom of Acre and the Later Crusades

Primera edición en «Alianza Universidad»: 1973
Primera edición en «Ensayo»: 1999

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid; teléf. 91 393 88 88
ISBN: 84-206-7992-5 (O. C.)
ISBN: 84-206-7959-3 (T. III)
Depósito legal: M. 20.470-1999
Impreso en Lavel, S. A., Pol. Ind. Los Llanos
C/ Gran Canaria, 12. Humanes (Madrid)
Printed in Spain

A Katerine Farrer

INDICE

Libro IV.—El fin de Ultramar

Libro V.—Epílogo

Apéndices

Bibliografía

INDICE DE MAPAS

PREFACIO

Este volumen se propone abarcar la historia de Ultramar y las guerras santas desde el resurgimiento del reino franco en tiempos de la tercera Cruzada hasta su derrumbamiento un siglo más tarde, con un epílogo sobre las últimas manifestaciones del espíritu cruzado. Se trata de una historia en la que se entretejen muchos temas. La decadencia de Ultramar, con sus pequeñas pero complejas tragedias, se interrumpía periódicamente con la organización de grandes Cruzadas, las cuales, después de la tercera, acabaron o disolviéndose o en un desastre. En Europa, aunque todos los potentados solían hablar aún del movimiento cruzado, ni siquiera la fervorosa piedad de San Luis pudo detener su declive, mientras la enemistad creciente entre la Cristiandad oriental y la occidental alcanzó su punto culminante en la mayor tragedia del Medioevo: el asolamiento, en nombre de Cristo, de la civilización bizantina. En el mundo musulmán, el constante estímulo de la guerra santa dio como resultado la sustitución de los amables y cultos ayubitas por los mamelucos, más eficaces y menos favorables, cuyos sultanes acabarían por eliminar la Siria franca. Finalmente, se produjo la arbitraria invasión de los mongoles, cuya venida pareció al principio una promesa de socorro para la Cristiandad oriental, pero cuya influencia, en definitiva, a causa de la falta de habilidad y de comprensión de sus aliados potenciales, sólo tuvo efectos destructores. Todo el relato está lleno de fe y locura, valor y codicia, esperanzas y desilusión.

He incluido capítulos breves sobre el comercio y las artes en Ultramar. El estudio de los mismos es necesariamente superficial, pues ni la historia comercial ni la artística de un estado colonial como Ultramar pueden separarse de la historia general del comercio y la civilización medievales. He intentado, por tanto, confinarme dentro de los límites que son estrictamente necesarios para la comprensión de Ultramar.

La historia de las Cruzadas es un tema amplio con fronteras indefinidas, y el modo de tratarlo yo representa mi propio y personal criterio. Si los lectores consideran que el acento puesto por mí en sus diversos aspectos es equivocado, sólo puedo alegar que un autor tiene que escribir su libro en su estilo propio. También pueden quejarse los críticos de que yo no haya escrito el libro que habrían escrito ellos si hubiesen acometido la tarea. Sin embargo, espero no haber omitido nada esencial para la comprensión.

Las enormes deudas contraídas con muchos eruditos, difuntos y vivos, están puestas de manifiesto, en mi opinión, en las notas a pie de página. La gran historia de Chipre de Sir George Hill y la meticulosa historia de las últimas Cruzadas del profesor Atiya son esenciales para la investigación de este período; y los estudiosos tienen que agradecer constantemente la erudita información contenida en las obras del profesor Claude Cahen. Tengo que mencionar, con pesar, la muerte del señor Grousset, cuya amplia visión y viva descripción han contribuido en gran medida a ilustrarnos sobre la política de Ultramar y el trasfondo asiático. Nuevamente he dependido en muchos aspectos de la obra de eruditos americanos, tales como el fallecido profesor La Monte y el señor P. A. Throop.

Una vez más quiero testimoniar mi agradecimiento a mis amigos en el Oriente Medio, que me han ayudado durante mis viajes por aquella región, especialmente a la Iraq Petroleum Company; y también quiero dejar constancia de mi gratitud a la amabilidad de los síndicos de la Cambridge University Press.

STEVEN RUNCIMAN.

Londres, 1954.

[Las citas de las Escrituras al principio de cada capítulo se han tomado, para la versión española, de la *Sagrada Biblia,* ed. Bover, S. J.-Cantera, B. A. C., 3.ª edición, Madrid, 1953.

Los nombres propios árabes, sirios, armenios, turcos, etc., se han conservado generalmente con la misma grafía utilizada por el autor.—*N. del T.*]

Libro I
LA TERCERA CRUZADA

Capítulo I
LA CONCIENCIA DE OCCIDENTE

> «No creían los reyes del país, ni ninguno de los habitantes del orbe, que penetraría el adversario y el enemigo por las puertas de Jerusalén.»
>
> (*Lamentaciones,* 4, 12.)

Las malas noticias se divulgan rápidamente. Apenas terminada y perdida la batalla de Hattin, salieron a toda prisa los mensajeros hacia Occidente para informar a los príncipes, y pronto les siguieron otros para dar cuenta de la caída de Jerusalén. La Cristiandad occidental se enteró de los desastres con consternación. A pesar de todos los llamamientos procedentes del reino de Jerusalén en los años anteriores, nadie en Occidente, con excepción tal vez de la corte papal, se dio cuenta de lo próximo que estaba el peligro. Los caballeros y peregrinos que habían visitado Oriente encontraron en los estados francos una vida más lujosa y alegre que en cualquier parte de sus países nativos. Oyeron relatos de proezas militares; vieron que el comercio florecía. No podían comprender lo precaria que era toda aquella prosperidad. Ahora, de repente, se enteraron de que todo había terminado. El ejército cristiano había sido destruido; la Santa Cruz, la más sagrada de todas las reliquias de la Cristiandad, estaba en manos del infiel; la misma Jerusalén había sido conquistada. En el espacio de pocos meses el edificio del Oriente franco se había desplomado, y si algo se quería salvar de las ruinas era menester mandar ayuda, y además sin pérdida de tiempo.

Los refugiados que habían sobrevivido al desastre estaban apiñados detrás de las murallas de Tiro, conservando su arrojo gracias a la despiadada energía de Conrado de Montferrato. La feliz coyuntura de su llegada salvó a la ciudad de la rendición y, uno tras otro, los señores que habían escapado a las garras de Saladino se le unieron allí, aceptándole gustosos como jefe. Pero todos ellos sabían que, sin ayuda de Occidente, las posibilidades de defender Tiro eran escasas, y nulas las de reconquistar el territorio perdido. En la calma que siguió al primer ataque de Saladino contra Tiro, cuando se alejó para continuar la conquista de la Siria del norte, los defensores de la ciudad enviaron al más estimado de sus colegas, Josías, arzobispo de Tiro, para informar personalmente al Papa y a los reyes de Occidente de lo desesperada que era la situación. Por la misma época, los supervivientes de las órdenes militares escribieron a todos los cofrades occidentales para impresionarles con el mismo angustiado relato [1].

El arzobispo zarpó de Tiro a finales del verano de 1187 y llegó, tras rápida travesía, a la corte de Guillermo II de Sicilia. Encontró al rey profundamente afectado por los rumores del desastre. Informado de todos los pormenores, se vistió con hábito de penitencia y marchó a un retiro de cuatro días. Después envió mensajes a los otros reyes occidentales para apremiarles a unirse en una Cruzada, y él mismo dispuso el envío de una expedición, lo antes posible, a Oriente. Se hallaba entonces en guerra con Bizancio. En 1185, sus tropas, al intentar la conquista de Tesalónica, sufrieron una grave derrota, pero su escuadra aún cruzaba aguas chipriotas, en apoyo del usurpador de Chipre, Isaac Comneno, que se había sublevado contra el emperador Isaac el Angel. Guillermo II concertó una paz apresurada con el Emperador, y el almirante siciliano, Margarito de Brindisi, fue llamado a Sicilia para equipar sus barcos; con trescientos caballeros, zarpó rumbo a Trípoli. Entretanto, el arzobispo Josías, acompañado de una embajada siciliana, se trasladó a Roma [2].

También en la Ciudad Eterna fue comprendida la gravedad de su noticia, pues los genoveses ya habían enviado un informe a la corte papal [3]. El anciano papa Urbano III estaba gravemente enfermo, y el golpe fue demasiado rudo para él. Murió de melancolía el 20 de

[1] Ernoul, págs. 247-8, acerca del viaje de Josías. El informe templario de Terencio a sus hermanos en Jesucristo aparece en Benedicto de Peterborough II, págs. 13-14, y el de los hospitalarios en Ansbert, *Expeditio Friderici,* págs. 2-4. Terencio escribió también a Enrique II; Benedicto de Peterborough, II, páginas 40-1.

[2] Ernoul, *loc. cit.*

[3] Benedicto de Peterborough, II, págs. 11-13.

octubre[4]. Su sucesor, Gregorio VIII, envió en seguida una carta circular a todos los fieles de Occidente. Transmitía la grave versión de la pérdida de Tierra Santa y de la Santa Cruz. Recordaba a sus destinatarios que la pérdida de Edesa, cuarenta años antes, debió haber sido una advertencia. Ahora había que hacer grandes esfuerzos. Exhortaba a todos a arrepentirse de sus pecados y hacer méritos para la vida eterna abrazando la Cruz. Prometía una indulgencia plenaria a todos los cruzados. Gozarían de la vida eterna en los cielos, y entretanto sus bienes terrenales estarían bajo la protección de la Santa Sede. Terminaba su carta ordenando un ayuno para todos los viernes, en los cinco años siguientes, y abstinencia de carne en miércoles y sábados. Su propio séquito y el de sus cardenales ayunarían además los lunes. Otros mensajes ordenaban una tregua de siete años entre todos los príncipes de la Cristiandad, y se informó que todos los cardenales habían jurado ser los primeros en abrazar la Cruz. Como predicadores mendicantes conducirían a los ejércitos cristianos hasta Palestina[5].

El papa Gregorio no vio el fruto de sus desvelos. Murió en Pisa el 17 de diciembre, después de un pontificado de dos meses, legando la tarea al obispo de Praeneste, elegido dos días después con el nombre de Clemente III. Mientras éste se apresuraba a establecer contacto con el más grande potentado de Occidente, el emperador Federico Barbarroja, el arzobispo de Tiro cruzó los Alpes para visitar a los reyes de Francia y de Inglaterra[6].

Le habían precedido las noticias de su misión. El anciano patriarca de Antioquía, Aimery, escribió una carta en septiembre al rey Enrique II, para referirle la tribulación de Oriente, carta que le fue entregada en mano por el obispo de Banyas[7]; y antes de que Josías de Tiro llegase a Francia, el mayor de los hijos supervivientes de Enrique, Ricardo, conde de Poitou, había abrazado la Cruz[8]. Enrique, por su parte, había estado muchos años en guerra, con alternativas, contra Felipe Augusto de Francia. En enero de 1188, Josías encontró a los dos reyes en Gisors, en la frontera entre Nor-

[4] *Annales Romani*, en Watterich, *Pontificum Romanorum Vitae*, II, páginas 682-3.

[5] Benedicto de Peterborough, II, págs. 15-19, da el texto de las cartas de los papas. El poeta provenzal Giraut estimaba, sin embargo, que el Papa no era lo suficientemente activo (v. Throop, *Criticism of the Crusades*, páginas 29-30).

[6] *Annales Romani*, en Watterich, *op. cit.*, II, pág. 692.

[7] Benedicto de Peterborough, II, págs. 36-8.

[8] Ambrosio, *L'estoire de la Guerre Sainte*, col. 3; *Itinerarium Regis Ricardi*, pág. 32; Rigord, págs. 83-4. Políticamente, la conferencia de Gisors fue un fracaso.

mandía y el dominio francés, donde se habían entrevistado para discutir una tregua. La elocuencia del arzobispo les convenció para hacer la paz y prometer que emprenderían la Cruzada tan pronto como fuera posible. Felipe, conde de Flandes, avergonzado tal vez de su fracasada expedición de diez años antes, se apresuró a seguir su ejemplo, y muchos de los altos nobles de ambos reinos juraron acompañar a sus monarcas. Se decidió que los ejércitos marcharían juntos, las tropas francesas llevando cruces rojas; blancas, las inglesas, y las flamencas, verdes. Para equipar a sus huestes respectivas, ambos crearon impuestos especiales [9]. A fines de enero, el Consejo del rey Enrique se reunió en Le Mans, con el fin de ordenar el pago del diezmo de Saladino, un tributo del 10 por 100 sobre la renta y los bienes muebles que había que cobrar de cada súbdito secular del rey, en Inglaterra y Francia. Enrique se trasladó después a Inglaterra, para hacer otros preparativos de la Cruzada, que fue predicada fervorosamente por Balduino, arzobispo de Canterbury. El arzobispo de Tiro inició su viaje de regreso henchido de esperanzas [10].

Poco después de la conferencia de Gisors, Enrique contestó por escrito al patriarca de Antioquía, diciéndole que la ayuda llegaría rápidamente [11]. Su optimismo no estaba justificado. El diezmo de Saladino se cobró satisfactoriamente, a pesar de que un caballero templario, Gilberto de Hoxton, intentó quedarse con el dinero cobrado por él, mientras Guillermo el León, rey de los escoceses, que era vasallo de Enrique, fue totalmente incapaz de convencer a sus cicateros barones para que contribuyesen con un solo penique. Se hicieron los planes para la administración del país, mientras Enrique y su heredero estuviesen en Oriente [12]. Pero, mucho antes de que el ejército pudiera concentrarse, estalló la guerra en Francia. Algunos de los vasallos de Ricardo se rebelaron contra él en Poitou, y en junio de 1188 se vio arrastrado a una disputa con el conde de Tolosa. El rey francés, furioso por este ataque contra su vasallo, replicó invadiendo Berry. Enrique, a su vez, invadió el territorio de Felipe, y la guerra se prolongó durante el verano y el otoño. En enero de 1189, Ricardo, cuya lealtad filial no se distinguía por la constancia, se unió a Felipe en una ofensiva contra Enrique. La interminable lucha horrorizó a la mayoría de los buenos cristianos. Entre los vasallos de Felipe, los condes de Flandes y de Blois se negaron a llevar armas hasta

[9] Benedicto de Peterborough, II, pág. 30; Ambrosio, cols. 3-4; *Itinerarium*, págs. 32-3.
[10] Benedicto de Peterborough, II, págs. 30-2.
[11] *Ibid.*, págs. 38-9.
[12] *Ibid.*, págs. 44, 47-8.

que fuese organizada la Cruzada [13]. En el otoño de 1188 el Papa había enviado al obispo de Albano y, después de la muerte de éste, en la primavera siguiente, al cardenal Juan de Anagni, para que ordenasen a los reyes el concierto de una paz; pero todo fue en vano. Tampoco tuvo más éxito Balduino, arzobispo de Canterbury. A lo largo de los primeros meses estivales, Felipe y Ricardo penetraron con éxito en las posesiones francesas de Enrique. El 3 de julio, Felipe tomó la gran fortaleza de Tours, y al día siguiente, Enrique, que yacía entonces enfermo, sin esperanzas, accedió a las humillantes condiciones de paz. Dos días después, antes de que pudieran ser ratificadas, murió, el 6 de julio, en Chinon [14].

La desaparición del viejo rey facilitó la situación. Ni siquiera era probable que él se hubiera considerado en condiciones de emprender la Cruzada. Pero su heredero, Ricardo, tenía firme intención de cumplir el voto paterno, y estaba dispuesto, inevitablemente, a llegar a cualquier arreglo que le dejase en libertad para ir a Oriente, sobre todo si Felipe se unía a la Cruzada. Felipe, por su parte, tenía menos animosidad contra Ricardo que contra Enrique, y comprendió que era mala política aplazar la Cruzada por mucho más tiempo. Se concertó rápidamente un tratado, y Ricardo pasó a Inglaterra para ser coronado y hacerse cargo del gobierno [15].

La coronación se celebró el 3 de septiembre en Westminster, y a ella siguió una bulliciosa persecución de judíos en Londres y York. Los ciudadanos estaban envidiosos del favor que les había demostrado el rey difunto, y el fervor cruzado siempre servía de disculpa para matar a los enemigos de Dios. Ricardo castigó a los tumultuosos y permitió a un judío, que se había hecho cristiano para evitar la muerte, volver a su fe. Los cronistas estaban irritados al conocer el comentario del arzobispo Balduino, que dijo que si no quería ser hombre de Dios, mejor sería que fuese hombre del diablo. El rey permaneció en Inglaterra todo el otoño, reorganizando su administración. Fueron cubiertas las sedes episcopales vacantes. Después de algún reajuste preliminar, Guillermo Longchamp, obispo de Ely, fue nombrado canciller y magistrado para el sur de Inglaterra, mientras Hugo, obispo de Durham, fue designado magistrado para el Norte, aunque también condestable de Windsor. A la reina madre, Leonor, se le dieron poderes virreinales, pero ella no pensaba quedarse en Inglaterra. El hermano del rey, Juan, recibió en feudo grandes tie-

[13] *Ibid.*, págs. 34-6, 39-40, 44-9; Rigord, págs. 90-3.

[14] Benedicto de Peterborough, II, págs. 50-1, 59-61, 66-71; Rigord, páginas 94-7; Roger de Wendover, I, págs. 154-60.

[15] Benedicto de Peterborough, II, págs. 74-5; Roger de Wendover, I, páginas 162-3.

rras en el Sudoeste, y un prudente decreto de destierro que impedía su entrada en Inglaterra durante tres años fue abolido precipitadamente. Se vendieron tierras del patrimonio real para conseguir dinero. Los ingresos, así como los donativos y el diezmo de Saladino, proporcionaron al rey un enorme tesoro, y Guillermo de Escocia envió diez mil libras a cambio de liberarse del vasallaje a la corona inglesa y de la devolución de sus ciudades de Berwick y Roxburgh, que había perdido durante el reinado de Enrique [16].

En noviembre, Rothrud, conde de Perche, llegó de Francia para informar que el rey Felipe tenía casi terminados sus preparativos para la Cruzada y que deseaba entrevistarse con Ricardo el 1.° de abril en Vézelay, donde discutirían la partida de ambos [17]. Había llegado una carta a la corte francesa a fines de 1188, enviada por sus agentes en Constantinopla, que hablaba de una profecía atribuida al santo ermitaño Daniel, según la cual el año en que la fiesta de la Asunción coincidiera con el Domingo de Resurrección, los francos reconquistarían Tierra Santa. Esta coincidencia se produciría en 1190. El informe agregaba que Saladino estaba envuelto en disputas con su familia y sus aliados, pero que el emperador Isaac le ayudaba impíamente, y aludía a un rumor sobre una grave derrota sufrida por Saladino cerca de Antioquía [18]. Las noticias que llegaron a Francia al año siguiente ya no eran tan optimistas, aunque se supo que, gracias a la ayuda siciliana, los francos estaban pasando a la ofensiva [19]. Además, el Emperador occidental, Federico Barbarroja, ya estaba de camino para Oriente [20]. Era hora de que los reyes de Francia e Inglaterra partieran.

Después de escuchar a su Consejo, el rey Ricardo accedió a la entrevista de Vézelay. Estaba de regreso en Normandía hacia Navidades y se dispuso a salir para Palestina a fines de la primavera. En el último momento hubo que aplazarlo todo, debido a la muerte repentina de la reina de Francia, Isabel de Hainault, a principios de marzo [21]. Hasta el 4 de julio no volvieron a entrevistarse los reyes en Vézelay, con sus caballeros y su infantería, en condiciones ya de marchar para su santa empresa [22].

[16] Benedicto de Peterborough, II, págs. 80-8, 97-101; Roger de Wendover, I, págs. 164-7; Ambrosio, cols. 6-7.

[17] Benedicto de Peterborough, II, págs. 92-3.

[18] *Ibid.*, II, págs. 51-3.

[19] *Ibid.*, II, pág. 93.

[20] Véase *infra*, pág. 24.

[21] Benedicto de Peterborough, II, pág. 108; *Itinerarium*, pág. 146; Rigord, págs. 97-8.

[22] Benedicto de Peterborough, II, pág. 111; *Itinerarium*, págs. 147-9; Ambrosio, cols. 8-9; Rigord, págs. 98-9.

Habían pasado ahora tres años desde que el reino de Jerusalén sufrió el desastre de Hattin, y fue una suerte para los francos en Oriente que otros cruzados no se hubiesen retrasado tanto. La rapidez con que el rey Guillermo de Sicilia acudió con su ayuda salvó a Tiro y Trípoli para la Cristiandad. Guillermo murió el 18 de noviembre de 1189, y su sucesor, Tancredo, tuvo que afrontar conflictos en la patria [23]. Pero ya en septiembre una armada de barcos daneses y flamencos, calculada por los esperanzados cronistas en quinientas unidades, llegó a aguas de la costa siria, y por la misma época llegó Jaime, señor de Avesnes, el más valiente caballero de Flandes [24]. Ni siquiera los ingleses esperaron todos a su rey para iniciar la marcha. Una flotilla tripulada por londinenses zarpó del Támesis, en agosto, y llegó a Portugal al mes siguiente. Allí, como sus compatriotas de unos cuarenta años antes, accedieron a ponerse al servicio temporal del rey portugués, y gracias a su ayuda, el rey Sancho pudo arrebatar al Islam la fortaleza de Silves, al este del cabo de San Vicente. El día de San Miguel, los londinenses cruzaron el estrecho de Gibraltar [25]. Pero el ejército más impresionante, que ya había salido para Tierra Santa, era el del emperador Federico Barbarroja.

Federico se sintió profundamente afectado al conocer los desastres de Palestina. Siempre, desde que regresó, con su tío Conrado, de la fracasada segunda Cruzada, añoraba presentar de nuevo batalla al infiel. Ahora era un anciano, casi septuagenario, y había reinado en Alemania durante treinta y cinco años. La edad no había aminorado su gallardía ni su encanto, pero muchas y amargas experiencias le habían enseñado a ser prudente. No había tenido muchos contactos personales con Palestina. Muy pocos de los colonos allí establecidos eran de origen germánico, y su larga querella con el Papado provocó la cautela del gobierno franco en recurrir a su ayuda. Pero la casa de Montferrato se contó siempre entre sus partidarios. La noticia de la valiente defensa de Conrado en Tiro pudo haberle animado. El reciente matrimonio de su heredero, Enrique, con la princesa siciliana Constanza le puso en íntimo contacto con los normandos del Sur. La muerte del papa Urbano III en el otoño de 1187 le permitió hacer la paz con Roma. Gregorio VIII dio la

[23] Véase Chalandon, *Domination Normande en Italie,* II, págs. 416-8. La muerte de Guillermo se menciona como un desastre en todas las crónicas anglonormandas y francesas.

[24] Benedicto de Peterborough, II, pág. 94; *Itinerarium,* pág. 65; Ambrosio, cols. 77-8.

[25] Benedicto de Peterborough, II, págs. 116-22; Rodolfo de Diceto, II, págs. 65-6; *Narratio Itineris Navalis ad Terram Sanctam, passim.*

bienvenida a un aliado tan valioso para el socorro de la Cristiandad, y Clemente III se mostró igual de amistoso [26].

Federico abrazó la Cruz en Maguncia el 27 de marzo de 1188, recibiéndola del cardenal de Albano. Era el cuarto domingo de cuaresma, conocido por el introito *Laetare Hierusalem* [27]. Pero pasó más de un año antes de que estuviera en condiciones de salir hacia Oriente. Confió la regencia de sus dominios a su hijo, el futuro Enrique IV. Su gran rival en Alemania, Enrique el León de Sajonia, recibió órdenes de ceder sus derechos sobre parte de sus tierras, o acompañar a la Cruzada por su cuenta, o desnaturarse durante tres años, y eligió esto último, retirándose a la corte de su suegro, Enrique II de Inglaterra [28]. Gracias a la simpatía papal, la Iglesia alemana se pacificó después de una larga serie de disputas. La frontera occidental de Alemania fue reforzada con la creación de un nuevo margravesado [29]. Mientras concentraba su ejército, Federico escribió a los soberanos de los países por donde iba a pasar: el rey de Hungría, el emperador Isaac el Angel y el sultán seléucida Kilij Arslan; y envió a un embajador, Enrique de Dietz, con una jactanciosa carta dirigida a Saladino pidiéndole que devolviera toda Palestina a los cristianos y retándole a una batalla en el campo de Zoan en noviembre de 1189 [30]. El rey de Hungría y el sultán seléucida contestaron con mensajes que prometían ayuda. Una embajada bizantina llegó a Nurenberga en el curso de 1188 para resolver detalles para el paso de los cruzados por el territorio de Isaac [31]. Pero la respuesta de Saladino, si bien cortés, era altanera. Ofrecía poner en libertad a los prisioneros francos y reponer en sus sedes a los abades latinos de Palestina; pero nada más. Si no se aceptaba su propuesta, habría guerra.

A principios de mayo de 1189, Federico salió de Ratisbona. Le acompañaban su hijo segundo, Federico de Suabia, y muchos de sus vasallos más importantes, y su ejército, la fuerza más numerosa organizada por un rey para una Cruzada, estaba equipado y tenía ex-

[26] La mejor biografía de conjunto de Federico I es aún la de Prutz, *Kaiser Friedrich I*. Su expedición a Oriente la narran detalladamente Ansbert, *Expeditio Friderici, Historia Peregrinorum* y *Epistola de Morte Friderici Imperatoris*. (Todas ellas publicadas en Chroust, *Quellen zur Geschichte des Kreuzzuges Kaiser Friedrichs I*).

[27] Hefele-Leclercq, *Histoire des Conciles*, V, 2, págs. 1143-4.

[28] Benedicto de Peterborough, II, págs. 55-6.

[29] Hefele-Leclercq, *op. cit.*, pág. 1144, con referencias.

[30] Ansbert, *Expeditio Friderici*, pág. 16; Benedicto de Peterborough, II, págs. 62-3, ofrece una versión de la carta de Federico a Saladino. Se puede afirmar casi con seguridad que es falsa.

[31] Ansbert, *Expeditio Friderici*, pág. 15; Hefele-Leclercq, *loc. cit.*

celente disciplina [32]. El rey Bela le dispensó un recibimiento cordial y le dio todas las facilidades para su paso por Hungría. El 23 de junio cruzó el Danubio en Belgrado y entró en territorio bizantino [33]. Empezaron las incomprensiones. El emperador Isaac el Angel no era hombre para afrontar una situación que requería tacto, paciencia y valor. Era un cortesano astuto, pero débil de voluntad, que había llegado al trono por casualidad y que tenía conciencia de que había muchos rivales en potencia dentro de sus dominios. Sospechaba de todos sus funcionarios, pero no se atrevía a vigilarles estrechamente. Ni las fuerzas armadas de su Imperio ni las finanzas se habían recuperado de los abusos sufridos durante el vanidoso reinado de Manuel Comneno. El intento del emperador Andrónico de reformar la administración no sobrevivió a su caída. Aquélla estaba ahora más corrompida que nunca. Elevados e injustos tributos originaban conflictos en los Balcanes. Chipre se hallaba en rebelión al mando de Isaac Comneno. Cilicia se había perdido a favor de los armenios. Los turcos estaban apoderándose de las provincias imperiales en la Anatolia central y del Sudoeste, y los normandos habían lanzado un gran ataque contra el Epiro y Macedonia. La derrota de los normandos fue el único triunfo militar del reinado de Isaac el Angel. Para el resto se vio supeditado a la diplomacia. Concertó una firme alianza con Saladino, lo que horrorizó a los francos de Oriente. Sus razones no eran dañar los intereses francos, sino doblegar el poder de los seléucidas; pero el logro accidental de que los Santos Lugares de Jerusalén se pusieran de nuevo al cuidado de los ortodoxos fue causa de especial indignación en Occidente. Para mejorar la defensa de los Balcanes hizo amistad con el rey Bela de Hungría, casándose con su joven hija Margarita en 1185. Pero el impuesto extraordinario decretado con ocasión del matrimonio fue la chispa que inflamó a los servios y búlgaros, ya muy enardecidos, lanzándolos a la rebelión abierta. A pesar de algunos éxitos iniciales, sus generales fueron incapaces de aplastar a los rebeldes. Cuando Federico apareció en Belgrado ya había un estado servio independientemente constituido en las colinas del noroeste de la península, y aunque las fuerzas bizantinas aún mantenían las fortalezas a lo largo del camino principal a Constantinopla, los bandoleros búlgaros eran los amos del campo [34].

[32] Arnoldo de Lübeck cree que se hizo un censo cuando el ejército cruzó el Save, y que había entonces 50.000 hombres a caballo y 100.000 infantes (págs. 130-1). Los cronistas alemanes dan la cifra redonda de 100.000 para todo el ejército.

[33] Ansbert, *Expeditio Friderici*, pág. 26.

[34] Para Isaac el Angel, véase Cognasso, «Un imperatore Bizantino della Decadenza, Isacco il Angelo», en *Bessarione*, vol. XXXI, págs. 29 y sigs.,

Apenas hubo cruzado el ejército alemán el Danubio, empezaron los conflictos. Bandoleros servios y búlgaros atacaron a los rezagados, y la gente del campo estaba asustada y se mostraba hostil. Los alemanes en seguida acusaron a los bizantinos de instigadores de esa hostilidad, negándose a comprender que Isaac era incapaz de reprimirla. Federico, prudentemente, buscó la amistad de los capitanes rebeldes. Esteban Nemanya, príncipe de Serbia, se trasladó con su hermano Scracimiro a Nish para saludar al monarca alemán cuando pasó por la ciudad en julio, y los hermanos vlaquios Iván Asen y Pedro, jefes de la rebelión búlgara, le enviaron mensajes prometiéndole ayuda. Las noticias de tales negociaciones provocaron una natural inquietud en la corte de Constantinopla. Isaac ya sospechaba de las intenciones de Federico. Sus embajadores anteriores en la corte alemana, Juan Ducas y Constantino Cantacuceno, habían sido enviados con el fin de recibir a Federico a su entrada en territorio bizantino, y, para escándalo de su antiguo amigo, el historiador Nicetas Choniates, se aprovecharon de su misión para incitar a Federico contra Isaac, quien pronto se enteró de sus intrigas. Mientras la desconfianza que Bizancio inspiraba a Federico, desconfianza que databa de las experiencias de la segunda Cruzada, se desvanecía por la influencia de su escolta bizantina, Isaac perdió la serenidad. Hasta entonces, la disciplina del ejército alemán y los adecuados arreglos de las autoridades bizantinas para su avituallamiento habían impedido incidentes desagradables. Pero cuando Federico ocupó Filipópolis y desde allí envió emisarios a Constantinopla para resolver la cuestión del paso de sus tropas a Asia, Isaac los encarceló, pensando en retenerlos como rehenes para asegurarse una conducta pacífica por parte de Federico. Se equivocó por completo en su juicio sobre el Emperador, quien, en seguida, envió a su hijo, Federico de Suabia, para tomar, también en calidad de rehén, la ciudad de Didimotico, en Tracia, y escribió a su patria para ordenar a su hijo Enrique que reuniera una flota que se utilizaría contra Bizancio y para asegurar la bendición papal en una Cruzada contra los griegos. A menos que los estrechos se hallasen bajo dominio franco, nunca tendría éxito un movimiento cruzado. Enfrentado con la perspectiva de un ejército alemán que iba a recibir la ayuda de una flota de Occidente, atacando Constantinopla, Isaac vaciló algunos meses, y al fin accedió a poner en libertad a los embajadores alemanes. Se concertó la paz en Adrianópolis. Isaac dio a Federico rehenes, prometió facilitarle barcos si quería cruzar los Dardanelos en vez del Bósforo y

246 y sigs. Carta de Federico I a Enrique en Bohmer, *Acta Imperii Selecta,* página 152.

abastecerle en su paso por Anatolia. Federico deseaba únicamente seguir hasta Palestina. Contuvo su ira y aceptó las condiciones.

El ejército alemán había avanzado muy lentamente por los Balcanes, y Federico era demasiado cauteloso para intentar atravesar Anatolia durante el invierno. Invernó en Adrianópolis, mientras los ciudadanos de Constantinopla temblaban de miedo, temiendo que rechazara las disculpas de Isaac y marchara sobre la capital. Finalmente, en marzo de 1190, toda su hueste descendió hacia Gallipoli, en los Dardanelos, y con la ayuda de los transportes bizantinos cruzó a Asia, para descanso de Isaac y sus súbditos [35].

Al salir de la ribera asiática de los Dardanelos, Federico tomó decididamente el camino seguido por Alejandro Magno quince siglos antes, cruzando el Gránico y el torrencial Angelocomites, hasta que encontró un camino real empedrado de los bizantinos entre Miletópolis y la moderna Balikesir. Siguió esta ruta por Calamus hasta Filadelfia, donde los habitantes se mostraron al principio amistosos, pero luego intentaron robar a la retaguardia, y fueron castigados. Llegó a Laodicea el 27 de abril, treinta días después de su paso por los Dardanelos. Desde allí se dirigió hacia el interior, a lo largo del camino seguido por Manuel en su fatal avance sobre Miriocéfalo, y el 3 de mayo, después de una escaramuza con los turcos, pasó por el lugar de la batalla, donde aún se veían los huesos de las víctimas. Se hallaba ahora en territorio dominado por el sultán seléucida. Era evidente que Kilij Arslan, a pesar de sus promesas, no pensaba dejar pasar tranquilamente a los cruzados por sus dominios. Pero, asustado por el volumen del ejército germano, intentó simplemente situarse en sus alrededores, capturando a los rezagados e impidiendo la busca de alimentos. Fue una táctica eficaz. El hambre, la sed y las flechas turcas empezaron a causar estragos. Siguiendo el camino por el límite de las montañas de Sultan Dagh, por la antigua calzada de Filomelio, hacia el Este, Federico llegó a Konya el 17 de mayo. El sultán y su corte se habían retirado, y después de una encarnizada batalla con el hijo del sultán, Qutb ad-Din, pudo entrar al día siguiente en la ciudad. No permaneció mucho tiempo dentro de las murallas, pero dejó que su ejército descansara algo en los huertos de Meram, en las afueras meridionales. Seis días después avanzó hacia Karaman, adonde llegó el día 30, y desde allí condujo su ejército sobre los pasos del Tauro, sin hallar oposición, hasta la costa sur de Seleucia. El puerto se hallaba en poder de los armenios, cuyo cató-

[35] Nicetas Choniates, págs. 525-37; Ansbert, *Expeditio Friderici*, páginas 27-66; *Gesta Federici in Expeditione Sacra*, págs. 80-4; Otón de San Blaise, págs. 66-7; *Itinerarium*, págs. 47-9. Véase Hefele-Leclercq, *op. cit.*, páginas 1147-9; Vasiliev, *History of the Bizantine Empire*, págs. 445-7.

lico se apresuró a enviar un mensaje a Saladino. El camino atravesaba terreno difícil; escaseaba la comida y el calor estival era intenso [36].

El 10 de junio, la enorme hueste descendió a la llanura de Seleucia, y se dispuso a cruzar el río Calicadno para entrar en la ciudad. El Emperador cabalgaba en cabeza, seguido de su cuerpo de guardia, y llegó a la orilla del río. Lo que pasó entonces no se sabe con seguridad. O bien descendió de su caballo para refrescarse en la verdosa corriente y ésta era más fuerte de lo que pensaba, o su anciano cuerpo no pudo soportar la repentina impresión, o tal vez resbalase su caballo, arrojándole a las aguas, y el peso de su armadura le hundiría en ellas. Cuando el ejército llegó al río, su cadáver había sido rescatado y yacía sobre la orilla [37].

La muerte del gran Emperador fue un rudo golpe no sólo para sus propios seguidores sino para todo el mundo franco. La noticia de su venida al frente de un gran ejército había alentado enormemente a los caballeros que guerreaban en la costa siria. Sólo con sus fuerzas parecía que bastaría para rechazar a los musulmanes, y su acción combinada con los ejércitos de los reyes de Francia e Inglaterra, de los que se sabía que iban a salir pronto hacia Oriente, reconquistaría, con toda seguridad, Tierra Santa para la Cristiandad. Incluso Saladino temía que semejante acción combinada fuese demasiado para él. Cuando supo que Federico se hallaba en camino para Constantinopla, envió a su secretario y futuro biógrafo, Beha ed-Din, a Bagdad, para advertir al califa Nasr que los fieles tenían que unirse para afrontar la amenaza, y convocó a todos sus vasallos para sumarse a él. Reunió la información sobre cada etapa de la marcha del ejército alemán y creyó erróneamente que Kilij Arslan estaba ayudando secretamente a los invasores. Cuando se enteraron, de repente, los musulmanes, de la muerte de Federico, les pareció que Dios había obrado un milagro en favor de su fe. El ejército que Saladino había reunido para contener a los alemanes en la Siria del norte pudo ser reducido tranquilamente, y se enviaron destacamentos para unirse a sus fuerzas en la costa de Palestina [38].

[36] Nicetas Choniates, págs. 538-44; Ansbert, *Expeditio Friderici,* págs. 67-90; *Gesta Federici,* págs. 84-97; *Epistola de Morte Friderici,* págs. 172-7; *Itinerarium,* págs. 49-53. La ruta de Federico se analiza en Ramsay, *Historical Geography of Asia Minor,* págs. 129-30. El aviso del católico armenio a Saladino se encuentra en Beha ed-Din (*P. P. T. S.*, págs. 185-9).

[37] Nicetas Choniates, pág. 545; Ansbert, *Expeditio Friderici,* págs. 90-2; *Epistola de Morte Friderici,* págs. 177-8; *Gesta Federici,* págs. 97-8; Otón de S. Blaise, pág. 51; *Itinerarium,* págs. 54-5; Ibn al-Athir, II, pág. 5; Beha ed-Din, *P. P. T. S.,* págs. 183-4.

[38] Ernoul, págs. 250-1; *Estoire d'Eracles,* II, pág. 140; *Itinerarium,* pá-

Grande había sido el peligro para el Islam, y Saladino tuvo razón en ver su salvación en la muerte del Emperador. Aunque habían muerto numerosos soldados alemanes y se habían perdido algunos equipos en la ardua marcha por Anatolia, el ejército del Emperador era aún formidable. Pero los alemanes, con su extraña añoranza de rendir culto a un caudillo, suelen desmoralizarse cuando el caudillo desaparece. Las tropas de Federico perdieron su serenidad. El duque de Suabia se hizo cargo del mando, pero, aunque era bastante valiente, carecía de la personalidad de su padre. Algunos de los príncipes decidieron regresar con sus seguidores a Europa; otros se embarcaron desde Seleucia a Tarso para Tiro. El duque, con el ejército muy reducido, avanzó bajo el tórrido calor estival por la llanura ciliciana, llevando consigo el cuerpo del Emperador conservado en vinagre. Después de alguna vacilación, el príncipe armenio León realizó una visita de cumplido al campamento alemán. Pero los jefes alemanes no pudieron organizar adecuadamente el avituallamiento de sus tropas. Privadas de la autoridad del emperador, las fuerzas perdieron su disciplina. Muchos hombres estaban hambrientos, muchos enfermos y todos inquietos. El mismo duque cayó gravemente enfermo y hubo de permanecer en Cilicia. Su ejército prosiguió sin él, y fue atacado, sufriendo graves pérdidas, al pasar por las Puertas Sirias. Era un grupo de gente lamentable el que llegó, el 21 de junio, a Antioquía. Federico llegó pocos días después, una vez repuesto [39].

El príncipe Bohemundo de Antioquía recibió a los alemanes con hospitalidad. Fue la ruina de ellos. Sin jefe, habían perdido su entusiasmo y, después de las penalidades de su viaje, no tenían deseos de salir de los lujos de Antioquía. Y los excesos a que se entregaron no contribuyeron a mejorar su salud. Federico de Suabia, complacido por el homenaje que le rendía Bohemundo y alentado por una visita que, desde Tiro, le hizo su primo Conrado de Montferrato, estaba deseoso de proseguir camino. Pero cuando salió de Antioquía, a fines de agosto, lo hizo con un ejército aún mucho más reducido. Tampoco se apreciaba su esfuerzo por parte de muchos francos a los que había venido a ayudar. Todos los enemigos de Conrado, sabiendo que Federico era su primo y amigo, susurraron que Saladino había pagado a Conrado sesenta mil besantes para llevarse a Federico lejos de Antioquía, donde habría sido más útil a la causa cristiana. Fue un simbolismo muy oportuno el que el cuerpo del viejo Emperador se hubiese desintegrado. El vinagre había sido ineficaz,

ginas 56-7; Ambrosio, col. 87; Ibn al-Athir, *loc. cit.;* Abu Shama, págs. 34-5; Beha ed-Din, *P. P. T. S.*, págs. 189-91; Bar Hebraeus, págs. 332-4.

[39] Sicardo de Cremona, pág. 610; Otón de S. Blaise, pág. 52; Abu Shama, págs. 458-9; Beha ed-Din, *P. P. T. S.*, págs. 207-9.

y los restos —deshaciéndose— fueron apresuradamente enterrados en la catedral de Antioquía. Pero algunos huesos fueron separados del cadáver y viajaron con el ejército, con la vana esperanza de que, al menos una parte de Federico Barbarroja, pudiera esperar el Día del Juicio en Jerusalén [40].

El espantoso fracaso de la Cruzada del Emperador hizo más apremiante que nunca el que los reyes de Francia e Inglaterra llegaran a Oriente, para participar en el reto amargo y fatal que se lanzaba contra la costa de Palestina del Norte.

[40] Abu Shama, págs. 458-60; Beha ed-Din, *P. P. T. S.*, págs. 212-14; Ernoul, pag. 259.

Capítulo 2

ACRE

> «He aquí que yo haré volver atrás las armas que lleváis en vuestras manos y con las cuales peleáis contra el rey de Babilonia y los caldeos que os tienen asediados fuera de la muralla.»
>
> (Jeremías, 21, 4.)

En el momento de su victoria, Saladino cometió una sola falta grave: se dejó intimidar por las fortificaciones de Tiro. Si hubiese avanzado sobre ella inmediatamente después de conquistar Acre en julio de 1187, la ciudad habría sido suya. Pero creyó que su rendición era asunto resuelto y se retrasó unos días. Cuando llegó a las puertas de Tiro, ya se hallaba en la ciudad Conrado de Montferrato, que se negó a considerar la capitulación. Saladino no estaba preparado en aquel momento para emprender un sitio sistemático contra la plaza y se entregó a conquistas más fáciles. No fue hasta después de la caída de Jerusalén cuando realizó un segundo ataque contra Tiro, con un numeroso ejército y todas las máquinas de asedio de que disponía. Pero las murallas al otro lado del angosto itsmo habían sido reforzadas ahora por Conrado, que dedicó el dinero traído de Constantinopla para mejorar las defensas. Después de que sus máquinas demostraron ser ineficaces, y luego que su flota fue destruida a la entrada del puerto, Saladino abandonó una vez más el sitio y licenció a la mayoría de sus tropas. Antes de que volviera de nuevo para completar la conquista de la costa, llegó ayuda del otro lado del mar [1].

[1] Véase *supra*, vol. II, págs. 416-7.

Las fuerzas enviadas por Guillermo II de Sicilia a fines de la primavera de 1188 no eran muy numerosas, pero constaban de una flota bien armada, al mando del almirante Margarito, y de doscientos caballeros entrenados. La presencia de estas fuerzas dio origen a que Saladino tuviese que levantar el sitio del Krak des Chevaliers en julio de 1188, y le hizo desistir del ataque a Trípoli [2]. Se hubiese contentado con haber podido negociar por entonces una paz. Había un caballero de España que llegó a Tiro a tiempo de participar en la defensa. Su nombre es desconocido, pero a causa de la armadura que llevaba la gente le llamaba el Caballero Verde. Su valor y sus proezas impresionaron profundamente a Saladino, que se entrevistó con él cerca de Trípoli en el verano de 1188, confiando en convencerle para llegar a una tregua y para que él mismo entrara al servicio de los sarracenos. Pero el Caballero Verde respondió que los francos no admitirían más que la devolución de su país, sobre todo porque empezaba a llegar la ayuda de Occidente. Pidió a Saladino que evacuase Palestina; entonces vería que los francos se convertirían en sus más leales aliados [3].

Aunque no se iba a llegar a la paz, Saladino dio pruebas de sus intenciones amistosas poniendo en libertad a algunos de sus prisioneros eminentes. Fue práctica suya el inducir a los señores francos cautivos a obtener su libertad a cambio de ordenar la rendición a sus castillos. Era una manera económica y sencilla de conquistar fortalezas. Su caballerosidad fue más lejos. Cuando Estefanía, señora de Transjordania, fracasó en su pretensión de que se rindieran las guarniciones de Kerak y Montreal con el fin de que su hijo, Hunfredo de Torón, fuese libertado, Saladino se lo devolvió aun antes de que los tercos castillos hubiesen sido tomados por asalto. El precio de la libertad del rey Guido iba a ser Ascalón. Pero los ciudadanos de esta plaza, avergonzados del egoísmo de su rey, se negaron a obedecer sus órdenes. Ahora había caído Ascalón y, por ello, la reina Sibila escribió repetidamente a Saladino, pidiéndole que le devolviera a su esposo. En julio de 1188, Saladino accedió a su petición. Después de jurar solemnemente que se retiraría al otro lado del mar y que jamás volvería a tomar las armas contra los musulmanes, el rey Guido, con diez de sus distinguidos secuaces, entre ellos el condestable Amalarico, fue enviado para reunirse con la reina en Trípoli. Por la misma

[2] *Itinerarium*, págs. 27-8; Benedicto de Peterborough, II, pág. 54; *Estoire d'Eracles*, II, págs. 114, 119-20; Abu Shama, págs. 362-3; Ibn al-Athir, páginas 718, 720-1. *Eracles* y los autores musulmanes afirman que Margarito tuvo una entrevista con Saladino en Laodicea.

[3] Ernoul, págs. 251-2.

época se permitió al anciano marqués de Montferrato que se trasladara a Tiro, donde estaba su hijo[4].

La generosidad de Saladino alarmó a sus compatriotas. No sólo permitió a los ciudadanos francos de cada ciudad que se rendía a él que se marchasen y se unieran a sus hermanos en Tiro o Trípoli, sino que engrosaba además las guarniciones de estas últimas fortalezas cristianas al poner en libertad a tantos señores cautivos. Pero Saladino sabía lo que hacía. Las querellas de los partidos que habían desgarrado durante los últimos años el reino de Jerusalén fueron cauterizadas por el tacto de Balian de Ibelin sólo pocas semanas antes de la batalla de Hattin, y volvieron a manifestarse en la misma víspera de la batalla. El desastre no hizo más que aumentarlas. Los partidarios de los Lusignan y de los Courtenay culpaban de aquél a Raimundo de Trípoli, y los amigos de Raimundo, los Ibelin y los Garnier y la mayoría de la nobleza local, echaron la culpa, con más razón, a la debilidad del rey Guido y a la influencia de los templarios y de Reinaldo de Châtillon. Raimundo y Reinaldo ya habían muerto, pero la querella perduró. Enjaulados tras las murallas de Tiro, los desposeídos señores tenían poco más que hacer que echarse las culpas unos a otros. Balian y sus amigos, que habían eludido la cautividad, aceptaron ahora a Conrado de Montferrato como jefe. Comprendieron que él había sido el único en salvar Tiro. Pero los partidarios de Guido, saliendo del cautiverio después de que lo peor de la crisis había terminado, le consideraban sólo como un intruso, y como un rival en potencia de su rey. La libertad de Guido, lejos de fortalecer a los francos, puso la querella sobre el tapete[5].

La reina Sibila, probablemente para evitar un ambiente hostil a su esposo, se retiró a Trípoli. A la muerte de Raimundo, en el otoño de 1187, Trípoli pasó al joven hijo de su primo, Bohemundo de Antioquía, y Bohemundo, bonachón y tal vez agradecido por ver reforzada su guarnición de Trípoli, no puso ningún obstáculo a que los partidarios de los Lusignan se reunieran en torno a su reina en la ciudad. Guido se reunió con ella tan pronto como fue libertado, y en seguida se halló un clérigo dispuesto a desligarle del juramento prestado a Saladino. El juramento se había hecho por coacción y a un infiel. Por tanto, según la Iglesia, no era válido. Saladino se en-

[4] Para el problema del lugar y fecha exactos de la liberación de Guido, véase *supra*, vol. II, pág. 417, n. 34, con referencias. Ernoul (pág. 253), *Eracles* (pág. 121) y Beha ed-Din (*P. P. T. S.*, pág. 143), aluden al juramento de Guido de no tomar las armas para luchar contra los musulmanes. El *Itinerarium* dice que prometió abandonar el reino (pág. 25), y Ambrosio (col. 70), que cruzaría el mar. Guido, posteriormente, dijo que había cumplido la promesa al ir de Tortosa a la isla de Ruad (*Estoire d'Eracles*, II, pág. 131).

[5] Ibn al-Athir, págs. 707-11, critica duramente la política de Saladino.

fureció al saberlo, pero no pudo haberle sorprendido mucho. Después de visitar Antioquía, donde Bohemundo le dio una vaga promesa de ayuda, Guido marchó con sus partidarios desde Trípoli a Tiro, con la intención de hacerse cargo del gobierno en lo que quedaba de su antiguo reino. Conrado cerró las puertas ante él. En opinión del partido de Conrado, Guido había vendido el reino en Hattin y durante su cautiverio. Lo dejó sin gobierno y todo se hubiese perdido a no ser por la intervención de Conrado. Ante la petición de Guido de ser recibido como rey, Conrado replicó que defendía Tiro para los monarcas cruzados que venían en socorro de Tierra Santa. El emperador Federico y los reyes de Francia y de Inglaterra tendrían que decidir a quién habría de entregarse en definitiva el gobierno. Era una pretensión bastante justa y convenía a Conrado. Ricardo de Inglaterra, como soberano de los Lusignan en Guienne, podía favorecer la causa de Guido, pero el Emperador y Felipe de Francia eran primos y amigos de Conrado. Guido, con su gente, regresó desconsolado a Trípoli [6]. Fue una suerte para los francos el que en este momento Saladino, con su ejército parcialmente licenciado, estuviese ocupado en reducir los castillos en el norte de Siria, y que en enero de 1189 licenciara otras tropas. El, después de pasar los primeros meses del año en Jerusalén y Acre, reorganizando la administración de Palestina, regresó a Damasco, su capital, en marzo [7].

En abril, Guido se reunió con Sibila en Tiro y pidió de nuevo que se le diera el mando de la ciudad. Hallando a Conrado tan obstinado como antes, acampó frente a las murallas. Por la misma época llegaron valiosos refuerzos de Occidente. En el momento de la caída de Jerusalén, los pisanos y los genoveses gozaban de una de sus habituales guerras, pero entre los triunfos del papa Gregorio VIII en su breve pontificado se hallaban la negociación de una tregua entre ellos y la promesa de una flota pisana para la Cruzada. Los pisanos salieron antes de terminar el año, pero invernaron en Mesina. Sus cincuenta y dos barcos llegaron a aguas de Tiro el 6 de abril de 1189, al mando del arzobispo Ubaldo. Poco después parece que Ubaldo riñó con Conrado, y cuando apareció Guido, los pisanos se unieron a él. También consiguió el apoyo de las tropas auxiliares sicilianas. Durante los primeros días del verano hubo algunas ligeras escaramuzas entre los francos y los musulmanes. Pero Saladino aún quería dejar descansar a sus ejércitos, y los cristianos esperaban mayor ayuda de Occidente. De repente, a fines de agosto, el rey Guido levantó su campamento y salió con sus seguidores en dirección Sur, por la

[6] Ernoul, págs. 256-7; *Estoire d'Eracles,* II, págs. 123-4; Ambrosio, columnas 71-3; *Itinerarium,* págs. 59-60.

[7] Abu Shama, págs. 380-1; Beha ed-Din, *P. P. T. S.*, págs. 140-1.

costa, para atacar Acre, y los barcos pisanos y sicilianos zarparon para protegerle.

Fue un paso de desesperada temeridad, la decisión de un hombre valiente aunque de escasa prudencia. Frustrado su deseo de reinar en Tiro, Guido necesitaba urgentemente una ciudad desde la cual reconstruir su reino. Por entonces, Conrado estaba seriamente enfermo, y a Guido le pareció una excelente oportunidad para demostrar que él era el caudillo efectivo de los francos. Pero el riesgo era enorme. La guarnición musulmana de Acre doblaba con creces a todo el ejército de Guido, y las fuerzas regulares de Saladino se hallaban en el mar. Nadie podía haber previsto que la aventura tendría éxito. Pero la historia tiene sus sorpresas. Si la indómita energía de Conrado había salvado el resto de Palestina para la Cristiandad, la valiente locura de Guido consiguió cambiar el rumbo e iniciar una era de reconquista [8].

Cuando le llegaron las noticias de la expedición de Guido, Saladino se hallaba en las colinas al otro lado de Sidón, poniendo sitio al castillo de Beaufort. El castillo, encaramado en una alta roca sobre el río Litani, pertenecía a Reinaldo de Sidón y había sido conservado hasta entonces por la astucia de su señor. Había ido a la corte de Saladino y cautivó al sultán y su séquito gracias a su profundo conocimiento de la literatura árabe y a su interés por el Islam. Insinuó que, poco después, se establecería como converso en Damasco. Pero pasaron los meses y no ocurrió nada, excepto que las fortificaciones de Beaufort fueron reforzadas. Al fin, a principios de agosto, Saladino dijo que había llegado el momento para la rendición de Beaufort como fianza de las intenciones de Reinaldo. Reinaldo fue llevado bajo escolta a la puerta del castillo, donde ordenó al jefe de la guarnición en lengua árabe que rindiera el castillo, y en lengua francesa, que resistiera. Los árabes se dieron cuenta de la treta, pero fueron incapaces de tomar el castillo por asalto. Mientras Saladino reunía sus fuerzas para cercarlo, Reinaldo fue encarcelado en Damasco [9]. Saladino pensó al principio que el avance de Guido pretendía distraer el ejército sarraceno de Beaufort, pero sus espías pronto le informaron que su objetivo era Acre. Quiso entonces atacar a los francos cuando ascendían por la Escala de Tiro o los promontorios de Naqura. Pero su Consejo no aceptó. Sería mejor, decían los consejeros dejarles llegar a Acre y cogerlos entonces entre la guarnición

[8] Ernoul, pág. 257; *Estoire d'Eracles,* II, págs. 124-5; Ambrosio, columnas 73-4; *Itinerarium,* págs. 60-2; Beha ed-Din, *P. P. T. S.,* págs. 143-4.

[9] Beha ed-Din, *P. P. T. S.,* págs. 140-3, 150-3.

y el ejército principal del sultán. Saladino, que no estaba bien de salud por entonces, cedió por debilidad [10].

Guido llegó a las afueras de Acre el 28 de agosto y estableció su campamento en la colina de Turón, la moderna Tel el-Fukhkhar, una milla al este de la ciudad, a orillas del riachuelo Belus, que abastecía de agua a sus hombres. Cuando su primer intento, tres días después, de tomar la ciudad por asalto, fracasó, se situó para esperar refuerzos [11]. Acre estaba erigida sobre una pequeña península que se adentraba, en dirección sur, en el golfo de Haifa. Al Sur y al Oeste se hallaba protegida por el mar y un sólido malecón. Un espolón quebrado discurría en dirección Sudeste hacia una roca coronada por un fuerte llamado la torre de las Moscas. Detrás del espolón se hallaba un puerto, a cubierto de todos los vientos, menos del que venía del mar. El norte y el este de la ciudad estaban protegidos por grandes murallas, que se encontraban en ángulo recto en un fuerte llamado la torre Maldita, en el extremo Nordeste. Las dos puertas terrestres estaban en sendos términos de las murallas, cerca de la costa. Una ancha puerta marítima daba acceso al puerto y había otra más para un anclaje expuesto al viento dominante del Oeste. Bajo los reyes francos, Acre había sido la ciudad más rica del reino y la residencia predilecta de los monarcas. Saladino la había visitado a menudo durante los últimos meses y reparó cuidadosamente los daños causados cuando la conquistaron sus tropas. Era ahora una fortaleza poderosa, bien guarnecida y bien aprovisionada, capaz de una larga resistencia [12].

Empezaron a afluir los refuerzos desde Occidente a principios de septiembre. Llegó primero una numerosa flota de daneses y frisios, soldados sin disciplina, pero excelentes marinos, cuyas galeras eran de un valor incalculable para bloquear la ciudad desde el mar, especialmente cuando la muerte de Guillermo de Sicilia, en noviembre, trajo consigo la retirada de la escuadra siciliana [13]. Pocos días después llegó de Italia, por mar, un contingente flamenco y francés, al mando de un valiente caballero, Jaime de Avesnes [14], los condes de Bar, de Brienne y de Dreux, y Felipe, obispo de Beauvais. Antes

[10] *Ibid.*, págs. 154, 175; Ibn al-Athir, II, pág. 6; Ambrosio, cols. 74-5.

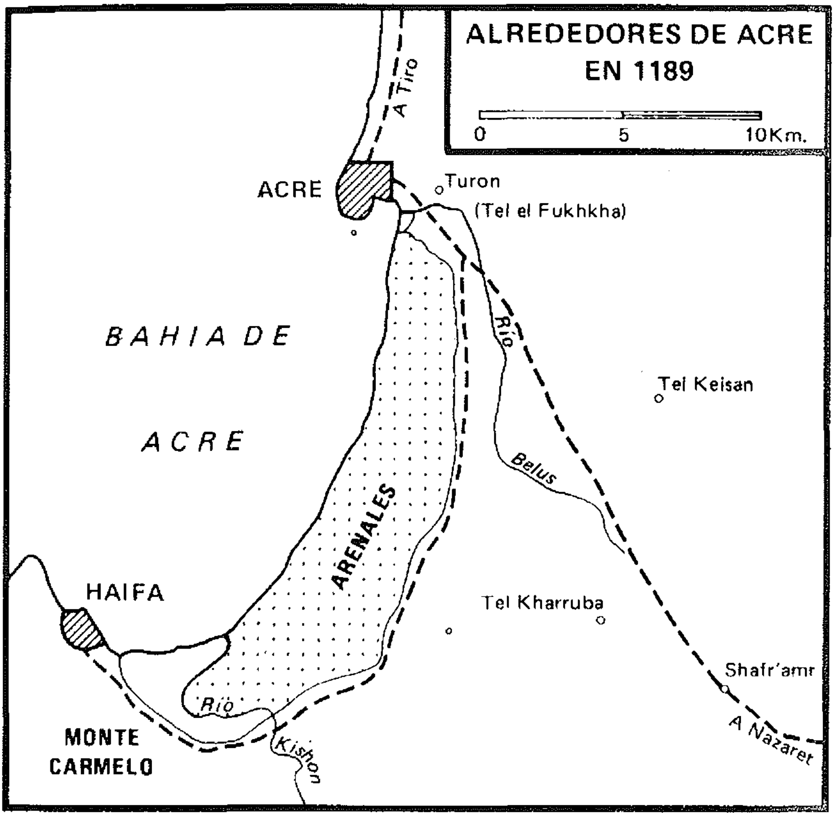
[11] Ernoul, págs. 358-9; *Estoire d'Eracles*, II, págs. 125-6.

[12] Acerca de Acre, véase Enlart, *Les Monuments des Croisés*, vol. II, páginas 2-9. *Itinerarium*, págs. 75-6, describe la ciudad.

[13] *Estoire d'Eracles*, II, págs. 127-8; Ambrosio, col. 77, menciona marinos de La Marche y Cornualles; *Itinerarium*, págs. 64-5. Véase Riant, *Expéditions des Scandinaves*, págs. 277-83.

[14] Para Jaime de Avesnes, Ambrosio, *loc. cit.;* Benedicto de Peterborough, II, págs. 94-5; *Itinerarium*, págs. 67-8, habla del obispo de Beauvais y sus compañeros, y del margrave, y (págs. 73-4) de los italianos.

de terminar el mes, llegó un grupo de alemanes, al mando de Luis, margrave de Turingia, que prefirió viajar con sus seguidores por mar antes que acompañar a su Emperador. Con él iban el conde de Güeldres y un grupo de italianos, a las órdenes de Gerardo, arzobispo de Rávena, y el obispo de Verona.



Alrededores de Acre en 1189.

Estas llegadas alarmaron a Saladino, que empezó a reunir nuevamente a sus vasallos y que descendió con grupos de su ejército desde Beaufort, dejando a cargo de un destacamento más exiguo la misión de reducir el castillo. Su ataque contra el campamento de Guido, el 15 de septiembre, fracasó, pero su sobrino Taki consiguió irrumpir a través de las líneas francas y ponerse en contacto con la

puerta norte de la ciudad. Estableció su campamento algo al este del de los cristianos. Pronto los francos se sintieron capaces de tomar la ofensiva. Luis de Turingia, a su paso por Tiro, pudo persuadir a Conrado de Montferrato para que se uniese al ejército franco, siempre que no tuviera que servir al mando de Guido. El 4 de octubre, después de haber fortificado su campamento, que fue puesto a las órdenes de Godofredo, hermano de Guido, los francos lanzaron un gran ataque contra las líneas de Saladino. Fue una batalla dura. Taki, en el ala derecha de los sarracenos, se retiró para atraer a los templarios, que estaban frente a él, pero Saladino fue engañado por la maniobra y debilitó su centro para socorrerle. Como resultado, tanto su derecha como su centro fueron puestos en fuga, con graves pérdidas, y algunos de sus hombres no refrenaron sus caballos hasta llegar a Tiberíades. El conde de Brienne entró incluso en la propia tienda del sultán. Pero la izquierda sarracena estaba intacta, y cuando los cristianos rompieron filas para perseguir a los fugitivos, Saladino cargó con sus fuerzas y los hizo retroceder en desorden hacia su campamento, que se hallaba al mismo tiempo atacado por una salida procedente de la guarnición de Acre. Godofredo de Lusignan se defendió con firmeza, y pronto todo el ejército cristiano estaba a salvo tras de las defensas, donde Saladino no se atrevió a atacarlos. Muchos caballeros francos cayeron en la batalla, entre ellos Andrés de Brienne. Las tropas alemanas fueron presa del pánico y sufrieron graves pérdidas, que fueron también muy elevadas entre los templarios. El gran maestre del Temple, Gerardo de Ridfort, espíritu maligno de Guido en los días que precedieron a Hattin, fue hecho prisionero y pagó con la vida sus insensateces. Conrado sólo se libró de ser capturado gracias a la valiente intervención de su rival, el rey Guido [15].

La victoria fue de los musulmanes, pero no fue una victoria completa. Los cristianos no habían sido desalojados, y durante el otoño vino más ayuda de Occidente. En noviembre llegó la flota de los londinenses, animada por su éxito en Portugal [16]. Los cronistas hablan de muchos otros cruzados nobles de Francia, Flandes e Italia, e in-

[15] Ambrosio, cols. 78-81; *Itinerarium*, págs. 68-72; Rodolfo de Diceto, II, pág. 70; *Estoire d'Eracles*, II, pág. 129; Beha ed-Din, *P. P. T. S.*, páginas 162-9, constituye un relato lleno de vida, ya que el autor estaba presente. No concuerda completamente con la narración del *Itinerarium*, pues no menciona ninguna salida de la guarnición. Describe las escaramuzas previas, páginas 154-62. Abu Shama, págs. 415-22.

[16] *Itinerarium*, pág. 65, lo fecha en septiembre. Pero si las fechas que dan Benedicto y Rodolfo de Diceto son exactas (véase *supra*, pág. 23, n. 25), los barcos no pudieron llegar a Siria antes de noviembre.

cluso de Hungría y Dinamarca [17]. Numerosos caballeros occidentales se negaron a esperar a sus soberanos, que siempre aplazaban la salida. Gracias a esta fuerza creciente, los francos pudieron completar el cerco de Acre por tierra. Pero Saladino también estaba recibiendo refuerzos. La noticia de la expedición del emperador Federico, mientras alentaba a los cristianos, le indujo a convocar a sus vasallos de toda Asia, e incluso escribió a los musulmanes de Marruecos y de España para decir que si la Cristiandad occidental estaba enviando a sus caballeros para luchar en Tierra Santa, el Islam occidental debía hacer lo mismo. Respondieron con simpatía, pero con escasa ayuda positiva [18]. No obstante, su ejército pronto fue lo bastante grande para cercar casi por completo a los cristianos. Los sitiadores fueron sitiados. El 31 de octubre cincuenta galeras rompieron el cerco de la flota francesa, aunque con pérdida de algunos barcos, para llevar víveres y municiones a Acre, y el 26 de diciembre, una armada más numerosa, procedente de Egipto, restableció las comunicaciones con el puerto [19].

Durante todo el invierno los ejércitos se hallaron frente a frente sin atreverse ninguno de los dos a una aventura mayor. Hubo escaramuzas y duelos, pero al mismo tiempo fue surgiendo la fraternización. Los caballeros de una y otra parte empezaron a conocerse y respetarse mutuamente. Se interrumpía un combate para que los protagonistas disfrutaran de una amistosa conversación. Los soldados enemigos eran invitados a asistir a las fiestas y diversiones preparadas en el campo contrario. Cierto días los niños que había en el campamento sarraceno retaron a los niños cristianos a una alegre batalla en broma. Saladino mismo se distinguió por la amabilidad que mostraba para con sus prisioneros y los corteses mensajes y obsequios que enviaba a los príncipes cristianos. Los más fanáticos de sus seguidores se preguntaban qué había acontecido con la guerra santa, cuya predicación habían solicitado del Califa; tampoco los caballeros recién llegados de Occidente encontraban fácil de comprender la atmósfera creada. En apariencia, la guerra se había desprendido de su acritud. Pero ambas partes mantenían una inflexible determinación de obtener la victoria [20].

A pesar de estas agradables cortesías, la vida en el campamento cristiano fue dura aquel invierno. Escaseaban los víveres, sobre todo cuando los francos perdieron el dominio del mar. Cuando llegó el

[17] *Itinerarium*, págs. 73-4; Ambrosio, col. 84. No da la fecha de cada llegada.
[18] Beha ed-Din, *P. P. T. S.*, págs. 171, 175-8; Abu Shama, págs. 497-506.
[19] *Itinerarium*, págs. 77-9; Ambroslo, cols. 84-5; Abu Shama, págs. 430-1.
[20] Abu Shama, págs. 412, 433; Ibn al-Athir, II, págs. 6, 9.

tiempo más templado, el agua se convirtió en un problema y los preparativos sanitarios se derrumbaron. La enfermedad se extendió por las tropas. Afectados por las dificultades de sus hombres, Guido y Conrado pactaron un acuerdo. Conrado se reservaría Tiro, con Beirut y Sidón cuando se reconquistaran, y reconocería a Guido como rey. Cuando se llegó a la paz entre ellos, de esta manera, Conrado salió del campamento, en marzo, y al final del mes regresó desde Tiro con barcos cargados de víveres y armamento. La flota de Saladino salió del puerto de Acre para cortarles el paso, pero después de una encarnizada batalla los barcos sarracenos fueron rechazados, a pesar de haber utilizado el fuego griego, y Conrado pudo desembarcar las mercancías. Con la ayuda del material que trajo, los francos construyeron torres de madera para el asedio, con las que el 5 de mayo intentaron asaltar la ciudad. Pero las torres fueron quemadas [21]. Pronto reaparecieron el hambre y las enfemedades en el campamento cristiano, y hubo poco consuelo al saber que también en Acre había hambre, aunque de vez en cuando los barcos sarracenos se abrían paso hacia el puerto con nuevas provisiones [22]. Durante la primavera varios contingentes musulmanes se unieron al ejército de Saladino. El 19 de mayo, sábado de Pentecostés, inició un ataque contra el campamento, que no fue rechazado hasta después de una lucha de ocho días [23]. La siguiente batalla en gran escala tuvo lugar el día de Santiago, 25 de julio, cuando los soldados francos, al mando de subalternos y contra los deseos de sus jefes, atacaron temerariamente el campamento de Taki, a la derecha del de Saladino. Sufrieron una terrible derrota, y muchos murieron. Un ilustre cruzado inglés, Rodolfo de Alta Ripa, archidiácono de Colchester, fue en ayuda de ellos y resultó muerto [24].

Durante el verano otros cruzados de alcurnia fueron llegando al campamento, donde se les daba la bienvenida, si bien cada nuevo soldado era una boca más que había que alimentar. Entre ellos se hallaban muchos de los más importantes nobles franceses y borgoñones, que se habían apresurado a preceder a su rey. Eran Tibaldo, conde de Blois, y su hermano Esteban de Sancerre, en tiempos reacio candidato a la mano de la reina Sibila; Rodolfo, conde de Clermont; Juan, conde de Fontigny, y Alano de Saint-Valéry, con el

[21] *Itinerarium,* págs. 79-85; Ambrosio, cols. 85-92; Beha ed-Din, *P. P. T. S.*, págs. 178-80; Ibn al-Athir, II, págs. 18-21.

[22] *Itinerarium,* págs. 85-6, 88; Beha ed-Din, *P. P. T. S.*, págs. 181-2.

[23] *Itinerarium,* págs. 87-8.

[24] *Itinerarium,* págs. 89-91; Ambrosio, cols. 93-4, equivocadamente fecha la batalla el día de San Juan, en lugar del día de Santiago; *Estoire d'Eracles,* II, pág. 151; Beha ed-Din, *P. P. T. S.*, págs. 193-6.

arzobispo de Besançon y los obispos de Blois y de Toul y otros eclesiásticos eminentes. Su jefe era Enrique de Troyes, conde de Champagne, un hombre joven de gran distinción, pues su madre, hija de Leonor de Aquitania por su matrimonio francés, era hermanastra de los reyes de Inglaterra y Francia; sus dos tíos le tenían en alta estima. En seguida se le confirió una posición especial como representante y adelantado de los reyes. Tomó el mando de las efectivas operaciones de asedio, que hasta entonces dirigieron Jaime de Avesnes y el landgrave de Turingia [25]. Este, enfermo durante algún tiempo, seguramente de malaria, aprovechó su llegada como una disculpa para regresar a Europa [26]. Federico de Suabia, con el resto del ejército de Barbarroja, llegó a Acre a principios de octubre [27]. Pocos días después desembarcó en Tiro un contingente inglés que descendió hacia Acre. Al frente de este grupo iba Balduino, arzobispo de Canterbury [28].

Durante el verano hubo luchas discontinuas, esperando cada bando reunir los refuerzos suficientes para tomar la ofensiva. La caída de Beaufort en julio proporcionó hombres al ejército de Saladino, pero había enviado tropas al Norte para interceptar a Federico Barbarroja y éstas no regresaron hasta el invierno. Entretanto alternaban las escaramuzas con la confraternización. Los cronistas cristianos registraron complacidos varios episodios según los cuales, por la mano de Dios, los sarracenos estaban desconcertados y el heroísmo cruzado recibía su recompensa; pero todos los intentos de escalar las murallas de la ciudad fracasaron. Federico de Suabia lanzó un ataque fiero al poco tiempo de su llegada y el arzobispo de Besançon ensayó algunos arietes de reciente construcción. Pero los esfuerzos fueron vanos [29]. En noviembre los cruzados consiguieron desalojar a Saladino de su posición en Tel Keisan, a cinco millas de la ciudad, pero se estableció en una posición más fuerte en Tel Kharruba, un poco más lejos.

[25] *Itinerarium,* págs. 92-4; Ambrosio, col. 94; Beha ed-Din, *P. P. T. S.*, pág. 197. Enrique era hijo de Enrique I, conde de Champagne. Tibaldo de Blois y Esteban de Sancerre eran los hermanos más jóvenes de su padre. La hermana de su padre, Alix, era la segunda mujer del rey Luis VII y madre del rey Felipe, y era, por tanto, su primo carnal y medio tío.

[26] El landgrave murió cuando regresaba a su patria. Rodolfo de Diceto le acusa de haber estado en relaciones con el enemigo, de quien aceptó dinero (II, págs. 82-3).

[27] Abu Shama, pág. 474, lo fecha el 4 de octubre; Beha ed-Din, *P. P. T. S.*, págs. 209, 213; *Itinerarium,* págs. 94-5.

[28] *Itinerarium,* pág. 93.

[29] Beha ed-Din, *P. P. T. S.*, págs. 214-18; Abu Shama, págs. 480-1; *Itinerarium,* págs. 97-109 (diversos incidentes milagrosos), págs. 109-11 (ataque a la torre de las Moscas), págs. 111-13 (el ataque del arzobispo de Besançon); Ambrosio, cols. 98-104.

Esto les permitió abrirse paso hacia Haifa en una expedición de forrajeo, que remedió ligeramente el hambre en el campamento. Pero tanto en la ciudad como en los dos campamentos había hambre y enfermedad. Ninguno de los bandos estaba en condiciones de hacer un esfuerzo supremo[30].

Entre las víctimas de la enfermedad, en aquel otoño, se hallaba la reina Sibila. Las dos hijas que habían nacido de su matrimonio con el rey Guido murieron unos días antes de producirse su propia muerte[31]. La heredera del reino era ahora la princesa Isabel, y la posición de Guido se hallaba comprometida. Había obtenido la corona como consorte de la reina. Muerta ella, ¿sobrevivían los derechos? A los barones supervivientes del reino, dirigidos por Balian de Ibelin, les parecía una oportunidad para librarse de su débil y desdichado gobierno. El candidato de los barones era Conrado de Montferrato. Si se le podía casar con Isabel, sus derechos serían más poderosos que los de Guido. Existían dificultades para esta solución. Se rumoreó que Conrado tenía una esposa que vivía en Constantinopla, y tal vez otra en Italia, y que nunca se había preocupado de anulación o divorcio. Pero Constantinopla e Italia estaban lejos y, si había damas abandonadas en esos países, podían ser olvidadas. Un problema mucho más apremiante era la existencia del esposo de Isabel, que no sólo estaba vivo, sino que se hallaba en el campamento. Hunfredo era un joven encantador, valiente y culto, pero su belleza era demasiado femenina para que lo respetaran los rudos soldados que le rodeaban, y los barones no habían olvidado nunca que por debilidad abandonó la causa de ellos en 1186, cuando Guido aseguró la corona a despecho de los requisitos testamentarios de Balduino IV. Decidieron que tenía que divorciarse. A Hunfredo se le convenció fácilmente. No era aficionado a la vida matrimonial y le asustaba la responsabilidad política. Pero Isabel fue más difícil de persuadir. Hunfredo siempre había sido afectuoso con ella y no tenía deseos de cambiarle por un torvo guerrero de mediana edad. Tampoco ambicionaba el trono. Los barones dejaron el asunto en las hábiles manos de su madre, la reina María Comneno, esposa de Ba-

[30] *Itinerarium*, págs. 115-19; Ambrosio, cols. 105-8; Abu Shama, páginas 513-14.

[31] *Estoire d'Eracles*, II, pág. 151 (da Alicia y María como los nombres de sus hijas); Ernoul, pág. 267 (dice que tuvo cuatro hijos); Ambrosio, col. 104. Ambrosio fecha su muerte a fines de agosto, mientras que un manuscrito de Ernoul dice el 15 de julio. Se la menciona como viva en una carta privilegio otorgada en Acre en septiembre de 1190, pero como muerta en una carta del 21 de octubre (*Epistolae Cantuarenses*, págs. 228-9). Röhricht, *Regesta, Addimentum*, pág. 67, dice que murió hacia el 1.º de octubre de 1190.

lian. Utilizó su autoridad materna para inducir a la reacia princesa a separarse de Hunfredo. Después declaró ante los obispos reunidos que su hija había sido obligada al matrimonio por su tío Balduino IV, alegando que sólo tenía ocho años de edad cuando se acordó el enlace. En vista de su extrema juventud y el notorio afeminamiento de Hunfredo, había que anular el matrimonio. El patriarca Heraclio, demasiado enfermo para asistir a la reunión, delegó en el arzobispo de Canterbury, y éste, sabiendo que su señor, el rey Ricardo, era un devoto de los Lusignan, se negó a pronunciar la anulación. Se refirió a la boda previa de Conrado y manifestó que un matrimonio entre Conrado e Isabel sería doblemente adúltero. Pero el arzobispo de Pisa, que era legado papal, fue ganado para la causa de Conrado, a cambio de la promesa, según se dijo, de concesiones comerciales para sus paisanos, y el obispo de Beauvais, primo del rey Felipe, utilizó el apoyo del legado para conseguir una aprobación general del divorcio de Isabel, y él mismo la casó con Conrado el 24 de noviembre de 1190. Los partidarios de los Lusignan estaban furiosos con un matrimonio que anulaba el derecho de Guido al trono, y los vasallos de Inglaterra, Normandía y Guienne les manifestaron sus plenas simpatías. Pero el arzobispo Balduino, su principal portavoz, después de lanzar excomuniones contra todos los que estaban en relación con el asunto, murió de repente el 19 de noviembre. Los cronistas ingleses hicieron cuanto estuvo a su alcance para manchar la memoria de Conrado. Guido llegó incluso a retarle a un combate individual; pero Conrado, consciente de que ahora el derecho legítimo estaba de su parte, se negó a admitir que el caso podía ser puesto en tela de juicio. Los Lusignan podían llamarlo cobardía. Pero todos los que tenían presente el futuro del reino se dieron cuenta de que, si la línea real debía continuar, Isabel debía volver a casarse y tener un hijo, y Conrado, salvador de Tiro, era la elección más adecuada para ella. Los recién casados se trasladaron a Tiro, donde, el año siguiente, Isabel dio a luz una hija, llamada María por su abuela bizantina. Conrado, con corrección, no quiso adoptar el título de rey hasta que él y su esposa fuesen coronados; pero, como Guido se negó a abdicar de ninguno de sus derechos, no regresó de Tiro al campamento [32].

[32] Ernoul, págs. 267-8; *Estoire d'Eracles,* II, págs. 151-4 (el relato más detallado, desapasionado); Ambrosio, cols. 110-12, e *Itinerarium,* págs. 119-24, ambos relatos son profundamente hostiles a Conrado, Balian y a la reina María Comneno. El *Itinerarium* dice que Isabel consintió gustosa, mientras que *Eracles* afirma claramente que sólo consintió porque era su deber político. Hunfredo aceptó, según Ernoul, porque fue sobornado. Isabel le devolvió el feudo de Torón, que había pertenecido a su abuelo y que había sido anexionado a la corona por Balduino IV. La esposa italiana de Conrado había falle-

Las tribulaciones de los cruzados se prolongaron durante los meses de invierno. Los refuerzos de Saladino habían llegado del Norte, y el campamento franco estaba ahora estrechamente cercado. No podía llegar ningún avituallamiento por tierra, ni, durante los meses invernales, era posible descargar provisiones en la inhóspita costa, mientras los barcos sarracenos podían a veces abrirse paso hasta el abrigo del puerto de Acre. Entre los señores que murieron de enfermedad en el campamento estaban Tibaldo de Blois y su hermano, Esteban de Sancerre [33]. El 20 de enero de 1191 murió Federico de Suabia, y los soldados alemanes quedaron sin jefe, aunque su primo, Leopoldo de Austria, que llegó de Venecia a principios de la primavera, intentó reogarnizarlos bajo su estandarte [34]. Enrique de Champagne estuvo durante muchas semanas tan enfermo, que se habían perdido las esperanzas [35]. Muchos de los soldados, especialmente los ingleses, culparon de su males a Conrado, que se hallaba holgando en Tiro y se negó a venir en su ayuda. Pero, independientemente de sus razones, es difícil de comprender que otra cosa podía haber hecho; en el campamento había ya bastante hacinamiento sin él [36]. De vez en cuando se hizo un intento de escalar las murallas, sobre todo el 31 de diciembre, con ocasión del naufragio de un barco de socorro sarraceno en la entrada del puerto, lo que absorbió a la guarnición. El asalto fracasó; tampoco pudieron aprovechar los cruzados el derrumbamiento de parte de las murallas terrestres, seis días después. Hubo muchos desertores que se pasaban a los musulmanes. Gracias a la ayuda de aquéllos y al excelente sistema de espionaje, Saladino pudo mandar tropas para romper las líneas cristianas el 13 de febrero, con un jefe y una guarnición de refresco para relevar a los cansados defensores de la ciudad. Pero

cido antes de que él contrajera matrimonio con la princesa bizantina Teodora Angelina (Nicetas Choniates, pág. 497), y es probable, por el tono de la narración de Nicetas, que esta última también hubiera fallecido (*ibid.*, páginas 516-17). Guido de Senlis, el mayordomo, que ofreció retar a Hunfredo en duelo si se oponía al divorcio, fue hecho prisionero por los sarracenos la noche de la boda.

[33] Los fallecimientos de Tibaldo y su hermano aparecen en Haymar Monachus, *De Expugnatione Acconis*, pág. 38. Acerca de las tribulaciones de los cruzados, *Itinerarium*, págs. 124-34, con un poema que maldice a Conrado; Ambrosio, cols. 112-15, también reprocha a Conrado. Beha ed-Din, *P. P. T. S.*, pág. 236, refiere la muerte del conde «Baliat» (Tibaldo).

[34] La muerte de Federico de Suabia está descrita por Beha ed-Din, *P. P. T. S.*, *loc. cit.* La llegada de Leopoldo de Austria con una compañía de renanos procedentes de Venecia aparece en Ansbert, *Expeditio Friderici*, páginas 96-7. Había pasado el invierno en Zara. Era hijo del hermanastro de Federico, Enrique de Austria, y de Teodora Comneno.

[35] Beha ad-Din, *loc. cit.*

[36] *Itinerarium*, *loc. cit.*

vaciló en hacer un ataque final contra el campamento cristiano. Muchas de sus tropas estaban cansadas, y cuando llegaron refuerzos envió algunos destacamentos a descansar. La miseria entre los cristianos parecía colaborar con él [37].

Fue otra vez imprudente en su clemencia. Cuando se acercaba la cuaresma, parecía que los francos no podrían sobrevivir mucho tiempo. En el campamento cristiano, con un penique de plata sólo se podían comprar trece alubias o un huevo, y un saco de trigo costaba cien piezas de oro. Muchos de los mejores caballos fueron degollados para proporcionar comida a sus dueños. Los soldados rasos comían hierba y roían huesos pelados. Los prelados del campamento intentaron organizar alguna especie de ayuda, pero fracasaron a causa de la avaricia de los mercaderes pisanos, que controlaban la mayoría de los suministros de víveres. Pero en marzo, cuando todo parecía desesperado, un barco, completamente cargado de trigo, llegó a la costa y pudo desembarcar su cargamento, y cuando el tiempo mejoró, llegaron más navíos. La alegría producida por su llegada fue doble, porque no sólo traía víveres, sino también la noticia de que los reyes de Francia e Inglaterra se hallaban, al fin, en aguas de Oriente [38].

[37] Abu Shama, págs. 517-18, 520; Ibn al-Athir, II, págs. 32-3.
[38] *Itinerarium*, págs. 136-7; Ambrosio, cols. 119-20.

Capítulo 3
CORAZON DE LEON

> «Pues voy a traer un mal desde el septentrión, un estrago inmenso; el león se lanza de su espesura, y el devastador de gentes pónese en camino.»
>
> (Jeremías, 4, 6-7.)

El rey Felipe Augusto desembarcó en el campamento de Acre el 20 de abril de 1191, el sábado después de Pascua de Resurrección, y el rey Ricardo llegó siete semanas más tarde, el sábado siguiente a Pentecostés. Casi cuatro años habían transcurrido desde la batalla de Hattin y el desesperado llamamiento a Occidente en demanda de ayuda. Los cansados soldados que luchaban en la costa palestinense estaban tan contentos de dar la bienvenida a los reyes, que perdonaron u olvidaron la tardanza tan prolongada. Pero el historiador moderno interpreta como frívolo el cachazudo y pendenciero viaje de Ricardo hasta el campo de batalla, donde se le necesitaba con tanta urgencia.

El hecho de que el rey Felipe no tuviese prisa es fácil de comprender. No era un idealista, y se adhirió a la Cruzada únicamente por necesidad política. Si se hubiese abstenido de la santa aventura habría perdido la buena voluntad no sólo de la Iglesia, sino también de la mayoría de sus súbditos. Pero su reino era vulnerable, y con razón sospechaba de las ambiciones angevinas. No podía arriesgarse a salir de Francia hasta saber que su rival de Inglaterra estaba tam-

bién de camino. La prudencia exigía que salieran juntos. Tampoco podía ser culpado ninguno de los reyes por el postrer retraso a que dio origen la muerte de la reina de Francia. Ricardo, por su parte, también tenía ciertas disculpas. La muerte de su padre le obligó a reorganizar el reino. Además, él, igual que Felipe, pensaba viajar por mar, y las travesías marítimas eran casi impracticables en los meses de invierno. Pero el que un cruzado tan auténticamente entusiasta se diera tan poca prisa muestra una falta de propósito y de responsabilidad.

Había serios defectos en el carácter de Ricardo. Físicamente era magnífico: alto, de piernas largas y fuertes, con cabellos de oro rojizo y facciones hermosas; herencia materna eran no sólo el aspecto propio de la casa de Poitou, sino también sus encantadores modales, su valor y su afición a la poesía y al espíritu aventurero. Sus amigos y criados le seguían con devoción y temor. De sus progenitores heredó un temperamento cálido y un apasionado egoísmo. Pero no tenía ni la astucia política ni la competencia administrativa de su padre, ni el sentido cabal de la reina Leonor. Se había educado en un ambiente de disputas y traiciones familiares. Como favorito de su madre, odiaba a su padre, y desconfiaba de sus hermanos, aunque quería a su hermana más joven, Juana. Había aprendido a ser un partidario violento, pero no leal. Era avaricioso, aunque capaz de gestos generosos, y aficionado a la vida pródiga. Su energía era inflexible, pero en su ferviente interés por la tarea del momento olvidaba otras responsabilidades. Le gustaba organizar, pero le fastidiaba la administración. Sólo el arte de la guerra podía retener su atención. Como soldado poseía auténticas dotes, intuición para la estrategia y la táctica y el poder de mandar hombres. Tenía entonces treinta y tres años, en la primavera de la vida, con una figura de hechizo cuya fama le había precedido en Oriente[1].

El rey Felipe Augusto era muy diferente. Era ocho años más joven que Ricardo, pero ya había reinado durante más de una década, y experiencias amargas le habían enseñado prudencia. Físicamente no podía compararse, ni mucho menos, con Ricardo. Era de buena constitución, con un mechón de pelo desaliñado, pero había perdido la visión de un ojo. Personalmente no era valiente. Aunque colérico y egoísta, sabía reprimir sus pasiones. No le gustaba la ostentación, ni sentimental ni material. Su corte era sombría y austera. No le preocupaban las artes, ni poseía buena educación, aunque apreciaba el valor de los hombres de ciencia y buscaba su amistad por

[1] En el *Itinerarium*, pág. 144, se describe la persona de Ricardo. Acerca de su carácter, véase el análisis en la introducción de Stubbs al *Itinerarium;* también Norgate, *Richard the Lion Heart, passim.*

razones políticas, y la conservaba gracias a su aguda y sentenciosa conversación. Como político era paciente y observador, astuto, desleal y carente de escrúpulos. Pero le dominaba el sentido del deber y la responsabilidad. A pesar de la mezquindad para consigo mismo y con sus amigos, mostrábase generoso con los pobres y los protegía contra sus opresores. Era un hombre sin atractivo, antipático, pero un buen rey. Entre los francos de Oriente disfrutaba de un prestigio especial, pues era el soberano de las familias de las que procedían casi todos ellos, y muchos de los cruzados forasteros eran directa o indirectamente sus vasallos. Pero les resultaba más fácil admirar a Ricardo, con su valor, sus proezas caballerescas y su encanto, y los sarracenos consideraban a Ricardo como el más noble, rico y grande de los dos [2].

Los reyes salieron juntos de Vézelay el 4 de julio de 1190. Ricardo había mandado por delante a la flota inglesa para que diera la vuelta por la costa española y le recogiera en Marsella, pero casi todas las fuerzas terrestres se hallaban con él. El ejército de Felipe era menos numeroso, ya que muchos de sus vasallos habían partido ya hacia Oriente. El ejército francés, seguido de cerca por el inglés, marchó de Vézelay a Lyon. Allí, después de pasar los franceses, se derrumbó el puente sobre el Ródano bajo el peso de la hueste inglesa. Se perdieron muchas vidas, y hubo algún retraso antes de que pudiera arreglarse el transporte. Poco después de salir de Lyon, los reyes se separaron. Felipe se dirigió al Sudeste, por las estribaciones alpinas, para tomar la costa cerca de Niza y seguirla luego hasta Génova, donde le esperaban los barcos. Ricardo siguió a Marsella, donde se le unió la flota el 22 de agosto. El viaje de la escuadra no tuvo nada digno de mención, salvo la breve parada en Portugal, en junio, donde los marinos ayudaron al rey Sancho a rechazar una invasión del sultán de Marruecos. Desde Marsella, algunos de los seguidores de Ricardo, al mando de Balduino de Canterbury, zarparon directamente para Palestina, pero el ejército principal embarcó en varios convoyes para Mesina, en Sicilia, donde había el proyecto de volver a reunirse con los franceses [3].

Por una sugerencia del rey Guillermo II de Sicilia, los reyes de Francia e Inglaterra, cuando se proyectó primitivamente su Cruza-

[2] Se hace un panegírico de Felipe en la *Continuation of William the Breton*, pág. 323. A todo lo largo del *Itinerarium* se da la peor de las posibles interpretaciones a su carácter; acerca de ello, véase Cartellieri, *Philipp II August, passim*.

[3] Acerca del viaje del rey por Francia, véase *Itinerarium*, págs. 149-53; Ambrosio, cols. 11-14; Benedicto de Peterborough, II, págs 111-15; Rigord, páginas 98-9; Guillermo el Bretón, págs. 95-9.

da conjunta, decidieron concentrar sus fuerzas en Sicilia. Pero el rey Guillermo había muerto en noviembre de 1189. Se había casado con la hermana de Ricardo, Juana de Inglaterra; como el matrimonio no tuvo descendencia, la heredera fue su tía Constanza, esposa de Enrique de Hohenstaufen, el primogénito de Federico Barbarroja. A muchos de los sicilianos les repugnaba la idea de un soberano alemán. Una breve intriga, respaldada por el papa Clemente III, que estaba asustado por la perspectiva de que los Hohenstaufen dominasen la Italia meridional, dio el trono, en lugar de a Constanza y Enrique, a un primo bastardo del difunto rey, Tancredo, conde de Lecce. Tancredo, hombrecillo insignificante y feo, no tardó en encontrar sus dificultades. Hubo una sublevación musulmana en Sicilia y una invasión en sus tierras, por parte de los alemanes, en el continente, y los vasallos que lo habían elegido empezaron a cambiar de idea. Tancredo tuvo que llamar a sus hombres y sus barcos de Palestina, y gracias a ellos derrotó a sus enemigos. Pero, aunque estaba dispuesto a recibir a los reyes cruzados con honores y ayudarles con provisiones, no se hallaba en condiciones de acompañarlos a la Cruzada [4].

El rey Felipe salió de Génova a fines de agosto y, después de un cómodo viaje a lo largo de la costa italiana, llegó a Mesina el 14 de septiembre. Odiando la pompa, hizo su entrada en la ciudad lo menos ruidosamente posible; pero, siguiendo órdenes de Tancredo, fue recibido con honores y alojado en el palacio real de la ciudad. El rey Ricardo decidió viajar por tierra desde Marsella. Parece que no le gustaban las travesías marítimas, sin duda porque se mareaba. Su flota acompañó al ejército hasta Mesina y echó anclas en el puerto para esperarle, mientras él, con una exigua escolta, siguió el camino costero por Génova, Pisa y Ostia, hasta Salerno. Se detuvo hasta saber que su flota había llegado a Mesina, y entonces, al parecer, envió a la mayor parte de su escolta por barco a Mesina para preparar su recibimiento. El prosiguió a caballo, con sólo un ayudante. Cuando pasó junto a la pequeña ciudad de Mileto intentó robar un halcón de la casa de un labrador y estuvo a punto de ser muerto por los furiosos campesinos. Se hallaba, por tanto, de mal humor cuando llegó al estrecho de Mesina, un día o dos más tarde. Sus hombres se reunieron con él en la costa italiana y le escoltaron en pompa hasta Mesina, donde desembarcó el 3 de septiembre. La lujosa magnificencia de su entrada constituyó un agudo contraste con la modesta llegada de Felipe.

[4] Para la situación de Tancredo, véase Chalandon, *Domination Normande en Italie,* II, págs. 419-24.

A su paso por Italia, Ricardo supo muchas cosas acerca de Tancredo, que le disgustaron. Su hermana, la reina viuda Juana, estaba confinada y le había sido retirada su dote. Tenía alguna influencia en el reino y era evidente que Tancredo desconfiaba de ella. Además, Guillermo II había dejado un cuantioso legado a su suegro, Enrique II, que constaba de vajillas y muebles de oro, una tienda de plata, dos galeras armadas y muchos sacos de provisiones. Como Enrique había muerto, Tancredo propuso retener el legado para sí. Desde Salerno, Ricardo había enviado un emisario a Tancredo para pedirle la libertad de su hermana y la entrega de su dote y del legado. Estas peticiones, a las que siguió la noticia de la conducta de Ricardo en Calabria, asustaron a Tancredo. Procuró que Ricardo fuese alojado en un palacio fuera de las murallas de Mesina; pero, para ganarse su voluntad, envió a Juana con una escolta real para reunirse con su hermano, y entabló negociaciones sobre pago en metálico en lugar de devolver la dote y el legado. El rey Felipe, al que Ricardo visitó dos días después de su llegada, ofreció sus buenos oficios, y cuando la reina Juana fue a tributarle sus respetos, la recibió con tanta cordialidad que todos esperaban el anuncio de su próximo matrimonio. Pero Ricardo no tenía ánimo conciliatorio. En primer lugar envió un destacamento al otro lado del estrecho para ocupar la ciudad de Bagnara, en la costa calabresa, e instaló allí a su hermana. Después atacó un islote en aguas de Mesina, donde había un convento griego. Los monjes fueron brutalmente expulsados para que pudiera alojar sus tropas. El trato que se dio a esos santos varones horrorizó a la gente de Mesina, donde predominaban los griegos, mientras los ciudadanos más acomodados estaban indignados por la conducta de los soldados ingleses hacia sus esposas e hijas.

El 3 de octubre, una riña en un barrio de las afueras entre algunos soldados ingleses y un grupo de ciudadanos dio origen a un tumulto. Se extendió el rumor por la ciudad de que Ricardo pensaba conquistar toda Sicilia, y se cerraron las puertas contra sus hombres. Un intento de sus barcos de forzar el puerto fue rechazado. El rey Felipe convocó apresuradamente al arzobispo de Mesina y al almirante de Tancredo, Margarito, y a los demás notables sicilianos de la ciudad, a reunirse en su palacio, y fue con ellos a la mañana siguiente a visitar a Ricardo, para apaciguarle, en su cuartel general fuera de las murallas. Precisamente cuando parecía que se iba a llegar a un acuerdo, Ricardo oyó a algunos de los ciudadanos, reunidos en un montículo cercano a las ventanas, proferir insultos contra su nombre. Abandonó, hecho una fiera, la reunión y ordenó a sus tropas que atacaron de nuevo. Esta vez los ciudadanos fueron cogidos por sorpresa. En pocas horas los ingleses habían conquistado Mesina

y saqueado todos los rincones, a excepción de las calles próximas al palacio en que se alojaba el rey Felipe. Margarito y los otros nobles apenas tuvieron tiempo de escapar con sus familias. Sus casas fueron ocupadas por Ricardo. La flota siciliana anclada en el puerto fue incendiada. Por la tarde, la bandera de los Plantagenet ondeaba sobre la ciudad.

La truculencia de Ricardo no terminó en este punto. Aunque accedió a que la bandera del rey Felipe ondease junto a la suya, obligó a los ciudadanos a entregarle rehenes para garantizar la buena conducta de su rey, y anunció que estaba dispuesto a ocupar toda la provincia. Entretanto construyó un enorme castillo de madera en la parte exterior de la ciudad, al que dio el nombre despectivo de Mategrifon, el «freno de los griegos».

Felipe estaba inquieto con este ejemplo del mal genio de su rival. Envió a su primo, el duque de Borgoña, para entrevistarse con el rey Tancredo en Catania con el fin de prevenirle de las intenciones de Ricardo y ofrecerle ayuda si la situación empeoraba. Tancredo estaba en una posición difícil. Sabía que Enrique de Hohenstaufen se hallaba a punto de invadir sus territorios, y que sus propios vasallos no eran dignos de confianza. Un cálculo rápido le decidió a considerar que Ricardo sería un aliado más valioso que Felipe. Era poco probable que Felipe le atacase ahora, pero los reyes de Francia estaban en buenas relaciones con los Hohenstaufen, y la amistad futura de Felipe era incierta. Ricardo, por su parte, era la amenaza presente más grande, aunque era notoria su hostilidad hacia los Hohenstaufen, los enemigos de sus primos Güelfos. Tancredo rechazó el ofrecimiento francés de ayuda e inició negociaciones con los ingleses. Ofreció a Ricardo veinte mil onzas de oro en lugar del legado debido a Enrique II, y a Juana la misma suma en lugar de su dote.

La ira de Ricardo solía remitir a la vista del oro. Aceptó el ofrecimiento en nombre propio y en el de su hermana, y además accedió a que su joven heredero, Arturo, duque de Britania, fuese prometido a una de las hijas de Tancredo. Cuando después Tancredo reveló las proposiciones que le hizo el rey Felipe, Ricardo aceptó de grado que las condiciones fuesen incorporadas a un tratado, para el que se requirió la garantía del Papa. La paz se restableció, y, siguiendo el consejo del arzobispo de Ruan, Ricardo devolvió de mala gana a Margarito y a otros ciudadanos importantes de Mesina los bienes que les había confiscado.

El rey Felipe fue desbordado por los acontecimientos, pero no hizo ninguna objeción pública. El 8 de octubre, mientras el tratado se hallaba en borrador, se entrevistaron otra vez él y Ricardo para discutir las directrices futuras de la Cruzada. Se establecieron nor-

mas sobre el control de precios en los víveres. Los criados estaban sujetos a sus amos. La mitad del dinero de cada caballero tenía que dedicarse a las necesidades de los cruzados. Se prohibió el juego, excepto a los caballeros y a los escribanos, aunque si jugaban demasiado serían castigados. Las deudas derivadas de la peregrinación tenían que ser reconocidas. El clero dio su sanción a estas normas, prometiendo excomulgar a los contraventores. Era fácil para los reyes ponerse de acuerdo sobre estos puntos, pero había problemas políticos que se resolvieron con menos rapidez. Después de algunas discusiones se acordó que las futuras conquistas se repartirían entre ellos por partes iguales. Un problema más delicado se refería a Alicia, la hermana del rey Felipe. Esta desdichada princesa había sido enviada de niña, hacía algunos años, a la corte inglesa para casarse con Ricardo o con otro de los hijos de Enrique II. Este la había retenido allí, a pesar de la resistencia de Ricardo a aceptar el matrimonio propuesto. Pronto corrieron feos rumores acerca de una excesiva intimidad de Enrique con ella. Ricardo, cuyos gustos particulares no coincidían con la tendencia al matrimonio, se negó a llevar a cabo el arreglo de su padre, a pesar de la reiterada petición de Felipe. Tampoco su madre, la reina Leonor, ahora que la muerte de Enrique la había librado del freno, quería ver a su hijo favorito vinculado a una familia que odiaba, y sobre todo a una mujer que había sido amante de su marido. Teniendo presentes los intereses de su tierra nativa, la Guienne, decidió que se casara con una princesa de Navarra, y él aceptó la elección. Así, cuando Felipe volvió a plantear la cuestión de la boda de Alicia, Ricardo se negó a considerarla, alegando la mala fama de la princesa. Felipe era totalmente indiferente a la felicidad de su familia. Nunca hizo nada por ayudar a su desgraciada hermana Inés, la viuda de Alejo II de Bizancio. Sin embargo, la ofensa era difícil de soportar. Sus relaciones con Ricardo se enfriaron aún más, y pensó en salir en seguida para Oriente. Pero al día siguiente de zarpar, una gran tempestad le obligó a regresar a Sicilia. Como ya mediaba el mes de octubre, decidió que sería más prudente invernar en Mesina. Esa fue siempre, al parecer, la intención de Ricardo. Su tratado con Tancredo no se firmó hasta el 11 de noviembre. Entretanto envió un emisario a su madre para pedirle que Berenguela de Navarra fuese a reunirse con él en Sicilia.

El invierno transcurrió bastante tranquilo en Sicilia. El día de Navidad Ricardo dio un suntuoso banquete en Mategrifon, al que invitó al rey de Francia y a los notables sicilianos. Pocos días después tuvo una interesante entrevista con el anciano abad de Corazzo, Joaquín, fundador de la Orden de Fiore. El venerable santo le expuso el significado del Apocalipsis. Según él, las siete cabezas del

dragón eran Herodes, Nerón, Constancio, Mahoma, Melsemuth (por quien designaba probablemente a Abdul Muneim, fundador de la secta almohade), Saladino y, finalmente, el mismo Anticristo, el cual, declaró, había ya nacido hacía quince años en Roma y se sentaría sobre el trono papal. La impertinente réplica de Ricardo, de que en tal caso el Anticristo sería probablemente el Papa entonces reinante, Clemente III, a quien él personalmente no tenía afecto, no fue bien recibida; tampoco aceptó el santo la idea de que el Anticristo nacería de la tribu de Dan, en Babilonia o Antioquía, y que reinaría en Jerusalén. Pero fue agradable saber de labios de Joaquín que Ricardo saldría victorioso de su empresa en Palestina y que Saladino moriría pronto. En febrero, Ricardo organizó torneos y en el transcurso de uno de ellos riñó con un caballero francés, Guillermo de Barres; pero Felipe consiguió que se reconciliaran. En efecto, Ricardo se comportaba muy correctamente hacia Felipe, y, pocos días después, le dio varias galeras que habían llegado recientemente de Inglaterra. Hacia la misma época supo que la reina Leonor y Berenguela habían llegado a Nápoles, y mandó enviados para recibirlas y escoltarlas hasta Brindisi, pues su cortejo era demasiado numeroso para los ya castigados recursos de Mesina, adonde acababa de llegar el conde de Flandes con un considerable séquito.

En vísperas de la primavera, los reyes se prepararon para reanudar su viaje. Ricardo marchó a Catania a visitar a Tancredo, y se juraron amistad eterna. Felipe estaba asustado por esta alianza y se reunió con ellos en Taormina. Estaba ahora dispuesto a echar al olvido todos sus desacuerdos con Ricardo, y le declaró formalmente libre de casarse con quien eligiese. En una atmósfera de buena voluntad general, Felipe zarpó con todos sus hombres el 30 de marzo de Mesina. Nada más abandonar el puerto, la reina Leonor y la princesa Berenguela llegaron a la ciudad. Leonor sólo se quedó tres días con su hijo, y salió después para Inglaterra, vía Roma, para resolver algunos negocios del rey en la corte papal. Berenguela se quedó, bajo la protección de la reina Juana[5].

Ricardo salió al fin de Mesina el 10 de abril, después de haber desmantelado la torre de Mategrifon. Tancredo estaba triste por su marcha, y con razón. El mismo día murió el papa Clemente III en

[5] La relación de los actos del rey en Sicilia se encuentra de manera muy completa en *Itinerarium*, págs. 154-77; Ambrosio, cols. 14-32 (ambos muy favorables a Ricardo); Benedicto de Peterborough, II, págs. 126-60 (el relato más completo y un poco más objetivo); Rigord, págs. 106-9 (afirma que Felipe estaba impaciente por proseguir la Cruzada, mientras que Ricardo ponía dificultades). Véase Chalandon, *op. cit.*, II, págs. 435-42. La entrevista de Ricardo con Joaquín de Fiore está descrita en Benedicto (II, págs. 151-5), seguramente basada en la información de alguien que estuvo presente.

Roma, y cuatro días después, el cardenal de Santa María de Cosmedin fue consagrado con el nombre de Celestino III. Enrique de Hohenstaufen estaba en Roma por entonces, y el primer acto del nuevo Papa, aunque por coacción, fue ceñir la corona imperial a Enrique y a Constanza de Sicilia.

La flota francesa hizo una buena travesía hasta Tiro, donde Felipe recibió la gozosa bienvenida de su primo, Conrado de Montferrato. Llegó con Conrado a Acre el 20 de abril. En seguida se estrechó el asedio de la fortaleza musulmana. Para el temperamento paciente e ingenioso de Felipe la guerra de asedio era atractiva. Reorganizó las máquinas de los sitiadores y construyó torres para ellos. Pero un intento de asaltar las murallas fue pospuesto hasta que llegaran Ricardo y sus hombres [6].

El viaje de Ricardo fue menos tranquilo. Fuertes vientos dispersaron pronto a la flotilla. El rey mismo se vio obligado a entrar en un puerto cretense, desde el cual tuvo una travesía tempestuosa a Rodas, donde se detuvo durante diez días, del 22 de abril al 1.º de mayo, curándose de sus mareos. Entretanto, uno de sus barcos se perdió en una tormenta, y otros tres, entre ellos la nave que llevaba a Juana y a Berenguela, fueron empujados hacia Chipre. Dos de los navíos naufragaron en la costa sur de la isla, pero el de la reina Juana pudo llegar a un refugio en aguas de Limassol.

Chipre había estado durante cinco años bajo el gobierno del arbitrario emperador Isaac Ducas Comneno, jefe de una revuelta victoriosa contra Bizancio en la época en que Isaac el Angel subió al trono, y que había conservado su independencia mediante alianzas efímeras, ora con los sicilianos, ora con los armenios de Cilicia, ora con Saladino. Era un hombre truculento, que odiaba a los latinos, y no era popular en la isla debido a los exorbitantes impuestos que exigía. Muchos de sus súbditos le consideraban aún como rebelde y aventurero. Se alarmó con la aparición de grandes flotas francas en aguas chipriotas y afrontó la cuestión con poca prudencia. Cuando los náufragos de Ricardo pusieron pie en tierra, los arrestó y confiscó todos los bienes que pudieron ser salvados. Luego envió un mensajero al barco de la reina Juana, invitándola a desembarcar con Berenguela. Juana, que sabía por experiencia el valor que tenía como posible rehén, replicó que no podía salir del barco sin permiso de su hermano; su petición de mandar a alguien a tierra en busca de agua fresca fue rudamente rechazada. En lugar de ello, Isaac se trasladó personalmente a Limassol y construyó fortificaciones a lo largo de la costa para impedir cualquier desembarco.

[6] *Estoire d'Eracles*, II, págs. 155-6; Rigord, pág. 108; Abu Shama, II, página 6.

El 8 de mayo, una semana después de la llegada de Juana a Limassol, Ricardo y su flota principal surgieron en el horizonte. Había tenido una travesía espantosa desde Rodas, y el propio barco de Ricardo estuvo a punto de irse a pique en el golfo de Attalia. El mareo no había mejorado el humor de Ricardo, y cuando supo el trato dispensado a su hermana y a su prometida juró vengarse. En seguida empezó a desembarcar hombres cerca de Limassol y avanzó contra la ciudad. Isaac, sin oponer resistencia, se retiró al pueblo de Kilani, en las laderas de Troodos. No fueron únicamente los mercaderes latinos establecidos en Limassol los que recibieron contentos a Ricardo, sino también los griegos, por desafecto a Isaac, se mostraron amistosos hacia los invasores. Isaac manifestó, por tanto, que estaba dispuesto a negociar. Con un salvoconducto marchó a Colossi y se trasladó al campamento de Ricardo. Aceptó pagar indemnizaciones por los bienes que había robado, permitir a las tropas inglesas comprar provisiones libres de impuestos aduaneros y enviar una fuerza selecta de cien hombres a la Cruzada, aunque él mismo se negó a salir de la isla. Se brindó a enviar a su hija como rehén a Ricardo.

La visita que hizo Isaac al campamento de Ricardo le convenció de que éste no era tan formidable como pensaba. Así, en cuanto regresó a Colossi, denunció el tratado y ordenó a Ricardo que abandonara la isla. Cometió una falta estúpida. Ricardo ya había despachado un barco a Acre para anunciar su próxima llegada a Chipre, y el 11 de mayo, el día en que Isaac vio a Ricardo y regresó a Colossi, entraron en Limassol los barcos llevando a bordo a todos los cruzados importantes enemigos de Conrado. Entre ellos estaba el rey Guido y su hermano Godofredo, conde de Lusignan, uno de los principales vasallos de Ricardo en Francia; Bohemundo de Antioquía, con su hijo Raimundo; el príncipe roupeniano León, que había sucedido recientemente a su hermano Roupen; Hunfredo de Torón, el esposo divorciado de Isabel, y muchos de los principales templarios. Como Felipe había tomado partido por Conrado, ellos venían con el fin de asegurarse el apoyo de Ricardo para su bando. Este aumento de fuerza decidió a Ricardo a emprender la conquista de toda la isla. Sus visitantes sin duda subrayaron el valor estratégico de Chipre para la defensa de toda la costa siria y el peligro que representaría que Isaac entrase en una alianza excesivamente estrecha con Saladino. Era una oportunidad demasiado buena para dejarla escapar.

El 12 de mayo, Ricardo, en la capilla de San Jorge, en Limassol, se casó solemnemente con Berenguela, que fue coronada reina de Inglaterra por el obispo de Evreux. Al día siguiente llegaron los barcos restantes de la flota inglesa. Isaac, consciente del peligro, se trasladó a Famagusta. Los ingleses le persiguieron, algunos elementos

del ejército, por tierra, y el resto, por mar. El Emperador no intentó defender Famagusta, sino que se retiró a Nicosia. Mientras Ricardo descansaba en Famagusta, le llegaron enviados de Felipe y de los señores palestinenses apremiándole a que se trasladase a toda prisa a Palestina. Pero replicó violentamente que no se marcharía hasta que hubiese tomado Chipre, señalando la importancia que tenía para todos ellos. Uno de los emisarios de Felipe, Pagano de Haifa, fue a ver, según parece, a Isaac, para avisarle nuevamente. Isaac envió a su esposa, una princesa armenia, y a su hija al castillo de Kyrenia, y avanzó después hacia Famagusta. Las tropas de Ricardo le encontraron en la aldea de Tremithus y le derrotaron después de un duro combate, en el que se dijo que empleó flechas emponzoñadas. Huyó del campo de batalla a Kantara, y Ricardo entró en Nicosia sin oposición. La población chipriota se mostraba indiferente a la suerte de Isaac y estaba incluso dispuesta ayudar a los invasores.

En Nicosia, Ricardo cayó enfermo, e Isaac esperaba que sus cuatro grandes castillos septentrionales, Kantara, Buffavento, San Hilario y Kyrenia pudiesen resistir hasta que Ricardo se cansase de la guerra y zarpase de la isla. Pero el rey Guido, al mando del ejército de Ricardo, avanzó contra Kyrenia y lo conquistó, haciendo prisioneras a la reina y su hija. Empezó después a cercar San Hilario y Buffavento. Privado de su familia, con sus súbditos apáticos u hostiles, Isaac perdió la serenidad y se rindió sin condiciones. Fue llevado a presencia de Ricardo y cargado con cadenas de plata. A fines de mayo toda la isla estaba en manos de Ricardo.

El botín capturado por Ricardo fue enorme. Isaac había acumulado un vasto tesoro mediante sus impuestos, y muchos de los notables compraron la buena voluntad de su nuevo amo con pródigos donativos. Ricardo puso pronto de manifiesto que su interés principal era el dinero. Implantó un tributo del 50 por 100 sobre el capital de cada griego, pero a cambio de ello Ricardo confirmó las leyes e instituciones que existían en tiempos de Manuel Comneno. Se establecieron guarniciones latinas en todos los castillos de la isla, y dos ingleses, Ricardo de Camville y Roberto de Turnham, fueron nombrados magistrados y tuvieron a su cargo la administración, hasta que Ricardo decidiera la suerte definitiva de Chipre. Los griegos pronto se dieron cuenta de que su gozo por la caída de Isaac no estaba bien fundamentado. Ya no tuvieron ninguna participación en el gobierno, y como símbolo de su nuevo vasallaje se les obligó a que se afeitaran la barba [7].

[7] La conquista de Chipre por Ricardo está descrita detalladamente en *Itinerarium,* págs. 177-204, y Ambrosio, cols. 35-57; con menos detalle, en Benedicto de Peterborough, II, págs. 162-8; Guillermo de Newbury, II, pá-

A Ricardo personalmente la conquista de Chipre le pareció más valiosa aún por las inesperadas riquezas que le trajo. Pero, de hecho, fue el éxito de más largo alcance y duración de todos los que obtuvo él en la Cruzada. La posesión de Chipre por los francos prolongó la vida de sus tierras en el continente, y sus fundaciones en la isla sobrevivieron a las de Siria en dos siglos. Pero era un mal presagio para los griegos. Si los cruzados estaban dispuestos a anexionarse una provincia ortodoxa y eran capaces de hacerlo, ¿no sentirían pronto la tentación de lanzar la guerra santa, tanto tiempo deseada, contra Bizancio?

El 5 de junio la flota inglesa zarpó de Famagusta hacia la costa siria. A bordo estaba el emperador Isaac, cautivo a cargo del rey Guido; su hija, de poca edad, fue adscrita a la corte de la reina Juana para aprender la forma de vida occidental. Lo primero que vio el rey Ricardo en la costa siria fue el castillo de Marqab. Después de recalar, viró al Sur, pasó por Tortosa, Jebail y Beirut, y desembarcó, en la tarde del 6 de junio, cerca de Tiro. La guarnición, que obedecía órdenes de Felipe y Conrado, le negó la entrada en la ciudad, por lo que siguió viaje por mar hasta Acre, presenciando, durante la travesía, el feliz espectáculo de una gran galera sarracena echada a pique por los barcos ingleses. Llegó al campamento cerca de Acre el 8 de junio [8].

La llegada del rey Ricardo con veinticinco galeras llevó la confianza y la esperanza a los cansados soldados que asediaban Acre. Se encendieron hogueras para celebrar la venida y las trompetas sona-

ginas 59 y sigs.; Ricardo de Devizes, págs. 423-6 —todos desde el punto de vista inglés. El breve informe de Ricardo se encuentra en *Epistolae Cantuarenses,* pág. 347. Ernoul, págs. 207-13, y *Estoire d'Eracles,* II, págs. 159-70 (con versiones alternativas en Mas Latrie, *Documents,* II, págs. 1 y sigs.; III, páginas 591 y sigs.), constituye el punto de vista de Ultramar, favorable a Ricardo. Rigord, págs. 109-10, y Guillermo el Bretón, págs. 104-5, justifican a Ricardo por la negativa de los chipriotas a ayudar a los cruzados. Un relato muy completo de un griego, Neófito, muy hostil a Isaac pero afligido por la conquista, está publicado en el prefacio de la edición de Stubbs al *Itinerarium,* págs. clxxxv-clxxxix *(De Calamitatibus Cypri).* Nicetas Choniates (página 547) da cuenta brevemente de la conquista. Abu Shama (II, pág. 8) y Beha ed-Din *(P. P. T. S.,* pág. 242) también hacen una breve alusión. Ibn al-Athir (II, págs. 43-3) dice que Ricardo tomó la isla valiéndose de la traición. Tanto Abu Shama como Beha ed-Din refieren que algunos cristianos renegados de Laodicea hicieron incursiones por la isla unos meses antes. Véase Hill, *History of Cyprus,* I, págs. 314-21.

[8] *Itinerarium,* págs. 204-11; Ambrosio, cols. 57-82; Benedicto de Peterborough, II, págs. 168-9; Ernoul, pág. 273; *Estoire d'Eracles,* págs. 169-70 (ambos destacan la calurosa bienvenida que Felipe dio a Ricardo); Abu Shama, II, págs. 42-3; Beha ed-Din, *P. P. T. S.,* págs. 242-3, 248, refiere la captura de algunos de los transportes de Ricardo.

ron por todo el campamento. El rey de Francia había construido muchas útiles máquinas de asedio, entre ellas una gran catapulta de piedra, que sus soldados llamaban el Vecino Malo, y una escala de asalto, conocida por el Gato. El duque de Borgoña y las dos órdenes militares tenían otras catapultas, y había una construida de los fondos comunes llamada la Honda Propia de Dios [9]. Esta había estado martilleando las murallas con alguna eficacia, pero era necesario un jefe para espolear a los sitiadores a hacer el esfuerzo definitivo. El rey de Francia era demasiado cauteloso para semejante papel, y los otros príncipes, locales o cruzados, estaban demasiado cansados o desacreditados. Ricardo les infundió a todos un nuevo vigor. Casi nada más desembarcar, envió a un emisario con un intérprete fiel, un cautivo marroquí en el que confiaba, al campamento de Saladino para proponer una entrevista. Tenía curiosidad por ver al célebre infiel y esperanzas de que se llegaría a un arreglo pacífico si conseguía hablar con un enemigo tan caballeroso. Pero Saladino replicó cautamente que no era prudente que reyes enemigos se vieran hasta tanto no hubiesen firmado una tregua. Sin embargo, estaba dispuesto a permitir que su hermano al-Adil se entrevistase con Ricardo. Se convino que la lucha se suspendería durante tres días, y se acordó que la entrevista tendría lugar en la llanura situada entre los campamentos, cuando inesperadamente los reyes de Inglaterra y Francia cayeron ambos enfermos. Era la enfermedad que los francos llamaban *arnaldia,* una fiebre que causaba la caída del pelo y de las uñas. El ataque de Felipe era suave, pero Ricardo estuvo seriamente enfermo durante algunos días. Sin embargo, dirigió operaciones desde su lecho de enfermo, indicando dónde había que emplazar las grandes catapultas que había traído, y mandó construir una gran torre de madera, parecida al Mategrifon que había construido en Mesina. Cuando aún no había salido de la convalecencia, insistió en visitar las líneas del frente [10].

Saladino, por su parte, recibió refuerzos a fines de junio. El ejército de Sinjar llegó el 25 de junio, seguido de cerca por un ejército egipcio de refresco y las tropas de Mosul. Los señores de Shaizar y de Hama llevaron gente al principio de julio. A pesar de este aumento de fuerza no pudo rechazar a los cruzados de su campamento. Habían aprovechado la calma del invierno, cuando la lluvia había reblandecido el suelo, para rodearse de trincheras, murallas protegi-

[9] *Itinerarium,* pág. 218; Haymar Monachus, págs. 44-6.

[10] *Ibid.,* págs. 213-25; Ambrosio, col. 123; Benedicto de Peterborough, II, pág. 170: «Arnaldia», a quien Ambrosio llama «Leonardie», era probablemente una especie de escorbuto o estomatitis ulcerosa epidémica. Véase La Monte y la traducción de Ambrosio por Hubert, pág. 196, n. 2.

das por zanjas, que eran fáciles de defender. A lo largo de junio y principios de julio el orden de batalla siguió siendo el mismo. Las máquinas francas reanudaron el bombardeo de las murallas de Acre, pero si abrían una ligera brecha y los francos se precipitaban para intentar forzarla, la guarnición hacía señales a Saladino, el cual en seguida lanzaba un ataque sobre el campamento, alejando así de las murallas a los agresores. Había batallas marítimas de vez en cuando. La venida de las flotas inglesa y francesa consiguió privar a los sarracenos del dominio del mar, y era raro ahora que los barcos musulmanes pudieran entrar con suministros en el puerto. Los víveres y el material de guerra escaseaban en la ciudad asediada, y se hablaba en ella de rendición [11].

La enfermedad y las riñas continuaban dentro del campamento cristiano. Murió el patriarca Heraclio y hubo intrigas sobre la elección de su sucesor [12]. Seguía la disputa sobre la corona. Ricardo se había unido a la causa del rey Guido, mientras Felipe apoyaba a Conrado. Los pisanos se adhirieron al partido de Ricardo, y cuando llegó una flotilla genovesa, ésta ofreció sus servicios a Felipe. Cuando Felipe planeó un duro asalto sobre la ciudad, hacia fines de junio, Ricardo, probablemente a causa de que no estaba todavía bastante bien para combatir en persona y temía por ello perder el botín de la victoria, se negó a dejar colaborar a sus hombres. El ataque fracasó a causa de la ausencia de sus seguidores y amigos, y el contraataque de Saladino sobre el campamento se rechazó con dificultad [13]. Las relaciones entre Ricardo y Felipe se habían complicado con la muerte, el 1.º de junio, de Felipe, conde de Flandes, el reacio cruzado de 1177. No dejó ningún heredero directo, y mientras el rey de Francia poseía algún derecho sobre la herencia, el rey de Inglaterra no quería dejar que una provincia tan rica y estratégicamente situada cayese en manos de su rival. Cuando Felipe, alegando las condiciones acordadas en Mesina, exigió la mitad de la isla de Chipre, Ricardo replicó pidiendo la mitad de Flandes. Ninguna de las partes siguió adelante en su petición, pero ambas quedaron resentidas [14].

El 3 de julio, después de que Taki, sobrino de Saladino, hubo intentado vanamente penetrar hasta la ciudad, los franceses abrieron una brecha profunda en la muralla, aunque fueron obligados a retirarse. Ocho días después, los ingleses y los pisanos aprovecharon un momento en que los otros cruzados estaban almorzando, probaron su suerte y obtuvieron el mismo éxito inicial, pero fracasaron

[11] Beha ed-Din, *P. P. T. S.*, págs. 224-7.
[12] Véase el prefacio de Mas Latrie a Haymar Monachus, pág. xxxvi.
[13] Ambrosio, col. 123; Rigord, págs. 108-9; Haymar Monachus, pág. 35.
[14] Rigord, pág. 113; Benedicto de Peterborough, II, pág. 171.

en definitiva. Por esta época la guarnición había decidido ya abandonar la lucha. Llegaron emisarios al campamento cruzado el 4 de julio, pero Ricardo rechazó sus proposiciones, a pesar de que aquel mismo día sus embajadores visitaban a Saladino, pidiendo que se les permitiera comprar fruta y nieve, e insinuando que estaban dispuestos a discutir condiciones de paz. Saladino estaba indignado al saber que sus hombres de Acre habían abandonado la esperanza. Les prometió una ayuda inmediata, pero no podía incitar a su ejército a hacer el gran ataque contra el campamento cristiano que había planeado para el 5 de julio. El 7 de julio, un nadador le trajo el último llamamiento de la ciudad. Sin ayuda, la guarnición no podía resistir más. La batalla del día 11 fue el último esfuerzo de los sitiados. Al día siguiente ofrecieron la capitulación, y sus condiciones fueron aceptadas. Acre tenía que rendirse con todo lo que contenía, sus barcos y sus almacenes militares. Había que pagar a los francos doscientas mil piezas de oro y, aparte, otras cuatrocientas para Conrado personalmente. Mil quinientos cristianos prisioneros, con un centenar de cautivos de categoría, especificados nominalmente, tenían que ser liberados, y además debía ser devuelta la Verdadera Cruz. Si se hacía todo ello, las vidas de los defensores serían respetadas.

Un nadador dejó el puerto para transmitir a Saladino lo que se había acordado, pues era él quien tenía que cumplimentar las cláusulas. Quedó horrorizado. Cuando se sentó frente a su tienda para redactar una respuesta prohibiendo a la guarnición someterse a tales condiciones, vio que las banderas francas se desplegaban sobre las torres de la ciudad. Era demasiado tarde. Sus oficiales habían firmado el convenio en su nombre, y como hombre de honor se vio ligado por él. Trasladó su campamento a Shafr'amr, en el camino a Seforia, más lejos de la ciudad, ahora que ya no podía hacer nada por ella, y se resistió a recibir a los embajadores de los francos victoriosos [15].

Apenas aceptada la capitulación, la guarnición sarracena salió de Acre. Los conquistadores se emocionaron al verla pasar camino del cautiverio, pues admiraban su valor y tenacidad, dignos de mejor causa. Cuando el último sarraceno había salido, los francos penetraron, encabezados por Conrado, cuyo portaestandarte llevaba su bandera personal y las banderas de los reyes. El rey Ricardo fijó su residencia en el antiguo palacio real, cerca de la muralla norte de la ciudad, y el rey Felipe, en la antigua fundación de los templarios, sobre el

[15] *Itinerarium,* págs. 227-33; Ambrosio, cols. 133-9; Benedicto de Peterborough, II, págs. 174-9; Rigord, págs. 115-16; Ernoul, pág. 274; *Estoire d'Eracles,* II, págs. 173-4; Abu Shama, II, págs. 19-29; Beha ed-Din, *P. P. T. S.,* págs. 258-69; Ibn al-Athir, II, págs. 44-6.

mar, cerca de la punta de la península. Disputas desagradables echaron a perder la distribución de los distritos en la ciudad. El duque de Austria, como cabeza del ejército alemán, reclamó una posición igual a la de los reyes de Francia e Inglaterra e izó su bandera junto a la de Ricardo, únicamente para verla arriada por los ingleses y arrojada en el foso que había debajo. Fue un insulto que Leopoldo de Austria no perdonó nunca. Cuando regresó a su patria, pocos días después, llevaba el corazón lleno de odio hacia Ricardo. Los mercaderes y nobles francos que habían tenido anteriores propiedades en Acre pidieron que se les devolvieran sus posesiones. Casi todos ellos eran partidarios de Conrado y, por tanto, recurrieron al rey Felipe cuando los cruzados visitantes intentaron desplazarlos. El rey insistió en que sus derechos debían respetarse [16].

La primera tarea era limpiar y volver a consagrar las iglesias de Acre. Una vez realizada, bajo la dirección del legado papal, Adelardo de Verona, los príncipes se reunieron para resolver definitivamente la cuestión del rey. Después de algún debate se acordó que Guido siguiese siendo rey hasta su muerte; después de la cual la corona pasaría a Conrado e Isabel y a su descendencia. Entretanto, Conrado seguía siendo señor de Tiro, Beirut y Sidón, y él y Guido se repartirían las rentas reales. Habiendo asegurado el porvenir de Conrado, el rey Felipe habló de regresar a su patria. Había padecido casi constantemente de enfermedades desde su llegada a Tierra Santa; había cumplido con su deber de cristiano ayudando a la reconquista de Acre; y dejaría al duque de Borgoña y la mayor parte del ejército francés en aquellas regiones. En vano le apremió Ricardo a que hicieran una declaración conjunta manifestando que los reyes permanecerían durante tres años en Oriente. Lo más que Felipe prometió fue que no atacaría los territorios franceses de Ricardo hasta que éste volviese a la patria; una promesa que no fue totalmente cumplida. Después, el 31 de julio, salió de Acre con dirección a Tiro, acompañado por Conrado, que dijo que tenía que ver sus tierras de esa región, pero que en realidad no quería servir en un ejército dominado por el rey Ricardo. Tres días después, el rey Felipe zarpó de Tiro para Brindisi [17].

[16] *Itinerarium,* pág. 234; Ernoul, págs. 274-5; *Estoire d'Eracles,* II, páginas 175-6; *Chronica Regia Coloniensis,* pág. 154, acerca de la riña de Ricardo con Leopoldo de Austria. Ansbert, *Expeditio Friderici,* pág. 102, dice que Leopoldo lamentaba el ataque de Ricardo a Isaac Comneno en Chipre, ya que Isaac era primo hermano de su madre.

[17] *Itinerarium,* págs. 238-9; Ambrosio, cols. 142-3; Benedicto de Peterborough, II, págs. 183-5, 192-9, 227-31; *Estoire d'Eracles,* II, págs. 179-81, afirma que Felipe estaba verdaderamente enfermo. Ernoul, págs. 116-17; Guillermo el Bretón, págs. 106-9.

La partida de Felipe fue considerada por los ingleses como una deserción cobarde y traidora. Pero parece que su salud era realmente mala, y había problemas en Francia, tales como la herencia flamenca, cuya solución sólo le incumbía a él. Además, sospechaba que Ricardo conspiraba contra él y que su vida estaba en peligro. Circuló un curioso relato, según el cual, cuando estaba muy enfermo, Ricardo fue a verle y le dijo falsamente que su único hijo Luis había muerto, bien en plan de broma pesada o bien con la siniestra esperanza de que el golpe sería insoportable para él. Había mucha gente en el ejército cristiano dispuesta a simpatizar con Felipe en sus deseos. Aunque Ricardo tenía la devoción de sus propios hombres y la admiración de los sarracenos, para los barones del Oriente franco el rey de Francia era el monarca que respetaban y que, según el sentir de ellos, entendía sus necesidades [18].

Una vez que se hubo marchado Felipe, Ricardo se hizo cargo plenamente del ejército y de las negociaciones con Saladino. El sultán aceptó cumplir el tratado concertado por sus oficiales en Acre. Mientras los cruzados se pusieron a reconstruir y fortalecer las murallas de Acre, Saladino empezó a reunir a los prisioneros y el dinero que se le exigía. El 2 de agosto, los oficiales cristianos visitaron su campamento, con el consentimiento de Ricardo, para proponer que se hicieran los pagos y se devolvieran los prisioneros en plazos de tres meses. Los prisioneros sarracenos serían librados después de que se hubiese pagado el primer plazo. A los visitantes se les enseñó la Santa Cruz, que Saladino se había llevado consigo, y la veneraron. El 11 de agosto fue enviada la primera remesa de hombres y dinero al campamento cristiano, y los embajadores de Ricardo volvieron diciendo que las cifras eran correctas, pero que los prisioneros de categoría específicamente nombrados no habían sido entregados todos. Por esta razón no querían poner en libertad a los soldados del sultán capturados en Acre. Saladino les pidió que aceptaran el plazo con rehenes por los señores que faltaban, y que le enviaran a él sus hombres, o que aceptaran el plazo y que dejaran rehenes con él para garantizar la libertad de sus hombres. Los embajadores rechazaron ambas proposiciones. Pidieron el plazo y solamente ofrecieron dar una promesa acerca de los prisioneros sarracenos. Saladino, desconfiando de su palabra, se negó a hacer ninguna entrega, a menos que sus hombres fueran puestos en libertad.

Ricardo tenía ahora grandes deseos de salir de Acre y avanzar

[18] *Estoire d'Eracles, loc. cit.*, para las intrigas de Ricardo. Beha ed-Din, *P. P. T. S.*, pág. 240, afirma que la autoridad del rey de Francia era universalmente reconocida, y, más adelante, pág. 242, que el rey de Inglaterra era inferior en rango, aunque le sobrepasaba en riqueza, valor y fama.

sobre Jerusalén. Los prisioneros sarracenos eran una rémora para él. Se sentía feliz de una excusa para deshacerse de ellos. Con sangre fría, el 20 de agosto, más de una semana después de haber regresado sus embajadores, manifestó que Saladino había roto lo convenido y ordenó la matanza de los dos mil setecientos supervivientes de la guarnición de Acre. Sus soldados se entregaron ávidamente a la tarea carnicera, dando gracias a Dios, según nos refieren jubilosos los apologistas de Ricardo, por esta oportunidad de vengar a sus camaradas que habían caído delante de la ciudad. Las mujeres y los hijos de los prisioneros fueron muertos a su lado. Sólo unos pocos notables y algunos hombres lo bastante fuertes para ser utilizados en trabajos de esclavos fueron respetados. Las avanzadillas sarracenas más próximas a Acre vieron lo que sucedía y se apresuraron a salvar a sus paisanos, pero aunque lucharon hasta el anochecer no pudieron llegar hasta ellos. Cuando terminó la degollina, los ingleses dejaron el lugar con los cadáveres mutilados y pudriéndose, y los musulmanes pudieron venir y reconocer a sus amigos martirizados [19].

El jueves 22 de agosto, Ricardo sacó el ejército cruzado de Acre. Conrado y muchos de los barones locales se hallaban ausentes, y los franceses, al mando del duque de Borgoña, seguían de mala gana a la retaguardia. Ninguno de los soldados quería abandonar la ciudad donde habían vivido tan cómodamente durante el último mes, con abundancia de alimentos y mujeres disolutas en las que satisfacer su lujuria; tampoco les agradó la noticia de que las únicas mujeres a las que se permitiría marchar con el campamento fuesen las lavanderas. Pero la fuerte personalidad de Ricardo se impuso. Saladino, situado aún en Shafr'amr, tenía en su poder las dos principales vías de acceso desde la costa, el camino a Tiberíades y Damasco y el que iba a Jerusalén pasando por Nazaret. Pero Ricardo marchó hacia el Sur, por la ruta de la costa, donde su flanco podía ser protegido por el mar y su flota. El sultán, por tanto, le siguió por un camino paralelo y acampó en Tel-Kaimun, en las laderas del Carmelo. Desde allí cabalgó por los alrededores para inspeccionar el terreno de la costa al sur del Carmelo y elegir campo de batalla.

Los cristianos marcharon hasta más allá de Haifa, ciudad que Saladino había desmantelado poco antes de la caída de Acre, y alre-

[19] *Itinerarium*, págs. 240-3; Ambrosio, cols. 144-8 (ambos justifican a Ricardo por la truculencia de Saladino y afirman que Conrado intentó poner a los prisioneros bajo su custodia. Ambrosio da gracias a Dios por la matanza), Ernoul, págs. 276-7; *Estoire d'Eracles*, II, págs. 178-9; Beha ed-Din, *P. P. T. S.*, págs. 270-4, constituye un relato más convincente; Abu Shama, II, págs. 30-3, dice que Saladino pidió a los templarios, en cuya palabra confiaba a pesar de odiarlos, que garantizasen las condiciones, pero que ellos se negaron, porque sospechaban que Ricardo las quebrantaría. La Santa Cruz no fue devuelta.

dedor de las estribaciones del Carmelo. Su marcha fue lenta, para permitir a la flota mantenerse en contacto con ellos, y Ricardo creía que se debía permitir a los soldados descansar casi un día sí y otro no. Pero soplaba el viento del Oeste, y resultaba difícil para los barcos doblar el cabo. La caballería ligera de los sarracenos de cuando en cuando se precipitaba desde el Carmelo sobre el ejército en marcha, apresando a los rezagados, que eran llevados ante Saladino, crucificados y muertos en venganza por la carnicería de Acre. Sólo las lavanderas no corrieron esta suerte. Entretanto, Ricardo condujo el grueso de su ejército hasta la cima del Carmelo y acampó en tierras de Cesarea [20].

El día 30, ambos ejércitos trabaron un contacto más estrecho, al acercarse los cristianos a Cesarea. Desde entonces se produjeron diariamente duras escaramuzas. Pero Ricardo, no obstante, obligó a continuar a su ejército. Estaba en su apogeo, combatiendo siempre en primera línea y recorriendo de cuando en cuando toda la formación para animar a sus hombres a avanzar. El calor era tórrido, y los occidentales, pesadamente armados y poco acostumbrados al sol, sufrieron numerosas bajas a causa de la insolación, y muchos hombres se desmayaron y fueron muertos en el lugar donde caían. El duque de Borgoña y las tropas francesas fueron casi aniquilados al quedarse rezagados de la retaguardia detrás de los carros de provisiones, pero consiguieron zafarse. La hueste toda caminaba con trabajo, pero ininterrumpidamente, gritando a intervalos la plegaria *Sanctum Sepulchrum adjuva,* «Santo Sepulcro, ayúdanos».

Pocos días después, Saladino eligió su campo de batalla. Tendría lugar al norte de Arsuf, donde la llanura era lo bastante amplia para poder utilizar la caballería, pero cubierta por los bosques que se adentraban dos millas desde el mar. El 5 de septiembre, Ricardo pidió parlamentar y se entrevistó con el hermano del sultán, al-Adil, bajo la bandera de tregua. Pero, aunque estaba cansado de luchar, no pidió nada menos que la entrega de toda Palestina. Inmediatamente al-Adil rompió las negociaciones.

El sábado por la mañana, 7 de septiembre, Ricardo vio claramente que los musulmanes se aprestaban a presentar batalla y situó a sus hombres en orden de combate. La impedimenta fue diseminada a lo largo de la costa y su defensa se encomendó a Enrique de Champagne con parte de la infantería. Colocó a los arqueros en primera línea, y tras ellos a los caballeros. Los templarios estaban a la derecha, en el extremo sur del ala. A continuación se encontraban los

[20] *Itinerarium,* págs. 248-56; Ambrosio, cols. 252-60; Beha ed-Din, *P. P. T. S.,* págs. 275-81; Abu Shama, II, págs. 33-6.

bretones y los hombres de Anjou, y después de ellos las tropas de Guienne, al mando de Guido y de su hermano, Godofredo de Lusignan. En el centro se situó el rey mismo, con sus tropas inglesas y normandas; luego, los flamencos y los barones nativos, al mando de Jaime de Avesnes, y los francos, mandados por Hugo de Borgoña, y en el extremo izquierdo, los hospitalarios. Cuando todo estuvo dispuesto, Ricardo y el duque de Borgoña recorrieron las líneas arengando a las tropas.

El ataque de los sarracenos comenzó a media mañana. En oleadas sucesivas, soldados de infantería, negros y beduinos, con armas ligeras, se precipitaron sobre los cristianos arrojando flechas y dardos. Así desarticularon la primera línea de infantería, pero no lo lograron con los caballeros, pesadamente armados. Estos abrieron su filas de repente y la caballería turca cargó a través de ellos, con sus cimitarras y lanzas centelleantes. Los turcos dirigieron los más fieros ataques contra los hospitalarios y los flamencos y barones nativos situados junto a ellos, pretendiendo envolver el flanco izquierdo de los cristianos. La caballería sostuvo sus posiciones y, después de cada embestida, los arqueros reorganizaban sus filas. A pesar de la petición de sus soldados, Ricardo no permitió pasar a su ejército al ataque hasta que todo estuviese dispuesto y hasta que las cargas de los turcos empezaran a dar muestras de cansancio y el grueso del ejército sarraceno se acercase más. Varias veces el gran maestre del Hospital le pidió que diera la señal de ataque. Sus caballeros, decía, tendrían que rendirse si no podían tomar la ofensiva. Cuando Ricardo ordenó que tuviesen todavía paciencia, dos caballeros, el mariscal de la Orden y Balduino Carew, decidieron por sí mismos lanzarse al ataque y se precipitaron hacia el enemigo, y todos sus camaradas galoparon tras ellos. A la vista de la carga, todos los caballeros situados tras ellos espolearon sus caballos. Al principio se originó confusión, porque los arqueros todavía no estaban preparados y se encontraban en su camino. El rey se introdujo en el remolino para restablecer un poco el orden, y tomó el mando del asalto. El secretario de Saladino, que lo presenció desde una colina próxima, estaba asombrado ante el esplendor del espectáculo cuando la caballería cristiana tronaba hacia él. Era demasiado para los soldados musulmanes. Rompieron sus filas y huyeron. Saladino los reagrupó a tiempo de defender su campamento e incluso para dirigir otra carga contra el enemigo. Pero fue en vano. Hacia el atardecer el ejército cristiano era dueño del campo y proseguía su marcha en dirección Sur [21].

[21] *Itinerarium*, págs. 256-78; Ambrosio, cols. 160-78; Beha ed-Din, *P. P. T. S.*, págs. 281-95; Abu Shama, II, págs. 36-40.

La batalla de Arsuf no fue decisiva, pero sí una gran victoria moral para los cristianos. Sus pérdidas fueron sorprendentemente escasas, aunque entre los muertos se hallaba el gran caballero Jaime de Avesnes, que yacía rodeado de quince cadáveres sarracenos. Pero las bajas musulmanas habían sido casi igual de pequeñas. No había caído ningún emir destacado, y al día siguiente Saladino había reagrupado a todos sus hombres, dispuesto a intentar otro encuentro, que Ricardo rehuyó, si bien Saladino no se sintió bastante fuerte para provocarlo. El valor de la victoria estaba en la confianza que dio a los cristianos. Era la primera gran batalla abierta desde Hattin, y demostró que Saladino podía ser derrotado. Habiéndose producido tan inmediatamente después de la conquista de Acre, parecía un indicio de que había cambiado el rumbo y que incluso Jerusalén podía ser nuevamente liberada. La fama de Ricardo estaba en su cúspide. El ataque victorioso había sido lanzado, es verdad, en contra de sus órdenes, pero sólo pocos minutos antes de que él estuviese dispuesto, y su paciente comedimiento previo y la dirección del ataque cuando se produjo demostraron una extraordinaria condición de general. Era un buen augurio para el futuro de la Cruzada.

Saladino, por su parte, había sufrido una humillación personal y pública. Su ejército resultó ineficaz en Acre, y ahora había sido derrotado en una batalla abierta. Igual que su ilustre predecesor Nur ed-Din, Saladino, según fue envejeciendo, perdió algo de su energía y de su dominio de los hombres. Su salud era escasa; sufría de repetidos ataques de malaria. Era menos capaz que en sus tiempos jóvenes para imponer sus decisiones sobre los pendencieros emires que eran sus vasallos. Muchos de ellos aún le consideraban como advenedizo y usurpador, y estaban prestos a demostrar su insubordinación si su estrella acusaba el más leve declive. Mal podía afrontar que Ricardo le superase como general. Sobre todo tenía que conservar Jerusalén, cuya conquista había sido su triunfo más glorioso. Llevó su ejército ordenadamente a Ramleh, en el camino de Jerusalén, para esperar la nueva acción de Ricardo.

El ejército cruzado avanzó hasta Jaffa y empezó a reconstruir sus fortificaciones. Hasta entonces Ricardo dispuso de la flota para proteger su flanco y abastecer a su hueste. No estaba en condiciones de avanzar tierra adentro, hacia la Ciudad Santa, sin una poderosa base en la costa. Además, después de la prolongada marcha a lo largo del litoral, su ejército estaba cansado y necesitaba reposo. Su cautela y demora han confundido a muchos historiadores, pues si hubiese avanzado rápidamente contra Jerusalén la hubiese encontrado escasamente guarnecida y con las murallas en malas condiciones. Pero el ejército de Saladino había sido únicamente derrotado, no destrui-

do. Era aún formidable, y en el caso de que Ricardo se hubiese abierto camino hasta Jerusalén, podría haberle cortado la retirada desde el mar. Era prudente asegurarse Jaffa antes de iniciar una acción de más envergadura. Sin embargo, la demora fue exagerada. Permitió a Saladino reforzar las defensas de la Ciudad Santa. Después, temeroso de que Ricardo fuese a avanzar sobre Ascalón para restablecer en ella una base que cortase el camino a Egipto, su principal fuente de fuerza humana, trasladó a parte de su ejército desde Ramleh a Ascalón, y metódicamente demolió toda la ciudad, a pesar de lo rica y próspera que era [22]. Entretanto el ejército cristiano disfrutaba de las comodidades de Jaffa. La vida era agradable en la ciudad. Abundaban la fruta y las verduras en los huertos en torno a ella y los barcos traían copiosas provisiones. En ellos venían también cortesanas de Acre para distraer a los hombres. Los sarracenos se mantenían a distancia. Sólo hubo algunas escaramuzas caballerescas en la llanura de Lydda, en las afueras del campamento. El ejército se volvió indolente y blando. Muchos soldados regresaron a Acre. Ricardo envió emisarios al rey Guido para que les apremiase a volver al campamento, pero ellos no le hacían caso. Fue necesaria la visita personal de Ricardo a Acre para reunirlos de nuevo [23]. Ricardo tenía sus propias preocupaciones. No le hacían feliz los asuntos de Acre y los de más al Norte, donde el partido de Conrado era poderoso. Surgieron conflictos en Chipre, donde había muerto Ricardo de Camville, y Roberto de Turnham tropezó con dificultades para reprimir una revuelta; también recelaba de lo que pudiera hacer el rey Felipe a su regreso a Francia. Resolvió sus conflictos chipriotas vendiendo la isla a los templarios [24]. Pero también estaba deseoso de iniciar negociaciones con Saladino. Este se hallaba dispuesto a prestar oídos a sus proposiciones y dio poderes a su hermano, al-Adil, para negociar en su nombre.

Tan pronto como llegó a Jaffa, Ricardo envió a Hunfredo de Torón, que era el mejor arabista de su ejército, y hacia el cual sentía un profundo afecto, a Lydda, que estaba al mando de al-Adil, para discutir los preliminares de una tregua; pero no se llegó a ninguna decisión. Al-Adil era un diplomático experto, y refrenaba los deseos de su hermano, que tendía a un arreglo. Su diplomacia tuvo una maravillosa oportunidad cuando, en octubre, fueron a verle desde Tiro

[22] *Itinerarium*, págs. 280-1; Beha ed-Din, *P. P. T. S.*, págs. 295-300; Abu Shama II, págs. 41-4; Ibn al-Athir, II, págs. 50-1, demuestra que Saladino cedió ante sus emires, en contra de sus deseos, acerca de Ascalón.

[23] *Itinerarium*, págs. 283-6; Ambrosio, cols. 187-9.

[24] Benedicto de Peterborough, II, págs. 172-3; Ernoul, pág. 273; *Estoire d'Eracles*, II, págs. 170, 189-90.

unos emisarios preguntando si recibiría una embajada de Conrado. La primera petición de Ricardo fue nada menos que la entrega de Jerusalén, con todo el territorio al oeste del Jordán, y la devolución de la Santa Cruz. Saladino envió una respuesta diciendo que la Ciudad Santa también era santa para el Islam, y que no devolvería la Cruz sin alguna compensación. Pocos días después, el 20 de octubre, Ricardo hizo nuevas proposiciones. Como todos los cruzados, admiraba a al-Adil, al que llamaban Saphadin, y sugirió que al-Adil recibiera la totalidad de la Palestina que pertenecía entonces a Saladino, y se casase con la hermana del rey, la reina Juana de Sicilia, la cual recibiría en dote las ciudades costeras conquistadas por Ricardo, incluyendo Ascalón. El matrimonio debería vivir en Jerusalén, adonde tendrían libre acceso los cristianos. La Cruz debería ser devuelta. Todos los prisioneros de cada bando serían puestos en libertad, y a los templarios y hospitalarios se les devolverían sus propiedades palestinenses. Saladino, cuando recibió la visita de su secretario con el ofrecimiento, lo interpretó como una broma y accedió alegremente. Pero Ricardo pareció haberlo tomado completamente en serio. La reina Juana, que, con la reina Berenguela, se había reunido con él en Jaffa, quedó horrorizada cuando se enteró de la proposición. Dijo que por nada de este mundo se casaría con un musulmán. Por eso Ricardo preguntó después a al-Adil si quería considerar el convertirse al cristianismo. Al-Adil cortésmente rechazó el honor, pero invitó a Ricardo a un suntuoso banquete en Lydda el 8 de noviembre. Fue una fiesta feliz, y se separaron con promesas de afecto, y cada cual recibió muchos regalos del otro. Pero en el mismo momento, Saladino se entrevistaba en su campamento cercano con el embajador enviado por Conrado, el encantador Reinaldo de Sidón, cuyas tretas en Beaufort había perdonado el sultán.

A la mañana siguiente, Saladino recibió al anviado de Ricardo, Hunfredo de Torón. Traía un ofrecimiento de que al-Adil fuese reconocido como soberano de toda Palestina, siempre que los cristianos tuvieran una parte de Jerusalén. Se confiaba en que el matrimonio con Juana pudiese arreglarse, aunque Ricardo admitió que la opinión pública estaba algo indignada con la idea. Una dispensa papal podría hacer cambiar la intención de Juana, según pensaba Ricardo. Y si no, al-Adil podía casarse con su sobrina, Leonor de Britania, que, como pupila del rey, estaba en condiciones de hacerlo sin interferencia papal. Cuando todo esto se hubiese acordado, Ricardo volvería a Europa. El ofrecimiento de Conrado fue menos sensacional. A cambio de Sidón y Beirut, rompería con los otros cruzados e incluso proponía devolver Acre a los musulmanes. Pero cuando se

le preguntó si tomaría efectivamente las armas contra Ricardo, su embajador contestó con evasivas.

Saladino celebró un consejo para decidir con cuál de los partidos francos deberían continuarse las conversaciones. Al-Adil y los otros emires votaron por el partido de Ricardo, menos, tal vez, a causa de algún afecto por el rey que porque abandonasen pronto Palestina; mientras Conrado, por el cual todos sentían algún respeto, pensaba quedarse allí para siempre. Las proposiciones de Ricardo fueron aceptadas en principio; pero el séquito de Hunfredo sufrió una decepción al ver cierto día a Reinaldo de Sidón cazando con al-Adil y en evidentes relaciones de intimidad con él. Efectivamente, al-Adil prolongó las negociaciones hasta que llegó el invierno [25]. Mientras tanto, la lucha entre los ejércitos había sido variable y esporádica. Un día, a finales de noviembre, Ricardo, cuando se halla halconeando, cayó en una emboscada sarracena, y hubiese sido hecho prisionero de no haber exclamado el valiente caballero Guillermo de Preux que él era el rey, dejándose hacer cautivo. Algunos otros caballeros cayeron aquel día, pero aparte de esa breve escaramuza no hubo conflictos dignos de mención [26].

Cuando empezaron las lluvias de noviembre, Saladino licenció a la mitad de su ejército y se retiró con el resto de sus tropas a sus cuarteles de invierno en Jerusalén. Los refuerzos procedentes de Egipto estaban en camino. Pero Ricardo no quiso desanimarse por el mal tiempo. A mediados de mes condujo su ejército, aumentado por destacamentos de refresco de Acre, desde Jaffa hasta Ramleh, que encontró abandonada y desmantelada por los sarracenos. Esperó allí durante seis semanas, con vistas a una ocasión para avanzar sobre Jerusalén. Hubo frecuentes incursiones sarracenas contra sus avanzadas. El mismo fue casi capturado en un reconocimiento cerca del castillo de Blanchegarde. En otra escaramuza fue capturado el conde de Leicester, aunque se le puso inmediatamente en libertad. Durante los últimos días del año el tiempo era tan malo, que Saladino retiró a sus algareros. Ricardo pasó la Navidad en Latrum, en el borde de las colinas de Judea, y el 28 de diciembre su ejército escaló las colinas sin encontrar oposición del enemigo. Caía una lluvia torrencial. El camino estaba completamente encharcado. Un fuerte viento derribó los palos de las tiendas antes de que pudieran ser levantadas. Hacia el 3 de enero el ejército llegó al fuerte de Beit-Nuba, sólo a doce millas de la Ciudad Santa. Los soldados ingleses y franceses estaban llenos de entusiasmo. Sufrían contentos las incomodi-

[25] *Itinerarium*, págs. 295-7; Beha ed-Din, *P. P. T. S.*, págs. 302-35, ofrece un detallado informe de las negociaciones; Abu Shama, II, págs. 45-50.

[26] *Itinerarium*, págs. 286-8.

dades del campamento en la húmeda y ventosa colina; el haberse podrido por la lluvia las provisiones de galletas y carne de cerdo, que eran su principal comida; la pérdida, a causa de la inclemencia del tiempo y la falta de alimentos, de muchos de sus caballos, y su propio cansancio y frío: todo era soportable con tal de alcanzar pronto la anhelada meta. Pero los caballeros que conocían el país, los hospitalarios, los templarios y los barones nativos, adoptaron una actitud más prudente y triste. Dijeron al rey Ricardo que, incluso si penetraban sobre las embarradas colinas, a través de las tempestades, hasta Jerusalén, e incluso si podía contener allí al ejército de Saladino, había un ejército procedente de Egipto acampado en las colinas exteriores. Se vería cogido entre ambos. Y agregaban: ¿qué pasaría si conquistaban Jerusalén? Los cruzados visitantes, una vez hecha su peregrinación, regresarían todos a Europa, y los soldados nativos no eran lo bastante numerosos como para resistir contra las fuerzas del Islam unido. Ricardo se convenció. Después de cinco días de vacilación, ordenó la retirada [27].

Triste y abatido, el ejército volvió bajo el aguanieve a Ramleh. Los ingleses soportaron el fracaso con entereza, pero los franceses, con su temperamento versátil, empezaron a desertar. Muchos, entre ellos el duque de Borgoña, se retiraron a Jaffa; algunos incluso a Acre. Ricardo comprendió que para restablecer la moral de sus hombres era necesaria alguna actividad. Celebró un consejo el 20 de enero y con su apoyo dio órdenes al ejército de trasladarse desde Ramleh, por Ibelin, a Ascalón. Allí se entregó a reparar la gran fortaleza que Saladino había desmantelado pocos meses antes. Igual que Saladino, se dio cuenta perfectamente de su importancia estratégica. Convenció a los franceses para que se reunieran con él en Ascalón [28].

Aparte de una visita a Acre, Ricardo pasó los cuatro meses siguientes en Ascalón convirtiéndola en el castillo más poderoso de toda la costa de Palestina. Sus hombres trabajaron bien, a pesar de la mucha incomodidad. No había ningún puerto en la plaza, y los suministros, que venían por mar, a menudo no podían ser desembarcados. El tiempo aquel invierno fue continuamente malo. Pero Saladino no les molestó. Algunos secuaces de Ricardo pensaban que el sultán se negaba, por caballerosidad, a atacarlos cuando eran tan vulnerables, con descontento de sus emires. Pero, en realidad, Saladino quería que su ejército descansase y esperaba los refuerzos del Jezireh y Mosul. Bien podía ser que algunos de sus emires estuvieran descontentos, aunque no era a causa de su inactividad. Mientras

[27] *Ibid.*, págs. 303-8; Ambrosio, 203-8.

[28] *Itinerarium*, págs. 309-12; Ambrosio, cols. 208-11; Abu Shama, II, página 51.

se hallaran en tal estado de ánimo, Saladino no se arriesgaría a una batalla [29].

Además, las noticias de Acre le demostraron que los francos estaban desunidos. En febrero, Ricardo llamó a Conrado para que colaborase en las obras de Ascalón, y Conrado se negó bruscamente a ir. Pocos días después, Hugo de Borgoña y muchos francos desertaron y fueron a Acre. El rey Felipe había dejado al duque muy poco dinero para sus tropas, y el pago se había hecho hasta entonces con préstamos facilitados por Ricardo. Pero también el enorme tesoro de Ricardo iba agotándose. No quería financiarles más tiempo. En Acre, la eterna rivalidad entre los pisanos y los genoveses, ambos ahora con muchos hombres y barcos situados allí, se había convertido en guerra abierta. Los pisanos, alegando que obraban en nombre del rey Guido, tomaron la ciudad a pesar de que Hugo de Borgoña acababa de llegar a ella. La defendieron durante tres días contra Hugo, Conrado y los genoveses, y mandaron llamar a Ricardo en su ayuda. El 20 de febrero, Ricardo llegó a Acre e intentó hacer la paz. Tuvo una entrevista con Conrado en Casal Imbert, en el camino de Tiro, pero no fue satisfactoria. Conrado aún se negaba a unirse al ejército de Ascalón, incluso cuando Ricardo le amenazó con arrebatarle todas sus tierras, a menos que se aviniera a ello. Era una amenaza que no podía cumplir. Cuando Ricardo regresó a Ascalón, habiendo pactado una tregua precaria, estaba más convencido que nunca de que había que hacer la paz con Saladino [30].

Estaba aún en contacto con al-Adil. Un enviado inglés, Esteban de Turnham, visitó Jerusalén para ver al sultán y a su hermano, y quedó sorprendido al llegar a la puerta de la ciudad y ver salir por ella a Reinaldo de Sidón y a Balian de Ibelin. Las negociaciones de Saladino con Conrado no habían sido interrumpidas, y la presencia de Balian fue siniestra, pues era un caballero al que el sultán estimaba grandemente. Sin embargo, el 20 de marzo, al-Adil cabalgó hasta el campamento de Ricardo con un ofrecimiento definido. Los cristianos podían conservar lo que habían conquistado y tendrían el derecho de peregrinar a Jerusalén, donde los latinos podrían tener sacerdotes. La Santa Cruz les sería devuelta. Podrían anexionarse Beirut, si era desmantelada. La embajada fue bien recibida por el rey. En efecto, como un signo de honor especial, uno de los hijos de al-Adil fue armado caballero, aunque sin duda se omitieron los ritos cristianos usuales en la ceremonia. Cuando al-Adil se reunió con su

[29] *Itinerarium*, págs. 313-17; Ambrosio, cols. 212-14.
[30] *Itinerarium*, págs. 319-24; Ambrosio, cols. 218-21.

hermano, a principios de abril, parecía que al fin se había llegado a un acuerdo [31].

La necesidad de un arreglo se hizo más evidente aún pocos días después, cuando llegó de Inglaterra el prior de Hereford para informar a Ricardo que las cosas iban mal en Inglaterra. El hermano del rey, Juan, estaba usurpando de manera creciente la autoridad real, y el canciller, Guillermo, obispo de Ely, rogaba a Ricardo que volviese inmediatamente a la patria. Ricardo había pasado la Pascua de Resurrección, 5 de abril, en el campamento, furioso porque los franceses que quedaban acababan de abandonarle, trasladándose al Norte llamados por Hugo de Borgoña. Ahora, más que nunca, las disputas de los cruzados tenían que ser acalladas. El rey convocó un consejo de todos los caballeros y barones de Palestina. Les dijo que él pronto tendría que salir del país, y que la cuestión de la corona de Jerusalén tenía que decidirse, y les ofreció elegir entre el rey Guido y el marqués Conrado. Para su sorpresa e indignación, nadie abogó por Guido. Fue a Conrado a quien todo el mundo quería.

Ricardo era lo bastante prudente y magnánimo para aceptar la decisión. Accedió a reconocer a Conrado como rey. Una misión, presidida por su sobrino Enrique de Champagne, salió hacia Tiro para dar la buena nueva al marqués.

Cuando Enrique llegó a Tiro, alrededor del 20 de abril, hubo gran regocijo. Se decidió que la coronación tuviese lugar al cabo de pocos días en Acre, y después se dio por supuesto que Conrado consentiría al fin en unirse al campamento de Ascalón. Enrique salió de Tiro para Acre en seguida para preparar en la ciudad la ceremonia [32].

Al conocer la noticia, Conrado cayó de rodillas y pidió a Dios que, si era indigno de ser rey, no se le diese el reino. Pocos días después, el martes 28 de abril de 1192, se hallaba esperando, para cenar, a su esposa, la princesa Isabel, que se estaba retrasando en el baño. Decidió dar una vuelta y cenar con su antiguo amigo, el obispo de Beauvais. Pero el obispo había terminado su comida, por lo que, aunque le instaron a que se quedara mientras se preparaba cena para él, se dirigió alegre a su casa. Cuando pasó junto a una pronunciada esquina, se le acercaron dos hombres, y, mientras uno de ellos le dio a leer una carta, el otro le apuñaló. Fue llevado moribundo a palacio.

Uno de los criminales fue muerto en el mismo lugar. El otro fue apresado y confesó, antes de ser ejecutado, que él y su compañero eran Asesinos enviados para realizar la faena por el Viejo de las

[31] Beha ed-Din, *P. P. T. S.*, págs. 328-9; *Itinerarium*, pág. 337.
[32] *Itinerarium*, págs. 329-38; Ambrosio, cols. 225-31.

Montañas, el jeque Sinan. Los Asesinos habían conservado una neutralidad tranquila a lo largo de toda la Cruzada, lo que les proporcionó una oportunidad de reforzar sus castillos y acrecentar su riqueza. Conrado había ofendido a Sinan por un acto de piratería contra un barco mercante que llevaba un rico cargamento comprado por la secta. A pesar de las reclamaciones de Sinan, no devolvió los bienes ni la tripulación, la cual, en efecto, murió ahogada. Es posible que Sinan temiera también que la creación de un estado cruzado poderoso en la costa libanesa pudiese tal vez amenazar a su territorio. Se dijo que los dos criminales habían estado durante algún tiempo en Tiro esperando la ocasión, y que incluso habían aceptado el bautismo, con Conrado y Balian de Ibelin como padrinos. Pero la opinión pública buscaba móviles más hondos. Algunos decían que Saladino había sobornado a Sinan para matar a Ricardo y Conrado; pero Sinan temía que la muerte de Ricardo podía dejar libre a Saladino para marchar contra los Asesinos, por lo que emprendió sólo la última tarea. Otra teoría aceptada más generalmente es la de que el propio Ricardo había organizado el atentado. La connivencia de Saladino no se puede creer, y, por otra parte, Ricardo, por mucho que le disgustara Conrado, nunca se sirvió de tales medios. Sin embargo, sus enemigos, encabezados por el obispo de Beauvais, se negaron a creer en su inocencia [33].

La muerte de Conrado fue un rudo golpe para el reino renaciente. Duro, ambicioso y carente de escrúpulos, aunque la nobleza franca nativa confiaba en él y le admiraba, hubiese sido un rey fuerte y astuto. Sin embargo, su desaparición tuvo compensaciones. La heredera del reino, Isabel, se encontró libre para casarse y dar la corona a algún candidato menos discutido. Cuando Enrique de Champagne conoció el asesinato, volvió rápidamente de Acre a Tiro. Allí la princesa viuda se había encerrado en el castillo y se negó a entregar las llaves de la ciudad a nadie que no fuese representante de los reyes de Francia y de Inglaterra. Enrique, a su llegada, fue en seguida aclamado por la gente de Tiro como el hombre que debería casarse con la princesa y heredar el trono. Era joven, valeroso y popular, y sobrino de dos reyes. Isabel cedió al clamor público. Se entregó a Enrique y le dio las llaves. Dos días después del asesinato de Conrado se anunciaron sus esponsales. Hubo algunos que pensaron que hubiese sido conveniente un aplazamiento, pues era dudoso que un nuevo matrimonio pudiese ser legal dentro del año. Enrique, por su parte, estaba un poco tibio. Isabel era una mujer

[33] *Itinerarium*, págs. 337-42; Ambrosio, cols. 233-8; Ernoul, págs. 288-90; *Estoire d'Eracles*, II, págs. 192-4; Beha ed-Din, *P. P. T. S.*, págs. 332-3; Abu Shama, II, págs. 52-4.

joven, muy bella, de veintiún años, pero ya había estado casada dos veces, y tenía una hija que iba a ser su heredera. Parece que Enrique insistió en que el compromiso debía ser ratificado por Ricardo. Los mensajeros hicieron que Ricardo se trasladara a Acre, y allí se entrevistó con su sobrino. Corrieron rumores de que Enrique le habló de sus dudas y de su anhelo de volver a la patria, a sus bellas tierras de Francia. Pero Ricardo encontró admirable la solución. Aconsejó a Enrique aceptar la elección para el trono y le prometió que algún día volvería con nueva ayuda para su reino. Rehusó dar su opinión sobre el matrimonio, pero Enrique no podía llegar a ser rey sino como esposo de Isabel. El 5 de mayo de 1192, una semana justa después de su viudedad, Isabel entró en Acre con Enrique a su lado. Toda la población salió a recibirles, y la boda se celebró con pompa y júbilo general. La princesa y su marido fijaron su residencia en el castillo de Acre [34].

Fue un matrimonio feliz. Enrique pronto se enamoró profundamente de su esposa y no podía soportar dejar de verla, y ella encontró irresistible su encanto, después de la sordidez del piamontés entrado en años con quien la habían casado a la fuerza.

Ricardo ya había dispuesto del rey Guido. Comprendió al fin que nadie en Palestina sentía ningún afecto por el ex-monarca inoperante. Sin embargo, había que tener en cuenta el futuro de Chipre. No quería mantener funcionarios en la isla cuando regresara a Europa, y los templarios, a los que había vendido el gobierno, no eran prudentes en su trato con los nativos griegos. Ellos deseaban devolvérselo, por lo que autorizó a Guido que comprase el gobierno a los templarios, si bien Ricardo exigió una cantidad adicional para él, cantidad que, de hecho, Guido no llegó a pagar nunca en su totalidad. A principios de mayo, Guido desembarcó en Chipre con plena autoridad para gobernar la isla a su gusto [35].

Una vez resuelto todo ello, Ricardo invitó a Enrique a que se reuniera con él en Ascalón. Corrió el rumor de que uno de los sobrinos de Saladino había iniciado en Mesopotamia una peligrosa revolución contra el sultán. Por eso, Ricardo, cuyo tratado con los sarracenos no estaba aún ratificado, decidió un súbito ataque sobre Daron, a veinte millas de la costa. Pero Enrique, con el ejército

[34] *Itinerarium,* págs 342-3; Ambrosio, cols. 238-9 (ambos afirman que el pueblo insistió en la elección de Enrique; los franceses lo favorecieron, pero Ricardo no se comprometió); Ernoul, págs. 290-1; *Estoire d'Eracles,* II, páginas 195-6 (los dos creen que Ricardo insistió en ello); Abu Shama, *loc. cit.* Dice que Isabel estaba encinta cuando contrajo matrimonio con Enrique. Su hija María, sin embargo, nació probablemente antes de la muerte de Conrado.

[35] Acerca de la venta de Chipre, véase Hill, *History of Cyprus,* II, páginas 36-8, 67-9.

francés, perdía tiempo en Acre. Sin esperarlos, Ricardo avanzó por mar y tierra sobre Daron, y el 23 de mayo, después de una lucha feroz de cinco días, asaltó la parte baja de la ciudad y provocó la rendición de la ciudadela. Ricardo había aprendido poco de la cortesía de Saladino. Algunos elementos de la guarnición fueron pasados a cuchillo, otros arrojados sobre las almenas o llevados maniatados a un cautiverio perpetuo [36].

La fácil conquista de la última fortaleza de Saladino en la costa palestinense animó tanto a los cruzados, que volvieron a planear el ataque a Jerusalén. Enrique y los franceses llegaron a Daron el día siguiente de su conquista, a tiempo de pasar la Pascua de Pentecostés con el rey. El ejército regresó a Ascalón inmediatamente después, y los franceses e ingleses le apremiaban a realizar sin pérdida de tiempo un ataque contra la Ciudad Santa. Ricardo acababa de recibir de Inglaterra noticias muy inquietantes y dudaba si la expedición era militarmente factible. Se acostó confuso, y no se levantó hasta que le dirigió un llamamiento emocionado uno de los capellanes poitevinos. Entonces hizo voto de permanecer en Palestina hasta la Pascua siguiente [37].

El 7 de junio, el ejército cristiano volvió a salir de Ascalón. Pasando cerca de Ramleh, al marchar por el camino de Blanchegarde, llegó a Latrun el 9 y a Beit Nuba el 11. Ricardo se detuvo y el ejército permaneció en este lugar durante un mes. Saladino esperaba en Jerusalén, adonde acababan de llegar sus refuerzos del Jezireh y Mosul. Sin mejores provisiones ni adecuados animales de carga habría sido una locura por parte de los cristianos avanzar más hacia las colinas. Ambas partes entablaron escaramuzas con éxito vario. Un día, cuando cabalgaban por las colinas sobre Emaús, el rey Ricardo vio de repente en la lejanía el panorama de las murallas y las torres de Jerusalén. Apresuradamente se cubrió el rostro con su escudo, para evitar el espectáculo de la ciudad que Dios no le había permitido liberar. Pero tuvo alguna compensación. El obispo sirio de Lydda vino un día al campamento con un fragmento de la Verdadera Cruz que él había salvado. Algo más tarde, el abad del convento griego de Mar Elías, hombre venerable, de frondosa barba blanca, habló al rey de un lugar donde él había enterrado otra parte de la Cruz, para librarla del infiel. Fue desenterrada y entregada a Ricardo. Estos fragmentos consolaron al ejército por su fracaso en conseguir la parte principal de la reliquia, la cual, al parecer, Saladino había devuelto ya al Santo Sepulcro de Jerusalén.

[36] *Itinerarium*, págs. 352-6; Ambrosio, cols. 245-51; Beha ed-Din, *P. P. T. S.*, pág. 337; Abu Shama, II, pág. 54.

[37] *Itinerarium*, págs. 356-65; Ambrosio, cols. 252-9.

El 20 de junio, cuando los jefes del ejército dudaban entre abandonar su proyecto sobre Jerusalén o marchar, en lugar de ello, contra Egipto, se supo que una gran expedición musulmana avanzaba desde el Sur hacia la Ciudad Santa. Tres días después Ricardo la atacó cerca de la Cisterna Redonda, las fuentes de Kuwaifa, en la tierra estéril situada unas veinte millas al sudoeste de Hebrón. Los musulmanes estaban mal preparados para un ataque. Después de una breve batalla, toda la caravana fue capturada con sus ricas mercancías, sus copiosos suministros de víveres y algunos miles de caballos y camellos. El ejército cristiano regresó triunfal al campamento de Beit Nuba.

Saladino quedó horrorizado con la noticia. Ricardo avanzaría ahora seguramente sobre Jerusalén. Se apresuró a enviar hombres para cegar todas las fuentes entre Beit Nuba y la ciudad, y talar todos los árboles frutales. El 1.° de julio celebró un angustioso consejo en Jerusalén para decidir si debía retirarse hacia el Este. El deseaba permanecer allí, y sus emires reunidos apoyaron su decisión, haciéndole protestas de lealtad. Pero las tropas turcas y kurdas estaban en riña, y él no sabía cómo se comportarían frente a un ataque vigoroso.

Sus preocupaciones pronto se resolvieron. Hubo también agrias disputas en el campamento cristiano. Los soldados franceses estaban ávidos de seguir adelante ahora que los víveres y el transporte eran abundantes. Pero los escuchas de Ricardo le advirtieron de la falta de agua, y existía aún el problema de cómo defender Jerusalén cuando los cruzados occidentales volvieran a sus países. Ante las burlas e insultos de los franceses, Ricardo volvió a ordenar que el ejército se retirase de Beit Nuba. El 4 de julio, Saladino recibió la noticia de que los cristianos habían levantado el campamento y que iniciaban su marcha hacia la costa. Cabalgó hasta una colina próxima, al frente de sus hombres, para contemplar el lejano desfile [38].

En cuanto estuvo de vuelta en Jaffa, Ricardo volvió a gestionar una tregua que le permitiese volver libremente a la patria. Enrique de Champagne envió a Saladino un mensaje arrogante manifestando que era ahora heredero del reino de Jerusalén y que debía entregárselo todo. Los embajadores de Ricardo, que llegaron a Jerusalén tres días después, se mostraron más conciliadores. Ricardo recomendó a su sobrino al favor de Saladino y le instaba a llegar a un arreglo amistoso. Con la aprobación de su Consejo, Saladino accedió a tratar a Enrique como a un hijo, a permitir la presencia de sacerdotes latinos en los Santos Lugares y a ceder la costa de Palestina a los cris-

[38] *Itinerarium,* págs. 365-98; Ambrosio, cols. 260-87; Beha ed-Din, *P. P. T. S.*, págs. 337-52; Abu Shama, II, págs. 56-62.

tianos, con la única condición de que se desmantelara Ascalón. Ricardo se negó a considerar el desmantelamiento de Ascalón, a pesar de que Saladino ofreció indemnizarles con Lydda. Mientras la discusión proseguía a través de los mensajeros que iban y venían, Ricardo se trasladó a Acre, pensando zarpar aunque el tratado no estuvise aún firmado. Su plan era marchar repentinamente sobre Beirut, y ocupar la ciudad, y embarcar desde allí para Europa [39].

Su ausencia brindó una oportunidad a Saladino. A primera hora del 27 de julio, Saladino sacó su ejército de Jerusalén y llegó por la tarde del mismo día a Jaffa, empezando en seguida el asalto de la ciudad. Después de tres días de bombardeo, sus zapadores abrieron una brecha, y el ejército sarraceno irrumpió en la ciudad. La defensa, heroica, resultó estéril. La guarnición tuvo que capitular, acordándose que se respetarían sus vidas. Las negociaciones las dirigió, en nombre de los cristianos, el nuevo patriarca, que se encontraba en la ciudad. Las tropas de Saladino se hallaban ahora sin control. Los kurdos y los turcos se precipitaron por las calles, saqueándolo todo y matando a los ciudadanos que intentaban defender sus casas. Por eso Saladino aconsejó a la guarnición que se encerrase en la ciudadela hasta que él pudiese restablecer el orden.

Un rápido mensaje llevó las noticias del ataque contra Jaffa a Ricardo tan pronto como Saladino se acercó a las murallas. En seguida salió en socorro de la ciudad, trasladándose él por mar, con ayuda genovesa y pisana, y enviando su ejército por tierra. Vientos contrarios le detuvieron en aguas de la punta del Carmelo, y su ejército, reacio a llegar a Jaffa antes que el rey, se detuvo en el camino de Cesarea. El día 31, cuando Saladino había apaciguado lo bastante a sus tropas como para evacuar a cuarenta y nueve caballeros de la guarnición, con sus mujeres y equipos, y llevarlos desde la ciudadela a la ciudad, empezaron a avistarse las cincuenta galeras de la flota de Ricardo. La guarnición en seguida reanudó la batalla y, en un ataque desesperado, expulsó a los desorganizados musulmanes de la ciudad. Ricardo, sin saber lo que sucedía, vaciló en desembarcar, hasta que llegó a nado un sacerdote y le dijo que la ciudadela no había sido tomada. Fondeó sus barcos al pie de la ciudadela y vadeó la costa al frente de sus hombres. La guarnición, desesperada, ya había enviado nuevos emisarios para tratar con Saladino, que estaban hablando con él en su tienda cuando Ricardo lanzó su ataque. Los sarracenos, muchos de ellos aún diseminados por las calles, fueron cogidos por sorpresa. La ferocidad del ataque de Ricardo, lu-

[39] *Itinerarium,* págs. 398-9; Ambrosio, cols. 287-8; Beha ed-Din, *P. P. T. S.*, págs. 353-60; Abu Shama, II, págs. 63-6.

chando él mismo en primera línea, en combinación con otro ataque de la guarnición, los puso en precipitada huida. Un secretario llegó a la tienda de Saladino y le informó, balbuciente, de la derrota. Cuando intentó detener a sus visitantes con una conversación agradable, el torrente de futigitivos musulmanes reveló la verdad. El sultán tuvo que ordenar la retirada. Pudo permanecer él mismo en su campamento, con un núcleo de caballería, pero el grueso de su ejército huyó a Assir, cinco millas al interior, antes de rehacer sus filas. Ricardo había reconquistado Jaffa con unos ochenta caballeros y cuatrocientos arqueros, y tal vez dos mil marineros italianos. Toda su hueste sólo disponía de tres caballos [40].

A la mañana siguiente, sin pérdida de tiempo, Saladino envió a su chambelán, Abu-Bakr, para reanudar las conversaciones de paz. Encontró a Ricardo bromeando con algunos emires cautivos, acerca de la rápida conquista de Jaffa por Saladino y de la reconquista de la ciudad. Decía que había estado desarmado y que ni siquiera tuvo tiempo de calzarse. Pero se mostró de acuerdo, en seguida, con Abu-Bakr, en que la guerra tenía que detenerse. El mensaje de Saladino proponía, como punto de negociación, que, como Jaffa estaba ahora medio en ruinas, la frontera franca debía terminar en Cesarea. Ricardo replicó ofreciendo quedarse con Jaffa y Ascalón en calidad de feudo bajo Saladino, sin explicar cómo se operaría el vasallaje cuando el rey estuviese en Europa. La respuesta de Saladino fue ofrecer Jaffa, pero insistir en conservar Ascalón. Una vez más Ascalón dio origen a tropiezos. Las negociaciones se rompieron [41].

El ejército franco que Ricardo había reunido para socorrer a Jaffa estaba avanzando hasta más allá de Cesarea. Saladino, que sabía ahora lo exigua que era la fuerza de Ricardo en Jaffa, decidió atacar el campamento fuera de las murallas antes de que pudiese llegar el ejército de refresco. Al amanecer del miércoles, el 5 de agosto, un genovés, paseando por las afueras del campamento, oyó los relinchos de caballos y las pisadas de soldados y vió en la lejanía el resplandor de los aceros a la luz del sol saliente. Dio la alarma en el campamento, y cuando los sarracenos hicieron su aparición, Ricardo estaba preparado. Sus hombres no tuvieron tiempo de armarse. Cada uno cogió lo que tenía a mano. Sólo había cincuenta y cuatro caballeros dispuestos para la batalla y nada más que quince caballos y unos mil infantes. Detrás de una baja empalizada de estacas de tien-

[40] *Itinerarium*, págs. 400-11; Ambrosio, cols. 289-302; Beha ed-Din, *P. P. T. S.*, págs. 361-71; Abu Shama, II, págs. 66-71.

[41] Estas negociaciones preliminares las mencionan únicamente los musulmanes Beha ed-Din (*P. P. T. S.*, págs. 371-4) y Abu Shama (II, págs. 71-3).

das, destinadas a desconcertar a los caballos enemigos, Ricardó colocó a sus hombres por parejas, con sus escudos adosados como una barrera enfrente de ellos y sus largas lanzas clavadas en tierra en forma de ángulo para cercar a la caballería asaltante. Entre cada pareja fue situado un arquero. La caballería musulmana atacó en siete oleadas de mil hombres cada una. Pero no pudo romper la muralla de acero. Estos ataques prosiguieron hasta la tarde. Después, cuando los caballos enemigos parecían empezar a cansarse, Ricardo adelantó a sus arqueros a primera línea y descargó todas sus flechas contra las huestes asaltantes. Esta andanada detuvo al enemigo. Los arqueros volvieron a pasar detrás de los lanceros, que atacaron con Ricardo cabalgando al frente. Saladino estaba absorto en angustiada admiración ante el espectáculo. Cuando el caballo de Ricardo cayó, envió galantemente a un escudero, en medio del estruendo, con dos caballos nuevos para el valiente rey. Algunos musulmanes se acercaron a rastras para atacar la misma ciudad, y los marinos que la defendían huyeron a sus barcos, hasta que llegó a caballo Ricardo y volvió a reagruparlos. Hacia el atardecer Saladino suspendió la batalla y se retiró a Jerusalén, refugiándose tras las fortificaciones de la ciudad por temor a que Ricardo le persiguiese [42].

Fue una victoria soberbia, conseguida por la táctica de Ricardo y su valor personal. Pero la victoria no se aprovechó. Al cabo de un día o dos, Saladino estaba de vuelta en Ramleh, con un ejército de refresco de levas procedentes de Egipto y de la Siria del norte, mientras Ricardo, agotado por sus esfuerzos, yacía gravemente enfermo de fiebre en su tienda. Ricardo anhelaba ahora la paz. Saladino repitió su anterior ofrecimiento, insistiendo aún en la cesión de Ascalón. Era muy duro para Ricardo soportarlo. Escribió a su viejo amigo al-Adil, que también se hallaba enfermo y en cama cerca de Jerusalén, para rogarle que intercediera con Saladino con el fin de que le dejara Ascalón. Saladino se mantuvo firme. Envió al rey febril melocotones, peras y nieve del monte Hermón para enfriar sus bebidas. Pero no quería ceder Ascalón. Ricardo no estaba en condiciones de discutir. Su salud, tanto como las fechorías de su hermano en Inglaterra, exigía su rápido retorno a la patria. Los otros cruzados estaban cansados. Su sobrino Enrique y las órdenes militares dieron pruebas de desconfiar de su política. ¿De qué utilidad sería para ellos Ascalón, si el rey y su ejército partían? Había hecho pública, demasiado a menudo, su determinación de salir de Palestina. El viernes 28 de agosto el correo de al-Adil le trajo el último ofrecimiento

[42] *Itinerarium,* págs. 413-24; Ambrosio, cols. 304-11; Beha ed-Din, *P. P. T. S.,* págs. 374-6; Abu Shama, II, pág. 74. Los escritores musulmanes quitan importancia a la batalla.

de Saladino. Cinco días después, el 2 de septiembre de 1192, firmó un tratado de paz por cinco años, y los embajadores del sultán unieron sus nombres al suyo. Los embajadores cogieron después la mano de Ricardo y juraron en nombre de su amo. Ricardo, como rey, se negó a prestar juramento personalmente, pero Enrique de Champagne, Balian de Ibelin y los maestres del Hospital y del Temple juraron en nombre suyo. Saladino, por su parte, firmó el tratado al día siguiente, en presencia de los embajadores de Ricardo. La guerra de la tercera Cruzada había terminado.

El tratado daba las ciudades costeras, hasta Jaffa como límite meridional, a los cristianos. Los peregrinos podían visitar libremente los Santos Lugares. Los musulmanes y los cristianos podían atravesar sus respectivos territorios. Pero Ascalón tenía que ser demolida [43].

Tan pronto como Saladino hubo hecho los arreglos para su escolta y alojamiento, grupos del ejército cruzado aparecieron, sin armas, con un pasaporte del rey, para rendir homenaje en los santuarios de Jerusalén. Ricardo no quiso ir y se negó a dar a ningún francés un pasaporte, pero muchos de sus propios caballeros hicieron la peregrinación. Un grupo iba dirigido por Huberto Gualterio, obispo de Salisbury, que fue recibido allí con honor y al que el sultán concedió una audiencia. Charlaron de muchas cosas y en particular del carácter de Ricardo. El obispo declaró que poseía todas las buenas cualidades, pero Saladino pensaba que carecía de prudencia y moderación. Cuando Saladino ofreció al obispo un regalo de despedida, el prelado pidió que dos sacerdotes latinos y dos diáconos latinos fuesen autorizados a servir en el Santo Sepulcro, así como en Belén y Nazaret. Saladino accedió, y pocos meses después los sacerdotes llegaron y pudieron llevar a cabo sus deberes sin ser molestados [44].

En Constantinopla corrieron rumores de que Ricardo estaba presionando para latinizar los Santos Lugares. Mientras Saladino estaba aún en Jerusalén, llegó una embajada del emperador Isaac el Angel, solicitando que se devolviera a los ortodoxos el pleno dominio de la Iglesia ortodoxa que habían poseído en tiempos de los fatimitas. Saladino rechazó la petición. No consentiría el predominio de ninguna secta, sino, igual que los sultanes otomanos posteriores a él, iba a ser el árbitro de todas. También rechazó en seguida una peti-

[43] *Itinerarium,* págs. 424-30; Ambrosio, cols. 314-17; Beha ed-Din, *P. P. T. S.,* págs. 378-87; Abu Shama, II, págs. 75-9.

[44] *Itinerarium,* págs. 431-8; Ambrosio, cols. 317-27.

ción hecha por la reina de Georgia para comprar la Santa Cruz por doscientos mil denarios[45].

Una vez firmado el convenio, Ricardo se trasladó a Acre. Allí puso en orden sus asuntos, pagando las sumas que debía e intentando reunir las que se le debían a él. El 29 de septiembre, la reina Berenguela y la reina Juana zarparon de Acre para llegar a Francia sin novedad antes de las tempestades invernales. Diez días después, el 9 de octubre, Ricardo salió del país donde había luchado tan valientemente durante dieciséis amargos meses. La suerte estaba contra él. El mal tiempo le obligó a recalar en Corfú, territorio del emperador Isaac el Angel. Temiendo que fuese hecho prisionero, sacó en seguida pasaje, disfrazado de templario, con cuatro ayudantes, en un barco pirata que se dirigía a la cabecera del Adriático. Este barco naufragó cerca de Aquileia, y Ricardo y sus compañeros siguieron por tierra a través de Carintia y Austria, pensando llegar sin inconvenientes al territorio de su cuñado, Felipe de Sajonia. Pero Ricardo no era un hombre que pudiera llevar un disfraz de manera convincente. El 11 de diciembre fue reconocido cuando se detuvo en una posada cerca de Viena. En seguida se le llevó a presencia del duque Leopoldo de Austria, el hombre cuya bandera había arriado en Acre. Leopoldo le acusó de la muerte de Conrado de Montferrato y le encarceló. Tres meses después fue entregado al soberano de Leopoldo, el emperador Enrique VI. Su larga amistad con Enrique el León y su reciente alianza con Tancredo de Sicilia le hicieron odioso al Emperador, que le tuvo cautivo durante un año y no le puso en libertad hasta marzo de 1194, contra el pago de un enorme rescate y un juramento de vasallaje. Durante los fatigosos meses de su cautiverio, sus tierras estuvieron expuestas a las intrigas de su hermano Juan y a los ataques abiertos del rey Felipe. Cuando volvió a su patria tenía demasiadas tareas que afrontar para poder pensar en un nuevo viaje a Oriente. Durante cinco años luchó brillantemente en Francia, defendiendo su herencia contra el astuto Capeto, hasta que, el 26 de marzo de 1199, una flecha perdida, disparada desde un castillo rebelde en el Lemosín, acabó con su vida. Fue mal hijo, mal esposo y mal rey, pero un valiente y espléndido soldado[46].

[45] Beha ed-Din, *P. P. T. S.*, págs. 334-5. La petición de ayuda hecha por el Emperador para reconquistar Chipre fue denegada.

[46] El regreso del ejército a la patria está descrito en el *Itinerarium*, páginas 439-40; Ambrosio, cols. 327-9. El viaje y desastres de Ricardo se mencionan brevemente en el *Itinerarium*, págs. 441-6 (incluye una carta apócrifa del Viejo de las Montañas a Leopoldo de Austria, en la que dice que Ricardo era inocente de la muerte de Conrado), y en otras crónicas. Véase Norgate. *Richard the Lion Heart*, págs. 264-76.

Capítulo 4

EL SEGUNDO REINO

«Y será el litoral para el resto de la casa de Judá.»

(Sofonías, 2, 7.)

La tercera Cruzada había tocado a su fin. Nunca más volvería a partir para Oriente, bajo el estandarte de una guerra santa, semejante constelación de príncipes. No obstante, aunque toda la Europa occidental se había unido en el gran esfuerzo, los resultados fueron exiguos. Tiro fue salvada por Conrado antes de que llegaran los cruzados, y Trípoli lo había sido por la flota siciliana. Acre y la línea costera hasta Jaffa fueron la aportación de los cruzados al renacer del reino franco, aparte de la isla de Chipre, escamoteada a su señor cristiano. Una cosa, sin embargo, se había conseguido. Fue contenida la carrera de conquistas de Saladino. Los musulmanes estaban cansados de una guerra tan prolongada. No intentarían durante algún tiempo volver a expulsar a los cristianos hacia el mar. De hecho, el reino había resurgido lo bastante fuerte para durar otro siglo más. Era un reino muy pequeño, y aunque sus reyes seguían llamándose reyes de Jerusalén, Jerusalén se hallaba fuera de su alcance. Sólo le pertenecía una franja de tierra, de un ancho no superior a diez millas, desde Jaffa a Tiro. Más al Norte, la prudente neutralidad de Bohemundo, había permitido a éste conservar su capital y un pequeño territorio en torno a ella, hasta el puerto de San Simeón, mientras su hijo conservaba Trípoli, el Hospital seguía en el Krak des Cheva-

liers y los templarios poseían aún Tortosa bajo su soberanía. No era mucho lo que se había salvado del hundimiento del Oriente franco, pero de momento estaba seguro.

Saladino sólo tenía cincuenta y cuatro años, pero se sentía cansado y enfermo después de todos los avatares de la guerra. Siguió en Jerusalén hasta saber que Ricardo había zarpado de Acre, y se ocupó de la administración civil para la provincia de Palestina. Esperaba después volver a visitar Egipto y cumplir luego su piadosa misión de realizar una peregrinación a La Meca. Pero el deber le llamó a Damasco. Después de hacer una visita de tres semanas por las tierras que había conquistado y de entrevistarse con Bohemundo en Beirut para firmar una paz definitiva con él, llegó a Damasco el 4 de noviembre. Allí hubo de afrontar un cúmulo de trabajo, que se había amontonado durante los cuatro años que vivió con su ejército. El invierno se presentó duro, y con tanto que hacer en su capital, aplazó su viaje a Egipto y la peregrinación. Cuando tenía tiempo libre escuchaba los diálogos de los hombres doctos en filosofía y a veces iba a cazar. Pero, pasados los meses del invierno, los que le conocían mejor observaron que su salud fallaba. Se quejaba de cansancio total y de amnesia. Apenas podía hacer el esfuerzo de recibir audiencias. El viernes 19 de febrero de 1193 se sintió con ánimo para salir a caballo al encuentro de la peregrinación que regresaba de La Meca. Aquella tarde se quejó de fiebre y dolores. Soportó la enfermedad con paciencia y resignación, pues sabía bien que estaba llegando a su fin. El 1.° de marzo quedó inconsciente. Su hijo, al-Afdal, salió apresuradamente para asegurar la lealtad de los emires, y sólo el cadí de Damasco y algunos servidores fieles permanecieron junto al lecho del sultán. El miércoles, día 3, cuando el cadí se hallaba repitiendo las palabras del Corán, al llegar al pasaje «no hay más Dios que El; en El confío plenamente», el agonizante abrió sus ojos y sonrió, y se fue en paz hacia su Señor [1].

De todos los grandes personajes de la época de las Cruzadas, Saladino es el más atractivo. Tenía sus faltas. En la subida al poder mostró una astucia y una crueldad que no se ajustaban a su reputación posterior. Por intereses de política no eludía nunca el derramamiento de sangre; mató con su propia mano a Reinaldo de Châtillón, a quien odiaba. Pero usaba de la severidad en aras de su

[1] Los últimos días de Saladino se hallan vívidamente descritos en Beha ed-Din *(P. P. T. S.,* págs. 392-402), que estaba en su corte en aquel tiempo. Abu Shama, II, págs. 83-7, proporciona varios relatos. Véase también Ibn al-Athir, II, págs. 72-5. Ernoul (pág. 304) y *Estoire d'Eracles* (II, pág. 217) fechan erróneamente su muerte en 1179, y *Gestes des Chiprois* (pág. 15) en 1196. Roger de Hoveden (III, pág. 213) la fecha correctamente.

pueblo y de su fe. Era un musulmán devoto. A pesar de lo amable que se sentía hacia sus amigos cristianos, creía que sus almas estaban condenadas a la perdición. Sin embargo, respetaba sus costumbres y los consideraba como criaturas humanas. Al revés de los potentados cruzados, él nunca quebrantó su palabra cuando se la había dado a alguien, fuera cual fuese su religión. A pesar de todo su fervor, siempre fue cortés y generoso, indulgente como conquistador y juez, considerado y tolerante como señor. Aunque algunos de sus emires pudieran estar resentidos con él por considerarle un advenedizo kurdo, y aunque los predicadores en Occidente le llamaran el Anticristo, había muy pocos de sus súbditos que no sintieran respeto y devoción por él, y pocos de sus enemigos podían evitar la admiración. Físicamente, era delgado. Su cara reflejaba una melancolía reposada, pero se iluminaba sin esfuerzo con una sonrisa encantadora. De modales siempre nobles, poseía gustos sencillos. Le desagradaban la tosquedad y la ostentación. Aficionado al aire libre y la caza, era también muy leído y le encantaban los coloquios intelectuales, aunque tenía horror a los librepensadores. A pesar de su poder y de sus victorias era un hombre tranquilo y modesto. Muchos años después el escritor franco Vicente de Beauvais recogió una leyenda, según la cual cuando Saladino yacía en su lecho de muerte llamó a su abanderado y le rogó que recorriera Damasco con un trozo de su mortaja izado en una lanza, proclamando que el monarca de todo el Oriente no podía llevar consigo a la tumba nada, salvo ese paño[2].

Sus éxitos habían sido grandes. Completó la obra de Nur ed-Din, al unificar el Islam, y expulsó a los intrusos occidentales de la Ciudad Santa, hasta reducirlos a una estrecha franja costera. Pero no pudo expulsarlos a todos. El rey Ricardo y las fuerzas de la tercera Cruzada fueron demasiado para él. Si le hubiese sucedido otro gobernante de su categoría, la pequeña tarea que quedaba por hacer habría sido realizada rápidamente. Pero la tragedia del Islam medieval radicaba en su falta de instituciones permanentes, lo que impedía la continuidad del poder después de la muerte de un jefe. El Califato era la única institución que tenía una existencia que sobrevivía a la de sus titulares, y el Califa era ahora, desde el punto de vista político, impotente. Tampoco Saladino era califa. Era un kurdo de una familia no importante que conquistó la obediencia del mundo musulmán sólo por la fuerza de su personalidad. Sus hijos carecían de ella.

[2] Beha ed-Din hace una convincente alabanza de su carácter y la ilustra con anécdotas (*P. P. T. S.*, págs. 4-45). La historia del trozo de la mortaja la relata Vicente de Beauvais (ed. de Douai), pág. 1204. Todos los cronistas cristianos hablan de él con respeto. Para los relatos legendarios acerca de su persona, véase Lane-Poole, *Saladin*, págs. 370-401.

En el momento de su muerte, Saladino tenía diecisiete hijos y una hija pequeña. El mayor de ellos era al-Afdal, joven arrogante, de veintidós años, que había sido designado por su padre para heredar Damasco y la jefatura de la familia ayubita. Mientras Saladino estaba agonizando, al-Afdal había convocado a todos los emires de Damasco para que le jurasen fidelidad y advertirles que les divorciaría de sus esposas y desheredaría a sus hijos si cualquiera de ellos rompía alguna vez su juramento. La última cláusula extrañó a muchos de ellos, y otros no quisieron jurar a menos que al-Afdal jurara por su parte que respetaría sus feudos. Pero cuando su padre murió y fue enterrado en la gran mezquita de los Omeyas, fue aceptada su autoridad en Damasco. El hermano que le seguía, al-Aziz, ya era gobernador de Egipto, a la edad de veintiún años, y se proclamó sultán independiente. El tercero, az-Zahir, gobernaba en Alepo y no estaba dispuesto a admitir a su hermano como soberano. Otro, Khidr, aún más joven, gobernaba el Hauran, pero reconoció la soberanía de al-Afdal. Sólo dos de los hermanos de Saladino vivían aún: Toghtekin, que sucedió a Turanshah en el señorío del Yemen, y al-Adil, cuyas ambiciones inspiraron desconfianza a Saladino. Tenía el antiguo territorio franco de Transjordania como feudo, y tierras en el Jezireh, en torno a Edesa. Sobrinos y primos poseían feudos menores en todos los dominios del sultán. Los príncipes de la casa de Zengi, Izz ed-Din e Imad ed-Din, poseían Mosul y Sinjar como vasallos, y los ortóquidas seguían aún establecidos en Mardin y Kaifa. Los otros feudatarios eran, en su mayoría, generales victoriosos a los que Saladino había premiado, y el más eminente de ellos era Bektimur, señor de Akhlat [3].

A la muerte de Saladino la unidad del Islam empezó a cuartearse. Mientras sus hijos, envidiosos entre sí, se vigilaban mutuamente, se fraguó una conspiración en el Nordeste para restablecer el gobierno zéngida en la persona de Izz ed-Din, con el apoyo de Bektimur y los ortóquidas. Los ayubitas se salvaron por las precauciones de al-Adil y por las muertes repentinas de Izz ed-Din y Bektimur, presuntas víctimas de sus agentes. El hijo y heredero de Izz ed-Din, Nur ed-Din Arslan, y el sucesor de Bektimur, Aqsonqor, tomaron nota de la lección y por entonces se mostraron muy deferentes hacia al-Adil. Más al Sur, al-Afdal pronto riñó con al-Aziz. El primero había destituido imprudentemente a la mayoría de los ministros de su padre y otorgó su plena confianza a az-Ziya ibn al-Athir, el hermano del historiador Ibn al-Athir, mientras él mismo pasaba sus días y noches gozando

[3] Abu Shama, II, págs. 101-9; Ibn al-Athir, II, págs. 75-7; Kemal ad-Din, traducción de Blochet, pág. 305.

de los placeres de la música y del vino. Los ex-ministros huyeron a El Cairo, al lado de al-Aziz, que se hallaba encantado de darles la bienvenida. Siguiendo el consejo de ellos, al-Aziz invadió Siria en mayo de 1194 y llegó a las murallas de Damasco. Al-Afdal, aterrorizado, llamó a su tío al-Adil, que acudió en el acto desde el Jezireh y se entrevistó con al-Aziz en su campamento. Se concluyó un nuevo arreglo familiar. Al-Afdal fue obligado a ceder Judea a al-Aziz, y Laodicea y Jabala, a su hermano az-Zahir de Alepo; pero ambos, al-Aziz y az-Zahir, reconocieron su supremacía. Al-Adil no recibió nada por el convenio, salvo el prestigio de haber sido el árbitro de la familia. La paz no duró mucho. Antes de un año, al-Aziz volvió a avanzar contra Damasco, y nuevamente al-Adil acudió en socorro de su sobrino mayor. Los emires aliados de al-Aziz empezaron a abandonarle, y al-Afdal le hizo retroceder a través de Judea hasta Egipto, y proyectaba marchar sobre El Cairo. Esto era más de lo que deseaba al-Adil. Amenazó con dar su apoyo a al-Aziz a menos que al-Afdal volviese a Damasco. Una vez más sus deseos fueron obedecidos.

Pronto se puso de manifiesto que al-Afdal era inepto para reinar. El gobierno de Damasco se hallaba enteramente en manos del visir az-Ziya, que provocó la sedición entre todos los vasallos de su señor. Al-Adil decidió que los intereses ayubitas no podían tolerar un jefe de familia tan incompetente. Cambió su política y se alió con al-Aziz, con cuya ayuda tomó Damasco en julio de 1196, y se anexionó todas las tierras de al-Afdal. A al-Afdal se le dio un honroso retiro en la pequeña ciudad de Salkhad, en el Hauran, donde abandonó los placeres sensuales para entregarse a una vida de piedad, y al-Aziz fue reconocido como sultán supremo de la dinastía.

Este arreglo duró dos años. En noviembre de 1198, al-Aziz, cuya autoridad sobre su tío no había sido más que nominal, cayó de su caballo cuando cazaba chacales cerca de las pirámides. Murió a causa de las heridas el 29 de noviembre. Su primogénito, al-Mansur, era un muchacho de doce años. Los ministros de su padre, temerosos de la ambición de al-Adil, llamaron a al-Afdal de Salkhad para hacerse cargo de la regencia de Egipto. En enero de 1199 al-Afdal llegó a El Cairo e inició su gobierno. Al-Adil estaba entonces en el Norte, poniendo sitio a Mardin, cuyo príncipe ortóquida, Yuluk Arslan, se había rebelado contra el dominio ayubita. Sus conflictos temporales indujeron a su tercer sobrino, az-Zahir de Alepo, a proyectar una alianza contra él. El reinado de az-Zahir se resentía de conflictos con vasallos turbulentos a los que creía alentados por su tío. Mientras al-Afdal envió un ejército desde Egipto para atacar Damasco, az-Zahir se dispuso a descender desde el Norte. Otros miembros de la familia, como Shirkuh de Homs, se les unieron. Al-Adil, acudiendo

a toda prisa desde Mardin, donde dejó a su hijo al-Kamil a cargo del sitio, llegó a Damasco el 8 de junio. Seis días después llegó el ejército egipcio, y en su primer asalto penetró en la ciudad, aunque fue rápidamente expulsado. Az-Zahir y su ejército llegaron una semana después, y durante seis meses los dos hermanos asediaron a su tío en su capital. Pero al-Adil era un experto y sutil diplomático. Paulatinamente ganó para su causa a muchos de los vasallos de sus sobrinos, incluyendo a Shirkuh de Homs, y cuando, al fin, en enero de 1200, su hijo al-Kamil apareció con un ejército, victorioso en el Jezireh, los hermanos, que habían empezado a reñir, se separaron y retiraron. Al-Adil persiguió a al-Afdal hasta Egipto, derrotando a sus tropas en Bilbeis. En febrero, al-Afdal, en un nuevo acceso de piedad, cedió ante su tío y regresó a su retiro en Salkhad. Al-Adil se hizo cargo de la regencia de Egipto. Pero az-Zahir no había sido derrotado. En la primavera siguiente, cuando al-Adil estaba aún en Egipto, hizo una marcha súbita contra Damasco y convenció a al-Afdal para que se le uniera de nuevo. Otra vez al-Adil regresó a toda prisa a su capital a tiempo de ser sitiado por sus sobrinos. Pero pudo pronto provocar una riña entre ellos. Al-Afdal fue eliminado por la promesa de las ciudades de Samosata y Mayyafaraqin, en el Norte, renunciando, en cambio, a Salkhad. Uno por uno los vasallos de az-Zahir empezaron a abandonarle; y acabó por hacer la paz con al-Adil, cuya soberanía estricta aceptó. Hacia fines de 1201, al-Adil era el dueño de todo el imperio de Saladino y adoptó el título de sultán. A al-Mansur de Egipto sólo se le dio la ciudad de Edesa. Al-Afdal no pudo nunca dominar Mayyafaraqin, que pasó con sus territorios vecinos al cuarto hijo de al-Adil, al-Muzaffar. El hijo mayor, al-Kamil, conservó Egipto bajo el dominio de su padre; el segundo, al-Muazzam, era el delegado de su padre en Damasco, y el tercero, al-Ashraf, regía la mayor parte del Jezireh desde Harran. Los hijos más jóvenes recibieron otros feudos según iban creciendo, pero todos ellos se hallaban estrechamente vigilados por su padre. La unidad del Islam quedó así restablecida, gracias a un príncipe menos estimado que Saladino, pero más astuto y activo que él [4].

Las disputas familiares de los ayubitas impidieron a los musulmanes tomar la ofensiva contra el reino franco renaciente. Enrique de Champagne pudo, lentamente, restablecer cierto orden. No fue una tarea fácil, ni la posición de Enrique era totalmente segura. Por alguna razón que no puede explicarse, nunca fue coronado rey. Es posible que aplazara la ceremonia con la anhelante esperanza de re-

[4] Para la confusa historia de los ayubitas en estos años, véase Abu Shama, págs. 110-49; Ibn al-Athir, II, págs. 78-89. Para más referencias, véase también Cahen, *La Syrie du Nord*, pág. 581, n. 3.

cuperar algún día Jerusalén; puede que hubiese encontrado a la opinión pública poco dispuesta a aceptar su título de rey; o tal vez hallara a la Iglesia reacia a colaborar [5]. La carencia del título limitaba su autoridad, sobre todo en relación con la Iglesia. A raíz de la muerte del patriarca Heraclio hubo algunas dificultades en encontrar un sucesor para su sede. Finalmente fue nombrado un clérigo oscuro, llamado Radulfo. Cuando murió, en 1194, los canónigos del Santo Sepulcro, que se hallaban ahora en Acre, se reunieron y eligieron patriarca a Aymar, llamado el Monje, arzobispo de Cesarea, y pidieron a Roma la confirmación de la elección. Enrique, disgustado con ella, alegó airadamente que no se le había consultado y arrestó a los canónigos. Su acto fue severamente censurado incluso por sus amigos, pues no era rey coronado y, por tanto, carecía del derecho a intervenir. Su canciller, Josías, arzobispo de Tiro, le convenció a doblegarse y a apaciguar a la Iglesia poniendo en libertad a los canónigos con una disculpa y mediante la donación de un rico feudo cerca de Acre al sobrino del nuevo patriarca; al mismo tiempo, Enrique recibió una severa amonestación del Papa [6]. Aunque la paz quedó restablecida, es muy posible que el patriarca no tuviese muchos deseos de coronar rey a Enrique. Con sus vasallos seculares Enrique fue más afortunado. Tenía el apoyo de su jefe, Balian de Ibelin, y de las órdenes militares. Pero Guido de Lusignan aún sentía nostalgia y anhelo, desde Chipre, de su antiguo reino, y fue alentado por los pisanos, a los que prometió ricas concesiones y que estaban furiosos por el favoritismo que Enrique mostraba hacia los genoveses. En mayo de 1193, Enrique descubrió que la colonia pisana de Tiro estaba conspirando para ocupar la ciudad y entregársela a Guido. En seguida arrestó a los cabecillas y ordenó que la colonia quedara reducida a treinta personas. Los pisanos se desquitaron atacando las aldeas costeras entre Tiro y Acre. Por tanto, los expulsó también de Acre. Como condestable del reino seguía aún el hermano de Guido, Amalarico de Lusignan, que había sido el responsable de la llegada de Guido a Palestina muchos años antes, pero que consiguió mantenerse en buenas relaciones con los barones locales. Su esposa era Eschiva de Ibelin, sobrina de Balian e hija del más duro enemigo de Guido, Balduino de Ramleh; no había sido un esposo

[5] Véase el interesante análisis de Prawer, «L'Etablissement des Coutumes du Marché à Saint Jean d'Acre», en *Revue Historique de Droit Français et Etranger,* 1951. Sugiere (págs. 341-3) que el matrimonio de Enrique, llevado a cabo pocos días después de quedar viuda Isabel, fue considerado como no legal por las costumbres del país, y que, por tanto, Enrique se mostró cauteloso para aceptar el título de rey.

[6] *Estoire d'Eracles,* II, págs. 203-5 (manuscrito D).

fiel en el pasado, pero ahora se había reconciliado con ella. Intervino en favor de los pisanos, consiguiendo únicamente que Enrique le arrestara por su intromisión. Los grandes maestres del Hospital y del Temple pronto convencieron a Enrique para que le pusiera en libertad, pero pensó prudente retirarse a Jaffa, donde era gobernador, por nombramiento del rey Ricardo, su hermano Godofredo. No dimitió de su cargo de condestable, pero Enrique consideró que lo había abandonado y nombró, en 1194, como sucesor suyo a Juan de Ibelin, hijo de Balian y hermanastro de Isabel. Por la misma época se hizo la paz con los pisanos, a quienes devolvió su barrio en Acre y que desde entonces admitieron el gobierno de Enrique[7].

La reconciliación general resultó favorecida por la muerte del rey Guido en Chipre, en mayo de 1194. Su eliminación dejó seguro a Enrique y privó a los pisanos y a otros disidentes de un candidato rival. Guido había legado su autoridad en Chipre a su hermano mayor, Godofredo. Pero éste regresó a Francia, y los francos de Chipre no vacilaron en llamar a Amalarico de Jaffa para ocupar su puesto. Enrique pidió al principio, en su calidad de representante de los reyes de Jerusalén, ser consultado acerca de la sucesión, pero no pudo imponer su alegato, y ambos comprendieron pronto, él y Amalarico, que tenían que laborar juntos. El condestable de Chipre, Balduino, anteriormente señor de Beisan, se trasladó a Acre y convenció a Enrique para que reconociera a Amalarico y le propusiese visitarle en Chipre. La entrevista fue muy amistosa, y proyectaron una estrecha alianza, reforzada por el compromiso matrimonial de los tres hijos menores de Amalarico, Guido, Juan y Hugo, con las tres hijas de Isabel, María de Montferrato y Alicia y Felipa de Champagne. Esperaban llegar a unir, de esta manera, sus posesiones en la generación siguiente; pero dos de los pequeños príncipes chipriotas murieron demasiado jóvenes. De los tres matrimonios proyectados, el único que se llevó a efecto fue el de Hugo y Alicia, que dio su fruto dinástico en el porvenir. Algún arreglo de esta índole era urgentemente necesario, pues si la posesión franca de Chipre debía beneficiar a los francos en Palestina y proporcionarles una base segura, los dos países tenían que colaborar. Había una tentación constante no sólo por parte de los inmigrantes de Occidente de establecerse en la deliciosa isla antes que en el exiguo resto del reino palestínense, donde ya no se encontraban feudos, sino también los barones sin tierra en Palestina tendían a cruzar el poco mar que los separaba. Si los señores chipriotas estaban dispuestos a atravesar el mar para combatir por la Cruz siempre que el peligro se acercase, Chipre sería de gran

[7] *Estoire d'Eracles,* II, págs. 202-3.

valor para el Oriente franco. Si, por el contrario, surgían desavenencias, bien podía convertirse en una alarmante fuerza centrífuga [8].

Aunque se mostraba muy amistoso, Amalarico no estaba dispuesto a ser un subordinado de Enrique. Ya había buscado para sí mismo el título de rey, para definir claramente ante sus súbditos y colonos, igual que ante las potencias extranjeras, la naturaleza de su autoridad. Pero sentía la necesidad de una sanción superior. A causa de la historia pasada de los reyes de Jerusalén se mostró poco inclinado a pedir su corona al Papa. El Emperador oriental era seguro que nunca se la daría. Por eso, con imprudencia hacia el futuro, se dirigió al Emperador occidental, Enrique VI. El Emperador proyectaba una Cruzada, y un rey cliente en Oriente le vendría muy bien. En octubre de 1195, el embajador de Amalarico, Raniero de Jebail, rindió pleitesía, en representación del reino de Chipre, y en nombre de su señor, al Emperador, que se hallaba en Gelnhausen, cerca de Francfort. Amalarico recibió el cetro real, enviado por su soberano, y la coronación se celebró en septiembre de 1197, cuando el canciller imperial, Conrado, obispo de Hildesheim, llegó a Nicosia para participar en la ceremonia, y Amalarico le tributó homenaje [9]. El gobierno del país se estableció siguiendo las prácticas estrictamente feudales que se habían aplicado en el reino de Jerusalén, con un tribunal supremo equivalente al Tribunal Supremo de Jerusalén, y las leyes de Jerusalén, con las modificaciones introducidas por sus monarcas, se conservaron con el fin de que tuvieran efecto en la isla. Para organizar su Iglesia, Amalarico recurrió al Papa, quien nombró al archidiácono de Laodicea y a Alano, archidiácono de Lydda y canciller de Chipre, para que establecieran sedes como mejor les pareciera. Crearon una archidiócesis en Nicosia, de la que Alano fue titular, y obispados en Paphos, Famagusta y Limassol. Los obispos griegos no fueron inmediatamente expulsados, pero perdieron sus diezmos y muchas de sus tierras a costa de los nuevos beneficiarios latinos [10].

Aunque Enrique de Champagne no pudo conseguir el dominio sobre Chipre, los barones de su propio reino le eran ahora leales. En efecto, sus enemigos se retiraron felizmente a Chipre, dejando los territorios palestinenses a sus amigos. Los antiguos señores de Haifa, Cesarea y Arsuf fueron repuestos en sus respectivas baronías, y Saladino, antes de morir, donó a Balian de Ibelin el rico feudo de Cay-

[8] Véase Hill, *History of Cyprus*, II, pág. 44 y notas; hace un análisis completo de la sucesión en Chipre. Acerca de la reconciliación de Enrique y Amalarico, *Estoire d'Eracles*, II, págs. 207-8, 212-13 (manuscrito D).

[9] *Estoire d'Eracles*, II, págs. 209-12; Ernoul, págs. 302-3; Arnoldo de Lübeck, pág. 204; *Annales Marbacenses*, pág. 167.

[10] Mas Latrie, *Documents*, III, págs. 599-605; Makhaeras, págs. 28-9.

mon, o Tel-Kaimun, en las estribaciones del Carmelo[11]. La amistad de los Ibelin, el padrastro y los hermanastros de su esposa, fue valiosa para que la autoridad de Enrique fuese aceptada por la opinión. Un problema más serio surgió a causa del principado de Antioquía.

Bohemundo III de Antioquía, que gobernaba también en Trípoli en nombre de su hijo menor, desempeñó un papel bastante equívoco durante las guerras de conquista de Saladino y la tercera Cruzada. No había hecho ningún esfuerzo serio para impedir la conquista, por parte de Saladino, de los castillos situados en el valle del Orontes, en 1188, ni por reconquistar Laodicea y Jabala, que habían sido entregadas a los musulmanes por su servidor musulmán, el cadí Mansur ibn Nabil. Se sintió satisfecho en aceptar de Saladino una tregua que le permitía conservar Antioquía y su puerto de San Simeón. Trípoli se había salvado para su hijo sólo gracias a la intervención de la flota siciliana. Cuando Federico de Suabia y los restos del ejército de Barbarroja llegaron a Antioquía, Bohemundo hizo una débil sugerencia en el sentido de que podrían luchar en favor suyo contra los musulmanes del Norte; pero, cuando se dirigieron hacia el Sur, no tomó parte activa en la Cruzada, limitándose a hacer una visita de cumplido al rey Ricardo cuando estaba en Chipre. Entretanto había cambiado su posición con vistas a la política de partidos en Palestina. Muerto su primo Raimundo de Trípoli y asegurada la herencia de su hijo, dio su apoyo a Guido de Lusignan y sus amigos, probablemente por miedo a que Conrado de Montferrato tuviera pretensiones sobre Trípoli. No deseaba que en la frontera sur hubiese un rey poderoso y agresivo, pues se hallaba plenamente absorbido por su vecino del Norte, el príncipe roupeniano de Armenia, León II, hermano y heredero de Roupen III.

Al subir al trono en 1186, León buscó una alianza con Bohemundo y reconoció su soberanía. Los dos príncipes se unieron para rechazar una incursión turcomana en 1187, y poco después León se casó con una sobrina de la princesa Sibila. Por la misma época prestó una enorme cantidad de dinero a Bohemundo. Pero con ello su amistad terminó. Bohemundo no mostró ninguna prisa en devolver el préstamo, y cuando Saladino invadió el territorio antioqueno, León —con suma prudencia— permaneció neutral. En 1191, Saladino desmanteló la gran fortaleza de Baghras, arrebatada a los templarios. Apenas se habían marchado los zapadores, llegó León y volvió a ocupar el lugar y reconstruyó la fortaleza. Bohemundo pidió la devolución de la misma a los templarios y, cuando León se negó a ello, se quejó a Saladino. Este estaba demasiado ocupado en otros

[11] Ernoul, pág. 293.

lugares como para intervenir, y León se quedó con Baghras. Pero estaba furioso por el llamamiento de Bohemundo a Saladino, y su resentimiento fue alentado por la esposa de Bohemundo, Sibila, que esperaba utilizar su ayuda para asegurarse la herencia antioquena en favor de su propio hijo Guillermo, a costa de sus hijastros. En octubre de 1193, León invitó a Bohemundo a trasladarse a Baghras para discutir toda la cuestión. Bohemundo llegó, acompañado de Sibila y su hijo, y aceptó la hospitalidad que le ofrecía León dentro de las murallas del castillo. Apenas había entrado, fue hecho prisionero por su anfitrión, con todo su séquito, y se le dijo que no sería puesto en libertad a menos que cediera la soberanía de Antioquía a León. Bohemundo aceptó con tristeza las condiciones, convencido, tal vez por Sibila, de que León, como soberano de Antioquía, daría la sucesión al hijo de ella. El mariscal de Bohemundo, Bartolomé Tirel, y el sobrino político de León, Hethoum de Sassoun, fueron enviados con tropas armenias a Antioquía con el fin de preparar a la ciudad para el nuevo régimen.

Cuando la delegación llegó a Antioquía, los barones, que no sentían mucho afecto por Bohemundo y que tenían, en muchos casos, sangre armenia, se mostraron dispuestos a aceptar a León como soberano, y autorizaron a Bartolomé para que llevase los soldados armenios y los instalase en el palacio. Pero los ciudadanos de la burguesía, así griegos como latinos, estaban horrorizados. Creían que León pensaba gobernar la ciudad por sí mismo y que los armenios serían colocados por encima de ellos. Cuando un soldado armenio habló despectivamente de San Hilario, el obispo francés al que estaba consagrada la capilla de palacio, un bodeguero que estaba presente empezó a arrojarle piedras. En seguida se produjo un motín en el palacio que se extendió por la ciudad. Los armenios fueron expulsados y se retiraron, prudentemente, con Hethoum de Sassoun a Baghras. Los ciudadanos se reunieron después en la catedral de San Pedro, con el patriarca a la cabeza, y procedieron al establecimiento de una comuna para hacerse cargo de la administración de la ciudad. Con el fin de legalizar su posición, los miembros elegidos se apresuraron a prestar juramento de fidelidad al hijo mayor de Bohemundo, Raimundo, hasta que Bohemundo regresase. Raimundo aceptó su homenaje y reconoció sus derechos. Entretanto, fueron enviados mensajeros a su hermano Bohemundo de Trípoli y a Enrique de Champagne, pidiéndoles que vinieran y defendieran Antioquía contra los armenios.

El episodio demostró que, mientras los barones de Antioquía estaban dispuestos a ir incluso más allá que sus correligionarios de Jerusalén para identificarse con los cristianos de Oriente, la oposi-

ción a tal unión procedía de la comunidad comercial. Pero las circunstancias diferían de las que había en el reino pocos años antes. Tanto los francos como los griegos, en Antioquía, consideraban a los armenios como montañeses bárbaros. La Iglesia latina, en la persona del patriarca, mostraba sus simpatías por la Comuna, pero es dudoso que desempeñase un papel importante en sus principios. El patriarca, Radulfo II, era un hombre débil y de edad, que había obtenido, hacía muy poco tiempo, un éxito sobre el formidable Aimery de Limoges. Es más verosímil que los principales hostigadores fueran los mercaderes italianos, que temían por su comercio bajo una dominación armenia. La idea de una comuna se le ocurriría por aquel entonces más fácilmente a un italiano que a un francés. Independientemente de quien haya promovido la Comuna, los griegos de Antioquía pronto desempeñaron en ella un papel preponderante [12].

Bohemundo de Trípoli se apresuró a marchar a Antioquía respondiendo a los llamamientos de su hermano, y León se dio cuenta de que había perdido su oportunidad. Se retiró con sus prisioneros a su capital, en Sis. A principios de la primavera siguiente, Enrique de Champagne se decidió a intervenir. Fue una suerte el que los sarracenos, después de la muerte de Saladino, no estuvieran en condiciones de lanzarse a la ofensiva, pero una situación tan peligrosa no podía continuar mucho tiempo. Cuando se trasladó hacia el Norte, fue abordado por una embajada de los Asesinos. El Viejo de las Montañas, Sinan, había muerto hacía poco, y su sucesor tenía deseos de revivir la amistad que había existido entre la secta y los francos. Envió disculpas por el asesinato de Conrado de Montferrato, crimen que a Enrique le pareció fácil de perdonar, e invitaba a Enrique a visitar su castillo en al-Kahf. Allí, en una abrupta cresta de las montañas Nosairi, le fue ofrecido a Enrique un suntuoso hospedaje. Se le mostró, hasta que rogó que cesara la demostración, con cuánto entusiasmo se mataban entre sí los miembros de la secta a las órdenes del jeque. Abandonó el castillo cargado de valiosos regalos y con la amistosa promesa de los Asesinos de que matarían a cualquiera de sus enemigos con sólo nombrarlo [13].

Desde al-Kahf, Enrique siguió por la costa hasta Antioquía, donde apenas se detuvo para continuar su viaje hasta Armenia. León, que no quería afrontar una guerra abierta, se entrevistó con él a la entrada de Sis, dispuesto a negociar un arreglo. Se acordó que Bohemundo sería puesto en libertad sin ningún rescate, que Baghras y el territorio de sus contornos serían reconocidos como territorio ar-

[12] Véase Cahen, *La Syrie du Nord*, págs. 582-5, para un relato con toda clase de referencias de estos episodios.

[13] Ernoul, págs. 323-4; *Estoire d'Eracles*, págs. 216-231 (manuscrito D).

menio, y que ningún príncipe sería soberano del otro. Para sellar el tratado y, en definitiva, según se esperaba, para unir los principados, el heredero de Bohemundo, Raimundo, se casaría con la sobrina y presunta heredera de León, Alicia, hija de Roupen III. Es verdad que Alicia ya estaba casada con Hethoum de Sassoun. Pero la dificultad fue fácilmente superada. Hethoum halló una repentina aunque oportuna muerte. El arreglo prometía la paz para el Norte, y Enrique, como artífice de ella, se manifestó como un sucesor apto de los primeros reyes de Jerusalén. Regresó hacia el Sur con su prestigio grandemente realzado [14].

Las ambiciones de León no estaban, sin embargo, satisfechas. Sabiendo que Amalarico de Chipre buscaba una corona real, siguió su ejemplo. Pero la opinión legal en la época consideraba que una corona sólo podía ser otorgada por un emperador, o, según los francos, por el Papa. Bizancio, separada ahora de Cilicia y Siria por las conquistas seléucidas, no era ya lo bastante fuerte para que sus títulos causaran efecto a los francos, a los que León quería impresionar. Por tanto, lo solicitó del Emperador occidental, Enrique IV. Este contestó ambiguamente. Confiaba en trasladarse pronto a Oriente, y entonces consideraría la cuestión armenia. Por eso León se acercó al Papa, Celestino III. Ya había estado en contacto con Roma en tiempos de Clemente III, insinuando la sumisión de su Iglesia al Papado, pues sabía que como jefe de un estado herético nunca sería un soberano reconocido por los francos. Su propio clero, celoso de su independencia y de su credo, se opuso violentamente al galanteo. Pero León perseveró pacientemente. Sus obispos fueron, al fin, convencidos de mala gana de que la soberanía papal sería simplemente nominal y que no cambiaría nada, mientras a los legados del papa Celestino se les dijo que los obispos recibían con alegría y unánimemente el cambio. El Papa había ordenado indulgencia y tacto, por lo que los legados no plantearon cuestiones. Entretanto, el emperador Enrique, que había prometido ahora una corona a Amalarico, hizo la misma promesa a León, a cambio de un reconocimiento de sus derechos soberanos sobre Armenia. La efectiva coronación tendría lugar a su llegada. Nunca visitó Oriente, pero en enero de 1198, poco después de su muerte, su canciller, Conrado de Hildesheim llegó con el legado papal, Conrado, arzobispo de Maguncia, a Sis, y estuvo presente en la gran ceremonia de la coronación. El Emperador oriental, Alejo el Angel, esperando conservar alguna influencia sobre Armenia, había enviado, algunos meses antes, a León, una corona real, que fue recibida con gran gratitud. El cató-

[14] Cahen, *op. cit.*, págs. 585-6.

lico armenio, Gregorio Abirad, ciñó la corona en la cabeza de León, mientras Conrado le entregaba el cetro real. El arzobispo ortodoxo de Tarso, el patriarca jacobita y embajadores del Califa asistieron todos a la ceremonia, igual que muchos miembros de la nobleza de Antioquía. León podía alegar que su título estaba reconocido por todos sus súbditos y sus vecinos [15].

Fue un gran día para los armenios, que vieron en ello el renacer de su antiguo reino; significó la integración del principado roupeniano en el mundo del Oriente franco. Pero es dudoso que la política de León estuviese dentro de los intereses armenios como conjunto, pues escindió a los armenios de la antigua Gran Armenia, la cuna de la raza, de sus hermanos del Sur. Y, después de un breve destello de gloria, los armenios cilicianos se darían cuenta de que, en definitiva, la occidentalización los benefició muy poco.

La presencia del arzobispo Conrado en Oriente se debió a la decisión del emperador Enrique de organizar una nueva cruzada. A causa de la inoportuna muerte de su padre Federico, la contribución alemana a la tercera Cruzada resultó lamentablemente ineficaz. Enrique ambicionaba hacer de su Imperio una realidad internacional, y su primera tarea, tan pronto como estuvo firmemente establecido en Europa, se centró en restablecer el prestigio alemán en Tierra Santa. Mientras, él mismo hizo planes para una gran expedición que pondría todo el Mediterráneo bajo su control y realizó los preparativos para enviar rápidamente una expedición alemana que navegase directamente a Siria. El arzobispo Conrado de Maguncia y Adolfo, conde de Holstein, salieron de Bari con un gran número de soldados, procedentes en su mayoría de la Renania y de los ducados de Hohenstaufen. Los primeros contingentes llegaron a Acre en agosto, pero los jefes se detuvieron en Chipre para asistir a la coronación de Amalarico. Enrique, duque de Brabante, les precedió con un regimiento de sus colegas [16].

Enrique de Champagne no los recibió con agrado. Sabía, por experiencia, que era una locura provocar una guerra innecesaria. Sus principales consejeros eran los Ibelin, el padrastro de su mujer y sus hermanastros, y los señores de Tiberíades, hijastros de Raimundo de Trípoli. Ellos, fieles a sus tradiciones familiares, aconsejaron una inteligencia con los musulmanes y una sutil diplomacia que enfrentase entre sí a los hijos y hermanos de Saladino. Esta política tuvo éxito, y la paz, vital para que el reino cristiano se recobrase,

[15] *Ibid.*, págs. 587-90.

[16] *Estoire d'Eracles*, II, págs. 214-16 (manuscrito D). Los preparativos de Enrique para la Cruzada se hicieron en la Dieta de Gelnhausen (*Annales Marbacenses*, pág. 167).

se mantuvo a pesar de las provocaciones ocasionadas por el emir pirata de Beirut, Usama, a quien no pudieron someter ni al-Adil, en Damasco, ni al-Aziz, en El Cairo [17]. Beirut y Sidón permanecían todavía en manos musulmanas, separando el reino del condado de Trípoli. A comienzos de 1197 esta brecha se redujo con la recuperación de Jebail. La feudataria, Estefanía de Milly, sobrina de Reinaldo de Sidón, recibió donativos de éste por sus tratos con los musulmanes. Una intriga con el emir kurdo de allí permitió a esta señora reconquistar la ciudad sin lucha y entregársela a su hijo [18].

Los alemanes vinieron decididos a luchar. Sin detenerse a consultar con el gobierno de Acre, los primeros que llegaron avanzaron directamente sobre territorio musulmán en Galilea. La invasión alertó a los musulmanes. Al-Adil, a quien pertenecía el territorio, convocó a sus parientes para que olvidaran sus querellas y se unieran a él. Apenas habían cruzado la frontera los alemanes, llegó la noticia de la aproximación de al-Adil. El rumor exageró el número de su ejército, y, sin esperar al encuentro con él, los alemanes huyeron, presa del pánico, a Acre, abandonando los caballeros a los infantes en su apresurada fuga. Parecía como si al-Adil fuese a avanzar sin oposición hasta Acre. Pero Enrique, siguiendo el consejo de Hugo de Tiberíades, lanzó sus propios caballeros y cuantos soldados italianos pudo reunir para reforzar la infantería alemana, la cual, más valiente que sus jefes, estaba ahora dispuesta a mantenerse firme. Al-Adil no estaba en condiciones de arriesgarse a una batalla campal, pero tampoco quería malgastar su ejército. Se desvió bruscamente hacia el Sur y avanzó sobre Jaffa. Esta plaza, bien fortificada, poseía una guarnición exigua, y Enrique no podía permitirse el lujo de reforzarla. Amalarico de Lusignan había gobernado la ciudad antes de retirarse a Chipre. Enrique se la ofrecía ahora, de nuevo, a cambio de que la defendiera. Era mejor que en Jaffa hubiese chipriotas que no musulmanes o alemanes irresponsables. En cuanto le llegó el ofrecimiento, Amalarico envió a uno de sus barones, Reinaldo Barlais, para tomar el mando de Jaffa y preparar la ciudad para el asedio que se avecinaba. Pero Reinaldo era hombre ligero. Pronto llegaron a Acre informes de que pasaba sus días entregado a la frívola alegría y que no tenía intención de oponer ninguna resistencia a al-Adil. Enrique, por tanto, reunió cuantas tropas pudo distraer de Acre y pidió a la colonia pisana que le facilitase refuerzos [19].

El 10 de septiembre de 1197 sus tropas se reunieron en el patio

[17] Ibn al-Athir, II, pág. 85; Ernoul, págs. 315-16.

[18] *Estoire d'Eracles*, II, págs. 217-18; Ernoul, pág. 305.

[19] *Estoire d'Eracles*, II, págs. 216-19 (manuscrito D); Ernoul, págs. 305-7; Abu Shama, II, págs. 116, 152; Ibn al-Athir, II, págs. 84-6.

de palacio, y Enrique las recibió desde una ventana de la galería superior. En aquel momento entraron en la estancia enviados de la colonia pisana. Enrique se volvió para saludarles, y después, olvidando donde se hallaba, retrocedió de espaldas hacia la ventana abierta. Su enano, Escarlata, estaba a su lado y se agarró a sus ropas. Pero Enrique era corpulento y Escarlata muy menudo. Juntos se estrellaron contra el pavimento y murieron [20].

La inesperada desaparición de Enrique de Champagne sumió a todo el reino en consternación. Había sido muy popular. Aunque fue un hombre sin dones naturales sobresalientes, demostró ser, por su tacto, su perseverancia y su confianza en los buenos consejeros, un gobernante capacitado, siempre dispuesto a aprender de la experiencia. Desempeñó un papel útil en asegurar la continuación del reino. Pero los barones no podían aventurarse a perder el tiempo en duelos. Había que encontrar rápidamente un nuevo gobernante para enfrentarse con la guerra sarracena, y la Cruzada alemana, y todos los problemas normales de la administración. La viuda de Enrique, la princesa Isabel, estaba demasiado sumida en el desconsuelo, aunque era la figura clave como heredera de la línea real. De sus hijos tenidos con Enrique sobrevivían dos niñas, Alicia y Felipa. La hija nacida de la unión con Conrado, María de Montferrato, sólo tenía cinco años, y se la conocía por el sobrenombre de La Marquise, por el título de su padre. Era evidente que Isabel tenía que volver a casarse. Pero los barones, reconociendo su posición como heredera, consideraron que era tarea de ellos elegir su próximo esposo. Por desgracia, no pudieron ponerse de acuerdo sobre un candidato conveniente. Hugo de Tiberíades y sus amigos propusieron al hermano de aquél, Rodolfo. Su familia, la casa de Falconberg de Saint-Omer, era una de las más distinguidas del reino. Pero era pobre; había perdido sus tierras en Galilea, frente a los musulmanes, y Rodolfo era segundón. Existía la impresión general de que carecía de salud y prestigio suficientes. Sobre todo, se oponían a él las órdenes militares. Mientras el debate proseguía, llegó la noticia de que Jaffa había caído sin lucha. El duque de Brabante había salido en socorro de la ciudad. Ahora regresó a Acre y se hizo cargo del gobierno. Pocos días después, el 20 de septiembre, llegaron de Chipre Conrado de Maguncia y los jefes alemanes. Conrado, como prelado del Imperio occidental, confidente del Emperador y amigo también del nuevo Papa, Inocencio III, era persona de inmensa autoridad. Cuando sugirió que el trono debía ofrecerse al rey Amalarico de Chipre, no

[20] *Estoire d'Eracles*, II, pág. 220; Ernoul, pág. 306; Amadi, págs. 90-1; Ibn al-Athir, II, pág. 86.

hubo oposición, excepto por parte del patriarca, Aymar el Monje, cuyo propio clero no le quería apoyar. Parecía una elección excelente. La primera esposa de Amalarico, Eschiva de Ibelin, acababa de morir; estaba libre para poder casarse con Isabel. Aunque muchos de los barones sirios no podían olvidar por completo que se trataba de un Lusignan, había abandonado abiertamente toda política partidista, y demostró ser un hombre mucho más capaz que su hermano menor, Guido. Su elección agradó al Papa, que creía prudente unir el Oriente latino bajo un solo jefe. Pero el motivo del canciller Conrado era más sutil. Amalarico debía su corona chipriota al emperador Enrique, de quien se había convertido en vasallo. Como rey de Jerusalén, ¿no colocaría también su nuevo reino bajo la soberanía imperial? Amalarico, por su parte, dudó un poco. Hasta enero de 1198 no llegó a Acre. Al día siguiente de su llegada se casó con la princesa Isabel, y, pocos días después, el patriarca coronó a ambos como rey y reina de Jerusalén [21].

La unión de las coronas no fue tan completa como el Papa o los imperialistas habían esperado. Amalarico puso en claro desde el principio que los dos reinos tenían que ser administrados por separado y que ningún dinero chipriota podía ser gastado en la defensa del continente. El mismo no era sino un vínculo personal entre ellos. Chipre era un reino hereditario, y su heredero en la isla era su hijo Hugo. En el reino de Jerusalén el derecho hereditario estaba admitido por asentimiento público, pero el Tribunal Supremo se reservaba el derecho de elegir al rey. En Palestina, Amalarico debía su posición a su esposa. Si él moría, ella podía volver a casarse, y el nuevo esposo podía ser aceptado como rey. Y su heredera era su hija, María de Montferrato. Aunque naciera un varón de la unión con Amalarico sería dudoso que un hijo del cuarto matrimonio pudiera alegar precedencia sobre una hija del segundo. Pero, de hecho, sus únicos hijos fueron dos niñas, Sibila y Melisenda [22].

Aunque se consideraba a sí mismo como poco más que un regente, Amalarico era un gobernante capaz y activo. Convenció al Tribunal Supremo a unirse a él en una revisión de la constitución,

[21] *Estoire d'Eracles*, II, págs. 221-3; Ernoul, págs. 309-10. Roger de Hoveden, IV, pág. 29 (equivocadamente llama a la novia Melisent), dice que Conrado de Maguncia casó y coronó a la pareja en Beirut. Probablemente esto fue propaganda germánica, pues Inocencio III escribió al patriarca Aymar reprochándole primero el haber consentido el matrimonio existiendo consanguinidad, y después por haber celebrado la coronación (carta en *M. P. L.*, vol. CCXIV, col. 477). Fue corriente desde entonces que la coronación del rey de Jerusalén tuviese lugar en la catedral de Tiro.

[22] Véase La Monte, *Feudal Monarchy*, pág. 43. Acerca de la monarquía hereditaria en Chipre, véase Hill, *op. cit.*, vol. II, pág. 50, n. 4.

para que los derechos reales quedasen claramente definidos. Sobre todo, convirtió en consejero a Rodolfo de Tiberíades, su rival para el trono, al que, según sabemos, estimaba pero no quería. Rodolfo era famoso por su conocimiento legal, y era natural que se le pidiera que editase el *Livre au Roi,* como se llamó la nueva recopilación de las leyes. Pero Amalarico temía que la ciencia de Rodolfo fuese utilizada en contra de él. En marzo de 1198, cuando la corte cabalgaba por las huertas en torno a Tiro, cuatro jinetes alemanes galoparon hacia el rey y cayeron sobre él. Salió del atentado sin graves daños. Sus asaltantes se negaron a decir en nombre de quién obraban, pero Amalarico declaró que Rodolfo era culpable y le condenó a destierro. Rodolfo, alegando su derecho, solicitó ser juzgado por sus pares, y Juan de Ibelin, el hermanastro de la reina, convenció al rey para que sometiera el caso al Tribunal Supremo, que halló que el rey había obrado injustamente al desterrar a Rodolfo sin oírle. El asunto sólo se resolvió cuando, probablemente debido a la hábil intervención de Juan de Ibelin, Rodolfo mismo anunció que, como había perdido la gracia del rey, marcharía al destierro voluntariamente, y se retiró a Trípoli. El episodio demostró a los barones que el rey no podía ser atacado impunemente, pero demostró también que el rey tenía que atenerse a la constitución [23].

Su política exterior era vigorosa y flexible. En octubre de 1197, antes de que aceptara el trono, había ayudado a Enrique de Brabante a sacar ventaja de la concentración musulmana en Jaffa al enviar una repentina expedición, compuesta de alemanes y brabanzones, bajo el mando de Enrique, para reconquistar Sidón y Beirut. Sidón había sido ya demolida por los musulmanes, que la consideraban indefendible. Cuando llegaron allí los cristianos, encontraron la ciudad completamente en ruinas. El emir pirata Usama de Beirut, hallando que al-Adil no le enviaba ninguna ayuda, decidió que destruiría su ciudad. Pero empezó demasiado tarde. Cuando llegaron Enrique y sus tropas, encontraron desmanteladas las murallas, de suerte que pudieron entrar fácilmente, pero el grueso de la ciudad se hallaba intacto y fue pronto reparado. Beirut fue dado en feudo al hermanastro de la reina, Juan de Ibelin. Con Jebail, ya devuelto a sus señores cristianos, el reino volvía a limitar con el condado de Trípoli. Pero la costa en torno a Sidón no estaba aún completamente despejada de enemigos, que seguían poseyendo la mitad de las afueras [24].

Alentados por su éxito en Beirut, los cruzados alemanes, con el

[23] *Estoire d'Eracles,* II, págs. 228-30; Juan de Ibelin, págs. 327-8, 430; Felipe de Novara, págs. 522-3, 570.

[24] Ernoul, págs. 311-17; *Estoire d'Eracles,* II, págs. 224-7; Arnoldo de Lübeck, pág. 205; Ibn al-Athir, II, pág. 86.

arzobispo al frente, proyectaron avanzar después sobre Jerusalén. Los barones sirios, que habían esperado restablecer la paz con al-Adil sobre la base de ceder Jaffa y conservar Beirut, en vano intentaron disuadirles. En noviembre de 1197, los alemanes entraron en Galilea y pusieron sitio a la gran fortaleza de Torón. Tan vigoroso fue su primer asalto que los musulmanes pronto se brindaron a abandonar el castillo, con los quinientos prisioneros cristianos encerrados en sus mazmorras, si los defensores recibían la garantía de salvar sus vidas y sus bienes personales. Pero el arzobispo Conrado insistió en la rendición incondicional, y los barones francos, deseosos de hacer amistad con al-Adil y temiendo que una matanza provocaría una *jihad* musulmana, se dirigieron al sultán con la advertencia de que los alemanes no estaban habituados a perdonar la vida. La defensa continuó con renovado vigor, y al-Adil convenció a su sobrino al-Aziz para que enviara un ejército desde Egipto con el fin de enfrentarse con los invasores. Los alemanes empezaron a cansarse y a debilitar sus esfuerzos. Entretanto, llegó a Acre la noticia de que el emperador Enrique había muerto en septiembre. En muchos de los jefes nació el deseo ávido de regresar a la patria. Y cuando circularon las noticias de que había estallado una guerra civil en Alemania, Conrado y sus colegas decidieron abandonar el sitio. El 2 de febrero de 1198 el ejército egipcio se aproximaba desde el Sur. Los oficiales alemanes y sus tropas estaban dispuestos a presentar batalla, cuando corrió el inesperado rumor de que el canciller y los grandes señores habían huido. Se produjo un pánico general. Todo el ejército huyó sin cesar hasta alcanzar el refugio de Tiro. Pocos días después empezó a embarcar para su regreso a Europa. Toda la cruzada había sido un fracaso y no había hecho nada por restablecer el prestigio alemán. Sin embargo, había contribuido a reconquistar Beirut para los francos, y dejó establecida una institución permanente en la organización de los caballeros teutónicos [25].

Las antiguas órdenes militares, aunque eran de carácter internacional, habían reclutado pocos miembros alemanes. Por la época de la tercera Cruzada algunos mercaderes de Brema y Lübeck fundaron un albergue para alemanes en Acre a la manera del Hospital de San Juan. Fue dedicado a la Virgen y se proponía tener a su cuidado a los peregrinos alemanes. La llegada de las expediciones alemanas en 1197 inevitablemente aumentó su importancia. Cuando un número de caballeros cruzados decidió no regresar en seguida

[25] Ernoul, pág. 316; *Estoire d'Eracles,* II, págs. 221-2; Arnoldo de Lübeck, págs. 208-10; *Chronica Regia Coloniensis,* pág. 161; Abu Shama, II, página 117; Ibn al-Athir, II, págs. 87-8. Para la enfeudación de Juan de Ibelin, véase *Lignages d'Outremer,* en *R. H. C. Lois,* II, pág. 458.

a Alemania, la organización imitó el ejemplo del Hospital de San Juan, que ya tenía un siglo de vida. Incorporó a estos caballeros, y en 1198 recibió el reconocimiento del Papa y del rey como Orden Militar. Es probable que el canciller Conrado se diera cuenta de que una orden puramente alemana podía ser de valor para futuros designios imperialistas, y él mismo asumió, en gran parte, la responsabilidad de sus inicios. Pronto recibió donaciones de ricas tierras en Alemania y empezó a adquirir castillos en Siria. Su primera propiedad fue la torre sobre la puerta de San Nicolás, en Acre, cedida por Amalarico bajo condición de que los caballeros la devolverían si así lo mandaba el rey. Poco después compraron el castillo de Montfort, que rebautizaron con el nombre de Starkenberg, en las colinas que dominan la Escala de Tiro. La Orden, igual que las del Temple y del Hospital, proporcionaba soldados para la defensa del Oriente franco, pero no facilitó el gobierno del reino [26].

Tan pronto como los cruzados se marcharon, Amalarico inició negociaciones con al-Adil. Al-Aziz había regresado rápidamente a Egipto, y al-Adil, deseoso de asegurarse toda la herencia ayubita, no quería disputar con los francos. El 1.° de junio de 1198 se firmó un tratado por el cual se le dejaba a él la posesión de Jaffa y a los francos la de Jebail y Beirut, mientras Sidón se repartía entre ambos. Duraría cinco años y ocho meses. El arreglo demostró que era útil para al-Adil, pues al producirse la muerte de al-Aziz, en noviembre, le dejó en libertad para intervenir en Egipto y anexionarse las tierras del difunto sultán. Su creciente poderío determinó a Amalarico más que nunca a mantenerse en paz con él, porque además resurgieron los conflictos en Antioquía [27].

Bohemundo III participó en el sitio de Beirut, y a su regreso proyectó atacar Jabala y Laodicea. Pero tuvo que regresar a toda prisa a su capital. El feliz arreglo por el cual Cilicia y Antioquía debían unirse en las personas de su hijo Raimundo y su esposa armenia se derrumbó cuando Raimundo murió repentinamente a principios de 1197. Dejó un hijo varón, Raimundo-Roupen, sucesor en Antioquía por derecho de herencia. Pero Bohemundo III tenía ya cerca de los sesenta años y no era probable que viviera hasta que su nieto fuera mayor de edad. Había toda índole de peligros en torno a una minoridad y una regencia dominadas por la parentela armenia del muchacho. Bohemundo envió a la viuda Alicia con su hijo a

[26] Véase Röhricht, *Geschichte des Königreichs Jerusalem,* págs. 677-8.

[27] Ernoul, págs. 316-17; *Estoire d'Eracles,* II, pág. 228; Roger de Hoveden, IV, pág. 28 (dice que la tregua debía durar seis años, seis meses y seis días); Abu Shama, texto árabe (ed. por Bairaq), I, págs. 220-1; Ibn al-Athir, II, pág. 89.

Armenia, tal vez porque pensaba que le sucediera uno de los hijos de Sibila, tal vez porque creyera que estaban más seguros allí. Fue entonces cuando se coronó León, y Conrado de Maguncia, ávido de asegurar el trono de Antioquía para uno de los vasallos de su amo, completando así su obra de Acre, se trasladó apresuradamente desde Sis a Antioquía, donde obligó a Bohemundo a convocar a sus barones y hacerles jurar que defenderían la sucesión de Raimundo-Roupen [28].

Conrado hubiese hecho mejor en haber ido a Trípoli. Bohemundo, conde de Trípoli, segundogénito de Bohemundo III, era un hombre joven de gran ambición y pocos escrúpulos, bien versado en leyes y capaz de encontrar un argumento para justificar sus acciones más ultrajantes. No era amigo de la Iglesia. Ya había apoyado a los pisanos, sin duda por dinero, en una disputa sobre algunas tierras con el obispo de Trípoli, y cuando el obispo, Pedro de Angulema, fue designado patriarca de Antioquía y él, a su vez, nombró un sucesor para su sede de Trípoli con apresuramiento anticanónico, el Papa aceptó su excusa de que con un gobernante como Bohemundo la Iglesia no podía arriesgarse a esperar. Bohemundo estaba decidido a asegurarse la sucesión de Antioquía, y en seguida se negó a reconocer la validez del juramento prestado en favor de Raimundo-Roupen. Necesitaba aliados. Los templarios, furiosos porque León retenía Baghras, se unieron a él contentos. Los hospitalarios, aunque nunca muy inclinados a colaborar con los templarios, fueron atraídos mediante oportunas prebendas. Los pisanos y los genoveses fueron comprados con concesiones comerciales. Lo más importante era que la Comuna de Antioquía también temía a los armenios y se mostraba hostil a cualquier acto realizado por los barones. A fines de 1198, Bohemundo de Trípoli apareció de repente en Antioquía, depuso a su padre y obligó a la Comuna a que le prestase juramento de fidelidad.

Pero León tenía un aliado formidable, el papa Inocencio III. Por muchas dudas que sintiera el Papado acerca de la sinceridad de la sumisión de la Iglesia armenia a Roma, Inocencio no quería perder a sus nuevos vasallos. Mensajes y peticiones de obediente cordialidad llegaban sin cesar a Roma, enviados por León y su católico, y no podían ser desoídos. Debido, probablemente, a la oposición de la Iglesia, el joven Bohemundo consintió el retorno de su padre a An-

[28] Arnoldo de Lübeck, pág. 207; *Chronica Regia Coloniensis*, pág. 161; Roger de Hoveden, IV, pág. 28 (todos sobrentienden que Bohemundo ocupó temporalmente los pueblos); Kemal ad-Din (trad. de Blochet), págs. 213-15 (dice que en realidad no los atacó). Röhricht, *op. cit.*, pág. 675, n. 2, traduce equivocadamente Gibelet (Jebail) en *Eracles*, II, pág. 228, como Jabala (Dschebele).

tioquía y aceptó regresar él mismo a Trípoli, pero en alguna medida consiguió reconciliarse con el viejo príncipe, que viró en redondo y se puso a su lado. Entretanto, los templarios influyeron todo lo que les fue posible en el Papado. Pero León hacía caso omiso de las insinuaciones de la Iglesia para devolver Baghras a la Orden, pues Baghras era esencial para él desde el punto de vista estratégico si pretendía dominar Antioquía. Invitó al viejo príncipe Bohemundo y al patriarca Pedro para discutir toda la cuestión, pero su intransigencia impulsó también al patriarca a ponerse de parte de Bohemundo de Trípoli. La Iglesia de Antioquía se unió a la Comuna y a las órdenes en la oposición a la sucesión armenia. Cuando murió Bohemundo III en abril de 1201, Bohemundo de Trípoli no tuvo dificultad en instalarse en la ciudad. Pero muchos miembros de la nobleza, recordando su juramento y temerosos de las tendencias autocráticas de Bohemundo, huyeron a la corte de León en Sis [29].

Durante el cuarto de siglo siguiente, los cristianos de la Siria del norte se vieron perturbados por la guerra de sucesión antioquena, y mucho antes de que se resolviera, había cambiado toda la situación en Oriente. Fue una suerte que ni los príncipes seléucidas de Anatolia ni los ayubitas estuvieran en condiciones de lanzarse allí a una guerra de conquista. La muerte del sultán seléucida Kilij Arslan II provocó una larga guerra civil entre sus hijos. Casi diez años pasaron antes de que uno de los hijos menores, Rukn ad-Din Suleiman de Tokat, consiguiera reunir las tierras de la familia. Hubo una incursión seléucida sobre Cilicia en 1193, que se repitió en 1201, perturbando a León en el momento crítico en que Bohemundo III se hallaba en su lecho de muerte. Pero cuando Rukn ad-Din pudo librarse de las guerras con sus hermanos y los decadentes príncipes danishmend, aprovechó el respiro para atacar Georgia, cuya gran reina Thamar parecía una amenaza mucho más peligrosa para el Islam que cualquier potentado latino [30]. En Alepo, el hijo de Saladino, az-Zahir, estaba demasiado inquieto por las ambiciones de su tío al-Adil como para arriesgarse en cualquier empresa extranjera. Los antioquenos pudieron proseguir en libertad sus querellas internas sin interferencia musulmana. Desde Acre, el rey Amalarico observaba, impaciente, la guerra civil en el Norte. Sus simpatías estaban de parte de León y el joven Raimundo-Roupen más que a favor del truculento Bohemundo, pero nunca intentó una intervención activa. Su principal preocupación era impedir que estallase la guerra con al-Adil. Se dijo,

[29] Para esta complicada historia, véase Cahen, *op. cit.*, págs. 590-5, con un análisis de las fuentes contradictorias.

[30] Ibn Bibi, ed. Houtsma, IV, págs. 5-22; Ibn al-Athir, II, págs. 69-72; *Crónica Georgiana* (ed. Brosset), I, págs. 292-7.

por entonces, que estaba preparándose una enorme Cruzada en Europa. Hasta que llegase había que conservar la paz. Al-Adil, por su parte, no podía contar con el apoyo leal de sus sobrinos y primos a menos que una grave agresión cristiana provocase una guerra santa.

No era siempre fácil conservar la paz. A fines de 1202 una escuadra flamenca entró en Acre. Había navegado, pasando por Gibraltar, al mando del alcaide de Brujas, Juan de Nesle. Pocos días después llegó un puñado de caballeros en barcos desde Marsella, al mando del obispo Gualterio de Autun y del conde de Forez. Les siguió otro grupo de caballeros franceses procedentes de Venecia, entre ellos Esteban de Perche, Roberto de Montfort y Reinaldo II, conde de Dampierre. Los tres grupos sólo sumaban en conjunto unos pocos cientos de hombres, una exigua proporción de la gran hueste que zarpaba ahora de Dalmacia; pero, pocos días después, Reinaldo de Montmirail, que se había separado del grueso en Zara, trajo la noticia de que pasaría algún tiempo, en todo caso, antes de que toda la expedición apareciese en Siria. Como todos los recién llegados, los caballeros franceses estaban decididos a salir en seguida a combatir por la Cruz. Se horrorizaron cuando el rey Amalarico les instó a esperar con paciencia. Reinaldo de Dampierre insultó al rey en su propia cara, llamándole cobarde, y, como jefe nombrado por sí mismo, convenció a los caballeros a ponerse al servicio de Bohemundo de Trípoli. Salieron para unirse a él en Antioquía y atravesaron sin novedad el condado de Trípoli. Pero Jabala y Laodicea estaban aún en manos musulmanas. El emir de Jabala era un hombre pacífico, en excelentes relaciones con sus vecinos cristianos. Ofreció hospitalidad a los viajeros, pero les advirtió que para pasar libremente por el territorio de Laodicea, tenían que obtener un salvoconducto de su soberano, az-Zahir de Alepo. Se brindó a escribir él mismo al sultán, quien habría accedido a la petición, pues estaba interesado en atizar la guerra civil de Antioquía. Pero Reinaldo y sus amigos no querían esperar. Avanzaron hasta más allá de Laodicea, cuyo emir, pensando que cumplía con su deber musulmán, les tendió una emboscada, capturando a muchos de ellos y asesinando al resto [31].

Amalarico por su parte consentía incursiones ocasionales contra los musulmanes. Cuando un emir se estableció cerca de Sidón y empezó a correr las costas cristianas, y al-Adil no ofrecía satisfacción alguna, Amalarico se desquitaba enviando barcos para interceptar y

[31] Ernoul, pág. 341; *Estoire d'Eracles,* II, págs. 247-9; Villehardouin, ed. Faral, págs. 102-4; Kemal ad-Din (trad. por Blochet), pág. 39. Juan de Nesle y los supervivientes de Laodicea lucharon a favor de León II contra Antioquía. Para la cuarta Cruzada, véase *infra,* págs. 110 y sigs. Villehardouin critica duramente a los cruzados que insistieron en ir a Tierra Santa.

capturar un rico convoy egipcio que navegaba a Laodicea y mandaba algaradas contra el interior de Galilea. Al-Adil, aunque avanzó hasta el monte Tabor para enfrentarse con él, se negó a dar batalla. Tampoco tuvo una reacción violenta cuando la flota cristiana entró en el delta del Nilo y penetró, río arriba, hasta después de Rosetta, para saquear la pequeña ciudad de Fuwa. Por la misma época los hospitalarios, desde el Krak y Marqaba, llevaron a cabo incursiones sin éxito duradero contra Hama, el emirato del sobrino nieto de al-Adil, al-Mansur [32].

En septiembre de 1204 se concertó una tratado de paz, para seis años de duración, entre Amalarico y al-Adil. Parece que la iniciativa partió de Amalarico. Pero al-Adil, por su parte, también deseaba terminar la lucha. Pudo haberle inquietado la superioridad cristiana en el poder naval, pero se había dado cuenta seguramente de que su imperio ganaría por la renovación del comercio establecido con la costa siria. Por tanto, no sólo estaba dispuesto a ceder Beirut y Sidón finalmente a Amalarico, sino que también le entregó Jaffa y Ramleh y simplificó los arreglos para los peregrinos que iban a Jerusalén o Nazaret. Para Amalarico, que no podía esperar ahora la llegada de ninguna ayuda eficaz de Occidente, las condiciones resultaron sorprendentemente buenas [33]. Pero no pudo disfrutar durante mucho tiempo de su realzado prestigio. El 1.º de abril de 1205, después de una breve enfermedad causada por una indigestión de pescado, murió en Acre; tenía algo más de los cincuenta años de edad [34].

Amalarico no fue gran rey, pero, como su antecesor Enrique, aprendió de la experiencia una prudente política que fue muy valiosa para su precario y pobre reino, y su mentalidad ordenada y legalista no sólo creó una constitución para Chipre, sino que contribuyó muchísimo a conservar la monarquía en el continente. Como persona se le respetaba, aunque no se le quería demasiado. En su juventud había sido irresponsable y pendenciero, y siempre le molestaba la oposición. Pero hay que decir, en su favor, que, aunque hubiese preferido claramente ser sólo rey de Chipre, aceptó y llevó a cabo concienzudamente los deberes que le impuso su segunda corona. A su muerte, los dos reinos se separaron. Chipre pasó a su hijo, nacido de Eschiva de Ibelin, Hugo I, un niño de seis años. La hermana ma-

[32] Ernoul, págs. 355-60; *Estoire d'Eracles,* II, págs. 258-63; Abu Shama, II, pág. 158; Ibn al-Athir, II, pág. 96.

[33] Ernoul, pág. 360; *Estoire d'Eracles,* II, pág. 263; Ibn al-Athir, *loc. cit.*

[34] Ernoul, pág. 407; *Estoire d'Eracles,* II, pág. 305. Apéndice a Roberto de Monte, Bouquet, *R. H. F.,* vol. XVIII, pág. 342, cita una carta del arzobispo de Cesarea que da la fecha exacta. Su hijo varón, habido en la reina Isabel, había muerto el 2 de febrero. El pescado era un múgil blanco.

yor del muchacho, Burgundia, se había casado recientemente con Gualterio de Montbéliard, a quien el Tribunal Supremo de la isla confió la regencia [35]. En el reino de Jerusalén la autoridad pasó automáticamente a la reina Isabel, que no estaba demasiado hondamente afligida por la muerte de su último esposo como para no hacerse cargo del gobierno. Pero ella tampoco le sobrevivió mucho tiempo. La fecha de su muerte, como la mayor parte de su vida, está velada por la oscuridad. Entre las damas de la casa real de Jerusalén es la única figura oscura de cuya personalidad nada sobrevive. Su matrimonio y su efectiva existencia es de suma importancia. De haber tenido ambiciones políticas, habría sido una potencia en el país, pero ella se dejó entregar a un esposo tras otro sin considerar sus propios deseos. Sabemos que era hermosa, pero tenemos que deducir que carecía de valor y que era débil [36].

Isabel dejó cinco hijas: María, de Montferrato; Alicia y Felipa, de Champagne, y Sibila y Melisenda, de Lusignan. María, que tenía ahora trece años de edad, sucedió a su madre en el trono, y Juan de Ibelin, señor de Beirut, fue nombrado regente. No se sabe si fue nombrado por la reina antes de morir o si fue elegido por los barones. Pero era el candidato evidente. Como hermanastro mayor de Isabel, era el pariente varón más próximo de la hija. Poseía el feudo más rico del reino y era el jefe admitido por los barones, y unía al valor y la prudencia de su padre, Balian, una sutileza griega heredada de su madre, María Comneno. Durante tres años gobernó el país con tacto y tranquilidad, sin que le turbaran guerras sarracenas o los conflictos de una cruzada. En efecto, por desgracia, como había previsto Amalarico cuando hizo su tratado con al-Adil, ningún caballero occidental se preocuparía ahora en ir de grado a Palestina. La Cruzada había encontrado un cazadero más propicio en otra parte [37].

[35] *Estoire d'Eracles,* II, pág. 305.
[36] *Ibid.*
[37] *Ibid.;* Ernoul, pág. 407.

Libro II

CRUZADAS DESCARRIADAS

Capítulo 5
LA CRUZADA CONTRA LOS CRISTIANOS

«La que era grande entre las naciones, mi soberana entre las provincias, hase convertido en tributaria... Todos sus amigos le han sido infieles, se le han trocado en enemigos.»

(*Lamentaciones*, I, 12.)

En noviembre de 1199 el conde Tibaldo de Champagne invitó a sus amigos y vecinos a un torneo en su castillo de Ecri, sobre el Aisne. Terminadas las justas, la conversación entre los señores recayó sobre el tema de la necesidad de una nueva Cruzada. Era un asunto que afectaba poderosamente al conde, pues era sobrino de Corazón de León y de Felipe Augusto y hermano del conde Enrique, que había reinado en Palestina. Por sugerencia suya, un predicador itinerante, Fulko de Neuilly, fue llamado para hablar a los huéspedes. Encandilados por su elocuencia, todos hicieron voto de abrazar la Cruz, y un mensajero partió para referir al Papa la piadosa decisión [1].

Inocencio III llevaba en el trono papal algo más de un año. Tenía una apasionada ambición de establecer la autoridad trascendente de la Santa Sede, pero a la vez era prudente, perspicaz y de ideas claras, un jurista que deseaba una base legal para sus pretensiones y un político dispuesto a utilizar siempre el instrumento que tuviera

[1] Villehardouin, I, págs. 2-6.

más a mano. Estaba preocupado por la situación de Oriente. Uno de sus primeros actos fue expresar públicamente el deseo de una nueva Cruzada, y en 1199 escribió al patriarca Aymar de Jerusalén para pedirle un informe detallado del reino franco[2]. Los reyes de Jerusalén eran sus vasallos, y su deseo de socorrerles se hallaba impulsado, además, por la política activa del emperador Enrique VI, cuya concesión de coronas a Chipre y Armenia era un reto implícito a la autoridad papal en aquellas partes. La experiencia había probado que los reyes y los emperadores no eran plenamente deseables en expediciones cruzadas. La única cruzada concluida con pleno éxito fue la primera, en la que no tomó parte ninguna testa coronada. Una cruzada de barones más o menos homogéneos de raza evitaría las rivalidades entre reyes y naciones, que tanto habían perjudicado a la segunda y tercera Cruzadas. Las envidias que surgieran serían insignificantes y fácilmente dominadas por un enérgico representante papal. Inocencio recibió, por tanto, con cálido entusiasmo las noticias de la Champagne. El movimiento que Tibaldo había organizado no sólo llevaría una ayuda eficaz a Oriente, sino que también podría utilizarse para fortalecer la unidad de la Cristiandad bajo el signo de Roma[3].

El momento estuvo bien elegido para el Papado. Como en la época de la primera Cruzada, no había ningún emperador en Occidente en situación de interferirse. La muerte de Enrique VI en septiembre de 1197 había librado a la Iglesia de una peligrosa amenaza. Como hijo de Federico Barbarroja y esposo de la heredera de Sicilia, cuya herencia estaba firmemente en sus manos hacia 1194, Enrique era más formidable que cualquier potentado desde tiempos de Carlomagno. Tenía un alto sentido de su oficio y casi consiguió crear para él una base hereditaria. Su concesión de coronas en Oriente y su petición de fidelidad al cautivo Corazón de León demostraba que se consideraba a sí mismo como «rey de reyes». No hizo ningún misterio de su odio a Bizancio, el antiguo Imperio cuyas tradiciones rivalizaban con las suyas propias, ni tampoco de su propósito de llevar adelante la política normanda de establecer la hegemonía en el Mediterráneo, lo que implicaba la destrucción de Bizancio. Una cruzada era parte inevitable de tal política. A lo largo de 1197 desarrolló cuidadosamente sus planes. La expedición alemana que desembarcó aquel año en Acre no era sino precursora de un ejército mayor que él mismo mandaría. El papa Celestino III, hombre timorato y vacilante, estaba molesto, pero no hizo ningún intento de disuadirle,

[2] Röhricht, *Regesta,* págs. 202-3.

[3] Acerca de la actitud de Inocencio III, véase Fliche, *La Chrétienté Romaine* (volumen X de Fliche y Martín, *Histoire de l'Eglise,* págs. 44-60).

aunque le aconsejó que no lanzara un ataque inmediato contra Constantinopla, con cuyo Emperador se hallaba negociando la unión de las iglesias. De no haber muerto Enrique súbitamente en Messina, a la edad de treinta y dos años, precisamente cuando se hallaba preparando una gran flota para conquistar Oriente, bien hubiese podido convertirse en señor de toda la Cristiandad [4].

El papa Celestino murió pocos meses después que el Emperador. Inocencio III se halló, por tanto, en el momento de su exaltación, sin ningún rival secular. La emperatriz viuda Constanza puso a su reino siciliano y a su hijo Federico bajo la custodia papal. En Alemania, donde el príncipe, nacido en Sicilia, era desconocido, su tío, el hermano de Enrique, Felipe de Suabia, se apoderó de las tierras de la familia y reclamó el Imperio, y se dio cuenta de que los enemigos de los Hohenstaufen sólo habían sido acobardados temporalmente. La casa de los Güelfos presentó un candidato rival, Otón de Brunswick. Ricardo de Inglaterra fue muerto en marzo de 1199, y su hermano Juan y su sobrino Arturo estaban disputándose la herencia, y el rey de Francia tomaba parte activa en la querella. Con los reyes de Francia y de Inglaterra tan ocupados, con Alemania absorbida por una guerra civil y la autoridad papal restablecida en la Italia del sur, Inocencio podía proceder confiadamente a la predicación de su Cruzada. Como paso preliminar entabló negociaciones con el emperador bizantino Alejo III acerca de la unión de las iglesias [5].

En Francia, el agente principal del Papa como predicador fue Fulko de Neuilly, que había procurado hacía tiempo promover una Cruzada. Era célebre por su falta de miedo ante los príncipes, como cuando ordenó al rey Ricardo que abandonara su soberbia, su avaricia y su codicia [6]. A petición del Papa, recorrió el país, persuadiendo a la gente campesina a seguir a sus señores a la guerra santa. En Alemania, los sermones del abad Martín de Pairis eran casi tan estimulantes, aunque allí los nobles estaban demasiado enfrascados en la guerra civil como para poder prestarle mucha atención [7]. Pero ni Fulko ni Martín despertaron el mismo entusiasmo que los predicadores de la primera Cruzada.

El reclutamiento fue más ordenado y en lo principal quedó cir-

[4] Véase Foreville y de Pina, *Du Premier Concile du Latran à l'avènement d'Innocent III* (vol. IX de Fliche y Martín, *Histoire de l'Eglise)*, págs. 216-26.

[5] Fliche, *op. cit.*, págs. 46-50; *Gesta Innocentii III, M. P. L.*, vol. CCXIV, col. 119-23.

[6] Villehardouin, *loc. cit.;* Roger de Hoveden, IV, págs. 76-7. Ricardo dio pruebas de su orgullo con los templarios, su avaricia con los cistercienses y su codicia con sus obispos.

[7] Gunther, *Historia Constantinopolitana* en Riant, *Exuviae,* I, págs. 60-5.

cunscrito a los que dependían de los barones que ya habían tomado la Cruz, y muchos de estos barones lo hicieron menos por piedad que por un deseo de adquirir nuevas tierras, lejos de la actividad disciplinaria del rey Felipe Augusto. Tibaldo de Champagne fue aceptado por todos como jefe del movimiento. Con él estaban Balduino IX de Hainault, conde de Flandes, y su hermano Enrique; Luis, conde de Blois, Godofredo III de Le Perche y Simón IV de Montfort y sus hermanos; Enguerrando de Boves, Reinaldo de Dampierre y Godofredo de Villehardouin, y muchos señores menores de la Francia del Norte y de los Países Bajos. El obispo de Autun anunció su adhesión con un grupo de caballeros de la Auvergne. En la Renania, el obispo de Halberstadt y el conde de Katznellenbogen abrazaron la Cruz con muchos de sus vecinos [8]. Su ejemplo fue seguido poco después por varios magnates de la Italia del Norte, dirigidos por Bonifacio, marqués de Montferrato, cuya participación suscitó los primeros recelos en el papa Inocencio acerca de toda la aventura, pues los príncipes de Montferrato eran fieles amigos y aliados de los Hohenstaufen [9].

La expedición no pudo organizarse rápidamente. El primer problema fue encontrar barcos para trasladarse a Oriente, ya que con la decadencia de Bizancio la ruta terrestre por los Balcanes y Anatolia ya no era practicable. Pero ninguno de los cruzados tenía una flota a su disposición, excepto el conde de Flandes, y la flota flamenca navegó por su cuenta a Palestina, bajo el mando de Juan de Nesle [10]. Después había el problema de la estrategia general. Ricardo Corazón de León había dado su opinión, cuando salió de Palestina, de que Egipto era el punto vulnerable en el Imperio sarraceno. Se decidió finalmente que Egipto sería el objetivo de los cruzados. El año de 1200 transcurrió en diversas negociaciones, sobre las cuales Inocencio intentó conservar algún control. En marzo de 1201 murió de repente Tibaldo de Champagne, y la Cruzada eligió como jefe, para sustituirle, a Bonifacio de Montferrato. Fue una elección natural. La casa de Montferrato tenía notorias conexiones con Oriente. Guillermo, el padre de Bonifacio, había muerto como barón palestinense. En cuanto a sus hermanos, Guillermo se había casado con Sibila de Jerusalén y fue el padre del rey niño Balduino V; Raniero se había ca-

[8] Villehardouin, I, págs. 6-14, y Roberto de Clary (ed. Lauer), págs. 2-3, da listas de los cruzados franceses. Villehardouin, pág. 74, menciona los nombres de los cruzados alemanes.

[9] Villehardouin, I, pág. 44, afirma que Bonifacio sólo abrazó la Cruz cuando fue nombrado comandante en jefe; *Gesta Innocentii III, loc. cit.*, col. 132, sugiere las sospechas del Papa. La madre de Bonifacio era hermanastra del abuelo de Enrique VI, y su padre, hermanastro de la abuela de Felipe de Francia.

[10] Véase *supra*, pág. 64.

sado con la hija del emperador Manuel y fue asesinado en Constantinopla, y Conrado fue el salvador de Tiro, el gobernante de Tierra Santa y el padre de su actual heredera. Pero su nombramiento para la jefatura de la Cruzada apartó a ésta de la influencia del papa Inocencio. Bonifacio llegó a Francia en agosto de 1201 y se entrevistó con sus principales colegas en Soissons, donde le ratificaron en el mando. Desde allí marchó a Alemania, donde pasó los meses de invierno con su viejo amigo Felipe de Suabia [11].

Felipe de Suabia tenía, por su parte, interés en los asuntos orientales, aunque más por Bizancio que por Siria. Compartía plenamente la aversión que su dinastía sentía hacia los emperadores bizantinos. Esperaba ser pronto emperador occidental, y deseaba llevar a cabo el programa completo de su hermano Enrique. Además tenía una relación personal con Bizancio. Cuando Enrique VI conquistó Sicilia, entre sus prisioneros se hallaba la joven viuda del príncipe heredero siciliano depuesto, Roger, Irene Angelina, la hija del emperador Isaac el Angel, y se la entregó como esposa a Felipe. Fue un matrimonio por amor, y por amor a ella Felipe se vio implicado en las querellas dinásticas de los Angeles [12].

Pocos meses después del matrimonio de Felipe, su suegro, Isaac, perdió el trono. El cetro no había mejorado la capacidad de Isaac. Sus funcionarios eran corruptos e incontrolables, y él mismo era mucho más extravagante de lo que su empobrecido Imperio podía permitirse. Había perdido la mitad de la península balcánica ante el empuje de un vigoroso y amenazante reino vlaquio-búlgaro. Los turcos, hasta la muerte de Kilij Arslan II, en 1192, estuvieron invadiendo constantemente Anatolia, cortando las comunicaciones de Bizancio con la costa sur y con Siria. Se vendieron más y más concesiones comerciales a los italianos para tener fresca la tesorería. La falta de tacto en el pródigo esplendor de la boda del Emperador con la princesa Margarita de Hungría enfureció a sus súbditos, abrumados de impuestos. Su propia familia empezó a abandonarle, y en 1195 su hermano Alejo maquinó una conspiración palaciega que triunfó. Isaac fue cegado y arrojado a prisión, juntamente con su hijo, el joven Alejo. El nuevo Emperador, Alejo III, era poco más capacitado que su hermano. Demostró alguna actividad diplomática, tratando de conquistarse la amistad del Papado con el ofrecimiento de conversaciones sobre la unión eclesiástica —amistad que podría haberle librado de un ataque de Enrique VI—, y sus intrigas contribuyeron a mantener

[11] Villehardouin, I, págs. 40-6; Roberto de Clary, págs. 4-6; *Gesta Innocentiii III, loc. cit.*, supone que Felipe de Francia intervino en favor de Bonifacio.

[12] *Chronica Regia Coloniensis*, pág. 157.

desunidos a los príncipes seléucidas. Pero los asuntos internos se dejaron en manos de su esposa Eufrosina, que era extravagante y se hallaba rodeada de servidores tan corruptos como su destronado cuñado [13].

A fines de 1201, el joven Alejo, el hijo de Isaac, escapó de la prisión en Constantinopla y se trasladó a la corte de su hermana en Alemania. Felipe le recibió bien y se lo presentó a Bonifacio de Montferrato. Los tres celebraron consejo. Alejo deseaba obtener el trono de su padre. Felipe estaba dispuesto a ayudarle, para convertir al Imperio oriental en cliente del occidental. Bonifacio tenía un ejército cruzado a su disposición. ¿No sería una ventaja para la Cruzada si se detenía en su camino para exaltar al trono a un gobernante amigo en Constantinopla? [14].

Los cruzados había estado buscando entretanto los medios para su viaje por mar. A principios de 1201, cuando aún vivía el conde de Champagne, entablaron negociaciones con Venecia y enviaron a Godofredo de Villehardouin a establecer las condiciones. Se firmó un tratado entre Godofredo y los venecianos en abril. A cambio de 85.000 marcos de plata de Colonia, Venecia accedió a suministrar a la Cruzada, hacia el 28 de junio de 1202, transportes y vituallas durante un año para 4.500 caballeros y sus caballos, 9.000 escuderos y 20.000 infantes. Además, la República proporcionaría cincuenta galeras para escoltar a la Cruzada, a condición de que Venecia recibiese la mitad de las conquistas. Concluido el acuerdo, los cruzados fueron convocados para reunirse en Venecia, dispuestos para zarpar rumbo a Egipto [15].

Algunos cruzados veían el tratado con recelo. El obispo de Autun llevó a su gente directamente desde Marsella a Siria. Otros, al mando de Reinaldo de Dampierre, estaban impacientes con el re-

[13] Véase Vasiliev, *History of the Byzantine Empire*, págs. 440-5, 487.

[14] Nicetas Choniates, pág. 712; Inocencio III, cartas, V, 122, *Gesta Innocentii III, loc. cit.*, cols. 123-5; *ibid.*, cols. 130-2. Toda la cuestión de si la desviación de la cuarta Cruzada fue o no premeditada ha sido muy discutida. V. Vasiliev, *op. cit.*, págs. 455-8. Parece ser que la verdad es que, aunque Felipe de Suabia, Bonifacio y los venecianos tenían diferentes razones para desear un ataque a Constantinopla, fue el hecho de la llegada de Alejo lo que hizo practicable la desviación. El Papa no tenía esta intención, y el cruzado medio, generalmente francés, pretendía sinceramente ir a Tierra Santa, pero dejó que se cambiase el rumbo por las circunstancias. Para la actitud de Bonifacio, véase Grégoire, «*The Question of the Fourth Crusade*», *Byzantion*, volumen XV. Acerca del plan deliberado de Felipe de Suabia, véase Winkelman, *Philipp von Schwaben*, I, págs. 296, 525.

[15] Villehardouin, II, págs. 18-34. El Papa dio su aprobación al tratado, pero sin entusiasmo, pues sospechaba de los venecianos (*Gesta Innocentii III, loc. cit.*, col. 131).

traso en Venecia e hicieron sus preparativos particulares para navegar hasta Acre. Había también algún descontento entre los cruzados más humildes por la decisión de atacar Egipto. Se habían alistado para socorrer a Tierra Santa y no podían comprender el extremo de ir a otra parte. Su descontento fue alentado tranquilamente por los venecianos, que no tenían ninguna intención de ayudar a un ataque contra Egipto. Al-Adil sabía muy bien las ventajas que el comercio con Europa traía a sus dominios, y su conquista de Egipto fue seguida del ofrecimiento de valiosas concesiones comerciales a las ciudades italianas. En el mismo momento en que el gobierno veneciano estaba negociando con los cruzados sobre el transporte de sus fuerzas, los embajadores de aquél se hallaban en El Cairo proyectando un tratado comercial con el virrey del sultán, que firmó un convenio con ellos en la primavera de 1202, después de que los enviados especiales mandados por al-Adil a Venecia habían recibido seguridades del Dogo en el sentido de que no patrocinaría ninguna expedición contra Egipto [16].

No es seguro que los cruzados entendieran las sutilezas de la diplomacia veneciana. Pero si algunos de ellos sospechaban que se les engañaba, no había nada que hacer. Su tratado con Venecia los ponía enteramente en manos de ella, pues no pudieron conseguir los 85.000 marcos que habían prometido. Para junio de 1202 el ejército estaba reunido; pero como el dinero no llegaba, la República no quiso proporcionar los barcos. Acampados en la pequeña isla de San Nicolás de Lido, acosados por los mercaderes venecianos con los que habían contraído deudas, amenazados de que sus suministros serían totalmente suprimidos a menos que entregaran el dinero, los cruzados estuvieron dispuestos hacia septiembre a aceptar cualesquiera condiciones que Venecia les pudiera ofrecer. Bonifacio, que se unió a ellos aquel verano, después de una visita sin éxito al Papa en Roma, ya estaba dispuesto a colaborar con los venecianos. Algunas décadas antes había habido una guerra intermitente entre la República y el rey de Hungría a causa del dominio de Dalmacia, y la ciudad clave de Zara había pasado recientemente a manos húngaras. Los cruzados fueron informados de que la expedición podía partir y que el pago de la deuda se aplazaría si tomaban parte

[16] La existencia de un tratado definido, que Hopf, *Geschichte Griechenlands*, I, pág. 118, fechaba el 13 de mayo de 1202, ha sido negada, y, en efecto, Hopf no ofrece el testimonio de fuentes. Pero Ernoul, págs. 345-6, afirma claramente que en aquel tiempo se llevaban negociaciones entre Venecia y el sultán. No es necesario suponer que estaba inventando su relato, que probablemente obtuvo de los venecianos en Siria. Acerca de deserciones en la Cruzada, véase Villehardouin, I, págs. 52-4.

en una campaña preliminar para reconquistar Zara. El Papa, enterado del ofrecimiento, notificó en seguida la prohibición de aceptarlo. Pero, independientemente de lo que sintieran acerca de la moralidad del asunto, no tuvieron más remedio que conformarse [17].

El arreglo había sido hecho, entre bastidores, por Bonifacio de Montferrato, que tenía pocos escrúpulos cristianos, y el Dogo de Venecia, Enrique Dandolo. Dandolo era muy anciano, pero la edad no había quebrantado su energía ni su ambición. Unos treinta años antes participó en una embajada a Constantinopla, donde se vio envuelto en una pendencia y perdió parcialmente la vista. Su amargura subsiguiente contra los bizantinos aumentó cuando, poco después de su elevación al dogaresado en 1193, tuvo alguna dificultad en conseguir una renovación, por parte del emperador Alejo III, de las favorables condiciones comerciales otorgadas a Venecia por el emperador Isaac. Estaba, por tanto, dispuesto a discutir con Bonifacio los planes para una expedición contra Constantinopla. Pero de momento había que conservar la apariencia de la Cruzada. En cuanto el ataque contra Zara fue aprobado, se celebró una solemne ceremonia en San Marcos, donde el Dogo y sus principales consejeros abrazaron ostentosamente la Cruz [18].

La flota zarpó de Venecia el 8 de noviembre de 1202, y llegó a la altura de Zara dos días después. Tras un furioso asalto, la ciudad capituló el día 15 y fue saqueada totalmente. Tres días después los venecianos y los cruzados llegaron a las manos a causa del reparto del botín, pero se restableció la paz. Luego, el Dogo y Bonifacio decidieron que el año estaba demasiado avanzado para aventurarse a salir hacia Oriente. La expedición se dispuso para invernar en Zara, mientras sus jefes proyectaban las operaciones futuras [19].

Cuando llegó a Roma la noticia del saqueo de Zara, el papa Inocencio quedó horrorizado. Era intolerable que, desafiando sus órdenes, una Cruzada fuese utilizada para atacar el territorio de un hijo tan fiel de la Iglesia. Excomulgó a toda la expedición. Después, dándose cuenta de que los mismos cruzados habían sido víctimas del engaño, les perdonó, aunque mantuvo la excomunión contra los venecianos [20]. Dandolo seguía impertérrito. Por Bonifacio estaba ya en contacto con Felipe de Suabia, un colega de excomunión. A princi-

[17] Villehardouin, I, págs. 58-66; Roberto de Clary, págs. 9-11.

[18] Villehardouin, I, págs. 66-70; Roberto de Clary, págs. 10-12. Para Dandolo, véase Diehl, *Une République Patricienne, Venise,* págs. 47-8; Vasiliev, *op. cit.,* págs. 452-3.

[19] Villehardouin, I, págs. 76-90; Roberto de Clary, págs. 12-14.

[20] Inocencio III, cartas, V, 162; VI, 99-102 *(M. P. L.,* vol. CCXIV, cols. 1178, 1182; vol. CCXV, cols. 103-10); Villehardouin, I, págs. 104-8.

pios de 1203 llegó a Zara un mensajero de Alemania, de parte de Felipe, para comunicar a Bonifacio un ofrecimiento definido de Alejo, el cuñado de Felipe. Si la Cruzada proseguía hasta Constantinopla y colocaba en el trono imperial a Alejo, éste garantizaría el pago del dinero que los cruzados aún debían a los venecianos; les proporcionaría el dinero y las provisiones necesarias para la conquista de Egipto, y contribuiría con un contingente de 10.000 hombres del ejército bizantino; pagaría el sostenimiento de quinientos caballeros que permaneciesen en Tierra Santa, y aseguraría la sumisión de la Iglesia de Constantinopla a Roma. Bonifacio comunicó el asunto a Dandolo, que estaba encantado. Significaba que Venecia recibiría su dinero y que, al mismo tiempo, humillaría a los griegos, y que podría, además, ampliar y fortalecer sus privilegios comerciales por todo el Imperio bizantino. El ataque contra Egipto se podría impedir fácilmente más adelante [21].

Cuando el proyecto fue expuesto a los cruzados, hubo algunos disidentes, como Reinaldo de Montmirail, que creían que habían abrazado la Cruz para luchar contra los musulmanes y no veían justificación alguna para el retraso. Se separaron de la hueste y siguieron por mar a Siria. Otros, a pesar de sus protestas, se quedaron con el ejército; otros fueron acallados con oportunos sobornos venecianos. Pero el cruzado medio estaba hecho a la idea de considerar a Bizancio como traidor constante a la Cristiandad a lo largo de las guerras santas. Sería prudente y meritorio obligar al Imperio a la colaboración en este momento. Los hombres piadosos en el ejército estaban contentos de contribuir a una política que haría entrar en el redil a los griegos cismáticos. Los más apegados a las cosas del mundo pensaban en las riquezas de Constantinopla y sus provincias prósperas, y todas sus esperanzas se cifraban en el botín. Algunos de los barones, entre ellos el mismo Bonifacio, llevarían sus esperanzas más allá, calculando que las tierras en las costas del Egeo serían mucho más atrayentes que otras que pudieran hallarse en el yermo suelo de Siria. Todo el resentimiento que Occidente había acumulado desde hacía tiempo contra la Cristiandad oriental facilitó la tarea de Dandolo y Bonifacio de inclinar a la opinión pública en apoyo de ellos [22].

La inquietud del Papa sobre la Cruzada no disminuyó cuando

[21] Villehardouin, I, págs. 90-100. Refiere las negociaciones previas entre Alejo y los cruzados, en Venecia, págs. 70-4.

[22] Villehardouin, I, págs. 100-4; Roberto de Clary, págs. 14-15. Hugo de Saint Pol, carta en *Chronica Regia Coloniensis*, pág. 205, dice que casi todos los cruzados querían seguir hacia Palestina, pero fueron convencidos de no hacerlo.

supo la decisión que se había tomado. Un plan tramado entre los venecianos y los amigos de Felipe de Suabia era poco probable que fuese admisible para la Iglesia. Además se había entrevistado con el joven Alejo y le parecía un muchacho sin valor. Pero era demasiado tarde para que pudiera hacer una protesta eficaz, y si el desvío pretendía asegurar realmente la ayuda bizantina contra el infiel y al mismo tiempo conseguir la unión de las Iglesias, estaría justificado. Se dio por satisfecho con la promulgación de una orden para que no fuese atacado ningún cristiano más, a menos que obstaculizara activamente la guerra santa. Habría sido más prudente, a la larga, que hubiese expresado, aunque en vano, su reprobación abierta y sin concesiones. A los griegos, siempre suspicaces de las intenciones papales e ignorantes de las complejidades de la política occidental, la tibieza de su condenación les pareció una prueba de que él era el poder oculto en toda la intriga[23].

El 25 de abril, Alejo llegó a Zara procedente de Alemania, y pocos días después la expedición zarpó, deteniéndose algún tiempo en Durazzo, donde Alejo fue aceptado como emperador, y después en Corfú. Allí Alejo firmó solemnemente un tratado con sus aliados. La travesía prosiguió el 25 de mayo. La flota bordeó el Peloponeso y viró hacia el Norte hasta la isla de Andros, repostando sus tanques de agua en las abundantes fuentes que hay allí. Desde Andros siguió a los Dardanelos, que se hallaban indefensos. La cosecha tracia empezaba a estar en sazón, por lo que los cruzados entraron en Abydos para recoger lo que pudieron. El 24 de junio llegaron ante la capital del Imperio[24].

El emperador Alejo III no hizo ningún preparativo para oponerse a su llegada. El ejército imperial nunca se había recobrado de los desastres sufridos por Manuel en los últimos años de su reinado.

[23] *Gesta Innocentii III, loc. cit.*, cols. 130-2; Inocencio III, cartas, V, 122 (al emperador Alejo, *M. P. L.* vol. CCXIV, cols. 1123-5), y carta del arzobispo Ebrardo de Salzburgo, *Registrum de Negocio Romani Imperii,* LXX *(M. P. L.,* vol. CCXVI, cols. 1075-7), habla de la necesidad de reflexionar sobre tales asuntos. Felipe de Suabia probablemente conocía el proyecto de atacar Zara, pues había enviado al cardenal Pedro de Capua y a jefes de las Cruzadas para asegurar la ayuda del Papa a Alejo en una época en que no habría sido posible una respuesta si la Cruzada se dirigía directamente a Oriente. V. Bréhier, *Les Croisades*, pág. 155. La *Crónica de Novgorod* (ed. Lasonov, pág. 241) afirma que el Papa estaba de acuerdo con el proyecto de atacar Constantinopla, mientras que la *Chronica Regia Coloniensis,* pág. 200, dice que levantó la excomunión a los cruzados por haber atacado Zara cuando habían decidido marchar sobre Constantinopla.

[24] Villehardouin, I, págs. 110-28; Roberto de Clary, págs. 30-40; Anónimo de Halberstadt, en Riant, *Exuviae,* I, págs. 14-15; *Devastatio Constantinopolitana* (ed. Hopf), págs. 88-9; Nicetas Choniates, pág. 717.

Casi todo el ejército constaba de mercenarios. Los regimientos francos eran evidentemente poco dignos de confianza en tal momento; los regimientos eslavos y pechenegos eran de fiar siempre que hubiese dinero contante y sonante para pagarles. La guardia varega, compuesta ahora principalmente de ingleses y daneses, era tradicionalmente leal a la persona del emperador, pero Alejo III no era un hombre que inspirase una gran lealtad personal. Era un usurpador que había ganado el trono no por méritos castrenses o políticos, sino debido a una mezquina conjura palaciega, y había demostrado ser poco apto para gobernar. No sólo desconfiaba de su ejército, sino también del ánimo general de sus súbditos. Le pareció más seguro no hacer nada. Constantinopla había pasado por muchas otras tormentas en los nueve siglos de su historia. Sin duda podría afrontar una más.

Después de atacar, sin éxito, Calcedonia y Crisópolis, en la costa asiática del Bósforo, los cruzados desembarcaron en Galata, al otro lado del Cuerno de Oro. Ocuparon la ciudad y pudieron romper la cadena en la entrada del Cuerno de Oro y llevar sus barcos al puerto. El joven Alejo les había inducido a creer que toda Bizancio se levantaría para recibirlo. Se sorprendieron al ver cerradas las puertas de la ciudad contra ellos y a los soldados guarneciendo las murallas. Sus primeros intentos de asalto, realizados desde los barcos adosados contra las murallas a lo largo del Cuerno de Oro, fueron rechazados; pero después de un combate tenaz, el 17 de julio, Dandolo y los venecianos abrieron una brecha. Alejo III, tan sorprendido como los cruzados de hallar defendida su ciudad, estaba pensando ya en la fuga; había leído en la Biblia cómo huyó David ante Absalón y que vivió para recuperar su trono. Llevándose a su hija favorita y una bolsa de piedras preciosas, se deslizó por las murallas terrestres y se refugió en Mosynópolis, en Tracia. Los funcionarios del gobierno, que habían quedado sin emperador, tomaron una rápida pero sutil decisión. Sacaron de la prisión al ex-emperador Isaac, ciego, y lo colocaron en el trono, anunciando a Dandolo y a los cruzados que, como había sido repuesto el padre del pretendiente, no había necesidad de seguir combatiendo. El joven Alejo había preferido hasta entonces ignorar la existencia de su padre, pero ahora no era fácil repudiarle. Convenció a sus aliados para que suspendieran el ataque. Los cruzados enviaron una embajada a la ciudad para decir que reconocerían a Isaac si su hijo era elevado a ser co-emperador y si ambos cumplían el tratado concertado entre ellos y Alejo. Isaac prometió cumplir sus peticiones. El 1 de agosto, en una solemne ceremonia en la iglesia de Santa Sofía, en presencia de los principales

barones cruzados, Alejo IV fue coronado como emperador para reinar al lado de su padre [25].

Alejo IV pronto se dio cuenta de que un emperador no puede ser tan irresponsable como un pretendiente. Su intento de obligar al clero de la ciudad a admitir la supremacía de Roma y de introducir los usos latinos tropezó con una resistencia remolona. Tampoco le fue fácil conseguir todo el dinero que había prometido. Empezó su reinado haciendo temerarios y pródigos regalos a los jefes cruzados, cuya codicia se sintió así estimulada. Pero cuando tuvo que entregar a los venecianos el dinero que les debían los cruzados, encontró que el tesoro imperial resultaba insuficiente. Alejo anunció por tanto nuevos impuestos, y además enfureció a la Iglesia al confiscarle gran cantidad de objetos eclesiásticos de plata, con el fin de ser fundidos para los venecianos. Durante el otoño y el invierno de 1203, el ambiente de la ciudad fue haciéndose más denso. El espectáculo de los altivos caballeros francos paseando a zancadas por sus calles exasperó a los ciudadanos. El comercio estaba paralizado. Grupos de soldados occidentales borrachos saqueaban constantemente las aldeas de las afueras, de manera que la vida ya no era segura fuera de las murallas. Un desastroso incendio deshizo todo un barrio de la ciudad cuando algunos franceses, en un acceso de piedad, redujeron a cenizas la mezquita construida para el culto de los mercaderes musulmanes transeúntes. Los cruzados, por su parte, estaban tan descontentos como los bizantinos. Acabaron por darse cuenta de que el gobierno bizantino era totalmente incapaz de llevar a cabo las promesas hechas por Alejo IV. No llegaban ni el dinero ni los hombres que había ofrecido. Alejo pronto abandonó la desesperada tarea de intentar satisfacer a sus huéspedes. Les invitó a un festín ocasional en palacio, y con su ayuda hizo una breve excursión militar contra su tío Alejo III, en Tracia, regresando a la capital para celebrar la victoria en cuanto hubo ganado una insignificante escaramuza. El resto de sus días y sus noches lo pasaba en placeres privados. Su padre, Isaac, que estaba ciego y no podía participar en el gobierno, se encerró con sus astrólogos favoritos, cuyas profecías no le daban ninguna seguridad para el futuro. Una ruptura abierta era inevitable, y Dandolo contribuyó, en gran medida, a precipitarla, al hacer peticiones irrazonables [26].

[25] Nicetas Choniates, págs. 718-26 (un relato detallado desde el punto de vista griego); Villehardouin, I, págs. 154-84 (la descripción cruzada más completa); Roberto de Clary, págs. 41-51; Anónimo de Halberstadt, págs. 15-16; *Devastatio Constantinopolitana*, págs. 89-90, carta de Hugo de Saint Pol en *Chronica Regia Coloniensis*, págs. 203-8.

[26] Nicetas Choniates, págs. 736-8; Villehardouin, I, págs. 186-206; Roberto de Clary, págs. 57-8; *Devastatio Constantinopolitana*, págs. 90-1.

Sólo dos hombres en Constantinopla parecían capaces de dominar la situación, ambos yernos del ex-emperador Alejo III. El marido de Ana, Teodoro Láscaris, era un soldado notable que había organizado la primera defensa contra los latinos. Pero después de la fuga de su suegro, se retiró. El marido de Eudocia, Alejo Murzuphlus, buscó, al contrario, el favor de Alejo IV y recibió la dignidad de protovestiario. Se convirtió ahora en el jefe de los nacionalistas. Probablemente para ahuyentar a Alejo IV del trono organizó un tumulto en enero de 1204. Pero el único resultado concreto fue la destrucción de la gran estatua de Atenea, obra de Fidias, que se hallaba en el foro del Oeste. Fue hecha pedazos por una turba embriagada, porque la diosa parecía llamar y atraer a los invasores [27].

En febrero llegó al palacio de Blachernes una delegación de los cruzados para exigir a Alejo IV que cumpliese inmediatamente sus promesas. Lo único que pudo hacer fue confesar su impotencia, y los delegados fueron casi despedazados por la multitud furiosa cuando salían de la cámara imperial de audiencias. El populacho se dirigió después a Santa Sofía y allí declaró depuesto a Alejo IV y eligió en su lugar a un oscuro noble llamado Nicolás Canabus, que se hallaba presente y que pretendió rechazar el honor. Entonces Murzuphlus invadió el palacio. Nadie intentó defender a Alejo IV, que fue arrojado a una mazmorra, donde le estrangularon, universal y merecidamente olvidado. Su padre, Isaac, murió de aflicción y de malos tratos bien calculados, pocos días después. El desvaído Canabus fue encarcelado, y Murzuphlus subió al trono como Alejo V [28].

La revolución de palacio fue un reto directo a los cruzados. Los venecianos llevaban mucho tiempo apremiándoles con la idea de que el único medio eficaz era tomar Constantinopla por asalto y establecer en la ciudad a un occidental como emperador. Su consejo parecía ahora estar justificado. Pero no sería fácil elegir emperador. Hubo discusiones durante el mes de marzo en el campamento de Galata. Algunos presionaban para que fuese elegido Felipe de Suabia, con el fin de unificar los dos imperios. Pero Felipe estaba lejos. Había sido excomulgado, y a los venecianos no les gustaba la idea de un imperio único y poderoso. El candidato evidente era Bonifacio de Montferrato. Pero también en este caso, a pesar de las protestas de afecto hacia él hechas por Dandolo, los venecianos disintieron. Para los gustos de éstos, Bonifacio era demasiado ambicioso. Además tenía relaciones con los genoveses. Se decidió al fin que un

[27] Nicetas Choniates, págs. 738-47; Villehardouin, II, págs. 6-23; Roberto de Clary, pág. 57; *Devastatio Constantinopolitana*, pág. 91.

[28] Nicetas Choniates, págs. 738-47; Villehardouin, II, págs. 6-23; Roberto de Clary, págs. 58-9; *Devastatio Constantinopolitana*, pág. 92.

jurado de seis francos y seis venecianos elegirían al emperador en cuanto la ciudad se hubiese conquistado. Si, como parecía mejor, el emperador iba a ser un franco, entonces un veneciano sería elegido patriarca. El emperador tendría para sí el gran palacio imperial y el palacio residencial de Blachernes, una cuarta parte de la ciudad y el Imperio. Las tres cuartas partes restantes serían, una mitad para los venecianos y la otra para los caballeros cruzados, y serían divididas en feudos para ellos. Con la excepción del Dogo, todos los feudatarios tributarían homenaje al emperador. Todas las cosas serían ordenadas de esta guisa para «honor de Dios, del Papa y del Imperio». La pretensión de que la expedición seguiría alguna vez adelante para combatir al infiel fue abiertamente abandonada [29].

Alejo V era un gobernante vigoroso, pero no popular. Destituía a cualquier ministro al que juzgaba desleal a su persona, incluyendo al historiador Nicetas Choniates, que se vengó de él en su crónica. Hubo algún intento de reparar las murallas y organizar a la población para la defensa de la ciudad. Pero los defensores de la urbe se habían desmoralizado con las constantes revoluciones, y no se presentó nunca ninguna oportunidad de traer tropas de las provincias. Y había traidores pagados por los venecianos dentro de la ciudad. El primer ataque de los cruzados, el 6 de abril, fue rechazado con graves pérdidas. Seis días después los cruzados volvieron a atacar. Hubo una lucha desesperada en el Cuerno de Oro, donde los barcos griegos intentaron en vano impedir que la flota veneciana desembarcase tropas en la parte baja de las murallas. El asalto principal se lanzó contra el barrio de Blachernes, donde las murallas terrestres descendían hacia el Cuerno de Oro. Se abrió una brecha en la muralla exterior, cuando, bien por accidente o bien por traición, un incendio en la ciudad, que se hallaba a retaguardia de los griegos, los cogió en el cepo. Su defensa se derrumbó, y los francos y venecianos irrumpieron en la ciudad. Murzuphlus huyó con su esposa, protegido por las murallas, hasta la puerta Dorada, cerca del mar de Mármara, y luego a Tracia, a buscar refugio junto a su suegro en Mosynópolis. Cuando se supo que había huido, los nobles que quedaron se reunieron en Santa Sofía para ofrecer la corona a Teodoro Láscaris. Pero era demasiado tarde para salvar la ciudad. Teodoro rehusó un honor sin contenido. Salió con el patriarca a la Piedra Miliaria de Oro, en la plaza entre la iglesia y el gran palacio, y habló apasionadamente a la guardia varega, advirtiéndole que no ganaría nada sirviendo ahora a nuevos amos. Pero la moral de los varegos estaba quebranta-

[29] Villehardouin, II, págs. 34-6; Roberto de Clary, pág. 68; Andrea Dandolo, *Chronicle* (ed. Pastorello), pág. 279.

da; no lucharían más. Por eso, Teodoro, su esposa y el patriarca, con muchos miembros de la nobleza, se deslizaron hacia el puerto de palacio y se embarcaron para Asia [30].

Hubo escasos combates en las calles cuando los invasores se abrieron paso hacia la ciudad. A la mañana siguiente, el dogo y los cruzados principales estaban instalados en el gran palacio, y sus soldados fueron informados que podían pasar los tres días siguientes dedicados al saqueo.

El saqueo de Constantinopla no tiene parangón en la historia. Durante nueve siglos, la gran ciudad había sido la capital de la civilización cristiana. Repleta de obras de arte que habían sobrevivido de la antigua Grecia, conservaba también obras maestras de sus propios y exquisitos artistas. Los venecianos, en efecto, conocían el valor de tales cosas. Siempre que podían, se apoderaban de tesoros y los llevaban para adornar sus plazas y sus iglesias y los palacios de su ciudad. Pero los franceses y los flamencos estaban llenos de ansia de destrucción. Se precipitaron, en turba aullante, por las calles y hacia las casas, arrebatando cualquier cosa brillante o destruyendo lo que no podían llevarse, y sólo se detenían para asesinar o violar o para abrir las bodegas de vinos en busca de refrigerio. No se libraron ni los monasterios, ni las iglesias, ni las bibliotecas. En la misma Santa Sofía podían verse soldados borrachos deshaciendo las colgaduras de seda y derribando el gran iconostasio de plata, que se hizo pedazos, al tiempo que los libros sagrados y los iconos eran pisoteados. Mientras ellos bebían alegremente de los copones del altar, una ramera se sentó en el sitial del patriarca y empezó a cantar una obscena canción francesa. Las monjas eran violadas en sus conventos. Igual los palacios que las chozas eran asaltados y arruinados. En las calles yacían, agonizando, mujeres y niños heridos. Durante tres días continuaron las horribles escenas de saqueo y derramamiento de sangre, hasta que la enorme y hermosa ciudad no era más que un matadero. Incluso los sarracenos habrían sido más indulgentes, exclamaba el historiador Nicetas, y con razón [31].

[30] Nicetas Choniates, págs. 748-56; Villehardouin, II, págs. 32-50; Roberto de Clary, págs. 60-79; Gunther, págs. 91-4, 100-4; carta de Balduino, *R. H. F.*, vol. XVIII, pág. 522; *Devastatio Constantinopolitana*, pág. 92; Ernoul, págs. 369-73; *Crónica de Novgorod*, págs. 242-5.

[31] Nicetas Choniates, págs. 757-63; Nicolás Mesarites, en Heisenberg, *Neue Quellen zur Geschichte des Lateinischen Kaisertums*, I, págs. 41-8; carta de un clérigo griego en Cotetlerius, *Ecclesiae Graecae Monumenta*, III, páginas 510-14; Inocencio III, cartas, VIII, 126 (*M. P. L.*, vol. CCXV, cols. 699-702), un despiadado relato de los horrores que le describieron; Villehardouin, II, págs. 52-8; Roberto de Clary, págs. 68-9, 80-1; Gunther, págs. 104-8; carta de Balduino, *loc. cit.;* Ernoul, págs. 374-6; *Crónica de Novgorod*, pági-

Al fin, los jefes latinos se dieron cuenta de que tanta destrucción no beneficiaría a nadie. Cuando los soldados se sintieron cansados de su libertinaje, se restableció el orden. Todos los que habían robado alguna cosa de valor fueron obligados a entregarla a los nobles franceses, y los infelices ciudadanos eran torturados para que revelasen los bienes que habían procurado esconder. Incluso después de haber destruido tanto y tan caprichosamente, la cantidad del botín era sorprendente. Nadie podía posiblemente contar, escribe Villehardouin, el oro y la plata, las vajillas y las joyas, el jamete y las sedas y las prendas de piel, vero, petit gris y armiño, y agregaba, con su personal autoridad de erudito, que jamás desde que el mundo había sido creado se había cogido tanto en una ciudad. Todo se repartió según lo pactado; tres octavas partes fueron a manos de los cruzados; tres octavas, a las de los venecianos, y un cuarto se reservó para el futuro emperador [32].

La tarea siguiente fue elegir emperador. Bonifacio de Montferrato aún tenía esperanzas de ser elegido. Para realzar su posición, rescató a la emperatriz viuda Margarita, la esposa húngara de Isaac, y se casó con ella sin dilación. Pero los venecianos no querían saber nada de él. Por influencia de ellos, el trono fue otorgado a un príncipe menos discutible, Balduino IX, conde de Flandes y Hainault, hombre de alto linaje y gran riqueza, pero más débil y más tratable. Su título sería mayor que su efectivo poder. Iba a ser, en efecto, soberano de todo el territorio conquistado, con la ominosa excepción de las tierras adjudicadas al dogo de Venecia. Su dominio personal iba a incluir Tracia, hasta Chorlu, y Bitina y Mysia, hasta el monte Olimpo, y algunas de las islas egeas, Samotracia, Lesbos, Chíos, Samos y Cos. Pero el poder no iba a ser totalmente suyo, pues los venecianos reclamaban su derecho a los tres octavos de Constantinopla, y se quedaron con la parte que incluía a Santa Sofía, donde un veneciano, Tomás Marosini, fue instalado como patriarca. Además, exigieron aquellas zonas del Imperio que pudieran ser útiles para su supremacía marítima, las costas occidentales de la Grecia continental, todo el Peloponeso, Naxos, Andros y Eubea, Gallipoli y los puertos tracios en el mar de Mármara, y Adrianópolis. A Bonifacio, en compensación por haber perdido el trono, le ofrecieron un vago do-

nas 245-6. Los cronistas latinos se mostraron más asombrados ante la rapacidad que ante la crueldad de los cruzados. Gunther afirma que hasta el digno Martín de Pairis estaba decidido a tener participación en el botín, aunque por piedad sólo robaba en iglesias. Ernoul acusa a los venecianos de ser los más rapaces. Abu Shama (II, pág. 154) dice que vendieron gran parte del botín a los musulmanes.

[32] Villehardouin, II, págs. 59-60; Roberto de Clary, págs. 80-1.

minio en Anatolia, el este y el centro de la Grecia continental y la isla de Creta. Pero, no teniendo ningún deseo de partir para conquistar tierras en Asia, pidió a cambio la Macedonia, con Tesalónica. Balduino vacilaba, pero le apoyaba la opinión pública, sobre todo cuando alegó un derecho hereditario derivado de su hermano Raniero, que se había casado con la porfirogeneta María, y se conquistó a los venecianos al venderles la isla de Creta. Fue nombrado rey de Tesalónica, sometido al Emperador. A los nobles menores se les asignaron feudos apropiados a su categoría e importancia [33].

El 16 de mayo de 1204, Balduino fue coronado solemnemente en Santa Sofía. El 1.º de octubre, después de haber anulado una petición de independencia de Bonifacio, celebró asamblea en Constantinopla, donde enfeudó a unos seiscientos vasallos suyos con sus señoríos. Entretanto, se elaboró una constitución, basada en parte en las teorías de los juristas feudales y en parte en lo que se creía que era la práctica del reino de Jerusalén. Un consejo de señores principales, asesorado por el *podestá* veneciano de Constantinopla, orientaba al Emperador en cuestiones políticas; dirigía las operaciones militares y podía revocar órdenes administrativas del Emperador. Un Tribunal Supremo, compuesto de manera parecida, regulaba las relaciones con sus vasallos. Vino a ser poco más que un presidente de una cámara de pares. Pocas constituciones han sido tan impracticables como la de los *Assises* de Romania [34].

Romania, nombre que los latinos dieron al Imperio, tenía poca más realidad que el poder del Emperador. Muchas de sus provincias estaban aún por conquistar, y no serían jamás conquistadas. Los venecianos, con su realismo, sólo cogieron lo que sabían que podían conservar, Creta y los puertos de Modon y Croton en el Peloponeso, y, durante algún tiempo, Corfú. Establecieron señores vasallos de origen veneciano en sus islas egeas, y en Cefalonia y Eubea aceptaron el homenaje de príncipes latinos que se habían colocado a sí mismos al frente de aquéllas. Bonifacio de Montferrato pronto corrió la mayoría del territorio griego continental e instaló allí a sus vasallos, entre ellos a un borgoñón, Otón de La Roche, que fue nombrado duque de Atenas y Tebas. El Peloponeso pasó a dos señores franceses, Guillermo de Champlitte y Godofredo de Villehardouin, sobrino del cronista, que fundó una dinastía de príncipes de Aquea [35].

[33] Para un estudio de la división del Imperio, véase Longnon, *L'Empire Latin de Constantinople,* págs. 39-46. El tratado de partición se encuentra en Tafel y Thomas, *Urkunden,* I, págs. 464-8.

[34] Villehardouin, II, págs. 66-8; Roberto de Clary, pág. 39. V. *Assises of Romania* (ed. Recoura), *passim.*

[35] Longnon, *loc. cit.;* Hopf, *Geschichte Griechenlands,* II, pág. 10.

Así casi todas las provincias europeas del Imperio pasaron a manos latinas. Pero los latinos estaban equivocados en su idea de que la conquista de Constantinopla les daría todo el Imperio. En épocas de desastre, el espíritu griego se manifestaba como el más valeroso y enérgico. La pérdida de la capital imperial produjo al principio un caos. Pero en el plazo de tres años el mundo independiente griego fue reorganizado en tres estados hereditarios. En el Este, dos nietos del emperador Andrónico, Alejo y David Comneno, con la ayuda de su tía, la gran reina Thamar de Georgia, habían ocupado Trebisonda y establecido un dominio a lo largo de las costas minorasiáticas del mar Negro. David fue muerto en 1206, cuando combatía para extender su poder hacia el Bósforo, pero Alejo vivió lo bastante para llegar a adoptar el título de emperador y fundar una dinastía que perduraría dos siglos y medio, enriquecida por el comercio de Persia y Oriente, que pasaba por su capital, y por las minas de plata en las colinas detrás de ella, y célebre por la belleza de sus princesas. En el Oeste, un bastardo de los Angeles se erigió en déspota del Epiro y fundó una dinastía que acabaría con el reino de Montferrato en Tesalónica. El más temible de los tres fue el Imperio creado en Nicea por Ana, la hija de Alejo III, y su esposo Teodoro Láscaris. Los ciudadanos principales que habían escapado de Constantinopla se agruparon en torno a ellos. El patriarca griego, Juan Camaterus, que había huido a Tracia, dimitió su cargo para que un sacerdote, que se hallaba ya en Nicea, Miguel Autoreanus, pudiese ser elegido por el clero exiliado de la antigua capital del Imperio, y Miguel efectuó después la coronación de Teodoro y Ana. A los ojos de los griegos, Nicea se convirtió así en la sede del Imperio legítimo. Teodoro pronto extendió su gobierno a la mayoría de las tierras que se le habían dejado a Bizancio en Asia. En menos de cincuenta años, sus sucesores volverían a reinar en Constantinopla [36].

Los latinos olvidaron también a las otras razas de los Balcanes. El Imperio vlaquio-búlgaro de los hermanos Asen se habría aliado de buena gana con ellos contra los odiados griegos. Pero el Emperador latino exigía territorios que había ocupado el zar Kaloyan, y el patriarca latino recababa autoridad sobre la Iglesia ortodoxa búlgara. Bulgaria fue impulsada hacia una alianza antinatural con los griegos, y en la batalla de Adrianópolis, en 1205, el ejército de Romania fue casi aniquilado y el emperador Balduino fue conducido como prisionero a un castillo balcánico, donde moriría. Pareció de momento que el Emperador que reinaría en Constantinopla sería el

[36] Vasiliev, «Foundation of the Empire of Trebizond», *Speculum*, vol. XI, págs. 3-37; Ostrogorsky, *Geschichte des Byzantinischen Staates*, 2.ª ed., páginas 337-46.

zar búlgaro. Pero con Enrique, el hermano de Balduino, el Oriente latino encontró a su único gran gobernante. La energía y tolerante prudencia que demostró durante su reinado de diez años salvó al Imperio latino de la destrucción inmediata, y las rivalidades de los potentados griegos, sus querellas entre sí y con los búlgaros, y la presencia, en el trasfondo, de los turcos lo sostuvieron en pie hasta 1261 [37].

Los ufanos conquistadores de 1204 no podían prever los vacuos resultados de su empresa, y sus contemporáneos estaban también ofuscados con la conquista. Al principio hubo regocijo por todo el mundo latino. Es cierto que el satírico cluniacense Guyot de Provins preguntaba al Papa por qué permitía una Cruzada dirigida contra cristianos, y el trovador provenzal Guillem Figuera acusaba duramente a Roma de perfidia contra los griegos. Pero cuando escribía, Roma estaba predicando una cruzada contra sus paisanos [38]. Tales disidentes eran raros. El papa Inocencio, a pesar de todos los recelos que le inspiró la desviación de la Cruzada hacia Constantinopla, se mostró al principio encantado. En contestación a una epístola del nuevo Emperador, Balduino, jactándose de los grandes y valiosos resultados del milagro que Dios había obrado, Inocencio respondió que se regocijaba en el Señor y que daba su aprobación sin reservas [39]. En todo el Occidente se entonaron himnos de alabanza y el entusiasmo aumentó cuando empezaron a llegar preciosas reliquias para las iglesias de Francia y de Bélgica. Se cantaron himnos para celebrar la caída de la gran ciudad atea, *Constantinopolitana Civitas diu profana,* cuyos tesoros habían sido ahora puestos al descubierto. Los latinos en Oriente estaban alentados con las noticias [40]. Era seguro que con Constantinopla en manos de sus parientes, toda la estrategia de las Cruzadas sería mucho más eficaz. Llegaron rumores de que los musulmanes estaban aterrados, y el Papa se congratuló al saber el temor que se dijo había manifestado el sultán de Egipto [41].

[37] Longnon, *op. cit., passim,* esp., págs. 77-186; Ostrogarsky, *op. cit.,* páginas 337-59; Zlatarsky, *Historia del Imperio búlgaro* (en búlgaro), III, páginas 211-47.

[38] Guyot de Provins, *Oeuvres* (ed. Orr), pág. 34; Guillem Figuera, «Dun Servientes Far», en *De Bartholomaeis, Poesie Provenziale Storiche,* II, páginas 98-9. V. Throop, *Criticism of the Crusade,* págs. 30-1.

[39] Inocencio III, cartas, VIII, 153, 154, 203, 208 *(M. P. L.,* vol. CCXV, columnas 454-61, 512-16, 521-3).

[40] Estos himnos se encuentran en Riant, *Exuviae,* II, págs. 43-50, esp. *Sequentia Andegavensis.*

[41] Inocencio III, cartas, VIII, 125 *(M. P. L.,* vol. CCXV, col. 698). Ibn al-Athir, II, pág. 95, señala que la conquista de Constantinopla ayudó a los cruzados a llegar a Siria con más facilidad.

Después, los pensamientos eran menos alentadores. Los recelos del Papa empezaron a resurgir. La integración del Imperio oriental y de su Iglesia en el mundo de la Cristiandad romana era un éxito espléndido; ¿pero se había realizado de una manera que pudiera traer un beneficio duradero? Recibió nuevas noticias y supo con horror de las escenas blasfemas y sedientas de sangre que se produjeron durante el saqueo de la ciudad. Estaba profundamente indignado como cristiano, y muy inquieto como político. Semejante brutalidad, tan bárbara, no era la mejor política para ganarse el afecto de la Cristiandad oriental. Escribió con acerada furia a Constantinopla enumerando y denunciando las atrocidades. También supo que los conquistadores habían separado, sin más, el Estado y la Iglesia, sin tener en cuenta su autoridad. Sus derechos habían sido deliberadamente ignorados, y podía percatarse de lo incompetentes que eran los arreglos hechos para el nuevo Imperio y cómo los cruzados habían sido víctimas, totalmente, de la astucia de los venecianos. Luego, para su disgusto, se enteró de que su legado, Pedro de Saint-Marcel, había publicado un decreto absolviendo a todos los que habían tomado la Cruz para hacer el viaje ulterior a Tierra Santa. La Cruzada se reveló como una expedición que no tenía más finalidad que la de conquistar territorio cristiano. No haría nada por ayudar a los soldados cristianos que luchaban contra el Islam [42].

Los francos de Siria ya se habían dado cuenta de que nada podrían esperar de la expedición de 1204. El verano transcurrió con los cruzados aún en Constantinopla, y en septiembre el rey Amalarico concertó una tregua con al-Adil, sabiendo que no llegaría ningún refuerzo [43]. Pero pronto se puso de manifiesto que los establecimientos latinos más al Norte harían un daño positivo a los establecimientos de Siria. El emperador Balduino se jactó frente al papa Inocencio de que muchos caballeros de Ultramar habían asistido a su coronación, y él hizo todo por convencerles de que se quedaran con él. Cuando se descubrió que había ricos y agradables feudos que obtener junto al Bósforo o en Grecia, otros caballeros que habían perdido sus tierras en Siria en favor de los musulmanes se trasladaron a toda prisa a Constantinopla para unirse a ellos. Entre éstos se hallaba Hugo de Tiberíades, el mayor de los hijastros de Raimundo de Trípoli y esposo de Margarita de Ibelin, la hija de María Comneno. Los caballeros aventureros de Occidente pensaban ahora que no tenía sentido marchar hacia el superpoblado reino de Jerusalén en busca de un señorío o de una heredera. Había tierras mejores

[42] Inocencio III, cartas, VIII, 126 (*M. P. L.*, vol. CCXV, cols. 699-702).
[43] Véase *supra*, pág. 105.

que podían hallarse en Grecia. La conquista de Chipre ya había atraído a los lejanos colonos de tierra firme de Siria. Después de la conquista de la Romania, los elementos reclutados por las órdenes militares eran casi los únicos caballeros que salían de Europa para defender Tierra Santa [44].

Nunca hubo un crimen mayor contra la humanidad que la cuarta Cruzada. No sólo causó la destrucción o dispersión de todos los tesoros del pasado que Bizancio había almacenado devotamente, y la herida mortal de una civilización activa y aún grandiosa, sino que constituyó también un acto de gigantesca locura política. No llevó ninguna ayuda a los cristianos de Palestina. En lugar de ello, les privó de sus potenciales auxiliares. Y trastornó todo el sistema defensivo de la Cristiandad. Si los latinos hubiesen podido ocupar todo el Imperio bizantino tal como se hallaba en los tiempos de Manuel, entonces habrían podido proporcionar una ayuda poderosa al movimiento cruzado, aunque la penetración bizantina en los intereses de la Siria latina no hubiese prosperado mucho tiempo. Pero Bizancio había perdido territorio en Anatolia desde la muerte de Manuel, y los latinos no podían ni siquiera conquistar todo lo que quedaba, mientras su ataque a los griegos dio nuevo vigor a los turcos. La vía terrestre desde Europa a Siria se hizo más difícil a consecuencia de la cuarta Cruzada, con los griegos de Nicea, suspicaces, y los turcos hostiles a los viajeros. Ningún grupo armado de Occidente pudo volver a intentar nunca un viaje a través de Anatolia. Tampoco se facilitó la vía marítima, pues los barcos italianos preferían ahora transportar pasajeros a las islas griegas y al Bósforo antes que a Acre o a los puertos sirios.

En el amplio alcance de la historia mundial, los resultados fueron totalmente desastrosos. Desde los comienzos de su Imperio, Bizancio había sido el guardián de Europa contra el Oriente infiel y el Norte bárbaro. Se opuso a ellos con sus ejércitos y los amansó con su civilización. Pasó por muchos períodos angustiosos, cuando parecía que había llegado su hora, pero hasta entonces siempre sobrevivió. A fines del siglo XII, estaba enfrentado con una larga crisis, cuando el daño a su fuerza en hombres y a su economía originado por las conquistas turcas en Anatolia, un siglo antes, empezó a surtir todo su efecto, aumentado por la enérgica rivalidad de las ciudades mercantiles italianas. Pero, tal vez, habría demostrado nuevamente su elasticidad y hubiese podido reconquistar los Balcanes y gran parte de Anatolia, y su cultura habría seguido proyectando su ininterrumpida influencia sobre los países en torno. Incluso los turcos

[44] Villehardouin, II, pág. 124.

seléucidas hubiesen podido caer bajo su dominio y ser finalmente absorbidos para remozar el Imperio. La historia del Imperio de Nicea demuestra que los bizantinos no habían aminorado su vigor. Pero, con la pérdida de Constantinopla, la unidad del mundo bizantino quedó quebrantada y nunca pudo rehacerse, ni siquiera después de reconquistada la misma capital. Parte del éxito de Nicea fue el contener a los seléucidas. Pero cuando apareció una tribu turca nueva, más vigorosa, bajo el caudillaje de la brillante casa de Osman, el mundo cristiano oriental estaba demasiado profundamente dividido para oponer una resistencia eficaz. Su jefatura se desplazaba a otros confines, alejándose de la cuna mediterránea de la cultura europea hacia el lejano Nordeste, hacia las vastas llanuras de Rusia. La Segunda Roma empezaba a ceder su puesto a la Tercera Roma, Moscovia.

Entretanto se había sembrado el odio entre las cristiandades oriental y occidental. Las lisonjeras esperanzas del papa Inocencio y las complacidas jactancias de los cruzados, que creían haber terminado con el cisma y unificado a la Iglesia, nunca se realizaron. En lugar de ello, su barbarie dejó un recuerdo que nunca se les perdonaría. Más tarde, los potentados cristianos orientales abogarían por la unión con Roma, en la sincera esperanza de que tal vínculo produciría un frente unido contra los turcos. Pero su pueblo no les seguiría. No podía olvidar la cuarta Cruzada. Era tal vez inevitable que la Iglesia de Roma y las grandes iglesias orientales siguieran rumbos distintos, pero todo el movimiento cruzado había agriado sus relaciones, y, desde entonces, a pesar de lo que algunos príncipes intentaron hacer, en los corazones de los cristianos orientales el cisma fue completo, irremediable y definitivo.

Capítulo 6

LA QUINTA CRUZADA

«¿Acaso caminarán dos juntos si antes no se han concertado?»

(Amós, 3, 3.)

El fracaso de la cuarta Cruzada y el hecho de no llegar a Palestina la ayuda material, no dejaron de tener su compensación. La tregua que el rey Amalarico había concertado con el sultán, se mantuvo sin novedad. Careciendo de la ayuda occidental, los francos no podían aventurarse a violarla, mientras al-Adil estaba demasiado ocupado en mantener unidos sus propios dominios para preocuparse de la conquista de un estado inofensivo, cuando, en cambio, si lo atacaba, era posible que provocase una Cruzada. Durante tres años Juan de Ibelín pudo gobernar sin molestias como regente en nombre de su sobrina, la reina María.

En 1208 la reina cumplió diecisiete años y había llegado el momento de buscarle esposo. Una embajada compuesta de Florento, obispo de Acre, y Aymar, señor de Cesarea, fue enviada a Francia para pedir al rey Felipe que proporcionase un candidato. Se esperaba que el ofrecimiento de una corona sedujese a algún príncipe rico y poderoso a venir en socorro del Oriente franco. Pero no fue tan fácil encontrar un novio. Al fin, en la primavera de 1210, Felipe anunció que un caballero de Champagne, llamado Juan de Brienne, había aceptado el puesto [1].

Fue una elección decepcionante. Juan era un segundón sin un

[1] Ernoul, págs. 407-8; *Estoire d'Eracles,* II, págs. 305-8; véase La Monte, «John d'Ibelin», en *Byzantion,* vol. XII.

cuarto que ya había cumplido los sesenta años de edad. Su hermano mayor, Gualterio, se había casado con la primogénita del rey Tancredo de Sicilia y alegó después, sin éxito, sus derechos al trono siciliano; pero Juan había pasado su vida en relativa oscuridad como uno de los capitanes del rey francés. Se rumoreó que fue elegido a causa de una intriga amorosa con la condesa Blanca de Champagne que escandalizaba a la corte. Pero, aparte de su pobreza, no era del todo inadecuado para el cargo. Tenía amplios conocimientos de política internacional, y su edad era una garantía de que no se embarcaría en aventuras temerarias. Para que resultara más aceptable, el rey Felipe y el papa Inocencio le dieron cada uno una dote de 40.000 libras de plata [2].

Entretanto, mientras llegaba, Juan de Ibelin siguió ejerciendo el gobierno. En julio de 1210, la tregua con al-Adil tocaba a su fin, y el sultán se dirigió a Acre proponiendo la renovación. Juan de Ibelin presidió un consejo en el que recomendó que se aceptara el ofrecimiento, y fue apoyado por el gran maestre del Hospital, Guerín de Montaigu, y por el gran maestre de los caballeros teutónicos, Germán Bardt. Pero el gran maestre del Temple, Felipe de Plessiez, convenció a los obispos para que insistieran en rechazar la sugerencia, sobre la base legal de que el futuro rey no podía ser atado por ninguna nueva tregua. Hubo alguna lucha efectiva. Al-Adil envió a su hijo, al-Mu'azzam, con pocas tropas, al monte Tabor, y su presencia en este punto contuvo a los francos [3].

Juan de Brienne desembarcó en Acre el 13 de septiembre de 1210. Al día siguiente, el patriarca Alberto de Jerusalén le casó con la reina María, y el 3 de octubre la real pareja fue coronada en Tiro.

El nuevo rey pronto se hizo popular. Mostró tacto en el manejo de sus vasallos y de las órdenes militares, y cautela en los tratos con los musulmanes. Mientras la corte estaba en Tiro para la coronación, al-Mu'azzam corrió las afueras de Acre pero no se atrevió a atacar la ciudad misma. A principios del verano siguiente, Juan permitió a algunos de sus vasallos, en combinación con los templarios, que realizaran una expedición por mar contra Damietta, en la desembocadura del Nilo, pero aquélla no dio ningún resultado. Pocos meses después aceptó un nuevo ofrecimiento de al-Adil para firmar una tregua de cinco años, que entró en vigor en julio de 1212. Entretanto, el rey envió mensajes a Roma pidiendo que una nueva Cruzada estuviera dispuesta para salir hacia Palestina en cuanto la tregua expirase [4].

[2] *Estoire d'Eracles, loc. cit.*
[3] *Ibid.*, págs. 310, 316; Abu Shama, II, pág. 158.
[4] *Estoire d'Eracles, loc. cit.* y pág. 317; Abu Shama, *loc. cit.*

El mismo año murió la joven reina, después de dar a luz una niña llamada Isabel, por su abuela, pero más conocida generalmente como Yolanda. Su muerte hizo dudosa la situación jurídica de Juan. Había reinado como esposo de la reina. Ahora el reino había pasado a Yolanda, y su padre no tenía ningún derecho legal. Pero era su padre, y fue aceptado como regente natural del reino, al menos hasta que ella se casara. Siguió gobernando el país en paz hasta la llegada de la próxima Cruzada. Para consolarse en la viudez, se casó en 1214 con la princesa Estefanía de Armenia, hija de León II. Resultó ser una madrastra mala, y el rumor atribuyó su muerte en 1219 a una fuerte paliza que le había propinado Juan por haber intentado envenenar a la niña Yolanda [5].

Los estados latinos cercanos eran menos afortunados que el reino de Acre. En Chipre, el sucesor del rey Amalarico fue su hijo Hugo, de diez años, y la regencia se confió a Gualterio de Montbéliard, caballero francés que había sido condestable de Amalarico y casado con Burgundia, hermana mayor de Hugo. Fue un regente sin éxito, que arrastró a la isla a una desdichada guerra con los turcos, y cuando entregó el poder a su cuñado, en 1210, se le obligó a desterrarse por sospechas de malversación de grandes sumas durante el período de su mandato. El rey Hugo tenía ahora quince años [6]. Dos años antes se había casado con su hermanastra, Alicia de Jerusalén, de acuerdo con el arreglo que habían hecho sus respectivos padres. Las negociaciones para el matrimonio efectivo las dirigió la abuela de la novia, la reina María Comneno, y la dote la proporcionó Blanca de Navarra, condesa de Champagne, viuda del tío de la novia. Temía que, a menos que Alicia y su hermana se casaran sin novedad en Oriente, cualquiera de ellas podría regresar y reclamar el condado de Champagne a su propio hijo varón. El rey Hugo era un joven de ánimo ardiente, cuyas relaciones con sus vecinos, sus vasallos, su Iglesia y el Papado fueron, por consiguiente, tempestuosas. Pero dotó a su reino de un gobierno firme [7].

La situación en el principado de Antioquía era mucho más tormentosa. Bohemundo, conde de Trípoli, se había establecido allí a la muerte de su padre, Bohemundo III, en 1201, desafiando los derechos de su sobrino, Raimundo-Roupen. El tío abuelo materno de

[5] Ernoul, pág. 414, *infra*, pág. 162; *Estoire d'Eracles*, II, pág. 320, V. La Monte, *Feudal Monarchy*, pág. 55. Todas las crónicas de Ultramar llaman a la joven reina Isabel, pero en las crónicas occidentales es llamada Yolanda. Utilizo este último nombre para evitar confusiones con otras Isabeles.

[6] *Estoire d'Eracles*, II, págs. 15-16; Mas Latrie, *Documents*, II, pág. 13.

[7] Mas Latrie, *Historia l'Ile de Chipre*, I, págs. 175-7; *Documents*, II, página 34; Inocencio III, cartas, IX, 28 *(M. P. L.*, vol. CCXV, cols. 829-30); Hill, *History of Cyprus*, II, págs. 72-83.

Raimundo, León de Armenia, siguió defendiendo su causa. Surgieron más complicaciones por la disputa de León con los templarios, a quienes se negó a devolver el castillo de Baghras. Por tanto, los hospitalarios se pusieron de su parte en contra de Bohemundo. Este, sin embargo, podía recurrir a la ayuda de los turcos seléucidas, con los cuales León se hallaba en guerra perpetua, y az-Zahir de Alepo estaba siempre dispuesto a enviarle refuerzos. Por ello, al-Adil era hostil a Bohemundo. Los reyes de Jerusalén y Chipre eran inconstantes en sus simpatías. Problemas religiosos contribuyeron al caos. En interés de todo el movimiento cruzado era esencial que la cuestión antioquena se resolviese, y el papa Inocencio consideró que era su deber intervenir. Dos de sus legados, Sofredo de Saint-Praxedis y Pedro de Saint-Marcel, turnándose y después juntos, intentaron informarse del caso, pero mientras León, de palabra, se mostraba deferente a Roma, se negó a hacer la paz con los templarios mediente la cesión de Baghras, como le pedía el Papa. Bohemundo, por su parte, negó al Papa el derecho de inmiscuirse en una cuestión puramente feudal. Poco después de la muerte de Bohemundo III, el patriarca Pedro de Antioquía se sumó al partido de León, por lo que no le perdonaron ni Bohemundo IV ni la Comuna de Antioquía, ambos enérgicamente antiarmenios. Pero en 1203, León había escrito al Papa para pedirle que la Iglesia armenia fuese colocada directamente bajo la jurisdicción de Roma, y en 1205 el patriarca riñó con el legado papal, Pedro de Saint-Marcel, sobre el nombramiento del archidiácono de Antioquía. El patriarca se encontró sin amigos y Bohemundo pudo vengarse de él[8].

Pero también Bohemundo tuvo sus conflictos. Aunque conservaba Antioquía y contaba con el apoyo de la Comuna, su poder en la zona rural fue reducido. Su condado de Trípoli sufrió perturbaciones a fines de 1204 por la revuelta de Renoarto, señor de Nephin, que se había casado con la heredera de Akkar sin la licencia de Bohemundo. Varios señores se unieron a él, entre ellos Rodolfo de Tiberíades, cuyo hermano Otón se hallaba ahora en la corte de León, y los rebeldes contaban con la simpatía del rey Amalarico. Mientras Bohemundo procuraba reprimir la revuelta, León puso sitio a Antioquía, y no se alejó hasta que un ejército enviado por az-Zahir de Alepo vino en ayuda de Bohemundo. Después de la muerte de Amalarico, Juan de Ibelin retiró todo apoyo a los rebeldes, a los que Bohemundo derrotó a fin de año, después de perder un ojo en la campaña. Entretanto, para demostrar que Antioquía era un es-

[8] Para la historia de Antioquía durante este período, véase Cahen, *La Syrie du Nord,* págs. 600-15, con toda clase de referencias.

tado secular fuera de la órbita jurisdiccional del Papa, anunció que su soberano había sido siempre el emperador de Constantinopla. Cuando María de Champagne, esposa del nuevo emperador latino Balduino, visitó Palestina en 1204, de paso para reunirse con su esposo, Bohemundo se trasladó a Acre para rendirle homenaje [9].

En 1206, irritado el Papa con su patriarca, Bohemundo depuso a éste y llamó al patriarca griego titular, Simeón II, para ocupar su puesto. Es probable que Simeón ya estuviera viviendo en Antioquía, y es seguro que el paso de Bohemundo estaba apoyado, si no es que fue sugerido, por la Comuna. A pesar de un siglo de gobierno franco, el elemento griego en Antioquía era aún numeroso y próspero, y en el transcurso del tiempo, muchas de las familias latinas de mercaderes emparentaron, por matrimonio, con los griegos. Todos ellos odiaban a los armenios, y el galanteo del Papa con León les hizo volverse contra Roma. Bohemundo, por su parte, ahora que ya no podía provenir ninguna amenaza de Bizancio, estaba muy dispuesto a favorecer a una Iglesia cuyas tradiciones establecían el respeto al príncipe secular. Era una ironía que el restablecimiento del patriarcado griego, por el cual los emperadores bizantinos habían combatido tan denodadamente durante el último siglo, se hubiese conseguido después de la destrucción de Bizancio por los latinos. El patriarca latino Pedro en seguida resolvió su disputa con el legado, quien le devolvió el poder de excomunión que había sido puesto en litigio. Con plena aprobación de Roma, excomulgó al príncipe y a la Comuna. Aquél y los elementos de ésta respondieron acudiendo en masa a las iglesias griegas de la ciudad. Después, el patriarca latino recurrió a las conspiraciones. Hacia fines del año siguiente, 1207, introdujo algunos caballeros que le eran fieles en la ciudad, durante la noche. Consiguieron ocupar la parte baja de la ciudad, pero Bohemundo concentró sus fuerzas en la ciudadela y pronto los expulsó. El patriarca Pedro, cuya complicidad era patente, fue procesado por traición y encarcelado. En la prisión no se le dieron agua ni alimento. Desesperado, se bebió el aceite de la lámpara y murió con angustia [10].

El papa Inocencio empezaba a cansarse de la interminable lucha, y transfirió la responsabilidad de resolverla al patriarca de Jerusa-

[9] Alberico de Trois Fontaines, *Chronicon, R. H. F.*, vol. XVIII, pág. 884. Los francos suponían que el emperador latino de Constantinopla había heredado todos los derechos de los bizantinos. León de Armenia, sin embargo, inmediatamente negoció con el Emperador de Nicea, que también pretendía ser el heredero de los bizantinos. V. Cahen, *loc. cit.*, esp. pág. 606.

[10] Cahen, *loc. cit.*, esp. págs. 612-13. El episodio demuestra que el elemento griego, en la Comuna, debía ser entonces poderoso. Probablemente existía un gran número de matrimonios mixtos en los círculos burgueses.

lén. En 1208, León devastó furiosamente la zona en torno a Antioquía, mientras Trípoli era invadida por las fuerzas de al-Adil, que vinieron, injustamente, a vengar un ataque de algunos chipriotas contra mercaderes musulmanes y una incursión agresiva hecha por los hospitalarios. Bohemundo se salvó recurriendo a los seléucidas contra León, mientras el Papa llamó a az-Zahir de Alepo para librar Antioquía de los griegos. Siguió a esto una revolución diplomática. El patriarca de Jerusalén, Alberto, era amigo de los aliados de Bohemundo, los templarios. Ofendió a León al insistir en que el primer paso para cualquier arreglo tenía que ser la devolución de Baghras a la Orden. Entretanto, Bohemundo accedió a aceptar un nuevo patriarca latino, Pedro de Locedio, para Antioquía. León, por tanto, echó en olvido su obediencia a Roma. Hizo una ostentosa alianza con el Emperador griego de Nicea; dio la bienvenida al patriarca griego de Antioquía, Simeón, en Cilicia, y entregó muchas tierras que tenía allí la Iglesia latina a los griegos. Pero, al mismo tiempo, buscó la amistad de Hugo de Chipre, cuya hermana Helvis se casó con Raimundo-Roupen, y dio castillos en Cilicia a la Orden teutónica. La lucha prosiguió [11].

En 1213, el hijo mayor de Bohemundo, Raimundo, que tenía diez y ocho años, fue muerto, en la catedral de Tortosa, por una banda de Asesinos. Parece que los criminales fueron instigados por los hospitalarios, a quienes rendían tributo ahora los Asesinos. El patriarca de Jerusalén, Alberto, otro enemigo de los hospitalarios, fue muerto el año siguiente por los Asesinos. Bohemundo quiso vengarse, y con refuerzos de templarios, atacó el castillo asesino de Khawabi. Los Asesinos llamaron a az-Zahir, quien, a su vez, recurrió a al-Adil. Se levantó el sitio de Khawabi, y Bohemundo presentó sus excusas a az-Zahir. Pero éste se hallaba ahora menos dispuesto a apoyarle. Además, los rumores de una nueva Cruzada incitaron al mundo musulmán a unirse. Az-Zahir empezó a querer ganarse la amistad de su tío al-Adil [12].

León se aprovechó de la situación para hacer, una vez más, la paz con Roma. El nuevo patriarca de Jerusalén, Rodolfo, antiguo obispo de Sidón, era dócil, y el Papa estaba dispuesto a perdonar a León si colaboraba con la Cruzada venidera. El matrimonio de Juan de Brienne con Estefanía, la hija de León, selló una alianza entre Armenia y Acre. En 1216, León, mediante una intriga victoriosa, en la que intervino sin duda el patriarca Pedro, consiguió introducir clandestinamente tropas en Antioquía y ocupar la ciudad

[11] Cahen, *op. cit.*, págs. 615-19.
[12] *Ibid.*, págs. 619-21.

sin un disparo. Bohemundo estaba en Trípoli, y sus tropas en la ciudadela pronto cedieron ante León. Raimundo-Roupen fue consagrado príncipe. En su júbilo por el resultado triunfal de la larga guerra, León, al fin, devolvió Baghras a los templarios y restituyó a la Iglesia latina las tierras de Cilicia. Pero su victoria le costó la pérdida de fortalezas en el Oeste y al otro lado del Tauro, a favor del príncipe seléucida Kaikhaûs de Konya [13].

El problema de Antioquía se había resuelto precisamente a tiempo para la nueva Cruzada. Desde su desilusión con la cuarta Cruzada, Inocencio siempre había estado dispuesto a un esfuerzo más meritorio para salvar a Oriente. Le habían turbado muchos contratiempos. Hubo de afrontar el difícil problema de los herejes en la Francia meridional, y la Cruzada albigense, con la feroz solución promovida por él, que había concedido a los cruzados indulgencias parecidas a las logradas por una guerra contra el infiel, suscitó, a su vez, dificultades. En 1211, replicando a una invasión de Castilla realizada por el visir almohade, an-Nasir, predicó la Cruzada en España, y sus esfuerzos se coronaron con la magnífica victoria de Las Navas de Tolosa, en julio de 1212, cuando el ejército africano fue derrotado, iniciándose así una nueva fase de la Reconquista cristiana. Pero había pocos caballeros dispuestos a salir en una expedición para Tierra Santa. La única respuesta a las oraciones para el socorro de Jerusalén procedía de una clase muy distinta [14].

Cierto día de mayo de 1212 se presentó en San Denís, donde el rey Felipe de Francia había instalado su corte, un pastor de unos doce años de edad, llamado Esteban, oriundo de la pequeña ciudad de Cloyes, en el Orleanesado. Traía consigo una carta para el rey, la cual, según dijo, le había sido entregada por Cristo en persona, que se le había aparecido cuando cuidaba sus ovejas y que le había rogado que partiese y predicase la Cruzada. El rey Felipe no se impresionó con el muchacho y le dijo que se volviera a su casa. Pero Esteban, cuyo entusiasmo había sido encandilado por el misterioso visitante, se vio a sí mismo, ahora, como un jefe inspirado que triunfaría en lo que sus mayores habían fracasado. Durante los últimos quince años habían recorrido el campo predicadores apremiando a una Cruzada contra los musulmanes de Oriente o de España o contra los herejes del Languedoc. Era fácil para un muchacho histérico contagiarse de la idea de que él también podía ser un predicador y emular a Pedro el Ermitaño, cuyas proezas habían adquirido durante el siglo anterior una magnitud legendaria. Impávido ante la

[13] *Ibid.*, págs. 621-3.
[14] Acerca de la política de Inocencio en el Languedoc y España, véase Fliche, *La Chrétienté Romaine*, págs. 107-8, 112-37.

indiferencia del rey, empezó a predicar en la misma entrada de la abadía de San Denís y anunció que mandaría un grupo de niños para socorrer a la Cristiandad. Los mares se secarían ante ellos y llegarían, como Moisés por el mar Rojo, sin novedad a Tierra Santa. Estaba dotado de una elocuencia extraordinaria. La gente mayor estaba impresionada y los niños acudían en tropel a su llamamiento. Después de su primer éxito, salió a recorrer Francia para convocar a los niños, y muchos de sus adeptos se alejaron aún más para laborar en nombre suyo. Tenían que encontrarse todos en Vendôme, dentro del plazo de un mes, aproximadamente, para partir de allí a Oriente.

Hacia fines de junio los niños se concentraron en masa en Vendôme. Los contemporáneos, aterrados, hablaban de treinta mil, ninguno mayor de doce años. Había, es seguro, varios millares, venidos de todas partes del país, cuyos padres en muchos casos les habían dejado marchar de buen grado para la misión. Pero también había muchachos de noble cuna que se habían escapado de casa para unirse a Esteban y a su séquito de «profetas menores», como los llamaban los cronistas. Había también muchachas, algunos sacerdotes jóvenes y peregrinos mayores; unos, arrastrados por la piedad; otros, tal vez, por compasión, y muchos, seguro, para compartir los obsequios que llovían sobre todos ellos. Los grupos llegaron en masa a la ciudad, cada uno con su jefe portando su oriflama, que Esteban había elegido como divisa de la Cruzada. La ciudad no podía albergarlos a todos y acamparon en las afueras.

Cuando se hubo dado la bendición por los sacerdotes amigos, y cuando los últimos padres, entristecidos, fueron empujados a un lado, la expedición partió hacia el Sur. Casi todos los muchachos iban a pie. Pero Esteban, como correspondía a un jefe, insistió en tener para él un carro alegremente adornado, con un baldaquino que le protegiera contra el sol. A su lado cabalgaban muchachos de origen noble, cada uno lo bastante rico como para poseer un caballo. A nadie molestaba que el inspirado profeta viajase con comodidad. Al contrario, se le trataba como a un santo, y los mechones de su pelo y trozos de sus ropas se reunían como reliquias valiosas. Siguieron el camino que pasa por Tours y por Lyon hacia Marsella. Fue un viaje terrible. El verano se presentó inusitadamente caluroso. Para la comida dependían de la caridad; la sequía había agostado los campos y el agua era escasa. Muchos niños murieron al borde del camino. Otros se separaron e intentaban regresar a sus casas. Pero, al fin, la pequeña Cruzada llegó a Marsella.

Los ciudadanos de Marsella recibieron a los niños con afecto. Muchos encontraron casas donde poder alojarse. Otros durmieron

en las calles. A la mañana siguiente toda la expedición se abalanzó hacia el puerto para contemplar cómo iban a abrirse las aguas del mar. Cuando el milagro no se produjo, hubo una amarga desilusión. Algunos de los niños se volvieron contra Esteban, acusándole de haberles engañado, y empezaron el retorno. Pero muchos de ellos se quedaron a la orilla del mar, esperando cada mañana que Dios se aplacase. Después de algunos días, dos mercaderes de Marsella, llamados, según la tradición, Hugo el Hierro y Guillermo el Cerdo, ofrecieron poner a su disposición algunos barcos y transportarlos, gratuitamente y para gloria de Dios, a Palestina. Esteban aceptó con avidez el amable ofrecimiento. Los mercaderes alquilaron siete barcos y los niños subieron a bordo y se hicieron a la mar. Pasaron diez y ocho años antes de que se tuviera alguna noticia de ellos.

Entretanto, habían llegado versiones de la predicación de Esteban a la Renania. Los niños alemanes no se dejarían eclipsar. Pocas semanas después de haber salido Esteban a su misión, un muchacho llamado Nicolás, de una aldea renana, empezó a predicar el mismo mensaje ante la capilla de los Reyes Magos, en Colonia. Igual que Esteban, afirmaba que los niños podían hacerlo mejor que los mayores y que el mar se abriría para que tuviesen un sendero. Pero, mientras los niños franceses iban a conquistar Tierra Santa por la fuerza, los alemanes pensaban conseguir su propósito mediante la conversión del infiel. Nicolás, igual que Pedro, tenía una natural facilidad de palabra y pudo encontrar discípulos elocuentes para llevar adelante la predicación por todas partes de la Renania. Al cabo de pocas semanas se había reunido un ejército de niños en Colonia, dispuesto a partir para Italia y el mar. Parece que los alemanes eran, por término medio, ligeramente mayores que los franceses, y que había más muchachas entre ellos. También había un contingente más numeroso de muchachos de la nobleza, y cierto número de despreciables vagabundos y prostitutas.

La expedición se dividió en dos partes. La primera, que sumaba, según los cronistas, veinte mil personas, fue conducida por Nicolás. Siguió el Rhin arriba hasta Basilea y por la Suiza occidental, y pasando por Ginebra, cruzó los Alpes en el desfiladero del monte Cenis. Fue un viaje arduo para los niños, y sus pérdidas fueron crecidas. Menos de un tercio de la gente que salió de Colonia apareció ante las murallas de Génova. Las autoridades genovesas estaban dispuestas en principio a recibir bien a los peregrinos, pero después sospecharon de una conspiración alemana. Les permitirían permanecer sólo una noche, pero cualquiera que deseara establecerse permanentemente en Génova fue invitado a hacerlo. Los niños, esperando que el mar se separase ante ellos la mañana siguiente, estaban contentos. Pero

a la mañana siguiente el mar se mostró tan impávido ante sus oraciones como lo había estado ante las plegarias de los franceses en Marsella. Con la desilusión, muchos niños aceptaron en seguida el ofrecimiento genovés y se hicieron ciudadanos de Génova, olvidando su peregrinación. Varias grandes familias de Génova alegaron después ser descendientes de aquella extraña inmigración. Pero Nicolás y la mayoría prosiguieron el viaje. El mar se abriría ante ellos en otra parte. Pocos días después llegaron a Pisa. Allí, dos barcos fletados para Palestina aceptaron transportar a varios niños, que embarcaron y que tal vez llegaron a Palestina, pero nada se sabe de su suerte. Nicolás, sin embargo, aún esperaba el milagro y caminó fatigosamente, con sus seguidores, hasta Roma. Allí les recibió el papa Inocencio. Estaba emocionado por su piedad, pero turbado por su locura. Con afectuosa energía les dijo que tenían que regresar en seguida a sus casas. Cuando fueran mayores podrían cumplir sus votos y salir a luchar por la Cruz.

Poco se sabe del viaje de retorno. Muchos de los niños, especialmente las muchachas, no podían afrontar nuevamente el calor de los caminos y se quedaron en alguna ciudad o aldea italiana. Sólo unos pocos rezagados consiguieron llegar, en la primavera siguiente, a la Renania. Probablemente no estaba entre ellos Nicolás. Pero los padres airados, cuyos hijos habían muerto, insistieron en que fuese detenido el padre de Nicolás, que, al parecer, había alentado al muchacho por vanagloria. Fue detenido y ahorcado.

Un segundo grupo de peregrinos alemanes no corrió mejor suerte. Pasó a Italia por la Suiza central, cruzando el San Gotardo, y después de inmensas calamidades llegó al mar en Ancona. Cuando el mar no se abrió para darles paso, los peregrinos siguieron lentamente por la costa oriental hasta Brindisi. Allí unos pocos encontraron barcos que zarpaban para Palestina y obtuvieron pasajes; pero los otros regresaron e iniciaron el fatigoso camino de retorno. Sólo un número muy escaso consiguió al fin llegar a sus casas.

A pesar de sus calamidades, tal vez habían sido más felices que los franceses. En el año 1230 llegó a Francia un sacerdote, procedente de Oriente, refiriendo un curioso relato. Dijo que era uno de los sacerdotes jóvenes que habían acompañado a Esteban a Marsella, donde se embarcó con los muchachos en los barcos proporcionados por los mercaderes. A los pocos días de navegación les sorprendió una tempestad, y dos de los barcos fueron lanzados contra la isla de San Pietro, en aguas del cabo sudoeste de Cerdeña, y todos los pasajeros se ahogaron. Los cinco barcos que sobrevivieron a la tempestad fueron cercados poco después por una escuadra sarracena de Africa, y los pasajeros supieron que habían sido llevados allí por un acuerdo,

para ser vendidos como esclavos. Otros, el joven sacerdote entre ellos, fueron embarcados para Egipto, donde los esclavos francos se cotizaban a mejor precio. Cuando llegaron a Alejandría, la mayor parte de la remesa fue comprada por el gobernador para trabajar en sus fincas. Según el sacerdote, había aún unos setecientos de ellos con vida. Un grupo exiguo fue llevado a los mercados de esclavos de Bagdad, y allí dieciocho de ellos fueron martirizados por negarse a aceptar el Islam. Más suerte tuvieron los jóvenes sacerdotes y los otros pocos que sabían de letras. El gobernador de Egipto, al-Kamil, hijo de al-Adil, estaba interesado en lenguas y literaturas occidentales. Los compró y se los reservó como intérpretes, profesores y secretarios, y no hizo ningún intento de convertirles a su fe. Vivieron en El Cairo en cómoda cautividad, y finalmente este sacerdote fue libertado y autorizado a regresar a Francia. Refirió a los padres de sus compañeros, que le preguntaban, todo cuanto sabía, y luego desapareció en la oscuridad. Una versión posterior identificaba a los dos perversos mercaderes de Marsella con dos mercaderes que fueron ahorcados algunos años después por intentar raptar al emperador Federico, por encargo de los sarracenos, con lo que obtuvieron, al fin, el castigo que merecían sus crímenes [15].

No iban a ser los niños los que socorrerían a Jerusalén. El papa Inocencio tenía proyectos más amplios y más realistas. Decidió celebrar un gran concilio de la Iglesia en Roma en 1215, en el que debían ser regulados todos los asuntos religiosos de la Cristiandad y, sobre todo, debía ser integrada la Iglesia griega. Deseaba tener ya organizada para entonces una Cruzada. A lo largo de 1213, su legado, Roberto de Courçon, recorrió Francia con órdenes —tan acuciante era el peligro— de no examinar demasiado a fondo las condiciones de los que tomaran la Cruz. El legado llevó a cabo las instrucciones de su señor con un celo excesivo. Muy pronto los nobles franceses empezaron a escribir al rey que sus vasallos estaban siendo desligados de sus vínculos por los predicadores del legado, y que una hueste absurda de viejos y niños, leprosos, cojos y mujeres de mala nota se habían reunido para marchar a la guerra santa. El Papa tuvo que refrenar a Roberto, y cuando se inauguró el Concilio lateranense de 1215 no había aún ninguna Cruzada dispuesta para

[15] Para la historia de la Cruzada de los niños, véase Röhricht, «Der Kinderkreuzzug», en *Historische Zitschrift*, vol. XXXVI; Alphandéry, «Les Croisades d'Enfants», en *Revue de l'Histoire des Religions*, vol. LXXIII; Munro, «The Children's Crusade», en *American Historical Review*, vol. XIX; Winkelman, *Geschichte Kaiser Friedrichs des Zweiten*, I, págs. 221-2. La participación alemana se encuentra en *Annales Stadenses (M. G. H. Scriptores*, vol. XVI, página 355).

embarcarse. En la primera sesión el Papa habló en favor de Jerusalén, y el patriarca de Jerusalén se levantó para abogar por la ayuda. El Concilio se apresuró a reafirmar los privilegios e indulgencias que habían de ser concedidos a los cruzados y tomar las medidas para financiar la expedición, que debía concentrarse en Sicilia o en Apulia y zarpar para Oriente el 1.º de junio de 1217 [16].

El Concilio incitó a la Iglesia a la actividad. Durante la primavera de 1216 los predicadores salieron por toda la Cristiandad occidental, llegando hasta Irlanda y Escandinavia. Los doctores de la Universidad de París declararon que cualquiera que tomase la Cruz y luego intentase zafarse del cumplimiento de su voto, incurría en pecado mortal. Se refirieron visiones populares de cruces flotando en el aire y se les hizo mucha propaganda. Inocencio estaba esperanzado. Ya había notado que los seiscientos sesenta y seis años atribuidos en el Apocalipsis a la Bestia habían casi transcurrido. En efecto, hacía seis siglos y medio que había nacido Mahoma. Escribió al sultán al-Adil avisándole del futuro furor y apremiándole a ceder Jerusalén pacíficamente mientras estuviese aún a tiempo. Pero su optimismo era algo prematuro. Gervasio, abad de Prémontré, le escribió confidencialmente diciéndole que los nobles de Francia desobedecían las opiniones de los doctores de París, y que había que adoptar alguna medida drástica para sujetar a los duques de Borgoña y Lorena a sus votos. También aconsejó prudentemente que no debía haber ninguna expedición francesa y alemana combinada. Las dos naciones no colaboraban armoniosamente. Pero la gente más humilde estaba abrazando la Cruz con entusiasmo. No debían ser desalentados por la dilación [17].

En mayo de 1216 el papa Inocencio se trasladó a Perusa a resolver la larga enemistad entre Génova y Pisa, para que ambas pudieran contribuir al transporte de los cruzados. Allí, tras breve enfermedad, murió el 16 de julio. Pocos reinados papales han sido más espléndidos o aparentemente triunfales. Sin embargo, su más anhelada ambición, reconquistar Jerusalén, nunca se realizó. Dos días después de su muerte, el anciano cardenal Savelli fue elegido papa con el nombre de Honorio III [18].

Honorio se hizo cargo con avidez del programa de su ilustre

[16] Fliche, *op. cit.*, págs. 156-216. Para la historia completa de la quinta Cruzada, véase Donovan, *Pelagius and the Fifth Crusade*, estudio cuidadoso y bien documentado, ligeramente predispuesto en favor de Pelayo.

[17] V. Luchaire, *Innocent III, La Question d'Orient*, págs. 281-9, con un relato completo de las negociaciones. Hechos sobrenaturales se refieren por Oliverio de Paderborn, *Historia Damiatana*, págs. 174-5, 285-6, 287-8; también Inocencio III, cartas, XVI, 28, 37 (*M. P. L.*, vol. CCXVI, cols. 817-22, 831-2).

[18] Fliche, *op. cit.*, pág. 212.

predecesor. Pocos días después de su exaltación escribió al rey Juan de Acre para decirle que la Cruzada estaba de camino [19]. Juan se hallaba cada vez más preocupado, pues su tregua con al-Adil expiraba al año siguiente. Honorio escribió también a todos los reyes de Europa. Pocos de ellos contestaron. En el lejano Norte, el rey Ingi II de Noruega tomó la Cruz, pero murió en la primavera siguiente, y con ello la expedición escandinava prácticamente se deshizo [20]. El rey Andrés II de Hungría ya había abrazado la Cruz, pero Inocencio le absolvió de cumplir su voto mientras durase la guerra civil en su país. Ahora demostraba celo, pero era por otros motivos. La reina era sobrina, por parte de madre, del emperador latino Enrique de Constantinopla, que no tenía hijos, y él había puesto alguna esperanza en la herencia. Pero cuando murió Enrique, en junio de 1216, el padre de la reina, Pedro de Courtenay, fue elegido en su lugar. El ardor del rey Andrés empezó a declinar, pero al fin accedió a tener su ejército preparado para el verano siguiente [21]. En la baja Renania hubo una buena respuesta a la predicación, y el Papa confiaba en una gran flota tripulada por frisios [22]. Pero aquí también se produjeron dilaciones. Tampoco las noticias de Palestina eran muy alentadoras. Jaime de Vitry, que había sido enviado recientemente a Ultramar como obispo de Acre con instrucciones de incitar a los latinos locales, dio un informe agrio de lo que encontró en la región. Los cristianos indígenas odiaban a los latinos y preferían el gobierno musulmán; mientras los latinos, por su parte, llevaban una vida indolente, lujosa e inmoral y se habían orientalizado por completo. Su clero era corrupto, avaricioso e intrigante. Sólo las órdenes militares eran dignas de encomio; los colonos italianos, que eran lo bastante prudentes para llevar una vida frugal, conservaban alguna energía y espíritu de empresa, pero la mutua envidia de las grandes ciudades italianas, Venecia, Génova y Pisa, les impedía colaborar entre sí. En efecto, el obispo Jaime descubrió que los francos de Ultramar no tenían ningún deseo de una Cruzada. Dos décadas de paz habían contribuido a su prosperidad material. Desde la muerte de Saladino, los musulmanes no demostraron ninguna tendencia a la agresión, pues también ellos estaban beneficiándose del creciente comercio. Las mercancías del interior llenaban los muelles de Acre y de Tiro. El palacio que Juan

[19] *Regesta Honorii Papae III* (ed. Pressutti), núm. I, 637, 1, págs. 1, 1178-80.
[20] *Regesta Honorii Papae III*, núm. 399, I, pág. 71.
[21] Inocencio III, cartas, XV, 224 (*M. P. L.*, vol. CCXVI, col. 757); Theiner, *Vetera Monumenta*, I, págs. 5-6.
[22] *Regesta Honorii Papae III*, núm. 885, I, págs. 149-50.

de Ibelin había construido en Beirut era el testimonio de la prosperidad renacida. Había colonias italianas afincadas felizmente en Egipto. Con el poder adquisitivo de la Europa occidental constantemente en aumento, había un hermoso porvenir para el comercio mediterráneo. Pero todo dependía precariamente del mantenimiento de la paz[23].

El papa Honorio pensaba de manera distinta. Esperaba que una gran expedición saliera de Sicilia en el verano de 1217. Pero cuando llegó el verano, aunque varios grupos de caballeros francos se hallaban ya en los puertos italianos, no había barcos. El ejército del rey de Hungría llegó a Spalato, en Dalmacia, en agosto, y allí se le unieron el duque Leopoldo VI de Austria y su ejército[24]. La flota frisia no llegó a Portugal hasta julio, y parte de ella se quedó en Lisboa. Hasta octubre no entró el resto en Gaeta, demasiado tarde para proseguir a Palestina mientras no terminara el invierno[25]. A fines de julio, el Papa ordenó a los cruzados congregados en Italia y en Sicilia que siguieran hasta Chipre, pero aún no se les había proporcionado ningún transporte. Al fin, a principios de septiembre, el duque Leopoldo encontró un barco en Spalato para trasladar al exiguo núcleo de su gente a Acre. Su travesía sólo le llevó dieciséis días. El rey Andrés le siguió unos quince días después, pero los de Spalato no pudieron facilitarle más de dos barcos, por lo que el grueso de su ejército se quedó en tierra[26]. Por la misma época el rey Hugo de Chipre desembarcó en Acre con todas las tropas que pudo movilizar[27].

La cosecha había sido escasa aquel año en Siria y resultaba difícil alimentar a un ejército ocioso. Cuando llegaron los reyes, Juan de Brienne recomendó una campaña inmediata. El viernes 3 de noviembre, los cruzados salieron de Acre y avanzaron por la llanura de Esdraelon. Su número, aunque no cuantioso, era superior a lo que se había visto en Palestina desde la tercera Cruzada. Al-Adil, cuando supo que los cristianos se estaban concentrando, acudió con algunas tropas a Palestina, pero no esperaba que se produjera tan pronto una invasión. Le excedían en número, por lo que, cuando la

[23] Jaime de Vitry, *History of Jerusalem* (trad. ingl. de Stewart), *P. P. T. S.*, vol. XI, págs. 56-91.

[24] Tomás de Spalato, *Historia Salonitana (Scriptores Rerum Hungaricarum,* III, pág. 573).

[25] *Gesta Crucigerorum Rhenanorum,* págs. 29-34; *De Itinere Frisonum,* páginas 59-68 (ambos en Röhricht, *Quinti Belli Sacri Scriptores Minores).*

[26] *Regesta Honorii Papae III,* núm. 672, I, pág. 117; Tomás de Spalato, pág. 574; *Annales Claustroneuburguenses (M. H. G. Scriptores,* vol. IX, página 662).

[27] *Estoire d'Eracles,* II, pág. 322.

Cruzada avanzó hacia Beisan, se retiró, enviando a su hijo al-Mu'azzam para cubrir el flanco de Jerusalén, mientras él esperó en Ajlun, dispuesto a cortar cualquier ataque contra Damasco. Sus temores apenas estaban justificados. El ejército cristiano carecía de disciplina. El rey Juan se consideraba a sí mismo como jefe, pero las tropas austrohúngaras sólo obedecían al rey Andrés, y las chipriotas, únicamente al rey Hugo, mientras las órdenes militares sólo hacían caso a sus propios jefes. Beisan fue ocupada y saqueada. Después los cristianos anduvieron sin objetivo al otro lado del Jordán y recorrieron la orilla del mar de Galilea, pasaron por Cafarnaún y regresaron por Galilea a Acre. Su ocupación principal fue hacerse con reliquias. El rey Andrés se mostró encantado cuando obtuvo uno de los aguamaniles utilizados en las bodas de Caná [28].

El rey Juan estaba descontento y proyectó una expedición por su cuenta para destruir el fuerte que los musulmanes habían construido en el monte Tabor. Ni Hugo ni Andrés se unieron a él, ni el rey quiso esperar a las órdenes militares. Su primer ataque contra el fuerte, el 3 de diciembre, fracasó, aunque en realidad la guarnición estaba dispuesta a rendirse. Cuando las órdenes llegaron, dos días después, se intentó un segundo asalto, pero también en vano. Una vez más el ejército se retiró a Acre [29].

Hacia Año Nuevo, un pequeño núcleo de húngaros, en contra de la opinión indígena y sin la aprobación de su rey, intentaron una algarada por el Bekas y fueron casi aniquilados en una tempestad de nieve cuando cruzaban el Líbano [30]. Entretanto, el rey Andrés se marchó con el rey Hugo a Trípoli, donde Bohemundo IV, ex-príncipe de Antioquía, viudo, desde hacía poco, de su primera esposa, Plasencia de Jebail, celebraba su boda con Melisenda, hermanastra de Hugo. Allí murió de repente Hugo, el 10 de enero, dejando el trono de Chipre a un niño de ocho meses, Enrique, bajo la regencia de su viuda, Alicia de Jerusalén [31]. El rey Andrés regresó a Acre y anunció su partida para Europa. Había cumplido su voto. Enriqueció recientemente su colección de reliquias con la cabeza de San Esteban. Era hora de regresar a la patria. En vano el patriarca de Jerusalén discutió con él, llegando incluso a amenazarle. Llevó sus tro-

[28] *Ibid.*, págs. 323-4; Oliverio, *Historia Damiatana*, pág. 165; Juan Thwrooz, *Chronica Hungarorum (Scriptores Rerum Hungaricarum*, vol. I, página 149).

[29] *Estoire d'Eracles*, II, págs. 324-5; Oliveiro, *Historia Damiatana*, páginas 165-7; Jaime de Vitry, *History of Jerusalem*, pág. 119; *Abu Shama*, II, páginas 163-4.

[30] *Ibid.*, págs. 164-5; Oliverio, *Historia Damiatana*, págs. 167-8.

[31] Ernoul, pág. 412; *Estoire d'Eracles*, II, págs. 325, 360; *Gestes de Chiprois*, pág. 98.

pas hacia el Norte, por Trípoli y Antioquía, hasta Armenia, y desde allí, con un salvoconducto del sultán seléucida, hasta Constantinopla. Su Cruzada no había conseguido nada [32].

Leopoldo de Austria se quedó atrás. Andaba escaso de dinero y pidió prestados 50.000 besantes a Guido Embriaco de Jebail, pero estaba dispuesto a seguir laborando por la Cruz. El rey Juan utilizó su ayuda para volver a fortificar Cesarea, mientras los templarios y los caballeros teutónicos emprendieron la construcción de un gran castillo en Athlit, al sur del Carmelo, el castillo de los Peregrinos. Al-Adil, entretanto, desmanteló su fuerte en el monte Tabor. Era demasiado vulnerable y su defensa no valía la pena [33].

El 26 de abril de 1218 llegó a Acre la primera mitad de la flota frisia, y quince días después, la otra mitad, que había invernado en Lisboa. Hubo noticias de que los cruzados franceses concentrados en Italia iban a seguirles muy pronto. El rey Juan en seguida se asesoró sobre el mejor uso que podía hacerse de los recién llegados. Nunca se había echado en olvido que el rey Ricardo aconsejó un ataque contra Egipto, y el Concilio lateranense también había mencionado a Egipto como el principal objetivo de una Cruzada. Si los musulmanes podían ser expulsados del valle del Nilo, no sólo perderían su provincia más rica, sino que serían incapaces de mantener una flota en el Mediterráneo oriental, y tampoco podrían defender mucho tiempo Jerusalén contra un ataque en tenaza desde Acre y Suez. Con dos barcos frisios a su disposición, los cruzados tenían ahora el medio de realizar un gran asalto contra el delta. Sin vacilación se decidió que el primer objetivo sería el puerto de Damietta, la llave del Nilo [34].

El sultán al-Adil era ahora un hombre viejo y abrigaba la esperanza de pasar sus últimos años en paz. Tenía sus preocupaciones en el Norte. Su sobrino az-Zahir de Alepo murió en 1216, dejando como sucesor a un niño llamado az-Aziz, en nombre del cual un eunuco, Toghril, actuaba como regente. El hermano de az-Zahir y primogénito de Saladino, al-Afdal, surgió de su retiro de Samosata para reclamar la herencia y recurrió, para que le ayudase, al sultán seléuci-

[32] Oliverio, *Historia Damiatana*, pág. 168; Jaime de Vitry, *Epístola*, III (edición Röhricht), *Zeitschrift für Kirchengeschichte (Z. K. G.)*, vol. XV, páginas 568-70; Juan Thwrooz, *loc. cit.* Andrés obtuvo también la cabeza de Santa Margarita y las manos derechas de Santo Tomás y San Bartolomé, y parte de la vara de Aarón.

[33] *Estoire d'Eracles*, II, págs. 325-6; Oliverio, *Historia Damiatana*, pág. 169; Abu Shama, II, págs. 164-6.

[34] *Gesta Crucigerorum Rhenanorum*, págs. 37-8; *De Itineri Frisonum*, páginas 69-70; Ernoul, págs. 414-15; Jaime de Vitry, *loc. cit.*; Oliverio, *Historia Damiatana*, pág. 175. V. Donovan, *op. cit.*, pág. 36, n. 54.

da de Konya, Kaikhaûs. Los seléucidas anatolianos estaban ahora en la cúspide de su poderío. Bizancio no existía, y el Emperador de Nicea estaba demasiado ocupado en su lucha contra los francos como para perturbarles. Los Danishmend se habían extinguido. Sus súbditos turcomanos se hallaban ahora afincados y vivían en orden, y la prosperidad había vuelto a la península. A principios de 1218, Kaikhaûs y al-Afdal irrumpieron en el territorio de Alepo y avanzaron hacia la capital. El regente Toghril, sabiendo que al-Adil estaba amenazado por la Cruzada, llamó al primo de su joven señor, al-Ashraf de Iraq, tercer hijo de al-Adil. Al-Ashraf derrotó al ejército seléucida cerca de Buza'a; al-Afdal se retiró a Samosata, y el príncipe de Alepo tuvo que reconocer a al-Ashraf como soberano. Pero los seléucidas siguieron siendo una amenaza hasta la muerte de Kaikhaûs, al año siguiente, cuando estaba proyectando intervenir en una discutida sucesión en Mosul. Esto permitió a al-Ashraf consolidar su poder y convertirse en un peligroso rival de sus hermanos establecidos más al Sur [35].

Hasta el final, al-Adil parecía haber alimentado la esperanza de que los francos no serían tan imprudentes como para romper la paz. Su hijo, al-Malik al-Kamil, virrey de Egipto, compartía sus esperanzas. Al-Kamil estaba en excelentes relaciones con los venecianos, con los que había firmado un tratado comercial en 1208. En 1215 no había menos de 3.000 mercaderes europeos en Egipto. La repentina llegada, aquel año, de dos señores occidentales con fuerzas armadas a Alejandría alarmó a las autoridades, que decretaron el arresto temporal de toda la colonia europea. Mas pronto se restablecieron las buenas relaciones. En 1217, una nueva embajada veneciana fue recibida cordialmente por el virrey. El inoperante serpenteo de la Cruzada de 1217 no impresionó a los musulmanes. No podían creer que hubiese ahora ningún peligro.

El día de la Ascensión, 24 de mayo de 1218, el ejército cruzado, a las órdenes del rey Juan, zarpó de Acre en los barcos frisios, y navegó hasta Athlit para aprovisionarse. Algunas horas más tarde, los barcos levaron anclas, pero no soplaba el viento. Sólo unos pocos consiguieron salir del puerto y poner rumbo a Egipto.

Llegaron a la altura de la desembocadura del Nilo, en Damietta, el día 27, y anclaron allí para esperar a sus camaradas. Los soldados no se atrevieron al principio a intentar un desembarco, pues no había ningún oficial de categoría entre ellos. Pero el 29, cuando no apareció ninguna flota, el arzobispo de Nicosia, Eustorgius, los convenció para que aceptaran al conde Simón II de Sarrebruck como jefe,

[35] V. Cahen, *La Syrie du Nord,* págs. 624-8.

con el fin de precipitar un desembarco en la margen oeste de la desembocadura del río. Hubo poca oposición, y la operación estaba casi terminada cuando empezaron a divisarse en el horizonte las velas del grueso de la flota cruzada. Pronto entraron los barcos, doblando la barra, y el rey Juan, el duque de Austria y los grandes maestres de las tres órdenes militares pusieron pie en tierra [36].

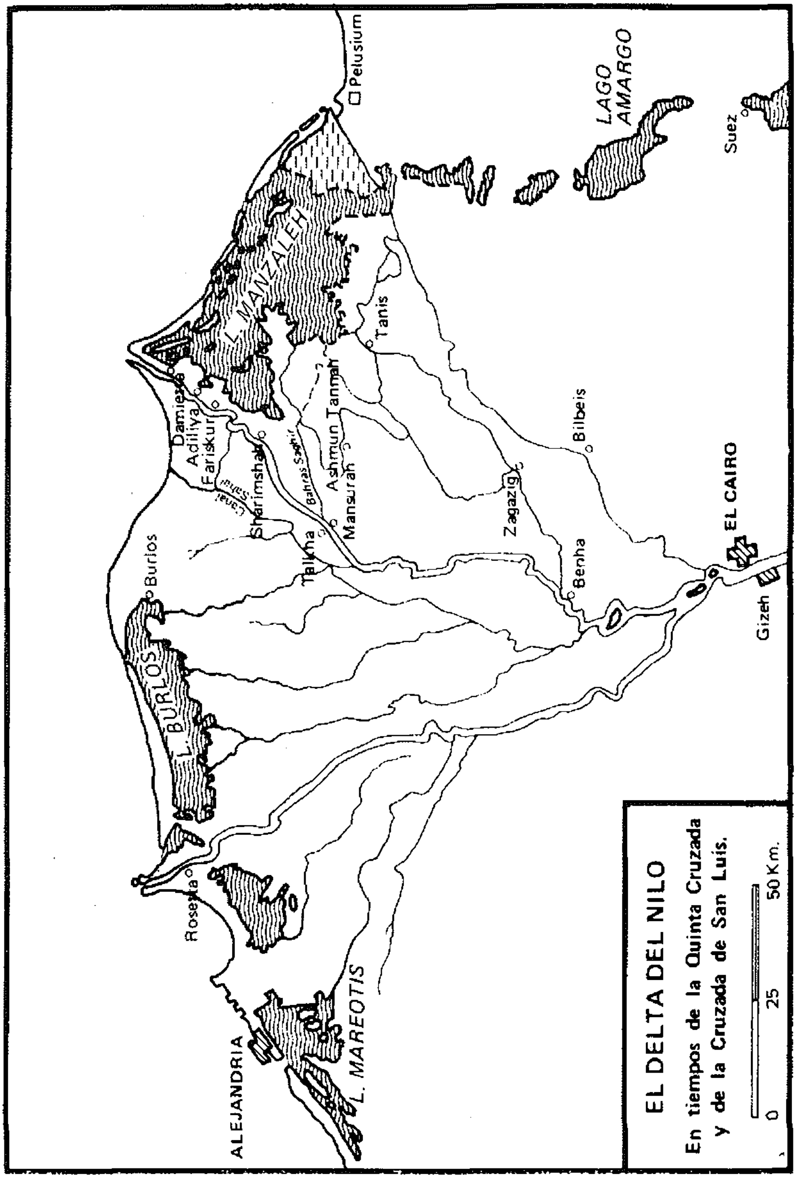
Damietta estaba dos millas río arriba, en la margen este, con su retaguardia protegida por el lago Manzaleh. Como había demostrado la experiencia franca en 1169, la plaza no podía atacarse con eficacia si no se hacía simultáneamente por mar y por tierra. Igual que en 1169, se había tendido una cadena a través del río un poco antes de la ciudad, desde la margen este a una torre en una isla cerca de la margen oeste, cerrando el único canal navegable, y un puente de barcazas se hallaba detrás de la cadena. Los cruzados convirtieron esta torre en su primer objetivo.

Cuando los musulmanes se dieron cuenta de que la Cruzada se dirigía contra Egipto, al-Adil reclutó apresuradamente un ejército en Siria, mientras al-Kamil puso en marcha el grueso del ejército egipcio hacia el Norte, desde El Cairo, y acampó en al-Adiliya, pocas millas al sur de Damietta. Pero no tenía suficientes hombres y barcos para atacar las posiciones cristianas, aunque reforzó la torre. El primer asalto serio contra el fuerte, a fines de junio, fracasó. Oliverio de Paderborn, el futuro historiador de la campaña, propuso la fabricación de un nuevo artefacto, que pagaron él y un compatriota suyo. Se trataba de una torre construida sobre dos barcos amarrados entre sí, cubierta de cuero y provista de escalas de asalto. El fuerte podía ser atacado ahora igual de bien desde el río que desde la orilla [37].

El viernes 17 de agosto el ejército cristiano celebró una función solemne de rogativas. Una semana después, en la tarde del 24, empezó el asalto. Unas veinticuatro horas más tarde, tras una lucha feroz, los cruzados consiguieron situarse en los fosos e irrumpieron en el fuerte. La guarnición siguió combatiendo hasta que sólo quedaron cien supervivientes; luego, se rindió. El botín hallado en el fuerte fue inmenso, y los vencedores hicieron un pequeño puente de barcas para trasladar lo capturado a la orilla oeste. Después cortaron la cadena y el pontón de barcazas que cruzaban el canal prin-

[36] Jaime de Vitry, *History of Jerusalem,* págs. 118-19; Oliverio, *Historia Damiatana,* págs. 175-7; *Gesta Crucigerorum Rhenanorum,* págs. 38-9; *Estoire d'Eracles,* II, págs. 326-7.

[37] Abu Shama, II, pág. 165; *Histoire des Patriarches d'Alexandre,* trad. Blochet, págs. 240-1; Oliverio, *Historia Damiatana,* págs. 179-82.



El delta del Nilo en tiempos de la quinta Cruzada y la Cruzada de San Luis.

cipal, y sus barcos pudieron avanzar hasta las murallas de Damietta [38].

Al-Adil estaba enfermo cuando le llegó la noticia de la caída del fuerte algunos días más tarde en Damasco. Acababa de saber que su hijo al-Mu'azzam había tomado y destruido Cesarea, pero la impresión del desastre de Damietta fue demasiado para él. Murió el 31 de agosto, de unos setenta y cinco años de edad. Safadino, como le llamaban los cruzados, carecía de la notable personalidad de su hermano Saladino y sus tratos con sus sobrinos, los hijos de Saladino, demostraron una cierta deslealtad y astucia. Pero mantuvo unido el Imperio ayubita y fue un gobernante hábil, tolerante y amante de la paz. Hacia los cristianos se mostró constantemente amable y honrado, y cosechó y conservó su admiración y respeto. En Siria le sucedió su hijo más joven, al-Mu'azzam, y en Egipto el mayor, al-Kamil [39].

El desastre de los musulmanes no fue tan grande como al-Adil había temido. Si los cristianos hubiesen proseguido y atacado en seguida Damietta, bien podría haber caído la ciudad. Pero después de la conquista del fuerte, vacilaron y decidieron esperar refuerzos. Muchos de los frisios regresaron a sus casas, y fueron castigados por el abandono de la causa con una gran inundación que barrió Frisia al día siguiente de su llegada. Se sabía por entonces que la expedición papal proyectada desde hacía tanto tiempo ya había salido de Italia. Había habido continuas dilaciones. Pero al fin el papa Honorio pudo equipar una flota, al precio de 20.000 marcos de plata, para transportar a las tropas que habían esperado más de un año en Brindisi. Al frente de ellas puso al cardenal Pelayo de Santa Lucía [40].

Hacia la misma época dos nobles franceses, Hervé, conde de Nevers, y Hugo de Lusignan, conde de La Marche, negociaron con los genoveses para que les proporcionasen barcos con el fin de transportar a un grupo de cruzados franceses e ingleses a Oriente. Aunque el conde de Nevers era evidentemente un mal hijo de la Iglesia, el Papa contribuyó al transporte con un impuesto de la vigésima parte de sus rentas cobradas de los eclesiásticos de Francia. A los dos condes se unieron en Génova el arzobispo de Burdeos, Guillermo II, los

[38] Oliverio, *Historia Damiatana*, págs. 182-4; *Gesta Crucigerorum Rhenanorum*, pág. 40; Juan de Tulbia, *De Domino Johanne*, en Röhricht, *loc. cit.*, página 120; *Histoire des Patriarches*, pág. 243.

[39] Abu Shama, II, pág. 170; Ibn al-Athir, II, págs. 116, 148; Inb Khallikan, *Biographical Dictionary*, III, pág. 235. Ibn al-Athir afirma que al-Adil tenía sesenta y cinco años, e Ibn Khallikan, que tenía setenta y tres. *Estoire d'Eracles*, II, págs. 229-30, proporciona una versión arbitraria de su muerte.

[40] Oliverio, *Historia Damiatana*, pág. 186; Alberico de Trois Fontaines, página 788; *Regesta Honorii Papae III*, núms. 1350, 1433, I, págs. 224, 237.

obispos de París, Laon y Angers y otros potentados menores, y los condes de Chester, Arundel, Derby y Winchester. El Papa envió a Roberto, cardenal de Courçon, que se unió a la expedición como director espiritual de la flota, aunque no tuvo poderes de legado [41].

El cardenal Pelayo y su expedición llegaron al campamento cristiano a mediados de septiembre. Pelayo era español, y hombre muy eficaz y con experiencia administrativa, pero singularmente carente de tacto. Ya había sido utilizado para resolver la cuestión de las iglesias griegas en el Imperio latino de Constantinopla, y lo único que consiguió fue hacerlas más apasionadamente hostiles a Roma. Su llegada a Damietta en seguida provocó conflictos. Juan de Brienne había sido aceptado como jefe de la Cruzada. Su jefatura había sido disputada en años anteriores por los reyes de Hungría y de Chipre, pero el primero ya estaba lejos y el otro había muerto. Pelayo consideró que, como legado, sólo él podía asumir el mando. La rivalidad entre las diversas naciones participantes era demasiado ostensible a todas luces. Sólo el representante del Papa podía mantener el orden. Trajo la noticia de que el joven Emperador occidental, Federico II, había prometido salir muy pronto con un ejército imperial. Cuando llegara era seguro que le otorgaría el mando supremo militar. Pero Pelayo no iba a aceptar órdenes del rey Juan, quien, a fin de cuentas, sólo era rey por su difunta esposa [42].

En octubre, al-Malik al-Kamil disponía de suficientes refuerzos para intentar un ataque al campamento de los cruzados con una flotilla que había enviado a favor del río. Fue rechazado, sobre todo gracias a la energía del rey Juan. Pocos días después los musulmanes construyeron un puente sobre el Nilo, un poco más abajo de la ciudad. Pelayo organizó un infructuoso ataque contra las obras, pero al-Kamil no prosiguió la construcción, llevando su ejército al otro lado del río. En lugar de ello, realizó otro ataque desde el agua. Fue un asalto fiero, pero era demasiado tarde. El primer contingente de los cruzados franceses había llegado y dirigía la defensa. Un segundo ataque llegó a las mismas puertas del campamento, pero fue rechazado hacia el río, donde se ahogaron muchas de las tropas musulmanas [43].

Después de que llegaron los ejércitos francés e inglés, a fines de

[41] *Regesta Honorii Papae III*, núms. 1498, 1543, 1558, I, págs. 248, 256, 260. Para una enumeración correcta de estos cruzados, véase Greven, «Frankreich und der fünfte Kreuzzug», *Historisches Jahrbusch*, vol. XLII. Mateo de Westminster da los nombres de los cruzados ingleses (*Flores Historiarum*, II, página 167).

[42] V. Donovan, *op. cit.*, págs. 46-9 y notas.

[43] Oliverio, *Historia Damiatana*, págs. 190-2; *Histoire des Patriarches*, pá-

octubre, hubo una pausa en la lucha. La muerte de al-Adil había retrasado la ayuda que al-Kamil esperaba de Siria. Ahora aguardaba la llegada de un ejército que su hermano al-Mu'azzam le prometió. Los cristianos tenían sus propias dificultades. Cavaron un canal desde el mar al río debajo del puente musulmán, pero no lo pudieron llenar. En la noche del 29 de noviembre se levantó un temporal del Norte que lanzó al mar contra la tierra baja en la que se hallaba el campamento. Todas las tiendas se inundaron y se calaron los almacenes. Varios barcos se hundieron y otros fueron empujados hasta el campamento musulmán. Los caballos se ahogaron. Cuando la inundación remitió, había peces por todas partes, un exquisito bocado, dice el cronista Oliverio de Paderborn, que todo el mundo hubiese perdonado muy a gusto. Para impedir una nueva inundación, Pelayo ordenó la rápida construcción de un dique. Todos los restos del naufragio, incluso las velas desgarradas y los caballos muertos se aprovecharon para hacer más alto el dique. Lo único bueno de la inundación fue que el canal se llenó y que los barcos cristianos podían penetrar río arriba [44].

Apenas hubo sido reparado el daño del campamento, una grave epidemia atacó al ejército. Las víctimas sufrían de fiebres altas y su piel se volvía negra. Al fin, un sexto de los soldados murió de este mal, entre ellos el cardenal Roberto Courçon. Los supervivientes quedaron enfebrecidos y agotados. A esta calamidad siguió un invierno inusitadamente crudo. Fue una suerte para los cristianos que los musulmanes también padecieran de enfermedad y de frío [45].

A principios de febrero de 1219, Pelayo consideró que la moral del ejército sólo podía restablecerse mediante la actividad. El sábado 2 de febrero convenció al ejército para que saliera a atacar a los musulmanes. Pero una cegadora tempestad de lluvia le obligó a retroceder. El martes siguiente llegó al campamento la noticia de que el sultán y su ejército estaban retirándose. Los cruzados avanzaron a toda prisa a la otra margen hasta al-Adiliya y encontraron el lugar abandonado. Después de rechazar una salida de la guarnición de

gina 394; *Gesta Obsidionis Damiate* (en Röhricht, *op. cit.*, págs. 79-80); Juan de Tulbia, pág. 123.

[44] Oliverio, *Historia Damiatana*, págs. 131-2, 196-7; *Gesta Obsidionis Damiate*, pág. 82; Juan de Tulbia, pág. 124; *Liber Duellii Christiani in Obsidioni Damiate Exacti* (en Röhricht, *op. cit.)*, págs. 148-9; Jaime de Vitry, *Epístola*, V *(Z. K. G.*, vol. XV, págs. 582-3); *Histoire des Patriarches*, págs. 245-6.

[45] Oliverio, *Historia Damiatana*, págs. 192-3; Jaime de Vitry, *loc. cit.;* Juan de Tulbia, pág. 125; *Gesta Obsidionis Damiate*, pág. 83; *Histoire des Patriarches*, pág. 249.

Damietta, ocuparon al-Adiliya, y aislaron así completamente la ciudad [46].

La súbita huida de al-Kamil fue motivada por el descubrimiento de una conspiración en su séquito. Uno de sus emires, Imad ad-Din Ahmed Ibn al-Mashtub, estaba proyectando matarle y sustituirle por su hermano al-Faiz. En su desesperación, no sabiendo qué personas de su estado mayor estaban complicadas, el sultán pensó en huir al Yemen, donde era gobernador su hijo al-Masud, cuando supo que su hermano al-Mu'azzam estaba al fin de camino para ayudarle. Se trasladó con sus tropas en dirección sudeste, a Ashmun, donde los dos hermanos sultanes se encontraron el 7 de febrero. La presencia de al-Mu'azzam, con un numeroso ejército, acobardó a los conspiradores. Ibn al-Mashtub fue detenido y encarcelado en Kerak, mientras el príncipe al-Faiz fue desterrado a Sinjar, muriendo misteriosamente en el trayecto. Al-Kamil había salvado su trono, aunque al precio de perder Damietta [47].

Ni con la ayuda de al-Mu'azzam le fue posible a al-Kamil desalojar ahora a los cristianos. El río, las charcas y los canales impidieron a los musulmanes sacar partido de su ventaja numérica. Fracasaron los ataques contra los dos campamentos, en la margen oeste y en al-Adiliya. El sultán estableció entonces su campamento en Fariskur, unas seis millas al sur de Damietta, dispuesto a atacar a los cruzados por la retaguardia si intentaban un asalto contra la ciudad. Durante la primavera siguió esta especie de calma. Hubo batallas duras el Domingo de Ramos y nuevamente el Domingo de Pentecostés, cuando los musulmanes intentaron en vano abrirse paso hacia al-Adiliya. En Damietta, aunque la comida era aún abundante, la guarnición había sido considerablemente mermada por enfermedades, pero los cristianos aún no se atrevían a realizar un asalto [48].

Entretanto, el sultán al-Mu'azzam decidió desmantelar Jerusalén. Podía ser necesario ofrecer a los cristianos Jerusalén para terminar la guerra. De ser así, sería entregada en un estado de ruina y condiciones insostenibles. La demolición de las murallas se inició el 19 de marzo. Causó pánico en la ciudad. Los ciudadanos musulmanes creían que venían los francos, y muchos de ellos huyeron aterrorizados al otro lado del Jordán. Las casas deshabitadas fueron saqueadas por los soldados. Algunos fanáticos querían destruir el Santo Sepulcro,

[46] Oliverio, *Historia Damiatana,* págs. 194-201; *Gesta Obsidionis Damiate,* págs. 83-4; *Estoire d'Eracles,* II, pág. 337; Juan de Tulbia, *loc. cit.*

[47] Ibn al-Athir, II, págs. 116-17; Ibn Khallikan, III, pág. 240; *Histoire des Patriarches,* págs. 246-7.

[48] Oliverio, *Historia Damiatana,* págs. 202-6; *Liber Duellii,* págs. 151-2; *Gesta Obsidionis Damiate,* págs. 87-90.

pero el sultán no lo permitió. Después de Jerusalén fueron desmanteladas las fortalezas de Galilea, Torón, Safed y Banyas. Al mismo tiempo los dos sultanes hicieron un llamamiento en solicitud de ayuda por todo el mundo musulmán, dirigiendo sus peticiones especialmente al Califa de Bagdad, que prometió un enorme ejército que no llegó nunca [49].

Al gélido invierno siguió un verano tórrido, y la moral de los cruzados volvió a decaer. De nuevo insistió Pelayo en la conveniencia de la acción. Después de rechazar un ataque musulmán sobre el campamento el 20 de julio, con graves pérdidas por ambas partes, los cruzados se concentraron en el bombardeo de las murallas de la ciudad. Mientras estaban entregados a esta tarea, en vano, pues el fuego griego utilizado por los defensores causaba estragos en sus máquinas y no podía ser sofocado con vino y ácido, un nuevo ataque musulmán estuvo a punto de destruir todo el ejército cristiano, que sólo se salvó por la repentina oscuridad. Un segundo asalto contra las murallas, el 6 de agosto, tampoco resultó eficaz [50].

Los descalabros incitaron a los soldados rasos de la Cruzada a la acción. Culpaban a sus jefes de pereza y de ser malos generales. Muchos de los nobles más distinguidos habían resultado muertos, entre ellos los condes de La Marche y de Bar-sur-Seine, y Guillermo de Chartres, gran maestre del Temple. Otros habían regresado a Europa. Leopoldo de Austria abandonó su ejército en mayo. Fue el más enérgico de los príncipes, pero había servido durante dos años en Oriente y nadie podía reprocharle que se volviera a su propia tierra. Su arrojo había borrado la mala fama que mereció su padre por sus querellas con Corazón de León, durante la tercera Cruzada. Se llevó consigo un fragmento de la Verdadera Cruz. Pero en el convoy en que volvía a Europa iban otros cuya partida parecía una deserción de la causa [51]. Hacia fines de agosto, mientras el rey Juan y Pelayo disputaban acerca de la estrategia, abogando uno por un estrechamiento del sitio, mientras el otro quería un ataque contra el campamento del sultán, los soldados tomaron cartas en el asunto y el 29 irrumpieron en masa desordenada contra las líneas musulmanas. Los musulmanes fingieron una retirada, pero luego contraata-

[49] Abu Shama, II, págs. 173-4; Ibn al-Athir, II, pág. 119; *Histoire des Patriarches,* pág. 52; *Estoire d'Eracles,* II, pág. 339; Oliverio, *Historia Damiatana,* pág. 203.

[50] Oliverio, *Historia Damiatana,* págs. 208-10; *Gesta Obsidionis Damiate,* págs. 87, 90-7; Juan de Tulbia, págs. 127-8.

[51] Oliverio, *Historia Damiatana,* págs. 188, 207-8; *Gesta Obsidionis Damiate,* pág. 90; *Liber Duellii,* pág. 258. Acerca de las reliquias que adquirió Leopoldo, véase Riant, *Exuviae Sacrae Constantinopolitanae,* II, pág. 283. El conde de Barsur-Seine era Milo III de Le Puiset.

caron. Pelayo intentó asumir el mando, mas, a pesar de sus arengas, los regimientos italianos dieron media vuelta y huyeron, y pronto cundió el pánico general. Sólo gracias a la destreza del rey Juan, de los nobles franceses e ingleses y de las órdenes militares los supervivientes fueron socorridos y pudo conservarse el campamento [52].

La batalla fue presenciada, con triste desaliento, por un distinguido visitante del campamento, el hermano Francisco de Asís. Había venido a Oriente creyendo, como tantas otras personas buenas e ingenuas habían creído, antes y después de él, que una misión humanitaria podría conducir a la paz. Por ello pidió permiso a Pelayo para ir a ver al sultán. Después de alguna vacilación, Pelayo accedió, y le envió, con bandera blanca, a Fariskur. Los guardias musulmanes consideraron todo el asunto, al principio, sospechoso, pero pronto decidieron que un hombre tan sencillo, gentil y sucio tenía que estar loco, y le trataron con el respeto debido a un hermano inspirado por Dios. Fue llevado a presencia del sultán al-Kamil, que se mostró encantado con él y escuchó pacientemente su llamamiento; pero el sultán era demasiado amable y altamente civilizado para consentir que diera testimonio de su buena fe en una ordalía de fuego; tampoco quería arriesgarse a la acritud que pudiese suscitar ahora una discusión pública sobre religión. Francisco recibió la ofrenda de numerosos regalos, que rechazó, y fue devuelto, escoltado con honores, al campamento cristiano [53].

La intervención del santo no era, en realidad, necesaria, pues el mismo al-Kamil se inclinaba a la paz. La crecida del Nilo fue muy escasa aquel verano, y Egipto sufría la amenaza del hambre. El gobierno necesitaba todos sus recursos para acarrear víveres de los países vecinos. Al-Mu'azzam tenía prisa por volver con su ejército a Siria, y ninguno de los dos sultanes se sentía muy feliz con las actividades de su hermano al-Ashraf más al Norte. En Bagdad, el califa Nasr estaba en poder del sha khwarismiano Jelal ad-Din, cuyo padre, Mohammed, había destruido la dominación seléucida en el Irán y fundó un imperio que se extendía desde el Indo al Tigris. Jelal ad-Din podía ser utilizado contra al-Ashraf, pero teniendo en cuenta sus notorias ambiciones, sería peligroso animarle a tal empresa. Al-Mu'azzam estaba dispuesto, por tanto, a apoyar a al-Kamil en

[52] Oliverio, *Historia Damiatana*, págs. 213-19; *Fragmentum Provinciale de Captione Damiatae* (en Röhricht, *op. cit.)*, págs. 185-92; *Gesta Obsidionis Damiate*, págs. 101-4; Juan de Tulbia, págs. 132-3; *Estoire d'Eracles*, II, páginas 31-4.

[53] *Acta Sanctorum*, 4 de octubre, págs. 611 y sigs. Véase Van Ortroy, «Saint François et son voyage en Orient», en *Analecta Bollandiana*, vol. XXXI. En Ernoul, el relato acerca de los clérigos innominados parece hacer referencia a la visita del santo al sultán.

cualquier iniciativa amistosa hacia los francos. Cierto día de septiembre, un prisionero franco vino de parte del sultán a ofrecer una breve tregua, insinuando que los musulmanes estarían dispuestos a ceder Jerusalén. La tregua se aceptó, pero los cristianos se negaron a discutir ulteriores condiciones de paz [54].

La tregua fue aprovechada por ambas partes para reparar sus defensas. Muchos de los cruzados también la consideraron como una oportunidad adecuada para regresar a sus patrias. Algunos ya se habían marchado a principios del mes, y el 14 de septiembre zarparon otros doce barcos llenos de cruzados. La pérdida se compensó una semana después, al llegar el señor francés Sauvary de Mauléon, con un grupo transportado en doce galeras genovesas [55]. Cuando al-Kamil rompió la tregua y atacó a los francos, el 26, los recién llegados dirigieron con éxito la defensa [56].

Al-Kamil aún tenía esperanzas de paz. Sabía que Damietta no podía conservarse. La guarnición, demasiado mermada por la enfermedad, era insuficiente para defender las murallas, y sus intentos de lanzar refuerzos habían fracasado. Tampoco tuvieron éxito en el campamento cristiano los planes subversivos de los traidores que había sobornado para servirle. A fines de octubre envió dos caballeros cautivos para ofrecer a los francos condiciones definidas. Si evacuaban Egipto, les devolvería la Verdadera Cruz, y podrían obtener Jerusalén, toda la Palestina central y Galilea. Los musulmanes sólo se quedarían con los castillos de Transjordania, pero pagarían un tributo por ellos [57].

Era un ofrecimiento sorprendente. Sin lucha, la Cristiandad recibiría la Ciudad Santa, Belén, Nazaret y la Verdadera Cruz. El rey Juan aconsejó que se aceptara, y le apoyaban sus propios barones y los barones de Inglaterra, Francia y Alemania. Pero Pelayo no quería saber nada de ello, y tampoco lo quería el patriarca de Jerusalén. Consideraban erróneo llegar a un acuerdo con el infiel. Las órdenes militares coincidían con ellos por razones estratégicas. Jerusalén y los castillos de Galilea habían sido desmantelados, y en todo caso sería imposible conservar Jerusalén sin el dominio de Transjordania.

[54] Oliverio, *Historia Damiatana,* pág. 218; *Gesta Obsidionis Damiate,* página 105.

[55] Oliverio, *Historia Damiatana, loc. cit.; Gesta Obsidionis Damiate,* página 104; Juan de Tulbia, pág. 133; Jaime de Vitry, *loc. cit.*

[56] Oliverio, *Historia Damiatana,* pág. 219; *Fragmentum Provinciale,* páginas 193-4; *Gesta Obsidionis Damiate,* pág. 106; *Liber Duellii,* pág. 160.

[57] Oliverio, *Historia Damiatana,* pág. 222; *Estoire d'Eracles,* II, páginas 341-2; Ernoul, pág. 435; Maqrisi (trad. Blochet), IX, pág. 490; *Histoire des Patriarches,* pág. 253; *Gesta Obsidionis Damiate,* págs. 109-10; Ibn al-Athir, II, pág. 122.

Los italianos también se oponían a las condiciones. Aunque las ciudades marítimas apenas deseaban una ruptura con Egipto, ahora que se había producido querían asegurarse Damietta como centro comercial. La anexión de territorio del interior no les interesaba. La disputa entre los dos partidos se hizo pronto tan agria, que el obispo Jaime de Acre creyó que el sultán había hecho su ofrecimiento sólo para provocar la disensión. Por insistencia de Pelayo, aquél fue rechazado [58].

Pocos días después, una descubierta ordenada por Pelayo informó que la muralla exterior de Damietta no estaba guarnecida. Al día siguiente, martes 5 de noviembre de 1219, los cruzados avanzaron rápidamente y atacaron las murallas exterior e interior, apenas defendidas. Dentro de la ciudad encontraron a casi toda la guarnición enferma. Sólo tres mil ciudadanos se hallaban con vida, algunos de ellos demasiado débiles hasta para enterrar a los muertos. Los víveres y los tesoros eran allí abundantes, pero la enfermedad había laborado en favor de los cristianos. En cuanto la ciudad fue totalmente ocupada, trescientos ciudadanos de los más importantes fueron apartados como rehenes, los niños se entregaron al clero para que los bautizara y utilizara en el servicio de la Iglesia y los restantes fueron vendidos como esclavos. El tesoro tenía que dividirse entre los cruzados, de acuerdo con la categoría de cada uno; pero, a pesar de los anatemas del legado, no pudieron impedirse el robo y la ocultación de objetos preciosos por parte de las tropas [59].

Lo siguiente que había que decidir era el futuro régimen de Damietta. El rey Juan en seguida exigió que formara parte integrante del reino de Jerusalén, y las órdenes militares, igual que la nobleza secular, estaban de su lado. Pelayo sostenía que la ciudad conquistada pertenecía a toda la Cristiandad, es decir, a la Iglesia. Pero, con la opinión pública en contra y la amenaza de Juan de retirarse a Acre, aceptó una fórmula de compromiso. El rey podía gobernar la ciudad hasta que Federico de Alemania se uniera a la Cruzada [60]. Entretanto, una parte del ejército fue enviada a atacar Tanis, en la desembocadura tanítica del Nilo, pocas millas al Este. La ciudad había sido abandonada por su atemorizada guarnición, y los cruzados

[58] Jaime de Vitry, *Epístola,* VI (*Z. K. G.*, vol. XVI, págs. 74-5); Oliverio, *Historia Damiatana,* pág. 223, y *Epístola Regis Babilonis,* pág. 305; *Estoire d'Eracles,* II, pág. 342; carta de los señores franceses a Honorio, en Röhricht, *Studien zur Geschichte des fünften Kreuzzuges,* pág. 46; Maqrisi, *loc. cit.*

[59] Oliverio, *Historia Damiatana,* págs. 236-40; *Gesta Obsidionis Damiate,* págs. 111-14; *Fragmentum Provinciale,* págs. 196-200; Ibn Khallikan, IV, página 143; Ibn al-Athir, II, pág. 119; Abu Shama, págs. 176-7.

[60] *Gesta Obsidionis Damiate,* pág. 115; Juan de Tulbia, pág. 139; Ernoul, pág. 426.

volvieron con más botín, que sólo provocó nuevas disputas. En particular los italianos creían que habían sido estafados, y, cuando Pelayo no los apoyó, se lanzaron a una actividad levantisca. Las órdenes militares tuvieron que expulsarlos de la ciudad. Cuando llegó el invierno, en todo el ejército victorioso estaba latente el descontento [61].

Pelayo, en su primer arranque optimista, preveía la destrucción definitiva del Islam. La Cruzada conquistaría todo Egipto. Llegaría sin duda la ayuda de aquel valiente potentado cristiano, el rey de Georgia. Luego estaba el preste Juan, que esperaba, según se decía, descargar un nuevo golpe en favor de la Cristiandad. Se pensaba al principio que el preste Juan era el Negus de Etiopía, quien, sin embargo, no había contestado nunca a una carta del Papa escrita cuarenta años antes [62]. Pero ahora había un nuevo candidato en juego, un potentado oriental cuyo nombre era Gengis Khan. Desgraciadamente, los presuntos aliados no colaboraban. En 1220, el ejército del rey Jorge de Georgia fue derrotado por los mongoles de Gengis Khan en la frontera del Azerbaiján, y el gran poderío militar creado por la reina Thamar fue destruido. Los vencedores no mostraron ningún interés por atacar el Imperio ayubita [63]. Una colaboración más seria era la esperada del mayor potentado de la Europa occidental, Federico, rey de Alemania y de Sicilia.

Federico había abrazado la Cruz en 1215, pero el papa Inocencio le concedió licencia para aplazar la Cruzada hasta que hubiese puesto en orden los asuntos de Alemania. Federico aún se retrasaba. Había prometido al Papado entregar el trono de Sicilia, heredado cuando era niño, a su joven hijo Enrique. Pero pronto descubrió que, reiterando su determinación de ir a la Cruzada, difería la división de su reino y podía gestionar su coronación imperial por el Papa. Su deseo de ir a Oriente era auténtico, aunque motivado más por la ambición que por la piedad. Había heredado las aspiraciones orientales de su padre Enrique VI, pero no intentaría llevarlas a cabo sino como emperador, con sus reinos europeos completamente seguros en

[61] Oliverio, *Historia Damiatana*, págs. 240-1; Juan de Tulbia, pág. 139; *Liber Duellii*, pág. 166.

[62] Oliverio, *Historia Damiatana*, págs. 231-5. Pelayo también se sintió impresionado por una esperanzadora profecía musulmana. Acerca del preste Juan, véase *supra*, vol. II, pág. 382.

[63] Véase *infra*, pág. 224. Pelayo escribió a Honorio contándole las esperanzas que abrigaba de obtener ayuda georgiana (Röhricht, *Studien*, pág. 52). Inocencio III ya había solicitado la cooperación georgiana (Oliverio, *Historia Damiatana*, págs. 232-3). Jaime de Vitry demostró su interés por la intervención mongola traduciendo del árabe un libro, con la ayuda de expertos, titulado *Excerpta de Historia David regis Indiorum qui Presbyter Johannes a vulpo apellatur* (ed. Röhricht, *Z. K. G.*, vol. XVI, págs. 93 y sigs.). Sus hechos son completamente inexactos.

su mano. Sus intenciones debían haber sido evidentes para el Papa. Pero Honorio, que fue algún tiempo tutor del monarca, era un hombre ingenuo que consideraba auténticas sus promesas y que seguía enviando mensajes a los cruzados de Egipto diciéndoles que esperasen el ejército de los Hohenstaufen [64].

La Cruzada, por tanto, se mantuvo en reposo, y durante su inactividad se intensificaron las disputas entre Pelayo, el rey Juan, los italianos y las órdenes militares. Una marcha sobre El Cairo inmediatamente después de la caída de Damietta habría podido tener éxito. Al-Kamil estaba en una situación desesperada. Su ejército se hallaba desanimado. Sus súbditos eran víctimas de la inanición. Al-Mu'azzam insistía en retirarse con sus fuerzas a Siria, temiendo conflictos en el Norte y creyendo que se podría ayudar ahora mejor al Islam haciendo un ataque contra la misma Acre. Esperando todos los días que llegara la noticia del avance cristiano, al-Kamil estableció su campamento en Talkha, pocas millas más arriba del brazo nilota de Damietta, y empezó a fortificar ambas márgenes del río para afrontar una ofensiva que nunca se produjo [65].

León II, rey de Armenia, murió a principios del verano de 1219, dejando sólo dos hijas. La mayor, Estefanía, era la esposa de Juan de Brienne; la más joven, Isabel, hija de la princesa Sibila de Chipre y Jerusalén, sólo tenía cuatro años. León había prometido la sucesión a su sobrino Raimundo-Roupen de Antioquía, pero en su lecho de muerte nombró heredera a Isabel. Juan en seguida recurrió en favor de su esposa y del hijo varón de ambos, y en febrero de 1220 recibió el permiso del Papa para abandonar la Cruzada y visitar Armenia. Estaba en tan malas relaciones con Pelayo, que su permanencia en el ejército casi no tenía objeto; después de lo cual el Papa confió inequívocamente el pleno mando a Pelayo. Juan salió para Acre. Cuando se preparaba para zarpar hacia Cilicia, murió su esposa armenia, muerte que el rumor atribuyó a sus malos tratos. Al morir, pocas semanas después, su hijo, Juan ya no tenía ningún derecho al trono armenio. Pero no regresó a Egipto [66]. En marzo, al-Mu'azzam invadió el reino, atacando el castillo de Cesarea, que acababa de ser reconstruido, avanzando luego para poner sitio a la plaza fuerte templaria de Athlit. Caballeros templarios fueron enviados rápidamente desde Damietta, y el rey Juan mantuvo su

[64] Véase Donovan, *op. cit.*, págs. 75-9, para un resumen con referencias de los tratos de Federico con el Papa.

[65] *Histoire des Patriarches*, pág. 254; Abul Feda, pág. 91.

[66] Ernoul, pág. 427; *Estoire d'Eracles*, II, pág. 349; Oliverio, *Historia Damiatana*, pág. 248.

ejército en alta mar. El sitio duró hasta noviembre, y al-Mu'azzam se retiró a Damasco [67].

Entretanto la Cruzada seguía estacionada en Damietta. Hubo algún intento de reconstruir la ciudad. El día de la Purificación, en febrero, la mezquita principal fue nuevamente consagrada como catedral bajo la advocación de la Virgen. En marzo llegó un grupo de prelados italianos, presidido por el arzobispo de Milán y acompañado por dos enviados de Federico II. Traían considerables fuerzas y en seguida acordaron con Pelayo que debía lanzarse una ofensiva. Pero los caballeros no accedieron. El rey Juan, decían, era el único jefe al que todas las naciones obedecerían, y estaba ausente [68]. Cuando, en julio, llegó Mateo, conde de Apulia, con ocho galeras enviadas por Federico, Pelayo volvió a apremiar en vano para entrar en acción. Incluso sus propios mercenarios italianos se volvieron contra él cuando propuso una expedición por separado. La única empresa fue una incursión de los caballeros de las órdenes militares contra la ciudad de Burlos, veinte millas al oeste de Damietta. La ciudad fue saqueada, pero los caballeros, a su regreso, cayeron en una emboscada y varios hospitalarios, entre ellos su mariscal, fueron hechos prisioneros [69].

Al-Kamil había recobrado por entonces la confianza. Aunque se hallaba aún escaso de fuerzas terrestres, reparó su flota y, en el verano de 1220, envió una flotilla por el brazo de Rosetta del Nilo. Se dirigió a Chipre, donde encontró una flota de los cruzados en aguas de Limassol, y mediante un ataque de sorpresa hundió o capturó todos los barcos, haciendo miles de prisioneros. Se dijo que Pelayo fue advertido de los preparativos hechos por los marinos egipcios, pero que había hecho caso omiso de la advertencia. Cuando era demasiado tarde, envió una escuadra veneciana para interceptar al enemigo y atacar los puertos de Rosetta y Alejandría, pero sin resultado. La falta de dinero le impedía sostener un número suficiente de barcos de su propiedad, y el tesoro papal no le podía dar nada más [70].

En septiembre, la mayoría de los cruzados inició el regreso a sus patrias. Pero, a fines de año, el papa Honorio envió buenas noticias. Federico había ido a Roma en noviembre de 1220, y el Papa ciñó las coronas de emperador y emperatriz a Federico y a su esposa Constanza. A cambio de ello, Federico prometió definitivamente salir para

[67] Oliverio, *Historia Damiatana*, págs. 244-5, 255-6; Ernoul, págs. 421-4.
[68] Oliverio, *Historia Damiatana*, pág. 248; Roger de Wendover, II, páginas 260-1.
[69] Oliverio, *Historia Damiatana*, pág. 252.
[70] Ernoul, págs. 429-30; Oliverio, *Historia Damiatana*, pág. 253.

Oriente la primavera próxima. Honorio empezaba a desconfiar de las promesas de Federico, e incluso aconsejó a Pelayo que no rechazase ninguna proposición de paz del sultán sin dar cuenta previa a Roma. Pero el nuevo Emperador parecía ahora tomarlo en serio. Animó activamente a sus súbditos a abrazar la Cruz y envió un copioso contingente al mando de Luis, duque de Baviera, que zarpó de Italia a principios de la primavera [71].

La noticia de que se acercaba el duque alegró tanto a Pelayo que, cuando el sultán le ofreció en junio condiciones de paz, se olvidó del consejo del Papa y las rechazó, limitándose a informar de ellas a Roma. Al-Kamil había vuelto a proponer la cesión de Jerusalén y de toda Palestina, con excepción de Transjordania, además de una tregua de treinta años y una compensación en metálico por el desmantelamiento de Jerusalén. Poco después de que fueron rechazadas las condiciones, llegó Luis de Baviera [72].

Federico había ordenado a Luis que no lanzase ninguna ofensiva de envergadura hasta que él mismo estuviese allí. Pero Luis, ávido de atacar al infiel, y no habiendo, después de cinco semanas, ninguna noticia de que Federico hubiese salido de Europa, se dejó captar por los deseos de Pelayo. Cuando el duque alegó que si el ejército reforzado iba a avanzar contra Egipto tendría que hacerlo en seguida, pues estaban próximas las crecidas del Nilo, y cuando el legado manifestó que las finanzas del ejército necesitaban una acción rápida, los cruzados principales se convencieron. Sólo insistían en que se llamara al rey Juan para que desempeñase su papel. Hubo algunos disidentes. La reina regente de Chipre escribió a Pelayo que un gran ejército musulmán se estaba formando en Siria, al mando de al-Mu'azzam y su hermano al-Ashraf, y los caballeros militares confirmaron la noticia a través de sus hermanos en Palestina. Pero Pelayo encontró en ello una razón más para un avance inmediato. Creía también en profecías que anunciaban que la dominación del sultán terminaría pronto [73].

El 4 de julio de 1221 el legado ordenó un ayuno de tres días en el campamento. El día 6 llegó el rey Juan con los caballeros del

[71] Oliverio, *Historia Damiatana*, pág. 257. Véase Hefele-Leclercq, *Histoire des Conciles*, II, págs. 1420-1.

[72] Oliverio, *loc. cit.;* Santiago de Vitry, *op. cit.*, págs. 106-9; Ernoul, página 442.

[73] Oliverio, *Historia Damiatana*, págs. 257-8; Roger de Wendover, II, página 264; Jaime de Vitry, *Epistola*, VII *(Z. K. G.*, vol. XVI, pág. 86); Ernoul, págs. 441-3. Para las profecías, Oliverio, *Historia Damiatana*, págs. 258-9; Jaime de Vitry, *Excerpta (Z. K. G.*, vol. XVI, págs. 106-13); *Annales de Dunstaplia (Annales Monastici*, vol. III, pág. 62); Alberico de Trois Fontaines, pág. 790.

reino, lleno de pesimismo pero sin ganas de que le acusaran de cobarde. El 12, la fuerza cruzada avanzó hacia Fariskur, y allí Pelayo la formó en orden de batalla. Era una hueste impresionante. Los contemporáneos hablaban de 630 barcos de diversos tamaños, 5.000 caballeros, 4.000 arqueros y 40.000 infantes. Una masa de peregrinos acompañaba al ejército. Se les ordenó que se mantuvieran cerca de la orilla del río, para abastecer de agua a los soldados. En Damietta quedó una guarnición numerosa.

El ejército musulmán avanzó hasta Sharimshah para enfrentarse a los cruzados, pero, al observar su número, se retiró detrás del canal Bahr as-Saghir, que corría desde el río al lago Manzaleh, y esperó en posiciones preparadas en Talkha y en el sitio del futuro Mansourah, en cada una de las márgenes del río. El 20 de julio los cruzados habían ocupado Sharimshah. El rey Juan les rogó que permanecieran allí. Las crecidas del Nilo eran inminentes y el ejército sirio se acercaba. Pero Pelayo insistió en otro avance, respaldado por los soldados rasos, crédulos a los rumores de que el sultán había huido de El Cairo. Al sur de Sharimshah entraba en el río un canal procedente de otro brazo. Los cruzados, en su avance, no dejaron barcos para proteger su desembocadura, tal vez porque pensaran que no era navegable. Hacia el sábado, 24 de julio, todo el ejército cristiano estaba situado a lo largo del canal as-Saghir, frente al enemigo.

El Nilo había crecido, y el canal estaba lleno y era fácil de defender. Pero antes de que se hubiese llenado totalmente, los ejércitos de los hermanos de al-Kamil lo cruzaron cerca del lago Manzaleh y se establecieron entre los cruzados y Damietta. En cuanto hubo bastante agua en el canal, junto a Sharimshah, los barcos de al-Kamil zarparon y cortaron la retirada a la flota cristiana. A mediados de agosto, Pelayo se dio cuenta de que su ejército estaba rebasado numéricamente y totalmente cercado, con víveres que sólo durarían veinte días. Después de alguna discusión, los bávaros convencieron al mando de que la única oportunidad de salvación estaba en una retirada inmediata. La noche del jueves, 26 de agosto, se inició el repliegue. Se organizó mal. Muchos de los soldados no pudieron sufrir el dejar sus provisiones de vino y se las bebieron todas antes de abandonarlas. Estaban borrachos cuando se dio la orden de marcha. Los caballeros teutónicos cometieron la locura de incendiar las provisiones que no podían llevar, informando así a los musulmanes del abandono de las posiciones. El Nilo seguía aún creciendo, y el sultán o uno de sus lugartenientes dio orden de que se abrieran las esclusas a lo largo de la margen derecha. El agua irrumpió sobre las tierras bajas que tenían que atravesar los cristianos. Tropezaban

con los charcos embarrados y las zanjas, perseguidos de cerca por la caballería turca del sultán y por los guardias nubios de a pie. El rey Juan y sus caballeros rechazaron a la primera, y los caballeros militares, a los nubios, después de haber sacrificado a miles de infantes y peregrinos. Pelayo, en su barco, fue arrastrado por la crecida rápidamente hasta más allá de la flota de bloqueo egipcia, y como llevaba consigo las medicinas del ejército y muchos de sus víveres, su huida fue un desastre. Algunos otros barcos escaparon, pero muchos fueron capturados [74].

El sábado, 28, Pelayo abandonó toda esperanza y envió un emisario a ver al sultán para tratar de la paz. Aún tenía algunos tantos a su favor para negociar. Damietta había sido fortificada de nuevo y estaba bien guarnecida, y una poderosa escuadra se hallaba en alta mar al mando de Enrique, conde Malta, y de Gualterio de Palear, canciller de Sicilia, enviada por el emperador Federico. Pero al-Kamil sabía que tenía el grueso del ejército cruzado a su merced. Se mostró firme, aunque generoso. Después de discutir durante el fin de semana, Pelayo aceptó el lunes sus condiciones. Los cristianos abandonarían Damietta y observarían una tregua de ocho años, que debía ser confirmada por el Emperador. Habría un canje de todos los prisioneros. El sultán, por su parte, devolvería la Verdadera Cruz. Hasta que se rindiera Damietta, la Cruzada tenía que entregar a sus jefes como rehenes. Al-Kamil dio los nombres de Pelayo, el rey Juan, el duque de Baviera, los maestres de las órdenes y diez y ocho más, entre condes y obispos. El sultán envió a cambio a uno de sus hijos, a uno de sus hermanos y cierto número de emires jóvenes [75].

Cuando los maestres de los templarios y de los caballeros teutónicos fueron enviados a Damietta para anunciar su rendición, la guarnición, al principio, se rebeló contra ella y atacó las casas del rey Juan y de las órdenes. Enrique, conde de Malta, acababa de llegar con cuarenta barcos, y los defensores se sentían lo bastante fuertes para desafiar al enemigo. Pero estaba llegando el invierno y la comida escaseaba; sus jefes eran rehenes, y los musulmanes amenazaban con avanzar sobre Acre. Los rebeldes pronto cedieron. Después de que al-Kamil obsequió al rey Juan con un espléndido festín y de haber abastecido gratuitamente al ejército cristiano, los rehenes fueron canjea-

[74] Oliverio, *Historia Damiatana,* págs. 257-73 (el relato más completo de un testigo presencial); Roger de Wendover, II, págs. 263-4; Ernoul, págs. 439-444; *Histoire des Patriarches,* págs. 257-8; Abu Shama, II, págs. 182-3; Ibn al-Athir, II, págs. 122-4, 158; Ibn Khallikan, III, pág. 241.

[75] Oliverio, *Historia Damiatana,* págs. 274-6; Ernoul, págs. 444-7; *Histoire des Patriarches,* págs. 257-8; Abu Shama, II, págs. 183-5.

dos, y el miércoles, 8 de septiembre, toda la Cruzada embarcó en sus naves y el sultán entró en Damietta [76].

La quinta Cruzada había terminado. Estuvo a punto de conseguir el éxito. Si hubiese habido un jefe prudente y respetado en el ejército cristiano, habría podido ocuparse El Cairo y destruir el gobierno ayubita en Egipto. Con un régimen más amistoso establecido allí —ya que los francos nunca hubiesen podido contar con gobernar todo Egipto—, no habría sido imposible reconquistar Palestina. Pero el Emperador, el único que hubiese podido desempeñar el papel, no llegaba, a pesar de todas sus promesas. Pelayo era un hombre altivo, sin tacto e impopular, cuyas faltas como general se revelaron en la última y desastrosa ofensiva, y el rey Juan, a pesar de su valor, no tenía ni la personalidad ni el prestigio para mandar un ejército internacional. Casi cada episodio de la campaña desembocó en envidias personales o nacionales. Hubiese sido más prudente aceptar las condiciones ofrecidas dos veces por el sultán y haber recuperado Jerusalén. Pero los estrategas tenían probablemente razón cuando decían que, sin los castillos de Transjordania, la propia Jerusalén nunca podría conservarse, al menos mientras los musulmanes de Egipto y de Siria colaborasen entre sí como aliados. Tal y como fue, nada se había ganado y mucho perdido: hombres, recursos y fama. Y las víctimas más desgraciadas fueron los más inocentes. El temor a los cristianos de Occidente provocó una nueva oleada de fanatismo en el Islam. En Egipto, a pesar de la tolerancia personal de al-Kamil, surgieron nuevos inconvenientes para los cristianos nativos, tanto melquitas como coptos. Se les impusieron exorbitantes tributos, se cerraron iglesias y muchas de ellas fueron saqueadas por la furiosa soldadesca musulmana. Tampoco pudieron recuperar totalmente los mercaderes italianos su anterior posición en Alejandría. Sus compatriotas habían alentado la Cruzada. Aunque regresaron a sus tiendas no se podía confiar en ellos fácilmente. Bajo el signo de una vergüenza amarga y bien merecida, embarcaron los soldados de la Cruz hacia sus propios países. Ni siquiera llevaban consigo la Verdadera Cruz. Cuando llegó la hora de su entrega, no pudo ser hallada [77].

[76] Oliverio, *Historia Damiatana*, págs. 274-6; Ernoul, págs. 444-7; *Histoire des Patriarches*, pág. 258.

[77] Para explicaciones contemporáneas del fracaso de las Cruzadas, véase Donovan, *op. cit.*, págs. 94-7 y notas; también Throop, *Criticism of the Crusades*, págs. 31-4.

Capítulo 7
EL EMPERADOR FEDERICO

«Ahora, pues, te he enviado un hombre hábil, dotado de inteligencia.»

(II Paralipómenos [Crónicas], 2, 13.)

Cuando la Cruzada zarpó, desalentada, de Damietta, el rey Juan regresó directamente a Acre, pero el cardenal Pelayo fue más al Norte, para llevar a cabo las instrucciones pontificias en Antioquía y en el reino armenio de Cilicia. A raíz de la muerte del rey León, Honorio reconoció la pretensión de Juan de Brienne de que su esposa o el hijo de ella deberían suceder a aquél. Al morir los dos, traspasó el apoyo de la Iglesia a Raimundo-Roupen de Antioquía, que había venido personalmente a Damietta en el verano de 1220 para consultar con Pelayo. Algunos meses antes, Bohemundo de Trípoli había reconquistado Antioquía, aunque los hospitalarios conservaban la ciudadela. Raimundo-Roupen invadió luego Cilicia, de acuerdo con su madre, la armenia Alicia, y se estableció en Tarso, esperando ayuda de los hospitalarios, con quienes estaba en buenas relaciones, pues había puesto la ciudadela de Antioquía bajo su protección. Pero los nobles armenios realizaron los deseos del difunto rey y aceptaron a su joven hija Isabel como reina, bajo la regencia de Adán de Baghras. Los Asesinos mataron a Adán después de algunos meses de ejercer el poder, sin duda por instigación de los hospitalarios. Le sucedió en la regencia Constantino, jefe de la familia hethoumiana.

Esta representó en el pasado el partido probizantino en Armenia. Ahora, los hethoumianos se manifestaron como los campeones del nacionalismo, contra las tendencias latinizantes de la dinastía reinante. A principios de 1221 Constantino avanzó sobre Tarso, que conquistó, capturando al príncipe y a su madre. Raimundo-Roupen murió en la cárcel poco después. Su eliminación aseguró a Isabel el trono armenio y a Bohemundo de Trípoli el principado de Antioquía [1].

El Papa advirtió a Pelayo que actuase con cautela. Era inútil fomentar las reclamaciones de las hijas niñas de Raimundo-Roupen, que se retiraron con su madre, una Lusignan, a Chipre. Pero Bohemundo era un mal hijo de la Iglesia. Consiguió arrebatar la ciudadela de Antioquía a los hospitalarios, y se desdijo de la promesa acerca de Jabala, que Raimundo-Roupen les había ofrecido si la conquistaban, y transfirió el derecho sobre ella a los templarios. Existía ahora un peligro de guerra abierta entre ambas órdenes. Pelayo consiguió convencer a las dos partes que aceptaran cada una la mitad de la ciudad; pero Bohemundo no sólo se negó a readmitir a los hospitalarios en Antioquía, sino que se anexionó sus posesiones en esa zona, a pesar de que Pelayo le amenazó con la excomunión y de que llevó a cabo su amenaza. Los templarios siguieron estando de acuerdo con él, y el regente de Armenia gestionó su alianza. El sultán seléucida Kaikobad era ahora el más grande potentado de Asia Menor. Había ocupado las montañas occidentales del Tauro y estableció su capital de invierno en la costa de Alaya, y se hallaba amenazando toda la frontera armenia. Los armenios necesitaban de la buena voluntad de Antioquía, por lo que el regente propuso que Bohemundo enviase a su cuarto hijo, Felipe, para casarse con la joven reina armenia, insistiendo sólo en que el novio debería unirse a la Iglesia armenia separada. Bohemundo, enconado por la excomunión fulminada contra él por el legado, permitió de grado que su hijo cayera en la herejía. La alianza entre Armenia y Antioquía sirvió a su inmediato propósito. Kaikobad desvió su atención de ellos para ponerla en sus vecinos musulmanes de Oriente.

Los armenios habían esperado que Felipe, que no tenía esperanzas de heredar nunca Antioquía, se convertiría en un buen armenio. Pero sus gustos eran incorregiblemente latinos, y pasaba todo el tiempo que podía en Antioquía. Los hethoumianos y sus amigos estaban desesperados. Por último, a fines de 1224, le arrestaron cierta noche cuando se trasladaba a Antioquía y le encarcelaron en Sis, donde fue envenenado algunos meses después. Bohemundo estaba furioso, pero poco podía hacer. El Papa había confirmado su excomunión y advir-

[1] Véase Cahen, *La Syrie du Nord,* págs. 628-32, para detalles y fuentes.

tió a los templarios que no tuvieran tratos con él. Los hospitalarios se pusieron abiertamente al lado de los heréticos armenios. Cuando la joven reina, la viuda de Felipe, huyó, con el corazón deshecho, a ponerse bajo la protección de aquéllos, en Seleucia, los hospitalarios entregaron toda la ciudad al regente Constantino, para evitar la vergüenza de entregársela a ella personalmente. Bohemundo recurrió a Kaikobad para que la ayudase, y los seléucidas invadieron Cilicia. Constantino apremió entonces a Bohemundo para que les detuviera, diciéndole que viniera a Cilicia y que le devolvería a su hijo, y después convino con el regente de Alepo, Toghril, que avanzara sobre Antioquía. Cuando Bohemundo se hallaba ya en Cilicia, se le dijo que su hijo había muerto, y tuvo que regresar a toda prisa para defender su capital contra Toghril. Entretanto, la desgraciada reina Isabel fue obligada a casarse con Hethoum, hijo de Constantino. Durante muchos años se negó a vivir con él, pero al fin se aplacó. Ella y Hethoum fueron coronados juntos en 1226. Constantino, a pesar de todo su nacionalismo, consideraba ahora prudente reconciliar a Armenia con el Papado. Fueron enviados mensajes de lealtad, en nombre del joven matrimonio, al Papa y al emperador Federico[2].

Fue una ventaja para los cristianos del Norte que sus dos principales vecinos musulmanes, los seléucidas y los ayubitas de Alejo y de Mosul, estuvieran combatiendo continuamente entre sí, pues la tregua de ocho años garantizada por al-Kamil no era aplicable a ellos. Más al Sur, Juan de Brienne la aprovechó ávidamente para que descansase su fatigado reino y, sobre todo, para restablecer el comercio con el interior musulmán, que era lo que proporcionaba sus principales ingresos. En el otoño de 1222 decidió visitar Occidente. Deseaba consultar con el Papa acerca de la ayuda futura a su reino, y tenía que encontrar un esposo para su hija, la joven reina. Sólo tenía once años, pero él ya pasaba de los setenta. Había que asegurar la sucesión. Después de nombrar virrey a Odón de Montbéliard, embarcó en Acre con Pelayo, que acababa de terminar una visita pastoral a Chipre; con el patriarca de Jerusalén, Rodolfo de Merencourt, y con el gran maestre del Hospital. El gran maestre de los caballeros teutónicos, Germán de Salza, ya estaba en Roma. El grupo desembarcó en Brindisi, a fines de octubre[3].

Juan fue derecho a Roma, donde reclamó que en el futuro cualquier territorio conquistado por una Cruzada tenía que ser entrega-

[2] Cahen, *op. cit.*, págs. 632-5. Los historiadores armenios escriben desde el punto de vista de los hethoumianos. El mejor relato objetivo se encuentra en Ibn al-Athir (II, págs. 168-70).

[3] Oliverio, *Historia Damiatana*, pág. 280; *Estoire d'Eracles*, II, pág. 355; Ernoul, págs. 448-9; *Annales de Terre Sainte*, pág. 437.

do al reino de Jerusalén. Pelayo parecía dudar, pero el Papa se mostró de acuerdo con Juan, y el Emperador envió un mensaje diciendo que él también aprobaba la pretensión de Juan. Este prosiguió entonces a Francia para visitar de nuevo a su viejo amigo el rey Felipe Augusto. Entretanto, Germán de Salza favoreció la proposición de que la reina Yolanda se casara con el mismo emperador Federico, cuya esposa había muerto hacía cuatro meses. Sería una pareja espléndida. Juan se sentía halagado por la idea, pero vacilaba, hasta que Germán le prometió que podría retener la regencia hasta su muerte. El Papa estaba entusiasmado. Si Federico era consorte de Jerusalén sería seguro que ya no seguiría hablando en sentido ambiguo ni aplazando su Cruzada. Cuando Juan llegó a París las negociaciones estaban casi terminadas. El rey Felipe no estaba contento con la noticia y se lo reprochó a Juan. Hasta entonces había sido al rey de Francia a quien se consultaba sobre el esposo de una heredera de Ultramar. El mismo Juan había sido nombrado por Felipe. Pero, por los recuerdos de antaño, Felipe recibió afectuosamente a Juan, y Juan estuvo a su lado cuando murió el rey en Mantes, el 14 de julio de 1223. En su testamento, Felipe dejaba a Juan la suma de 50.000 marcos en beneficio del reino de Jerusalén, y legados parecidos al Hospital y al Temple. Juan asistió al funeral del rey y a la coronación de su hijo, Luis VIII; marchó después en peregrinación a Santiago de Compostela. Permaneció algunos meses en Castilla, donde se casó con Berenguela, hermana del rey Fernando III, y regresó a Italia en algún momento del año 1224 [4].

En agosto del año siguiente el conde Enrique de Malta llegó a Acre con catorce galeras imperiales para buscar a la joven reina, ahora de catorce años, y llevarla a Italia para su boda. A bordo estaba Jaime, arzobispo electo de Capua, quien, en cuanto desembarcó, se casó con Yolanda, en su calidad de apoderado de Federico, en la iglesia de la Santa Cruz. Después fue llevada a Tiro, y allí, considerándola ahora mayor de edad, fue coronada reina de Jerusalén por el patriarca Rodolfo, en presencia de toda la nobleza de Ultramar. Hubo regocijo durante dos semanas: luego la reina embarcó, acompañada del arzobispo de Tiro, Simón de Maugastel, y de su primo, Balian de Sidón. Se detuvo algunos días en Chipre para visitar a su tía, la reina Alicia. Cuando llegó el momento de partir, ambas reinas y todas sus damas se deshicieron en lágrimas, y oyeron mur-

[4] Ernoul, págs. 449-50; *Estoire d'Eracles*, II, págs. 355-6; Ricardo de San Germano, *M. G. H.*, vol. XIX, págs. 342-3; *Historia Diplomatica Friderici Secundi* (ed. Huillard-Bréholles), II, pág. 375. Como Federico y Yolanda eran primos terceros, el Papa concedió la dispensa para el matrimonio (Raynaldus, anno 1223, núm. 7, I, págs. 465-6).

murar a Yolanda un triste adiós a la dulce tierra de Siria, que no volvería a ver nunca más [5].

El Emperador, con el rey Juan, esperaba a su esposa en Brindisi. Fue recibida con pompa imperial y tuvo lugar una segunda ceremonia nupcial el 9 de noviembre de 1225, en la catedral de Brindisi [6].

Federico tenía treinta y un años. Era un hombre hermoso, no alto, pero bien formado, aunque ya con cierta tendencia a la obesidad. Su pelo, el pelo rojizo de los Hohenstaufen, se le caía ligeramente. Sus facciones eran correctas, con una boca gruesa, bastante sensual, y una expresión que parecía amable hasta que la desmentían sus verdes ojos fríos, cuya penetrante mirada disimulaba su miopía. Su brillantez intelectual era evidente. Hablaba correctamente seis idiomas: francés, alemán, italiano, latín, griego y árabe. Estaba bien versado en filosofía, en ciencias, en medicina y en historia natural, y tenía buena información sobre otros países. Su conversación, cuando elegía el tema, era fascinante. Pero, a pesar de toda su brillantez, no era simpático. Era cruel, egoísta y astuto, nada de fiar como amigo e implacable como enemigo. Su desenfreno en los placeres eróticos de toda índole sorprendía incluso a las reglas fáciles de Ultramar. Le gustaba sorprender a sus contemporáneos con comentarios escandalosos sobre religión y moral. En realidad no era irreligioso, pero su cristianismo era más bien el de algún emperador bizantino. Se consideraba el virrey ungido de Dios en la tierra. Sabíase competente y estudioso en teología; no iba a someterse al dictado de cualquier obispo, ni siquiera al del obispo de Roma. No veía ningún mal en interesarse por otras religiones, especialmente el Islam, con el que había estado en contacto toda su vida. No consideraría cismáticos a los griegos porque rechazaran la autoridad del Papa. Sin embargo, ningún soberano persiguió con mayor salvajismo a tales cristianos herejes, como a los cátaros y sus hermanos. Para el occidental corriente, era casi incomprensible. Aunque medio alemán y medio normando por sangre, era esencialmente siciliano por educación, hijo de una isla mitad griega y mitad árabe. Como soberano en Constantinopla o en El Cairo hubiese sido eminente, aunque no excéntrico. Como rey de Alemania y emperador occidental era una maravilla aterradora. Y, sin embargo, a pesar de toda su comprensión para el Oriente como conjunto, nunca comprendió a Ultramar [7].

Dio pruebas de su calaña al día siguiente de su boda. Salió de

[5] *Estoire d'Eracles,* II, págs. 357-8; *Gestes des Chiprois,* págs. 22-3.

[6] *Estoire d'Eracles, loc. cit.*

[7] Acerca del aspecto físico de Federico, véase Kantorowicz, *Frederick II,* páginas 366-8. Esta obra idealiza un poco su figura y le da un cierto tono romántico. Véase también *infra,* pág. 182.

Brindisi con la emperatriz sin avisar a su suegro, y cuando el rey le siguió apresuradamente, le recibió con frialdad. Se produjo una verdadera riña cuando Juan supo, por su hija deshecha en lágrimas, que su esposo había seducido a una de sus primas. Federico anunció después fríamente que él nunca había prometido que Juan seguiría siendo regente. No había ningún acuerdo escrito, y el rey no tenía ningún derecho legal una vez que su hija se había casado. Juan se vio despojado de su cargo, y los soldados de Federico incluso le arrebataron la suma de dinero que el rey Felipe le había donado para Jerusalén [8]. Huyó, desesperado, a la corte papal. El papa Honorio, que estaba, tercamente, poco dispuesto a pensar mal de su antiguo alumno, volvió a desilusionarse y a disgustarse, pero no pudo hacer nada en favor de Juan, salvo confiarle el gobierno del patrimonio toscano. Sin embargo, la carrera del viejo guerrero no había terminado. Ya había sido propuesto para el trono de Inglaterra. En 1228 el Imperio latino de Constantinopla tenía necesidad de un regente para el emperador niño Balduino II. Juan, aunque casi octogenario, muy gustoso se hizo cargo de la tarea. Balduino se casó con la hija de aquél, María, que sólo tenía cuatro años, y Juan procuró cuidadosamente que se le diera el título de emperador, que llevó hasta su muerte en 1237 [9].

La reina emperatriz Yolanda fue menos afortunada que su padre; Federico la envió al harén que sostenía en Palermo, y allí vivía en reclusión, añorando la vida brillante de Ultramar. El 25 de abril de 1228 dio a luz un niño, Conrado, y habiendo cumplido con su deber, murió seis días más tarde. No tenía aún diecisiete años [10].

Federico había prometido al Papa, al principio, que se casaría con Yolanda en Siria; pero a petición propia, hecha a través del rey Juan y del maestre de los caballeros teutónicos, se le concedió un aplazamiento de dos años. El 25 de julio de 1225 se entrevistó con dos legados papales en San Germano y prestó juramento de salir para Oriente en agosto de 1227, y que enviaría mil caballeros en seguida, y que depositaría 100.000 onzas de oro en Roma, que serían entregadas a la Iglesia si quebrantaba su voto. Si se hubiese aceptado

[8] Ernoul, págs. 451-2; *Estoire d'Eracles,* II, págs. 258-60 (también página 356, donde se dice que Juan pensaba que conservaría la regencia hasta 1227, en que Yolanda tendría dieciséis años); Ricardo de San Germano, pág. 345; *Historia Diplomatica Friderici Secundi,* II, pág. 392. Federico ya se llamaba a sí mismo rey de Jerusalén en diciembre de 1225 (*ibid.,* II, pág. 526). La prima seducida era la hija de Gualterio de Brienne.

[9] Acerca de la posterior carrera de Juan, véase Lognon, *L'Empire Latin,* páginas 169-74.

[10] Ernoul, pág. 454; *Estoire d'Eracles,* II, pág. 366; Ricardo de San Germano, pág. 447; *Historia Diplomatica Friderici Secundi,* I, pág. 858.

el consejo de Ultramar, la partida del Emperador se habría aplazado hasta 1229, cuando terminase la tregua con al-Kamil [11].

Los caballeros prometidos fueron enviados en el convoy que iba a regresar con la futura emperatriz. Federico, por su parte, utilizó los dos años de licencia para un intento de establecer su gobierno en la Italia del norte y enlazar así sus tierras alemanas con las italianas del Sur. La hostilidad decidida de la Liga lombarda le hizo fracasar, y sólo pudo asegurar un compromiso de colaboración con los lombardos halagando al Papado con una nueva demostración de entusiasmo para la Cruzada. Pero su viejo tutor, el papa Honorio, murió en marzo de 1227. El nuevo Papa, Gregorio IX, era de hechura más austera. Primo de Inocencio III, lo mismo que éste era un hombre con una mente clara y legalista y una fe soberbia e inflexible en la autoridad divina del Papado. Severo y ascético, no le gustaba Federico como hombre, y comprendió que no podía haber tregua entre el papismo cesáreo del Emperador y su propia idea de la autoridad. La política, tanto como la piedad, exigía que Federico partiese para Oriente [12].

Federico parecía dispuesto a marchar. Un grupo de cruzados ingleses y franceses, dirigidos por los obispos de Exeter y de Winchester había zarpado ya para Oriente. Durante el verano de 1227, el Emperador reunió un gran ejército en Apulia. Una epidemia de malaria debilitó al ejército, pero varios miles de soldados zarparon de Brindisi en agosto, al mando de Enrique IV, duque de Limburg. Federico se unió al ejército pocos días después y embarcó el 8 de septiembre. Apenas habían levado anclas, cuando uno de sus compañeros, Luis, landgrave de Turingia, cayó desesperadamente enfermo. El barco en que iban entró en Otranto, donde murió el landgrave, y Federico mismo cogió la enfermedad. Se separó de la flota, que envió a aguas de Acre al mando del patriarca de Jerusalén, Geroldo de Lausana, y fue a curarse a las caldas de Pozzuoli. Fue despachado un emisario para explicar al papa Gregorio, entonces en Anagni, el inevitable retraso [13]. Pero a Gregorio no le convenció la historieta. Pensaba que el Emperador estaba mintiendo otra vez. Le excomulgó en el acto, y ratificó la sentencia solemnemente en San Pedro, en no-

[11] *Historia Diplomatica Friderici Secundi,* III, págs. 36-48; *Regesta Honorii Papae III,* núm. 5.566, II, pág. 352.

[12] Hefele-Leclercq, *Histoire des Conciles,* V, II, págs. 1467-8.

[13] *Historia Diplomatica Friderici Secundi,* III, pág. 44, V, pág. 329; *Annales Marbacenses,* pág. 175; Alberico de Trois Fontaines, pág. 920; Ricardo de San Germano, pág. 348. Luis de Turingia era el marido de Santa Isabel de Hungría. Véase Hefele-Leclerq, *op. cit.,* págs. 1469-70. Ernoul, págs. 458-9, menciona la llegada de la primera expedición cruzada y hace notar el gran número de ingleses que participaban en ella.

viembre [14]. Federico, después de dirigir un grave manifiesto a los príncipes de Europa denunciando las pretensiones papales, siguió adelante con los preparativos para la Cruzada. Aunque el Papa le advirtió que no podía salir para la guerra santa mientras estuviera condenado por la Iglesia, reunió un pequeño grupo y embarcó en Brindisi, el 28 de junio de 1228 [15]. El retraso había cambiado, sin embargo, su situación, pues la emperatriz Yolanda había muerto. Federico ya no era rey ni consorte de la reina, sino salvaguardia del rey niño Conrado, su hijo. Los barones del reino estaban facultados, si así querían, para negarle la regencia [16].

Los gobernantes del Oriente franco no esperaban con demasiado placer la llegada del Emperador. Bohemundo de Antioquía y Trípoli era el que se hallaba menos inquieto, porque no reconocía señor alguno, excepto, quizá, al emperador latino de Constantinopla. Pero Federico podía reclamar el derecho de soberanía sobre Chipre, ya que el rey Amalarico había recibido la corona del emperador Enrique VI, y hasta la muerte de la emperatriz, que no fue conocida en Oriente hasta la fecha de su llegada aproximadamente, era en realidad el rey de Jerusalén [17]. Había intervenido ya en los asuntos del reino de Jerusalén. En 1226 envió a Tomás de Aquino, conde de Acerra, para sustituir a Odón de Montbéliard como regente; y Tomás demostró en sus relaciones con el Tribunal Supremo un vigor y una decisión que no fueron del completo agrado de los barones [18].

En Chipre, el regente oficial para el rey niño, Enrique I, era su madre, Alicia de Jerusalén. Había confiado el gobierno a su tío Felipe de Ibelin, hijo segundo de la reina María Comneno. Las relaciones entre la reino y su bailli no eran muy buenas. Ella se quejaba de que sus deseos nunca eran tenidos en cuenta; la discordia sobrevino en 1223, cuando Felipe se opuso a que el clero ortodoxo le usurpara sus diezmos en beneficio de los latinos, como el cardenal Pelayo había recomendado en el concilio celebrado en Limassol. La reina, que se había manifestado de acuerdo con el cardenal, cuando fracasó en sus propósitos, se retiró dolida a Trípoli, donde se casó con el mayor de los hijos a la sazón vivos de Bohemundo, el futuro

[14] Hefele-Leclercq, *op. cit.*, págs. 1471-2.

[15] *Historia Diplomatica Friderici Secundi*, III, págs. 37-48, para el texto del manifiesto de Federico.

[16] *Ibid.*, I, pág. 898; Ricardo de San Germano, pág. 350; *Estoire d'Eracles*, II, págs. 366-7; Hefele-Leclercq, *op. cit.*, pág. 1477.

[17] Acerca de la situación legal de Federico, véase La Monte, *Feudal Monarchy*, pág. 59.

[18] *Estoire d'Eracles*, II, pág. 364.

Bohemundo V[19]. En 1225, cuando ya era seguro que el Emperador pensaba acudir a Oriente, Felipe ordenó la coronación del rey niño, de ocho años, Enrique, para evitar por lo menos que, cuando Enrique llegara a los quince años, se prolongara la regencia, alegando que no había sido todavía coronado. La reina Alicia, aunque en exilio voluntario, todavía se consideraba a sí misma como regente. Su intento de nombrar bailli a su nuevo esposo no tuvo éxito, porque ninguno de los barones aceptó. Entonces ella se lo ofreció a uno de los barones principales, Amalarico Barlais, quien, aunque se había opuesto a la candidatura de Bohemundo, lo aceptó, principalmente a causa de que odiaba a los Ibelin. Pero los barones, con alguna excepción, manifestaron que un bailli sólo podía ser designado con el consentimiento del Tribunal Supremo, y éste solicitó que Felipe continuara en su cargo. Después de un conflicto con los partidarios de los Ibelin, Barlais se retiró a Trípoli, para esperar la llegada de Federico, mientras uno de sus amigos, Gabino de Chenichy, marchaba a Italia para unirse al Emperador[20]. Felipe de Ibelin murió en 1227, y el Tribunal Supremo invitó a su hermano, Juan, señor de Beirut, para que le reemplazase como bailli. La reina Alicia confirmó este nombramiento[21].

Juan de Ibelin era ahora la persona más importante de Ultramar. Era, en Oriente, el pariente varón más próximo tanto del rey de Chipre como de la reina Yolanda. Era rico; poseía la ciudad de Beirut, y su esposa era la heredera de Arsuf. Sus cualidades personales le hicieron ganarse el respeto general. Su cuna, su riqueza e integridad le habían hecho, desde algunas décadas, el candidato aceptado para los barones de Ultramar. Medio franco levantino y medio griego, comprendía el Oriente y sus pobladores y estaba igualmente versado en la historia y las leyes del reino franco[22]. El emperador Federico comprendió inmediatamente que era el principal peligro para su política. Federico también entendía el Oriente y sus habitantes, debido a su permanencia en Sicilia. Su trato con los musulmanes era de tal índole que los barones establecidos en Ultramar lo podían acoger con simpatía. Pero la concepción que Federico tenía de la monarquía no era igual a la suya. El rey de Jerusalén era, por tradición, un rey sujeto a una constitución, poco más que un presidente

[19] Hill, *History of Cyprus,* II, págs. 87-8, contiene referencias y un análisis de las fechas.

[20] *Gestes des Chiprois,* págs. 30-3; *Estoire d'Eracles,* II, págs. 361-2.

[21] *Gestes des Chiprois,* pág. 37; *Annales de Terre Sainte,* pág. 438; *Estoire d'Eracles,* II, pág. 365, da equivocadamente la fecha de 1228 para la muerte de Felipe. En ningún sitio se afirma taxativamente que Juan fue nombrado bailli, pero actuaba como tal cuando llegó el Emperador.

[22] Véase La Monte, «John of Ibelin», en *Byzantion,* vol. XII.

del Tribunal Supremo y un comandante en jefe. Pero Federico se consideraba a sí mismo como un autócrata al modo romano bizantino, el depositario del poder y la ley, el supremo virrey de Dios en el mundo, con todas las ventajas que el derecho hereditario podía ofrecerle. El Emperador de los romanos no iba a ser controlado por una serie de pequeños barones francos.

Barlais y su partido estaban ya en contacto con Federico antes de que llegara a Limassol el 21 de julio de 1228. Por consejo de éstos, inmediatamente convocó a Juan de Ibelin para que fuese a verle, acompañado de sus hijos y del joven rey de Chipre. Los amigos de Juan le previnieron acerca de la reputación de pérfido que Federico tenía; pero Juan era valiente y correcto. Nunca rechazaría una invitación del soberano de Chipre. A su llegada, en compañía de sus hijos y el rey, Federico lo recibió con honores, llamándole tío y ofreciéndole ricos presentes. Se le dijo que abandonara el luto que llevaba por su hermano Felipe y que acudiese a una fiesta dada en su honor. Pero los soldados de Federico se introdujeron sigilosamente en la fiesta y se situaron detrás de cada uno de los invitados, con las espadas desenvainadas. Entonces Federico exigió de Juan que le sometiese su feudo de Beirut y le entregase todas las rentas de Chipre desde la muerte del rey Hugo. Juan respondió que Beirut le había sido dado por su hermana, la reina Isabel, y que defendería su derecho sobre el mismo ante el Tribunal Supremo del reino de Jerusalén. En cuanto a las rentas, tanto Felipe como él las habían entregado, como correspondía, a la regente, la reina Alicia. Federico le amenazó abiertamente, pero Juan se mantuvo firme. No podría decirse, afirmó, que hubiera rehusado ayudar al Emperador en su Cruzada, pero aunque le matasen por ello, no iría contra las leyes del país. Federico, que tenía sólo tres o cuatro mil soldados consigo, no se atrevió a correr el riesgo de un conflicto abierto. Ordenó que veinte nobles, incluidos dos hijos de Juan, quedasen con él como rehenes, que el rey permaneciese con él y que Juan le acompañase a Palestina. A cambio, Juan y los nobles chipriotas reconocieron, como era justo, a Federico como soberano de Chipre, pero no como regente —porque la reina Alicia era la regente legal—, y como regente pero no como rey de Jerusalén, porque ya sabían que Yolanda había muerto y que el rey era su hijo, el niño Conrado [23].

El Emperador, entretanto, había convocado en Chipre a los principales potentados de Ultramar. En agosto, Balian, señor de Sidón, llegó desde el continente con algunas tropas; poco después lo hizo

[23] *Gestes des Chiprois*, págs. 37-45, constituyen un relato lleno de vida de Felipe de Novara, que probablemente lo presenció; *Estoire d'Eracles*, II, páginas 367-8.

Guido Embriaco de Jebail, que detestaba a los Ibelin, y de quien Federico, igual que Leopoldo VI un año antes, había obtenido una gran cantidad de dinero. Con estos refuerzos, el Emperador marchó sobre Nicosia. En el camino se les unió Bohemundo IV de Antioquía. Juan de Ibelin estaba cautelosamente retirado en el castillo que los griegos denominaban Cumbres Gemelas, Didymi; los francos, Dieu d'Amour, y hoy se conoce como San Hilarión. Había ya enviado allí a las mujeres y niños de su séquito, con grandes cantidades de provisiones. El derecho feudal establecía que, durante una regencia, los barones no podían ser expulsados de los castillos que les había confiado el último monarca. Federico no quería ahora infringir la ley. Estaba deseando marchar hacia Palestina. Balian de Sidón, sobrino de Juan, parece que actuó de mediador. Se convino que el rey rendiría homenaje al Emperador y que todos los chipriotas le jurarían fidelidad como señor supremo. Pero, aunque fue Alicia la reconocida como regente, Federico no quiso nombrar bailli para gobernar el país, y Juan iría a Palestina para defender su derecho sobre Beirut ante el Tribunal Supremo. Todos los rehenes serían liberados. En estas condiciones, después de que se hicieron juramentos de conservar la paz, el Emperador zarpó de Famagusta el 3 de septiembre, acompañado por el rey, los Ibelin y la mayor parte de los barones de Chipre. Amalarico Barlais quedó como bailli, asistido por Gabino de Chenichy y otros amigos[24].

Federico había propuesto también que Bohemundo le rindiese homenaje por Trípoli y Antioquía. Bohemundo al momento fingió un ataque de nervios, y se marchó secretamente a su morada, donde experimentó un notable restablecimiento[25].

Cuando el Emperador y sus acompañantes llegaron a Acre, Juan de Ibelin se marchó apresuradamente a Beirut, para asegurarse que podría resistir un ataque del Emperador. Luego regresó a Acre, para defenderse ante el Tribunal Supremo. Pero Federico no tenía prisa en actuar. Habían llegado noticias a Palestina de que el Papa le había excomulgado de nuevo por haber partido para la Cruzada antes de obtener la absolución de su excomunión anterior. Había dudas de si eran válidos los juramentos de fidelidad que se le habían prestado; y muchas personas piadosas, incluido el patriarca Geroldo, rehusaron cooperar con él. Los templarios y los hospitalarios no podían tener

[24] *Gestes des Chiprois*, págs. 45-8; *Estoire d'Eracles*, II, págs. 368-9. Según la ley germánica, un rey no llegaba a la mayoría hasta los veinticinco años, pero en Jerusalén y Chipre se alcanzaba a los quince. Probablemente Federico pretendía que Enrique fuese considerado menor hasta que tuviese veinticinco. Véase Hill, *op. cit.*, II, pág. 98, n. 4.

[25] *Gestes des Chiprois*, pág. 48.

nada que ver con un excomulgado. Solamente podía confiar en los caballeros teutónicos, cuyo maestre, Germán de Salza, era amigo suyo. Su ejército propio no era grande. De las tropas que en 1227 habían salido con el duque de Limburg, muchas habían vuelto ya a sus patrias a causa de la impaciencia o por temor de ofender a la Iglesia. Otras fuerzas habían zarpado de Oriente un mes antes con el patriarca, y Federico había enviado, en la primavera de 1228, quinientos caballeros a las órdenes de su fiel servidor, el mariscal Ricardo Filangieri. Ni siquiera con todo el ejército de Ultramar reuniría una fuerza capaz de dar un golpe decisivo a los musulmanes. A aumentar esta desazón contribuyeron las noticias que llegaban de Italia de que su lugarteniente Reinaldo, duque de Spoleto, había fracasado en la marca de Ancona y que el Papa estaba acumulando fuerzas para invadir su reino. Federico no podía emprender una larga campaña en Oriente. Su Cruzada tenía que ser una cruzada de diplomacia [26].

Afortunadamente para el Emperador, el sultán al-Kamil tenía opiniones parecidas. La alianza de los tres hermanos ayubitas, al-Kamil, al-Mu'azzam de Siria y al-Ashraf del Jeziteh no había sobrevivido mucho tiempo a su triunfo sobre la quinta Cruzada. Al-Mu'azzam siempre había envidiado a al-Kamil, y ahora sospechaba, con razón, que al-Kamil y al-Ashraf estaban proyectando dividir sus tierras. Al este de los ayubitas, el gran Imperio kwarismiano de Jelal ad-Din estaba alcanzando su apogeo. Jelal ad-Din había rechazado una invasión mongola y ahora gobernaba desde el Azerbaiján al Indico, y dominaba al Califa de Bagdad. Aunque la presencia de los mongoles en su retaguardia le retrajo de aventuras demasiado hacia el Oeste, constituía un peligro potencial para los ayubitas; y cuando al-Mu'azzam, para vejar a sus hermanos, le pidió ayuda y en 1226 reconoció su soberanía, al-Kamil se atemorizó realmente. Al-Ashraf estaba a la defensiva soportando un sitio en su capital, Akhlat. Los mongoles en ese momento estaban ocupados en China, y un llamamiento a ellos, aunque fuera una buena idea, tendría que ser desatendido. Por tanto, en el otoño de 1226, al-Kamil envió a uno de sus emires de más confianza, Fakhr ad-Din ibn as-Shaikh, a Sicilia, para solicitar ayuda del emperador Federico. Federico se mostró amable, pero no prometió nada. Se consideraba aún como un cruzado activo. Pero, para conservar abiertas las negociaciones, envió a Tomás de Acerra, que ya estaba en Palestina, en unión del obispo de Palermo, a El Cairo, con regalos y mensajes de amistad para el sultán al-Kamil; éste, igual que en tiempos de la quinta Cruzada, estaba dispuesto a

[26] Röricht, *Geschichte des Königreichs Jerusalem,* págs. 776-7, analiza la fuerza numérica del ejército de Federico. Nunca sobrepasó los 11.000 hombres, y muchos soldados volvieron a sus patrias rápidamente.

devolver Jerusalén a los cristianos. Desgraciadamente pertenecía a su hermano al-Mu'azzam; y cuando el obispo de Palermo fue a Damasco para formalizar el pacto, al-Mu'azzam respondió airadamente que no era pacifista y que aún utilizaba su alfanje. Entretanto, Fakhr ad-Din volvió a Sicilia, donde se hizo íntimo amigo del Emperador, por quien fue cruzado caballero. La salida hacia Oriente de Federico, tan tenazmente presionado por el Papa, se hizo también apremiante por parte del sultán [27].

Pero antes de que Federico se marchase, cambió la situación. Al-Mu'azzam murió el 11 de noviembre de 1227, dejando sus dominios a un joven de veintiún años, su hijo an-Nasir Dawud. Como el nuevo gobernante era débil y carecía de experiencia, al-Kamil inmediatamente se dispuso a anexionarse sus territorios. Marchó a Palestina y tomó Jerusalén y Nablus. An-Nasir recurrió a su tío al-Ashraf, que acudió apresuradamente en su ayuda, advirtiendo que había venido para impedir que los francos tomaron ventaja de la situación para anexionarse Palestina. Al-Kamil, abiertamente, pretendía lo mismo, cosa que parecía plausible ahora que Federico estaba camino de Oriente. Más adelante los dos hermanos se reunieron en Tel-Ajul, cerca de Gaza, y decidieron dividir las tierras de su sobrino entre ellos, alegando aún que obraban por altruismo en favor de los intereses del Islam. An-Nasir había acampado en Beisan, lugar en que al-Ashraf proyectaba apresarlo. Pero el muchacho se enteró del complot y huyó a Damasco. Los soldados de su tío le persiguieron y pusieron sitio a la ciudad hacia finales del año 1228 [28].

En tales circunstancias al-Kamil lamentaba la llegada de Federico. Tenía todas las probabilidades de conseguir Palestina para sí de manera permanente; pues los kwarismianos no daban señales de venir en ayuda de an-Nasir. Pero la presencia del ejército cruzado en Acre significaba que no podría concentrar todas sus fuerzas en el sitio de Damasco. No era posible confiar plenamente en Federico; podía decidirse a intervenir en favor de la causa de an-Nasir. Cuando Federico envió a Tomás de Acerra y Balian de Sidón a visitar a al-Kamil para anunciarle su llegada, al-Kamil ordenó a Fakhr ad-Din que visitase una vez más al Emperador para entablar negociaciones y prolongarlas el mayor tiempo posible, hasta que Damasco cayera o Federico se volviera a su patria. Siguieron varios meses de conversación

[27] Para una versión general de la política de al-Kamil, véase Ibn al-Athir, II, págs. 162-8; Abul Feda, págs. 99-102; al-Aïni, págs. 183-6; Maqrisi, trad. Blochet, IX, págs. 470-511; *Histoire des Patriarches d'Alexandrie*, pág. 518.

[28] Ibn Khallikan, II, pág. 429; Maqrisi, IX, págs. 516-18; Abu Shama, II, págs. 187-91; Ibn al-Athir, II, págs. 173-4; *Histoire des Patriarches*, página 519.

en un ambiente en parte de engaño mutuo y en parte de mutua admiración. Ni el emperador ni el sultán creían de un modo fanático en sus respectivas religiones. Cada uno estaba interesado en la forma de vivir del otro. Ninguno de ellos estaba dispuesto a ir a la guerra, si es que podía evitarlo; pero cada uno tenía que alardear lo más posible para mantener el prestigio entre su gente. Federico se sentía acosado por el tiempo y porque su ejército no era lo suficientemente grande para una campaña prolongada; pero a al-Kamil le alarmaba cualquier síntoma de fuerza mientras Damasco no cayera, y estaba dispuesto a hacer concesiones a los cristianos si esto le ayudaba a proseguir su política general, que consistía en reunir y dominar el mundo ayubita. Pero las concesiones no debían ser demasiado grandes. Cuando Federico pidió el abandono de toda Palestina, Fakhr ad-Din, siguiendo órdenes de al-Kamil, le dijo que su señor no podía atreverse a ofender de tal modo la opinión musulmana.

A finales de noviembre de 1228, intentó apresurar las cosas mediante un despliegue militar. Reunió a todas las tropas que podían seguirle y marchó por la costa hacia Jaffa, ciudad que comenzó a fortificar de nuevo. Al mismo tiempo, an-Nasir, que no estaba totalmente cercado en Damasco, condujo un ejército a Nablus para interceptar las líneas de suministro de su tío. Pero al-Kamil no se dejó engañar. Rompió las negociaciones alegando que hombres de Federico habían saqueado pueblos musulmanes, y las reanudó solamente cuando Federico compensó a los perjudicados [29].

Pero al final Federico resultó ser mejor negociador. Cuando llegó febrero, an-Nasir estaba todavía sano y salvo en Damasco, y Jelal ad-Din el kwarismiano empezaba a preocuparse de nuevo por el Occidente. Federico había acabado de fortificar Jaffa y, por consejo de Fakhr ad-Din, envió a Tomás de Acerra y Balian de Sidón una vez más a entrevistarse con al-Kamil. El 11 de febrero volvieron con las condiciones definitivas del sultán. Federico las aceptó, y una semana más tarde, el día 18, firmó un tratado de paz con los representantes de al-Kamil, Fakhr ad-Din y Salah ad-Din de Arbela. Fueron testigos el gran maestre de la Orden teutónica y los obispos de Exeter y Winchester. Por este tratado el reino de Jerusalén recibiría la ciudad de Jerusalén y Belén con un pasillo que iba por Lydda hasta el mar en Jaffa, Nazaret y la Galilea occidental, incluidos Montfort y Torón y el resto de las zonas musulmanas en los alrededores de Sidón. Pero en Jerusalén, la parte del Templo, con la Cúpula del Peñasco y la mezquita de al-Aqsa, tenía que permanecer en manos de los musulmanes,

[29] *Estoire d'Eracles,* II, págs. 369-72; Ernoul, págs. 460-3; al-Aïni, páginas 186-8.

a los que se permitiría la entrada y la libertad de culto. Federico podía reconstruir las murallas de Jerusalén, concesión que le fue hecha a él personalmente. Todos los prisioneros de ambos bandos deberían ser puestos en libertad. La paz tenía que durar diez años según el calendario cristiano y diez años y cinco meses según el musulmán. Esto no se refería al principado de Antioquía-Trípoli, perteneciente a Bohemundo [30].

De esta manera, sin un solo disparo, el Emperador excomulgado recuperó los Santos Lugares para la Cristiandad. Pero muy pocas veces un tratado ha tenido tan inmediata y general repulsa. El mundo musulmán estaba aterrorizado. En Damasco, an-Nasir, no sin fruición, ordenó luto público por la traición al Islam. Incluso los propios imanes de al-Kamil le insultaron en su cara, y su pobre réplica de que sólo había entregado casas e iglesias en ruinas, mientras los santuarios musulmanes estaban intactos y salvos para la Fe, fue un consuelo insignificante; tampoco parecía una excusa adecuada el que los musulmanes eran ahora los dueños estratégicos de la provincia [31]. Los cristianos, por su parte, se daban cuenta de la posición estratégica. Los más intransigentes de ellos lamentaban que Jerusalén no se hubiese conquistado por las armas, y estaban disgustados porque el infiel conservara sus santuarios, y todos recordaban las negociaciones de la quinta Cruzada, cuando la oferta de al-Kamil de ceder toda Palestina fue rechazada porque los estrategas subrayaron que sin Transjordania no se podría conservar Jerusalén. ¿Cómo sería posible conservarla ahora si sólo estaba unida a la costa por una estrecha franja de terreno? No hubo el regocijo que Federico esperaba. Nadie sugirió que se levantara la excomunión que pesaba sobre el hombre que había hecho tan gran servicio a la Cristiandad. El patriarca Geroldo proclamó su desagrado y amenazó con el entredicho a la Ciudad Santa si recibía al Emperador. Los templarios, furiosos de que el Templo fuera para los musulmanes, manifestaron su protesta. Ni ellos ni los hospitalarios querían tener tratos con el enemigo del Papa. Los barones locales, ya resentidos por el absolutismo de Federico, estaban alarmados por lo impracticable de la nueva frontera, y su desafecto al Emperador aumentó cuando anunció que iba a marchar

[30] *Historia Diplomatica Friderici Secundi,* III, págs. 90-1, 93-5, 102 (carta de Germán de Salza al Papa, manifiesto de Federico y carta del patriarca Geroldo, anunciando las condiciones de la paz); *ibid.,* págs. 86-7 (texto parcial del tratado con comentarios del patriarca); Ernoul, pág. 465; *Estoire d'Eracles,* II, pág. 374; al-Aïni, págs. 188-90; Maqrisi, IX, pág. 525.

[31] Al-Aïni, págs. 190-1; Abu'l Feda, pág. 104; Maqrisi, X, págs. 248-9.

a Jerusalén y ser coronado rey. Porque en realidad él no era su rey, sino sólo regente y padre del rey [32].

El sábado, 17 de marzo de 1229, Federico hizo su entrada solemne en Jerusalén. Le escoltaban sus tropas alemanas e italianas, pero muy pocos de los barones locales iban en el séquito. Las órdenes militares sólo se hallaban representadas por los caballeros teutónicos, y el clero únicamente envió a los obispos sicilianos de Federico y sus amigos ingleses, Pedro de Winchester y Guillermo de Exeter. El Emperador fue recibido en la puerta por el cadí Shams ad-Din de Nablus, que le entregó las llaves de la ciudad en nombre del sultán. La exigua comitiva atravesó después las calles vacías hasta llegar al viejo edificio del Hospital, donde Federico fijó su residencia. No se vio ninguna señal de entusiasmo. Los musulmanes habían abandonado la ciudad, excepto sus santuarios. Los cristianos indígenas se mantuvieron al margen, temiendo, con razón, que una restauración latina les haría poco bien. Los mismos compañeros de Federico se hallaban violentos por la excomunión que pesaba sobre el monarca, y cuando se supo que el arzobispo de Cesarea estaba de camino con órdenes del patriarca para poner en entredicho a la ciudad, cundieron frialdad y vacilación en la misma corte. A la mañana siguiente, domingo, 18 de marzo, Federico se dirigió a la misa en la iglesia del Santo Sepulcro. Ni un solo sacerdote se hallaba allí; sólo encontró a su propia soldadesca y a los caballeros teutónicos. Impertérrito, colocó una corona real sobre el altar del Calvario, después la cogió y ciñó con ella su cabeza. En seguida, el maestre de los caballeros teutónicos leyó, primero en alemán, luego en francés, un encomio del Emperador-rey, describiendo sus éxitos y justificando su política. La corte regresó al Hospital, y Federico reunió un Consejo para discutir la defensa de Jerusalén. El gran maestre del Hospital y el preceptor del Temple, quienes a una distancia discreta habían seguido al Emperador a Jerusalén, accedieron asistir al Consejo, junto con los obispos ingleses y Germán de Salza. Federico ordenó que la torre de David y la puerta de San Esteban fuesen reparadas en seguida, y entregó la residencia real anexa a la torre de David y a la Orden teutónica. Aparte de los teutónicos, encontró escasa colaboración [33].

Para Federico fue un descanso apartarse de su tarea y visitar los santuarios musulmanes. El sultán había ordenado, por delicadeza,

[32] *Historia Diplomatica Friderici Secundi,* III, págs. 101, 138-9 (cartas de Germán y Geroldo); Mateo Paris, III, pág. 177.

[33] *Historia Diplomatica Friderici Secundi, loc. cit.* Germán desanimó a Federico a celebrar servicios religiosos en la iglesia del Santo Sepulcro. Federico pronunció su discurso en italiano, *Estoire d'Eracles,* II, págs. 375, 385; Ernoul, pág. 465.

que el muecín de al-Aqsa suprimiese la llamada a la oración mientras el soberano cristiano estuviera en la ciudad. Pero Federico protestó. No quería que los musulmanes cambiasen sus costumbres por su causa. Además, según dijo, había ido a Jerusalén para oír la voz de los muecines durante la noche. Al entrar en la zona sagrada de Haram as-Sherif advirtió que le seguía un clérigo cristiano. En seguida le expulsó él mismo, y dio orden de que cualquier sacerdote cristiano que cruzase los umbrales sin permiso de los musulmanes fuese muerto. Paseando alrededor de la Cúpula del Peñasco se fijó en la inscripción que Saladino había mandado hacer en torno a ella para conmemorar la purificación del edificio de los politeístas. «¿Quiénes serían los politeístas?», preguntó el Emperador sonriendo. Observó las rejas de las ventanas y se le explicó que eran para no dejar entrar a los gorriones. «Dios os ha enviado ahora cerdos», comentó, utilizando el término vulgar de los musulmanes para designar a los cristianos. Se advirtió que en su séquito había musulmanes, entre ellos su profesor de filosofía, un árabe de Sicilia.

Los musulmanes tenían interés por el Emperador, aunque no se hallaban profundamente impresionados. Su aspecto les decepcionó. Decían que en un mercado de esclavos no valdría doscientos dirhems, con su rostro barbilampiño y rojizo y sus ojos miopes. Les molestaban sus observaciones contra su propia fe. Podían respetar a un cristiano honrado, pero un franco que desacreditaba el cristianismo y sentía una admiración sincera por el Islam provocaba sus sospechas. Podía ser que hubiesen oído el comentario que se le atribuía en todas partes sobre Moisés, Cristo y Mahoma, a los que acusaba de impostores. En cualquier caso parecía un hombre sin religión. El ilustrado Fakhr ad-Din, con quien había discutido a menudo acerca de filosofía en su palacio de Acre, fue una víctima de su fascinación, y el sultán al-Kamil, cuya perspectiva intelectual era semejante a la del Emperador, le consideraba con afectuosa admiración, sobre todo cuando Fakhr ad-Din le refirió la confidencia de Federico de que nunca hubiera insistido en la cesión de Jerusalén de no haber estado en juego todo su prestigio. Pero los musulmanes piadosos y los cristianos practicantes contemplaban con desprecio todo el episodio. Un cinismo tan descarado nunca se gana los corazones del pueblo [34].

El lunes, día 19, llegó Pedro de Cesarea para fulminar el entredicho del patriarca sobre Jerusalén. Airado por el insulto, Federico, en seguida, abandonó los trabajos para la defensa de la ciudad y, reuniendo a todos sus hombres, marchó apresuradamente a Jaffa. Se detuvo allí un día, y avanzó después por la costa hasta Acre, adonde

[34] Al-Aïni, págs. 192-3; Maqrisi, IX, págs. 525-6.

llegó el día 23. Acre era un hervidero de descontentos. Los barones no podían perdonarle que hubiese violado la constitución, ya que, siendo sólo regente, había hecho un tratado sin su consentimiento y se había coronado rey. Hubo choques entre las gentes locales armadas y la guarnición del Emperador. Los colonos genoveses y venecianos estaban molestos por los favores dispensados a los de Pisa, ciudad que era una de las aliadas constantes de Federico en Italia. El regreso del Emperador sólo intensificó la acritud del ambiente [35].

A la mañana siguiente, Federico convocó a los representantes de todo el reino y les dio cuenta de sus actos. Sus palabras fueron acogidas con violenta reprobación. Tuvo que recurrir entonces a la fuerza. Acordonó con policías el palacio del patriarca y el cuartel general de los templarios, y puso guardias en las puertas de la ciudad, de suerte que nadie, sin autorización expresa, podía salir de la misma o entrar en ella. Corrió el rumor de que pensaba confiscar la gran fortaleza templaria de Athlit, pero se enteró de que estaba poderosamente guarnecida. Proyectaba raptar a Juan de Ibelin y al gran maestre del Temple, para enviarlos a Apulia, pero cada uno de ellos se hallaba bien protegido, y desistió de la aventura. Entretanto, le llegaron noticias alarmantes de Italia, donde su suegro, Juan de Brienne, había invadido sus territorios el frente de un ejército papal. No podía aplazar por más tiempo su marcha. Sin tropas superiores a las que poseía en Siria no podía aplastar a sus contrincantes. Tuvo que aceptar un compromiso. Anunció su próxima salida y nombró como baillis para el reino a Balian de Sidón y Garnier el Alemán. Balian era conocido por sus opiniones moderadas, y su madre era una Ibelin. Garnier, a pesar de su origen germánico, había sido lugarteniente del rey Juan de Brienne. Odón de Montbéliard quedó como condestable del reino, a cargo del ejército.

Estos nombramientos representaban, de hecho, una derrota para el Emperador. Sabía que había perdido y, para evitar escenas humillantes, proyectó embarcarse el 1.° de mayo, a la salida del sol, cuando no hubiese testigos. Pero no se guardó el secreto. Cuando el Emperador y su séquito descendían por la calle de los Carniceros, hacia el puerto, la gente salió de sus casas y les arrojó entrañas y estiércol. Juan de Ibelin y Odón de Montbéliard se enteraron del tumulto y llegaron a caballo para restablecer el orden. Pero cuando dirigieron al Emperador, ya en su galera, un cortés saludo de despedida, éste respondió con un murmullo de blasfemias [36].

[35] *Historia Diplomatica Friderici Secundi,* III, pág. 101; *Estoire d'Eracles,* II, pág. 374.

[36] *Estoire d'Eracles,* II, pág. 375; Ernoul, pág. 466; *Gestes des Chiprois,* página 50.

Desde Acre, Federico marchó a Limassol. Se quedó unos diez días en Chipre, donde confirmó que los baillis deberían ser Amalarico Barlais y sus cuatro amigos, Gabino de Chenichy, Amalarico de Beisan, Hugo de Jebail y Guillermo de Rivet. Les confió la persona del rey. Al mismo tiempo concertó el matrimonio entre el joven rey y Alicia de Montferrato, cuyo padre era uno de sus firmes secuaces en Italia. El 10 de junio desembarcó en Brindisi [37].

De todos los grandes cruzados, el emperador Federico II es el más decepcionante. Fue un hombre muy brillante, que conocía la mentalidad de los musulmanes y podía apreciar lo intrincado de su diplomacia; comprendió que había que llegar a un entendimiento entre ellos y los cristianos si se pretendía consolidar el reino franco de Ultramar. La experiencia y los éxitos de sus antepasados normandos, así como su propio temperamento y su concepción imperial, le impulsaron a erigir una autocracia centralizada. La tarea le resultó difícil en Europa, fuera de la órbita de sus tierras italianas. En Chipre podía haberlo conseguido si hubiese elegido mejor sus medios. Pero en el menguado reino de Jerusalén el experimento estaba condenado al fracaso. El reino era poco más que un grupo de ciudades y castillos, precariamente enlazados entre sí, sin una frontera defendible. No era posible por más tiempo un gobierno centralizado. Las autoridades locales, por fatigosas que resultaran sus mutuas querellas y envidias, tenían que ser encargadas del gobierno bajo las órdenes de un jefe hábil y respetado. Estas autoridades eran los barones seculares y las órdenes militares. Federico se enemistó con los barones seculares pisoteando sus derechos y tradiciones, de los que estaban orgullosos. Las órdenes militares eran aún más importantes, pues sólo ellas, ahora que los caballeros seculares preferían buscar fortuna en la Grecia franca, podían suministrar reclutas para combatir y establecerse en Oriente. Pero las órdenes, aunque sus maestres participaran en el Consejo del rey y aunque le podían obedecer como general en jefe en el campo de batalla, sólo estaban ligadas por su fidelidad al Papa. No podía contarse con ellas para que ayudasen a un monarca a quien el Papa había excomulgado y señalado como enemigo de la Cristiandad. Sólo los caballeros teutónicos, que eran la Orden menos importante de las tres, estaban dispuestos, a causa de la amistad de su maestre con el Emperador, a desafiar la condenación papal. Fue notable que con tan exiguas ventajas y tanto odio desencadenado contra él, fuese capaz Federico de lograr un éxito diplomático tan asombroso como la conquista de la misma Jerusalén [38].

[37] *Gestes des Chiprois,* págs. 50-1.

[38] Para puntos de vista opuestos de lo que consiguió hacer Federico en

En realidad, la recuperación de Jerusalén proporcionó escaso provecho al reino. Debido a la precipitada partida de Federico, Jerusalén siguió siendo una ciudad abierta. Era imposible despejar el camino desde la costa, y los bandidos musulmanes continuamente robaban e incluso mataban a los peregrinos. Pocas semanas después de que Federico había salido del país, unos fanáticos imanes musulmanes de Hebrón y Nablus organizaron una incursión contra Jerusalén. Los cristianos de todos los ritos huyeron a refugiarse en la torre de David, mientras el gobernador, Reinaldo de Haifa, mandó pedir ayuda a Acre. La llegada de los dos baillis, Balian de Sidón y Garnier, con su ejército, obligó a los atacantes a la retirada. Los dirigentes musulmanes repudiaron cualquier relación con el ataque, y cuando se estableció en la ciudad una guarnición más numerosa y se construyeron algunas fortificaciones menores, empezó a reinar algo más de seguridad. El patriarca levantó el entredicho y empezó a residir parte del año en la ciudad. Pero la situación era precaria. El sultán habría podido recuperar Jerusalén en cualquier momento que le hubiese convenido. En Galilea, donde se habían reconstruido los castillos de Montfort y Torón, la posición cristiana era más fuerte. Pero con los musulmanes en Safed y Banyas no había garantía de permanencia [39].

La principal herencia que dejó Federico, tanto en Chipre como en el reino de Jerusalén, fue una agria guerra civil. En Chipre estalló en seguida. Los cinco baillis de la isla recibieron órdenes de desterrar de ella a todos los amigos de los Ibelin. También accedieron a pagar la suma de 10.000 marcos a Federico, y los castillos, aún guarnecidos por tropas imperiales, no les fueron entregados hasta que pagaron el primer plazo. El dinero lo consiguieron mediante elevados impuestos y la confiscación de las propiedades del partido de los Ibelin. Sucedió que uno de los secuaces más entusiastas de Juan de Beirut, el historiador y poeta Felipe de Novara, se hallaba en la isla y los baillis le ofrecieron un salvoconducto para ir a Nicosia y estudiar alguna clase de tregua entre ellos y los Ibelin. Pero cuando Felipe llegó, cambiaron de idea y le arrestaron. Después de una escena violenta en presencia del rey niño, que conocía bien a Felipe pero no podía intervenir, los baillis le concedieron la libertad, y él huyó prudentemente a la casa del Hospital, pues un grupo de hombres armados irrumpió aquella noche en su casa. Envió un llamamiento, escrito en aleluyas, a Juan de Ibelin, que estaba en Acre, instándole a acudir y socorrerle, y salvar la propiedad de todos sus amigos. Juan, en

Palestina, véase Kantorowicz, *op. cit.*, págs. 193 y sigs., y Grousset, *Histoire des Croisades*, III, págs. 322-3.

[39] *Estoire d'Eracles*, II, págs. 303-5.

seguida, equipó una expedición por cuenta suya y consiguió forzar un desembarco en Gastria, al norte de Famagusta. Avanzó después cautamente hacia Nicosia, donde encontró el ejército de los baillis. Era mucho más numeroso que el suyo, pero menos entusiasta. Después de parlamentar, los Ibelin presentaron batalla el 14 de julio. Un fogoso ataque de los caballeros de Juan, al mando de su hijo Balian, combinado con una salida desde el Hospital, organizada por Felipe de Novara, decidió la jornada. Los baillis huyeron con sus tropas a sus tres castillos de Dieu d'Amour, Kantara y Kyrenia. Juan les persiguió y puso sitio a las tres plazas. Kyrenia fue rápidamente conquistada, pero Dieu d'Amour, donde Barlais había instalado al joven rey y sus hermanas, y Kantara eran casi inexpugnables. No se rindieron hasta el verano de 1230, a causa de la inanición. Las condiciones de paz de Juan eran generosas. De los cinco baillis, Gabino de Chenichy había muerto en Kantara, y Guillermo de Rivet, que era hermanastro suyo, había huido de Kyrenia en busca de ayuda a Cilicia, donde murió. Los otros tres quedaron impunes, para fastidio de muchos de los amigos de Juan. Este ni siquiera permitió a Felipe de Novara que escribiera un poema satírico contra ellos. En nombre del rey, fue enviado un emisario para explicar ante los potentados de Europa los pasos que se habían dado contra el Emperador. Juan se hizo cargo personalmente del gobierno hasta que el rey Enrique llegase a su mayoría de edad en 1232 [40].

Entretanto, el reino de Jerusalén fue pacíficamente gobernado por Balian de Sidón y Garnier el Alemán. En el otoño de 1229, la reina Alicia de Chipre llegó a Acre para pretender la corona. La regencia de Chipre, que ejercía aún nominalmente, no le producía más que disgustos. Se había divorciado del joven Bohemundo de Antioquía, alegando consanguinidad, pues eran primos en tercer grado. Ahora manifestó que, aunque el hijo del Emperador, Conrado, era legalmente rey de Jerusalén, había perdido su derecho al no presentarse en su reino. Por tanto, el Tribunal Supremo debía entregar la corona al heredero legítimo siguiente, que era ella. El Tribunal rechazó la pretensión. Conrado era un menor y su presencia, por consiguiente, no resultaba esencial; sin embargo, se accedió a enviar una embajada a Italia para solicitar que Conrado fuese enviado a Oriente en el plazo de un año, con el fin de rendirle pleito-homenaje en persona. Federico replicó que haría lo que mejor le pareciera [41].

[40] *Gestes des Chiprois*, págs. 50-76 (el relato del propio Felipe de Novara); *Estoire d'Eracles*, II, págs. 375-7. Véase Hill, *op. cit.*, II, págs. 100-7.

[41] *Estoire d'Eracles*, II, pág. 380. Véase La Monte, *Feudal Monarchy*, página 64, n. 1.

El 23 de julio de 1230, Federico concertó la paz con el Papa por el tratado de San Germano. Había obtenido en conjunto una victoria en Italia y se hallaba dispuesto ahora a hacer concesiones en Sicilia en el terreno eclesiástico con el fin de ser absuelto de su excomunión. Su reconciliación con el Papado reforzó su posición en Oriente. El patriarca Geroldo fue requerido para levantar el entredicho de Jerusalén y amonestado por haberlo pronunciado sin dar cuenta a Roma. Las órdenes militares ya no se sentían obligadas a permanecer al margen, y los barones no podían seguir contando con el apoyo de la Iglesia [42]. El Emperador esperó su momento. En el otoño de 1231, explicando al Papa que tenía que enviar un ejército para la defensa de Jerusalén, reunió unos 600 caballeros, 100 escuderos, 700 infantes armados y 3.000 marinos, y los despachó bajo el mando de su mariscal el napolitano Ricardo Filangieri, en treinta y dos galeras. Filangieri recibió el título de legado imperial [43].

Juan de Ibelin se hallaba en Acre cuando un agente suyo, que había regresado de Italia en un barco de los caballeros teutónicos, le avisó que se acercaba la flota imperial. Creyó que su primer objetivo sería Chipre y se apresuró a reunir a todos sus hombres de Beirut, dejando sólo una escasa guarnición en el castillo, y zarpó para Chipre. Cuando la flota imperial llegó a aguas de la costa chipriota, Filangieri se enteró de que Juan estaba con el rey Enrique en Kiti y que Balian de Ibelin estaba en Limassol. Envió un embajador para entrevistarse con el rey y comunicarle un mensaje de Federico en el que pedía que desterrase a los Ibelin y confiscase sus bienes. Enrique contestó que Juan era tío suyo y que en cualquier caso no iba a expropiar a sus mismos vasallos. Barlais, que se hallaba presente y defendió la posición de Federico, habría sido linchado por la multitud, de no haberle socorrido Juan.

Al regreso de su embajador, Filangieri puso rumbo directamente a Beirut. La ciudad, desguarnecida, le fue entregada por su obispo timorato, y empezó a sitiar el castillo. Dejándolo estrechamente cercado, ocupó Sidón y Tiro y se presentó en Acre. Allí convocó una reunión del Tribunal Supremo y mostró credenciales en que Federico le nombraba bailli. Los barones confirmaron el nombramiento, tras lo cual Filangieri proclamó que los Ibelin habían perdido sus tierras. Todos los barones protestaron contra esta medida. Las tierras no podían ser confiscadas a menos que así lo decidiera el Tribunal Su-

[42] Hefele-Leclercq, *op. cit.*, págs. 1489-90.

[43] El papa Gregorio escribió a Federico para decirle que Filangieri no debía llamarse a sí mismo legado imperial para el Emperador en Jerusalén. Recomendó a Filangieri a los obispos sirios en estos términos (carta de Gregorio IX, 12 de agosto de 1231, en *M. G. H., Epistolae Saeculares,* XIII, I, pág. 363).

premo, siempre después de haber dado al propietario la oportunidad de defender su caso. Filangieri respondió altaneramente que era bailli del Emperador y que llevaría a efecto las instrucciones imperiales. Una violación tan grosera de la constitución molestó incluso a elementos moderados como Balian de Sidón y Odón de Montbéliard, que hasta entonces habían estado dispuestos a apoyar al Emperador. El conjunto de los barones se desplazó hacia el partido de Juan de Ibelin. Los mercaderes de Acre, entre los cuales Juan era popular y a los que molestaban los métodos arbitrarios de Filangieri, contribuyeron con su apoyo. Casi todos ellos, con algunos nobles, pertenecían a una cofradía religiosa dedicada a San Andrés. Basándose en esta circunstancia, establecieron una comuna que representaba al conjunto de los ciudadanos locales, dirigidos por doce cónsules, e invitaron a Juan de Ibelin a ser su primer presidente. Pero Filangieri era formidable. Tenía un buen ejército, principalmente constituido por lombardos, que había traído consigo. Los caballeros teutónicos y la comunidad pisana eran sus amigos fieles. El patriarca, el Hospital y el Temple se mantenían al margen. Ninguno de ellos se preocupaba antes de Federico, pero desde su reconciliación con el Papa no sabían dónde estaba su obligación.

Cuando llegó a Chipre la noticia del ataque contra Beirut, Juan de Ibelin pidió al rey Enrique que acudiese con las fuerzas isleñas en ayuda de la ciudad. El joven rey accedió y ordenó a todo el ejército del reino que partiese. Entretanto, Juan se enteró de que había sido elegido alcalde de Acre. Aunque resultaba arriesgado dejar desguarnecida a Chipre, Juan consideraba que lo primero era salvar la zona del continente, y por precaución Barlais y sus amigos fueron obligados a incorporarse a la expedición. Juan había pensado salir de Chipre hacia Navidades de 1231, pero, a causa de las tempestades, el ejército no pudo zarpar de Famagusta hasta el 25 de febrero. Los barcos realizaron una travesía rápida en medio de un horrible temporal de lluvia y anclaron en aguas del pequeño puerto de Puy du Connétable, al sur de Trípoli. Allí desembarcaron clandestinamente Barlais y sus amigos, en total ochenta caballeros, y marcharon a Trípoli abandonando su equipo. Filangieri envió un barco para llevarlos a Beirut. Juan les siguió por la costa, con la mayoría de sus hombres, mientras la flota de Chipre puso rumbo al Sur, aunque fue sorprendida por una tempestad a la altura de Botrun. Naufragaron algunos barcos y otros sufrieron averías, y se perdió mucho material. Cuando Juan pasaba por Jebail le abandonó parte de su infantería. Al fin llegó a Beirut y se abrió paso hacia el castillo. Desde allí apeló a los barones para que le rescataran. Acudieron muchos, al mando de su sobrino, Juan de Cesarea. Pero Balian de Sidón aún esperaba

que se llegase a un compromiso. Marchó apresuradamente a Beirut, acompañado de su antiguo co-bailli, Garnier, del patriarca y de los grandes maestres del Hospital y del Temple. Pero Filangieri se negó a considerar cualesquiera condiciones que permitiesen a los Ibelin seguir en posesión de sus tierras, y los negociadores no aceptaban nada que no implicara esa condición mínima.

Habiendo reforzado su guarnición en Beirut, Juan se dirigió a Tiro, donde fue bien recibido y se atrajo muchos reclutas, sobre todo entre los genoveses. También envió una embajada presidida por su hijo Balian a Trípoli para concertar el matrimonio de Isabel, la hermana menor del rey Enrique, con el hijo segundo de Bohemundo, Enrique. Pero Bohemundo no tenía mucha fe en la causa de los Ibelin y trató a la embajada con escasa cortesía. Filangieri, sin embargo, estaba nervioso. Había establecido sus cuarteles generales en Tiro, dejando al mando de Beirut a su hermano Lotario. Ordenó ahora a Lotario que levantase el sitio de Beirut y se le uniese en Tiro.

Entretanto, Barlais, con refuerzos de tropas lombardas, regresó a Chipre y empezó a dominar la isla. Uno tras otro fueron entregándosele los castillos, excepto el de Dieu d'Amour, donde se habían refugiado las hermanas del rey, y Buffavento, el más inexpugnable de todos, donde madama Eschiva de Montbéliard, prima del rey Enrique y sobrina de Odón, se había refugiado y disfrazado de fraile, con copiosas provisiones, para conservarlo para el rey. Su primer esposo, Gualterio de Montaigu, había sido muerto por los hombres de Barlais en la batalla de Nicosia, y hacía poco se casó en segundas nupcias con Balian de Ibelin, pero, como eran primos, la boda se había mantenido en secreto. Balian se enteró de la invasión cuando se hallaba en Trípoli, gracias a dos capitanes de barco genoveses, que le ofrecieron ayuda, aunque sus barcos estaban embargados por Bohemundo.

A fines de abril los genoveses accedieron, a cambio de concesiones en Chipre, a ayudar a los Ibelin en un ataque contra Filangieri en Tiro. El ejército avanzó hacia el Norte, a Casal Imbert, a unas doce millas. Pero en este punto Juan encontró al patriarca de Antioquía, Alberto de Rezzato, que había sido nombrado recientemente legado papal en Oriente y que se había trasladado al Sur para hacer de mediador. Acababa de regresar de Tiro, donde se informó de las nuevas condiciones de Filangieri. Juan dijo con razón que había que someterlas al Tribunal Supremo, y regresó a Acre, acompañado del patriarca, llevando consigo una escolta que redujo considerablemente el número de su ejército. A última hora de la noche del 2 de mayo, Filangieri, que sabía de la marcha de Juan y que probablemente la habría convenido con el patriarca, salió con todas sus tropas de Tiro

y cayó sobre el confiado y mal guarnecido campamento de los Ibelin. Anselmo de Brie, que se hallaba al mando del mismo con los jóvenes señores de Ibelin, se batió con suprema bravura, pero el campamento fue ocupado. El joven rey de Chipre fue llevado apresuradamente, a medio vestir, a refugiarse en Acre. Los otros supervivientes se guarnecieron en la cima de un cerro.

Filangieri no intentó explotar su victoria, sino que se retiró con todo su botín a Tiro. Juan de Ibelin, enterado del desastre, se apresuró a acudir desde Acre y salvó a sus hijos, pero cuando intentó enfrentarse con el enemigo, bien cargado, fue rechazado en el desfiladero. Regresó a Acre. Entretanto, Filangieri pasó a Chipre para proporcionar refuerzos a Barlais. Entonces, Juan confiscó todos los barcos surtos en Acre, mientras el rey Enrique ofrecía feudos en Chipre a los caballeros locales e incluso a los mercaderes sirios si se le unían, y convino un arreglo con los genoveses; éstos le ayudarían a cambio de franquía de aduanas y derecho de tener barrios y mercados propios en Nicosia, Famagusta y Paphos. Escaseaba el dinero, pero Juan de Cesarea y Juan de Ibelin, el menor, el hijo de Felipe, vendieron propiedades en Cesarea y Acre a los templarios y a los hospitalarios, y prestaron al rey los 31.00 besantes que obtuvieron.

Con este equipo, Juan y el rey Enrique zarparon de Acre el 30 de mayo. Se detuvieron en Sidón para recoger a Balian de Ibelin, de regreso de su embajada a Trípoli, y pasaron a Famagusta. En la ciudad se hallaban los lombardos de Filangieri, con más de 2.000 jinetes, mientras los Ibelin sólo tenían 233. Sin embargo, Juan se arriesgó a desembarcar el grueso de su ejército, después del anochecer, en un islote rocoso, justo al sur del puerto. Estaba desguarnecido, ya que nadie creía que pudiesen ser desembarcados caballos en aquel lugar. Después, un exiguo destacamento en barcas se abrió paso hacia el puerto, con tal griterío, que los lombardos pensaban que se les echaba encima un ejército enorme. Incendiaron sus propios barcos y salieron precipitadamente de la ciudad. Por la mañana, cuando el ejército de los Ibelin atravesó las rocas y pasó a la isla misma, Famagusta se hallaba desierta.

Juan permaneció allí el tiempo necesario para que el rey cumpliese su promesa a los genoveses y firmase con ellos un tratado que les asignaba un barrio de la capital. Después el ejército salió para Nicosia. Los lombardos se habían hecho impopulares en la isla a causa de su conducta brutal y temían que los campesinos se levantasen contra ellos. Según se retiraban, perseguidos por los Ibelin, quemaban todos los graneros donde acababan de almacenarse las nuevas cosechas. Decidieron no defender Nicosia, sino seguir a lo lar-

go del camino que asciende por las colinas hasta Kyrenia, donde estarían en contacto directo con Filangieri, que se hallaba sitiando Dieu d'Amour, y donde tendrían protegida la retaguardia por Kyrenia, que conservaban aún. Se sabía que la guarnición de Dieu d'Amour estaba abocada a la inanición y a punto de rendirse. Si Filangieri podía contener a sus enemigos hasta que el castillo se hallase en su poder, con las dos hermanas del rey que estaban dentro de él, disfrutaría de una sólida posición para negociar con el monarca.

Los Ibelin avanzaron lentamente hacia Nicosia, padeciendo escasez de víveres, pero en Nicosia encontraron grandes almacenes de provisiones, abandonados por los lombardos. Juan sentía tanta suspicacia ante tal estado de cosas que no quiso acampar en el interior de la ciudad, sino que condujo su ejército directamente hacia Kyrenia, pensando acampar en Agridi, precisamente debajo del desfiladero. Temiendo que pudiera producirse un ataque en cualquier momento, su ejército iba en orden de batalla. Balian, el hijo de Juan, debía haber mandado la vanguardia, pero había sido excomulgado por la boda con su prima Eschiva, la valiente dama que observaba toda la campaña desde su nido de águilas de Buffavento, y su padre no le permitió que ocupase un puesto de mando elevado. La primera compañía se hallaba por tanto al mando de su hermano Hugo, con Anselmo de Brie. El tercer hijo de Juan, Balduino, mandaba el segundo grupo; Juan de Cesarea, el tercero, y Juan de Ibelin, la retaguardia, con sus otros hijos y el rey. Se trataba de un ejército exiguo, tan escaso de caballos que muchos caballeros hubieron de batirse a pie. A los lombardos, viéndolo desde la cima del desfiladero, donde la senda que parte de Dieu d'Amour se une al camino, les pareció un ejército despreciable. Recibieron órdenes de atacarlo sin demora.

Las primeras tropas de caballería lombarda descendieron como un trueno desde la colina, al mando de Gualterio, conde de Manupello. Flanquearon el ejército de los Ibelin, pero no pudieron romper sus líneas, y el mismo ímpetu de la carga les hizo precipitarse hacia la llanura inferior. Juan prohibió a sus hombres que les persiguieran y los lombardos no se atrevieron a remontar la empinada ladera, sino que galoparon en dirección este, sin detenerse hasta llegar a Gastria. El segundo grupo de tropas lombardas, al mando de Berardo, hermano de Gualterio, cargó directamente contra las líneas mandadas por Hugo de Ibelin y Anselmo de Brie. Pero la áspera y rocosa ladera de la colina resultaba impracticable para los caballos. Muchos de ellos tropezaron y arrojaron a sus jinetes al suelo, los cuales, con un exceso de impedimenta, no pudieron ni siquiera ponerse en pie. Los caballeros de los Ibelin se batían casi todos a pie y, aunque in-

feriores en número, pronto dominaron al enemigo. Berardo de Manupello fue muerto por Anselmo en persona. Filangieri, esperando en la cabecera del desfiladero, había pretendido ir en socorro de Berardo, pero, de repente, se presentó Balian de Ibelin con un puñado de caballeros, que habían subido a caballo, separándose de la retaguardia del ejército de Ibelin, por un senda montañosa al oeste del camino, y atacaron el campamento de Filangieri. También aquí tenían los lombardos superioridad numérica, y Balian se vio seriamente comprometido. Su padre se negó a destacar tropas para ayudarle, pero Filangieri perdió la serenidad al darse cuenta de que no regresaban las divisiones de Manupello, y condujo a sus hombres, en desorden, hacia Kyrenia.

Dieu d'Amour se salvó, pues sus sitiadores huyeron en dirección sudoeste hacia la llanura, donde, al caer la noche, fueron sorprendidos y capturados por Felipe de Novara. Gualterio de Manupello llegó a Gastria, pero los templarios, que guernecían el castillo, se negaron a darle asilo, y fue capturado, cuando se hallaba escondido en el foso, por Juan, hijo de Felipe de Ibelin. Entretanto, Juan de Beirut prosiguió su marcha para sitiar a Filangieri en Kyrenia.

El sitio de Kyrenia duró diez meses. Al principio, los Ibelin carecían de barcos, mientras Filangieri disponía de una escuadra que mantenía el contacto con Tiro. Hasta que no fueron convencidos los genoveses para que prestasen su ayuda otra vez, no fue posible bloquear la fortaleza desde el mar. Antes de cerrarse el bloqueo, Filangieri huyó con Amalarico Barlais, Amalarico de Beisan y Hugo de Jebail, yendo a Armenia, para intentar, aunque en vano, una ayuda del rey Hethoum, y después a Tiro, y por último a Italia, para informar al Emperador. Los lombardos de Kyrenia, al mando de Felipe Chenart, realizaron una vigorosa defensa. En el curso de la lucha todos los jóvenes señores de Ibelin resultaron heridos, y el tenaz guerrero Anselmo de Brie, a quien Juan de Beirut apodaba su «león rojo», fue alcanzado por un dardo de hierro y murió después de una agonía de seis meses. Entre los refugiados que estaban en Kyrenia se hallaba Alicia de Montferrato, la princesa italiana elegida por Federico para esposa del rey Enrique. Se había casado por poderes y es dudoso que jamás hubiera visto a su marido, pues había llegado a Chipre escoltada por los imperiales después de que el rey se había sumado a la causa de los Ibelin. Durante el sitio cayó enferma y murió, y la batalla se interrumpió mientras su cadáver, ataviado con galas de reina, fue solemnemente entregado y llevado a Nicosia para un enterramiento real presidido por el esposo, que nunca la había conocido en vida.

Kyrenia se rindió en abril de 1233. Los defensores, con sus bie-

nes personales, fueron autorizados para retirarse a Tiro, y los prisioneros capturados por los Ibelin fueron canjeados por los que Filangieri retenía en Tiro. Chipre se había reintegrado ahora totalmente al gobierno de Enrique y sus primos los Ibelin. Los vasallos leales al rey fueron recompensados y se les devolvieron los préstamos que habían hecho [44]. La isla entró en una era de paz, turbada sólo por los intentos de la jerarquía eclesiástica latina, a pesar de la oposición de los barones seculares, de suprimir a cualquier clérigo griego que no quisiese aceptar la autoridad de aquélla o que no se adaptase a sus usos. Los monjes griegos más tenaces en su desobediencia fueron incluso quemados en la hoguera [45].

Aunque Chipre estaba pacificada, Filangieri siguió conservando Tiro en el continente, y Federico era todavía el soberano legal de Jerusalén en nombre de su hijo joven. Cuando Federico supo, tal vez por boca de Filangieri, que su política había fracasado, envió cartas a Acre, entregadas en mano por el obispo de Sidón, que había visitado Roma, y en ellas anulaba el nombramiento de Filangieri como bailli y nombraba en su lugar a un noble sirio, Felipe de Maugastel. Si esperaba apaciguar a los barones locales nombrando a un señor local, se decepcionó, pues Maugastel era un joven afeminado cuya intimidad con Filangieri dio origen al escándalo. Pero a Filangieri se le dejó la posesión de Tiro. Kyrenia aún no había sido conquistada cuando la noticia del nombramiento llegó a Juan de Beirut. En seguida marchó a toda prisa a Acre. Allí Balian de Sidón y Odón de Montbéliard habían estado dispuestos a aceptar a Maugastel, y dispusieron los juramentos que se le debían tomar en la iglesia de la Santa Cruz; pero, cuando la ceremonia se iniciaba, se levantó Juan de Cesarea y manifestó que el procedimiento era ilegal. El Emperador no podía anular por su propio capricho los acuerdos tomados ante el Tribunal Supremo. Se inició una agria disputa, y Juan sembró la alarma en la Comuna de Acre, convocando a sus miembros en ayuda suya. Una multitud furiosa se precipitó hacia la iglesia. Sólo debido a la intervención personal de Juan se

[44] Felipe de Novara narra detalladamente la larga historia de la guerra lombarda, desde un punto de vista apasionadamente Ibelin (*Gestes des Chiprois*, págs. 77-117); se encuentra la narración con alguna extensión en *Estoire d'Eracles*, págs. 386-402, desde un punto de vista antiimperial. Amadi (páginas 147-82) y Bustron (págs. 80-104) difieren únicamente en pequeños detalles. Los cronistas de Federico no prestan atención al episodio.

[45] Para la historia eclesiástica de Chipre en este período, véase Hill, *op. cit.*, III, págs. 1043-5. Ofrece un relato del martirio de trece griegos en tierras de los latinos en 1231, publicada en Sathas, Μεσαιωνικὴ Βιβλιοθήκη, vol. II, páginas 20-39.

libraron de la muerte a mano airada Balian y Odón, mientras Maugastel huyó, presa del terror, a Tiro. Juan fue reelegido presidente de la Comuna y se convirtió de hecho en el soberano del reino, con excepción de Tiro, que gobernaba Filangieri en nombre del Emperador, y de Jerusalén, que parece haber estado bajo la administración de un representante directo de aquél. Es probable que Balian de Sidón siguiese siendo el bailli nominal, pero de hecho el Tribunal Supremo aceptó la jefatura de Juan hasta que se hiciera algún nuevo arreglo legal. Dos enviados, Felipe de Troyes y Enrique de Nazaret, fueron a Roma para explicar los actos de los barones y la Comuna, pero Germán de Salza, el gran maestre de la Orden teutónica, que se hallaba en la Ciudad Eterna, comprendió que no se les prestó atención favorable. El Papa se hallaba aún en buenas relaciones con Federico y estaba ansioso de restablecer su autoridad en Oriente. En 1235 envió al arzobispo de Rávena como legado suyo a Acre, pero el arzobispo indicó que la autoridad de Filangieri era la única, lo cual era inaceptable. Los barones, en cambio, enviaron a un jurista, Godofredo Le Tor, a Roma. El papa Gregorio estaba empezando otra vez a pelearse con el Emperador, pero estaba decidido a actuar dentro de la corrección. En febrero de 1236 escribió a Federico y a los barones, diciéndoles que Filangieri tenía que ser aceptado como bailli, pero que Odón de Montbéliard debía ayudarle hasta septiembre, cuando Bohemundo de Antioquía fuese nombrado bailli. Como Federico y Conrado eran soberanos legales, los barones habían actuado equivocadamente, pero a todos se les perdonaría, excepto a los Ibelin, que tendrían que someterse al juicio del Tribunal Supremo. Había que disolver la Comuna de Acre [46].

Estas condiciones fueron inaceptables para los barones y la Comuna, que hicieron caso omiso de ellas. En esta coyuntura, murió Juan de Ibelin, a consecuencia de un accidente de equitación. El Viejo Señor de Beirut, como le llamaban sus contemporáneos, había sido la figura predominante en el Oriente franco. De sus elevadas cualidades personales nadie pudo tener duda. Era valiente, honrado y correcto, y su carácter sin tacha contribuyó en gran manera a la causa de los barones [47]. A no ser por él, Federico hubiese conseguido establecer una autocracia en Chipre y en el reino sirio, y, aunque el gobierno de los barones tendía a la vacilación, es difícil comprender por qué un gobierno autocrático habría supuesto alguna mejora. Federico mismo estaba demasiado lejos para controlarlo y era un mal juez para los humanos. Un gobierno absolutista en manos de un

[46] *Estoire d'Eracles,* II, págs. 406-7; *Gestes des Chiprois,* págs. 112-13.
[47] Véase *supra,* pág. 173, n. 21.

hombre como Ricardo Filangieri pronto hubiese sido un desastre. La solución mejor era la que el mismo Papa aconsejaba, la unión del gobierno continental con el de Chipre [48]. Pero el legalismo de los barones, que les hizo oponerse a la autocracia de Federico, no les permitiría tener ningún otro rey que su soberano legítimo, su hijo Conrado. La unión con Chipre habría de esperar hasta que la decretase la voluntad de Dios. La actitud de los barones era perseverante y correcta. Pero, a la vez, constituía una anarquía legalizada.

[48] El Papa sugirió a Godofredo Le Tor que el continente debía aceptar la autoridad del rey chipriota (*Estoire d'Eracles*, II, pág. 407).

Capítulo 8

ANARQUIA LEGALIZADA

«Pues nada llevó la ley a la perfección.»
(*Hebreos*, 7, 19.)

La muerte del Viejo Señor de Beirut privó a Ultramar de su jefe natural. Ningún otro barón franco gozaría de semejante prestigio. Pero había cumplido con su papel. Había fundado una alianza entre los barones y la Comuna de Acre y les había dotado de una política común basada en sus derechos legales. De sus cuatro hijos, dos se quedaron en el continente sirio, Balian, que le sucedió en Beirut, y Juan, que heredó el feudo materno de Arsuf, y los otros dos se hicieron cargo de los territorios familiares en Chipre, realizando ambos matrimonios de conveniencia política que reunificaron a la nobleza del reino; Balduino, que llegó a senescal, se casó con la hermana de Amalarico de Beisan, y Guido, que fue nombrado condestable, con la hija y heredera del archirrebelde Amalarico Barlais. El sobrino del Viejo Señor, otro Juan, que sería después conde de Jaffa, y autor de los *Assises de Jerusalén,* era el principal jurisconsulto del reino. El primo de ellos, Balian de Sidón, aún actuaba como bailli, con Odón de Montbéliard, pero el fracaso de su política de compromiso le mermó autoridad. El más poderoso entre los barones era otro primo de ellos, Felipe de Montfort, hijo de Helvis de Ibelin y su segundo esposo, Guido de Montfort, hermano éste de aquel Simón que mandó la Cruzada albigense. Felipe se había casado, hacía poco, con la princesa armenia María, hija de Raimundo-Roupen, y heredera de To-

rón por su bisabuela, hermana del último señor del territorio. Aún había otro primo, Juan de Cesarea, hijo de Margarita de Ibelin, que completaba el partido de la familia que predominaba entonces en Ultramar. Era un tributo a la fama póstuma del Viejo Señor el que sus hijos y sobrinos estuvieran dispuestos a colaborar en armonía, y estaban además unidos por su odio a Filangieri, que aún conservaba Tiro para el Emperador [1].

Mas, a pesar de todo, la situación de Ultramar era precaria. Bohemundo IV, príncipe de Antioquía y conde de Trípoli, había muerto en marzo de 1233, reconciliado al fin con la Iglesia. Durante las guerras entre los imperialistas y los barones de Ultramar dio muestras de una notable flexibilidad. Al principio había recibido bien a Federico, principalmente a causa de su desafecto hacia los Ibelin, que se habían opuesto al nombramiento de su hijo Bohemundo, el esposo de la reina Alicia, para la regencia de Chipre. Después, temiendo la ambición de Federico, cambió su política, y cuando Alicia y el joven Bohemundo se divorciaron por motivos de consanguinidad, aceptó de grado una proposición de Juan de Ibelin para que su hijo menor, Enrique, se casase con Isabel de Chipre, la hermana mayor del rey Enrique, boda que acabaría por colocar a un príncipe de Antioquía sobre el trono chipriota. Pero en aquel momento Filangieri ganó la batalla de Casal Imbert, y por ello, Bohemundo vaciló, deseando estar del lado del vencedor. Hasta que los imperialistas no fueron derrotados en Chipre no se celebró el matrimonio [2]. Por la misma época Bohemundo se reconcilió con los hospitalarios. El desafecto común hacia el emperador Federico provocó la cooperación temporal del Temple y el Hospital, y le resultaba imposible lanzar a una orden contra otra. Por tanto, se sometió a la Iglesia y pidió a Geroldo, patriarca de Jerusalén, que negociara en nombre suyo con el Hospital. A cambio de grandes rentas en propiedad en las ciudades de Antioquía y Trípoli, la Orden accedió a abandonar sus pretensiones a los privilegios que le había prometido Raimundo-Roupen y reconocer los derechos feudales de Bohemundo. Al mismo tiempo, Geroldo levantó la sentencia de excomunión que pesaba sobre él, y dio cuenta a Roma para que el acuerdo fuese confirmado; la aprobación del Papa llegó algunas semanas después de la muerte de Bohemundo [3].

[1] Para la familia Ibelin y sus primos, véase el árbol genealógico, *infra*, apéndice III, basado en *Lignages d'Outremer*.

[2] Amadi, págs. 123-4 (para el divorcio de Alicia), y *Gestes des Chiprois*, páginas 86-7; *Estoire d'Eracles*, II, pág. 360 (para el matrimonio de Isabel).

[3] Röhricht, *Regesta Regni Hierosolymitani*, págs. 269-70. Véase Cahen, *La Syrie du Nord*, págs. 642-3.

A pesar de todas sus faltas, Bohemundo IV fue un gobernante vigoroso, y hasta sus enemigos admiraban su cultura y erudición como jurista. Su hijo, Bohemundo V, era un hombre más débil. Buen hijo de la Iglesia, permitió que el Papa, Gregorio IX, eligiera su segunda esposa, Luciana de Segni, que pertenecía a la familia papal [4]. Pocos años más tarde, en 1244, aprovechándose de la experiencia de su padre, obtuvo de Roma una garantía en el sentido de que sólo podría ser excomulgado por el Papa en persona [5]. Pero no era dueño de su propio principado. Antioquía estaba gobernada por su Comuna, en la que no disfrutaba de la popularidad de su padre, probablemente porque su amistad con Roma desagradaba al poderoso elemento griego de aquélla. Prefirió, por tanto, residir en su segunda capital, Trípoli. No tenía ningún control sobre las órdenes militares. Armenia, bajo los hethoumianos, le era hostil. El enclave musulmán de Laodicea cortaba en dos sus dominios. Su reinado señala una rápida decadencia [6].

Federico, que se hallaba molesto por entonces con Bohemundo IV, había excluido a Antioquía y Trípoli de su tratado de paz con al-Kamil. Bohemundo, sin embargo, mantuvo la paz con sus vecinos musulmanes, aparte de algunos ataques esporádicos contra los Asesinos, a los que tenía aversión porque eran aliados del Hospital. A pesar de su reprobación, las órdenes militares eran mucho menos precavidas. Los hospitalarios incitaron a al-Kamil a realizar una incursión contra el Krak cuando se hallaba atacando Damasco en 1228. En 1229 hicieron una incursión de represalia contra Barin, y en 1230 se pusieron de acuerdo con los templarios de Tortosa para hacer un ataque contra Hama, donde cayeron en una emboscada y fueron terriblemente derrotados. Al año siguiente, las órdenes hicieron una escapada súbita contra Jabala, que ocuparon sólo durante unas semanas. Al fin se concertó una tregua en la primavera de 1231, que duró dos años [7].

Poco después de su subida al trono, Bohemundo V envió a su hermano Enrique, con fuerzas procedentes de Acre y Chipre, a ayudar a las órdenes en un nuevo ataque contra Barin, que se evitó mediante una promesa de tributo que pagaría Hama al Hospital. La renovada tregua duró hasta 1237, cuando los templarios de Baghras

[4] *Estoire d'Eracles,* II, pág. 408. Luciana era nieta de Inocencio III y prima, por tanto, de Gregorio IX.

[5] Inocencio IV, *Registres,* 418 (ed. Berger), I, pág. 75.

[6] Cahen, *op. cit.,* págs. 650-2, 664-6; Rey, *Histoire des Princes d'Antioche,* pág. 400.

[7] Ibn al-Athir, II, pág. 180. Véase Cahen, *op. cit.,* pág. 642, nn. 6 y 7, para fuentes manuscritas.

atacaron a las desprevenidas tribus turcomanas establecidas al este del lago de Antioquía. Como represalia, el ejército de Alepo avanzó en el acto para sitiar Baghras, que sólo se salvó gracias a la llegada de Bohemundo en persona, que consiguió restablecer la tregua. El preceptor del Temple en Antioquía, Guillermo de Montferrato, no soportó la humillación y, contra los deseos expresos de Bohemundo, decidió romper la tregua casi en el mismo momento en que fue concertada. En junio de aquel año convenció a sus propios caballeros, lo mismo que al señor de Jebail y algunos otros barones seculares, para atacar el castillo de Darbsaq, al norte de Baghras. A la guarnición del castillo le cogió de sorpresa, pero opuso una tenaz resistencia, mientras salían mensajeros a toda prisa a Alepo, cuyo gobernador mandó en seguida un poderoso ejército. Algunos cristianos cautivos en Darbsaq, enterados de la expedición de socorro, consiguieron enviar un mensaje a Guillermo para apremiarle a la retirada. Con arrogancia desoyó el aviso, consiguiendo únicamente que se le echara encima la caballería musulmana. Su exigua fuerza fue derrotada, él halló la muerte en la batalla, y sus compañeros, en su mayor parte, fueron hechos prisioneros. Ante las noticias del desastre, el Temple y el Hospital escribieron angustiosamente a Occidente en petición de socorro, pero los musulmanes no explotaron su victoria. Después de recibir la promesa de grandes sumas de dinero para el rescate de los prisioneros, accedieron a renovar la tregua. Las órdenes se sintieron avergonzadas y mantuvieron la paz durante diez años, con la aprobación del Papa, que no tuvo más remedio que facilitar la mayor parte del dinero del rescate [8].

La falta de espíritu agresivo que, por fortuna, mostraron los musulmanes se debió en gran medida a la personalidad del gran sultán al-Kamil. Este era un hombre de paz y de honor. Estaba decidido a luchar y entregarse a intrigas sin escrúpulos para unificar los dominios ayubitas bajo su cetro, porque las querellas y divisiones familiares no reportaban ventajas para nadie, y estaba dispuesto a detener los ataques de los turcos seléucidas o kwarismianos. Pero en tanto los cristianos no causaran conflictos, les dejaría tranquilos. Todos los príncipes musulmanes se daban perfecta cuenta de los beneficios comerciales derivados de los puertos marítimos francos tan próximos a sus fronteras. No querían correr el riesgo de una dislocación del gran comercio entre Oriente y Occidente por unas hostilidades imprudentes. Al-Kamil, sobre todo, estaba deseoso de asegurar la prosperidad material de sus súbditos. Era además, como su amigo

[8] *Estoire d'Eracles,* II, págs. 403-5; *Annales de Terre Sainte,* pág. 436; Kemal ad-Din (trad. Blochet), págs. 85, 95-6; Abu'l Feda, págs. 110-12.

Federico II, hombre de vasto interés y curiosidad intelectual, y, por añadidura, más auténticamente tolerante y mucho más afable que los Hohenstaufen. Aunque carecía de la grandiosidad heroica de su tío Saladino y de la brillante sutileza de su padre, al-Adil, poseía más calor humano que cualquiera de ellos. Y fue un rey capaz. Sus coetáneos musulmanes pueden lamentar su preferencia por los «hombres rubios», pero respetaban la justicia y la buena administración de su gobierno [9].

Al-Kamil triunfó en su propósito de restablecer la unidad del mundo ayubita. En junio de 1229, su hermano al-Ashraf consiguió al fin expulsar de Damasco a su sobrino an-Nasir. Este recibió como compensación un reino en el valle del Jordán y Transjordania, con Kerak como capital, para regirlo bajo la verdadera soberanía de al-Kamil. Al-Ashraf conservó Damasco, pero reconoció la hegemonía de al-Kamil y le cedió tierras en el Jezireh y a lo largo del Eufrates medio. Estas eran las provincias del Imperio ayubita que se hallaban más expuestas al ataque, y al-Kamil quería tenerlas bajo un control más directo. Jelal ad-Din el Kwarismiano era una amenaza positiva, y, detrás de él, al Este, estaba la desconocida potencia de los mongoles, mientras el gran sultán seléucida Kaikobad se extendía en dirección este desde Anatolia. En 1230, cuando al-Ashraf se hallaba en Damasco, Jelal ad-Din conquistó su gran fortaleza de Akhlat, cerca del lago Van, y siguió avanzando para atacar a los seléucidas. Al-Ashraf se apresuró a trasladarse al Norte y concertó una alianza con Kaikobad. Los aliados derrotaron totalmente a Jelal ad-Din en las cercanías de Erzinjan. Atacado al mismo tiempo en su retaguardia por los mongoles, el Imperio kwarismiano empezó a despedazarse. Al año siguiente, Jelal ad-Din fue derrotado en persona por los musulmanes. Durante su huida de la batalla fue asesinado, el 15 de agosto de 1231, por un campesino kurdo, a cuyo hermano había dado muerte él mucho tiempo antes [10].

Su eliminación volvió a alterar el equilibrio de poder. Los seléucidas quedaron sin un rival en la Anatolia oriental, y los mongoles podían avanzar libremente hacia el Oeste. Mientras tanto, el Califato abasida de Bagdad disfrutaba de unos pocos, raros y precarios meses de independencia. No fue mucho antes de que Kaikobad pusiera sus miras en las tierras de al-Kamil situadas en el Eufrates medio. Desde 1233 a 1235 hubo una guerra continua, y Edesa, Saruj

[9] Para al-Kamil, véase la alabanza de Abu'l Feda, pág. 114, e Ibn Khallikan, III, págs. 241-2.

[10] Ibn Khallikan, III, págs. 242, 488-9; Ibn al-Athir, II, págs. 176-8; Maqrisi, X, págs. 250-2. Véase Cahen, *op. cit.*, págs. 644-6 y notas (para referencias de manuscritos).

y otras ciudades de la provincia pasaban de un dueño a otro, hasta que al fin al-Kamil pudo restablecer su posición. Los éxitos de al-Kamil provocaron la envidia de sus parientes. Al-Ashraf estaba descontento de su posición de subordinado. En Alepo, el joven rey al-Aziz, hijo de az-Zahir, murió de repente en 1236, y su madre, Dhaifa, hermana de al-Kamil, se hizo cargo de la regencia en nombre de su joven nieto, az-Zahir II, pues temía las ambiciones de su hermano. Compartían sus temores varios príncipes menores ayubitas. Durante los primeros meses de 1237, al-Ashraf reunió a sus aliados y aseguró una ayuda activa a Kaikobad. Parecía inevitable una guerra civil cuando, a principios de verano, murió Kaikobad y al-Ashraf cayó gravemente enfermo. Su muerte, el 27 de agosto, deshizo la conspiración. Un hermano más joven, as-Salih Ismail, se hizo cargo de Damasco e intentó reunir a los conspiradores, aunque fue en vano. Con la ayuda de an-Nasir de Kerak, al-Kamil avanzó sobre Damasco, en enero de 1238, y se la anexionó. As-Salih Ismail fue compensado con una heredad en Baalbek. Pero al-Kamil no sobrevivió mucho tiempo a su triunfo. Dos meses después, el 8 de marzo, moría en Damasco, a los sesenta años de edad [11].

Su muerte desencadenó la guerra civil. Su hijo mayor, as-Salih Ayub, cuya madre era una esclava sudanesa, se hallaba en el Norte, pero se dirigió en seguida hacia Damasco, donde uno de los sobrinos de al-Kamil, al-Jawad, había tomado el poder. Con la ayuda de piratas kwarismianos derribó a su primo. Entretanto, su hermano menor, al-Adil II, se instaló como sultán en Egipto. Ayub estaba decidido a hacerse con la provincia más rica de su padre; pero, cuando partió para invadir Egipto, un inesperado golpe de estado en Damasco le destronó en favor de su tío as-Salih Ismail. Cuando Ayub huía hacia el Sur, cayó en manos de an-Nasir de Kerak, quien, sin embargo, se unió a su causa y le alquiló tropas para la invasión de Egipto. Fue tarea fácil, pues al-Adil humilló a sus ministros al confiar el gobierno a un joven negro a quien adoraba. Una conspiración victoriosa le derrocó en junio de 1240, y Ayub fue invitado a hacerse cargo del trono egipcio. An-Nasir fue recompensado con el puesto de gobernador militar de Palestina. Pero Ismail seguía siendo dueño de Damasco, y durante la década siguiente el mundo ayubita fue desgarrado por la rivalidad entre el tío y el sobrino. El Norte pronto se halló en estado caótico. Los kwarismianos, sin jefe, vagaban por la Siria del norte, que se hallaba nominalmente bajo las órdenes de Ayub, saqueándola. En el Jezireh, el príncipe ayubita de Mayyafa-

[11] Ibn Khallikan, III, págs. 242-4; Kemal ad-Din (trad. Blochet), páginas 88-89. Véase Cahen, *op. cit.*, págs. 645-6.

raqin, al-Muzaffar, conservaba escasa autoridad. El hijo de Ayub, Turanshah, intentó conservar unidas las tierras de su abuelo, pero muchas de las ciudades cayeron en manos del sultán seléucida, Kaikhosrau II. En Alepo, an-Nasir Yusuf, que había sucedido a su hermano en 1236, permanecía a la defensiva, mientras los príncipes de Hama y Homs estaban totalmente ocupados en rechazar a los kwarismianos [12].

Fue en medio de estas convulsiones cuando el tratado concertado entre Federico II y al-Kamil tocó a su fin. En previsión de ello, el papa Gregorio IX había enviado en el verano de 1239 a representantes suyos para predicar la Cruzada en Francia e Inglaterra. Ni el rey francés ni el inglés se sentían dispuestos a responder personalmente a la llamada, pero dieron toda suerte de alientos a los predicadores. A principios de verano, un considerable grupo de nobles franceses estaba listo para zarpar hacia Oriente. Al frente de ellos se hallaba Tibaldo de Champagne, rey de Navarra, sobrino de Enrique de Champagne y primo, por tanto, de los reyes de Francia, Inglaterra y Chipre. Con él iban el duque de Borgoña, Hugo IV; Pedro Mauclerc, conde de Britania; los condes de Bar, Nevers, Montfort, Joigny y Sancerre, y muchos señores de segundo orden. El número de infantes era inferior de lo que podría haberse esperado, habida cuenta de la eminencia de los jefes; sin embargo, el conjunto de la expedición fue formidable [13].

Tibaldo había confiado en embarcar con sus compañeros en Brindisi, pero las guerras entre el Emperador y el Papa hacían difícil el viaje a través de Italia, y el Emperador, en cuyos dominios se hallaba Brindisi, no era partidario de la Cruzada. Se consideraba a sí mismo como regente de Palestina en nombre de su joven hijo, y una expedición para ayudar a su reino debía haberse organizado bajo su autoridad. No podía aprobar la presencia de los nobles franceses, que, por instinto, era seguro que apoyarían a los barones de Ultramar en contra de él. Además, consciente de la posición del mundo musulmán, esperaba sacar grandes ventajas para el reino por vía diplomática. La llegada de estos caballeros temerarios e impacientes perjudicaría a tales negociaciones. Pero, debido a sus conflictos en Italia, no podía arriesgarse a enviar hombres suyos que los controlaran. Consiguió una promesa de que nada se haría hasta que expirase la tregua en agosto, y después se desentendió de todo el asunto. Los

[12] Acerca de esta confusa historia, véase Ibn Khallikan, II, págs. 445-6, III, págs. 245-6; Maqrisi, X, págs. 297-330; Kemal ad-Din (trad. Blochet), *loc. cit.* Véase Cahen, *op. cit.*, págs. 646-9.

[13] *Estoire d'Eracles*, II, págs. 413-14; *Gestes des Chiprois*, pág. 118; Gregorio IX, carta en Potthast, *Regesta*, I, pág. 906.

cruzados tuvieron que embarcar, por tanto, en Aigues-Mortes y en Marsella [14].

La Cruzada tuvo una travesía tempestuosa por el Mediterráneo, y algunos de sus barcos entraron de arribada en Chipre, mientras otros hubieron de refugiarse en Sicilia. Pero Tibaldo, por su parte, llegó a Acre el 1.° de septiembre, y durante los días siguientes se reunió allí un ejército de casi dos mil caballeros. En seguida se celebró una reunión para determinar cuál sería el camino mejor para utilizar a este ejército. Aparte de los príncipes forasteros, estuvieron presentes los más importantes barones locales, con representantes de las órdenes militares, mientras el arzobispo de Tiro, Pedro de Sargines, representaba al patriarca de Jerusalén. Era un momento para la acción diplomática. Las querellas entre los herederos de al-Kamil ofrecieron a los cristianos la oportunidad de utilizar su nuevo poderío como punto de negociación y obtener amplias concesiones de una o de otra de las facciones litigantes. Pero los cruzados habían venido para luchar; no querían seguir el deshonroso ejemplo de Federico II. Por tanto, los barones locales recomendaron una expedición contra Egipto. Esto no sólo no causaría ningún ultraje a sus vecinos musulmanes inmediatos en Siria, sino que, teniendo en cuenta la notoria impopularidad del sultán al-Adil, prometía una buena ocasión de éxito. Otros sostenían que el enemigo era Damasco, y que el ejército debía fortificar los castillos de Galilea y avanzar después contra la capital siria. Pero Tibaldo deseaba una pluralidad de victorias. Decidió que el ejército atacaría primero las avanzadillas egipcias de Ascalón y Gaza, tal vez por sugerencia del conde de Jaffa, Gualterio de Brienne, quien no pertenecía a la facción de la familia Ibelin; después, cuando la frontera sur estuviese segura, atacaría Damasco. Ante la noticia de su determinación, los mensajeros se apresuraron a recorrer las cortes ayubitas para concertar un armisticio temporal entre los príncipes musulmanes [15].

La expedición salió de Acre, en dirección a la frontera egipcia, el 2 de noviembre, y a los cruzados se unieron destacamentos de las órdenes y varios barones locales. Según avanzaban hacia Jaffa, un espía dijo a Pedro de Britania que una rica caravana musulmana pasaba por el valle del Jordán camino de Damasco. Pedro partió en seguida a caballo con Rodolfo de Soissons y doscientos caballeros y tendió una emboscada a la caravana. Esta se hallaba bien armada, y en la batalla que siguió Pedro estuvo a punto de resultar muerto; pero, al final, los soldados musulmanes huyeron, dejando en manos

[14] *Estoire d'Eracles,* II, *loc. cit.; Ms. of Rothelin,* pág. 528; Gregorio IX, carta en Potthast, *op. cit.,* I, pág. 910.

[15] *Ms. of Rothelin,* págs. 531-2; *Estoire d'Eracles,* II, págs. 413-14.

cristianas un enorme rebaño de ganado vacuno y de ovejas. Pedro condujo triunfalmente su botín a Jaffa, donde acababan de llegar sus colegas. Como escaseaban los víveres para el ejército, su victoria fue muy bien recibida. Pero convirtió en enemigo a an-Nasir de Kerak [16].

Un ejército egipcio, al mando del mameluco Rukn ad-Din, fue enviado a toda prisa desde el Delta a Gaza. La primera noticia que llegó a los cristianos acerca de la llegada de dicho ejército sólo hablaba de un millar de hombres. Enrique de Bar, que estaba envidioso del éxito del conde de Britania, en seguida decidió atacarlo y apuntarse todo el mérito y el botín. Guardó en secreto su plan, que sólo confió a unos pocos amigos, tales como el duque de Borgoña y varios señores de la Francia oriental. Después, los dos baillis del reino, Balian de Sidón y Odón de Montbéliard, resentidos del mando de Tibaldo, con Gualterio de Jaffa y uno de los Ibelin, Juan de Arsuf, fueron admitidos en aquel grupo.

A la caída de la noche del 12 de noviembre, toda aquella partida, quinientos jinetes y más de un millar de hombres de a pie, se dispuso a salir hacia Gaza. Pero la noticia se propaló y, cuando se hallaban montando en sus caballos, el rey Tibaldo, con los tres grandes maestres de las órdenes y el conde de Britania, llegaron primero para rogarles y después para ordenarles que regresaran al campamento. Pero Enrique de Bar se negó a que le llevasen la contraria. Acusando al rey y a sus amigos de cobardía, desafió su mando, y la cabalgata salió hacia la noche bañada por la luna. Tibaldo, que sospechaba la verdadera fuerza del enemigo, fue impotente para impedir la salida. A la mañana siguiente trasladó su campamento a las murallas de Ascalón, para estar cerca en el caso de ser necesaria alguna ayuda.

El conde de Bar tenía tanta confianza en el éxito que, cuando se hallaba cerca de Gaza, hacia el amanacer, detuvo a sus hombres en una depresión en las dunas de la costa y les mandó descansar un rato. Pero el ejército egipcio era mucho más numeroso de lo que él sabía, y sus espías andaban por todas partes. El emir Rukn ad-Din apenas podía creer que sus enemigos fueran tan locos. Envió arqueros, que se situaron en lo alto de las colinas arenosas hasta que los francos estuvieron casi cercados. Gualterio de Jaffa fue el primero en darse cuenta de lo que estaba sucediendo. Aconsejó una rápida retirada, pues los caballos no podían maniobrar en la profunda arena. El, por su parte, se retiró hacia el Norte, acompañado del duque de Borgoña, y los otros caballeros de Ultramar le siguieron tan pron-

[16] *Ms. of Rothelin*, págs. 533-6.

to como les fue posible. Pero Enrique de Bar no quería abandonar a la infantería, a la que condujo a la trampa, y sus amigos más íntimos se quedaron a su lado. La batalla terminó pronto. Con sus caballos y su pesada infantería debatiéndose torpemente en las dunas, los francos fueron impotentes. Más de mil resultaron muertos, entre ellos el conde Enrique. Seiscientos más fueron hechos prisioneros y llevados a Egipto. Entre ellos estaban el conde de Montfort y el poeta Felipe de Nanteuil, que pasó sus días en prisión escribiendo maldiciones rimadas contra las órdenes, a las que, con más pasión que lógica, culpaba del fracaso de la insensata expedición.

Cuando los fugitivos llegaron a Ascalón, Tibaldo olvidó su cautela y deseó partir para Gaza para rescartar a sus compañeros. Pero los caballeros de Ultramar no accedieron. Sería una locura arriesgar el ejército, y era evidente que los musulmanes matarían a todos los cautivos que tenían antes que ponerlos nuevamente en libertad. Tibaldo estaba furioso y nunca perdonó totalmente a sus anfitriones. Pero no había nada que hacer. El ejército mermado se trasladó lentamente a Acre [17].

Entretanto, an-Nasir de Kerak replicó al ataque bretón efectuado contra la caravana musulmana con un avance sobre Jerusalén. La Ciudad Santa se hallaba indefensa, excepto en el sector de muralla próximo a la puerta de San Esteban, que había iniciado Federico, y una ciudadela en la que se hallaba incluida la torre de David, que había sido reforzada hacía poco. No se hallaba sometida al gobierno de Acre, sino al de Filangieri en Tiro, y éste había descuidado el proporcionarle una guarnición adecuada. An-Nasir ocupó la ciudad sin dificultad; pero los soldados en la ciudadela resistieron durante veintisiete días, hasta que sus víveres estuvieron exhaustos. Se rindieron el 7 de diciembre, a cambio de un salvoconducto que les permitiría llegar a la costa. Cuando hubo destruido las fortificaciones, entre éstas la torre de David, an-Nasir se retiró a Kerak [18].

Después del desastre de Gaza, Tibaldo trasladó sus fuerzas hacia el Norte, en dirección a Trípoli. Llegó un emisario del emir en Hama, al-Muzaffar II, que había reñido con sus parientes ayubitas y se hallaba amenazado por una coalición entre el regente de Alepo y el

[17] *Ms. of Rothelin*, págs. 537-50 (un relato vívido y completo); *Gestes des Chiprois*, págs. 118-20; *Estoire d'Eracles*, II, págs. 414-15; Abu Shama, II, página 193; Maqrisi, X, pág. 324 (un error del texto en la fecha). Los poemas de Felipe se hallan citados en *Ms. of Rothelin*, págs. 548-9.

[18] *Ms. of Rothelin*, págs. 529-31, la sitúa antes de la batalla de Gaza, pero sólo da la fecha del año; Maqrisi, X, págs. 323-4, afirma que fue el 7 de diciembre el día de la rendición, esto es, después de la batalla de Gaza; Abu'l Feda da la misma fecha; al-Aïni, págs. 196-7, hace alusión únicamente al año. Se puede aceptar la fecha de Maqrisi.

príncipe de Homs. A cambio de la ayuda franca ofreció ceder una o dos fortalezas e hizo concebir alguna esperanza sobre su conversión al cristianismo. Tibaldo aceptó el ofrecimiento con alegría; pero su avance hacia Trípoli fue suficiente para que los enemigos de al-Muzaffar desistieran, y el emir envió cortésmente a decir que, después de todo, sus servicios ya no eran necesarios [19].

Mientras la Cruzada se encontraba en Trípoli, Ayub se hizo dueño de Egipto y estalló la guerra entre él e Ismail de Damasco. Era evidente que los francos podían hacer ahora un trato provechoso. Tibaldo volvió apresuradamente hacia el Sur y acampó con su ejército en Galilea, cerca de las fuentes de Seforia. No tuvo que esperar mucho tiempo. A principios del verano de 1240, Ismail, asustado por una invasión de Ayub y an-Nasir unidos, propuso una alianza defensiva con los francos. Si le garantizaban guarnecer la frontera egipcia junto a la costa y suministrarle armamentos, les cedería las grandes fortalezas de Beaufort y Safed y las colinas que había entre ellas. Los templarios, que tenían ahora conexiones financieras con Damasco, dirigieron las negociaciones y fueron recompensados con la posesión de Safed. Pero los súbditos de Ismail estaban indignados. La guarnición de Beaufort se negó a entregar su custodia a Balian de Sidón, hijo de su último señor cristiano, e Ismail tuvo que ir allí en persona para reducir el castillo por la fuerza. Dos de los principales teólogos damascenos, entre ellos el predicador más importante de la gran mezquita, salieron de la ciudad, disgustados, y buscaron refugio en El Cairo [20].

Una desconfianza común hacia el emperador Federico había mantenido unidos en incómoda alianza al Hospital y al Temple durante los últimos doce años. Pero la adquisición de Safed por parte de los templarios fue más de lo que los hospitalarios podían sufrir. Mientras Tibaldo llevaba su ejército para unirse a las tropas de Ismail, entre Jaffa y Ascalón, iniciaron negociaciones con Ayub. Sus razones se fortalecieron cuando la mitad de los hombres de Ismail, no queriendo colaborar con los cristianos, desertaron al campamento egipcio, y los aliados tuvieron que replegarse. Ayub, cuyo primer objetivo era la derrota de Ismail, se sintió encantado de tener una oportunidad de romper la alianza. Ofreció a los francos dejar en libertad a los prisioneros capturados en Gaza y el derecho

[19] Abu'l Feda, págs. 115-19 (era nieto de al-Muzaffar II); Kemal ad-Din (trad. Blochet), págs. 98, 100, 104; *Estoire d'Eracles,* II, pág. 416; *Gestes des Chiprois,* págs. 120-1.

[20] *Estoire d'Eracles,* II, págs. 417-18; *Ms. of Rothelin,* págs. 551-3; *Gestes des Chiprois,* pág. 12; Abu'l Feda, *loc. cit.;* Maqrisi, X, pág. 340; Abu Shama, II, pág. 193.

a ocupar y fortificar Ascalón a cambio de su neutralidad. El gran maestre del Hospital firmó entonces el acuerdo en Ascalón con el representante del sultán. Era un triunfo diplomático para Ayub, quien, con escaso esfuerzo por su parte, había roto una alianza tan humillante para Ismail. Tibaldo, contento de asegurar la libertad de Amalarico de Montfort y sus otros amigos, dio el apoyo a los hospitalarios, pero la opinión pública en Ultramar estaba indignada por el vergonzoso abandono del pacto con Damasco, que, desde los tiempos de Saladino, había sido la aliada tradicional de los cristianos. Tibaldo se hizo tan impopular, que decidió regresar a Europa. Después de hacer una precipitada peregrinación a Jerusalén, zarpó de Acre a fines de septiembre de 1240. Sus campañeros le siguieron, en su mayoría, excepto el duque de Borgoña, que juró esperar a que estuviesen terminadas las fortificaciones de Ascalón, y el conde de Nevers, que se unió al grupo de los templarios y los barones locales, con los que acampó cerca de Jaffa, haciendo el voto de mantener el tratado de Damasco y oponerse a cualquier invasión egipcia.

La Cruzada de Tibaldo no había carecido totalmente de valor. Beaufort, Safed y Ascalón fueron recuperadas por los cristianos. Pero los musulmanes se dieron cuenta, una vez más, de la perfidia de los francos [21].

El 11 de octubre, pocos días después de la marcha de Tibaldo, llegó a Acre un peregrino aún más ilustre. Ricardo, conde de Cornualles, era hermano de Enrique III de Inglaterra, y su hermana era esposa del emperador Federico. Tenía treinta y un años y se le consideraba como uno de los príncipes más capaces de su tiempo. Su peregrinación contaba con la plena aprobación del Emperador, que le dio poderes para hacer los arreglos que considerase más convenientes para el reino [22]. Le produjo horror la anarquía que encontró a su llegada. El Temple y el Hospital se hallaban casi en guerra abierta entre sí. Los barones locales, excepto Gualterio de Jaffa, apoyaban a los templarios; por tanto, los hospitalarios empezaban a granjearse la amistad de Filangieri y los imperialistas. La Orden teutónica se mantenía al margen. Guarnecía los castillos sirios, pero dedicaba su atención principal a Cilicia, donde el rey armenio les encomendó la custodia de vastas tierras. Filangieri aún conservaba Tiro y era el responsable de la administración de Jerusalén [23].

[21] *Estoire d'Eracles,* II, págs. 419-20; *Ms. of Rothelin,* págs. 553-5; *Gestes des Chiprois,* págs. 121-2; Maqrisi, X, pág. 342.

[22] Para Ricardo y su Cruzada, véase Powicke, *King Henry III and the Lord Edward,* I, págs. 197-200. El Papa había pedido a Ricardo que abandonase la Cruzada y en su lugar diera el dinero para proteger al Emperador latino de Constantinopla (véase *ibid.,* pág. 197, n. 2).

[23] Carta de Ricardo en Mateo Paris, *Chronica Majora,* IV, pág. 139. Ri-

Nada más llegar, Ricardo marchó a Ascalón. Allí recibió embajadores del sultán egipcio, que le pidieron que confirmase el tratado hecho por los hospitalarios. Ricardo accedió, pero, con el fin de aplacar a los barones de Ultramar, insistió en que los egipcios confirmasen las cesiones de territorio hechas por Ismail de Damasco y que agregasen a ellas lo que quedaba de Galilea, incluyendo Belvoir, monte Tabor y Tiberíades. Ismail, que había perdido el control de la Galilea oriental, la cual pasó a depender de an-Nasir, no pudo impedir esta nueva cesión. Entretanto, los prisioneros capturados en Gaza fueron devueltos a cambio de unos pocos musulmanes que se hallaban en manos cristianas. El reino recuperó así todas sus antiguas tierras al oeste del Jordán, extendiéndose hacia el Sur hasta las afueras de Gaza, con la ominosa excepción de Nablus y la provincia de Samaria. Jerusalén seguía sin fortificar, pero Odón de Montbéliard, cuya esposa era la heredera de los príncipes de Galilea, empezó a reconstruir el castillo de Tiberíades, y los trabajos de Ascalón se concluyeron. Ricardo nombró gobernador de Ascalón a Gualterio Pennenpié, que había sido el representante de Filangieri en Jerusalén. Seguramente debido a una sugerencia de Ricardo, el emperador Federico envió una embajada congratulatoria al sultán Ayub. Sus dos embajadores fueron recibidos con grandes honores y pompa en El Cairo y permanecieron allí hasta principios de la primavera.

Ricardo permaneció en Palestina hasta mayo de 1241. Se había comportado con gran prudencia y tacto y fue aceptado por la opinión general como virrey temporal del reino. El Emperador estaba muy satisfecho con él, y todo el mundo en Ultramar sintió su marcha. Regresó a Europa con altas esperanzas en su carrera pero exiguos resultados [24].

El orden establecido por Ricardo de Cornualles no sobrevivió mucho a su partida. Los barones locales confiaban en conservarlo pidiendo al Emperador que nombrase a uno de sus compañeros, Simón de Montfort, en calidad de bailli. Simón, casado con una hermana de Ricardo, y primo del señor de Torón, causó una impre-

cardo permaneció en el Hospital en Acre (*Gestes des Chiprois*, pág. 123). Para la Orden teutónica en Cilicia, véase Strehlke, *Tabulae Ordinis Theutonici*, páginas 37-40, 65-6, 126-7. *Gestes des Chiprois, loc. cit.*, acerca del control de Federico en Jerusalén a través de su delegado Pennenpié.

[24] Carta de Ricardo en Mateo Paris, IV, págs. 139-45; *Estoire d'Eracles*, II, págs. 421-2; *Ms. of Rothelin*, págs. 555-6; *Gestes des Chiprois*, págs. 123-4. No está claro si Tibaldo había ya establecido tratos con Egipto, que Ricardo confirmó (como implican los *Gestes*, aunque el pasaje puede ser una interpolación), o si Ricardo completó las negociaciones iniciadas por Tibaldo. Véase también *Histoire des Patriarches d'Alexandrie*, págs. 342-6.

sión excelente. Pero Federico no hizo caso de su petición, y Simón regresó a Inglaterra donde se entregó a una carrera importante y tempestuosa[25]. Pronto volvieron a iniciarse las querellas en Tierra Santa. Los templarios se negaban a someterse al tratado con Ayub, y en la primavera de 1242 atacaron la ciudad musulmana de Hebrón. An-Nasir de Kerak replicó enviando tropas para cortar la carretera a Jerusalén e imponer tributos a los peregrinos y mercaderes que pasaran por ella. Esto incitó a los templarios a salir de Jaffa y atacar y saquear Nablus el 30 de octubre, incendiando su gran mezquita y degollando a la mayoría de sus habitantes, entre ellos gran número de cristianos indígenas. Ayub no estaba aún preparado para una guerra. Se contentó con enviar un poderoso ejército para bloquear Jaffa durante algún tiempo, como una advertencia para el futuro[26]. Dentro del reino no había ninguna autoridad decisiva. Las órdenes se comportaban como repúblicas independientes. Acre se hallaba gobernada por la Comuna, la cual, sin embargo, no podía impedir que luchasen entre sí y en las calles los templarios y los hospitalarios. Los barones se ocupaban de sus feudos, gobernándolos a su capricho.

En Tiro, Filangieri consideraba el caos lleno de promesas. Se hallaba en contacto, secretamente, con el Hospital de Acre y se atrajo a dos de los burgueses principales, Juan Valin y Guillermo de Conches. Cierta noche, en la primavera de 1243, llegó, procedente de Tiro, a Acre, donde entró clandestinamente, dispuesto a organizar un golpe de Estado. Pero se advirtió su presencia y se dio cuenta de ella a Felipe de Montfort, que por un azar se encontraba en Acre. Felipe avisó en seguida a la Comuna y a las colonias veneciana y genovesa. Sus funcionarios detuvieron a Juan Valin y Guillermo de Conches, y establecieron servicio de vigilancia en las calles. Se envió un mensaje a Balian de Ibelin para que acudiera desde Beirut, y otro a Odón de Montbéliard, que vino de Cesarea. Filangieri se dio cuenta de que había perdido su oportunidad, y se escabulló tranquilamente hacia Tiro. La complicidad de los hospitalarios era evidente. Balian, nada más llegar, sitió su cuartel general en Acre. El sitio duró seis meses. El gran maestre, Pedro de Vieilli Bride, estaba en Marqab, realizando campañas esporádicas contra sus vecinos musulmanes. No

[25] Röhricht, *Regesta,* pág. 286. La carta está fechada el 7 de mayo de 1241. Amalarico, el hermano de Simón, era uno de los prisioneros que recientemente habían sido puestos en libertad en Egipto.

[26] *Histoire des Patriarches,* págs. 350-1; Mateo Paris, IV, pág. 197. Quizá se librase una batalla cerca de Gaza en 1242, a la que Maqrisi (X, págs. 342, 348) hace referencia dos veces. Véase Stevenson, *Crusaders in the East,* página 321, n. 1.

podía arriesgarse a distraer hombres para socorrer a sus caballeros de Acre. Al final hizo la paz con Balian, ofreciendo disculpas y jurando que no había tenido participación en la conspiración [27].

El 5 de abril de 1243, Conrado de Hohenstaufen, hijo del emperador Federico y de la reina Yolanda, tenía quince años y llegaba oficialmente a la mayoría de edad. Era deber suyo presentarse en Acre y tomar posesión personalmente del reino. Su padre ya no tenía derecho a la regencia. Pero, aunque el joven rey envió en seguida a Tomás de Ancerra como delegado suyo, no daba muestras de trasladarse en persona a Oriente. Los barones creían, por tanto, que era su obligación legal nombrar regente al heredero más próximo disponible. Este era Alicia, reina viuda de Chipre y tía abuela del joven rey. Después de divorciarse de Bohemundo V, Alicia se había reconciliado con sus primos los Ibelin, y en 1240, con la aprobación de ellos, se casó con Rodolfo, conde de Soissons, un joven de la mitad de años que ella, que había ido a Oriente con el rey Tibaldo. Fue convocada una reunión por Balian de Ibelin y Felipe de Montfort en Acre, en el palacio del patriarca, el 5 de junio de 1243. Todos los barones se hallaban presentes. La Iglesia estaba representada por Pedro de Sargines, arzobispo de Tiro, y los obispos del reino. La Comuna envió a sus funcionarios, y las colonias genovesa y veneciana, a sus presidentes. Felipe de Novara expuso la situación jurídica y recomendó que no se debía tributar ningún homenaje al rey Conrado hasta que se presentara en persona para recibirlo, y que, mientras tanto, Alicia y su esposo debían ser investidos con la regencia. Odón de Montbéliard propuso que Conrado debía ser requerido oficialmente a visitar su reino y que nada debía hacerse hasta que contestara. Pero los Ibelin no veían ninguna razón para ello. Su punto de vista prevaleció. La reunión hizo juramento de fidelidad a Alicia y Rodolfo, dejando a salvo los derechos del rey Conrado [28].

La decisión privó a Filangieri de todo vestigio de autoridad, que había hecho dudar a los barones para atacarle en Tiro. A raíz del nombramiento de Tomás de Ancerra, Filangieri había sido llamado

[27] *Gestes des Chiprois,* págs. 124-7; *Estoire d'Eracles,* II, pág. 422; *Annales de Terre Sainte,* pág. 441, fecha equivocadamente el episodio en 1243; Ricardo de San Germano, pág. 382, habla de una «rebelión» contra el Emperador en Acre, en octubre de 1241.

[28] *Gestes des Chiprois,* págs. 128-30 (relato de Felipe de Novara, quien se adjudica el haberlo organizado); *Estoire d'Eracles,* II, pág. 240; Amadi, páginas 290-1; *Assises,* II, pág. 399; Tafel-Thomas, *Urkunden,* II, págs. 351-89 (un relato escrito por un veneciano testigo presencial, Marsiglio Giorgio). Felipe dice que había pisanos, lo que es improbable debido a su amistad con el Emperador; además no se menciona en ningún otro lado. Véase La Monte, *Feudal Monarchy,* págs. 71-3.

por el Emperador para que regresase a Italia, y aquél dejó la ciudad al mando de su hermano Lotario. El 9 de junio, los reunidos de Acre ordenaron a Lotario que entregara Tiro a los regentes. Ante su negativa, Balian de Ibelin y Felipe de Montfort, con contingentes venecianos y genoveses, marcharon sobre la ciudad. Lotario confiaba en las poderosas murallas que habían desafiado con éxito al propio Saladino. Pero los ciudadanos locales, hartos de Filangieri, se ofrecieron a abrir el postigo de los Carniceros, próximo al mar. En la noche del 12 de junio, Balian y sus hombres treparon por las rocas hasta el postigo y entraron en la ciudad. Después abrieron las puertas principales para dar paso a sus aliados. Una vez que hubieron ocupado las casas de los hospitalarios y de los caballeros teutónicos, poseían toda la ciudad, excepto la ciudadela, al Sur, a la que se retiró Lotario. Era una fortaleza formidable, y durante cuatro semanas resistieron los imperialistas. Pero por una fatal casualidad el barco que llevaba a Ricardo Filangieri a Italia se vio obligado, por el mal tiempo, a regresar. Ricardo, ignorando lo que ocurría, desembarcó en el puerto de Tiro y cayó directamente en manos de sus enemigos. Le llevaron encadenado a la puerta de la ciudadela y amenazaron con colgarle si no se rendía la guarnición. Lotario se negó hasta que vio la cuerda ciñendo el cuello de su hermano; entonces aceptó las fáciles condiciones que le brindaban los vencedores. Estos permitieron a los hermanos que salieran libremente con su séquito y sus bienes. Lotario se retiró a Trípoli, donde Bohemundo V le recibió muy bien. Se le unió allí Tomás de Ancerra. Ricardo regresó confiadamente al lado de su señor imperial, que pronto le metió en la cárcel. Después de marcharse los Filangieri, Jerusalén, Ascalón y Tiro pasaron oficialmente a manos de los regentes.

Rodolfo de Soissons había esperado confiadamente que el control de la ciudad conquistada sería dado a los regentes. Pero Felipe de Montfort deseaba Tiro para sí mismo, con el fin de redondear su feudo de Torón, y los Ibelin le dieron su apoyo. Cuando Rodolfo pidió violentamente la ciudad, los barones replicaron, con cínica ironía, que la conservarían en custodia hasta que se pusiera en claro a quién iba a pertenecer. Rodolfo se dio cuenta, de repente, de que se le quería nada más que como simple figurón. Humillado y furioso, abandonó en seguida Tierra Santa y regresó a Francia. La reina Alicia, cuyos cincuenta años de vida fueron exponente de su paciencia, siguió siendo regente titular hasta su muerte, en 1246 [29].

El triunfo de los barones significaba el triunfo de los templarios

[29] *Gestes des Chiprois,* págs. 130-6; *Estoire d'Eracles,* II, pág. 420; Tafel-Thomas, *loc. cit.* (no se dio a los venecianos la recompensa que se les debía); *Assises,* II, pág. 401. Un regente no tenía derecho legal sobre una fortaleza.

sobre la política exterior preconizada por los hospitalarios. Se reanudaron las negociaciones con la corte de Damasco. Ayub de Egipto había reñido recientemente con an-Nasir de Kerak y estaba asustado ante una defección franca. Cuando Ismail de Damasco, con la aprobación de an-Nasir, ofreció a los francos retirar del área del Templo, en Jerusalén, a los sacerdotes musulmanes, cuya presencia en aquel lugar había sido garantizada por Federico II, Ayub se apresuró a hacer el mismo ofrecimiento. Enzarzando cuidadosamente entre sí a los príncipes musulmanes, los templarios, que gestionaban la transacción, consiguieron la aprobación de aquéllos para restaurar en dicha zona el culto cristiano. El gran maestre, Armando de Périgord, escribió entusiasmado a Europa a fines de 1243 para referir el feliz resultado y anunciar que la Orden se hallaba ahora activamente entregada a la fortificación de la Ciudad Santa. Fue el último triunfo diplomático en Ultramar [30].

El emperador Federico escribió con bastante acritud a Ricardo de Cornualles para comentar la buena disposición de la Orden en buscar una alianza musulmana, cuando le había acusado a él de hacer lo propio [31].

El éxito animó a los templarios. Cuando estalló la guerra entre Ayub e Ismail, en la primavera de 1244, convencieron a los barones para intervenir activamente en favor del último. An-Nasir de Kerak y el joven príncipe de Homs, al-Mansur Ibrahim, se habían unido ambos a Ismail, y al-Mansur Ibrahim se trasladó personalmente a Acre para sellar la alianza y ofrecer a los francos, en calidad de aliados, una parte de Egipto cuando Ayub hubiese sido derrotado. El príncipe musulmán fue recibido con grandes honores. Los templarios se hicieron cargo de la mayoría de las diversiones [32].

Pero no era tan fácil derrotar a Ayub. Había encontrado aliados que eran más eficaces que los francos. Los turcos kwarismianos, después de la muerte de Jalal ad-Din, su rey, se dedicaron a recorrer el Jezireh y la Siria del norte, atacando y saqueando los lugares que encontraban a su paso. Una coalición de los príncipes ayubitas de Siria había intentado reducirlos en 1241 y les infligió una grave derrota en una batalla librada no lejos de Edesa. Pero los kwarismianos establecieron después su cuartel general en el campo, entre Edesa y Harram, y estaban aún en condiciones de arrendar sus servicios [33]. Ayub estuvo en contacto con ellos durante algún tiempo,

[30] Abu'l Feda, pág. 122; Maqrisi, X, págs. 355-7; al-Aïni, pág. 197; Mateo Paris, IV, págs. 289-98.

[31] Mateo Paris, IV, pág. 419.

[32] Joinville (ed. Wailly), pág. 290.

[33] Abu'l Feda, pág. 119; Kemal ad-Din (trad. Blochet), VI, págs. 3-6, 12.

y ahora les invitó a invadir el territorio de Damasco y Palestina[34].

En junio de 1244, los jinetes kwarismianos, unos diez mil en total, se lanzaron sobre el terriorio damasceno, saqueando el país y quemando las aldeas. Damasco era demasiado poderosa para que pudieran atacarla, por lo que cabalgaron hasta Galilea, dejando atrás la ciudad de Tiberíades, que ocuparon, y se dirigieron hacia el Sur, a través de Nablus, en dirección a Jerusalén. Los francos se dieron cuenta súbitamente del peligro. El patriarca recién elegido, Roberto, marchó a toda prisa a la ciudad con los grandes maestres del Temple y del Hospital, y reforzaron la guarnición que defendía las fortificaciones que acababan de reconstruir los templarios, pero no se arriesgaron a permanecer ellos mismos en el lugar. El 11 de julio, los kwarismianos penetraron en la ciudad. Hubo combates en las calles, pero consiguieron forzar la entrada hasta el convento armenio de San Jaime y degollaron a los monjes y a las monjas. El gobernador franco fue muerto al intentar una salida desde la ciudadela, y también cayó el preceptor del Hospital. Pero la guarnición resistía. No llegó ninguna ayuda de los francos, y, entonces, los cristianos recurrieron a su aliado musulmán más cercano, an-Nasir de Kerak. An-Nasir no sentía afecto por los cristianos y le molestaba haber necesitado aliarse con ellos. Por ello, después de enviar algunas tropas que indujeron a los kwarismianos a ofrecer a la guarnición un salvoconducto hasta la costa si entregaban la ciudadela, se desentendió de la suerte de aquélla. El 23 de agosto, seis mil cristianos, hombres, mujeres y niños, salieron de la ciudad, que quedó en poder de los kwarismianos. Según avanzaban por la carretera en dirección a Jaffa, algunos volvieron la vista atrás y vieron banderas francas ondeando en las torres. Creyendo que había llegado algún socorro, muchos de ellos insistieron en regresar a la ciudad, y lo único que consiguieron fue caer en una emboscada junto a las murallas. Murieron unos dos mil. Los restantes, cuando seguían su marcha hacia la costa, fueron atacados por bandidos árabes. Sólo trescientos llegaron a Jaffa.

Así fue como perdieron los francos definitivamente Jerusalén. Pasarían casi siete siglos antes de que un ejército cristiano volviese a cruzar sus puertas. Los kawarismianos mostraron poca indulgencia con la ciudad. Irrumpieron en la iglesia del Santo Sepulcro. Algunos sacerdotes latinos se habían negado a abandonar la ciudad y celebraban misa en el santuario. Fueron asesinados, igual que los sacer-

Véase Cahen, *La Syrie du Nord*, págs. 648-9; Grousset, *Histoire des Croisades*, III, págs. 410-11.

[34] Maqrisi, X, pág. 358. Federico II, carta en Mateo Paris, IV, pág. 301, acusa a los barones de Ultramar de provocar esta alianza.

dotes de otras confesiones indígenas que se hallaban en el mismo lugar. Fueron profanadas las sepulturas de los reyes de Jerusalén, y la iglesia misma fue pasto de las llamas. Casas y tiendas por toda la ciudad fueron saqueadas e incendiados los templos. Luego, cuando todo el lugar quedó asolado, los kwarismianos se marcharon para unirse al ejército en Gaza [35].

Mientras los kwarismianos saqueaban Jerusalén, los caballeros de Ultramar habían estado concentrándose en las afueras de Acre. Allí se les unieron los ejércitos de Homs y Damasco, al mando de al-Mansur Ibrahim de Homs, y an-Nasir acudió con el ejército de Kerak. El 4 de octubre de 1244, las fuerzas aliadas empezaron a marchar hacia el Sur, a lo largo del camino costero. Aunque an-Nasir y sus beduinos se mantenían aparte, existía una camaradería perfecta entre los francos y al-Mansur Ibrahim y sus hombres. El ejército cristiano era el más numeroso que Ultramar había puesto en pie de guerra desde el día fatal de Hattin. Había seiscientos jinetes seculares, al mando de Felipe de Montfort, señor de Torón y Tiro, y de Gualterio de Brienne, conde de Jaffa. El Temple y el Hospital enviaron más de trescientos caballeros de sus órdenes, mandados por los grandes maestres, Armando de Périgord y Guillermo de Châteauneuf. Había un contingente de la Orden teutónica. Bohemundo de Antioquía envió a sus primos Juan y Guillermo de Botrun y a Juan de Ham, condestable de Trípoli. El patriarca Roberto acompañaba al ejército con el arzobispo de Tiro y Rodolfo, obispo de Ramleh. Las tropas bajo el mando de al-Mansur Ibrahim eran probablemente más numerosas, pero su armamento inferior. An-Nasir parece ser que proporcionó caballería beduina.

El ejército egipcio se hallaba ante Gaza, al mando de un joven emir mameluco, Rukn ad-Din Baibars. Constaba de cinco mil soldados egipcios escogidos y de la horda kwarismiana. Los ejércitos enemigos establecieron contacto el 17 de octubre en la aldea de Herbiya o La Forbie, en la llanura arenosa, pocas millas al nordeste de Gaza. Los aliados celebraron apresuradamente un consejo de guerra. Al-Mansur Ibrahim aconsejó que permanecieran donde estaban, fortificando su campamento contra cualquier ataque de los kwarismianos. Calculaba que éstos se impacientarían en seguida. No les gustaba atacar una posición poderosa, y el ejército egipcio no podía lanzarse al ataque sin ellos. Con buena suerte, todo el ejército egipcio podría retirarse pronto a Egipto. Muchos de los jefes cristianos estaban de acuerdo con él, pero Gualterio de Jaffa apremiaba, con avidez,

[35] *Chronicle of Mailros* (Melrose), págs. 159-60; Mateo Paris, IV, páginas 308, 338-40; *Ms. of Rothelin,* págs. 563-5; Maqrisi, X, págs. 358-9; al-Aïni, pág. 198.

a un ataque inmediato. Las fuerzas cristianas eran superiores en número, era una oportunidad gloriosa para destruir la amenaza kwarismiana y humillar a Ayub. Se salió con la suya y el ejército completo se desplegó para el ataque. Los francos estaban en el flanco derecho, los damascenos y los de Homs se hallaban en el centro, y an-Nasir en el ala izquierda.

Mientras las tropas egipcias afrontaban el ataque franco, los kwarismianos cargaron contra los aliados musulmanes de los cristianos. Al-Mansur Ibrahim y sus hombres de Homs mantuvieron sus posiciones, pero las tropas damascenas no pudieron resistir el golpe. Dieron media vuelta y huyeron, y a la huida se sumaron an-Nasir y su ejército. Mientras al-Mansur Ibrahim se abría camino combatiendo, los kwarismianos se volvieron contra el flanco de los cristianos, empujándolos hacia los regimientos egipcios. Los francos se batieron valerosamente, aunque en vano. A las pocas horas todo el ejército quedó aniquilado. Entre los muertos se hallaba el gran maestre del Temple y su mariscal, el arzobispo de Tiro, el obispo de Ramleh y los dos jóvenes señores de Botrun. El conde de Jaffa, el gran maestre del Hospital y el condestable de Trípoli fueron hechos prisioneros. Felipe de Montfort escapó con el patriarca a Ascalón, donde se les unieron los supervivientes de las órdenes: treinta y tres templarios, veintiséis hospitalarios y tres caballeros teutónicos. Se trasladaron por mar a Jaffa. El número de muertos se calculó en no inferior a cinco mil, y tal vez pasara de esta cantidad. Ochocientos prisioneros fueron llevados a Egipto [36].

El ejército victorioso avanzó en seguida sobre Ascalón, que se hallaba guarnecida ahora por el Hospital. Las fortificaciones demostraron ser de gran valor. Los asaltos fracasaron, y los egipcios decidieron establecer un cerco contra la ciudad, haciendo venir barcos desde Egipto para vigilar la costa. Entretanto, los kwarismianos se lanzaron contra Jaffa, llevando con ellos al conde cautivo y amenazando a la guarnición con colgar al conde si no entregaban la ciudad. Pero el conde exhortó a sus hombres a mantenerse firmes. Las fortificaciones resultaron demasiado poderosas para los kwarismianos. Se retiraron con su prisionero, a quien perdonaron la vida. Murió más tarde, en el cautiverio, en una reyerta con un emir egipcio, con quien se hallaba jugando al ajedrez [37].

El desastre de Gaza privó a los francos de todas las precarias

[36] *Estoire d'Eracles,* II, págs. 427-31; *Ms. of Rothelin,* págs. 562-6; *Gestes des Chiprois,* págs. 145-6; *Chronicle of Mailros,* págs. 159-60; Joinville, páginas 293-5; Mateo París, IV, págs. 301, 307-11; Maqrisi, X, pág. 360; Abu Shama, II, pág. 193.

[37] Joinville, *loe. cit.;* Amadi, págs. 201-2.

ventajas obtenidas por la diplomacia durante las últimas décadas. No era probable que Jerusalén y Galilea pudieran ser defendidas contra un ataque musulmán en serio, pero la pérdida de potencial humano dejó a Ultramar completamente incapaz de defender más que las zonas costeras y algunos de los más fuertes castillos del interior. Unicamente en Hattin las pérdidas fueron mayores. Había, sin embargo, una diferencia entre Hattin y Gaza. El vencedor de la batalla anterior, Saladino, era ya señor de toda Siria y de Egipto. Ayub de Egipto tenía aún que superar a su rival de Damasco antes de aventurarse a acabar con los cristianos. Esta dilación salvó a Ultramar.

Los kwarismianos habían esperado que, como una recompensa por su ayuda, Ayub les establecería en ricas tierras egipcias. Pero se negó a permitirles que cruzaran la frontera y situó en ellas tropas para que garantizasen que se quedarían en Siria. Se volvieron para hacer correrías por Palestina, llegando a las afueras de Acre, y después marcharon al interior para unirse a los egipcios en el sitio de Damasco. El ejército egipcio, al mando del emir Mu'in ad-Din, avanzó a través de Palestina central, despojando a an-Nasir de Kerak de todas sus tierras al oeste del Jordán y llegando finalmente ante Damasco en abril de 1245. El sitio duró seis meses. Ismail de Damasco abrió los diques de contención del río Barada y el terreno situado fuera de las murallas se convirtió en un pantano intransitable. Pero el estrecho cerco organizado por los egipcios no tardó en provocar intranquilidad entre mercaderes y tenderos. A principios de octubre Ismail se avino a negociar. Cedió Damasco a cambio de un principado vasallo que incluía Baalbek y el Hauran. Pero a los kwarismianos se les dejó aún sin recompensa. Decidieron, por tanto, abandonar la causa de Ayub y a principios de 1246 ofrecieron sus servicios a Ismail. Con la ayuda de ellos, Ismail regresó ante Damasco y puso sitio a la ciudad.[1] Tenía esperanzas de que se le unieran otros príncipes ayubitas en contra de Ayub, pero aquellos sentían más antipatía contra los kwarismianos. El regente de Alepo y el príncipe de Homs, subsidiarios de Ayub, enviaron un ejército para socorrer Damasco. Ismail y sus aliados levantaron el sitio y marcharon en dirección norte para enfrentarse con el ejército de socorro a principios de mayo, en algún lugar del camino que lleva de Baalbek a Homs. Ismail fue gravemente derrotado y los kwarismianos resultaron casi totalmente aniquilados. Los supervivientes se abrieron paso hacia Oriente para unirse a los mongoles, mientras la cabeza de su caudillo fue paseada triunfalmente por las calles de Alepo. Todo el mundo árabe se regocijó con su desaparición. Se afirmó la posesión de Damasco por Ayub. Ismail volvió a verse reducido a su feudo en

Baalbeck, y los ayubitas del Norte reconocieron la autoridad de Ayub. Este podía consagrar nuevamente su atención a los francos [38].

El 17 de junio de 1247, un ejército egipcio conquistó Tiberíades y su castillo, reconstruido recientemente por Odón de Montbéliard. Poco después fueron ocupados el monte Tabor y el castillo de Belvoir. El ejército avanzó después para poner sitio a Ascalón. Las fortificaciones construidas por Hugo de Borgoña estaban en buenas condiciones, y se hallaban guarnecidas por un fuerte contingente de hospitalarios. Se apeló a otros auxilios procedentes de Acre y Chipre. El rey Enrique de Chipre en seguida envió una escuadra de ocho galeras con unos cien caballeros mandados por su senescal, Balduino de Ibelín, a Acre, donde la Comuna, con la ayuda de los colonos italianos, había equipado otras siete galeras y cincuenta embarcaciones ligeras. Los egipcios habían enviado una flota de veintiuna galeras que bloqueaba la ciudad y que zarpó para enfrentarse con los cristianos. Pero antes de que pudiera establecer contacto, la flota egipcia fue sorprendida por una tempestad. Muchos de los barcos fueron lanzados contra la costa y naufragaron; el resto de los barcos regresó a Egipto. La flota cristiana pudo navegar sin novedad hasta Ascalón, donde reavitualló a la guarnición y desembarcaron los caballeros. Pero seguía el tiempo malo, y los barcos no podían permanecer en las aguas sin protección de la rada de la ciudad. Se volvieron a Acre, abandonando a Ascalón a su suerte. El ejército sitiador se halló en situación de inferioridad por la carencia de madera para construir máquinas de asedio, pero el naufragio de sus barcos destrozados a lo largo de la costa les proporcionó todo el material que necesitaban. Una gran ariete consiguió abrir un pasadizo por debajo de las murallas directamente hasta la ciudadela, y el 15 de octubre el ejército egipcio penetró hacia la ciudad. A los defensores les cogió de sorpresa. Casi todos fueron muertos en el acto, y los restantes hechos prisioneros. Por orden del sultán, la fortaleza fue desmantelada y abandonada en ruinas [39]. Ayub no explotó su victoria. Realizó una visita a Jerusalén, cuyas murallas mandó reconstruir, y marchó después a Damasco para establecer temporalmente su corte. Pasó allí el invierno de 1248 y la primavera de 1249, y todos los príncipes musulmanes de Siria acudieron a rendirle homenaje [40].

En el menguado reino de Ultramar, a pesar de sus pérdidas y su falta de autoridad central, había tranquilidad interna. La reina Ali-

[38] Ibn Khallikan, III, pág. 246; Maqrisi, X, págs. 361-5; Abu Shama, II, pág. 432; *Estoire d'Eracles*, II, pág. 432.

[39] *Estoire d'Eracles*, II, págs. 432-5; *Gestes des Chiprois*, pág. 146; *Annales de Terre Sainte*, pág. 442; al-Aïni, pág. 200; Maqrisi, X, pág. 315.

[40] Ibn Khallikan, *loc. cit.*

cia murió en 1246, y la regencia pasó a su heredero siguiente, su hijo el rey Enrique de Chipre, después de una protesta de su hermanastra, la princesa viuda Melisenda de Antioquía. El rey Enrique, cuya nota sobresaliente era su enorme corpulencia, no resultaba ser hombre para afirmar sus poderes [41]. Nombró bailli a Balian de Ibelin y confirmó en la posesión de Tiro a Felipe de Montfort. Cuando Balian murió, en septiembre de 1247, le sucedió como bailli su hermano Juan de Arsuf, y como señor de Beirut su hijo, también llamado Juan [42].

Más al Norte, Bohemundo V de Antioquía y Trípoli procuraba mantenerse lo más posible al margen de los asuntos de sus vecinos. La influencia de su esposa italiana, Luciana de Segni, le proporcionó buenas relaciones con el Papado, aunque al invitar a Oriente a sus muchos parientes y amigos romanos irritó a los barones y contribuyó a causar a su esposo preocupaciones posteriores. Seguramente se debió a un requerimiento del Papa el que enviara un contingente a la desastrosa batalla de Gaza. Pero al mismo tiempo mantenía relaciones amistosas con Federico II, y dio asilo en Trípoli a Lotario Filangieri y Tomás de Ancerra, y si bien les negó una ayuda activa, molestó con ello al Papa. Su querella con el reino armenio se prolongó algunos años. En vano intentó convencer al Papa para que decretara el divorcio de la joven heredera roupeniana Isabel y el nuevo rey Hethoum, con el fin de privar a éste de su derecho al trono. En cambio, tanto él como Enrique de Chipre habían recibido órdenes específicas de Roma que les prohibían atacar a los armenios, mientras Hethoum, por su parte, se hallaba demasiado ocupado en defenderse de los ataques del gran sultán seléucida, Kaikhosrau, para mostrarse agresivo. La boda de Estefanía, hermana de Hethoum, con Enrique de Chipre, en 1237, preparó paulatinamente el terreno para una reconciliación general [43].

Bohemundo tenía escaso control sobre las órdenes militares establecidas en sus dominios, aunque aquéllas se habían vuelto más cautas. En un intento de reconciliar a la Comuna de Antioquía con el poderoso elemento griego, el Papado, al parecer con la aprobación de Bohemundo, modificó en aquella zona su política hacia la Iglesia ortodoxa. Era evidentemente imposible integrar a los grie-

[41] *Gestes des Chiprois,* pág. 146, un resumen bastante falseado de la solución; Röhricht, *Regesta,* págs. 315-16; Inocencio IV, *Registres* (ed. Berger), núm. 4.427, II, pág. 60. La petición de Melisenda fue entregada por el Papa a Odón de Châteauroux para que investigase, y posteriormente fue abandonada. Véase Röhricht, *Geschichte des Königreichs Jerusalem,* pág. 873, n. 3.

[42] *Annales de Terre Sainte,* pág. 442; Amadi, pág. 198.

[43] Cahen, *La Syrie du Nord,* págs. 650-2.

gos y latinos en una sola Iglesia. Por ello, Honorio III ofreció a los griegos una Iglesia autónoma, con su jerarquía y rito propios, siempre que el patriarca griego reconociera la autoridad suprema de Roma. El clero griego rechazó el ofrecimiento, tal vez alentado por Bohemundo, quien consideraba más fácil tratar con una jerarquía griega independiente, y el patriarca Simeón se apresuró a acudir al Concilio antilatino convocado por el Emperador niceano en Ninfeo, donde el Papa fue excomulgado con toda solemnidad. Pero cuando murió Simeón, hacia 1240, David, que le sucedió, y en cuyo nombramiento parece haber tenido alguna parte la princesa Luciana, manifestó deseos de entablar negociaciones. En 1245 el papa Inocencio IV envió al franciscano Lorenzo de Orta a Oriente, con instrucciones de que los griegos que reconocieran la soberanía eclesiástica papal tendrían en todas partes los mismos derechos que los latinos. Sólo tendrían que obedecer a superiores latinos donde hubiese un buen precedente histórico para ello. Se invitó al patriarca a que enviara una misión a Roma, a costa del Papa, para discutir los puntos en litigio. David aceptó estas condiciones. Hacia la misma época, el patriarca latino, Alberto, que no estaba completamente satisfecho con estos arreglos, se trasladó a Francia para asistir a un Concilio en Lyon, donde murió. El nuevo patriarca latino, Opizon Fieschi, sobrino del Papa, no fue nombrado hasta 1247 y llegó a Antioquía al año siguiente. Entretanto, David era el único patriarca residente en Antioquía. Pero al morir David, en fecha que no se sabe, su sucesor, Eutimio, rechazó la autoridad papal, por lo que fue excomulgado por Opizon y expulsado de la ciudad[44].

Un núcleo numeroso de la Iglesia jacobita se había sometido ya a Roma. En 1237, el patriarca jacobita, Ignacio de Antioquía, mientras visitaba Roma participó en una procesión latina y recibió un hábito dominico, después de hacer una declaración de fe ortodoxa. A su regreso a Antioquía arrastró a su posición a muchos de sus clérigos, y a los latinos se les informó oficialmente de que podían confesarse con sacerdotes jacobitas cuando no dispusieran de sacerdotes latinos. En 1245, un emisario papal, Andrés de Longjumeau, visitó a Ignacio en Mardin, donde tenía su residencia principal, y se negociaron las condiciones para la unión. Ignacio estaba dispuesto a aceptar una fórmula verbal sobre doctrina y autonomía administrativa bajo la soberanía directa de Roma. Pero, por desgracia, Igna-

[44] *Ibid.*, págs. 684-5; *Regesta Honorii Papae III*, núms. 5.567, 5.570, página 352. Toda la evidencia proviene de fuentes papales, aunque Bar Hebraeus (trad. Budge, pág. 445) habla del viaje de Eutimio a la corte mongola. Véase también «Lettre des Chrétiens de Terre Sainte à Charles d'Anjou», en *Revue de l'Orient Latin*, II, pág. 213.

cio hablaba sólo en nombre de una parte de la Iglesia jacobita. Existía ya una enemistad entre los jacobitas de la Siria del Norte y los de las provincias orientales y del Sur, y los de estas últimas zonas hicieron caso omiso de la unión. En vida de Ignacio, sus seguidores permanecieron leales a los latinos. Pero después de su muerte en 1252 hubo una disputa acerca de la sucesión. El candidato prolatino, Juan de Alepo, triunfó durante una temporada, pero consideraba que sus amigos latinos le daban un apoyo insuficiente, mientras su rival, Dionisio, que acabó por reemplazarle, era enemigo resuelto de ellos. Únicamente una parte exigua de la Iglesia, establecida en Trípoli, mantuvo la unión [45].

La labor para conseguir la unión estuvo a cargo, sobre todo, de los frailes predicadores, dominicos y franciscanos, que iniciaron sus misiones en Oriente poco tiempo después de ser fundadas sus órdenes. En el reducido reino de Jerusalén no hallaron mucho campo, pero desplegaron una actividad especial en el patriarcado de Antioquía, bajo el devoto patronazgo del patriarca Alberto. Tendieron, cada vez más, a reemplazar al clero secular en las diseminadas diócesis del patriarcado. Las relaciones de los patriarcas con la nueva Orden monástica de los cistercienses fueron menos felices. Pedro II, que fue en otro tiempo abad del Císter, había instalado a los cistercienses en dos monasterios, San Jorge de Jubin, cerca de Antioquía, y Belmont, cerca de Trípoli. Pero se produjeron diversos escándalos durante el patriarcado de Alberto, y hubo que hacer una serie de apelaciones previas a Roma antes de que la Orden pudiese ser reinstalada en sus monasterios y de que se reconociese la autoridad del patriarca [46].

Bohemundo V sentía escaso interés por estos procesos. Rara vez visitaba Antioquía, puesto que tenía establecida su corte en Trípoli. Igual que en el reino de Jerusalén, los diversos elementos en sus dominios diseminados se salvaron de la ruina por las querellas entre los ayubitas y por una fuerza nueva y aún más temible que empezaba a agitar el mundo musulmán, el Imperio de los mongoles.

[45] Cahen, *op. cit.*, págs. 681-4, con referencias.
[46] *Ibid.*, págs. 668-71, 680-1.

Libro III

LOS MONGOLES Y LOS MAMELUCOS

Capítulo 9
LA APARICION DE LOS MONGOLES

«Sus carros semejan el huracán, más veloces que águilas son sus caballos. ¡Ay de nosotros, pues estamos asolados!»

(Jeremías, 4, 13.)

En el año 1167, cuatro lustros antes de que Saladino reconquistase Jerusalén para el Islam, en las lejanas riberas del Onon, en el nordeste de Asia, les nacía un hijo al jefe mongol Yesugai y a Höelün, su esposa. El niño fue llamado Temujin, pero es más conocido en la Historia por el nombre que tuvo posteriormente, Gengis Khan [1]. Los mongoles constituían un grupo de tribus que vivían en el alto Amur, y estaban siempre en guerra con sus vecinos orientales, los tártaros.

[1] Para toda la historia de Gengis Khan, véase Howorth, *History of the Mongols,* I, págs. 27-115; Grousset, *L'Empire Mongol, 1ère phase,* págs. 35-242, y *L'Empire des Steppes,* págs. 243-315; Martin, *Chingis Khan and his Conquest of Northern China,* passim. Las principales fuentes originales son: *Yüan Ch'ao Pi Shih* (la historia oficial de los mongoles) y *Yüan Shing Wu Ch'in Cheng Lu,* ambas escritas originariamente en mongol y traducidas al chino; el texto mongol de la primera ha sido reconstruido y publicado (en caracteres latinos) y parcialmente traducido al francés por Pelliot *(L'Histoire Secrète des Mongols).* Rashid ad-Din, *Jami at-Tarâwîkh,* escrito en persa (publicada en parte con traducción por Quatremère; el texto completo publicado en una traducción rusa por Berezin). Varios textos mongoles y chinos que tratan de él están publicados y traducidos al alemán por Haenisch («Die Letzten Feldzüge Cingis Hans und Sein Tod», en *Asia Major,* vol. IX). Acerca de la fecha de nacimiento de Gengis, véase Grousset, *L'Empire Mongol,* pág. 53, n. 3.

El abuelo de Yesugai, Qabul Khan, los había fundido en una confederación libre; pero después de su muerte se desintegró el reino, y el Emperador chino de la China septentrional impuso su soberanía a toda la región. Yesugai recibió como herencia sólo una pequeña parte de la antigua confederación, pero incrementó su poder y reputación al derrotar y conquistar algunas tribus tártaras y por intervenir en los asuntos del khan de los keraits, los más civilizados entre sus vecinos próximos.

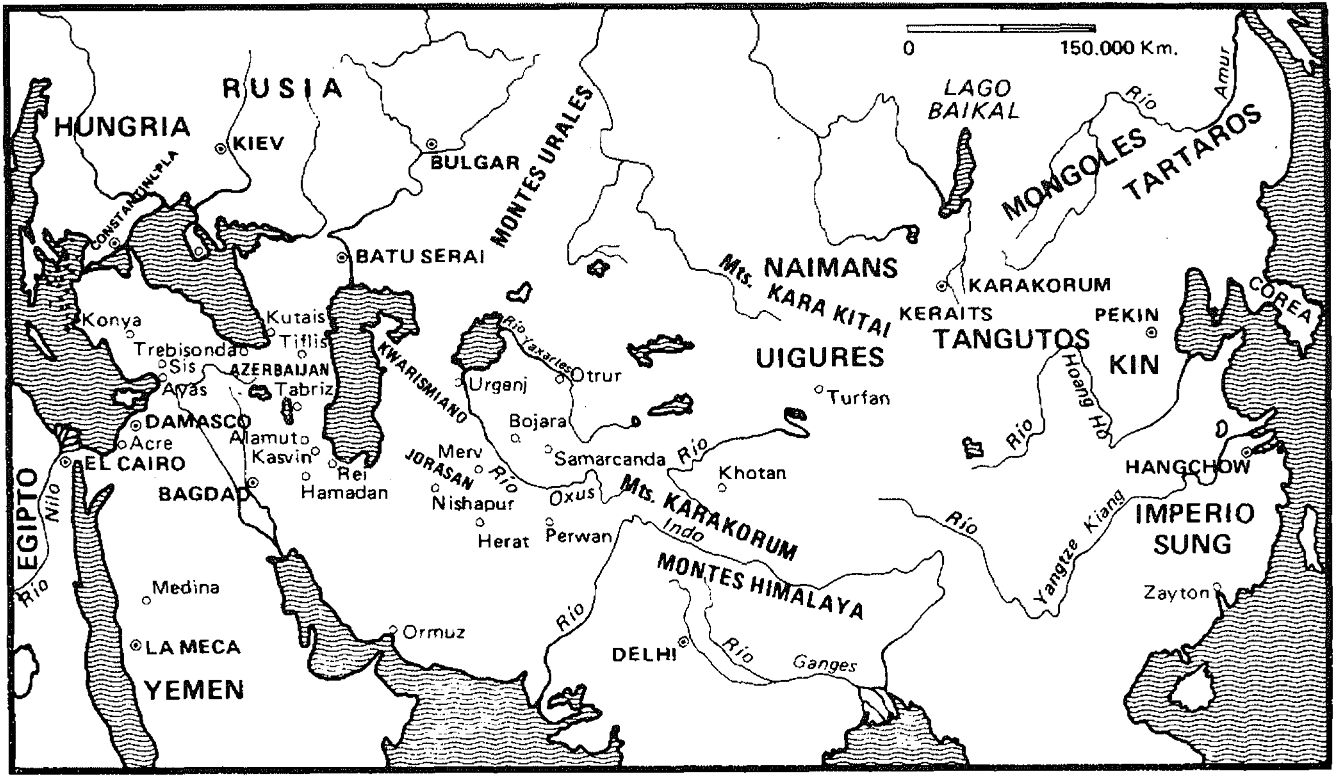
Los keraits, seminómadas de origen turco, habitaban en las tierras cercanas al río Orjon, en la actual Mongolia Exterior. A comienzos del siglo XI el jefe, con la mayoría de sus súbditos, se convirtió al cristianismo nestoriano; esta conversión puso a los keraits en contacto con los turcos uigures, entre los que había muchos nestorianos. Los uigures habían desarrollado una civilización sedentaria en su lugar de origen, el valle del Tarim y la depresión del Turf, y habían establecido un alfabeto para la lengua turca basado en las letras sirias. Al principio constituía el maniqueísmo su religión predominante. En aquel momento los maniqueos, por influencia china, tendían a hacerse budistas. El poder de los uigures estaba desvaneciéndose ya, pero su civilización se había difundido entre los turcos de las tribus kerait y naiman, situados en sus fronteras [2].

Hacia el año 1170, el khan kerait Qurjakuk, hijo de Merghus Khan, falleció, y su hijo Toghrul tropezó con dificultades para entrar en posesión de la herencia debido a la oposición de sus hermanos y tíos. En el curso de estas guerras fraticidas se aseguró la ayuda de Yesugai, con el que hizo pacto de agermanamiento. Esta amistad proporcionó a Yesugai una posición inmejorable entre los jefes mongoles; pero antes de que pudiera erigirse en el principal khan mongol murió envenenado por unos tártaros nómadas, cuya cena estaba compartiendo. Su hijo mayor, Temujin, tenía entonces nueve años [3].

La energía de la viuda de Yesugai, Höelün, consiguió conservar para el joven alguna autoridad sobre las tribus de su padre. Pero la infancia de Temujin fue tormentosa. Demostró su condición de jefe ya en su adolescencia, y era despiadado con sus rivales aunque perteneciesen a su familia. Durante las guerras mediante las cuales consiguió la hegemonía sobre los mongoles, estuvo algún tiempo cautivo

[2] Para las diferentes tribus turcomongolas, véase Howorth, *op. cit.*, páginas 19-26; Grousset, *L'Empire Mongol*, págs. 1-32; Martin, *op. cit.*, págs. 48-58; Pelliot, «Chrétiens d'Asie Centrale et d'Extrème Orient», en *T'oung Pao*, vol. XI. Para los uigures, Bretschneider, *Mediaeval Researches from Eastern Asiatic Sources*, I, págs. 236-63.

[3] *Yüan Ch'ao*, texto mongol, págs. 10-14; Grousset, *L'Empire Mongol*, páginas 48-54.



El Imperio mongólico bajo Gengis Khan y sus sucesores.

en poder de la tribu tayichiut, y su esposa, Börke, con la que se había casado a los diecisiete años, fue prisionera durante algunos meses de los turcos merkit del lago Baikal; debido a esto se dudó siempre de la legitimidad de su hijo mayor, Juji, nacido durante el cautiverio. Los crecientes éxitos de Temujin se debieron en gran parte a su alianza con el khan kerait Toghrul, al que decía venerar como a un padre, y que le ayudó en sus guerras contra los merkitas. Hacia el año 1194 Temujin fue elegido rey o khan de todos los mongoles y tomó el nombre de Gengis, el fuerte. Poco más tarde el Emperador kin reconoció a Gengis como príncipe de los mongoles, y se aseguró su alianza contra los tártaros, que habían estado amenazando China. Una rápida guerra tuvo por resultado la sumisión de los tártaros a Gengis. Cuando Toghrul Khan fue depuesto del trono kerait, en 1197, fue Gengis quien lo restableció en él. En 1199, Gengis, unidas sus fuerzas con las de Toghrul Khan, derrotó a los turcos naiman; pero no tardó mucho en sentir envidia del poder de los keraits. Toghrul era ahora el principal potentado de las estepas orientales. Ostentaba el título de wang-khan u ong-khan, que se introdujo en el Asia occidental bajo la forma más familiar y eufónica de Juan, lo que hacía de él un candidato para el papel del Preste Juan. Pero era un hombre sediento de sangre, y traidor, falto, de modo singular, de las virtudes cristianas, y nunca ayudó a sus correligionarios cristianos. En 1203 rompió con Gengis. Su primera batalla, en Jalajaljit Elet, quedó indecisa; pero pocas semanas después el ejército kerait fue exterminado en Jejer Undur, en el corazón de la tierra kerait. Toghrul fue muerto cuando huía buscando refugio. Los miembros de la familia que sobrevivieron se sometieron a Gengis, que se anexionó todo el territorio [4].

Los naiman fueron la siguiente nación doblegada, en 1204, en la gran batalla de Chakirmaut, en la que se jugaban el destino de Gengis Khan y su poder. Las guerras sostenidas durante los dos años siguientes hicieron de Gengis el soberano de todas las tribus que habitaban la región comprendida entre la cuenca del Tarim, el río Amur y la gran muralla de China. En 1206 una *kuriltai*, o asamblea de todas las tribus vasallas, celebrada en las riberas del río Onon, le confirmó su título real; él proclamó que sus súbditos serían llamados colectivamente mongoles.

El Imperio de Gengis Khan estaba fundamentalmente constituido por un conglomerado de clanes. No realizó ningún intento de

[4] El mejor relato moderno de la llegada al poder de Gengis lo constituye Martin, *op. cit.*, págs. 60-84. Para la atribución a Toghrul de la personalidad del Preste Juan, véase Yule, *Cathay and the Way Thither*, III, páginas 15-22.

intervenir en la antigua organización de tribus y clanes, que se hallaban sometidas a jefaturas hereditarias. Impuso simplemente su familia, los Altin Uruk o Clan Dorado; organizó un gobierno central, controlado por su séquito y familiares, y entregó a los clanes libres gran número de esclavos tomados de las tribus que habían resistido y habían sido después conquistadas. Millares de siervos fueron dados a sus parientes y amigos. En la kuriltai de 1206, su madre Höelün y su hermano Temughe Otichin recibieron cada uno diez mil familias en concepto de bienes muebles, y cinco o seis mil cada uno de sus jóvenes hijos. Las tribus y aun las ciudades que se le sometían pacíficamente eran respetadas en tanto que obedecieran sus leyes de conquistador y pagaran a sus recaudadores de impuestos los fuertes tributos que exigía. Para unificar sus pueblos promulgó un código de leyes, el Yasa, que debía reemplazar el derecho consuetudinario de las estepas. El Yasa, que fue promulgado por partes a lo largo de su reinado, derogaba específicamente los derechos y privilegios de los jefes de los clanes, contenía las condiciones del servicio militar y otros servicios debidos al Khan y los principios reguladores de los impuestos, así como el derecho penal, civil y mercantil. Aunque era un autócrata absoluto, Gengis pensaba que él y sus sucesores quedasen sometidos a la ley [5].

Tan pronto como fue regulada la administración de su Imperio, Gengis inició su expansión. Poseía ahora un gran ejército, a cuya organización había dedicado especial cuidado. Todo hombre entre los catorce y los sesenta años estaba, de acuerdo con la tradición mongólica y turca, sujeto a servicio militar; las grandes cacerías anuales de invierno, necesarias para proveer de carnes al ejército y a la corte, servían de maniobras para mantener entrenados a los soldados. Por temperamento, los hombres de las tribus estaban acostumbrados a una obediencia total a sus jefes; y los jefes, por amarga experiencia, sabían que ahora tenían que obedecer al Khan. También en sus súbditos alentaba, como en todas las tribus nómadas, el deseo de ir más allá del horizonte, y sentían temor de que sus praderas y bosques se agotaran. El Khan les ofrecía países nuevos, gigantescos botines y hordas de esclavos. Se trataba de un ejército de caballería, arqueros y lanceros montados en veloces corceles; hombres y bestias estaban acostumbrados desde su nacimiento a la vida dura y a largas jornadas a través de los desiertos, casi sin comida ni agua. Esta

[5] *Ibid.*, págs. 85-101. El *Yüan Ch'ao* dedica tres capítulos (§§ 194-6, páginas 68-72, texto mongol) a la batalla de Chakirmaut; más que a ninguna otra batalla librada por Gengis.

conjunción de rapidez y movilidad, disciplina y masas inmensas nunca había sido conocida hasta entonces [6].

Los tres grandes estados que ahora tenían frontera con los mongoles eran el Imperio kin, al Este, con su capital en Pekín; el reino tangut de Hsia Hsi, en la región superior del río Amarillo, donde una dinastía de origen tibetano reinaba sobre una población mezcla de mongoles, turcos y chinos sedentarios; y, al Sudoeste, el reino de los kara kithai, budistas nómadas de Manchuria, que habían sido desplazados por el Emperador kin a comienzos del siglo XII y se habían abierto camino hacia Occidente para fundar un imperio a expensas de los uigures de la cuenca del Tarim y de los turcos musulmanes de Yarkand y Jotan. Su monarca, o gur-khan, constituía ya un factor muy importante en la política musulmana oriental; y los uigures de Turf eran sus clientes. El más débil de los tres era Hsia Hsi, a quien, por tanto, Gengis atacó en primer lugar. En 1212 el rey había aceptado su soberanía. Siguieron las invasiones al Imperio kin. Una serie de terribles batallas puso bajo su dominio todo el territorio hasta el mar Amarillo y Shantung; pero los mongoles no estaban acostumbrados a atacar plazas fortificadas y las grandes ciudades amuralladas se les resistieron. Sólo cuando un ingeniero kin, Liu Po-Lin, entró al servicio de Gengis, los ejércitos de éste empezaron a aprender el arte de la guerra de sitio. En 1216 el Emperador kin fue reducido a vasallaje. En 1221 la provincia kin de Manchuria ya había sido anexionada y Corea había reconocido la soberanía mongólica. Cuando murió el último Emperador kin, en 1223, las restantes provincias fueron incorporadas al Imperio mongol [7].

Entretanto Gengis había extendido su dominio hacia el Sudoeste. En este período el Imperio kwarismiano de Mohammed Shah estaba en su apogeo. Mohammed era señor de toda Asia, desde el Kurdistán y el golfo Pérsico hasta el mar de Aral, Pamir y el Indo. El gur-khan de los kara kithai le pareció un vecino inquietante, e intentó entorpecerle incitando contra él a sus vasallos de Transoxiana. Las guerras consiguientes debilitaron fuertemente a los kara kithai, y mientras Mohammed Shah se anexionaba el territorio meridional, el trono del gur-khan era usurpado por Kuchluk, un príncipe naimonita refugiado. Kuchluk, nestoriano de nacimiento, se había hecho budista por su matrimonio con una princesa de los kara kithai; pero, al contrario que los gur-khan, era intolerante con sus súbditos cristianos y musulmanes. Su impopularidad ofreció a Gengis una oportunidad para intervenir. Cuando su ejército mongol invadió la

[6] *Ibid.*, págs. 11-47, análisis detallado del ejército mongol.
[7] *Ibid.*, caps. V-VII, IX-X, *passim*, para la conquista de los chinos.

cuenca del Turf, fue recibido como fuerza libertadora. Los uigures se sometieron de grado al mando mongol y Kuchluk fue constreñido a un pequeño principado en el valle del Tarim [8].

Esta expansión puso a Gengis en contacto directo con el territorio kwarismiano. Mohammed Shah no era hombre que tolerase un rival tan ambicioso como él. Se cambiaron embajadas entre ambos potentados, pero Mohammed se sintió afrentado cuando Gengis pidió que, en calidad de Khan de las naciones turcomongólicas, había de ser considerado como soberano por el príncipe kwarismiano. En 1218 una gran caravana de mercaderes musulmanes que viajaba desde Mongolia, y con los que iba un centenar de mongoles, envió una misión especial a la corte kwarismiana. Cuando la caravana llegó a Otrur, en el río Jaxartes, en los dominios de Mohammed, el gobernador local asesinó a los viajeros y robó sus bienes, la mitad de los cuales fueron enviados al shah. Fue una provocación que Gengis no podía pasar por alto. Viendo que la guerra estaba a punto de desencadenarse, Kuchluk realizó un intento para hacer renacer el reino de los kara kithai. En una brillante campaña, el general mongol Jebe persiguió a Kuchluk y su ejército a través de todos sus dominios y, por último, lo asesinó en un valle de las alturas de Pamir [9].

Desaparecido Kuchluk, Gengis podía comenzar la lucha contra los kwarismianos. Fue una empresa formidable. Se decía que Mohammed Shah podía poner en pie de guerra medio millón de hombres, y Gengis operaría a mil millas de su patria. A finales del verano de 1219 el ejército mongol, de doscientos mil hombres, abandonó su campamento en el río Irtysh. Los reyes vasallos del Khan, tales como el príncipe de los uigures, se le unieron en su marcha hacia Occidente. Mohammed Shah, en la duda de por dónde atacarían los mongoles, dividió sus tropas entre la línea del Jaxartes y los pasos de Ferghana, y el cuerpo principal permaneció a la espera entre las grandes ciudades transoxianas de Bokhara y Samarkand. El ejército mongol avanzaba directamente por el curso del Jaxartes y cruzó el río en Otrur. Parte del ejército quedó allí para sitiar la ciudad, tarea lenta, ya que los mongoles aún no estaban avezados a la guerra de sitio; parte prosiguió río abajo para atacar al ejército kwarismiano en sus riberas; parte remontó el río para interceptar el ejército en Ferghana. Gengis, con el cuerpo principal, marchó directamente sobre Bokhara. Llegó allí en febrero de 1220. Casi inmediatamente los ciudadanos le abrieron las puertas. Los turcos de la ciudad resistieron unos días, y fueron después degollados hasta el último hombre jun-

[8] Para Mohammed Shah, véase Barthold, artículo «Khwaresm», en *Encyclopaedia of Islam;* para Kuchluk, *op. cit.,* págs. 103-4, 109-11, 220, 224.
[9] Barthold, *op. cit.,* págs. 397-9; Martin, *op. cit.,* págs. 230-3.

to con los imanes musulmanes que les habían empujado a la lucha. Desde Bokhara, Gengis marchó a Samarkand, en tanto que Mohammed Shah, que no podía confiar en sus tropas, se retiraba a su capital en Urgenj, a orillas del Oxus, cerca de Khiva. En Samarkand, donde Gengis se reunió con sus hijos, que habían conquistado Otrur, la guarnición turca se rindió inmediatamente con la esperanza de que sus defensores fuesen alistados en el ejército del conquistador. Pero él no daba crédito a soldados tan poco de fiar y los mató a todos. Algunos ciudadanos intentaron organizar la resistencia, pero en vano. También ellos fueron asesinados. Después, Gengis envió a sus hijos a poner sitio a Urgenj. Allí la defensa era mejor y las disputas entre los hijos del Khan retardaron por unos meses su conquista. Entretanto, Mohammed Shah había huido a Khorassan, perseguido por un ejército al mando de los generales en quienes Gengis confiaba más: Subotai y Jebe. Escapó a sus perseguidores para morir, arruinado y abandonado, en diciembre de 1220, en una pequeña isla del mar Caspio.

El hijo de Mohammed Shah, Jelal ad-Din, ofreció mejor resistencia; se unió al ejército kwarismiano en Ferghana y retrocedió a Afghanistán. En Parvan, al norte de Hindu Kush, derrotó gravemente al ejército mongol enviado para aniquilarlo. El propio Gengis atravesó el Oxus, más allá de Balkh, ciudad que se le sometió y fue perdonada, hasta Bamian, en el macizo central de las montañas Hindu Kush. La fortaleza resistió, y en el curso del sitio fue muerto su nieto predilecto, Mutugen. Cuando la ciudad fue tomada por asalto, no se dejó a nadie con vida. Mientras tanto, su hijo Tului y su yerno Toghutshar proseguían la campaña hacia el Oeste, conquistando Merv, de cuya población masculina sólo fueron perdonados cuatrocientos artesanos expertos, y Nishapur, donde Toghutshar fue asesinado, y que padeció una suerte semejante. La viuda de Toughutshar en persona presidió la matanza. Los artesanos de ambas ciudades fueron enviados a Mongolia. En el otoño de 1221 Gengis avanzó a través de Afghanistán, para atacar a Jelal ad-Din, a quien alcanzó en las orillas del Indo. En una batalla desesperada, el 24 de noviembre, el ejército kwarismiano fue destruido. Jelal ad-Din huyó a través del río y se refugió junto al rey de Delhi. Sus hijos cayeron en manos del vencedor y fueron asesinados.

Gengis pasó alrededor de un año en Afghanistán. La enorme ciudad de Herat, que en un principio se sometió pasivamente a los mongoles, se sublevó después de la victoria de Jelal ad-Din en Parvan. Un ejército mongol la sitió durante varios meses. Cuando fue conquistada, en junio de 1222, la población en masa, cientos de miles de personas, fue asesinada. La matanza duró una semana. Las

ciudades en ruinas y las tierras yermas fueron puestas bajo el mando de administradores mongoles, respaldados por tropas suficientes para mantener en orden a los acobardados habitantes. Después Gengis volvió a Transoxiana, que estaba menos devastada. Allí nombró un gobernador kwarismiano, Mas'ud Yalawach, y a varios asesores mongoles para que le vigilaran y observaran. Mahmud Yalawach, padre de Mas'ud, fue enviado hacia Oriente para que gobernase Pekín, medio honroso de asegurar en mayor grado la lealtad de Mas'ud. Gengis volvió a cruzar el Jaxartes en la primavera de 1223 y regresó lentamente atravesando las estepas; llegó al Irtysh en el verano de 1224, y a su hogar, en el río Tula, en la primavera siguiente [10].

Las fantásticas conquistas de Gengis Khan no pasaron inadvertidas a los cristianos de Siria. Se sabía que estaba atacando la fuerza musulmana más poderosa del Asia Central; y los nestorianos, que tenían iglesias por toda Asia, eran testigos de que no estaba mal dispuesto hacia los cristianos. El Khan era shamanista, pero gustaba de consultar a los sacerdotes cristianos y musulmanes, preferentemente a los primeros. Sus hijos estaban casados con princesas keraits cristianas que tenían una considerable influencia en su corte. Sería posible que sirviera de aliado a la Cristiandad [11].

En cierto modo estas esperanzas se tambalearon a lo largo de 1221. El ejército enviado por Gengis al mando de Subotai y Jebe para capturar a Mohammed Shah fracasó en su propósito inmediato. El Shah consiguió escapar y dio vuelta hacia el Caspio. Pero los generales mongoles marcharon hacia el Oeste. En el verano de 1220 conquistaron y saquearon Reiy, cerca de la actual Teherán, pero dejaron con vida a la mayoría de los habitantes. Después fue tomada Qum, y muertos todos sus pobladores. Un destino semejante sufrieron Kasvin y Zenjan, pero Hamadan se sometió a tiempo y consiguió salvarse después de pagar un rescate exorbitante. El emir de Azerbaiján consiguió con dinero evitar un ataque contra Tabriz; y los mongoles pasaron de largo, en febrero de 1221, para atacar Georgia. El rey Jorge IV, hijo de la reina Thamar, al mando de la caballería georgiana, se opuso a su avance y fue derrotado en Junani, al sur de Tiflis. Fue un desastre del que el ejército georgiano nunca se recuperó totalmente. Pero los conquistadores regresaron hacia el

[10] Browne, *Literary History of Persia*, II, págs. 426-40; Grousset, *L'Empire Mongol*, págs. 31-46; Bretschneider, *op. cit.*, I, págs. 276-94; *Yüan Ch'ao*, páginas 105-8 (un breve relato); Rashid ad-Din (trad. de Berezin), II, págs. 42-85.

[11] *Regesta Honorii Papae*, núm. 1.478, I, pág. 565. Su carta, fechada el 20 de junio de 1221, habla de fuerzas procedentes de Oriente para rescatar Tierra Santa. Acerca de la religión personal de Gengis, véase Martin, *op. cit.*, páginas 310-11, 316-17.

Sur. Hamadan se había sublevado y debía recibir castigo; en camino hacia la ciudad, para destruirla y saquearla, sólo se detuvieron para saquear Maragha, en Azerbaiján. El resto del año permanecieron en el noroeste de Persia. A principios de 1222 volvieron otra vez al Norte y, después de asolar las provincias orientales de Georgia y derrotar a las tropas enviadas para contenerlos, marcharon a lo largo de la costa del Caspio, a través de las Puertas Caspias, hacia el territorio de los kipchaks, entre el Volga y el Don. Los kipchaks apresuradamente se aliaron con las tribus del norte del Cáucaso, los alans y los lesghians; pero cuando Subotai y Jebe les ofrecieron una participación en el botín, no intervinieron, mientras los mongoles aplastaban a los caucasianos. Como era inevitable, los mongoles se dirigieron después hacia ellos. Confiaron en salvarse comprando a los rusos para que acudiesen en su ayuda; pero el 31 de mayo de 1222 un gran ejército ruso, mandado por los príncipes de Kiev, Galich, Chernigov y Smolensk, fue destruido en las riberas del río Kalka, cerca del mar de Azof. Los generales mongoles no explotaron su victoria. Entraron en Crimea y saquearon la estación comercial genovesa de Soldaia, y luego se dirigieron hacia Oriente, deteniéndose solamente para destruir un ejército de los búlgaros kama y asolar su territorio. Se reunieron con Gengis Khan cerca del río Jaxartes, a comienzos de 1223.

Las víctimas occidentales de esta vasta incursión la consideraban, con cierta esperanza, como un fenómeno aislado, un espantoso cataclismo que no volvería a producirse. Pero Gengis estaba satisfecho de sus generales. No sólo habían realizado exploraciones importantes y habían comprobado que no existía ningún ejército en el Asia occidental que les pudiera derrotar, sino también habían aterrorizado de tal modo a aquellas naciones por su crueldad, que cuando llegara el momento de las invasiones en serio ninguna osaría oponérseles [12].

Cuando murió Gengis Khan, en 1227, sus dominios se extendían desde Corea a Persia y desde el océano Indico hasta las heladas llanuras de Siberia. Ningún hombre ha creado nunca un imperio tan extenso. Es imposible explicar su éxito por alguna teoría de que los mongoles tenían necesidad económica de expansionarse; se puede decir únicamente que constituían un instrumento adecuado para un jefe expansionista. Gengis fue el arquitecto de su destino. Pero es un ser misterioso. En cuanto a su apariencia, se nos dice que era alto y

[12] Bretschneider, *op. cit.*, I, págs. 294-9. Los relatos rusos de la campaña son bastante confusos. Véase Karamzin, *Historia del Imperio Ruso* (en ruso), III, pág. 545; Vernadsky, *Kievan Russia*, págs. 236-9. La *Crónica de Novgorod* (ed. por Nasonov), pág. 63, observa que sólo Dios sabe de dónde procedían los tártaros y a dónde iban.

vigoroso, con ojos de gato. Es cierto que su resistencia física era sobresaliente. Es cierto asimismo que su personalidad impresionaba profundamente a todos los que trataban con él. Su habilidad de organizador era espléndida; sabía cómo escoger a los hombres y cómo manejarlos. Tenía un auténtico respeto por el saber y estaba dispuesto siempre a salvar la vida de un sabio, pero desgraciadamente pocas de sus víctimas tuvieron la oportunidad de probar su ciencia. Adoptó para los mongoles el alfabeto uigur, y puso los cimientos de la literatura mongólica. En cuestiones de religión era tolerante y estaba dispuesto a ayudar a cualquier secta que no se le opusiera políticamente. Insistió en un gobierno justo y ordenado. Los caminos fueron despejados de bandoleros; se introdujo un servicio postal, y bajo su patrocinio floreció el comercio, y las grandes caravanas podían cruzar todos los años sin peligro por toda Asia. Pero era totalmente despiadado. No tenía consideración alguna por la vida del hombre y no sentía emoción ante el sufrimiento. Millones de seres inocentes perecieron en el curso de sus guerras, y millones de campesinos, que no tenían ninguna culpa, vieron destruidos sus campos y huertas. Su Imperio fue fundado sobre el dolor humano [13].

La muerte del gran conquistador dio un respiro al mundo allende sus fronteras. Pasaron casi dos años hasta llegar a un acuerdo sobre la sucesión del Imperio. Según la costumbre mongólica, el hijo mayor y sus descendientes tenían derecho a sucederle en el mando, pero el más joven lo tenía a quedarse con el territorio patrio y el deber de convocar a la asamblea para que confirmase la sucesión. Gengis había roto con esta costumbre al nombrar a su tercer hijo, Ogodai, como heredero del poder supremo, sin tener en cuenta a su hijo mayor, Juji, cuya legitimidad había sido puesta en duda y cuyo comportamiento militar y administrativo no era muy satisfactorio. Su hijo segundo, Jagatai, era un brillante soldado, pero tenía un temperamento demasiado fogoso e impulsivo para ser buen gobernante. Ogodai, aunque menos espectacularmente dotado, tenía, así lo creyó Gengis, paciencia y tacto para entenderse con sus hermanos y vasallos. El más joven, Tului, era quizá el más capacitado de todos los hermanos, pero tenía el inconveniente de ser demasiado intemperante. Como príncipe responsable de convocar la kuraltai, Tului era la figura clave para decidir la sucesión; persuadió a los jefes de clan para que cumpliesen los deseos de Gengis. Ogodai fue nombrado khan supremo, y a sus parientes les fueron adjudicadas grandes heredades. Los hermanos de Gengis tomaron posesión de las provincias

[13] Hay un buen resumen del carácter de Gengis en Martin, *op: cit.*, páginas 1-10.

orientales, del río Amur y de Manchuria. Tului conservó las «tierras solariegas» en el Onon. El patrimonio de Ogodai fueron los viejos territorios kerait y naiman. Jagatai heredó los que habían sido reinos uigur y kara kithai. Juji ya había fallecido, pero a sus hijos, Batu, Orda, Berke y Shiban, les fueron otorgadas las provincias occidentales hasta el Volga. Sin embargo, aunque a los príncipes les fueron concedidos derechos absolutos sobre sus súbditos, ellos tenían que obedecer la ley imperial de los mongoles y aceptar las decisiones del gobierno del Khan supremo, que Ogodai estableció en Karakorum. La unidad del Imperio mongol carecía de paralelo [14].

Cuando Gengis Khan y sus ejércitos regresaron a Mongolia, Jelal ad-Din, el kwarismiano, abandonó su exilio en la India y reunió en torno suyo los enormes restos de los ejércitos de su padre. En Persia se le dio la bienvenida como libertador de los mongoles. En 1225 era dueño de la meseta persa y Azerbaiján, y en 1226, señor de Bagdad. Su reino, en cuanto constituía una amenaza para los ayubitas, fue un factor útil para la política de los francos de Siria; pero los cristianos establecidos más al Norte opinaban que era peor vecino que los mongoles. En 1225 invadió Georgia. La reina de Georgia, Russudan, hermana de Jorge IV, una reina soltera aunque no virgen, envió un ejército a su encuentro. Pero la flor de la caballería georgiana había caído cuatro años antes en Junani. Sus tropas fueron fácilmente derrotadas en Garnhi, en su frontera sur. Mientras la reina huía a Kutais, Jelal ad-Din ocupaba y saqueaba Tiflis, la capital, y se anexionaba todo el valle del río Kur. En 1228, un intento de los georgianos para recobrar las provincias perdidas tuvo un final desastroso. El reino georgiano fue reducido a las tierras en el mar Negro. Carecía ya de valor como avanzadilla nororiental de la Cristiandad y como poder que pudiera desafiar el dominio musulmán en Asia Menor [15].

No transcurrió mucho tiempo antes de que los mongoles volvieran hacia Occidente. Previamente hubo que reprimir una sublevación kin en la China septentrional. Pero a comienzos de 1231 apareció en Rusia un enorme ejército mongol a las órdenes del general Chormagan. El recuerdo de las anteriores invasiones mongolas le ayudó poderosamente. En su marcha desde Khorassan a Azerbaiján no encontró resistencia. Jelal ad-Din huyó ante él, para morir oscuramente en Kurdistán. Sus soldados kwarismianos le siguieron en la

[14] Véase Grousset, *L'Empire Mongol,* págs. 284-91.

[15] Véase la biografía de Jelal ad-Din por an-Nasir, su secretario (ed. Houdas), *passim;* Browne, *op. cit.,* II, págs. 447-50. Véase D'Ohsson, *Histoire des Mongols,* I, págs. 255-9, 306. Para el desastre de Georgia, véase *Crónica Georgiana* (ed. Brosset), I, págs. 324-31.

huida y se reagruparon en el Jezireh, fuera del alcance, por el momento, de las hordas mongólicas. Desde entonces sirvieron de mercenarios de los ayubitas —enemistados unos con otros—, hasta su destrucción, cerca de Homs, en 1246. Chormagan anexionó el norte de Persia y Azerbaiján al Imperio mongol y gobernó la provincia desde 1231 a 1241, desde un campamento en Mughan, cerca del mar Caspio. En 1236, invadió Georgia. La reina Russudan había vuelto a ocupar Tiflis después de la caída de Jelal ad-Din; pero huyó, una vez más, a Kutais, y los mongoles ocuparon la Georgia oriental. Los georgianos, ya pasadas las atrocidades de la conquista, los prefirieron con gran diferencia a los kwarismianos, debido a la eficacia de su administración. En 1243 la propia reina rindió vasallaje, con la condición de que todo el reino georgiano sería entregado a su hijo para que lo gobernase bajo la soberanía mongólica [16].

Los cristianos establecidos más al Norte se hallaban menos satisfechos. En la primavera de 1236 se congregó una enorme ejército mongol al norte del mar de Aral, bajo el mando de Batu, hijo de Juji, en cuya herencia estaban incluidas aquellas estepas. Acompañaban a Batu sus hermanos y cuatro de sus primos, Guyuk y Qadan, hijos de Ogodai; Baidar, hijo de Jagatai, y Mongka, hijo de Tului. El anciano general Subotai fue enviado como jefe de estado mayor. Después de reprimir a las tribus turcas del Volga, el ejército mongol marchó hacia el interior del territorio ruso en el otoño de 1237. Riazan fue tomada por asalto el 21 de diciembre, y su príncipe y todos los ciudadanos asesinados. Kolomna cayó pocos días después; a comienzos del nuevo año los mongoles atacaron la gran ciudad de Vladimir. Resistió sólo durante seis días, y su caída, el 8 de febrero de 1238, fue señalada por otra matanza en masa. Suzdal fue saqueada casi al mismo tiempo, y a esto siguió la conquista y destrucción de las ciudades secundarias de la Rusia central, Moscú, Yuriev, Galich, Pereslav, Rostov y Yoroslavl. El 4 de marzo el gran príncipe Yuri de Vladimir fue derrotado y muerto a orillas del río Sitti. Tver y Torzhok cayeron poco después de la batalla, y los conquistadores avanzaron sobre las colinas Valdai hacia Novgorod. Afortunadamente para la ciudad las lluvias de primavera inundaron las marismas circundantes. Batu se retiró y pasó el resto del año reprimiendo la última resistencia de los kipchaks, mientras su primo Mongka reducía a los alans y las tribus del norte del Cáucaso, y luego hacía una incursión de reconocimiento hasta Kiev.

En el otoño de 1240 Batu dirigió el principal ejército mongol con-

[16] Browne, *op. cit.*, II, págs. 449-50; D'Ohsson, III, págs. 65-6; *Crónica Georgiana,* I, pág. 343.

tra Ucrania. Cheraigov y Pereislavl fueron saqueadas, y Kiev, después de defenderse valerosamente, fue tomada por asalto el 6 de diciembre. Gran parte de los tesoros principales fueron destruidos y la mayoría de la población asesinada, aunque Dimitri, el jefe de la guarnición, fue perdonado debido a su gran valor, cualidad que Batu admiraba. Desde Kiev, parte del ejército, al mando de Baidar, hijo de Jagatai, marchó en dirección norte, hacia Polonia, asolando Sandomir y Cracovia. El rey polaco llamó en su auxilio a los caballeros teutónicos establecidos en la costa del Báltico; pero sus ejércitos, unidos bajo el mando del duque Enrique de Silesia, fueron derrotados después de una encarnizada batalla en Wahlstadt, cerca de Liegnitz, el 9 de abril de 1241. Sin embargo, Baidar no se arriesgó a penetrar más hacia el Oeste. Devastó Silesia, y luego regresó hacia el Sur, a través de Moravia, en dirección a Hungría.

Entretanto Batu y Subotai habían pasado a Galitzia, empujando ante ellos una horda de aterrorizados fugitivos de todas las naciones de las estepas. En febrero de 1241 atravesaron los Cárpatos hasta la llanura húngara. El rey Bela condujo a su ejército a su encuentro y fue desastrosamente derrotado el 11 de abril junto al puente Mohi, en el río Sajo. Los mongoles irrumpieron sobre Hungría y Croacia hasta la costa del Adriático. Batu permaneció algunos meses en Hungría, territorio que hubiera querido anexionar al Imperio mongol. Pero a comienzos de 1242 llegaron mensajeros con la noticia de que el gran khan Ogodai había muerto en Karakorum el 11 de diciembre de 1241 [17].

Batu no podía permanecer alejado de Mongolia mientras se decidía el problema de la sucesión. Durante la campaña en Rusia se había peleado acerbamente con sus primos, Guyuk, hijo de Ogodai, y Buri, nieto de Jagatai. Ambos habían regresado disgustados a sus hogares. Ogodai estaba de parte de Batu contra su propio hijo, a quien, privándole de su favor, envió al exilio. Pero Guyuk, como hijo mayor del Khan, era todavía poderoso. Ogodai nombró sucesor suyo a su nieto Shiremon, cuyo padre, Kuchu, había resultado muerto en un combate contra los chinos. Pero Shiremon era todavía joven y no había sido puesto a prueba. La viuda de Ogodai, la khatum Toragina, que de soltera se llamaba princesa Naima, se hizo cargo de la regencia y decidió que Guyuk obtendría el trono. Convocó la kuriltai, pero aunque su autoridad fue reconocida hasta que el nuevo gran khan fuese nombrado, pasaron cinco años antes de que pudiese

[17] Bretschneider, *op. cit.*, I, págs. 308-34, de fuentes orientales. *Crónica Novgorod,* págs. 74-6, 285-8. Para la historia completa, véase Strakosch-Grossman, *Der Einfall den Mongolen in Mitteleuropa in den Jahren 1241 und 1242,* y Sacerdoteanu, *Marea Invazie Tatara si Sud-estul European.*

convencer a los príncipes de sangre y a los jefes de clanes de que debían aceptar a Guyuk. Durante esos años administró ella el gobierno. Era enérgica, pero avara. Aunque cristiana de nacimiento, eligió como favorito a un musulmán, Abdar-Rahman, de quien se murmuraba que había acelerado la muerte de Ogodai. Su corrupción y su codicia le hicieron ser detestada por todos, pero nadie tenía poder suficiente para destruir la regencia [18].

Hasta que la sucesión quedase asegurada, Batu no estaba preparado para correr aventuras en Occidente. Mantuvo las guarniciones de Rusia, pero dio un respiro a la Europa central. Sólo en Asia occidental, donde el regente enviado como gobernador fue un general activo y capaz llamado Baichu, prosiguió el avance mongol.

A finales de 1242, Baichu invadió las tierras del sultán seléucida Kaikhosrau, que estaba en ese momento en el Jezireh tratando de anexionarse las tierras que habían quedado sin dueño después del desastre de Jelal ad-Din. Erzerum cayó en poder de los mongoles a principios de la primavera. El 26 de junio de 1243 el ejército del sultán fue derrotado en Sadagh, cerca de Erzinjan, y Baichu avanzó hacia Cesarea-Mazacha. A continuación Kaikhosrau se sometió y aceptó la soberanía mongólica. El rey Hethoum el Armenio, su vecino, se apresuró a seguir este ejemplo [19].

Se podía haber esperado que los príncipes de la Cristiandad occidental organizaran una acción conjunta contra tan terrible amenaza. Ya en 1232, cuando Chormagan había destruido el poder kwarismiano en Persia, la Orden de los Asesinos, cuyo cuartel general en Alamut, en las montañas persas, fue amenazado, envió emisarios a Europa para prevenir a los cristianos y pedir ayuda [20]. En 1241, cuando parecía que la Europa central estaba condenada a muerte, el papa Gregorio IX les instó a constituir una gran alianza para salvarse. Pero el emperador Federico, muy ocupado entonces con la conquista de los Estados Pontificios en Italia, se negó a abandonar sus propósitos. Ordenó a su hijo Conrado, en su calidad de gobernador de Alemania, que movilizase el ejército alemán, y llamó para que le auxiliasen a los reyes de Francia e Inglaterra [21]. Cuando, al año siguiente, los mongoles se retiraron a Rusia, la Cristiandad occiden-

[18] Para la regencia de Toragina, Grousset, *op. cit.*, págs. 303-6. Véase Bar Hebraeus (trad. de Budge), págs. 410-11.

[19] Ibn Bibi (ed. Houtsma), IV, págs. 324-47; Bar Hebraeus (trad. de Budge), págs. 406-9; Vicente de Beauvais, *Speculum Historiale* (ed. de Douai), XXXX, págs. 147, 150. Véase Cahen, *La Syrie du Nord*, págs. 694-6.

[20] V. Pelliot, «Les Mongols et la Papauté», en *Revue de l'Orient Chrétien*, vol. XXIII, págs. 238 y sigs.

[21] *Historia Diplomática Friderici Secundi*, V, págs. 360-841, 921-85 (una colección de cartas acerca del peligro tártaro).

tal volvió a sus ilusiones. La leyenda del Preste Juan divulgó una creencia apocalíptica de que la salvación vendría de Oriente, lo que dejó honda huella. Nadie se detuvo a reflexionar que, si el wang-khan kerait había sido verdaderamente el misterioso Juan, su destructor no era probable que desempeñase el mismo papel. Todos preferían recordar que los mongoles habían combatido contra los musulmanes y que princesas cristianas habían contraído matrimonio con la familia imperial. El gran khan de los mongoles podía no ser cristiano, podía no ser realmente el Preste Juan, pero se podía esperar que defendería celosamente la ideología cristiana contra las fuerzas del Islam. La presencia en el mundo oriental de un presunto aliado tan fuerte hizo que pareciese el momento adecuado para una nueva Cruzada, y había a la sazón un cruzado bien dispuesto [22].

[22] Pelliot, *loc. cit.;* Marinescu, «Le Prêtre Jean», en *Bulletin de la Sectión Historique de l'Académie Roumaine,* vol. X, *passim;* Langlois, *La Vie en France au Moyen Age,* vol. III, págs. 44-56.

Capítulo 10
SAN LUIS

«Ningún provecho saca el hombre de poner su complacencia en Elohim.»

(Job, 34, 9.)

En diciembre de 1244, Luis IX, rey de Francia, cayó gravemente enfermo de malaria. Cuando yacía próximo a la muerte, hizo voto de realizar una Cruzada si recobraba la salud. Salvó su vida; y tan pronto como su salud se lo permitió empezó a hacer los preparativos. Tenía entonces treinta años; era alto y delgado, de tez blanca y cabellos rubios; sufría continuamente de erisipela y anemia; pero su carácter nunca careció de fortaleza. Pocos seres humanos han sido tan consciente y sinceramente virtuosos. En cuanto rey, pensaba que era responsable ante Dios del bienestar de su pueblo; ningún prelado, ni siquiera el mismo Papa, podía interponerse ante él y su deber. Cifró su misión en proporcionar un gobierno justo. Aunque no era innovador y respetaba escrupulosamente los derechos feudales de sus vasallos, esperaba que éstos cumplieran su cometido, y si no lo hacían restringía sus poderes. Su devoción tenaz le ganó la admiración hasta de sus enemigos; y esta admiración crecía debido a su piedad personal, su humildad y su austeridad espectacular. Su concepto del honor era elevado; nunca rompió una promesa. Para los malhechores no tenía piedad, y era duro, hasta cruel, en su trato con herejes y con el infiel. Sus amigos íntimos opinaban que su conversación estaba llena de encanto y delicado sentido del humor, pero

se mantuvo alejado de sus ministros y vasallos; para sus hijos fue un verdadero autócrata. La reina, Margarita de Provenza, había sido una muchacha alegre y orgullosa, pero él le infundió una conducta más apropiada para esposa de un santo [1].

En aquella época, cuando la virtud era tan admirada y tan pocas veces conseguida, el rey Luis sobresalía muy por encima de los demás potentados. Era natural que quisiera ir a las Cruzadas, y su efectiva adhesión al movimiento fue acogida con gozo. Se dejaba sentir la apremiante necesidad de una Cruzada. El 27 de noviembre de 1244, inmediatamente después del desastre de Gaza, Galeran, obispo de Beirut, partió de Acre para comunicar a los príncipes de Occidente, a petición del patriarca Roberto de Jerusalén, que tenían que enviar refuerzos si se quería evitar el aniquilamiento de todo el reino. En junio de 1245, el papa Inocencio IV, expulsado de Italia por las fuerzas del Emperador, convocó un concilio en la imperial ciudad de Lyon para discutir la manera de poner freno a Federico. El obispo Galeran se unió a él en Lyon, y también Alberto, patriarca de Antioquía. Inocencio estaba algo ofendido con Luis, que había rechazado escrupulosamente perdonar todos sus actos contra el Emperador, pero al escuchar el sombrío informe que Galeran traía de Oriente, confirmó gustoso los votos de cruzado del rey, y envió a Odón, cardenal obispo de Frascati, a predicar la Cruzada por toda Francia [2].

Los preparativos del rey duraron tres años. Se decretaron impuestos extraordinarios para sufragar la expedición, y el clero, indignado, no quedó exento de pagarlos. Había que organizar el gobierno del país. A Blanca, la reina madre, cuya capacidad como gobernante había quedado patente durante la tormentosa minoridad de su hijo, le fue confiada de nuevo la regencia. Había que resolver problemas en el extranjero. El rey de Inglaterra tenía que ser convencido para que mantuviera la paz [3]. Las relaciones con el emperador Federico eran especialmente delicadas. Luis había ganado la gratitud de Federico por su estricta neutralidad en las luchas entre el Papado y el Imperio, pero en 1247 tuvo que amenazar con intervenir cuando Federico propuso a sus aliados atacar la persona del Papa en

[1] El carácter de Luis se nos muestra claramente en las biografías escritas por Joinville, Guillermo de Nangis y Guillermo de Saint-Pathus, confesor de la reina Margarita. Esta última fue escrita para proporcionar pruebas que justificasen su canonización.

[2] Hefele-Leclercq, *Histoire des Conciles,* V, 2, págs. 1635, 1651-3, 1655-61; *Ms. of. Rothelin,* págs. 566-7; Joinville, ed. Wailly, pág. 37; Guillermo de Saint-Pathus, págs. 21-2; Guillermo de Nangis, *R. H. F.,* vol. XX, pág. 352.

[3] Joinville, págs. 41-2; Guillermo de Nangis, *loc. cit.;* Powicke, *King Henry III and the Lord Edward,* I, pág. 239.

Lyon. Más aún, Federico era el padre del rey legítimo de Jerusalén. Sin permiso del rey Conrado, Luis no tenía derecho a entrar en el país. Parece ser que enviados franceses tenían completamente al corriente a Federico de la pretendida Cruzada, y que Federico, después de expresar su simpatía, había transmitido las noticias a la corte de Egipto. Además era menester encontrar barcos para trasladar la Cruzada a Oriente. Después de algunas negociaciones, Génova y Marsella consintieron en proporcionar los que se necesitaban. Los venecianos, que ya estaban molestos ante un plan que pudiera interrumpir sus convenios comerciales con Egipto, se hicieron entonces aún más hostiles [4].

Por fin, el 12 de agosto de 1248, el rey abandonó París, y el 25, zarpó de Aigues-Mortes hacia Chipre. Con él iban la reina y dos de sus hermanos, Roberto, conde de Artois, y Carlos, conde de Anjou. Le siguieron sus primos, Hugo, duque de Borgoña, y Pedro, conde de Bretaña, que ya habían sido cruzados en 1239; Hugo X de Lusignan, conde de La Marche, padrastro del rey Enrique III, que había estado de joven en la quinta Cruzada; Guillermo de Dampierre, conde de Flandes; Guido III, conde de Saint-Pol, cuyo padre había participado en las Cruzadas tercera y cuarta; Juan, conde de Sarrebruck, y su primo, el historiador Juan de Joinville, senescal de Champagne, y otras muchas personas de menor importancia. Algunos embarcaron en Aigues-Mortes y otros en Marsella. Joinville y su primo, con nueve caballeros cada uno, fletaron un barco en este último puerto [5].

Un destacamento inglés al mando de Guillermo, conde de Salisbury, nieto de Enrique II y la bella Rosamunda, les siguió inmediatamente. Otros señores ingleses tuvieron el propósito de unirse a la Cruzada, pero Enrique III no experimentaba ningún deseo de perder sus servicios y convino con el Papa de impedir su tránsito. De Escocia vino Patricio, conde de Dunbar, que murió durante el viaje, en Marsella [6].

La escuadra real arribó a Limassol el 17 de septiembre, y el rey y la reina desembarcaron a la mañana siguiente. Durante los días sucesivos la Cruzada se reunió en Chipre. Además de los nobles de

[4] Hefele-Leclercq, *op. cit.,* V, 2, págs. 1681-3. Al-Aïni, pág. 201, dice que Federico previno al sultán.

[5] Joinville, págs. 39-40, 43-6; Mateo Paris, V, págs. 23-5.

[6] Mateo Paris, IV, págs. 628-9, V, págs. 41, 76. Muchos cruzados ingleses fueron dispensados de sus votos mediante el pago de una cantidad de dinero *(ibid.,* V, págs. 73-4). Simón de Montfort deseaba ir, pero fue contenido por Enrique III. V. Powicke, *op. cit.* Se esperaba que el rey Haakon de Noruega hubiera traído un contingente (Mateo Paris, IV, págs. 650-2). La muerte de Patricio de Dunbar se relata en *Estoire d'Eracles,* II, pág. 436.

Francia, llegaron de Acre el gran maestre general del Hospital, Juan de Ronay, y el gran maestre del Temple, y muchos varones sirios. El rey Enrique de Chipre les recibió a todos con cordial hospitalidad [7].

Una vez discutido el plan de operaciones, acordaron unánimemente que Egipto sería el objetivo. Era la provincia más rica y vulnerable del Imperio ayubita, y se recordaba que durante la quinta Cruzada el sultán había querido cambiar Jerusalén por Damietta. Tomada la decisión, Luis quiso empezar a actuar inmediatamente. Los grandes maestres y los barones sirios le disuadieron. Pronto comenzarían las tormentas de invierno, y la costa del Delta, con sus traicioneros bancos de arena y extrañas ensenadas, haría peligroso el acercarse. Además, esperaban persuadir al rey para que interviniese en las desavenencias familiares de los ayubitas. En el verano de 1248 el príncipe de Alepo, an-Nasir Yusuf, había expulsado de Homs a su primo al-Ashraf Musa, y el desposeído príncipe llamó en su ayuda al sultán Ayub, que vino desde Egipto y envió un ejército para reconquistar Homs. Los templarios ya habían iniciado negociaciones con el sultán pensando que las concesiones territoriales le harían ganar el auxilio franco. Pero el rey Luis no tenía nada que ver con tales planes. Como los cruzados de siglos anteriores, había venido a luchar contra el infiel y no a entregarse a la diplomacia. Ordenó a los templarios interrumpir las negociaciones [8].

Los escrúpulos que impidieron al rey establecer tratos con cualquier musulmán no se aplicaron a los paganos mongoles. Tenía un buen precedente. En 1245, el papa Inocencio IV había acrecentado sus esfuerzos para salvar a la Cristiandad en el próximo Oriente enviando dos embajadas a Mongolia, a la corte del Gran Khan. Una, dirigida por el franciscano Juan de Pian del Carpine, partió de Lyon en abril de aquel año y, después de viajar durante quince meses a través de Rusia y las estepas del Asia central, llegó al campamento imperial en Ordu, cerca de Karakorum, en agosto de 1246, a tiempo para presenciar la kuriltai que eligió a Guyuk para el poder supremo. Guyuk, que tenía muchos nestorianos entre sus consejeros, recibió amablemente al enviado del Papa, pero cuando leyó la carta de éste instándole a aceptar el cristianismo, redactó una respuesta ordenando al Papa reconocer su soberanía y acudir con todos los príncipes de Occidente a rendirle homenaje. Juan de Pian del Carpine, a su regreso a la Curia papal, a finales de 1247, dio a Inocencio, además de la desalentadora misiva, un detallado informe que

[7] Joinville, págs. 46-7; *Gestes des Chiprois*, pág. 147.

[8] Joinville, págs. 47, 51, 52; Guillermo de Nangis, págs. 367-9; Abu'l Feda, pág. 125; Maqrisi, X, págs. 198-9.

demostraba que el movimiento de los mongoles se debía únicamente a razones de conquista [9]. Pero Inocencio no dejó que sus ilusiones se desvaneciesen por completo. Su segunda embajada, con el dominico Ascelín de Lombardía, había partido un poco después y, atravesando Siria, encontró al general mongol Baichu en Tabriz, en mayo de 1247. Baichu, que a Ascelín personalmente le pareció ofensivo y desagradable, estaba dispuesto a discutir la posibilidad de una alianza contra los ayubitas. Planeaba atacar Bagdad y le hubiera gustado tener a los sirios musulmanes distraídos con una Cruzada. Mandó que los enviados Aïbe y Serkis, este último nestoriano, volvieran a Roma con Ascelín; y, aunque no se trataba de embajadores plenipotenciarios, resurgieron las esperanzas de Occidente. Permanecieron un año con el Papa. En noviembre de 1248 recibieron órdenes de volver a reunirse con Baichu, quejoso de que no se llevase adelante la alianza [10].

Mientras el rey Luis estaba en Chipre, en diciembre de 1248, dos nestorianos, llamados Marcos y David, llegaron a Nicosia diciendo que les enviaba un general mongol, Aljighidai, delegado del Gran Khan en Mosul. Eran portadores de una carta que hablaba abiertamente de la simpatía de los mongoles por el cristianismo. Luis estaba encantado, y en seguida envió una misión de dominicos al frente de Andrés de Longjumeau y su hermano, que hablaban árabe. Andrés había sido el principal agente del Papa en negociaciones recientes con los monofisitas. Llevaban con ellos una capilla de campaña, como obsequio adecuado a un khan converso y nómada, reliquias para el altar y otros regalos profanos. Dejaron Chipre en enero de 1249, en camino hacia el campamento de Aljighidai, y éste los remitió a Mongolia. A su llegada a Karakorum encontraron que Guyuk había muerto y que actuaba como regente su viuda, Oghul Qaimish. Se mostró benévola con la misión, y aunque consideró los presentes del rey como tributo de un vasallo a su soberano, dificultades dinásticas le impedían, aun en el caso de que hubiese querido, enviar una gran expedición a Occidente. Andrés retornó al cabo de tres años sin más que una carta escrita en tono protector, en la que la regente agradecía a su vasallo las atenciones y le pedía que enviase anualmente regalos semejantes. Luis quedó asombrado con esta respuesta, pero no perdió la esperanza de realizar algún día una alianza con los mongoles [11].

[9] V. Pian del Carpine, *Historia Mongolorum* (ed. Pulle); para un relato completo de esta embajada, esp. págs. 115 y sig. La carta de Guyuk se encuentra *ibid.*, págs. 125-6.

[10] V. Pelliot, «Les Mongols et la Papauté», *Revue de l'Orient Chrétien*, vol. XXVIII, págs. 112, 131.

[11] Pian del Carpine, *op. cit.*, págs. 174-95. No se sabe con certeza si Aljig-

La estancia de la Cruzada en Chipre fue estéril desde el punto de vista diplomático. Casi un año antes, el rey Luis había enviado agentes para que almacenasen armas y alimentos para el ejército. Si bien esto se realizó con eficacia, la intendencia no esperaba tener que alimentar tantas bocas por más de un mes o dos. A pesar de todo, no resultó posible que la expedición partiera contra Egipto hasta mayo de 1249. Al llegar la primavera, Luis pidió a los mercaderes locales de las colonias italianas que le proporcionaran barcos. Los venecianos no estaban de acuerdo con la Cruzada y no le ayudaron. En mayo dio comienzo una guerra abierta entre genoveses y pisanos en la costa siria, y los genoveses, en quienes principalmente se apoyaba Luis, llevaron la peor parte. Juan de Ibelin, señor de Arsuf, consiguió, al cabo de unas tres semanas, que las colonias de Acre firmaran una tregua de tres años. A finales de mayo fue posible encontrar los barcos que la Cruzada necesitaba [12]. Entretanto, Luis recibió visitantes y embajadas en Nicosia. Hethoum de Armenia le envió valiosos obsequios; Bohemundo de Antioquía pidió y obtuvo una compañía de seiscientos arqueros para proteger su principado contra los bandoleros turcomanos. La emperatriz latina de Constantinopla, María de Brienne, acudió para pedir ayuda contra el Emperador griego de Nicea. Luis se mostró de acuerdo, pero le dijo que tenía que realizar antes la Cruzada contra el infiel. Por último, en mayo, Guillermo de Villehardouin, príncipe de Aquea, llegó con veinticuatro barcos y un regimiento de francos de Morea. El duque de Borgoña había pasado el invierno con él en Esparta y le había convencido para unirse al rey. El ejército concentrado en Chipre estaba alcanzando proporciones formidables. Pero los placeres de la dulce isla habían relajado la moral; y los depósitos de víveres, que debían haber bastado para la campaña egipcia, casi se habían agotado [13].

El 13 de mayo de 1249 una flota de ciento veinte grandes transportes y muchos otros bajeles menores llegó a aguas de Limassol, y el ejército empezó a embarcar. Desgraciadamente, una tormenta dispersó los barcos pocos días después. Cuando el rey partió el 30 de mayo, sólo la cuarta parte de su ejército iba con él. Los demás cruzados marcharon independientemente hacia la costa egipcia. La escuadra real llegó a las cercanías de Damietta el 4 de junio [14].

hidai fue autorizado a enviar su embajada. Su llegada y la embajada de Luis están descritas por Joinville, págs. 47-8 y en el *Ms. de Rothelin*, pág. 469. Mateo Paris (V, págs. 80, 87) califica los rumores de la conversación del rey tártaro de muy optimistas («jocundissimi»).

[12] Joinville, págs. 46-7; *Estoire d'Eracles*, II, págs. 436-7; Mateo Paris, V, pág. 70; Guillermo de Nangis, pág. 368.

[13] Joinville, págs. 48-51; Vicente de Beauvais, págs. 1315 y sig.

[14] Joinville, págs. 52-3; Guillermo de Nangis, págs. 370-1; *Ms. de Rothelin*,

El sultán Ayub había pasado el invierno en Damasco, con la esperanza de que sus tropas terminaran la conquista de Homs antes de que comenzaran las invasiones francas. Creía al principio que Luis iría a Siria, pero cuando se dio cuenta de que iba a atacar Egipto levantó el sitio de Homs, se apresuró a marchar a El Cairo y ordenó a sus tropas sirias que le siguieran. Era un hombre enfermo, en estado avanzado de tuberculosis, y ya no podía mandar personalmente a sus hombres. Ordenó a su anciano visir Fakhr ad-Din, el amigo de Federico II, ponerse al mando del ejército que había de oponerse al desembarco franco; envió municiones de repuesto a Damietta y la reforzó con hombres de las tribus de Banū Kinana, beduinos famosos por su valor. El se instaló en Ashmun-Tannah, al este del brazo principal del río Nilo [15].

A bordo del buque insignia real, el *Montjoie*, los consejeros del rey le pidieron que esperase la llegada del resto de los transportes antes de intentar el desembarco. Rechazó toda dilación. Al amanecer del 5 de junio comenzó el desembarco, a pesar de la presencia del enemigo, en las dunas al oeste de la desembocadura del río. Se entabló una dura batalla al mismo borde del mar; pero la valerosa disciplina de los soldados francos con el rey a su cabeza, y la bizarría de los caballeros de Ultramar al mando de Juan de Ibelin, conde de Jaffa, hicieron retroceder a los musulmanes con graves pérdidas. Al anochecer, Fakhr ad-Din condujo a sus hombres a Damietta a través de un puente de barcazas. Allí encontró a la población aterrorizada y a la guarnición vacilante, por lo que decidió evacuar la ciudad. Toda la población civil musulmana huyó con él, y los Banū Kinana les siguieron después de incendiar los bazares, pero sin obedecer las órdenes de destruir el pontón de barcazas. A la mañana siguiente, los cruzados supieron por los cristianos que habían permanecido en sus casas que Damietta estaba indefensa. Emprendieron triunfantes la marcha hacia la ciudad por el puente [16].

La fácil captura de Damietta asombró y llenó de júbilo a los francos. Pero de momento no podían proseguir. Las inundaciones del Nilo debían comenzar muy pronto; y Luis, aprovechando la amarga experiencia de la quinta Cruzada, no quiso seguir avanzan-

pág. 589; Abu'l Feda, pág. 126, calcula el ejército del rey en unos 59.000, carta de Guido de Melun en Mateo Paris, V, págs. 155-6.

[15] Maqrisi, X, págs. 200-1; Abu'l Feda, pág. 126; Al-Aïni, pág. 201.

[16] Joinville, págs. 53-8; Guillermo de Nangis, pág. 371; *Ms. de Rothelin* (carta de Juan Sarrasin), págs. 589-91; *Gestes des Chiprois,* págs. 147-8; Mateo Paris, V, pág. 81, VI, págs. 152-4 (carta de Roberto de Artois a la reina Blanca); VI, págs. 155-62 (carta de Guido de Melun); Maqrisi, XIII, páginas 203-4; Abu'l Feda, pág. 126; al-Aïni, págs. 201-23; Abu Shama, II, página 195.

do hasta que las aguas del río comenzasen su descenso. Además, estaba esperando la llegada de refuerzos procedentes de Francia al mando de su hermano Alfonso, conde de Poitou. Entretanto, Damietta fue transformada en una ciudad franca. Una vez más, igual que en 1219, la gran mezquita fue convertida en catedral, y se nombró un obispo. Se adjudicaron edificios a las tres órdenes militares y ayudas económicas a los principales señores de Ultramar. Los genoveses y pisanos fueron recompensados por sus servicios con un mercado y una calle cada uno, y los venecianos, arrepentidos de su hostilidad, solicitaron con éxito una concesión semejante. Los cristianos nativos, monofisitas coptos, fueron tratados con escrupulosa justicia por el rey Luis, y acogieron su gobierno con agrado. La reina, que había sido enviada a Acre con otras damas de la Cruzada cuando el ejército abandonó Chipre, fue llamada para reunirse con el rey. Luis también acogió con agrado a otro distinguido aunque empobrecido amigo, Balduino II, Emperador de Constantinopla, al que había conocido en París cuando le había ido a visitar para obtener dinero valiéndose de unas reliquias de la Pasión que habían sobrevivido al saqueo de la capital del Imperio por los cruzados. Durante los meses de verano, Damietta fue la capital de Ultramar. Pero la inactividad bajo el calor húmedo del Delta desmoralizó a los soldados. La comida empezó a escasear, y había enfermedades en el campamento [17].

La pérdida de Damietta asombró al mundo musulmán. Pero mientras los francos dudaban, el moribundo sultán actuó. Como su padre, treinta años antes, ofreció comprar Damietta a cambio de la cesión de Jerusalén. La oferta fue rechazada; el rey Luis aún se negaba a pactar con un infiel. Entretanto Ayub castigó a los generales responsables de la pérdida de la ciudad. Los emires de los Banū Kinana fueron ejecutados, y Fakhr ad-Din cayó en desgracia juntamente con los principales jefes mamelucos. Estos quisieron llevar a cabo una revuelta palaciega. Pero Fakhr ad-Din los disuadió; y su lealtad le devolvió el favor del sultán. Se enviaron inmediatamente tropas a Mansourah, la ciudad cuyo nombre significa «la Victoriosa», construida por el sultán al-Kamil en el lugar de su triunfo sobre la quinta Cruzada. El propio Ayub fue llevado allí en su litera para organizar el ejército. Fueron esparcidos por el campo guerrilleros beduinos, que se arrastraban hasta las murallas de Damietta, matando a todos

[17] *Ms. de Rothelin,* págs. 592-4; Mateo Paris, VI, págs. 160-1; *ibid.* IV, pág. 626 (visita del emperador Balduino). El informe de Luis sobre la Iglesia de Damietta está impreso en Baluze, *Collectio Veterum Scriptorum,* IV, páginas 491-5.

los francos que encontraban fuera de ellas. Luis se vio obligado a construir fosos y diques para proteger su campamento [18].

Las aguas del Nilo bajaron a fines de octubre. Alrededor de la misma fecha, el 24 de octubre, el segundo hermano de Luis, Alfonso de Poitou, llegó de Francia con refuerzos. Había sonado la hora de avanzar hacia El Cairo. Pedro de Bretaña, ayudado por los barones de Ultramar, dijo que resultaría más prudente atacar Alejandría. Los egipcios serían sorprendidos con este movimiento. Los cruzados tenían suficientes barcos para atravesar los meandros del Nilo; y una vez que hubiesen tomado Alejandría estaría bajo su control todo el litoral mediterráneo de Egipto. El sultán se vería obligado a capitular. Pero el hermano del rey, Roberto de Artois, se opuso decididamente a este proyecto, y el rey estuvo de su parte. El 20 de noviembre el ejército franco partió de Damietta por el camino del Sur hacia Mansourah. Una fuerte guarnición quedó en la ciudad con la reina y el patriarca de Jerusalén [19].

La fortuna parecía favorecer al rey Luis; el sultán Ayub estaba ahora en su lecho de muerte. Falleció en Mansourah, tres días más tarde, el 23. Había sido un hombre ceñudo, solitario, carente de la afabilidad, la liberalidad o el amor a la ciencia de casi todos los individuos de su raza. Su salud fue precaria, y puede ser que su sangre sudanesa le mantuviera conscientemente aparte del resto de su familia, cuya ascendencia kurda se conservaba intacta. Pero fue un gobernante hábil, y el último gran miembro de la dinastía ayubita. Su muerte amenazó con el desastre a los musulmanes; porque su único hijo, Turanshah, se hallaba lejos, como virrey en el Jezireh. Egipto fue salvado por la sultana viuda, Shajar ad-Dur, armenia de nacimiento. Confiando en el eunuco Jamal ad-Din Mohsen, que controlaba el palacio, y en Fakhr ad-Din, ocultó la muerte de su esposo y falsificó con su firma un documento que nombraba a Turanshah heredero y a Fakhr ad-Din generalísimo y virrey durante la enfermedad del sultán. Cuando, más tarde, salieron a la luz las nuevas de la muerte de Ayub, la sultana y Fakhr ad-Din estaban afianzados en el poder y Turanshah se hallaba camino de Egipto. Pero la noticia de los hechos animó a los francos. Les pareció que el gobierno de una mujer y un anciano sucumbiría pronto. Y se apresuraron a emprender la marcha hacia El Cairo [20].

[18] Al-Aïni, págs. 202-6. Hugo de la Marche fue muerto durante estas escaramuzas (Mateo Paris, V, pág. 89).

[19] Joinville, págs. 64-5; Mateo Paris, VI, pág. 161 (carta de Guido de Melun); *ibid.*, V, págs. 105-7, fecha equivocadamente los acontecimientos del invierno en febrero, y pág. 130; Maqrisi, XIII, pág. 215.

[20] Maqrisi, XIII, págs. 208-15; Abu'l Feda; al Aïni, pág. 207; *Ms. de Rothelin,* pág. 599; Mateo Paris, V, págs. 107-8.

El camino desde Damietta estaba cortado por innumerables canales y brazos del Nilo, de los cuales el mayor era Bahr as-Saghir, que se separaba de la cuenca principal un poco más abajo de Mansourah y pasaba por Ashmun-Tannah hasta el lago Manzaleh, atravesando la llamada isla de Damietta. Fakhr ad-Din guardó la mayor parte de sus fuerzas detrás del Bahr as-Saghir, pero envió caballería para que acosase a los francos cuando cruzaran cada uno de los canales. Ninguna de estas escaramuzas consiguió detener el avance franco. El rey Luis procedía despacio y cautamente. Hubo una batalla cerca de Fariskur el 7 de diciembre, en la que fue rechazada la caballería egipcia, y en la que los templarios, a pesar de las órdenes del rey, insistieron demasiado en la persecución de los fugitivos, y tuvieron dificultades para unirse de nuevo a sus camaradas. El 14 de diciembre el rey llegó a Baramun, y el 21 su ejército acampó en las riberas del Bahr as-Saghir, frente a Mansourah[21].

Durante seis semanas los ejércitos estuvieron uno frente a otro, separados por el ancho canal. Un intento de la caballería egipcia de cruzar hacia la isla de Damietta fue contenido, y un ataque por la retaguardia a los francos fue dominado cerca del campamento por Carlos de Anjou. Entretanto Luis ordenó la construcción de un dique para salvar la corriente; pero, aunque se hicieron trincheras para proteger a los trabajadores, el bombardeo egipcio desde la otra orilla y, en particular, el uso del fuego griego fueron tan enormes, que hubo que abandonar el trabajo. A principios de febrero de 1250 un copto de Salamun llegó al campamento del rey y ofreció revelar por 500 besantes la situación de un vado a través del Bahr as-Saghir. El 8 de febrero, al amanecer, los cruzados iniciaron la marcha a través del vado. El duque de Borgoña, con grandes fuerzas, permaneció en el campamento para protegerlo, mientras el rey Luis iba con el ejército que avanzaba. Su hermano, Roberto de Artois, mandaba la vanguardia con los contingentes ingleses y los templarios. Se le dieron órdenes estrictas de no atacar a los egipcios hasta recibir permiso del rey. El difícil paso se llevó a cabo con éxito, aunque lentamente. Una vez que hubo atravesado el río con sus hombres, el conde de Artois temió que si no atacaba inmediatamente no los sorprendería. En vano los templarios le recordaron las órdenes; pero cuando insistió en avanzar accedieron a acompañarle en la carga. Su prisa estaba justificada. El campamento egipcio, a unas dos millas de Mansourah, estaba comenzando confiadamente la ronda diaria cuando, repentinamente, la caballería franca descargó sobre su centro.

[21] Joinville, págs. 69-70; *Ms. de Rothelin,* págs. 597-8; Maqrisi, XIII, páginas 215-16; al-Aïni, pág. 207.

Muchos egipcios fueron muertos mientras buscaban sus armas. Otros, a medio vestir, huyeron al amparo de Mansourah. El generalísimo Fakhr ad-Din acababa de abandonar el baño y un criado estaba tiñendo su barba con alheña cuando oyó el tumulto. Sin esperar a ponerse la armadura, saltó al caballo y se lanzó a la batalla. Se encontró de repente en medio de unos caballeros templarios, que le decapitaron.

Roberto de Artois era ahora dueño del campamento egipcio. Una vez más, el gran maestre del Temple le pidió que esperase hasta que el rey y el cuerpo principal del ejército hubieran pasado el vado y se les unieran, y también Guillermo de Salisbury aconsejó prudencia. Pero Roberto estaba decidido a tomar Mansourah y acabar con el ejército egipcio. Después de llamar cobardes a templarios e ingleses, reunió y reanimó a sus hombres y cargó de nuevo sobre los egipcios que huían; y de nuevo los templarios y Guillermo se vieron obligados a seguirle. Aunque Fakhr ad-Din había muerto, los jefes mamelucos consiguieron restaurar la disciplina entre las tropas, y el más capaz de ellos, Rukn ad-Din Baibars, llamado Bundukdari, «el ballestero», asumió el mando. Estacionó a sus hombres en los puntos cruciales dentro de la ciudad y dejó que la caballería franca penetrase por una puerta que quedó abierta. Cuando los caballeros francos, seguidos de cerca por los templarios, llegaron hasta las mismas murallas de la ciudadela, los mamelucos se lanzaron sobre ellos desde las calles laterales. Los caballos francos no podían dar vuelta fácilmente en aquel reducido espacio e inmediatamente sobrevino la confusión. Algunos caballeros escaparon a pie hasta las orillas del Nilo y se ahogaron en sus aguas. Otros pocos pudieron salir de la ciudad. Los templarios cayeron combatiendo en las calles; de doscientos noventa caballeros, sólo cinco sobrevivieron. Roberto de Artois y su guardia personal se atrincheraron en una casa, pero los egipcios pronto la incendiaron y los mataron a todos. Entre los caballeros que perecieron en la lucha estaban el conde de Salisbury y casi todos sus seguidores ingleses, y el señor de Coucy y el conde de Brienne. Pedro de Bretaña había estado con ellos en la vanguardia y fue gravemente herido en la cabeza. Pero consiguió escapar de la ciudad y corrió a prevenir al rey.

El ejército cruzado había atravesado casi por completo el Bahr as-Saghir. Al enterarse del desastre, Luis preparó inmediatamente la primera línea para el ataque y entretanto envió a sus pontoneros para que hiciesen un puente sobre el brazo del río. Las unidades de arqueros habían sido destacadas lejos para que, si fuera necesario, les cubriesen mientras cruzaban; y estaba ansioso de que se les unieran. Mientras esperaba, los victoriosos mamelucos salieron de la ciudad

y cargaron sobre sus líneas. Luis mantuvo firmemente a sus hombres mientras el enemigo les arrojaba una lluvia de flechas; luego, tan pronto como las municiones de los mamelucos empezaron a escasear, ordenó el contraataque. Su caballería obligó a retirarse a los sarracenos; pero pronto volvieron a formar sus líneas y cargaron de nuevo, mientras algunos destacamentos pretendían estorbar la construcción del pontón. El mismo rey fue casi empujado hasta el canal, pero un nuevo contraataque le salvó. Al fin, hacia la puesta del sol fue terminado el pontón y cruzaron los arqueros. Su llegada proporcionó al rey la victoria. Los egipcios se retiraron de nuevo a Mansourah, y Luis estableció el campamento en el lugar donde aquéllos habían acampado la noche anterior. Fue entonces cuando supo, por el gran maestre del Hospital, que su hermano había muerto. Y se echó a llorar [22].

Los cruzados habían vencido, pero había sido una victoria cara. Si Roberto de Artois no hubiese llevado su loca correría hasta Mansourah, tal vez se hubieran sentido lo suficientemente fuertes para intentar más tarde un ataque a la ciudad, aunque se les hubieran opuesto máquinas de guerra mejores que las suyas. Pero tal como estaban no había nada que hacer. La situación recordaba sobrecogedoramente la de la quinta Cruzada, cuando el ejército cristiano que había conquistado Damietta fue detenido casi en el mismo lugar y obligado después a retirarse. Luis no podía esperar nada mejor, a no ser que revueltas en la corte egipcia indujeran al gobierno de El Cairo a ofrecerle condiciones aceptables. Entretanto fortificó su campamento y reforzó el pontón. Fue una medida prudente; tres días más tarde, el 11 de febrero, los egipcios atacaron de nuevo. Les habían llegado refuerzos del Sur y estaban más fuertes que antes. Fue una de las más encarnizadas batallas que los hombres de Ultramar podrían recordar. Una y otra vez cargaban los mamelucos, despidiendo una nube de flechas según avanzaban; una y otra vez Luis refrenaba a sus hombres hasta el momento del contraataque. Carlos de Anjou, en el ala izquierda, y los barones sirios y chipriotas, en el centro izquierda, se mantenían firmes, pero los templarios que quedaban y los nobles franceses, en el centro derecho, estaban tambaleándose, y el rey tuvo que socorrerlos para que no perdieran contacto. El gran maestre Guillermo, que había perdido un ojo en Mansourah, perdió el otro y murió a consecuencia de ello. Por un momento Alfonso de Poitou, que guardaba el campamento en el ala derecha, fue rodeado y tuvo que ser rescatado por los cocineros y las

[22] Joinville, págs. 71-93; *Ms. de Rothelin,* págs. 599-608; Mateo Paris, V, págs. 147-54, VI, págs. 191-3; al-Aïni, pág. 208.

mujeres que seguían al campamento. Finalmente, los musulmanes, se cansaron y se retiraron en orden a la ciudad [23].

Durante ocho semanas el rey Luis aguardó en el campamento ante Mansourah. Esperaba una revolución egipcia, que nunca ocurrió. En su lugar, el 28 de febrero, Turanshah, hijo del último sultán, llegó al campamento egipcio. Tan pronto como supo por su madrastra la muerte de su padre, abandonó su capital en Diarbekir y cabalgó rápidamente hacia el Sur. Pasó tres semanas en Damasco, donde fue proclamado sultán, y llegó a El Cairo a finales de febrero. Su llegada a Mansourah fue la señal de nueva actividad entre los egipcios. Hizo construir un escuadrón de botes ligeros que fueron transportados a lomos de camello a la parte baja del Nilo. Allí fueron botados y empezaron a interceptar los navíos que traían alimentos al campamento cruzado desde Damietta. Más de ochenta barcos francos fueron capturados uno tras otro, y el 16 de mayo un convoy de treinta y dos se perdió de un solo golpe. Pronto los francos fueron amenazados por el hambre. Al hambre siguieron las enfermedades, disentería y tifus [24].

A principios de abril el rey Luis comprendió que debía sacar al ejército lo mejor que pudiese del caos del campamento y retirarse a Damietta. Entonces, al fin, se prestó a negociar abiertamente con el infiel y decidió ofrecer a Turanshah el cambio de Damietta por Jerusalén [25]. Era demasiado tarde. Los egipcios sabían ya cuán precaria era su situación. Cuando fue rechazado su ofrecimiento, Luis convocó a todos sus oficiales para discutir acerca de la retirada. Le pidieron que se escabullera hasta Damietta con su guardia personal. Pero rechazó orgullosamente abandonar a sus hombres. Se decidió enviar en barcos, Nilo abajo, a los enfermos, y que los sanos marcharan por el mismo camino por el que habían venido. El campamento se deshizo en la mañana del 5 de abril de 1250 y dio comienzo el doloroso viaje con el rey en la retaguardia para dar ánimos a los rezagados. Los mamelucos de Mansourah vieron el movimiento y se aprestaron a perseguirlos. Se encontraron que los francos habían cruzado ya todos el Bahr as-Saghir, pero que los ingenieros habían olvidado destruir el pontón. Se apresuraron a cruzar y pronto hosti-

[23] Joinville, págs. 93-5; *Ms. de Rothelin,* págs. 608-9.

[24] Abu Shama, II, pág. 195; al-Aïni, pág. 209; Maqrisi, XIII, págs. 220-4; Mateo Paris, VI, págs. 193-4; Joinville, págs. 102-4; *Hs. de Rothelin,* páginas 609-12.

[25] Mateo Paris habla de anteriores ofrecimientos de paz hechos por el sultán y rechazados por consejo de Roberto de Artois (V, págs. 87-8, 105) o del legado (V, pág. 143). El ofrecimiento de Luis lo refiere Joinville, págs. 106-7. Llegó a Europa el rumor de que Luis había tomado El Cairo *(ibid.,* pág. 118, VI, pág. 117).

lizaron por todos lados a los francos. Durante aquel día fueron rechazados los ataques, mientras los francos proseguían su camino lentamente. El valor personal del rey está más allá de toda alabanza. Pero éste cayó enfermo, y a la mañana siguiente apenas se podía sostener sobre el caballo. A medida que transcurría el día los mamelucos estrecharon el cerco alrededor del ejército y atacaron de lleno. Los enfermos y cansados soldados apenas intentaron resistírseles. Era claro que había llegado el fin. Godofredo de Sargines, que mandaba la guardia personal del rey, condujo a éste a una casa en el pueblo de Munyat al-Khols Abdallah, al norte de Sharimshah, en medio de la lucha. Los caballeros franceses no podían soportar admitir la derrota; pero los barones de Ultramar tomaron el mando y enviaron a Felipe de Monfort para que negociase con el enemigo. Felipe casi había conseguido persuadir a los generales egipcios que permitieran la libre marcha del ejército a cambio de la rendición de Damietta, cuando, de repente, un sargento llamado Marcel, sobornado, se pensó, por los egipcios, cabalgó a través de las filas cristianas diciendo a los jefes en nombre del rey que se rindieran sin condiciones. Obedecieron esta orden, de la que Luis nada sabía, y dejaron caer las armas; y todo el ejército fue rodeado y llevado a la cautividad. Hacia la misma hora los barcos que conducían a los enfermos a Damietta fueron capturados[26].

Los egipcios en el primer momento no sabían que hacer con tan crecido número de prisioneros. Como les pareció imposible conservarlos a todos, aquellos que estaban demasiado débiles para andar fueron ejecutados inmediatamente, y durante una semana cada tarde sacaban a trescientos y los decapitaban por orden personal del sultán. El rey Luis fue trasladado de su lecho de enfermo y alojado, con cadenas, en una casa particular en Mansourah. Los barones principales estuvieron juntos en una prisión mayor. Sus captores los amenazaban constantemente con la muerte, pero de hecho no tenían intención de matar a ninguno que pudiera proporcionar un buen rescate. Joinville, que estaba a bordo de uno de los barcos capturados, salvó su vida y la de sus compañeros haciendo ver que era primo del rey; cuando el almirante egipcio le hizo algunas preguntas y se enteró de que no era cierto, pero que era primo del emperador Federico, su reputación aumentó mucho.

Desde luego, el prestigio del Emperador infiel hizo mucho para suavizar la situación de los cruzados. Cuando a Luis, prisionero, le

[26] Joinville, págs. 107-10; *Ms. de Rothelin*, págs. 612-16; Guillermo de Nangis, pág. 376; Guillermo de Saint-Pathus, págs. 74-5; Mateo Paris, V, páginas 157-9, 165-8, VI, págs. 193-7; al-Aïni, págs. 209-13; Maqrisi, XIII, pág. 227; Abu'l Feda, pág. 128.

fue ordenado por el sultán que cediera no sólo Damietta, sino todas las tierras francas en Siria, replicó que no le pertenecían a él, sino al rey Conrado, el hijo del Emperador, y que sólo el Emperador podía deshacerse de ellas. Los musulmanes inmediatamente desecharon su propuesta. Pero las condiciones que imponían al rey eran suficientemente duras. Se debía rescatar a sí mismo mediante la cesión de Damietta, y a su ejército pagando 500.000 libras *tournois,* esto es, un millón de besantes. Era una cantidad muy elevada, pero los prisioneros por liberar eran muchos. Tan pronto como se aceptaron las condiciones el rey y los principales barones fueron llevados a bordo de barcas que descendieron por el río hasta Fariskur, donde el sultán fijó su residencia. Se estableció que seguirían a Damietta y que la ciudad sería entregada dos días después, el 30 de abril [27].

Sólo gracias a la fortaleza de la reina Margarita se hizo posible el cumplimiento de lo pactado. Cuando el rey se separó de ella para ir a Mansourah iba a dar a luz; nació el niño, actuando de partero un caballero octogenario; tres días después llegaron las noticias de la rendición del ejército. A su hijo le llamó Juan Tristán, la criatura del dolor. El mismo día se enteró de que los pisanos y los genoveses proyectaban evacuar Damietta, pues se habían dejado víveres insuficientes para alimentar a los habitantes. Sabía que no podía sostener Damietta sin la ayuda de los italianos, y reunió a los jefes junto a su lecho para discutir con ellos, ya que si se abandonaba Damietta no habría nada que ofrecer a cambio de la libertad del rey. Cuando propuso que ella compraría todos los víveres de la ciudad y se encargaría de su distribución, accedieron a quedarse. Comprarlos le costó más de 360.000 libras, pero salvó la moral de la ciudad. Tan pronto como se encontró suficientemente bien para poder viajar, su estado mayor insistió en que se trasladase por mar a Acre, mientras el patriarca Roberto marchaba con un salvoconducto a Fariskur para ultimar el rescate con el sultán [28].

Cuando llegó, el sultán había muerto. Se había producido algún retraso en las negociaciones finales, y el lunes 2 de mayo, Turanshah y sus cautivos estaban todavía en Fariskur. Ese día ofreció un banquete a sus emires. Pero había perdido la ayuda de los mamelucos. Sus grandes cuerpos de ejército de esclavos turcos y circasianos habían crecido en importancia y poder durante el reinado de Ayub, y el favor que éste les dispensaba había sido recompensado por su lealtad; su ayuda a la sultana Shajar ad-Dur salvó el trono para Tu-

[27] Joinville, págs. 110-22; *Ms. de Rothelin,* págs. 116-18; Mateo Paris, V, pág. 1604, VI, págs. 196-7 (el que escribió esta carta, un hospitalario, dice «nuestra única esperanza está en Federico»); al-Aïni, págs. 213-14.

[28] Joinville, págs. 142-4.

ranshah. Pero ahora, como vencedor de los francos, se sentía lo suficientemente fuerte para completar el gobierno con favoritos del Jezireh, y cuando los mamelucos protestaron les contestó con amenazas insolentes de borracho. Al mismo tiempo había ofendido a su madrastra al reclamar para sí propiedades que habían pertenecido a su padre. Ella escribió inmediatamente a los jefes mamelucos pidiéndoles protección.

Cuando Turanshah se levantó para abandonar el banquete el 2 de mayo, irrumpieron soldados del regimiento Bahrid de los mamelucos, con Baibars Bundukdari a la cabeza, y comenzaron, Baibars el primero de ellos, a golpear al sultán con sus espadas. Este huyó herido a una torre de madera en la orilla del río. Cuando los soldados le persiguieron y lo alcanzaron, saltó al Nilo, y allí, en el agua, pidió merced, ofreciendo abdicar y volver al Jezireh. Ninguno respondió a su llamada. Como una descarga de flechas no consiguiera matarle, Baibars saltó hasta donde estaba y acabó con él a sablazos. Durante tres días permaneció insepulto el cuerpo mutilado. Posteriormente el embajador del Califa de Bagdad obtuvo permiso para depositarlo en una sencilla tumba. Los conspiradores triunfantes nombraron generalísimo y regente al más anciano jefe mameluco, Izz ad-Din Aibek; éste se casó con la sultana viuda, Shajar ad-Dur, que representaba la legitimidad. Un infante primo del último sultán, al-Ashraf Musa, fue más tarde elegido y proclamado co-sultán, para ser depuesto cuatro años después. Su destino final es desconocido [29].

Cuando el anciano patriarca llegó de Damietta con un salvoconducto firmado por Turanshah, el nuevo gobierno consideró inválido el documento y trató al patriarca como prisionero. Algunos mamelucos se presentaron ante el rey Luis con las espadas todavía ensangrentadas, pidiéndole dinero por haber matado a un enemigo suyo. Otros, con un torvo sentido de la diversión, blandían sus espadas ante las caras de los barones cautivos. Joinville estaba verdaderamente aterrorizado. Pero los mamelucos no tenían la menor intención de renunciar al enorme rescate. Confirmaron las condiciones establecidas. Cuando Damietta se rindiera, el rey y los nobles serían puestos en libertad; pero los soldados, algunos de los cuales habían sido llevados a El Cairo, tendrían que esperar el pago del dinero, que fue rebajado a 400.000 libras *tournois*, la mitad pagadera en Damietta y la otra cuando el rey llegara a Acre. Cuando se pidió al rey que jurase que si no verificaba lo acordado renunciaría a Cristo, lo rechazó con firmeza. A todo lo largo de su cautiverio su dignidad e integridad

[29] Maqrisi, XIII, págs. 230-2; Abu'l Feda, pág. 129; Abu Shama, páginas 198-209; Ibn Khallikan, III, pág. 248. Para Ashraf Musa, véase *infra*, pág. 287.

impresionaron hondamente a los que le tenían cautivo, algunos de los cuales propusieron que debería ser el nuevo sultán [30].

El viernes, 6 de mayo de 1250, Godofredo de Sargines marchó a Damietta y entregó la fortaleza a la vanguardia musulmana. El rey y los nobles fueron llevados allí aquella tarde, y Luis comenzó a buscar dinero para pagar el primer plazo del rescate. Pero en sus arcas sólo tenía 170.000 libras. Hasta que encontró el resto, los egipcios retuvieron al hermano del rey, Alfonso de Poitou. Se sabía que los templarios tenían grandes cantidades de dinero en su navío principal, pero sólo cuando se les amenazó con la violencia consintieron entregar lo que se les pedía. Cuando los egipcios recibieron la suma completa, el conde Poitou fue puesto en libertad. Aquella noche el rey y los barones zarparon hacia Acre, adonde llegaron seis días más tarde, después de un tormentoso viaje. En su barco no habían sido preparados para el rey vestidos ni acomodo. Tuvo que dormir vestido con el mismo traje y en el colchón que había utilizado en la cárcel [31].

Quedaron en Damietta muchos soldados heridos. Haciendo caso omiso de su promesa, los musulmanes los mataron a todos [32].

Poco después de su llegada a Acre, Luis pidió consejo a sus vasallos acerca de los planes futuros. Su madre le había escrito desde Francia apremiándole para que regresara. El rey Enrique de Inglaterra se decía que estaba en vías de desencadenar la guerra, y había otros muchos problemas urgentes. Pero él se creía necesario en Ultramar. El desastre de la campaña egipcia no sólo había destruido el ejército francés, sino también había privado a Ultramar de casi todas sus tropas. Además, era su deber quedarse cerca hasta que el último de los prisioneros en Egipto fuera puesto en libertad. Los hermanos del rey y el conde de Flandes le aconsejaron volver a Francia. Pero en realidad ya se había decidido. El 3 de julio anunció públicamente su decisión. Sus hermanos y todo aquel que lo desease deberían volver a Francia, pero él permanecería, y tomaría a su servicio personal a todos aquellos que, como Joinville, quisieran quedarse con él. Envió una carta a los barones de Francia explicando su decisión y pidiendo refuerzos para la Cruzada. Había sentido amargamente el fracaso de su gran esfuerzo. El podía pensar que la catástrofe era una señal de gracia de Dios, enviada para enseñarle a ser humilde, pero

[30] Joinville, págs. 123-32; Guillermo de Nangis, pág. 381; Guillermo de Saint-Pathus, págs. 23, 58, 75-6; *Ms. de Rothelin*, págs. 618-19; al-Aïni, pág. 213.
[31] Joinville, págs. 135-8; *Ms. de Rothelin*, págs. 619-20.
[32] *Ms. de Rothelin*, pág. 620.

tuvo que reflexionar que había pagado el privilegio de esta lección con la pérdida de muchos miles de vidas inocentes [33].

Los hermanos del rey, junto con los principales nobles de la Cruzada, salieron de Acre a mediados de julio. Dejaron tras sí todo el dinero de que podían prescindir, pero sólo unos 1.400 hombres [34]. La reina permaneció con el rey. Este fue inmediatamente aceptado como gobernante *de facto* del reino. El trono aún pertenecía legítimamente a Conrado de Alemania, pero era obvio que Conrado nunca acudiría a Oriente. A la muerte de Alicia, la regencia pasó a su hijo, el rey Enrique de Chipre, que había nombrado bailli a su primo Juan de Arsuf. Cedió gustosamente el gobierno a Luis [35].

La marcha de sus vasallos franceses permitió a Luis dedicarse más atentamente a dar consejos. Su experiencia había ensanchado su mente y su carencia de fuerza armada le enseñó la necesidad de las relaciones diplomáticas con el infiel. Algunos de sus amigos opinaban que se prestaba demasiado a seguir una política de *poulain;* pero era prudente obrar así y el momento era favorable a la diplomacia. La revolución mameluca en Egipto no había sido bien acogida en la Siria musulmana, donde persistía la lealtad a los ayubitas. Cuando llegaron las noticias de la muerte de Turanshah, an-Nasir Yusuf de Alepo se dirigió hacia Homs y, el 9 de julio de 1250, ocupó Damasco, donde fue entusiásticamente recibido como biznieto de Saladino. Una vez más se entabló una enconada rivalidad entre El Cairo y Damasco, y ambas cortes estaban deseosas de comprar la ayuda franca. Apenas había llegado Luis a Acre cuando se le presentó una embajada de an-Nasir Yusuf. Pero Luis no se confiaba. La alianza damascena podía ser preferible, pero tenía que pensar en los prisioneros francos que quedaban todavía en Egipto [36].

En el invierno de 1250 el ejército de Damasco comenzó la invasión de Egipto. El 2 de febrero de 1251 tuvo un encuentro con el ejército egipcio, al mando de Aibek, en Abbasa, en el Delta, doce millas al este de la moderna Zagazig. El comienzo fue favorable a los sirios, aunque el regimiento de Aibek se mantenía firme; pero un regimiento de mamelucos del ejército de an-Nasir Yusuf desertó mediada la batalla. El sultán, cuyo valor no era excesivo, dio entonces media vuelta y huyó. El poder mameluco en Egipto quedó a sal-

[33] Joinville, págs. 145-57; Guillermo de Nangis, pág. 383; Guillermo de Saint-Pathus, págs. 91-2; Mateo Paris, V, págs. 173-4.

[34] Joinville, pág. 157.

[35] Nunca se definió la posición legal de Luis, pero fue aceptado claramente como suprema autoridad en ausencia de Conrado.

[36] Abu Shama, II, pág. 200; Abu'l Feda, pág. 131; Ibn Khallikan, II, página 446; Joinville, pág. 158.

vo. Pero los ayubitas aún conservaban Palestina y Siria. Cuando an-Nasir Yusuf envió una nueva misión a Acre para sugerir que quizá cediese Jerusalén a cambio de ayuda franca, Luis envió una embajada a El Cairo para avisar a Aibek que, a menos que el asunto de los prisioneros francos se arreglase pronto, se aliaría con Damasco. Su embajador Juan de Valenciennes, obtuvo en sus dos visitas, primero, la seguridad de la liberación de los caballeros, incluido el gran maestre del Hospital, capturado en 1244 en Gaza, y después, de unos 3.000 cautivos de los más recientes, a cambio de 300 musulmanes prisioneros de los francos. Aibek demostró su ansiedad creciente de hacerse amigo del rey enviándole de regalo con la segunda hornada una cebra y un elefante. Luis entonces se atrevió a pedir la libertad de todos los prisioneros que permanecían en manos de los mamelucos, sin ningún otro pago. Cuando Aibek se enteró de que un enviado del rey Luis, Ives el Bretón, que hablaba árabe, estaba visitando Damasco, aceptó la petición del rey, a cambio de la alianza militar en contra de an-Nasir Yusuf. Prometió también que cuando los mamelucos ocupasen Palestina y Damasco, devolverían todo el reino de Jerusalén hasta el Jordán a los cristianos. Luis aceptó; y los prisioneros fueron puestos en libertad a fines de mayo de 1252. El tratado casi se vino abajo por la negativa de los templarios a romper relaciones con Damasco. El rey se vio obligado a censurarlos públicamente y a pedir una excusa humilde [37].

La alianza franco-mameluca no tuvo fruto alguno. Tan pronto como se enteró de ella, an-Nasir Yusuf envió tropas a Gaza para interceptar la toma de contacto de los aliados. Luis se trasladó a Jaffa, pero los mamelucos no lograron salir de Egipto. Durante un año sirios y francos permanecieron estacionados, sin querer provocar una batalla ninguno de ellos. Entretanto, Luis reparó las fortificaciones de Jaffa. Ya había reforzado las de Acre, Haifa y Cesarea [38]. A principios de 1253 an-Nasir Yusuf apeló a Bagdad para que el Califa sirviera de intermediario entre él y los mamelucos. El Califa, al-Mustasim, estaba deseoso de unir el mundo musulmán en contra de los mongoles. Indujo a Aibek, quien reconocía su soberanía nominal, a aceptar las condiciones de an-Nasir Yusuf. Aibek tenía que ser reconocido como gobernante de Egipto y podría anexionarse Palestina hasta Galilea, por el Norte, y el Jordán, por el Este. La paz fue firma-

[37] Abu Shama, *loc. cit.;* Abu'l Feda, *loc. cit.;* Joinville, págs. 158-60; *Ms. de Rothelin,* págs. 624-7; Mateo Paris, V, pág. 342.

[38] Joinville, págs. 167-8, 184-5; *Ms. de Rothelin,* págs. 627-8; Mateo Paris, VI, pág. 206; al-Aïni, pág. 215.

da en abril de 1253; y el tratado de Aibek con los francos se relegó al olvido [39].

El ejército damasceno regresó a su patria desde Gaza a través de territorio franco, dedicado al saqueo a su paso. Las ciudades eran demasiado poderosas para ser atacadas, excepto Sidón, cuyas murallas estaban en período de reconstrucción. Aunque no intentaron nada contra el castillo situado en su pequeña isla, saquearon el pueblo y se retiraron cargados de botín y prisioneros. El rey Luis respondió enviando una expedición contra Banyas, que no tuvo éxito. Afortunadamente para Ultramar, ni Aibek ni an-Nasir Yusuf mostraron deseos de guerra [40].

Este refrenarse se debió principalmente a la presencia del rey de Francia en Oriente. A pesar de que su historia militar había sido desastrosa, su personalidad causó una impresión muy profunda. Pero era igual, ya que en diciembre de 1250 el emperador Federico, cuyo nombre aún pesaba en los medios musulmanes, falleció en Italia. Su hijo Conrado no heredó nada de su prestigio [41]. Luis tenía más éxito al tratar a los habitantes de Ultramar que el logrado por Federico, pues tenía tacto y era desinteresado. Demostró su valor con su intervención en el principado de Antioquía. Bohemundo V falleció en enero de 1252, dejando dos hijos, Plaisance, que había contraído matrimonio unos meses antes como tercera mujer del rey Enrique de Chipre, que no tenía hijos, y Bohemundo, de quince años, que le sucedió bajo la regencia de la princesa viuda, la italiana Luciana. Luciana era una mujer apática, que nunca salió de Trípoli, y que dejó el gobierno del principado en manos de sus parientes de Roma. Bohemundo VI pronto se percató de que su madre no era popular, y, con la aprobación de Luis, obtuvo del Papa permiso para alcanzar la mayoría de edad unos meses antes de la fecha legal. Cuando Inocencio IV dio su consentimiento, Bohemundo fue a Acre, en donde fue armado caballero por el rey. Al mismo tiempo, Luis había conseguido la reconciliación de la corte de Antioquía con la de Armenia. Bohemundo V, en sus últimos años, había establecido relaciones con el rey Hethoum; pero para él el pasado estaba lleno de amargos recuerdos. Bohemundo VI no tenía tal rencor. En 1254, por sugerencia de Luis, se casó con Sibila, hija de Hethoum, y se convirtió, en

[39] Maqrisi, *Sultans,* I, i, págs. 39, 54; Abu'l Feda, pág. 132.
[40] Joinville, págs. 197-8; *Estoire d'Eracles,* II, págs. 440-1.
[41] Federico murió el 13 de diciembre en Fiorentino. V. Hefele-Leclercq, V, I, pág. 1693.

cierto modo, en vasallo de su suegro. Los armenios aceptaron compartir la responsabilidad de proteger Antioquía [42].

El rey Enrique de Chipre falleció el 18 de enero de 1253. Como su hijo, Hugo II, sólo tenía unos meses, la reina Plaisance reclamó la regencia de Chipre y la regencia titular de Jerusalén. El Tribunal Supremo de Chipre confirmó su posición, pero los barones requirieron su presencia antes de reconocerla. Juan de Ibelín, señor de Arsuf, quedó entretanto como bailli, y Plaisance acabó casándose con su joven hijo Balian. De hecho el rey Luis siguió administrando el gobierno [43].

No cabían esperanzas de una nueva Cruzada europea. Enrique III de Inglaterra, que había abrazado la Cruz con muchos de sus súbditos en la primavera de 1250, pidió al Papa que le permitiera posponer toda expedición. Los hermanos de Luis se negaron a enviar ayuda de Francia. La opinión pública estaba allí indignada y desilusionada. Al llegar las primeras noticias del desastre de Mansourah, un movimiento de masas histérico, compuesto por labradores y campesinos que se llamaban a sí mismos los «Pastouraux», mandados por un misterioso «Maestro de Hungría», fue por el país convocando reuniones para denunciar al Papa y su clero y hacer votos de rescatar al rey cristiano; pero se desorganizaron tanto que tuvieron que ser suprimidos. Los nobles franceses se contentaron con pronunciar amargos comentarios contra el Papa, que prefería predicar una Cruzada contra los cristianos imperiales que enviar ayuda a los que estaban luchando contra el infiel. Blanca llegó hasta confiscar las propiedades de cualquier vasallo del rey que respondiese a la llamada de Inocencio IV para una Cruzada contra el rey Conrado en 1251. Pero ni ella ni sus consejeros se arriesgaron a enviar refuerzos a Oriente [44].

En su búsqueda de aliados extranjeros, el rey Luis entabló las más amistosas relaciones con los Asesinos. Inmediatamente después del desastre de Damietta, su jefe en Siria solicitó de Acre que le pagaran por su neutralidad, pero le acobardó la firme respuesta que dio el rey a sus enviados en presencia de los grandes maestres de las

[42] *Estoire d'Eracles,* II, págs. 439, 441-2; *Ms. de Rothelin,* pág. 624; Joinville, págs. 186-7; Vicente de Beauvais, pág. 96.

[43] *Estoire d'Eracles, loc. cit.; Assises,* II, pág. 420. V. La Monte, *Feudal Monarchy,* págs. 74-5; Hill, *History of Cyprus,* II, pág. 149. No parece probable que Plaisance fuera más que la prometida de Balian, ya que se propuso a sí misma como esposa para Edmundo de Lancaster unos años después (Rymer, *Foedera,* I, pág. 341). No fue formalmente reconocida como regente de Jerusalén hasta su visita a Acre en 1258.

[44] Mateo Paris, *Chronica Majora,* V, págs. 172-3, 259-61; Throop, *Criticism of the Crusades,* págs. 57-9.

órdenes. La secta había pedido especialmente la exención de la obligación de pagar un tributo al Hospital. La siguiente embajada fue mucho más humilde. Trajo valiosos regalos para el rey y la petición de una íntima alianza. Luis, que estaba informado acerca de la hostilidad de los Asesinos ismailitas hacia los ortodoxos musulmanes sunníes, alentó a los enviados y mandó a Ives el Bretón para ultimar el tratado. Ives quedó maravillado de la biblioteca que tenía la secta en Masyad. Encontró allí un sermón apócrifo de Cristo a San Pedro, quien, según le dijeron los sectarios, era la reencarnación de Abel, Noé y Abraham. Se firmó un pacto de defensa mutua [45].

Sin embargo, la principal ambición diplomática de Luis era asegurar la amistad con los más terribles enemigos de los Asesinos, los mongoles. A principios de 1253 llegó a Acre la noticia de que uno de los príncipes mongoles, Sartaq, hijo de Batu, se había convertido al cristianismo. Luis se apresuró a enviar dos dominicos, Guillermo de Rubruck y Bartolomé de Cremona, para instar al príncipe a venir en ayuda de sus hermanos cristianos de Siria. Pero no estaba dentro del poder de un joven príncipe mongol llevar a cabo tan trascendental alianza [46]. En tanto los dominicos viajaban por Asia para llegar a la corte del propio Gengis Khan, el rey Luis se vio obligado a abandonar Ultramar. Su madre, la reina regente Blanca, había fallecido en noviembre de 1252, y se reprodujeron desórdenes inmediatamente después de su muerte. El rey de Inglaterra comenzó a quebrantar la paz, a pesar de su juramento de acudir a una Cruzada; tampoco ayudó a los obispos a quienes había encargado el Papa que predicaran la Cruzada. Estalló una guerra civil a causa de la herencia del condado de Flandes, y todos los grandes vasallos de Francia empezaron a hacerse ingobernables. Luis se debía, en primer lugar, a su propio reino. Pesaroso, se dispuso a volver a su patria. Zarpó de Acre el 24 de abril de 1254. El barco casi se hundió en aguas de Chipre; pero la reina ofreció un barco de plata para la basílica de San Nicolás en Varangéville, y el temporal amainó. Pocos días después, la presencia de ánimo de la reina salvó el barco de ser destruido por el fuego. En julio el cortejo real atracó en Hyères, territorio del hermano del rey Carlos de Anjou [47].

La Cruzada de San Luis hundió al Oriente cristiano en una terri-

45 Joinville, págs. 160-5.

46 Pelliot, «Les Mongols et la Papauté», *loc. cit.*, pág. 220. El *Itinerarium* de Rubruck está traducido y editado por Rockhill. Dudaba de la conversión de Sartaq cuando lo encontró (*ibid.*, págs. 107-116). Pero los armenios creían que era verdad (Kirakos, trad. por Brosset, pág. 173).

47 Joinville, págs. 218-34; Guillermo de Saint-Pathus, págs. 29-30; *Ms. de Rothelin*, págs. 629-30; Mateo Paris, V, págs. 434, 452-4. Para la muerte de Blanca, el 1 de diciembre de 1252, véase Mateo Paris, V, pág. 354.

ble catástrofe militar, y, aunque sus cinco años de estancia en Acre hicieron mucho para reparar el perjuicio, la pérdida de hombres nunca se recobró totalmente. Tenía el carácter más noble de todos los grandes cruzados, pero hubiera sido mejor para Ultramar si nunca hubiese abandonado Francia. Su fracaso repercutió profundamente. Había sido un hombre bueno y temeroso de Dios, y a pesar de ello Dios le había llevado al desastre. En los primeros tiempos las desgracias de los cruzados se podían explicar como castigo merecido por sus crímenes y vicios, pero tan fácil teoría era ahora insostenible. ¿Era posible que todo el movimiento fuese mal visto por Dios? [48].

Aunque el viaje del rey francés a Oriente fue desafortunado, su partida trajo el riesgo de daño inmediato. Dejó como representante a Godofredo de Sargines, al que se le dio el puesto oficial de senescal del reino. El bailli era ahora Juan de Ibelin, conde de Jaffa, que había sucedido a su primo Juan de Arsuf en el cargo, en 1254, pero que se lo había devuelto en 1256. Es posible que Juan de Asuf estuviese ausente de Chipre durante esos años, aconsejando a la reina Plaisance, que continuaba como regente legal de ambos reinos [49]. La muerte de Conrado de Alemania, en mayo de 1254, en Italia, dio el título de rey de Jerusalén a su hijo de dos años, Conradino, cuyos derechos nominales fueron escrupulosamente recordados por los jurisconsultos de Ultramar [50]. Justo antes de su partida, el rey Luis había concertado una tregua con Damasco que duraría dos años, siete meses y diez días, a partir del 21 de febrero de 1254. An-Nasir Yusuf de Damasco se daba ahora perfecta cuenta del peligro mongol y no tenía ningún deseo de pelear con los francos. Aibek de Egipto deseaba igualmente evitar cualquier guerra importante, y en 1255 hizo una tregua de diez años con los francos. Pero excluyó expresamente de esta tregua la ciudad de Jaffa, pues esperaba asegurarla como puerto para su provincia de Palestina [51]. Se realizaron incursiones por una y otra parte a través de la frontera. En enero de 1256, Godofredo de Sargines y Juan de Jaffa capturaron una enorme caravana de ganado. Cuando el gobernador mameluco de Jerusalén envió una expedición, en marzo, para castigar a los algareros, fue derrotado y muerto. Aibek, que había estado teniendo dificultades con sus generales, incluido Baibars, hizo otro tratado con Da-

[48] Salimbene, *Chronica*, págs. 235-7, dice que tales dudas fueron expuestas. Los frailes mendicantes que habían predicado la Cruzada fueron públicamente insultados después de su fracaso.

[49] La Monte, *loc. cit.*, n. 1.

[50] Mateo Paris, V, págs. 459-60. Acerca de los derechos de Conradino, véase *infra*, pág. 263.

[51] Mateo Paris, V, pág. 522; *Ms. de Rothelin*, pág. 630; *Annales de Terre Sainte*, pág. 446.

masco, de nuevo por mediación del Califa, y retrocedió a Palestina; pero ambos poderes musulmanes renovaron sus treguas con los francos, que durarían diez años y abarcarían el territorio de Jaffa [52].

La abstención que mostraban El Cairo y Damasco, dictada por el miedo creciente a los mongoles, salvó a los francos de los merecidos resultados de una guerra civil que comenzó a poco de partir el rey. Los elementos más activos ahora en las ciudades de Ultramar eran los mercaderes italianos. Las tres grandes repúblicas de Génova, Venecia y Pisa, con sus colonias en todos los puertos levantinos, dominaban el comercio mediterráneo. Aparte de las empresas bancarias de los templarios, su comercio daba a Ultramar la mayor parte de los ingresos y era casi tan beneficioso a los príncipes musulmanes, cuya periódica buena voluntad para pactar treguas se debía principalmente al temor de interrumpir esta fuente de ingresos. Pero las repúblicas eran enconados rivales. Cuestiones entre Pisa y Génova retrasaron la partida de Luis en Chipre en 1249. En 1250, después del asesinato de un mercader genovés por un veneciano, hubo luchas en las calles de Acre [53]. Cuando Luis partió para Europa comenzaron de nuevo los disturbios. Los barrios veneciano y genovés de Acre estaban separados por la colina de Montjoie, que pertenecía a los genoveses, excepto la parte más elevada, en la que se hallaba el antiguo monasterio de San Sabas. Ambas colonias reclamaban el monasterio; y una mañana, a principios de 1256, mientras los juristas aún disputaban sobre el caso, los genoveses tomaron posesión de él y, ante la protesta de los venecianos, los hombres armados se lanzaron colina abajo hacia el barrio veneciano. Los pisanos, con los que tenían concertado un tratado previo, se apresuraron a unírseles; y los venecianos, a quienes cogió por sorpresa, vieron sus casas y barcos saqueados y fueron acorralados en el muelle. Consiguieron con dificultad rechazar a los invasores. Perdieron el monasterio y muchos barcos [54].

En aquel momento Felipe de Montfort, señor de Torón y Tiro, que había disputado durante mucho tiempo el título de los venecianos a algunos pueblos de Tiro, juzgó oportuno expulsarlos del tercio de Tiro que les había correspondido cuando la ciudad fue tomada en 1124 y de sus posesiones en las cercanías. Con las disputas con los genoveses entre manos, no pudieron impedírselo; pero cuando el

[52] *Ms. de Rothelin*, págs. 631-3; *Annales de Terre Sainte, loc. cit.;* Abu'l Feda, págs. 133-4.

[53] *Annales Januenses*, pág. 238. V. *supra*, pág. 259.

[54] *Estoire d'Eracles*, II, pág. 443; *Annales Januenses*, pág. 239; Dandolo, pág. 365. V. Heyd, *Histoire du Commerce du Levant*, I, págs. 344-54, para toda la historia de la «guerra de San Sabas».

gobierno de Génova, que no quería empezar una guerra con Venecia, se ofreció como intermediario, estaban demasiado enfadados para aceptar la oferta. El cónsul de Venecia en Acre, Marco Giustiniani, era un hábil diplomático. La despótica acción de Felipe sorprendió a sus primos los Ibelin, que eran incondicionales de la corrección legal. El bailli, Juan de Asuf, sospechó que los Montfort pretendían declarar Tiro independiente del gobierno de Acre. Aunque sus relaciones con los venecianos habían sido poco afectuosas, especialmente por la fría actitud de éstos hacia la Cruzada de Luis, fue ganado para su bando por Giustiniani. Juan de Jaffa estaba ya en malas relaciones con los genoveses, uno de los cuales había intentado asesinarle. Las cofradías de Acre, alarmadas ante el riesgo de que Felipe convirtiera a Tiro en potente rival comercial de su propia ciudad, dieron su simpatía y ayuda a Giustiniani, quien después convenció a los pisanos de que los genoveses eran aliados egoístas y poco de fiar y se aseguró su apoyo. Los mercaderes marselleses, que siempre habían envidiado a los genoveses, también se le unieron; mientras que los mercaderes catalanes, que envidiaban a los marselleses, se pusieron del otro lado. Los caballeros teutones y los del Temple ayudaron a los venecianos, y los del Hospital, a los genoveses. Más al Norte, la familia Embriaco, que reinaba en Jebail, recordó su origen genovés. Su cabeza, Enrique, desafiando la prohibición específica de su soberano, Bohemundo VI de Antioquía-Trípoli, con el que se había peleado, envió tropas para ayudar a los genoveses de Acre. Bohemundo intentó mantenerse neutral, pero sus simpatías estaban con los venecianos, y su enemistad con los Embriaco le forzó a tomar partido en el conflicto. Su hermana, la reina regente Plaisance, no pudo hacer nada. El único hombre de Ultramar en quien ella confiaba era Godofredo de Sargines, y éste, como extranjero, tenía poca influencia y ningún poder material. La guerra civil empezó a comprometer a toda la sociedad de Ultramar. Ya no era una cuestión de barones nativos aliados contra un amo extranjero, como en tiempos de Federico II. Pequeñas disputas familiares exacerbaron la lucha. La madre de Felipe de Montfort y la mujer de Enrique de Jebail eran Ibelin de nacimiento. La abuela de Bohemundo VI había sido Embriaco. Pero los lazos de familia no significaban nada ahora [55].

El gobierno veneciano fue rápido en emprender la acción. Tan pronto como los genoveses se enteraron de que los pisanos les habían abandonado, asaltaron el barrio pisano en Acre, que les daba el do-

[55] *Estoire d'Eracles*, II, pág. 445; Dandolo, págs. 366-7; *Annales Januenses*, *loe. cit.*

minio del puerto interior. Pero apenas tuvieron tiempo de extender una cadena en la entrada antes de que arribase una gran flota al mando del almirante veneciano Lorenzo Tiepolo. Los barcos rompieron las cadenas y desembarcaron sus hombres en el muelle. Hubo una sangrienta batalla en las calles. Los genoveses fueron, al fin, rechazados hasta su sector protegido por el barrio hospitalario, un poco más al Norte. El monasterio de San Sabas fue ocupado por los venecianos, pero éstos no pudieron desalojar a genoveses y hospitalarios de sus moradas [56].

En febrero de 1258, Plaisance hizo un intento de reafirmar su autoridad. Cruzó desde Chipre, con su hijo el rey Hugo, de cinco años de edad, a Trípoli, donde estaba su hermano Bohemundo, que la escoltó hasta Acre. Fue convocado el Tribunal Supremo del reino, y Bohemundo le pidió que confirmase la petición del rey de Chipre, como heredero del rey Conradino, de ser reconocido como depositario del poder real, y su madre, como guardiana y regente. Pero la esperanza de Bohemundo de que la presencia y autoridad de su hermana aquietase la guerra civil quedó frustrada. Tan pronto como los Ibelin admitieron las peticiones de Hugo y Plaisance, que excluían los derechos del rey Conradino, y los templarios y los caballeros teutones se sumaron a ellos, los hospitalarios declararon inmediatamente que nada se podía decidir en ausencia de Conradino, utilizando el argumento que había triunfado en 1243. La familia real fue lanzada así a la guerra civil, en la que el partido veneciano estaba de parte de Plaisance y su hijo, y, por cínica ironía de la Historia, Génova, el Hospital y Felipe de Montfort, que habían sido todos acerbos oponentes de Federico II en el pasado, se convirtieron en abogados de los Hohenstaufen. Una mayoría de votos concedió la regencia a Plaisance. Juan de Arsuf dimitió formalmente de su cargo de bailli, pero ella le nombró de nuevo. Entonces, Plaisance regresó a Trípoli con su hermano, y desde allí a Chipre, después de dar instrucciones a su bailli para que actuase duramente frente a los rebeldes [57].

El patriarca de Jerusalén era Jaime Pantaleón, hijo de un zapatero de Troyes. Había sido nombrado en diciembre de 1255, pero no llegó a Acre hasta el verano de 1260, con la guerra civil ya comenzada. Aunque recientemente había demostrado gran habilidad en su trato con los paganos de las tierras del Báltico, la situación en Ultramar era demasiado para él. Correctamente dio su apoyo a la reina

[56] Dandolo, *loc. cit.*; *Annales Januenses*, pág. 240; *Estoire d'Eracles*, II, pág. 447.

[57] *Assises*, II, pág. 401; *Estoire d'Eracles*, II, pág. 443; *Ms. de Rothelin*, pág. 643; *Gestes des Chiprois*, págs. 149, 152.

Plaisance y pidió al Papa que interviniera desde Italia. El papa Alejandro IV convocó a delegados de las tres repúblicas en su corte, en Viterbo, y ordenó un armisticio inmediato. Dos plenipotenciarios de Venecia y dos de Pisa habrían de ir a Siria en un barco genovés, y dos genoveses, en un barco veneciano, para arreglar todas las cuestiones. Los enviados partieron en julio de 1258, y durante el viaje se enteraron de que era demasiado tarde. La República de Génova había enviado ya una flota al mando del almirante Rosso della Turca, que llegó a Tiro en junio y allí se unió a la escuadra genovesa en Levante. El 23 de junio, la flota combinada, con unas cuarenta y ocho galeras, zarpó de Tiro, mientras un regimiento de soldados de Felipe de Montfort marchaba por la costa. Los venecianos y sus aliados los pisanos tenían unas treinta y ocho galeras, al mando de Tiepolo. La batalla decisiva tuvo lugar en las afueras de Acre el 24 de junio. Tiepolo demostró ser el mejor táctico. Tras una encarnizada lucha, los genoveses perdieron veinticuatro barcos y 1.700 hombres, y se retiraron desordenadamente. Sólo una repentina brisa del Sur permitió a los supervivientes volver sanos a Tiro. Entretanto, la milicia de Acre detuvo el avance de Felipe, y el barrio genovés de la ciudad fue asaltado. Como consecuencia de su derrota, los genoveses decidieron abandonar Acre por completo y establecer su cuartel general en Tiro [58].

En abril de 1259, el Papa envió un legado a Oriente, Tomás Agni de Letino, obispo titular de Belén, con órdenes de terminar la lucha. Hacia la misma época falleció el bailli, Juan de Arsuf, y la reina Plaisance fue de nuevo a Acre, y el 1.º de mayo nombró bailli a Godofredo Sargines. Era una figura respetada e indiscutida, que colaboró con el legado para lograr un armisticio. En enero de 1261, en una sesión del Tribunal Supremo a la que asistían representaciones de las colonias italianas, se llegó a un acuerdo. Los genoveses se establecieron en Tiro, y los venecianos y pisanos, en Acre; y los nobles levantiscos y las órdenes militares oficialmente se reconciliaron. Pero los italianos nunca consideraron este arreglo como definitivo. Pronto comenzó de nuevo la guerra y prosiguió con detrimento para el comercio y la navegación en la costa siria [59].

Fue también un perjuicio para los francos de Oriente establecidos más allá de la frontera siria. El vacilante Imperio latino de Constantinopla había sobrevivido principalmente por la ayuda de los italianos, que temían perder sus concesiones comerciales. Venecia,

[58] Dandolo, pág. 367; *Annales Januenses*, pág. 240; *Gestes des Chiprois*, págs. 153-6; Raynald, XXII, págs. 30 y sig.; *Estoire d'Eracles*, II, pág. 445.

[59] Tafel-Thomas, *Urkunden*, III, págs. 39-44; *Gestes des Chiprois*, página 156; *Annales de Terre Sainte*, págs. 448-9.

con propiedades en la misma Constantinopla y en las islas del Egeo, tenía un especial interés en su conservación. Génova, por tanto, ayudó activamente al vigoroso Emperador griego de Nicea, Miguel Paleólogo. Miguel había puesto ya los cimientos para que los bizantinos recuperasen el Peloponeso, en 1259, con su gran victoria en Pelagonia (Macedonia), donde Guillermo de Villehardouin, príncipe de Aquea, fue hecho prisionero junto con todos sus barones y obligado a ceder las fortalezas de Maina, Mistra y Monemvasia, que dominaban la mitad oriental de la península. En mayo de 1261, Miguel firmó un tratado con los genoveses, en el que les daba trato de preferencia en todos sus dominios para el presente y el futuro. El 25 de julio, con la ayuda de los genoveses, sus tropas entraron en Constantinopla. El Imperio de Romania, producto de la cuarta Cruzada, terminó. Al Oriente cristiano no le había causado otra cosa que perjuicios [60].

La recuperación bizantina de Constantinopla y el colapso del Imperio latino fueron el resultado de una guerra comenzada a causa de un antiguo monasterio en Acre. Fue un golpe tremendo para el prestigio latino y del Papa, y un triunfo para los griegos. Pero Bizancio, aun con su capital reconquistada ya, no era el Imperio ecuménico que había sido durante el siglo XII. Ahora no era más que un estado entre otros muchos. Además de los restantes principados latinos, había ahora en los Balcanes poderosos reinos búlgaros y servios; y en Anatolia, aunque el sultanato seléucida había sido mutilado por los mongoles, no podía caber nunca ninguna esperanza de desalojar a los turcos. Desde luego, la posesión de su antiguo solar, más que darles fuerzas, aumentó los problemas de los emperadores. Los más beneficiados fueron los genoveses. Habían sido vencidos en Siria, pero su alianza con Bizancio les dio el control del comercio en el mar Negro, comercio que estaba creciendo en volumen e importancia a medida que las conquistas de los mongoles desarrollaban las rutas de caravanas a través del Asia central [61].

En Ultramar, Godofredo de Sargines, respaldado por el prestigio del recuerdo de San Luis, restableció una especie de orden entre los barones del reino. Aunque los marinos italianos podían seguir peleando, en tierra cesaron las hostilidades abiertas; pero no se volvió a la antigua amistad entre los Montfort y los Ibelin. El Temple y el Hospital no mitigaron su tradicional enemistad, mientras que la Orden teutónica, desesperando de su futuro en Siria, empezó a de-

[60] Para la reconquista de Constantinopla, véase Vasiliev, *History of the Byzantine Empire*, págs. 538-9. Las principales fuentes bizantinas son Pachymer, págs. 140 y sig., y Jorge Acropolita, I, págs. 427 y sig.

[61] V. Heyd, I, págs. 427 y sig.

dicar su atención principal a las distantes playas del Báltico, donde, a partir de 1226, les habían sido dadas tierras y castillos como recompensa por su ayuda a sojuzgar y convertir a los paganos prusianos y livonianos [62].

La autoridad de Godofredo no se extendía al condado de Trípoli. De ahí el disgusto de Bohemundo porque su vasallo Enrique de Jebail hubiera entrado en guerra. Enrique no sólo repudió la soberanía de Bohemundo y se mantuvo a sí mismo, con la ayuda de los genoveses, en perfecta independencia, sino que su primo Beltrán, cabeza de la joven rama de la familia Embriaco, atacó a Bohemundo en la propia Trípoli. La princesa viuda Luciana, cuando fue desposeída de la regencia, consiguió conservar en puestos importantes del condado a muchos de sus favoritos romanos, a pesar de la furia de los barones nativos. Estos hallaron sus jefes en Beltrán Embriaco, quien tenía grandes propiedades en Jabail, y en su yerno Juan de Antioquía, señor de Botrun, primo segundo de Bohemundo. En 1258, los barones marcharon a Trípoli, donde residía Bohemundo, y pusieron sitio a la ciudad. Bohemundo hizo una salida, pero fue derrotado y herido en un hombro por el propio Beltrán. Se vio forzado a permanecer sitiado en su segunda capital hasta que los templarios enviaron hombres para rescatarlo. Ardía en deseos de venganza. Un día que Beltrán cabalgaba por uno de sus pueblos, unos campesinos armados le atacaron repentinamente y le mataron. Cortaron su cabeza, que fue enviada a Bohemundo como regalo. Nadie puso en duda que había sido éste el inspirador del asesinato. De momento consiguió sus fines. Los rebeldes fueron acobardados y rechazados a Jebail. Pero existía ahora una enemistad de sangre entre las casas de Antioquía y Embriaco [63].

El gobierno de Godofredo de Sargines terminó en 1263. La reina Plaisance de Chipre falleció en septiembre de 1261, lo que produjo gran consternación, pues era una dama de gran entereza. Su hijo Hugo II tenía ocho años, y de nuevo fue necesario un regente para Chipre y Jerusalén. El padre de Hugo II, Enrique I, tenía dos hermanas. La mayor, María, se había casado con Gualterio de Brienne y había fallecido joven, dejando un hijo, Hugo. La más joven, Isabel, casada con Enrique de Antioquía, hermano de Bohemundo V, aún vivía. Su hijo, llamado también Hugo, era mayor que su primo

[62] Para la Orden teutónica, véase Strehlke, *Tabulae Ordinis Teutonici.*

[63] *Gestes des Chiprois,* págs. 157-60. V. Rey, «Les Seigneurs de Giblet», en *Revue de l'Orient Latin,* III, págs. 399-404. El señor de Botrun era Juan, no Guillermo (como se dice en el índice a la edición de los *Gestes* de Mas Latrie). Guillermo, su padre, había sido muerto en La Forbie en 1244.

el de Brienne, al que Isabel había criado conjuntamente con su hijo. Hugo de Brienne, aunque heredero y sucesor del trono, no tenía deseos de competir con su tía y primo acerca de la regencia. Después de deliberar, el Tribunal Supremo de Chipre, que opinaba que un hombre era mejor regente que una mujer, desestimó la petición de Isabel y nombró a su hijo, por ser el mayor de los príncipes de sangre real. El Tribunal Supremo de Jerusalén tuvo más tiempo para reflexionar. Hasta la primavera de 1263 no llegó a Acre Isabel con su esposo, Enrique de Antioquía. Allí los nobles la aceptaron como regente *de facto,* pero, mostrando escrúpulos que hasta entonces no habían tenido, no quisieron prestarle juramento de vasallaje. Sólo podrían hacerlo si el rey Conradino estuviese presente. Godofredo de Sargines dimitió de su cargo de bailli, que la regente entonces dio a su esposo. Y ella, sin él, regresó felizmente a Chipre.

Falleció en Chipre al año siguiente, y una vez más estuvo vacante la regencia de Jerusalén. Hugo de Antioquía, regente de Chipre, la reclamó como hijo y heredero; pero Hugo de Brienne la reclamó asimismo. Declaró que, según costumbre de Francia seguida en Ultramar, el hijo de la hermana mayor tenía preferencia sobre el de la más joven, sin tener en cuenta cuál de ellos era de más edad. Pero los juristas de Ultramar consideraron que el factor decisivo era el parentesco de sangre con el último que hubiera desempeñado el cargo. Isabel había sido aceptada como regente, y su hijo Hugo tenía preferencia sobre el sobrino. Los nobles y altos oficiales del Estado le aceptaron unánimemente y le rindieron el homenaje que habían negado a su madre. Las comunas y colonias extranjeras le ofrecieron lealtad y los grandes maestres del Temple y el Hospital le reconocieron también. Aunque los italianos aún peleaban entre sí en el mar, existía en el reino una atmósfera general, si bien superficial, de reconciliación, debida principalmente a la energía de Hugo. No nombró un bailli para que actuase por él en el continente, sino que viajó mucho entre Chipre y Acre. Mientras estaba en Chipre, el puesto de gobernador del continente fue confiado a Godofredo de Sargines, que, de nuevo, era senescal. Fue muy acertado poner la administración en manos respetables, porque iban a presentarse grandes peligros [64].

El rey Luis de Francia nunca olvidó Tierra Santa. Cada año enviaba cierta cantidad de dinero para sostener la pequeña compañía de tropas que había dejado tras sí en Acre, al mando de Godofredo de Sargines, y la costumbre perduró después de la muerte de Godofre-

[64] La Monte, *op. cit.,* págs. 75-7, y Hill, *op. cit.,* II, págs. 151-4, para el análisis de los aspectos legales y referencias.

do y de la suya misma. Abrigó siempre la esperanza de partir un día en una Cruzada, pero las necesidades de su país no le dieron respiro. Sólo en 1267, cuando estaba cansado y enfermo, se vió en condiciones de preparar una segunda Cruzada y empezó lentamente a hacer los preparativos necesarios y a recaudar el dinero preciso. En 1270 todo estaba preparado para embarcar hacia Palestina [65].

El piadoso proyecto fue destruido por Carlos, el hermano del rey. En 1258, el niño Conradino, rey titular de Sicilia y Jerusalén, fue desplazado por su tío Manfredo, hijo bastardo de Federico II. Manfredo poseía en alto grado la brillante arrogancia de su padre, y heredó la misma cantidad de odio papal. Los papas comenzaron a buscar un príncipe para sustituirlo en el trono siciliano, que tradicionalmente había estado bajo su soberanía. Después de pensar en Edmundo de Lancaster, hijo de Enrique de Inglaterra, hallaron su candidato en Carlos de Anjou. Carlos se parecía muy poco a su santo hermano. Era frío, cruel y desordenadamente ambicioso; y su esposa, la condesa Beatriz, heredera de Provenza y hermana de tres reinas, deseaba ceñir una corona. En 1261, Jaime Pantaleón, patriarca de Jerusalén, fue elegido papa con el nombre de Urbano IV. Pronto convenció a Luis de que la eliminación de los Hohenstaufen de Sicilia constituía un necesario paso previo para el éxito de cualquier Cruzada futura.

Luis dio su aprobación a la candidatura de su hermano, y hasta recaudó en Francia impuestos para ayudarle. Urbano murió en 1264, pero su sucesor, Clemente IV, otro francés, ultimó el acuerdo con Carlos, quien, en 1265, marchó a Italia y derrotó y dio muerte a Manfredo en la batalla de Benevento. La victoria puso bajo su mando la Italia meridional y Sicilia, y su mujer consiguió la corona que anhelaba. Tres años más tarde, Conradino realizó un valeroso esfuerzo para recuperar su herencia italiana. Pero le esperaba el desastre cerca de Tagliacozzo, y el muchacho, de dieciséis años, último de los Hohenstaufen, fue hecho prisionero y decapitado. Ahora las ambiciones de Carlos subieron de punto. Tenía que dominar Italia; Constantinopla tenía que ser arrebatada al poder de los cismáticos griegos; fundaría un imperio mediterráneo como el que sus antepasados normandos habían soñado en vano. El papa Clemente comenzó a temer al monstruo que había criado, pero falleció en 1268. Durante tres años, Carlos, mediante intrigas con los cardenales, impidió la elección de un nuevo papa. Nadie había que pudiese estorbarle. Pero le inquietaba la idea de que su hermano desease realizar una

[65] Joinville, págs. 210-12.

Cruzada. El dinero y los hombres franceses deberían ser utilizados en su propio provecho, no para apuntalar un reino distante por el que aún no podía interesarse. Hubiera deseado ayuda para lanzar un ataque contra Bizancio. Si esto no se realizaba, al menos la Cruzada debía encauzarse de manera que le produjera algún beneficio [66].

Mustansir, emir de Túnez, que dominaba la costa africana situada frente a Sicilia, estaba bien dispuesto hacia los cristianos, pero había ofendido a Carlos al dar asilo a los rebeldes de Sicilia. Carlos convenció a Luis, cuyo optimismo por la fe no se había mermado con la experiencia, de que el emir estaba dispuesto a convertirse. Una pequeña demostración de fuerza lo traería al redil, y una nueva provincia vendría a sumarse a la Cristiandad en una región de gran importancia estratégica para una nueva Cruzada. Puede ser que el juicio de Luis estuviese obnubilado por la enfermedad. Amigos prudentes, como Joinville, no le ocultaron su disgusto ante el proyecto. Pero Luis creía en su hermano. El 1.° de julio zarpó de Aigues Mortes a la cabeza de una formidable expedición. Con él iban los tres hijos que le quedaban; su yerno, el rey Tibaldo de Navarra; su sobrino, Roberto de Artois; los condes de Bretaña y La Marche y el heredero de Flandes, hijos todos de compañeros de su Cruzada anterior; el conde de Saint Pol, superviviente de la misma, y el conde de Soissons. La flota llegó a Cartago el 18 de julio, en plena canícula africana. El emir de Túnez no mostró deseo alguno de hacerse cristiano. En cambio, reparó las fortificaciones y reforzó la guarnición de su capital. Pero no necesitó luchar. El clima lo hizo por él. Las enfermedades se esparcieron rápidamente por el campamento francés. Príncipes, caballeros y soldados cayeron enfermos a millares. El rey fue uno de los primeros en sucumbir. Cuando Carlos de Anjou llegó con su ejército el 25 de agosto se enteró de que su hermano había muerto unas horas antes. El heredero de Francia, Felipe, estaba gravemente enfermo; Juan Tristán, el príncipe nacido en Damietta, yacía agonizante. El vigor de Carlos salvó a la expedición de un desastre, y en el otoño el emir le pagó una fuerte indemnización para que regresase a Italia, pero la Cruzada como conjunto había sido vana [67].

Cuando llegaron a Oriente las noticias de la tragedia de Túnez, los musulmanes se sintieron muy aliviados y los cristianos se sumieron en el dolor. Su duelo estaba justificado. Nunca más saldría

[66] Jordan, *Les Origines de la Domination Angevine en Italie, passim;* Hefele-Leclerq, *op. cit.*, VI, I, págs. 47-60, 63-6; Powicke, *op. cit.*, II, págs. 598-9 (un análisis de la política de Carlos de Anjou).

[67] Joinville, págs. 262-3. V. Sternfeld, *Ludwigs des Heiligen Kreuzzug nach Tunis, passim.*

de la patria un ejército real para rescatar a los francos de Ultramar. El rey Luis había sido un grande y buen rey de Francia, pero para Palestina, a la que había amado más todavía, apenas significó otra cosa que dolor y desilusiones. Cuando estaba agonizando pensó en la Ciudad Santa que nunca llegó a ver y para cuya liberación habían sido infructuosos sus esfuerzos. Sus últimas palabras fueron «Jerusalén, Jerusalén» [68].

[68] Guillermo de Saint-Pathus, págs. 153-5.

Capítulo 11

LOS MONGOLES EN SIRIA

¿Te fiarás de él por ser mucha su fuerza, y abandonarás a él tu tarea?

(Job, 39, 11.)

Cuando Guillermo de Rubruck llegó a la corte del Gran Khan, en los últimos días del año 1253, halló un gobierno muy diferente de aquel que había agasajado al anterior enviado del rey Luis, Andrés de Longjumeau. Cuando Guyuk, hijo de Ogodai, murió en 1248, su viuda, Oghul Qaimish, actuó como regente de sus jóvenes hijos, Qucha, Naqu y Qughu. Pero era una gobernante inepta, dada a la avaricia y a la brujería, y ninguno de sus hijos prometía mayor capacidad. El primo de éstos, Shiremon, a quien su abuelo Ogodai había destinado para que le sucediese, se oponía continuamente a ellos. Pero mayor oposición dimanó de una alianza entre Batu, el virrey de Occidente, y la princesa Sorghaqtani, viuda del hijo menor de Gengis, Tului. Sorghaqtani, kerait de nacimiento, y, como todos los de su raza, fiel cristiana nestoriàna, era muy respetada por su sabiduría e integridad. Ogodai quiso que se casara con su hijo Guyuk a la muerte de su esposo, pero ella lo rechazó diplomáticamente, pues prefería dedicarse a la educación de sus cuatro hijos muy notables, Mongka, Kubilai, Hulagu y Ariqboga. Cuando Guyuk realizó una inspección de las finanzas de la familia imperial, sólo ella y sus hijos demostraron haber obrado siempre con perfecta escrupulosidad. Batu, cuya enemistad con Guyuk no había sido superada, sentía gran ad-

miración por ella. Sabedor de que sus derechos al trono estarían debilitados siempre por las dudas acerca de la legitimidad de su padre, Juji, se alió con ella y abogó por los derechos de Mongka. Marchó a Mongolia y, como príncipe de más edad de la casa, convocó una kuriltai, que, el 1.º de julio de 1251, eligió a Mongka como Khan supremo. A pesar de los honrados intentos de Sorghaqtani para aplacarlos, los nietos de Ogodai no quisieron asistir a la kuriltai, sino que conspiraron para atacar a los miembros de la misma cuando estuvieran embriagados en los festejos que seguirían a la fiesta de inauguración. La conspiración se malogró, y, tras un año de guerra civil intermitente, Mongka triunfó sobre todos sus rivales y quedó establecido como Khan supremo en Karakorum. La regente Oghul y Qaimish y la madre de Shiremon, convictas de brujería, fueron ahogadas. Los príncipes de la casa de Ogodai fueron enviados al exilio [1].

Con la elevación de Mongka los mongoles reavivaron su política de expansión. Los grandes príncipes volvieron a sus gobiernos. Las provincias orientales fueron confiadas al segundo hermano de Mongka, Kubilai, que emprendió enérgica y metódicamente la conquista de China. Se convirtió al budismo, y sus guerras, así como el trato dispensado a los vencidos, se distinguieron por su humanidad y benevolencia. Mongka y su hermano Ariqboga permanecieron en Mongolia, atentos a controlar todo el vasto Imperio. En Turkestán, los herederos de Jagatai empezaron a hacer tentativas para extender su dominio, a través de Pamir, hacia la India. Batu trasladó su cuartel general a los meandros inferiores del Volga, para dominar a sus príncipes vasallos de Rusia y fundar allí un khanato, llamado *Kipchak* por los escritores musulmanes y la Horda Dorada por los mongoles y los rusos. El gobierno de Persia pasó al tercer hermano de Mongka, Hulagu, y fue a su frontera y a la de Kubilai, en el Este, adonde se dirigieron los principales esfuerzos de los mongoles [2].

De los estados que bordeaban el Mediterráneo, fue probablemente el reino armenio de Cilicia el que primero se dio cuenta de la importancia del avance mongol. Los armenios habían sido interesados testigos de la destrucción del ejército seléucida en 1243 ante una expedición mongola dirigida por un gobernador provincial. Podían imaginar cuán irrestible sería el ejército imperial. El rey Hethoum había enviado prudentemente un deferente mensaje a Baichu, en 1243. Pero los mongoles se retiraron en aquella ocasión; y Kaikhosrau recuperó el territorio anatoliano que había perdido y comenzó una

[1] Guillermo de Rubruck (ed. Rockill), págs. 163-4, *History of the Mongols*, I, págs. 170-86; Grousset, *L'Empire Mongol*, págs. 306-11.

[2] Grousset, *op. cit.*, págs. 312-13, 364-6; Iakoubovski y Grekov, *La Horde d'Or*, págs. 98-120.

vez más a presionar sobre Armenia, ayudado por un príncipe armenio rebelde, Constantino de Lampron [3]. Hethoum pensó que los mongoles regresarían y que esto podía ser beneficioso para toda la Cristiandad asiática y en particular para él. En 1247 envió a su hermano, el condestable Sempad, con una embajada a la corte del Gran Khan. Sempad llegó a Karakorum en 1248, poco antes de la muerte de Guyuk. Este le recibió y, al enterarse de que Hethoum estaba dispuesto a considerarse como un vasallo, prometió enviar ayuda a los armenios para que reconquistasen los pueblos que les habían arrebatado los seléucidas. Sempad volvió portador de un diploma del Gran Khan que garantizaba la integridad de los dominios de Hethoum [4]. Pero la muerte de Guyuk trajo consigo la acción inmediata. En 1254, al enterarse de la elección de un nuevo y poderoso Khan, el rey Hethoum salió hacia Karakorum [5].

Karakorum era entonces el centro diplomático del mundo. Cuando el embajador de Luis IX, Guillermo de Rubruck, llegó allí en 1254, encontró embajadas del Emperador griego, del Califa, del rey de Delhi y del sultán seléucida, además de emires del Jezireh y Kurdistán y príncipes de Rusia, esperando todos al Khan. Había varios europeos establecidos allí, incluso un joyero de París cuya esposa era húngara, y una alsaciana casada con un arquitecto ruso [6]. No existía en la corte discriminación racial ni religiosa. Los puestos superiores del ejército y el gobierno estaban reservados para miembros de la familia imperial, pero había ministros y gobernadores de provincias de casi todas las naciones asiáticas. Mongka profesaba la misma fe religiosa que sus padres, el shamanismo, pero asistía indistintamente a ceremonias cristianas, budistas y musulmanas. Sostenía que existe un solo Dios, al que se puede adorar como cada uno quiera. La principal influencia religiosa era la de los cristianos nestorianos, hacia los cuales Mongka mostraba especial benevolencia en recuerdo a su madre, Sorghaqtani, que había permanecido siempre fiel a su fe, aunque tenía la suficiente amplitud de miras como para sufragar un estudio de teología musulmana en Bokhara. La emperatriz, Kutuktai,

[3] Ibn Bibi (ed. Houtsma), págs. 243, 249-50; Sempad, págs. 649-51; Kirakos, traducción Brosset, pág. 142; Vicente de Beauvais, págs. 1295-6.

[4] Sempad, carta a Enrique de Chipre, en Guillermo de Nangis, págs. 361-3.

[5] Ibn Sheddad, *Geography* (ed. Cahen), en *Revue des Etudes Islamiques* (1936), pág. 121; Bar Hebraeus (trad. Budge), págs. 418-19.

[6] Guillermo de Rubruck (trad. Rockhill), págs. 165 y sig., 176-7. Existía también un inglés nacido en Hungría, llamado Basilio, que vivía en Karakorum (*ibid.*, pág. 211); Bar Hebraeus, pág. 411, describe a Hethoum y a los dos reyes de Georgia que estaban en Karakorum, las embajadas de Alepo, de los francos y de los Asesinos, así como la kuriltai que tuvo lugar después de la muerte de Ogodai.

y otras muchas entre sus esposas eran también nestorianas [7]. Guillermo de Rubruck se mostró muy sorprendido de la ignorancia y del libertinaje de los eclesiásticos nestorianos, y sus ceremonias le parecían poco más que orgías de borrachos. Un domingo vio a la emperatriz que volvía tambaleándose de Misa Mayor. Cuando los asuntos iban mal echaban la culpa a la rivalidad de esta jerarquía herética [8].

Desde luego, su embajada no tuvo demasiado éxito. Había pasado ya por la capital de Batu, en el Volga, donde vio al hijo de Batu, Sartaq, que aunque no era cristiano parecía estar bien dispuesto hacia ellos. Batu lo envió a Mongolia. Viajó por cuenta del gobierno por la gran ruta comercial, cómoda y segura, aunque a veces se pasaban días enteros sin ver una casa. Llegó, a fines de diciembre de 1253, al campamento del Gran Khan, unas millas al sur de Karakorum. Mongka le concedió audiencia el 4 de enero; poco después trasladó la corte a Karakorum. El gobierno mongol ya estaba decidido a atacar a los musulmanes de Asia occidental y dispuesto a discutir la acción común. Pero había una dificultad insalvable. El Khan supremo no podía admitir la existencia de ningún otro príncipe soberano en el mundo aparte de él. Su política extranjera era extraordinariamente sencilla. Sus amigos eran sus vasallos; sus enemigos tenían que ser eliminados o reducidos al vasallaje. Todo lo que Guillermo pudo obtener fue la promesa sincera de que los cristianos recibirían amplia ayuda si sus gobernantes acudían a rendir homenaje al soberano del mundo. El rey de Francia no podía pactar en estas condiciones. Guillermo abandonó Karakorum en agosto de 1254, enterado, como muchos otros embajadores posteriores en las cortes de la lejana Asia, de que los monarcas orientales no comprendían ni los usos ni los principios de la diplomacia occidental. Hizo el viaje de vuelta a través del Asia central, hasta la corte de Batu, y desde allí, por el Cáucaso y la Anatolia seléucida, a Armenia y Acre. En todos sitios fue tratado con el respeto debido a un enviado acreditado ante el Gran Khan [9].

El rey Hethoum llegó a Karakorum poco después de la partida de Guillermo. Fue por su propio impulso como vasallo; y como los demás visitantes eran, o vasallos que habían sido llamados contra su

[7] Howorth, *op. cit.*, I, págs. 188-91. Sorghaqtani falleció en febrero de 1252. Bar Hebraeus (pág. 417) la llama «la omnisciente y creyente reina»; Guillermo de Rubruck (trad. Rockhill), págs. 184-6; Pelliot, «Les Mongols et la Papauté», *loc. cit.*, pág. 198. Refiere el historiador armenio Vartan que la madre de Hulagu era una cristiana devota (Vartan, texto armenio, ed. Emin, pág. 205).

[8] Guillermo de Rubruck, *loc. cit.*

[9] *Ibid.*, págs. 165 y sig.

voluntad, o representantes de reyes que solicitaban arrogantemente independencia, se le dispensó un especial favor. Cuando Mongka le recibió oficialmente el 13 de septiembre de 1254, le otorgó un documento confirmando que su persona y su reino debían ser respetados, y fue considerado como el principal consejero cristiano del Khan en lo referente a asuntos del Asia occidental. Mongka le prometió liberar de impuestos todas las iglesias y monasterios cristianos. Anunció que a su hermano Hulagu, que se había establecido ya en Persia, le había ordenado conquistar Bagdad y destruir el poder del Califato, y se comprometió a que, si todas las fuerzas cristianas cooperaban con él, recuperaría Jerusalén para los cristianos. Hethoum abandonó Karakorum el 1.º de noviembre, colmado de regalos y encantado por el éxito de sus esfuerzos. Viajó de regreso a su patria atravesando Turkestán y Persia, donde rindió homenaje a Hulagu; llegó a Armenia en el mes de julio siguiente [10].

El optimismo de Hethoum era natural, pero un poco excesivo. Era cierto que los mongoles estaban ávidos por controlar o destruir el Califato. Tenían ya tantos súbditos musulmanes, que era fundamental para ellos dominar la principal institución religiosa del mundo islámico. No sentían animosidad especial contra el Islam como religión. De igual modo, aunque favorecían al cristianismo más que ninguna otra fe, no tenían intención de permitir ningún estado cristiano independiente. Si Jerusalén había de ser devuelto a los cristianos, estaría bajo el Imperio mongol. Resulta interesante especular sobre qué habría sucedido si se hubieran llegado a realizar las ambiciones mongolas respecto al Asia occidental. Es posible que se hubiese constituido un gran khanato cristiano, que con el tiempo se habría desligado del poder central de Mongolia. Pero no se podía pensar en el sueño de San Luis, de que los mongoles se tornasen cumplidores hijos de la Iglesia romana; tampoco los establecimientos cristianos en Asia occidental hubieran conservado la independencia. Un triunfo mongol hubiese servido los intereses de la Cristiandad en conjunto; pero los francos de Ultramar, que se daban cuenta de la actitud del Gran Khan hacia los príncipes cristianos, no pueden, sin embargo, ser inculpados totalmente por preferir a los musulmanes, a los que conocían, en lugar de los fieros y arrogantes pobladores de los lejanos desiertos, y cuya actuación en la Europa oriental no había sido alentadora [11]. El intento de Hethoum de lle-

[10] Kirakos, págs. 279 y sig.; Vahram, *Crónica Rimada,* pág. 519; Bar Hebraeus, págs. 418-19; Hayton, *Flor d'Estoires,* págs. 164-6; Bretschneider, *Mediaeval Researches,* I, págs. 164-72.

[11] Para una defensa de la actitud de los francos, véase Cahen, *La Syrie du Nord,* págs. 708-9. Grousset, en su *Histoire des Croisades* hace alusión conti-

var a cabo una gran alianza cristiana para ayudar a los mongoles fue bien recibido por los cristianos nativos; y Bohemundo de Antioquía, que estaba bajo la influencia de su suegro, se adhirió a él. Pero los francos de Asia se mantuvieron al margen [12].

En enero de 1256, un enorme ejército mongol, al mando del hermano del Gran Khan, Hulagu, cruzó el río Oxus. Como su hermano Kubilai, Hulagu estaba mejor educado que la mayoría de los príncipes mongoles. Tenía predilección por los eruditos y él mismo se interesaba superficialmente en filosofía y alquimia. Al igual que Kubilai, se sentía atraído por la fe de Buda, aunque nunca abandonó su ancestral shamanismo, si bien carecía del sentido humanitario de Kubilai. Sufría ataques epilépticos, que quizá afectaban su carácter, y era poco de fiar. Se mostraba tan salvaje para los vencidos como cualquiera de sus predecesores. Pero los cristianos no tenían razón para quejarse de él, pues en su corte la mayor influencia la ejercía su esposa principal, Dokuz Khatun. Esta importante dama era una princesa kerait, nieta de Toghrul Khan y prima, por tanto, de la madre de Hulagu. Era una apasionada nestoriana, que no ocultaba su desagrado por el Islam y su ansia por ayudar a los cristianos de cualquier secta [13].

El primer objetivo de Hulagu fue el cuartel general de los Asesinos, en Persia. Hasta que no fuera eliminada la secta sería imposible un gobierno ordenado, y los sectarios habían ofendido especialmente a los mongoles al matar a Jagatai, el segundo hijo de Gengis Khan. El siguiente objetivo fue Bagdad; después el ejército mongol marcharía hacia Siria. Todo fue planeado cuidadosamente. Se repararon los caminos del Turkestán y Persia, y se construyeron puentes. Se requisaron carros para transportar desde China máquinas de asedio. Se dejaron las praderas libres de rebaños, para que hubiera hierba en abundancia para los caballos mongoles. Acompañaban a Hulagu Dokuz Khatun, dos de sus otras esposas y sus dos hijos mayores. La casa de Jagatai estaba representada por su nieto, Nigudar. De la Horda Dorada, Batu envió tres de sus sobrinos, que marcharon por

nuamente, con razón, a las oportunidades que perdieron los francos al rechazar la alianza mongola, pero, a pesar de su conocimiento de la historia de los mongoles, parece olvidar la imposibilidad de que el Gran Khan tratara a los francos como independientes y no como vasallos. Los mongoles no reconocían que pudieran existir estados extranjeros independientes.

[12] Véase *infra*, págs. 283-4, 288-9.

[13] Rashid ad-Din (trad. Quatremère), págs. 94-5. Escribe acerca de la influencia de Dokuz Khatun. Mongka la admiraba y había dicho a Hulagu que siempre debía pedirle consejo. Como Sorghaqtani, era princesa kerait de nacimiento. Para Hulagu, véase Howorth, *op. cit.*, III, págs. 90 y sig., y Grousset, *Histoire des Croisades*, III, págs. 563-6.

la costa occidental del Caspio y se unieron al ejército en Persia. Todas las tribus de la confederación mongólica mandaron una quinta parte de sus guerreros, y había un millar de arqueros chinos, que tenían gran pericia en lanzar flechas incendiadas. Se había enviado un ejército casi tres años antes para preparar el camino, al mando del general de más confianza de Hulagu, el nestoriano Kitbuqa, de raza naimana, que se decía descendiente de uno de los tres Reyes Magos de Oriente. Kitbuqa restableció la autoridad mongola en las principales ciudades de la meseta irania y conquistó algunas de las fortalezas menores de los Asesinos antes de la llegada de Hulagu [14].

El gran maestre de los Asesinos, Rukn ad-Din Khurshah, intentó en vano prevenir el peligro mediante intrigas diplomáticas y operaciones de diversión. Hulagu penetró en Persia y marchó despacio, pero implacablemente, por Demavend y Abbassabad, hacia los valles de los Asesinos. Cuando el enorme ejército apareció ante Alamut y empezó a acercarse a la ciudadela, Rukn ad-Din cedió. En diciembre fue en persona a la tienda de Hulagu y ofreció someterse. El gobernador del castillo no quiso obedecer las órdenes de rendición, pero aquél fue tomado por asalto pocos días después, Rukn ad-Din había ofrecido su vida a Hulagu, pero pidió ser enviado a Karokorum con la esperanza de conseguir mejores condiciones del gran khan Mongka. Cuando llegó allí, Mongka se negó a verle y dijo que había sido una equivocación reventar tantos buenos caballos para una misión infructuosa. Dos fortalezas Asesinas, Girdkuh y Lembeser, aún se resistían a los mongoles. Se ordenó a Rukn ad-Din volver a su patria y concertar la rendición. El y su séquito fueron asesinados por el camino. Al mismo tiempo se enviaron órdenes a Hulagu para que exterminase toda la secta. Algunos miembros del linaje del gran maestre fueron enviados a la hija de Jagatai, Salghan Khatun, para que pudiera vengar personalmente la muerte de su padre. Otros Asesinos fueron reunidos con el pretexto de un censo y muertos a millares. A finales de 1257 sólo quedaban algunos, refugiados en las montañas de Persia. Los Asesinos de Siria estaban entonces fuera del alcance de los mongoles; pero podían prever su suerte [15].

En Alamut los Asesinos tenían una gran biblioteca llena de obras de filosofía y ciencias ocultas. Hulagu envió a su chambelán musulmán, Ata al-Mulk Juveni, para inspeccionarla. Juveni apartó ejemplares de las ediciones del Corán que encontró y otros libros de valor científico e histórico. Las obras heréticas fueron quemadas. Por ex-

[14] Bretschneider, *op. cit.*, págs. 114-5, de fuentes originales. Para los antepasados de Kitbuqa, véase Hayton, *Flor des Estoires*, pág. 173.

[15] *Ibid.*, págs. 116-18; Browne, *Literary History of Persia*, II, págs. 458-60.

traña coincidencia, al mismo tiempo se produjo un gran incendio, originado por un rayo, en la ciudad de Medina, y su biblioteca, que poseía la mayor colección de obras de filosofía ortodoxa musulmana, fue totalmente destruida [16].

Después de que los Asesinos fueron barridos de Persia, Hulagu y las huestes mongólicas se dirigieron contra el cuartel general del Islam ortodoxo en Bagdad. El califa al-Mustasim, trigesimoséptimo gobernante de la dinastía abasida e hijo del califa al-Munstansir y una esclava etíope, tenía la esperanza de hacer revivir el poder y prestigio de su trono. Desde el colapso de los kwarismianos, el Califato fue dueño de sus propios destinos, y la rivalidad entre El Cairo y Damasco permitió al Califa actuar como árbitro del Islam. Pero, aunque se rodeó a sí mismo de pompa y ceremonia, al-Mustasim no dejaba de ser un hombre débil y necio, cuyo principal interés se centraba en sus propias diversiones. Su corte se vio desgarrada por la enemistad entre su visir, el chiita Muwaiyad ad-Din, y su secretario, el sunní Aibeg, a quien apoyaba el heredero del trono. Bagdad fue poderosamente fortificada, y el Califa podía apoyarse en un ejército numeroso. Sólo la caballería llegaba a 120.000 hombres. Pero dependía de los resultados militares, y al-Mustasim no confiaba en sus vasallos. Siguió, por tanto, el consejo de su visir, y redujo el ejército, gastando el dinero, economizado por este medio, en ofrecer un tributo voluntario a los mongoles, para así mantenerlos alejados. Esta política de apaciguamiento no tenía muchas probabilidades de éxito, aunque se llevara a cabo de un modo consecuente. Cuando Hulagu contestó reclamando derechos de soberano sobre el Califato, la influencia de Aibeg estaba en alza y la proposición fue altaneramente rechazada [17].

Hulagu inició la campaña con un poco de miedo. No todos sus astrólogos le animaron, y él temía que le traicionasen sus propios vasallos musulmanes y la intervención de los gobernantes de Damasco y Egipto. Pero sus precauciones contra la traición fueron efectivas, y nadie acudió a rescatar a Bagdad. Entretanto se reforzó su ejército con la llegada de un contingente de la Horda Dorada, las tropas que Baichu había mantenido durante la última década en las fronteras de Anatolia y un regimiento de caballería georgiano, ansioso de lanzarse contra la capital infiel.

A finales de 1257 el ejército mongol abandonó su base de Hamadan. Baichu, con sus tropas, cruzó el Tigris por Mosul y remontó el río por la ribera occidental. Kitbuqa, con el ala izquierda, penetró en la llanuras del Iraq, al este de la capital, mientras Hulagu y el

[16] Browne, *loc. cit.*

[17] D'Ohsson, *Histoire des Mongols,* III, págs. 215-25.

centro avanzaban a través de Kermanshah. El cuerpo principal del ejército del Califa había salido al mando de Aibeg para encontrar a Hulagu, y en ese momento le llegaron noticias de que por el Noroeste se le acercaba Baichu. Aibeg volvió a cruzar el Tigris, y el 11 de enero de 1258 se lanzó contra los mongoles, cerca de Anbar, a treinta millas, aproximadamente, de Bagdad. Baichu fingió retirarse y arrastró así a los árabes a un terreno pantanoso. Envió ingenieros para que rompieran tras ellos los diques del Eufrates. Al día siguiente se reanudó la batalla. El ejército de Aibeg fue rechazado hasta los campos inundados. Sólo Aibeg y su guardia personal consiguieron huir a Bagdad a través de las aguas. El grueso de sus tropas pereció en el campo de batalla. Los supervivientes huyeron al desierto y se dispersaron [18].

El 18 de enero Hulagu se presentó ante las murallas orientales de Bagdad, y el 22 la ciudad ya estaba completamente cercada, y los sitiadores instalaron puentes de barcazas que cruzaban el Tigris justo debajo de las murallas de la ciudad. Bagdad se halla situada a ambos lados del río. La parte occidental, en la que había estado emplazado el palacio de los primeros califas, era ahora menos importante que la oriental, en la que se concentraban los edificios gubernamentales. Y contra las murallas orientales dirigieron los mongoles sus más duros ataques. Al-Mustasim comenzó a perder las esperanzas. A finales de enero envió a los mongoles a su visir, que siempre se había pronunciado a favor de la paz con ellos, y al patriarca nestoriano, quien, como confiaba al-Mustasim, podría interceder con Dokuz Jatun, para que Hulagu quisiera pactar. Pero tuvieron que regresar sin que les fuese concedida la audiencia. Después de un terrible bombardeo durante la primera semana de febrero, la muralla oriental comenzó a tambalearse. El 10 de febrero, cuando las tropas mongólicas ya estaban entrando en la ciudad, salió el Califa con los principales oficiales del ejército y del Estado y se rindió a Hulagu. Se les ordenó deponer las armas, y cuando lo hicieron fueron degollados. Sólo se conservó la vida del Califa hasta que Hulagu entró en la ciudad y en el palacio, el 15 de febrero. Una vez que hubo revelado a su vencedor el lugar donde estaban escondidos sus tesoros, ordenó que le mataran también. Entretanto proseguían las matanzas en toda la ciudad. Tanto los que se rindieron prestamente como los que lucharon fueron muertos. Las mujeres y los niños perecieron con los hombres. Un mongol encontró en una calle lateral a cuarenta niños recién nacidos, cuyas madres estaban muertas. Como acto de clemencia, los mató, pues pensó que no podrían sobrevivir sin

[18] Browne, *op. cit.*, II, págs. 461-2.

nadie que los amamantase. Las tropas georgianas, que habían sido las primeras en atravesar las murallas, se mostraron especialmente crueles en la destrucción. En cuarenta días fueron degollados alrededor de 80.000 ciudadanos de Bagdad. Los únicos supervivientes fueron algunos afortunados cuyos escondrijos en los sótanos no fueron descubiertos, algunas muchachas atractivas y algunos muchachos, que fueron reducidos a la esclavitud, y la comunidad cristiana, que se refugió en las iglesias y a la que no se hizo mal alguno por orden especial de Dokuz Khatun [19].

A finales de mayo, el hedor de los cadáveres en estado de descomposición era tal en la ciudad que Hulagu mandó evacuar las tropas por temor a la peste. Muchos de los soldados se marcharon con pesar, pues creían que aún se podían encontrar objetos de valor. Pero Hulagu poseía ahora los vastos tesoros acumulados por las califas abasidas a lo largo de cinco siglos. Después de enviar una buena cantidad a su hermano Mongka, se retiró en cómodas jornadas a Hamadan, y de allí hacia Azerbaiján, donde edificó un castillo bien fortificado en Shaha, a orillas del lago Urmiah, para guardar en él todo su oro, joyas y metales preciosos. Dejó como gobernador de Bagdad al antiguo visir, Muwaiyad, estrechamente controlado por oficiales mongoles. El patriarca nestoriano, Makika, fue espléndidamente dotado y se le dio para residencia e iglesia un antiguo palacio real. Poco a poco se limpió y ordenó la ciudad, y cuarenta años más tarde era una próspera capital provinciana, con la décima parte de la extensión que había tenido [20].

Las noticias de la destrucción de Bagdad causaron honda impresión en toda Asia. Por doquier los cristianos asiáticos se llenaron de gozo. Escribieron triunfantes acerca de la caída de la Segunda Babilonia, y saludaban a Hulagu y Dokuz Khatun como nuevo Constantino y nueva Elena, instrumentos de Dios para la venganza contra los enemigos de Cristo [21]. Para los musulmanes fue un terrible golpe y un desafío. El poder material del Califato se había restringido a lo largo de los siglos, pero su prestigio moral era aún grande. La eliminación de la dinastía y de la capital dejó la jefatura del Islam vacante, para que la ocupase algún jefe musulmán ambicioso. La satisfacción cristiana tuvo corta vida. No pasó mucho tiempo

[19] *Ibid.*, págs. 462-6; Bretschneider, *op. cit.*, I, págs. 119-20; Abu'l Feda, págs. 136-7; Bar Hebraeus, págs. 429-31; Kirakos, págs. 184-6; Vartan (texto armenio, ed. Emin), pág. 197; Hayton, *Flor des Estoires*, págs. 169-70.

[20] Bretschneider, *op. cit.*, págs. 120-1; D'Ohsson, *op. cit.*, III, pág. 257; Levy, *A Bagdad Chronicle*, págs. 259-60.

[21] Esteban Orbelian, *History of Siunia* (texto armenio), págs. 234-5, llama a Hulagu y Dokuz Khatun «Los nuevos Constantino y Elena».

antes de que el Islam conquistase a sus conquistadores. Pero la unidad del mundo musulmán había sufrido un rudo golpe, del que nunca podría recuperarse. La caída de Bagdad, medio siglo después de la caída de Constantinopla en 1204, puso fin para siempre a la antigua diarquía que servía de equilibrio entre Bizancio y el Califato, bajo la cual la humanidad del Oriente próximo había florecido durante tanto tiempo. Nunca más dominaría la civilización el cercano Oriente.

Después de la destrucción de Bagdad, Hulagu dirigió su atención a Siria. El primer paso fue fortificar la posesión mongola en el Jezireh, y en particular reprimir al príncipe ayubita de Mayyafaraqin, al-Kamil, que se había negado a aceptar la soberanía mongola y había llegado a crucificar a un sacerdote jacobita que le había visitado como enviado de Hulagu [22]. Antes de abandonar su campamento cerca de Maragha, Hulagu recibió enviados de muchos estados. El anciano atabek de Mosul, Badr ad-Din Lulu, vino a disculparse de pasadas faltas. Los dos sultanes seléucidas, hijos de Kaikhosrau, Kaikaûs II y Kilij Arslan IV, llegaron poco después. El primero, que se había opuesto a Baichu en 1256, intentó en vano aplacar a Hulagu con alabanzas repugnantes que asombraron a los mongoles. Por último, an-Nasir Yusuf, gobernador de Alepo y Damasco, envió a su propio hijo, al-Aziz, a rendir humilde homenaje al conquistador. Mayyafaraqin fue sitiada y conquistada a principios de 1260, principalmente gracias a la ayuda de georgianos y armenios, aliados de Hulagu. Los musulmanes fueron degollados; a los cristianos se les perdonó la vida. Al-Kamil fue torturado y obligado a comer su propia carne, hasta que murió [23].

En septiembre de 1259 Hulagu condujo el ejército mongol a la conquista del noroeste de Siria. Kitbuqa iba al frente de la vanguardia; Baichu, al frente del ala derecha; otro general favorito, Sunjak, mandaba la izquierda, y Hulagu dirigía el cuerpo central. Atravesó Nisibin, Harran y Edesa, hacia Birejik, por donde cruzó el Eufrates. Saruj intentó resistir y fue saqueada. En los comienzos del nuevo año el ejército llegó a Alepo. Como la guarnición se negó a rendirse, la ciudad fue sitiada el 1.º de enero. El sultán an-Nasir Yusuf se hallaba en Damasco cuando se desencadenó la tormenta. Confiaba en que la presencia de su hijo en el campamento de Hulagu desviaría el peligro. Cuando se dio cuenta de su error, realizó una acción todavía más humillante, ofrecerse a aceptar la soberanía de los ma-

[22] D'Ohsson, III, pág. 307.
[23] Kirakos, págs. 177-9; Vartan, pág. 199; Rashid ad-Din (trad. Quatremère), págs. 330-1; D'Ohsson, III, pág. 356.

melucos de Egipto. Estos le prometieron ayuda, pero no se dieron prisa en proporcionársela. Entretanto congregó un ejército en los alrededores de Damasco y llamó en su ayuda a sus primos de Hama y Kerak. Mientras esperaba allí, algunos de sus oficiales turcos se confabularon contra él. Descubrió a tiempo sus planes y huyeron a Egipto llevando con ellos a uno de sus hermanos. Su deserción debilitó el ejército, que abandonó toda esperanza de reconquistar Alepo.

Alepo fue valerosamente defendida por Turanshah, tío de an-Nasir Yusuf; pero, después de seis días de bombardeo, las murallas se desmoronaron y los mongoles irrumpieron a torrentes en la ciudad. Como en otros lugares, los ciudadanos musulmanes fueron degollados y los cristianos respetados, menos los ortodoxos, cuya iglesia no fue reconocida en el fragor de la carnicería. La ciudadela, bajo el mando de Turanshah, resistió cuatro semanas más. Cuando por fin cayó, Hulagu se mostró inexplicablemente clemente. Turanshah fue perdonado debido a su edad y su bravura, y no se molestó a su séquito. Una cantidad inmensa de tesoros cayó en manos del conquistador. Hulagu asignó Alepo al antiguo emir de Homs, al-Ashraf, que tuvo la previsión de acudir como cliente al campamento mongol unos meses antes. Se establecieron allí una guarnición y consejeros mongoles para controlarle [24].

La fortaleza de Harenc, en el camino de Alepo a Antioquía, tenía que haber sido castigada a continuación, por haber rechazado rendirse si la palabra de Hulagu no era avalada por un musulmán. Después de que fue conquistada, con la usual matanza subsiguiente, Hulagu llegó a la frontera de Antioquía. El rey de Armenia y su yerno el príncipe de Antioquía visitaron su campamento para rendirle homenaje. Hethoum le había proporcionado ya auxiliares, y fue recompensado con algunos despojos de Alepo, y a los príncipes seléucidas les fue ordenado que le devolviesen las conquistas hechas a su padre en Cilicia. Bohemundo fue también recompensado por su deferencia. Algunas ciudades y fortalezas que habían pertenecido a los musulmanes desde los tiempos de Saladino, incluida Laodicea, fueron devueltas al principado. A cambio se instó a Bohemundo para que acogiera al patriarca griego Eutimio en su capital, en lugar del latino. Aunque el rey Hethoum no estaba muy bien dispuesto hacia los griegos, Hulagu conocía la importancia de este elemento en Antioquía. Es posible que también sirviera de aliciente su relación amistosa con el Emperador de Nicea [25].

[24] Maqrisi, *Sultans,* I, págs. 90, 97; Abu'l Feda, págs. 140-1; Rashid ad-Din (trad. Quatremère), págs. 327-41; Bar Hebraeus, págs. 435-6.

[25] *Gestes des Chiprois,* pág. 161; carta a Carlos de Anjou, *Revue de l'Orient Latin,* vol. II, pág. 213; Bar Hebraeus, pág. 436; Hayton, *Flor des*

A los latinos de Acre el servilismo de Bohemundo les pareció desafortunado, sobre todo porque implicaba la humillación de la Iglesia latina de Antioquía. La influencia veneciana era aún la más poderosa del reino, y los venecianos se hallaban de nuevo en buenas relaciones con Egipto. Su interés se cifraba en que el comercio del lejano Oriente siguiera la ruta del Sur, por el golfo Pérsico o el mar Rojo. Observaban con precaución creciente las rutas de las caravanas mongólicas a través del Asia central hacia el mar Negro, donde los genoveses, aliados con los griegos, estaban reforzando su control. El gobierno de Acre miró en su derredor en busca de un protector laico. Se sabía que Carlos de Anjou, el hermano del rey francés, tenía ambiciones en el Mediterráneo y estaba intrigando para conseguir el trono siciliano. En mayo de 1260 se le envió una carta anhelante, describiéndole los peligros del avance mongol y pidiéndole que interviniese [26].

Los mongoles eran ya dueños de Damasco cuando la carta fue escrita. El sultán an-Nasir Yusuf no hizo ningún intento de defender su capital. Ante las noticias de la caída de Alepo y la aproximación del ejército mongol huyó a Egipto a refugiarse con los mamelucos; después cambió de opinión y fue apresado por los mongoles cuando cabalgaba hacia el Norte de nuevo. Hama envió una delegación a Hulagu, en febrero de 1260, para ofrecerle las llaves de la ciudad. Pocos días después los notables de Damasco siguieron el ejemplo. El 1.° de marzo Kitbuqa entró en Damasco a la cabeza de un ejército mongol. Le acompañaban el rey de Armenia y el príncipe de Antioquía. Los ciudadanos de la antigua capital del Califato contemplaron, por primera vez en seis siglos, a tres potentados cristianos cabalgando triunfantes por sus calles. La ciudadela resistió a los invasores durante unas semanas, pero fue reducida el 6 de abril.

Con la caída de las tres grandes ciudades, Bagdad, Alepo y Damasco, parecía que había llegado el fin del Islam. En Damasco, como en todos los lugares del Asia occidental, la conquista mongola significó el resurgimiento de los cristianos locales. Kitbuqa, cristiano, no ocultó su simpatía hacia ellos. Por primera vez desde el siglo VI los musulmanes del interior de Siria se sintieron como minoría reprimida. Ardían en deseos de venganza [27].

Estoires, pág. 171. Bohemundo fue excomulgado por el Papa por esta alianza (Urbano IV, *Registres,* 23 de mayo de 1263). Nunca está constatada la cesión de Laodicea, pero cuando es mencionada de nuevo ya está en manos de los francos, véase *infra,* págs. 315-16.

[26] «Lettre a Charles d'Anjou», en *Revue de l'Orient Latin,* vol. II, páginas 213-14.

[27] Abu'l Feda, págs. 141-3; *Gestes de Chiprois, loc. cit.;* Hayton, *Flor des*

Durante la primavera de 1260, Kitbuqa envió destacamentos para que ocuparan Nablus y Gaza, aunque nunca llegaron a Jerusalén. Los francos estaban, pues, rodeados de mongoles por todas partes. Las autoridades mongolas no tenían ninguna intención de atacar el reino franco, siempre que les fuera demostrada la suficiente deferencia. Los prudentes francos estaban dispuestos a evitar provocaciones, pero no podían controlar a los exaltados. El más irresponsable de los barones era Julián, señor de Sidón y Beaufort, hombre alto y guapo, pero intemperante y necio, que nada poseía de la aguda inteligencia de su abuelo Reinaldo. Su extravagancia le había forzado a dejar en prenda Sidón a los templarios, de quienes había tomado prestadas grandes sumas; su mal carácter le había llevado a pelearse con Felipe de Tiro, medio tío suyo. Estaba casado con una de las hijas de Hethoum, pero su suegro no ejercía ninguna influencia sobre él. Las guerras entre mongoles y musulmanes le parecieron una buena oportunidad para realizar una incursión desde Beaufort en la fértil Bekaa. Pero Kitbuqa no iba a consentir que unos algareros perturbasen el orden mongol recientemente establecido. Envió un pequeño ejército al mando de un sobrino suyo para castigar a los francos. Julián entonces llamó en su ayuda a sus vecinos; se emboscaron y dieron muerte al sobrino de Kitbuqa. Este, encolerizado, envió un ejército más poderoso, que penetró en Sidón y saqueó la ciudad, aunque el castillo del Mar fue salvado por los barcos genoveses que operaban desde Tiro. Cuando se enteró el rey Hethoum, furioso, acusó a los templarios de haberse aprovechado de las pérdidas de Julián para hipotecar Sidón y Beaufort. Poco después, una incursión en Galilea, conducida por Juan II de Beirut y los templarios, recibió una réplica igualmente severa por parte de los mongoles [28].

Kitbuqa, sin embargo, no podía aventurarse a empresas de más envergadura. El 11 de agosto de 1259, el gran khan Mongka murió durante una campaña con su hermano en China. Sus hijos eran jóvenes y no se habían visto sometidos a prueba. El ejército de China, por tanto, presionó a favor de Kubilai. Pero el hermano más joven de Mongka, Arikboga, controlaba el territorio nativo, incluido Karakorum y el tesoro central del Imperio, y deseaba el trono para sí. Después de varios meses de manejos y averiguaciones para descubrir quienes eran sus amigos, cada uno de los dos hermanos convocó una kuriltai, en la primavera de 1260, que eligió a cada uno de ellos

Estoires, págs. 171-2. Para referencias en los manuscritos véase Cahen, *op. cit.*, pág. 707, nn. 19 y 20.

[28] *Gestes des Chiprois,* págs. 162-4; Hayton, *Flor des Estoires,* pág. 174; *Annales de Terre Sainte,* pág. 449, sitúa los hechos, aunque probablemente está equivocado, después de la batalla de Ain Jalud.

como khan supremo. Ariqboga tenía a su favor a la mayor parte de sus parientes imperiales residentes en Mongolia, mientras que Kubilai tenía el más fuerte apoyo de los generales. Ninguna de las kuriltai fue estrictamente legal, ya que no estaban representadas en ellas todas las ramas de la familia. Ninguna de las partes podía esperar hasta que Hulagu y los príncipes de la Horda Dorada, o al menos de la casa de Jagatai, fueran informados y enviaran representantes. Hulagu estaba de parte de Kubilai, aunque su hijo Chomughar estaba al lado de Ariqboga; Berke, khan de la Horda Dorada, simpatizaba con Ariqboga. Entretanto, Hulagu, cauteloso, permaneció cerca de su frontera oriental para estar presto a trasladarse a Mongolia, si ello fuera necesario. Tenía razones para mostrarse impaciente. Ariqboga había intervenido autocráticamente en asuntos del khanato del Turkestán, sustituyendo a la regente Orghana por el primo de su marido, Alghu, cuya posterior deserción y matrimonio con Orghana contribuyeron, en gran medida, a la victoria de Kubilai. Hulagu temía una intervención semejante en sus propios dominios. Además, las relaciones con sus primos de la Horda Dorada habían empeorado. El khan Berke se inclinaba decididamente hacia los musulmanes, a pesar de que su corte se mostraba profundamente cristiana, y desaprobaba la política antimusulmana de Hulagu. Hubo fricción en el Cáucaso, frontera entre las esferas de influencia de Hulagu y Berke. Berke y sus generales perseguían continuamente a las tribus cristianas; pero el intento de Hulagu de imponer su autoridad en la vertiente norte de las montañas se frustró al ser derrotado uno de sus ejércitos por el nieto de Berke, Nogai, cerca del río Terek, en 1269 [29].

Debido a estas preocupaciones, Hulagu se vio obligado a retirar de Siria muchas de sus tropas tan pronto como fue conquistada Damasco. Dejó a Kitbuqa para gobernar el país, con un mando muy limitado. Desgraciadamente para los mongoles, su avance por Palestina fue una provocación para el gran poder imbatido por ellos, los mamelucos de Egipto, que se encontraban en el momento adecuado para aceptar su reto.

El primer sultán mameluco, Aibek, había tenido una situación poco segura. Para legitimarse a sí mismo contrajo matrimonio con la sultana viuda Shajar ad-Dur y nombró co-sultán a un joven príncipe ayubita. Pero el pequeño al-Ashraf Musa no contaba para nada

[29] Rashid ad-Din, págs. 341 y sigs., 391 y sigs.; Bar Hebraeus, pág. 439; Kirakos, págs. 192-4; Hayton, *Flor des Estoires,* pág. 173. Véase Grousset, *L'Empire Mongol,* págs. 317-24; Howorth, *op. cit.,* III, pág. 151; D'Ohsson, *op. cit.,* III, pág. 377. Parece ser que Nogai estaba emparentado con la familia imperial por línea femenina.

y pronto se consideró su cargo como gasto inútil; en 1257, Aibek se enemistó con la sultana. No podía ella soportar insultos de un advenedizo, así que, el día 15 de abril, concertó su eliminación con los eunucos que le llevaban al baño. Su muerte provocó casi una guerra civil; parte de los mamelucos pedían venganza contra la viuda, y otros, a su favor, la convertían en símbolo de legitimidad. Finalmente ganaron sus enemigos. El 2 de mayo de 1257 fue muerta a golpes, y el hijo de Aibek, Nur ad-Din Ali, que tenía quince años, fue nombrado sultán. Pero este joven ni representaba una dinastía respetada ni tenía la personalidad de un jefe. En diciembre de 1259 fue depuesto por uno de los antiguos compañeros de su padre, Faif ad-Din Qutuz, que ocupó el sultanato. Con ocasión de su subida al trono, algunos mamelucos, como Baibars, que habían huido a Damasco, por desacuerdo con Aibek, regresaron a Egipto [30].

A principios de 1250, Hulagu envió una embajada a Egipto para pedir la sumisión del sultán. Qutuz mató al embajador y se preparó para un encuentro con los mongoles en Siria. Fue en este momento cuando las noticias de la muerte de Mongka y la guerra civil en Mongolia obligaron a Hulagu a llevar hacia Oriente la mayor parte de su ejército. Las tropas que quedaron con Kitbuqa eran muy inferiores en número a las reunidas por Qutuz. Además de los egipcios, tenía los restos de las fuerzas kwarismianas y tropas del príncipe ayubita de Kerak. El 26 de julio, el ejército egipcio cruzó la frontera y se dirigió a Gaza, con Baibars a la cabeza de la vanguardia. En Gaza se hallaba un pequeño destacamento mongol al mando del general Baidar. Mandó un mensajero a Kitbuqa para advertirle de la invasión, pero antes de que pudiera llegarles ayuda sus hombres fueron desbordados por los egipcios [31].

Kitbuqa se hallaba en Baalbek. Inmediatamente se dispuso a partir hacia el valle del Jordán, pasado el mar de Galilea, pero fue detenido por un levantamiento de los musulmanes en Damasco. Las casas e iglesias cristianas habían sido destruidas, y se necesitaban tropas mongólicas para restaurar el orden [32]. Entretanto, Qutuz había decidido marchar por la costa y adentrarse en Palestina, más hacia el Norte, para amenazar las comunicaciones de Kitbuqa si proseguía el avance hacia el interior. Se envió, por tanto, una embajada egipcia a Acre con el fin de pedir permiso para atravesar el territorio franco y obtener provisiones durante la marcha, si no ayuda militar.

Los barones se reunieron en Acre para discutir la petición. Es-

[30] Abu'l Feda, pág. 135.
[31] Rashid ad-Din (trad. Quatremère), pág. 347; D'Ohsson, *op. cit.*, III, páginas 333-5.
[32] Abu'l Feda, pág. 143.

taban resentidos contra los mongoles por el reciente saqueo de Sidón y desconfiaban de este poder oriental con su historial de matanzas continuas. La civilización islámica les era familiar, y la mayor parte de ellos prefería a los musulmanes antes que a los cristianos nativos, hacia quienes mostraban su favor los mongoles. Al principio se sintieron inclinados a ofrecer al sultán ayuda armada. Pero el gran maestre de la Orden teutónica, Anno de Sangerhausen, les previno de que sería poco prudente confiar demasiado en los musulmanes, sobre todo si volvían engreídos por su victoria sobre los mongoles. La Orden teutónica tenía muchas posesiones en el reino armenio, y Anno, probablemente, estimaba la política del rey Hethoum. Sus prudentes palabras surtieron algún efecto. Se rechazó la alianza militar, pero se prometió al sultán paso libre y facilidades de avituallamiento para su ejército [33].

Durante el mes de agosto el sultán condujo su ejército hacia el Norte por la carretera de la costa y acampó varios días en los huertos de las afueras de Acre. Varios emires fueron invitados a visitar la ciudad como huéspedes de honor; entre ellos estaba Baibars, quien, al volver al campamento, dijo a Qutuz que sería fácil tomar por sorpresa la plaza. Pero Qutuz no estaba aún dispuesto a ser tan pérfido ni a arriesgarse a represalias cristianas mientras los mongoles no fueran vencidos. Los francos estaban algo molestos por el número de sus visitantes, pero fueron consolados con la promesa de que se les permitiría comprar a bajo precio los caballos que fuesen capturados a los mongoles [34].

Mientras estaban en Acre, Qutuz se enteró de que Kitbuqa había cruzado el Jordán y penetrado en la Galilea oriental. Inmediatamente condujo su ejército hacia el Sudeste, a través de Nazaret, y el 2 de septiembre llegó a Ain Jalub, las Piscinas de Goliath, donde el ejército cristiano había desafiado a Saladino en 1183. A la mañana siguiente llegó el ejército mongol y se aprestó a la lucha. La caballería mongola estaba acompañada de contingentes armenios y georgianos; pero Kitbuqa carecía de escuchas y la población local no se mostraba amistosa. No sabía que todo el ejército mameluco estaba muy cerca. Qutuz conocía muy bien su propia superioridad numérica. Por tanto, escondió el cuerpo principal de sus fuerzas en las colinas cercanas y sólo dejó ver la vanguardia, al mando de Baibars. Kitbuqa cayó en la trampa. A la cabeza de todos sus hombres se lanzó a la carga sobre el enemigo que tenía ante sí. Baibars se retiró precipitadamente hacia las lomas, fogosamente perseguido, y, de repente,

[33] *Ms. of Rothelin*, pág. 637.

[34] Guillermo de Trípoli, *De Statu Saracenorum*, en Du Chesne, V, pág. 443; *Gestes des Chiprois*, págs. 164-5.

todo el ejército mongol se encontró cercado. Kitbuqa peleó con bravura. Los egipcios empezaron a ceder y Qutuz entró en el combate para reanimarlos. Al cabo de pocas horas la superioridad numérica de los musulmanes surtió su efecto. Algunos de los hombres de Kitbuqa pudieron escapar, pero éste no quiso sobrevivir a su derrota. Estaba casi solo cuando su caballo fue muerto y él hecho prisionero. Su captura puso fin a la batalla. Fue conducido, atado, a la presencia del sultán, quien se mofó de su derrota. Le contestó desafiante, profetizando una terrible venganza contra sus vencedores y jactándose de que él, no como habían hecho algunos emires mamelucos, había permanecido siempre leal a su señor. Fue decapitado [35].

La batalla de Ain Jaluf fue una de las más decisivas de la Historia. Es cierto que, debido a los hechos ocurridos a cuatro mil millas, el ejército mongol en Siria estaba excesivamente menguado para poder, sin demasiada buena suerte, contener a los mamelucos, como también es verdad que si inmediatamente después del desastre los mongoles hubieran enviado un ejército mayor se habría reparado la derrota. Pero las contingencias de la Historia impidieron la revocación de lo establecido en Ain Jalud. La victoria mameluca salvó al Islam de la amenaza más peligrosa con que se había enfrentado nunca. Si los mongoles hubieran penetrado en Egipto no habría quedado ningún estado musulmán importante en el mundo al este de Marruecos. Los musulmanes de Asia eran demasiado numerosos para ser eliminados, pero no hubieran vuelto a ser raza dominante. Si Kitbuqa, el cristiano, hubiese triunfado, las simpatías cristianas de los mongoles habrían crecido, y los cristianos asiáticos hubieran alcanzado el poder por primera vez desde las grandes herejías de la era premusulmana. Resulta ocioso especular acerca de las cosas que hubieran sucedido. El historiador puede únicamente relatar lo que de hecho ocurrió. Ain Jalud convirtió el sultanato mameluco de Egipto en el principal poder del cercano Oriente durante los dos siglos subsiguientes, hasta la aparición del Imperio otomano. Completó la ruina de los cristianos nativos de Asia. Al fortalecer a los musulmanes y debilitar el elemento cristiano, indujo a los mongoles que permanecieron en el Asia occidental a abrazar el islamismo. Y apresuró la extinción de los estados cristianos, ya que, como el gran maestre de la Orden teutónica predijo, los victoriosos musulmanes se sintieron entonces deseosos de acabar con los enemigos de la fe.

Cinco días después de su victoria, el sultán entró en Damasco. El ayubita al-Ashraf, que había desertado de la zona mongólica, fue

[35] Rashid ad-Din, págs. 349-52; Maqrisi, I, i, *Sultans*, págs. 104-6; Abu'l Feda, págs. 143-4.

repuesto en Homs. El emir ayubita de Hama, que había huido a Egipto, volvió a su emirato. Alepo fue recuperada en un mes. Hulagu, aunque furioso por la pérdida de Siria, no pudo hacer nada hasta que se restableció el orden en el Imperio mongol. En diciembre envió tropas para reconquistar Alepo, pero se vieron forzadas a retirarse al cabo de quince días, después de haber matado un gran número de musulmanes, como represalia por la muerte de Kitbuqa. Pero esto fue todo lo que Hulagu pudo hacer para vengar a su fiel amigo [36].

El sultán Qutuz emprendió el viaje de regreso a Egipto cubierto de gloria. Pero, aunque la profecía de venganza de Kitbuqa nunca se cumplió totalmente, su vituperio de la deslealtad de los mamelucos pronto se vio justificado. Qutuz albergaba sospechas de su más activo lugarteniente, Baibars, y cuando éste le pidió el cargo de gobernador de Alepo, la petición fue bruscamente negada. Baibars no tardó mucho en entrar en acción. El 23 de octubre de 1260, cuando el victorioso ejército llegó a la orilla del Delta, Qutuz se tomó un día de asueto para ir a cazar liebres. Partió con algunos de sus emires y, entre ellos, Baibars y algunos de sus amigos. Tan pronto como estuvieron lejos del campamento, uno de ellos se acercó como para preguntar algo al sultán, y, mientras retenía firmemente su mano como si se la fuera a besar, Baibars se abalanzó por detrás y hundió su alfanje en la espalda de su señor. Después, los conspiradores galoparon hacia el campamento y anunciaron el atentado. El jefe de la guardia personal del sultán, Aqtai, se hallaba en la tienda real cuando éstos llegaron, e inmediatamente preguntó quién había perpetrado el crimen. Cuando Baibars confesó que había sido él, Aqtai le rogó que se sentara en el trono del sultán y fue el primero en rendirle homenaje; todos los generales del ejército siguieron su ejemplo. Baibars, pues, regresó a El Cairo como sultán [37].

[36] Abu'l Feda, pág. 144; Bar Hebraeus, págs. 439-40. Véase Cahen, *op. cit.*, págs. 710-11.

[37] Abu'l Feda, *loc. cit.;* Maqrisi, I, i, *Sultans,* págs. 110-13; Bar Hebraeus, *loc. cit.; Gestes des Chiprois,* págs. 165-6.

Capítulo 12

EL SULTAN BAIBARS

> «Mas yo entregaré a Egipto en manos de duro dueño y un rey severo imperará sobre ellos.»
>
> (Isaías, 19, 4.)

Rukn ad-Din Baibars Bundukdari estaba próximo a los cincuenta años. Era un turco kipchak de nacimiento, hombre gigantesco, con la tez morena, ojos azules y voz resonante. Cuando llegó a Siria por vez primera, como joven esclavo, fue ofrecido en venta al emir de Hama, quien lo examinó y encontró demasiado rústico. Pero un emir mameluco, Bundukdar, lo vio en el mercado y se percató de su inteligencia. Fue comprado para la guardia del sultán mameluco. Desde entonces subió rápidamente, y a partir de su victoria sobre los francos, en 1244, fue considerado como el más capaz de los soldados mamelucos. Demostró ser un estadista del más alto calibre, carente de todo escrúpulo de honor, gratitud o clemencia [1].

Su primera tarea fue consolidarse en el sultanato. En Egipto fue aceptado sin vacilación, pero en Damasco, otro mameluco, Sinjar al-Halabi, se apoderó del gobierno. Sinjar era popular en Damasco, y el simultáneo ataque de los mongoles a Alepo amenazó el control de Baibars en Siria. Pero los príncipes ayubitas de Homs y Hama derrotaron a los mongoles, mientras que Baibars marchó hacia Da-

[1] Abu'l Feda, pág. 156. Véase Sobernheim, artículo «Baibars», en *Encyclopaedia of Islam.*

masco y puso en fuga a las tropas de Sinjar en las afueras de la ciudad el 17 de enero de 1261. Los ciudadanos de Damasco lucharon a favor de Sinjar, pero su resistencia fue sofocada. Baibars entró en tratos con los ayubitas. El príncipe de Kerak fue inducido mediante halagadoras promesas a ponerse en manos del sultán, y se vio así tranquilamente eliminado. Al-Ashraf de Homs pudo retener su ciudad, hasta que falleció en 1263 y fue anexionada. Unicamente en Hama se permitió que perdurase una rama de la familia, estrechamente vigilada, durante otras tres generaciones [2]. Baibars quería también proporcionar a su gobierno un fundamento de validez religiosa. Unos beduinos habían traído a El Cairo un hombre de piel oscura llamado Ahmet, de quien dijeron que era tío del último Califa. Baibars pretendió comprobar su genealogía y le recibió como califa y jefe religioso del Islam, pero le privó de todo poder efectivo. Ahmet, llamado desde entonces al-Hakim, fue enviado pronto a recobrar Bagdad, en manos de los mongoles. Cuando resultó muerto en el intento, al que Baibers prestó muy poca ayuda, un hijo suyo ascendió a este Califato nominal. Esta línea desvaída de dudosos abasidas se conservó en El Cairo mientras duró el mandato de los mamelucos [3].

La siguiente tarea del sultán fue castigar a los cristianos que habían ayudado a los mongoles. Sentía un resentimiento especial hacia el rey Hethoum de Armenia y el príncipe Bohemundo de Antioquía. A finales del otoño de 1261, envió un ejército para que se apoderase de Alepo, cuyo gobernador mameluco no se había sometido, y para que llevase a cabo grandes algaradas en territorio antioqueno. Se efectuaron nuevas correrías en el otoño siguiente, y fue saqueado el puerto de San Simeón. Antioquía se vio amenazada, pero Hethoum apeló a Hulagu y llegó con fuerzas mongolas y armenias a tiempo para salvarla [4]. El poder mongol en la Siria del nordeste era aún lo suficientemente fuerte para acobardar a Baibars; tuvo, por tanto, que recurrir a la diplomacia. El khan Berke de la Horda Dorada se había hecho abiertamente musulmán y estaba dispuesto a aliarse con Baibars. Uno de los dos sultanes seléucidas de Anatolia, Kaikaûs, que había sido desposeído de sus tierras por una alianza entre los mongoles, los bizantinos y su hermano Kilij Arslan, había huido a la corte de Berke, y regresó de ésta con la ayuda de la Horda Dorada y de Baibars, mientras un jefe turcomano llamado Karaman, es-

[2] Maqrisi, *Sultans*, I, i, pág. 116; Abu'l Feda, págs. 145-50; Bar Hebraeus, pág. 439.

[3] Abu'l Feda, pág. 148; Maqrisi, *Sultans*, I, i, págs. 148-64; Bar Hebraeus, pág. 442.

[4] *Gestes des Chiprois*, pág. 167; *Estoire d'Eracles*, II, pág. 466.

tablecido por aquel entonces al sudeste de Konya, fue utilizado para ejercer una continua presión sobre los armenios [5].

Los francos de Acre habían concebido la esperanza de que su amistad con los mamelucos en la época de la campaña de Ain Jalud los libraría de propósitos hostiles. Juan de Jaffa y Juan de Beirut fueron a su campamento a finales de 1261 para tratar de negociar la libertad de los francos hechos prisioneros en los últimos años y del cumplimiento de la promesa hecha por el sultán Aibek de restablecer a Zirin en Galilea o pagar una indemnización; Baibars, aunque pareció que le agradaba Juan de Jaffa, se negó a escucharles y envió a todos los prisioneros a campos de trabajo [6]. En febrero de 1263, Juan de Jaffa realizó una segunda visita al sultán, que entonces acampaba en el monte Tabor, y obtuvo la promesa de una tregua y de un intercambio de prisioneros. Pero ni el Temple ni el Hospital accedieron a entregar los musulmanes que tenían, pues eran hábiles artesanos con valor material para las órdenes. Baibars se quedó asombrado de tal codicia mercenaria. Rompió las negociaciones y marchó hacia territorio franco. Después de saquear Nazaret y destruir la iglesia de la Virgen, efectuó una rápida maniobra sobre Acre, el 4 de abril de 1263. Se entabló, extramuros, una enconada batalla en la que el senescal Godofredo de Sargines fue gravemente herido. Pero Baibars aún no estaba preparado para sitiar la ciudad. Después de saquear las afueras, se retiró. Se sospechó que había concertado la cooperación de Felipe de Monfort y los genoveses de Tiro, pero que en el último momento la conciencia cristiana de éstos les impidió realizarla [7].

Prosiguieron en la frontera incursiones y contraataques. Las ciudades francas de la llanura marítima se veían constantemente amenazadas. Ya en abril de 1261 Balian de Ibelin, señor de Arsuf, cedió su señorío al Hospital, a sabiendas de que no podía sostener su defensa. A principios de 1264 el Temple y el Hospital acordaron unir sus fuerzas para conquistar la pequeña fortaleza de Lizón, la antigua Megiddo, y pocos meses después realizaban juntos una incursión en Ascalón, mientras que en el otoño, las tropas francesas que pagaba San Luis penetraron provechosamente hasta los barrios extremos de Beisan. A su vez, los musulmanes saquearon de tal suerte el campo

[5] Cahen, *La Syrie du Nord*, pág. 711. Véase también Cahen, «Turcomans de Roum», en *Byzantion*, vol. XIV.

[6] *Annales de Terre Sainte*, pág. 450. Al-Aïni, págs. 216-17, menciona una tregua concertada aquel año por los dos Juan con el sultán.

[7] *Gestes des Chiprois*, págs. 167-8; *Annales de Terre Sainte, loc. cit.;* Maqrisi, *Sultans*, I, i, págs. 194-7; Al-Aïni, págs. 218-19.

franco del sur del Carmelo que la vida se hizo insegura en aquella región [8].

A principios de 1265, Baibars salió de Egipto a la cabeza de un formidable ejército. Los mongoles habían dado aquel invierno muestras de agresividad en la Siria septentrional; su primera idea fue la de contraatacar, pero se enteró de que sus tropas del Norte ya los habían contenido. Podía, por tanto, utilizar su ejército para atacar a los francos del Sur. Después de aparentar distraerse con una gran cacería en las colinas de detrás de Arsuf, se presentó de improviso ante Cesarea. La ciudad cayó inmediatamente, el 27 de febrero, pero la ciudadela resistió una semana. La guarnición capituló el 5 de marzo y le fue permitido marcharse en libertad; pero ni de la ciudad ni del castillo quedó piedra sobre piedra. Pocos días después sus tropas aparecieron ante Haifa. Aquellos de sus habitantes que fueron avisados a tiempo, huyeron a los barcos allí anclados, abandonando la ciudad y la ciudadela, que fueron destruidas; los habitantes que se quedaron fueron degollados. Baibars, entretanto, atacó el gran castillo templario de Athlit. Las casas situadas extramuros fueron incendiadas, pero el castillo resistió. El 21 de marzo levantó el sitio y marchó hacia Arsuf. Los hospitalarios la habían reforzado y aprovisionado bien. Había 270 caballeros en el interior del castillo, que pelearon con gran valor. Pero la parte baja de la ciudad cayó el 26 de abril, después de que las máquinas de asedio del sultán abrieron brecha en las murallas; tres días más tarde, el jefe de la ciudadela, que había perdido un tercio de sus ballesteros, capituló a cambio de la promesa de que los supervivientes serían dejados en libertad. Baibars no cumplió su palabra y los hizo prisioneros a todos. La pérdida de las dos grandes fortalezas llenó de temor a los francos, e inspiró al trovador templario Ricaut Bonomel un amargo romance quejándose de que ahora parecía complacer a Cristo la humillación de los cristianos [9].

Ahora le llegaba el turno a Acre. Pero el regente, Hugo de Antioquía, que estaba en Chipre, se apresuró a atravesar el mar con todos los hombres que pudo reclutar en la isla. Cuando Baibars se dirigió otra vez hacia el Norte se encontró con que Hugo había desembarcado en Acre el 25 de abril. El ejército egipcio volvió a su patria, pero quedaron tropas para mantener el territorio recién con-

[8] *Estoire d'Eracles*, II, págs. 444, 449; *Annales de Terre Sainte*, pág. 451.

[9] *Gestes des Chiprois*, pág. 171; *Estoire d'Eracles*, II, pág. 450; *Annales de Terre Sainte*, págs. 451-2; al-Aïni, págs. 219-21; Abu'l Feda, pág. 150; Maqrisi, *Sultans*, I, ii, págs. 7-8. El poema de Bonomel se halla en Bartholomaeis, *Poesie Provenziale*, II, págs. 222-4.

quistado. La frontera estaba ahora a la vista de Acre [10]. Baibars se apresuró a escribir sus victorias a Manfredo, rey de Sicilia, con quien la corte egipcia mantenía la amistad iniciada por su padre, Federico II [11].

Había sido un buen año para Baibars. El 8 de febrero de 1265 Hulagu falleció en Azerbaiján. Su hermano Kubilai le había dado el título de ilkhan y el gobierno hereditario de las posesiones mongólicas en el Asia sudoccidental; y aunque sus dificultades con la Horda Dorada y con los mongoles del Turkestán, también convertidos al islamismo, le habían impedido reanudar una seria ofensiva contra los mamelucos, era aún lo suficientemente fuerte como para disuadirlos de atacar a aliados suyos. En julio de 1264 convocó su última kuriltai en su campamento cerca de Tabriz. Todos sus vasallos estuvieron presentes, incluso el rey David de Georgia, el rey Hethoum de Armenia y el príncipe Bohemundo de Antioquía. Hethoum y Bohemundo habían caído en desgracia con Hulagu por haber secuestrado y llevado fuera de Armenia, el año anterior, a Eutimio, el patriarca ortodoxo de Antioquía, acerca de cuyo nombramiento, en 1260, había insistido Hulagu. El latino Opizon había sido llevado a Antioquía. La alianza con los bizantinos era importante para Hulagu, como medio de mantener controlados a los turcos de Anatolia. Estaba en negociaciones para añadir una dama de la familia imperial de Constantinopla al número de sus mujeres; y cuando el emperador Miguel eligió para tal honor a su hija bastarda, María, ésta fue escoltada a Tabriz por el patriarca Eutimio, que había encontrado refugio en Constantinopla y volvió al Este, sin duda por invitación expresa de Hulagu. Pero los mongoles conservaban su amplitud de miras, y no querían permitir que luchas sectarias entre cristianos vinieran a interferirse en su política general. Parece ser que Bohemundo pudo excusarse y que Eutimio no fue recibido en Antioquía [12].

La muerte de Hulagu debilitó inevitablemente a los mongoles en un momento crítico. La influencia de su viuda, Dokuz Khatun, aseguró la sucesión de su hijo favorito, Abaga, que era gobernador

[10] *Gestes des Chiprois, loc. cit.; Estoire d'Eracles, loc. cit.*

[11] Maqrisi, *sultans,* I, ii, pág. 16. Al-Aïni relata la embajada a Baibars en 1264 enviada por Carlos de Anjou, quien estaba planeando atacar a Manfredo (pág. 219).

[12] Rashid ad-Din (trad. de Quatremère), págs. 417-23; véase Howorth, *op. cit.,* III, págs. 206-10. Vartan (ed. Emin), págs. 205-6, 211; Bar Hebraeus, págs. 444-5. «Carta a Carlos de Anjou», en *Revue de l'Orient Latin,* vol. II, pág. 213. Dokuz Khatun consultó a Vartan acerca de la conveniencia de que se dijera una misa por el alma de Hulagu. Este la desanimó (Vartan, ed. Emin, pág. 211).

del Turkestán. Pero no fue hasta junio, cuatro meses después de la muerte de su padre, cuando Abaga fue formalmente nombrado ilkhan; y pasaron varios meses más antes de que se completara la redistribución de feudos y cargos de gobernadores. Dokuz Khatun falleció durante el verano y su muerte consternó a los cristianos. Entretanto, Abaga se veía amenazado constantemente por sus primos de la Horda Dorada, que invadieron su territorio en la primavera siguiente. Los mongoles no podían en aquel momento intervenir en Siria occidental. Baibars, a cuya diplomacia se debían principalmente las dificultades del ilkhan con sus vecinos septentrionales, pudo reanudar sus compañas contra los cristianos sin temor a interferencias [13].

A principios del verano de 1266, mientras los ejércitos de Abaga estaban ocupados rechazando la invasión del khan Berke en Persia, dos ejércitos mamelucos partieron de Egipto. Uno de ellos, al mando del sultán, apareció ante Acre el 1.º de junio. Pero el regimiento que allí mantenía San Luis había recibido refuerzos de Francia hacía poco tiempo. Al hallar la ciudad tan fortalecida, Baibars dio la vuelta para hacer una demostración ante la fortaleza teutónica de Montfort, y súbitamente giró hacia Safed, desde cuyo formidable castillo los templarios dominaban la altiplanicies de Galilea. Las fortificaciones habían sido completamente reconstruidas hacía unos veinticinco años, y la guarnición era numerosa, aunque muchos de los soldados eran cristianos nativos o mestizos. El primer asalto del sultán, el 7 de julio, fue rechazado, y tampoco tuvieron más éxito sus intentos del 13 y 19 de julio. Anunció entonces, por medio de heraldos, que ofrecía una amistad total a todos los soldados nativos que se rindieran. No se sabe cuántos se hubieran podido fiar de su palabra, pero los caballeros templarios empezaron a abrigar sospechas. Hubo recriminaciones que se tornaron en querellas, y los sirios comenzaron a desertar. Los templarios pronto se dieron cuenta de que no podían mantener el castillo. A finales de mes enviaron a un escudero sirio, a quien consideraban fiel, al campamento de Baibars, para ofrecer la rendición. El sirio, llamado León, regresó con la promesa de que dejarían retirarse a Acre a la guarnición sin causarle daño. Pero cuando los templarios entregaron el castillo a Baibars con esta condición, el sultán mandó decapitarlos a todos. Si León fue conscientemente traidor no se sabe, pero su pronta conversión al islamismo constituye una prueba contra él [14].

La conquista de Safed dio a Baibars el control de Galilea. Atacó después Torón, que se le rindió casi sin lucha. Desde Torón envió

[13] Howorth, *op. cit.*, III, págs. 218-25.

[14] *Gestes des Chiprois*, págs. 179-81; *Estoire d'Eracles*, II, págs. 484-5; Maqrisi, *Sultans*, I, ii, págs. 28-30; Abu'l Feda, pág. 151; al-Aïni, págs. 222-3.

un regimiento para que destruyera el poblado cristiano de Qara, entre Homs y Damasco, del que sospechaba estaba en contacto con los francos. Los habitantes adultos fueron muertos y los niños hechos esclavos. Cuando los cristianos de Acre enviaron emisarios para pedir permiso para enterrar a los muertos, se negó rudamente, diciendo que si deseaban cadáveres de mártires los tendrían en casa. Para consumar su amenaza hizo una marcha por la costa y asesinó a todo cristiano que caía en sus manos. Pero, una vez más, no se atrevió a atacar a Acre, adonde el regente Hugo acababa de llegar procedente de Chipre. Cuando los mamelucos se retiraron en el otoño, Hugo reunió a los caballeros de las órdenes y al regimiento francés que mandaba Godofredo de Sargines e hizo un contraataque a través de Galilea. Pero el 28 de octubre la guarnición de Safed tendió una emboscada a la vanguardia, mientras los árabes locales atacaban el campamento. Hugo se vio forzado a retirarse con graves pérdidas [15].

Mientras Baibars luchaba en Galilea, el segundo ejército mameluco, al mando del más capaz de sus emires, Qalawun, se concentró en Homs. Después de una fulgurante incursión hacia Trípoli, durante la cual conquistó los fuertes de Qulaiat y Halba y la ciudad de Arqa, que controlaban la entrada en Trípoli desde el Buqaia, Qalawun se apresuró a marchar hacia el Norte para unirse al ejército de al-Mansur de Hama. Sus tropas unidas marcharon hacia Alepo y giraron con rumbo oeste, hacia Cilicia [16]. El rey Hethoum esperaba un ataque mameluco. La flota griega dependía para la construcción de sus barcos de la madera de la Anatolia meridional y el Líbano. Hethoum y su yerno Bohemundo dominaban estos bosques y pensaban utilizar este dominio como ventaja. Pero el intento de bloqueo sólo dio por resultado que Baibars se determinase a la guerra [17]. En la primavera de 1266, sabiendo que era inminente un ataque, Hethoum partió hacia la corte del ilkhan, en Tabriz. Mientras estaba allí pidiendo ayuda a los mongoles, se desencadenó la tormenta en Cilicia. El ejército armenio, mandado por los hijos de Hethoum, León y Thoros, esperaba ante las Puertas Sirias, con los templarios en Baghras guardando sus flancos; pero los mamelucos dieron vuelta hacia el Norte, para cruzar las montañas Amánicas cerca de Sarventikar. Los armenios se apresuraron a interceptarlos cuando descendían a la llanura de Cilicia. Una batalla decisiva tuvo lugar el 24 de agosto. Los armenios eran menos en número y fueron derrotados. De sus dos príncipes, Thoros fue muerto y León hecho prisionero. Los musulmanes, triunfantes, emprendieron una correría por Cilicia.

[15] *Gestes des Chiprois*, págs. 180-1; *Estoire d'Eracles, loc. cit.*
[16] Abu'l Feda, *loc. cit.;* al-Aïni, pág. 222.
[17] Mas Latrie, *Histoire de Chypre*, I, pág. 412.

Mientras Qalawun y sus mamelucos saqueaban Ayas, Adana y Tarso, al-Mansur condujo su ejército, pasando Mamistra, a la capital armenia en Sis, donde saqueó el palacio, incendió la catedral y mató varios millares de habitantes. A finales de septiembre, los vencedores se retiraron hacia Alepo con unos cuarenta mil cautivos y grandes caravanas cargadas de botín. El rey Hethoum volvió rápidamente de la corte del ilkhan con una reducida compañía de mongoles y encontró a su heredero cautivo, su capital en ruinas y todo su territorio devastado. El reino cilicio nunca se recobró de este desastre. Ya no pudo desempeñar en la política de Asia más que un papel pasivo [18].

Después de eliminar a los armenios, Baibars envió tropas, en el otoño de 1266, para atacar Antioquía. Pero sus generales estaban hastiados de botín y no se mostraron entusiastas. Los sobornos de Bohemundo y la Comuna los indujeron a abandonar el intento [19].

Baibars estaba furioso con la debilidad de sus delegados. Por su parte no permitió un respiro a los francos. En mayo de 1267, una vez más se presentó ante Acre. Desplegando los estandartes que había cogido a los templarios y hospitalarios, consiguió acercarse hasta las mismas murallas antes de que se descubriese su añagaza. Pero su asalto fue rechazado y se dio por contento con saquear la campiña. Los cuerpos decapitados fueron abandonados en la vega que circundaba Acre hasta que los ciudadanos se aventuraron a salir para enterrarlos. Cuando los francos enviaron embajadores para pedir una tregua, los recibió en Safed, donde todo el castillo estaba rodeado por los cadáveres de los prisioneros cristianos que había matado [20].

La vida en Acre no se hizo más fácil al reanudarse la guerra entre venecianos y genoveses por el control del puerto. El 16 de agosto de 1267, el almirante genovés Luccheto Grimaldi, con veintiocho barcos, se abrió camino hasta el mismo, después de conquistar la torre de las Moscas, situada al final del rompeolas. Pero al cabo de dos semanas condujo quince de sus barcos a Tiro, para que fuesen reparados. Durante su ausencia se presentó una flota veneciana de veintiséis galeras, que atacó a los genoveses que quedaban. Cinco

[18] Vartan (ed. Emin), págs. 213-15; Hethoum, pág. 407; Vahram, *Crónica Rimada,* págs. 522-3; Rey Hethoum, poema, *R. H. C. Arm.*, I, págs. 551-2; Romance sobre el cautiverio del príncipe León, *ibid.*, págs. 539-40; Hayton, *Flor des Estoires,* págs. 177-8; Bar Hebraeus, págs. 445-6; Maqrisi, *Sultans,* I, ii, pág. 34; Abu'l Feda, pág. 151; *Gestes des Chiprois,* pág. 181; *Estoire d'Eracles,* II, pág. 455.

[19] Cahen, *op. cit.*, pág. 716, cita el manuscrito de Ibn Abdarrahîm (Muhi ad-Din).

[20] *Gestes des Chiprois,* págs. 181-3; *Estoire d'Eracles,* II, pág. 455; al-Aïni, pág. 225.

navíos genoveses se perdieron en la batalla. Los otros, no sin lucha, consiguieron huir a Tiro[21].

A comienzos de 1268, Baibars volvió a salir de Egipto. Las únicas posesiones cristianas al sur de Acre eran el castillo templario de Athlit y la ciudad de Jaffa, del jurisconsulto Juan de Ibelin. Juan, a quien los musulmanes habían respetado siempre, falleció en la primavera de 1266. Su hijo, Guido, no tenía el mismo prestigio. Confiaba en que el sultán cumpliría la tregua concertada con su padre. Por ello, cuando el ejército egipcio apareció ante la ciudad, el 7 de marzo, no se hallaba en disposición de defenderse. Después de diez horas de lucha, cayó en manos del sultán. Muchos de los habitantes fueron muertos, pero se concedió a la guarnición retirarse sin daño a Acre. El castillo fue destruido y sus maderas y mármoles fueron enviados a El Cairo para la nueva gran mezquita que Baibars estaba edificando allí[22].

El siguiente objetivo del sultán era el castillo de Beaufort, que el Temple había heredado recientemente de Julián de Sidón. Después de diez días de bombardeo pesado, la guarnición se rindió el 15 de abril. Las mujeres y los niños fueron enviados libres a Tiro, pero todos los hombres fueron reducidos a esclavitud. El castillo fue reparado y reforzado por Baibars[23]. El 1.° de mayo, el ejército mameluco se presentó súbitamente en las afueras de Trípoli, pero, al encontrarla demasiado reforzada, de modo igualmente rápido dio vuelta hacia el Norte. Los templarios de Tortosa y Safita pidieron inmediatamente al sultán que no atacara su territorio[24]. Baibars respetó sus deseos y prosiguió en seguida hacia el valle del Orontes. El 14 de mayo se encontraba ante Antioquía. Allí dividió en tres grupos sus fuerzas. Un ejército marchó para conquistar San Simeón e incomunicar así Antioquía con el mar. El segundo ejército se dirigió a las Puertas Sirias, para impedir que llegase a la ciudad ninguna ayuda procedente de Cilicia. El cuerpo principal, al mando de Baibars, estrechó el cerco en torno a la ciudad.

El príncipe Bohemundo se hallaba en Trípoli, y Antioquía estaba bajo el mando de su condestable, Simón Mansel, cuya esposa era una armenia pariente de la esposa de Bohemundo. Sus murallas habían sido bien reparadas, pero la guarnición era apenas suficiente

[21] *Gestes des Chiprois*, pág. 186; *Estoire d'Eracles*, II, págs. 455-6; Heyd, *Histoire du Commerce du Levant*, I, pág. 354.

[22] *Gestes des Chiprois*, pág. 190; *Estoire d'Eracles*, II, pág. 456; Abu'l Feda, pág. 152; Maqrisi, *Sultans*, I, ii, págs. 50-1; al-Aïni, págs. 226-7.

[23] *Gestes des Chiprois, loc. cit.*; *Estoire d'Eracles, loc. cit.*; al-Aïni, páginas 227-8.

[24] Al-Aïni, pág. 228.

para cubrir su vasto perímetro. El condestable había salido rápidamente con algunas tropas para tratar de impedir el cerco de la ciudad, y él y sus hombres fueron capturados por los mamelucos. Estos le exigieron que ordenase la capitulación de la guarnición; pero sus subordinados del interior de la ciudad se negaron a escucharle. El primer ataque tuvo lugar al día siguiente. Fue rechazado y de nuevo se entablaron negociaciones, aunque no tuvieron más éxito. El 18 de mayo el ejército mameluco realizó un ataque general a todos los sectores de las murallas. Tras una encarnizada lucha se abrió una brecha en la parte en que las defensas ascendían por la ladera del monte Silpius, y los musulmanes irrumpieron a torrentes en la ciudad.

Incluso los cronistas musulmanes se muestran asombrados de la carnicería subsiguiente. Por orden de los emires del sultán se cerraron las puertas de la ciudad para que ninguno de sus habitantes pudiese huir. A los que fueron hallados por las calles se les dio muerte inmediatamente. Otros que, acobardados, permanecieron en sus casas, se salvaron, pero acabaron sus días en el cautiverio. Varios miles de ciudadanos huyeron con sus familias a refugiarse en la enorme ciudadela de la cumbre de la montaña. Salvaron sus vidas, pero sus personas fueron repartidas entre los emires. El 19 de mayo, el sultán ordenó la reunión y distribución del botín. Aunque su prosperidad estaba en declive desde hacía varias décadas, Antioquía había sido durante mucho tiempo la más rica de las ciudades francas, y los tesoros acumulados eran enormes. Había grandes montones de ornamentos de plata y oro, y tal cantidad de monedas que se transportaban en cuencos. El número de cautivos era muy grande. No hubo ni un soldado del ejército del sultán que no adquiriese un esclavo, y el sobrante era tal que el precio de un muchacho bajó a doce dirhems, y el de una muchacha, a sólo cinco. A algunos de los ciudadanos más ricos les fue permitido pagar su propio rescate. Simón Mansel fue puesto en libertad y se retiró a Armenia. Pero muchos de los principales dignatarios del gobierno y de la Iglesia fueron muertos o nunca se volvió a saber de ellos [25].

El principado de Antioquía, el primero de los estados que los francos fundaron en Ultramar, duró ciento setenta y un años. Su destrucción fue un golpe muy fuerte para el prestigio cristiano y acarreó la rápida decadencia de la Cristiandad en la Siria septentrional. Los francos se habían marchado, y a los cristianos nativos les iba poco mejor. Fue su castigo por ayudar no a los francos, sino a los más peligrosos enemigos del Islam, los mongoles. La ciudad nun-

[25] *Gestes des Chiprois*, págs. 190-1; *Estoire d'Eracles*, II, págs. 456-7; Bar Hebraeus, pág. 448; Maqrisi, *Sultans*, I, ii, págs. 52-3; al-Aïni, págs. 229-34; Abu'l Feda, pág. 152.

ca se recobró. Ya había perdido su importancia comercial, pues con la frontera entre los imperios mongol y mameluco a lo largo del Eufrates, el comercio de Iraq y el lejano Oriente ya no pasaba por Alepo, sino por territorio mongol, llegando al mar por Ayas, en Cilicia. Los conquistadores musulmanes no tenían, por tanto, interés en repoblar Antioquía. Su importancia ahora se basaba sólo en ser fortaleza fronteriza. Muchas de las casas intramuros no fueron reconstruidas. Los jerarcas de las iglesias locales se trasladaron a ciudades de más vida. No pasó mucho tiempo antes de que se establecieran en Damasco los cuarteles generales de las iglesias ortodoxa y jacobita de Siria[26].

Con Armenia debilitada y Antioquía destruida, los templarios se dieron cuenta que resultaba imposible mantener sus castillos en las montañas Amánicas. Baghras y el castillo menor de La Roche de Russole fueron abandonados sin lucha. Todo lo que se conservaba del principado era la ciudad de Laodicea, que fue reconstruida para Bohemundo por los mongoles y constituía ahora un enclave aislado, y el castillo de Qusair, cuyo señor había trabado amistad con los musulmanes vecinos, por lo que se le permitió quedarse durante siete años como vasallo del sultán[27].

Después de su triunfo en Antioquía, Baibars descansó algún tiempo. Había señales de que los mongoles estaban preparados para desempeñar un papel más activo, y circulaban rumores de que San Luis estaba preparando una gran Cruzada. Cuando el regente Hugo envió a solicitar una tregua, el sultán respondió mandando una embajada a Acre para ofrecer el cese temporal de las hostilidades. Hugo quería obtener algunas concesiones e intentó amedrentar al embajador, Muhi ad-Din, mostrándole sus tropas en orden de batalla; pero Muhi ad-Din observó simplemente que todo el ejército no era tan numeroso como la hueste de cristianos cautivos en El Cairo. El príncipe Bohemundo pidió ser incluido en la tregua. Se sintió ofendido al ver que en la respuesta del sultán se le llamaba sólo conde, porque había perdido su principado; pero aceptó gustoso el respiro que se le ofrecía. Hubo algunas correrías mamelucas sin importan-

[26] Antioquía tenía aún una considerable población cuando la visitó Ibn Battutah en 1355 (Ibn Battutah, *Voyages*, ed. Defrémery, I, pág. 162), pero Baibars había destruido sus fortificaciones. Bertrandon de la Broquière, que la visitó en 1432, dice que sus murallas se conservan enteras, pero que sólo había 300 casas habitadas dentro de ellas y que sus habitantes eran turcomanos en su mayoría (*Voyage d'Outremer*, ed. Schefer, págs. 84-5).

[27] *Gestes des Chiprois*, pág. 191; *Estoire d'Eracles*, II, pág. 457; Cahen, *La Syrie du Nord*, pág. 717, n. 17.

cia en tierras cristianas durante la primavera de 1269, pero la tregua fue observada durante un año [28].

Entretanto los francos trataron de poner en orden sus asuntos domésticos. En diciembre de 1267, el rey Hugo II de Chipre murió a los catorce años, y el regente Hugo de Antioquía-Lusignan le sucedió en el trono con el nombre de Hugo III. Fue coronado el día de Navidad. Su exaltación al trono le proporcionó una autoridad más firme sobre sus vasallos, porque ahora no había peligro de que su gobierno cayera de golpe cuando su pupilo fuera mayor de edad. Pero no consiguió imponerse sobre la pretensión de que no estaban obligados a servir en su ejército fuera de los límites del reino. Cuando quería llevar tropas al continente tenía que depender de los hombres de las posesiones reales y de voluntarios. El 29 de octubre de 1268, Conradino de Hohenstaufen fue decapitado en Nápoles por orden de Carlos de Anjou, de quien había intentado en vano recuperar su herencia italiana. Su muerte significó la extinción de la línea más antigua de la casa real de Jerusalén, que descendía de la reina María, la Marquesa. Venía luego la casa de Chipre, descendiente de la hermanastra de María, Alicia de Champagne. La petición del rey Hugo III de ser declarado heredero había sido tácitamente reconocida al ser nombrado regente, cuando su primo, Hugo de Brienne, cuyos derechos hereditarios estaban legalmente más fundados que los suyos, había sido desestimado. Hugo de Brienne se había marchado a buscar fortuna al ducado franco de Atenas, y allí se había casado con la heredera del mismo. No se opuso a su primo. Pero antes de que el rey Hugo pudiera recibir su segunda corona surgió otro competidor. La segunda hermanastra de la reina María, Melisenda de Lusignan, había sido la segunda mujer del príncipe Bohemundo IV de Antioquía, y su hija María vivía aún. Si bien Hugo podía alegar que descendía de un matrimonio anterior de la reina Isabel, María estaba una generación más cerca de esta reina. Apeló ante el Tribunal Supremo, alegando que la sucesión se debía decidir de acuerdo con el grado de parentesco con la reina Isabel, que era el antecesor común a Conradino, Hugo y ella. Una nieta, argumentaba, tiene precedencia sobre un biznieto. Hugo replicó que su abuela, la reina Alicia, había sido aceptada como regente porque era heredera directa, y que su hijo, el rey Enrique de Chipre, fue aceptado como regente a la muerte de ésta, y después de Enrique, su viuda, y luego Hugo, como guardianes del joven Hugo II. El era ahora el representante de la línea de Alicia. María replicó diciendo que había sido una equivocación; su madre, Meli-

[28] Muhi ad-Din, en Reinaud, *Bibliothèque des Croisades*, págs. 513-15.

senda, debería haber sucedido a Alicia como regente. Después de algunas disputas en las que María fue apoyada por los templarios, los juristas de Ultramar se decidieron por la petición de Hugo. Si no lo hubieran hecho, habrían tenido que reconocer que se habían equivocado antes. La opinión pública estaba de su parte, pues el vigoroso y joven rey de Chipre era desde luego un candidato más deseable que una solterona de mediana edad. María no aceptó el veredicto. Elevó una protesta formal el día de la coronación de Hugo, y después se dirigió violentamente a Italia para exponer su caso ante la Curia papal. Llegó a Roma durante un interregno; pero Gregorio X, que fue elegido en 1271, le demostró simpatía y le permitió llevar el asunto al Concilio de Lyon en 1274. Acudieron representantes de Acre, que argumentaron que sólo el Tribunal Supremo de Jerusalén tenía jurisdicción acerca de la sucesión del reino, y el asunto fue abandonado. Antes de su muerte en 1276, Gregorio consiguió arreglar para María la venta de sus derechos hereditarios a Carlos de Anjou. La transacción fue terminada en marzo de 1277. La princesa recibió mil libras de oro y una renta anual de 4.000 libras *tournois*. La renta fue confirmada por Carlos II de Nápoles, pero no se sabe cuánto dinero recibió en realidad María, que aún vivía en 1307 [29].

Hugo fue coronado el 24 de septiembre de 1269 por el obispo de Lydda, en nombre del patriarca. Su primera tarea fue intentar restablecer algo de unidad en su nuevo reino. Ya antes de su coronación consiguió zanjar la antigua disputa entre Felipe de Montfort y el gobierno de Acre. El orgullo de Felipe había sido humillado por la pérdida de Torón; ya no estaba tan deseoso de arriesgarlo todo a una carta. Cuando Hugo propuso que su hermana la princesa Margarita de Antioquía-Lusignan, la muchacha más bella de su generación, se casara con el hijo mayor de Felipe, Juan, éste aceptó con gusto el ofrecimiento. Hugo podía ir así a Tiro para ser coronado en su catedral, que había sido desde la caída de Jerusalén el lugar tradicional para coronar a los reyes. Poco después, el hijo menor de Felipe, Hunfredo, contrajo matrimonio con Eschiva de Ibelin, hija menor de Juan II de Beirut. La reconciliación de los Montfort y los Ibelin fue más fácil por haberse extinguido la antigua generación de los Ibelin. Juan de Beirut había fallecido en 1264, Juan de Jaffa en 1266 y Juan de Arsuf en 1268. Después de las recientes campañas de Baibars, el único feudo de los Ibelin que quedaba en el continente, y desde luego el único feudo secular que quedaba en el reino, aparte de Tiro, era Beirut, que había pasado a la hija mayor de Juan, Isabel.

[29] *Gestes des Chiprois*, págs. 190-3; *Assises*, II, págs. 415-19. Véase La Monte, *Feudal Monarchy*, págs. 77-9, y Hill, *History of Cyprus*, págs. 161-5.

De niña había estado casada con el rey niño de Chipre, Hugo II, que murió antes de que el matrimonio fuera consumado. Hugo III tenía la esperanza de utilizarla como heredera elegible para atraer a Oriente a algún caballero distinguido. En Chipre, los Ibelin eran aún la familia más poderosa. El rey poco después se ganó su lealtad al casarse con otra Isabel de Ibelin, hija del condestable Guido [30].

Consiguió restablecer la paz con los pocos vasallos seculares que le quedaban, pero era menos fácil asegurarse la cooperación de las órdenes militares, la Comuna de Acre y los italianos. Venecia y Génova no iban a dejar de disputar porque se lo pidiera un nuevo monarca. Los caballeros templarios y teutónicos estaban molestos por la reconciliación de Hugo con Felipe de Montfort. La Comuna de Acre estaba asimismo envidiosa de cualquier preferencia hacia Tiro, y le desagradaba contemplar el fin de la monarquía absentista bajo la cual su poder había aumentado. Hugo no pudo recurrir a sus vasallos chipriotas para reforzar su autoridad. Su intento de gobernar de modo efectivo estaba condenado al fracaso [31].

Los asuntos extranjeros tampoco eran alentadores. La sombra de Carlos de Anjou se proyectaba amenazadoramente por todo el mundo mediterráneo. Se había concebido grandes esperanzas en Oriente en la futura Cruzada de San Luis; pero en 1270 Carlos la desvió para que sirviese a sus propios intereses. Aquel año la muerte de Luis en Túnez liberó a Carlos de la influencia altruista que había respetado. Estaba en relaciones amistosas con el sultán Baibars, pero era hostil al rey Hugo, contra quien había fomentado las aspiraciones de Hugo de Brienne para el trono de Chipre y las de María de Antioquía para el de Jerusalén. Fue sin duda una suerte para Ultramar que la principal ambición de Carlos se dirigiera hacia Bizancio, porque era evidente que cualquier Cruzada impulsada por él se dirigiría a satisfacer sus intereses personales [32].

Sin embargo, el espíritu cruzado en Europa no estaba completamente muerto. El 1.º de septiembre de 1269 el rey Jaime I de Aragón zarpó de Barcelona con una poderosa escuadra para rescatar Oriente. Por desgracia, casi inmeditamente después de partir se produjo una tormenta que causó tales estragos, que el rey y la mayor parte de su flota regresaron. Sólo una pequeña escuadra, al mando de

[30] *Gestes des Chiprois*, págs. 192-3. La princesa Margarita se hizo posteriormente muy corpulenta y perdió su buen aspecto. Tenía ya veinticuatro años cuando contrajo matrimonio. Véase también *Lignages*, pág. 462, y el árbol genealógico, *infra*, apéndice III.

[31] Véase Grousset, *Histoire des Croisades*, III, págs. 645-6, sobreestimando las cualidades de Hugo a la luz de los acontecimientos que se produjeron después, y Hill, *op. cit.*, pág. 178.

[32] Véase *supra*, pág. 269.

los dos bastardos del rey, los infantes Fernando Sánchez y Pedro Fernández, prosiguió la marcha. Llegaron a Acre a finales de diciembre, ansiosos de luchar contra el infiel. A principios de diciembre Baibars había roto la tregua con Hugo y se presentó con tres mil hombres en la campiña frente a Acre, dejando otros escondidos en las colinas. Los infantes deseaban salir inmediatamente a atacar al enemigo, y fue necesario todo el tacto de los caballeros de las órdenes militares para contenerlos. Se sospechaba una emboscada. Más aún, el número de los cristianos era muy reducido, ya que el regimiento francés, que había mandado el senescal Godofredo de Sargines hasta su muerte en aquella primavera, había partido con un nuevo jefe, Oliverio de Termes, y el nuevo senescal, Roberto de Crésèques, a una incursión más allá de Montfort. Estos, cuando regresaban, avistaron las fuerzas musulmanas. Oliverio de Termes quería llegar subrepticiamente hasta Acre a través de los huertos; pero el senescal Roberto insistió en atacar al enemigo. Los franceses cayeron de lleno en la emboscada que les había tendido Baibars. Pocos sobrevivieron. Cuando las tropas de Acre pidieron ir a rescatarlos, los infantes de Aragón, que habían aprendido la lección, los contuvieron. Poco después volvieron a Aragón, sin haber conseguido nada [33].

Aunque la ayuda desde Occidente no era adecuada, había aún esperanza en Oriente. El ilkhan de Persia, Abaga, como su padre Hulagu, era un shamanista ecléctico con grandes simpatías hacia los cristianos. La muerte de su madrastra cristiana, Dokuz Khatun, había privado a sus correligionarios de las diversas sectas de su principal amiga; pero encontraron una nueva protectora en la princesa bizantina María. Había llegado a la corte del ilkhan cuando Hulagu había muerto ya, pero se casó inmediatamente con Abaga, que pronto concibió por ella un profundo respeto; y todos sus súbditos, que la conocían como Despina Khatun, la reverenciaban por su bondad y sagacidad. Las noticias de la buena voluntad del ilkhan indujeron al rey de Aragón y al papa Clemente IV a enviar a Jaime Alarico de Perpignan en una misión, en 1267, para anunciar una Cruzada próxima del aragonés y del rey Luis y para sugerir una alianza militar. Pero Abaga, que estaba muy ocupado con la guerra contra la Horda Dorada, hizo sólo vagas promesas [34]. Su incapacidad para hacer algo más la demostró con su fracaso en rescatar Antioquía de los mamelucos, al año siguiente. Pronto tuvo que enfrentarse con otra nueva guerra con sus primos de la casa Jagatai, que invadieron

[33] *Gestes des Chiprois,* págs. 183-5 (fecha equivocadamente la campaña en 1267); *Estoire d'Eracles,* II, págs. 457-8; *Annales de Terre Sainte,* pág. 454.

[34] D'Ohsson, *Histoire des Mongols,* III, págs. 539-42; Howorth, *op. cit.,* III, 278-80. Para la reputación de María, Bar Hebraeus, pág. 505.

sus dominios orientales en 1270 y fueron rechazados sólo después de una terrible batalla cerca de Herat. Durante los dos años siguientes la principal tarea de Abaga fue reanudar el trato con su tío y señor, el gran Khan Kubilai, de China[35]. Pero en 1270, después de su victoria en Herat, escribió al rey Luis para asegurarle ayuda militar tan pronto como la Cruzada llegase a Palestina[36]. Pero el rey Luis fue a Túnez, donde los mongoles no podían ayudarle. La única ayuda práctica que el ilkhan podía ofrecer a los cristianos era dar a Hethoum de Armenia un prisionero mameluco importante, Shams ad-Din Sonqor al-Ashkar, el Halcón Rojo, que los mongoles habían capturado en Alepo. A cambio de su liberación, Baibars accedió a entregar a León, heredero de Hethoum, y a pactar una tregua con éste a condición de que los armenios cediesen las fortalezas de los montes Amánicos, Darbsaq, Behesni y Raban. El tratado se firmó en agosto de 1268. A principios del año siguiente, León, a quien se había permitido hacer una peregrinación a Jerusalén, volvió a Armenia. Su padre abdicó inmediatamente y se retiró a un monasterio, donde falleció un año más tarde. El título de rey a favor de León fue confirmado por Abaga, a cuya presencia acudió personalmente para rendirle homenaje[37].

Durante todo el verano de 1270, Baibars permaneció tranquilo con el temor de tener que defender a Egipto del rey de Francia. Pero, para debilitar a los francos, consiguió que asesinaran al barón más importante, Felipe de Montfort. Los Asesinos de Siria estaban agradecidos al sultán, cuyas conquistas les habían liberado de la necesidad de pagar tributo al Hospital, y aún se resentían mucho de las negociaciones de los francos con los mongoles, que habían destruido sus cuarteles generales en Persia. A petición de Baibars enviaron a uno de sus fanáticos a Tiro. Allí, con el pretexto de que era un cristiano convertido, entró un domingo, 17 de agosto de 1270, en la capilla en la que Felipe y su hijo Juan estaban orando, y súbitamente se precipitó sobre ellos. Antes de que pudieran auxiliarle, Felipe estaba mortalmente herido y sobrevivió sólo el tiempo necesario para enterarse de que habían cogido al Asesino y de que su heredero estaba a salvo. Su muerte constituyó un duro golpe para Ultramar porque Juan, aunque siguió siendo leal al rey Hugo, su cuñado, carecía de la experiencia y el prestigio de su padre[38].

35 D'Ohsson, *op. cit.*, págs. 442 y sigs.

36 *Ibid.*, págs. 458-9.

37 *Gestes des Chiprois,* pág. 191; *Estoire d'Eracles,* págs. 457, 463; Bar Hebraeus, págs. 446-9; Vahram, *Crónica Rimada,* págs. 523-4; Hayton, *Flor des Estoires*, pág. 178. Véase Cahen, *op. cit.*, pág. 718.

38 *Gestes des Chiprois,* págs. 194-8; *Annales de Terre Sainte,* pág. 454; Maqrisi, *Sultans,* I, ii, págs. 80-3.

La muerte de Luis a las puertas de Túnez alivió mucho al sultán, que se disponía a ir en ayuda del emir tunecino. Sabía que no tenía nada que temer de Carlos de Anjou. En 1271 marchó de nuevo a territorio franco. En febrero se presentó ante Safita, el castillo Blanco de los templarios. Después de una fogosa defensa, la pequeña guarnición, aconsejada por el gran maestre, se rindió. Los supervivientes fueron autorizados a retirarse a Tortosa. El sultán, después, se dirigió a la enorme fortaleza hospitalaria del Krak des Chevaliers, Qalat al-Hosn. Llegó allí el 3 de marzo. Al día siguiente se le unieron contingentes de los Asesinos y al-Mansur con su ejército. Una fuerte lluvia le impidió durante algunos días traer sus máquinas de asedio, pero el 15 de marzo, después de un breve pero fuerte bombardeo, los musulmanes forzaron la entrada a la puerta de la torre del circuito exterior. Quince días después consiguieron llegar al circuito interior, matando a los caballeros que encontraron y haciendo prisioneros a los soldados nativos. Muchos de los defensores resistieron durante diez días en la gran torre al sur del circuito. El 8 de abril capitularon y fueron enviados con un salvoconducto a Trípoli. La conquista del Krak, que había desafiado hasta a Saladino, dio a Baibars el control de las entradas de Tiro. Siguió a ésta la conquista de Akkar, el castillo hospitalario del sur del Buqaia, que cayó el 1.° de mayo tras quince días de asedio [39].

El príncipe Bohemundo estaba en Trípoli. Temeroso de que siguiera la misma suerte de su otra capital, Antioquía, pidió a Baibars una tregua. El sultán hizo burla de su falta de valor y pidió que pagara todos los gastos de la reciente campaña de los mamelucos. Aún le quedaba a Bohemundo el suficiente espíritu para rechazar las insultantes condiciones. Baibars, entretanto, había atacado sin éxito el pequeño fuerte de Maraclea, construido sobre un promontorio en la costa, entre Buluniyas y Tortosa. Su señor, Bartolomé, había ido a buscar ayuda a la corte mongólica. Baibars estaba tan furioso con su fracaso que trató de inducir a los Asesinos para que mataran a Bartolomé en su viaje [40].

A finales de mayo, Baibars, de repente, ofreció una tregua por diez años a Bohemundo, sin otras condiciones que la propiedad de sus recientes conquistas. Aceptada la tregua, partió para Egipto, deteniéndose sólo para sitiar la fortaleza teutónica de Montfort, que se rindió el 12 de junio después de una semana de asedio [41]. No

[39] Maqrisi, *Sultans,* I, ii, págs. 84-5; al-Aïni, págs. 237-9; Abu'l Feda, página 154; *Gestes des Chiprois,* pág. 199; *Estoire d'Eracles,* II, pág. 460.

[40] Maqrisi, *Sultans,* I, ii, págs. 86, 100; *Annales de Terre Sainte,* pág. 455; Röhricht, «Derniers Temps», en *Archives d'Orient Latin,* II, págs. 400-3.

[41] *Gestes des Chiprois,* págs. 199-200; *Estoire d'Eracles, loc. cit.*

quedaba ahora a los francos ningún castillo tierra adentro. Hacia la misma época envió una flota de diecisiete barcos para atacar Chipre, al enterarse de que el rey Hugo había partido de la isla hacia Acre. Su flota apareció inesperadamente en aguas de Limassol, pero, debido a su poca pericia náutica, once barcos encallaron y sus dotaciones cayeron en manos chipriotas [42].

La benevolencia del sultán hacia Bohemundo se debió a la llegada de una nueva Cruzada. Enrique III de Inglaterra había abrazado la Cruz hacía tiempo; pero en aquel entonces era ya un anciano, agotado por las guerras civiles. En su lugar, alentó a su hijo y heredero, el príncipe Eduardo, que marchara hacia Oriente. Eduardo tenía poco más de treinta años, era un hombre capaz, vigoroso y con sangre fría, que ya había demostrado sus dotes de estadista al negociar con los rebeldes a su padre. Decidió realizar la Cruzada al enterarse de la caída de Antioquía, pero la planeó cuidadosa y metódicamente. Por desgracia, aunque muchos de los nobles ingleses habían acordado unirse a él, uno a uno le fueron presentando excusas. Sólo con un millar de hombres, aproximadamente, partió el príncipe de Inglaterra en el verano de 1271, acompañado de su mujer, Leonor de Castilla. Su hermano, Edmundo de Lancaster, que había sido candidato al trono de Sicilia, le siguió unos meses después con refuerzos. También le acompañaban un pequeño contingente de bretones, al mando de su conde, y otro de los Países Bajos, mandado por Tedaldo Visconti, arzobispo de Lieja. El propósito de Eduardo era unirse al rey Luis en Túnez y partir con él hacia Tierra Santa, pero cuando llegó a Africa se enteró de que el rey había muerto y las tropas francesas se disponían a volver a su patria. Pasó el invierno en Sicilia con el rey Carlos, cuya primera mujer era tía suya, y zarpó en la primavera siguiente rumbo a Chipre y Acre, donde llegó el 9 de mayo de 1271. Al poco tiempo se le unieron allí el rey Hugo y el príncipe Bohemundo [43].

Eduardo se quedó asustado del estado de las cosas en Ultramar. Sabía que su ejército era pequeño, pero había esperado unir a los cristianos de Oriente en un formidable cuerpo y después utilizar la ayuda de los mongoles para atacar de un modo efectivo a Baibars. Su primer motivo de asombro fue enterarse de que los venecianos mantenían con el sultán un comercio floreciente y le proveían de toda

[42] Maqrisi, *Sultans*, I, ii, pág. 88; Abu'l Feda, pág. 154; al-Aïni, págs. 239-240; *Gestes des Chiprois*, pág. 199; *Estoire d'Eracles, loc. cit.; Annales de Terre Sainte, loc. cit.*

[43] *Gestes des Chiprois*, págs. 199-200; *Estoire d'Eracles*, págs. 460-1. Acerca de la Cruzada de Eduardo, véase Powicke, *King Henry and the Lord Edward*, II, págs. 597 y sigs.

la madera y el metal que necesitaba para sus armamentos, y que los genoveses estaban haciendo lo posible para sumarse a este provechoso negocio y ya tenían controlado el mercado de esclavos de Egipto. Pero, cuando reprochó a los mercaderes por poner de este modo en peligro el futuro del Oriente cristiano, le mostraron las licencias que para tal fin habían recibido del Tribunal Supremo de Acre. No pudo hacer nada para impedírselo [44]. Tenía la esperanza de que toda la caballería seguiría al rey al continente. Pero, aunque fueron algunos feudatarios, insistían en que eran voluntarios; y cuando el rey Hugo les pidió que se quedaran en Siria mientras él estuviera allí, su portavoz, el primo de la mujer del rey, Jaime de Ibelin, declaró tajantemente que ellos sólo estaban obligados a servir a la defensa de la isla. Con arrogancia, añadió que el príncipe no debía considerar como precedente el que los nobles chipriotas hubieran ido a pelear al continente, ya que lo habían hecho más veces a petición de los Ibelin que a petición de ningún rey. Pero advirtió que si Hugo hubiera hecho su propuesta con más tacto quizá se lo hubieran concedido. La disputa continuó hasta 1273, cuando, con un extraño espíritu de compromiso, los chipiotras consintieron en pasar cuatro meses en el continente si el rey o su heredero iban con el ejército. Pero ya era demasiado tarde para los propósitos de Eduardo [45].

El príncipe inglés no tuvo mucho más éxito con los mongoles. Tan pronto como llegó a Acre envió una embajada compuesta por tres ingleses, Reginaldo Russell, Godofredo Welles y Juan Parker, al ilkhan. Abaga, cuyos principales ejércitos estaban luchando en el Turkestán, accedió a enviar la ayuda que pudiese. Entretanto, Eduardo se contentó con realizar algunas correrías de poca importancia justo al otro lado de la frontera. A mediados de octubre de 1271, Abaga cumplió su promesa destacando diez mil jinetes de sus guarniciones en Anatolia. Rebasaron Aintab, hacia Siria, derrotando las tropas turcomanas que protegían Alepo. La guarnición mameluca de Alepo huyó ante él hacia Hama. Prosiguieron su camino, pasando Alepo hacia Maarrat an-Numan y Apamea. Entre los musulmanes locales cundió el pánico. Pero Baibars, que se hallaba en Damasco, no estaba alarmado en absoluto. Tenía un enorme ejército a su lado y pidió refuerzos de Egipto. Cuando empezó su avance hacia el Norte, el 12 de noviembre, los mongoles dieron la vuelta. No eran lo suficientemente fuertes como para enfrentarse

[44] Dandolo, pág. 380; Röhricht, «Derniers Temps», pág. 622; Powicke, *op. cit.*, II, págs. 604-5.

[45] *Assises*, I, págs. 347-626, II, págs. 427-34; *Estoire d'Eracles*, II, páginas 462-4. Véase Hill, *History of Cyprus*, II, págs. 168-170.

a todo el ejército mameluco, y sus vasallos turcos en Anatolia eran rebeldes. Se retiraron detrás del Eufrates, cargados de botín[46].

Mientras Baibars estaba distraído con los mongoles, Eduardo condujo a los francos a través del monte Carmelo para hacer incursiones en la meseta de Sharon. Pero sus tropas eran demasiado escasas aun para intentar atacar la pequeña fortaleza mameluca de Qaqun, que guardaba la ruta de las colonias. Era necesaria una invasión mongólica más eficaz o una Cruzada mayor si se quería reconquistar algún territorio[47].

En la primavera de 1272, el príncipe Eduardo se dio cuenta de que estaba perdiendo el tiempo. Todo lo que podía hacer, sin más hombres y más aliados, era concertar una tregua que de momento salvaguardase Ultramar. Baibars, por su parte, también la deseaba. Los exiguos restos del reino franco estaban a su merced mientras no se lo impidieran complicaciones externas. La misión primordial de su ejército era la de rechazar a los mongoles, que deberían después ser contenidos, por la acción diplomática, en Anatolia y en las estepas. Hasta que estuviera asegurado ese frente no valía la pena hacer el esfuerzo necesario para reducir esas últimas fortalezas francas. Entretanto, debía impedir la intervención de Occidente, y para ello tenía que mantenerse en buenas relaciones con Carlos de Anjou, el único potentado que podía prestar ayuda eficaz a Acre. Pero la principal ambición de Carlos era la conquista de Constantinopla. Siria por el momento constituía un objetivo secundario. Ya tenía entonces vagos propósitos de añadir Ultramar a su Imperio. Quería conservar su existencia, pero no realizar acciones que consolidasen el poder del rey Hugo, a quien pensaba suplantar algún día. Deseaba mediar entre Baibars y Eduardo. El 22 de mayo de 1272 se firmó una paz en Cesarea entre el sultán y el gobierno de Acre. Se garantizaba al reino durante diez años y diez meses la posesión de las tierras que entonces tenía, que consistían principalmente en la estrecha faja costera comprendida entre Acre y Sidón, y el derecho de utilizar sin impedimentos la ruta de peregrinación a Nazaret. El condado de Trípoli fue salvaguardado por la tregua de 1271[48].

Se sabía que el príncipe Eduardo quería volver a Oriente a la cabeza de una Cruzada mayor. Así que, a pesar de la tregua, Baibars

[46] *Estoire d'Eracles,* II, pág. 461; Abu'l Feda, pág. 154; D'Ohsson, *op. cit.,* III, págs. 459-60; Powicke, *op. cit.,* II, págs. 601-2.

[47] *Gestes des Chiprois,* págs. 200-1; *Estoire d'Eracles,* II, pág. 461.

[48] *Estoire d'Eracles,* II, págs. 461-2; *Annales de Terre Sainte,* pág. 455; Maqrisi, *Sultans,* I, ii, pág. 102; al-Aïni, pág. 247. Véase Delaville le Roulx, *Hospitaliers en Terre Sainte,* pág. 225.

decidió eliminarle. El 16 de junio de 1272 un Asesino disfrazado de cristiano nativo penetró en la habitación del rey y lo apuñaló con una daga envenenada. La herida no fue mortal, pero Eduardo estuvo gravemente enfermo durante varios meses. El sultán se apresuró a desligarse de lo sucedido enviando felicitaciones al príncipe por haber salido con vida del atentado. Tan pronto como se recobró, Eduardo se dispuso a volver a su patria. La mayor parte de sus compañeros ya habían partido. Su padre estaba agonizando. Su propia salud no era buena, y nada había que él pudiera hacer. Embarcó en Acre el 22 de septiembre de 1272 [49], y al llegar a Inglaterra se encontró con que era rey.

El arzobispo de Lieja, que acompañó a Eduardo a Palestina, había partido el invierno anterior ante la inesperada noticia de que había sido elegido papa. Ya, como Gregorio X, nunca perdió su interés por Palestina, y tuvo como objetivo primordial hacer revivir el espíritu cruzado. Sus llamamientos a los hombres para que abrazasen la Cruz y guerrearan en Oriente circularon por toda Europa hasta Finlandia e Islandia. Es posible que llegaran a Groenlandia y la costa de América del Norte [50]. Pero no obtuvieron respuesta. Entretanto, reunía la información que explicase la hostilidad de la opinión pública. Estos informes fueron muy diplomáticos. Ninguno de ellos tocaba el punto esencial de que la Cruzada misma carecía ya de base. Ahora que se habían prometido recompensas espirituales a los que peleasen contra griegos, albigenses y Hohenstaufen, la guerra santa se había convertido en instrumento de una estrecha y agresiva política papal; y aun los fieles al Papado no encontraban razón para hacer un incómodo viaje a Oriente cuando había tantas oportunidades de ganar méritos en campañas que exigiesen menor esfuerzo.

Aunque los informes enviados al Papa fueron discretos en la crítica a la política papal, eran los suficientemente sinceros al señalar las faltas de la Iglesia. Cuatro de estos informes merecen consideración especial. Primero, la *Collectio de Scandalis Ecclesiae,* escrita probablemente por el franciscano Gilberto de Tournay. Si bien menciona el daño que causaron a las Cruzadas las disputas de reyes y nobles, convierte en temas principales la corrupción del clero y el abuso de las indulgencias. Mientras los prelados gastaban su dinero en hermosos caballos y monos amaestrados, sus agentes recaudaban

[49] *Gestes des Chiprois,* pág. 201; *Estoire d'Eracles,* II, pág. 462; Sanuto, pág. 225. La leyenda de que Leonor bebió el veneno de la herida de su esposo Eduardo la relata por primera vez Ptolomeo de Lucca, un siglo después. Véase Powicke, *op. cit.,* pág. 603.

[50] A. Riant, *Les Scandinaves en Terre Sainte,* págs. 361-4.

dinero mediante la redención al por mayor de los votos de cruzado. Ninguno de los clérigos contribuía a los impuestos que se establecieron para subvencionar las Cruzadas, aunque San Luis, para desesperación del clero, no les eximió de ellos. Entretanto, la gente en general tenía que pagar más y más impuestos para Cruzadas que nunca se llevaron a cabo [51].

El informe enviado por Bruno, obispo de Olmütz, está escrito en otro sentido. Bruno también habla de los escándalos de la Iglesia, pero era un político. Son necesarios, decía, paz en Europa y una reforma general; pero esto sólo se puede conseguir con un emperador fuerte. Afirma que su señor, el rey Ottocar de Bohemia, era el candidato adecuado para tal puesto. Sostiene que las Cruzadas en Oriente no tenían ya objeto y habían pasado de moda. Las Cruzadas deberían dirigirse contra los paganos de la frontera oriental del Imperio. Los caballeros teutónicos estaban desaprovechando esta labor por su codicia y deseo de poder; pero si se hallase al frente de ellos un potentado adecuado, reportarían ventajas económicas y religiosas [52].

Guillermo de Trípoli, un dominico que vivía en Acre, presentó una memoria más desinteresada y constructiva. Tenía pocas esperanzas acerca de una guerra santa en Oriente dirigida por Europa, pero se sentía impresionado por las profecías de que el fin del Islam estaba próximo y creía que los mongoles serían sus destructores. Había llegado el momento de la actividad misional. Como miembro de una orden de predicadores, tenía fe en el poder de los sermones. Estaba convencido de que el Oriente sería conquistado por las misiones, no con la espada. Con estas opiniones estaba de acuerdo un pensador de altura mucho mayor, Rogerio Bacon [53].

El informe más completo procede de otro dominico, el ex-general de la Orden Humberto de Romanos. Su *Opus Tripartitum* fue escrita con antelación a un concilio general que analizaría la Cruzada, el cisma griego y la reforma de la Iglesia. No creía en la posibilidad de convertir a los musulmanes, aunque la conversión de los judíos era una promesa divina y la de los paganos del Oriente europeo era factible. Sostenía que otra Cruzada era esencial en Oriente. Mencionaba los vicios que retenían a los hombres para no embarcarse hacia Oriente, la pereza, avaricia y cobardía. Deploraba el amor

[51] La *Collectio* está publicada, editada por Stroick, en *Archivum Franciscanum Historicum*, vol. XXIV. Véase Throop, *op. cit.*, págs. 69-104.

[52] La Memoria de Bruno está publicada por Hofler en los *Proceedings of the Bavariam Academy of Science*, 1846. Véase Throop, *op. cit.*, págs. 105-14.

[53] Véase Guillermo de Trípoli, *De Statu Saracenorum, passim,* y Rogerio Bacon, *Opus Majus*, III, págs. 120-2. Acusa a los occidentales de no tomarse el trabajo de aprender lenguas extranjeras para facilitar su labor misional.

a la patria que los desviaba de ponerse en viaje y las influencias femeninas que los anclaban en sus casas. Y, lo peor de todo, pocos creían aún en el mérito espiritual prometido al cruzado. Esta incredulidad, a la que Humberto hace referencia tristemente, estaba muy difundida. Muchos poemas populares la tienen por tema, y muchos de los trovadores declaraban con franqueza que Dios ya no era útil a las Cruzadas. Las sugerencias de Humberto para combatir este estado de cosas y reavivar el entusiasmo no surtieron mucho efecto. Era inútil seguir manteniendo que las derrotas y humillaciones eran convenientes para el alma, como San Luis creía. Era demasiado tarde para intentar persuadir a los hombres de que la Cruzada era la mejor penitencia por sus pecados. La reforma del clero, por la que Humberto tenazmente abogaba, podía ser una ayuda. Pero como guía práctica para la reforma de la opinión pública el consejo de Humberto era de poco valor. En consecuencia, sus recomendaciones para la organización de la Cruzada eran prematuras. Se debía hacer un programa de oraciones, ayunos y ceremonias; se debía estudiar historia; debía haber un plantel de santos y experimentados consejeros, y se debía mantener un ejército permanente de cruzados. En cuanto al aspecto financiero, Humberto observa que los métodos papales de gabelas no siempre habían sido populares. Opinaba que si la Iglesia vendiese algunos de sus enormes tesoros y ornamentos superfluos, ello daría buen resultado, tanto psicológica como materialmente. Pero los príncipes y, asimismo, la Iglesia tenían que desempeñar su respectivo papel [54].

Pertrechado con todos estos consejos, que no pudieron haberle tranquilizado mucho, Gregorio X convocó un concilio en Lyon. Comenzaron sus sesiones en mayo de 1247. Asistía una valiosa representación de Oriente, con Pablo de Segni, obispo de Trípoli, a la cabeza. Guillermo de Beaujeu, elegido recientemente gran maestre del Temple, se hallaba presente. Pero las apremiantes llamadas enviadas a los reyes de la Cristiandad fueron desoídas. Felipe III de Francia declinó asistir, y aun Eduardo I, en quien Gregorio confiaba especialmente, alegó asuntos que le retenían en su país. Sólo compareció Jaime I de Aragón, un viejo locuaz cuyo primer intento de Cruzada a Oriente se había quedado en nada, pero que se sentía realmente ansioso, un poco fanfarronamente, de embarcarse en otra aventura. Pronto se aburrió de las discusiones y se apresuró a volver a los brazos de su amante Berenguela. Delegados del emperador bizantino Miguel prometieron la sumisión de la Iglesia de Constan-

[54] Para la cuestión de los textos del *Opus Tripartitum,* véase Throop, *op. cit.,* pág. 147, n. 1. Throop ofrece un resumen muy completo del contenido, *ibid.,* págs. 147-213.

tinopla, porque Miguel estaba asustado ante la ambición de Carlos de Anjou. Pero era una promesa que no podía cumplir; los súbditos del Emperador no participarían en ella. La abortada unión de las iglesias fue el único resultado positivo del Concilio. Para la reforma de la Iglesia no se consiguió nada que tuviese valor; y, aunque todos se mostraban dispuestos a hablar de una Cruzada, ninguno llevó adelante los ofrecimientos de ayuda que se necesitaban para ponerla en marcha.

A pesar de todo, Gregorio perseveraba intentando que los gobernantes de Europa llevaran a cabo las piadosas resoluciones aprobadas en el Concilio. En 1275 Felipe III abrazó la Cruz. Posteriormente, ese mismo año, Rodolfo de Habsburgo siguió su ejemplo, a cambio de la promesa de que le coronaría el Papa en Roma. Entretanto, Gregorio intentó disponer Tierra Santa para la llegada de la Cruzada. Ordenó reparar las fortalezas y enviar mercenarios más capaces y en mayor número. Al parecer, por experiencia personal, llegó a la conclusión de que no se podía esperar nada del gobierno del rey Hugo. Tenía simpatía, por ello, hacia la aspiración de María de Antioquía, y la alentó para que vendiese sus derechos a Carlos de Anjou, de quien deseaba que tomase parte más activa en Ultramar, no sólo por su bien, sino también para apartarlo de sus ambiciones bizantinas [55]. Pero todos los planes del papa Gregorio se quedaron en nada. Cuando falleció, el 10 de enero de 1276, ningún cruzado había partido hacia Oriente y no parecía que ninguno fuese a hacerlo.

El rey Hugo de Chipre tenía una visión más realista. Ni esperaba ni deseaba una Cruzada; deseaba simplemente mantener su tregua con Baibars. Aunque la tregua sirvió de poco para facilitar su situación. En 1273 perdió el control de Beirut, su principal feudo en el continente. Había pasado el señorío a la muerte de Juan II de Ibelin a su hija mayor, Isabel, reina viuda de Chipre, que se había quedado viuda, siendo virgen, en 1267. Su virginidad duró poco. Su notoria falta de castidad, y en particular su amistad con Julián de Sidón, provocaron una bula papal, en la cual se la apremiaba a que se volviese a casar. En 1272 entregó su persona y su señorío a un inglés, Hamo l'Estrange, o el Extranjero, al parecer uno de los compañeros del príncipe Eduardo. Hamo, desconfiando del rey Hugo, al año siguiente, en su lecho de muerte puso la vida de su mujer y su feudo bajo la protección de Baibars. Cuando Hugo intentó llevarse a la viuda a Chipre, para casarla con un candidato de su elección, el sultán alegó inmediatamente su pacto con Hamo y pidió que volviera. El Tribunal

[55] Véase Hefele-Leclercq, *op. cit.*, VI, i, págs. 67-8, 153 y sigs.; Throop, *op. cit.*, págs. 262-82.

Supremo no tomó el partido del rey. Este se vio obligado a enviar a Isabel otra vez a Beirut, donde se había instalado una guardia mameluca para protegerla [56]. Hasta después de pasado mucho tiempo de la muerte de Baibars, Hugo no volvió a asumir el control de su feudo. Isabel tuvo dos maridos más antes de su muerte, hacia 1282, cuando Beirut pasó a su hermana Eschiva, la esposa de Hunfredo de Montfort, amigo leal del rey [57].

El siguiente desaire fue debido al condado de Trípoli. Bohemundo VI, último príncipe de Antioquía, falleció en 1275, dejando un hijo, Bohemundo, de unos catorce años, y una hija menor, Lucía. El rey Hugo, el más inmediato heredero adulto de la casa de Antioquía, reclamó la regencia de Trípoli. Pero la princesa viuda, Sibila de Armenia, asumió en seguida el cargo, pues la costumbre familiar le permitía hacerlo. Cuando Hugo llegó a Trípoli para mantener su petición, se encontró con que el joven Bohemundo VII había sido enviado a la corte de su tío, el rey León III de Armenia, y que la ciudad estaba administrada en nombre de Sibila por Bartolomé, obispo de Tortosa, que parece ser que pertenecía a la gran familia antioquena de los Mansel. En Trípoli nadie estaba de parte de Hugo, pues el obispo Bartolomé era entonces muy popular. Era un enconado enemigo del obispo de Trípoli, Pablo de Segni, tío materno de Bohemundo VI, y de todos los romanos que él y Luciana habían traído al condado. Con la ayuda de la nobleza local, Sibila y Bartolomé mataron a algunos de los romanos y exiliaron a otros. Desgraciadamente, el obispo Pablo recibía ayuda del Temple, a cuyo maestre había conocido en el Concilio de Lyon. Cuando Bohemundo VII regresó de Armenia, en 1277, para hacerse cargo del gobierno, se enfrentó con la implacable hostilidad de la Orden [58].

Sólo más hacia el Norte, en Laodicea, el prestigio de Hugo consiguió una pequeña victoria. Laodicea era todo lo que restaba del principado de Antioquía, y Baibars no la consideraba incluida en sus tratados con Trípoli y con Acre. Sus tropas estaban estrechando el cerco a su alrededor cuando sus ciudadanos hicieron un llama-

[56] *Estoire d'Eracles*, II, pág. 462; Ibn al-Furat, en Reinaud, *Chroniqueurs Arabes*, pág. 532. Powicke, *op. cit.*, pág. 606, n. 1, demuestra que el nombre del marido de Isabel era Hamo, no Edmundo. Hill, *op. cit.*, pág. 137, n. 2, acepta la opinión de que su amorío fue con Juan de Jaffa. Pero esto suscita la dificultad de las fechas, pues Juan de Jaffa murió en 1266. Más aún, Juan era muy respetable, mientras que Julián llevaba una vida bastante licenciosa. La esposa de Juan era la hermana del rey Hethoum, que murió en 1269, y la de Julián era hermana del sucesor de Hethoum. La bula muy bien puede haberse equivocado respecto a la generación de la princesa.

[57] *Lignages*, pág. 462; Ducange-Rey, *Familles d'Outremer*, págs. 235-6.

[58] *Estoire d'Eracles*, II, págs. 466-7, 481; *Gestes des Chiprois*, pág. 202.

miento al rey Hugo. Pudo negociar una tregua con el sultán, que retiró a sus tropas a cambio de un tributo anual de 20.000 denarios y la libertad de veinte musulmanes prisioneros [59].

No pasó mucho tiempo antes de que las dificultades de Hugo se extendieran a Acre. La Comuna de Acre había lamentado siempre su gobierno directo, y la Orden del Temple, a quien había molestado su reconciliación con los Montfort y que se habían opuesto a su ascensión al trono, aumentaba más y más su enemistad. El Hospital, con cuya buena voluntad podía haber contado, había perdido importancia después de la pérdida de sus cuarteles generales en Krak. El único castillo grande que les quedaba era Marqab, situado sobre una colina que dominaba Buluniyas. Ya en 1268, el gran maestre, Hugo de Revel, escribía que la Orden sólo podía mantener en Ultramar trescientos caballeros, en lugar de los diez mil de otros tiempos. Pero el Temple aún tenía su cuartel general en Tortosa, poseía Sidón y el enorme castillo de Athlit, y sus conexiones bancarias con todo el mundo levantino se hacían cada vez más poderosas. Tomás Berard, que fue gran maestre de 1256 a 1273, había sido al principio leal a los regentes chipriotas, y aunque Hugo había comenzado a desagradarle, nunca se le había opuesto abiertamente. Pero su sucesor, Guillermo de Beaujeu, era de un calibre diferente. Estaba emparentado con la casa real de Francia y era orgulloso, ambicioso y enérgico. Cuando fue elegido se hallaba en Apulia, en territorio de su primo Carlos de Anjou. Fue a Oriente dos años más tarde, determinado a llevar adelante los proyectos de Carlos y opuesto desde el comienzo al rey Hugo.

En octubre de 1276 la Orden del Temple compró un pueblo llamado La Fauconnerie, unas millas al sur de Acre, a su dueño Tomás de Saint-Bertin, y omitió deliberadamente solicitar el consentimiento para la transacción. Las quejas de Hugo fueron desoídas. En su exasperación contra las órdenes, la Comuna y las colonias de mercaderes, decidió abandonar el desagradecido reino. Súbitamente empaquetó las cosas que le pertenecían y se retiró a Tiro, con intención de embarcarse allí para Chipre. Se marchó de Acre sin nombrar bailli. Los templarios y los venecianos, que eran íntimos aliados, se quedaron encantados. Pero al patriarca, Tomás de Lentino, a los hospitalarios y a los caballeros teutónicos, como también a la Comuna y a los genoveses, les extrañó, por lo que enviaron delegados a Tiro para pedirle que al menos nombrara un representante. Al principio estaba demasiado furioso para escucharles, pero luego, probablemente ante los ruegos de Juan de Montfort, nombró bailli a

[59] Maqrisi, *Sultans,* I, ii, pág. 125; Muhi ad-Din, en Michaud, *Bibliothèque des Croisades,* II, pág. 685.

Balian de Ibelin, hijo de Juan de Arsuf, y designó jueces para los tribunales del reino. Inmediatamente después se embarcó con destino a Chipre, durante la noche, sin pedir permiso a nadie. Desde Chipre escribió al Papa para justificarse [60].

Balian tenía una difícil tarea. Había tumultos en las calles entre los mercaderes musulmanes de Belén, bajo la protección de los templarios, y los mercaderes nestorianos de Mosul, patrocinados por los hospitalarios. Estallaron de nuevo las hostilidades entre venecianos y genoveses. Sólo con la ayuda del patriarca y del Hospital se podía mantener cualquier gobierno [61].

En 1277, María de Antioquía terminó la venta de sus derechos a Carlos de Anjou. Carlos en seguida asumió el título de rey de Jerusalén y envió a Roger de San Severino, conde de Marsico, con fuerzas armadas, para que fuese su bailli en Acre. Gracias a la ayuda del Temple y los venecianos, Roger pudo desembarcar en Acre, donde presentó credenciales firmadas por Carlos, María y el papa Juan XXI. Balian de Ibelin se encontró en una situación muy embarazosa. No tenía instrucciones del rey Hugo, y sabía que los templarios y los venecianos estaban dispuestos a tomar las armas en favor de Roger, mientras que ni el patriarca ni el Hospital prometerían intervenir. Para evitar derramamiento de sangre dejó la ciudadela a los angevinos. Roger izó la bandera de Carlos, le proclamó rey de Jerusalén y Sicilia y después ordenó a los barones del reino rendirle homenaje como bailli del rey. Los barones dudaron, menos por amor a Hugo que por la desazón de admitir que el trono pudiese ser transferido sin decidirlo el Tribunal Supremo. Para conservar alguna legalidad enviaron delegados a Chipre para preguntar si Hugo los liberaba de la alianza con él. Hugo se negó a contestar. Finalmente, Roger, que estaba afianzado en su posición, amenazó confiscar las propiedades de quien no le rindiese homenaje, pero concedió el tiempo necesario para consultar nuevamente a Hugo. Esta consulta fue igualmente infructuosa; por ello, los barones se sometieron a Roger. Poco después, Bohemundo VII le reconoció como bailli legal. Roger nombró a varios franceses de la corte de Carlos como oficiales principales. Odón Poilechien fue senescal; Ricardo de Neublans, condestable, y Jaime Vidal, mariscal [62].

[60] *Estoire d'Eracles,* II, págs. 474-5; *Gestes des Chiprois,* pág. 206 (fechando con posterioridad el episodio). Véase Delaville le Roulx, *op. cit.,* páginas 210-29.

[61] *Estoire d'Eracles, loc. cit.; Gestes des Chiprois, loc. cit.*

[62] *Estoire d'Eracles,* págs. 478-9; *Gestes des Chiprois,* págs. 206-7; Amadi, página 214; Sanudo, págs. 227-8; Juan de Ypres, en Martène y Durand, *Thesaurus Novus Anecdotarum,* vol. III, col. 755.

Estos arreglos fueron muy del agrado de Baibars. Podía confiar en que el representante de Carlos no provocaría una Cruzada ni intrigaría con los mongoles. Con esta sensación de seguridad, podía iniciar la ofensiva contra el ilkhan. Abaga tenía conciencia del peligro y estaba deseoso de establecer una alianza con Occidente. En 1273 envió una carta a Acre dirigida a Eduardo de Inglaterra, preguntándole cuándo tendría lugar la siguiente Cruzada. Fue llevada a Europa por un dominico, David, capellán del patriarca Tomás de Lentino. Eduardo envió una cordial respuesta lamentando que ni él ni el Papa hubieran decidido cuándo se podía realizar otra expedición a Oriente. Enviados mongoles estuvieron presentes al año siguiente en el Concilio de Lyon, y dos de ellos recibieron el bautismo católico del cardenal de Ostia, el futuro Inocencio V. Las respuestas que recibieron del Papa y su Curia una vez más fueron amistosas, pero vagas. En el otoño de 1276 el ilkhan hizo un nuevo intento. Dos georgianos, los hermanos Juan y Jaime Vaseli, desembarcaron en Italia para ver al Papa, con orden de visitar las cortes de Francia e Inglaterra. Eran portadores de una carta personal de Abaga a Eduardo I, en la que se disculpaba por no haber prestado una ayuda más efectiva en 1271. Su actividad diplomática no tuvo resultado positivo. El rey Eduardo confiaba sinceramente en organizar otra Cruzada, pero ni él ni Felipe III de Francia podían aún hacerla. La Curia papal estaba bajo la siniestra influencia de Carlos de Anjou, a quien no gustaban los mongoles porque eran amigos de sus enemigos, los bizantinos y los genoveses, y porque su propia política estaba basada en una entente con Baibars. Los papas, optimistas, confiaban en atraer a los mongoles al rebaño de la Iglesia, sin darse cuenta de que el ilkhan no se sentía suficientemente tentado por la promesa de recompensas en el cielo. Ni siquiera los ruegos de León III de Armenia, que era fiel vasallo del ilkhan y al mismo tiempo estaba en comunión con Roma, cristalizaron en ayuda práctica del Papado [63].

Baibars podía llevar a cabo sus planes sin la amenaza de la intervención occidental. En la primavera de 1275 condujo personalmente una incursión por Cilicia, en el curso de la cual saqueó las ciudades de la llanura, pero no consiguió penetrar en Sis. Dos años más tarde decidió invadir Anatolia. El sultán suléucida Kaikhosrau III era entonces un niño. Su ministro, Suleiman el Pervana, o guardasellos, era el poder principal del país, pero no lo bastante capaz para controlar los emiratos locales que iban surgiendo, el más importante de los cuales era el karamaniano. El ilkhan mantenía un protectorado bastante libre sobre el sultanato, reforzado por la pre-

[63] Guillermo de Nangis, págs. 540, 564; D'Ohsson, *op. cit.*, III, páginas 543-9; Powicke, *op. cit.*, pág. 602, n. 1; Howorth, *op. cit.*, III, págs. 280-1.

sencia de una considerable guarnición mongólica. El 18 de abril de 1277 su guarnición fue derrotada por los mamelucos de Albistán. Cinco días después Baibars entraba en Cesarea-Mazacha. El ministro del sultán, Suleiman, y el emir karamaniano se apresuraron a dar el parabién al vencedor; pero Abaga se había soliviantado y condujo personalmente un ejército mongol a marchas forzadas hacia Anatolia. Baibars no esperó su llegada, sino que se retiró a Siria. Abaga recuperó en seguida el control del sultanato seléucida. El traidor Suleiman fue apresado y ejecutado, y circuló el rumor de que su carne fue estofada y servida en un banquete del ilkhan [64].

Baibars no sobrevivió mucho a su aventura anatoliana. Se contaron diversos relatos acerca de su muerte. Según algunos cronistas, murió a consecuencia de las heridas recibidas en la reciente campaña; según otros, bebió demasiado *kumiz,* leche fermentada de yegua, muy del agrado de turcos y mongoles. Pero el rumor dominante era que había preparado *kumiz* envenenado para el príncipe ayubita de Kerak, al-Qahir, hijo de an-Nasir Dawud, que estaba en su ejército y que le había ofendido, y que por descuido bebió de la misma copa antes de que fuera limpiada. Falleció el 1.º de julio de 1277 [65].

Su muerte suprimió el mayor enemigo de la Cristiandad desde Saladino. Cuando Baibars se hizo sultán, los dominios francos se extendían a lo largo de la costa desde Gaza a Cilicia, con grandes fortalezas tierra adentro para defenderse de Oriente. En un reinado de diecisiete años había reducido a los francos a unas pocas ciudades costeras, Acre, Tiro, Sidón, Trípoli, Jebail y Tortosa, la aislada ciudad de Laodicea y los castillos de Athlit y Marqab. No sobrevivió para ver su completa eliminación, pero la hizo inevitable. Personalmente tenía pocas de las cualidades que ganaron a Saladino el respeto hasta de sus enemigos. Era cruel, desleal y traidor, rudo en sus maneras y tosco en sus palabras. Sus súbditos no podían amarle, pero le admiraban, con razón, porque era un soldado brillante, un político sutil y un prudente administrador, rápido y secreto en sus decisiones y con una visión certera de sus objetivos. A pesar de su origen de esclavo, patrocinaba las artes, y fue un activo constructor que hizo mucho por el embellecimiento de sus ciudades y por la reconstrucción de sus fortalezas. Como hombre era malo, pero como gobernante estaba entre los mejores de su tiempo.

[64] Abu'l Feda, pág. 165; Maqrisi, *Sultans,* I, ii, págs. 144-5; Bar-Hebraeus, págs. 456-9; D'Ohsson, *op. cit.,* págs. 486-9. Véase Howorth, *op. cit.,* III, páginas 252-6.

[65] Maqrisi, *Sultans,* I, ii, pág. 150; Abu'l Feda, págs. 165-6; *Gestes des Chiprois,* págs. 208-9; Hayton, *Flor des Estoires,* pág. 193; Bar Hebraeus, página 458.

Libro IV

EL FIN DE ULTRAMAR

Capítulo 13

EL COMERCIO DE ULTRAMAR

«Por la magnitud de tu tráfico henchiste tu interior de rapiñas y pecaste.»

(Ezequiel, 28, 16.)

A través de la historia de Ultramar, la relación neta entre la Cristiandad y el Islam a menudo se oscurecía o desviaba por cuestiones de ventajas económicas. Las colonias francas se hallaban en una zona que tenía fama de rica y que, evidentemente, dominaba algunas de las más grandes rutas comerciales del mundo. Las ambiciones financieras y comerciales de los colonos y sus aliados iban a veces en contra de su sentimiento religioso, y había ocasiones en que sus necesidades humanas elementales exigían la amistad con sus vecinos musulmanes.

No había ningún móvil comercial en el trasfondo de la organización de la primera Cruzada. Las ciudades marítimas italianas, cuyos astutos mercaderes sabían, mejor que nadie en aquel tiempo, amasar grandes fortunas, se alarmaron al principio ante un movimiento que podía dar al traste con las relaciones mercantiles establecidas entre ellas y los musulmanes de Oriente. Sólo cuando la Cruzada triunfó y se fundaron los establecimientos francos en Siria, los italianos ofrecieron su ayuda, percatándose de que podían utilizar las nuevas colonias en su propio beneficio. El móvil económico que impelió a los cruzados fue, más bien, la penuria de tierras entre los

nobles menores de Francia y los Países Bajos y el deseo de los campesinos de esas regiones de escapar a la sordidez de sus campiñas empobrecidas y a las inundaciones y hambres de los últimos años, y por eso querían emigrar hacia tierras de riqueza legendaria. Para muchas de las gentes sencillas, no había una distinción clara entre este mundo y el más allá. Confundían la Jerusalén terrena con la celestial, y esperaban encontrar una ciudad pavimentada de oro y regada de leche y miel. Sus esperanzas se vieron defraudadas, pero la desilusión se produjo lentamente. La civilización urbana de Oriente y su nivel de vida más elevado daban un aspecto de opulencia que los peregrinos repatriados referían a sus amigos. Pero, según pasaba el tiempo, las noticias eran menos favorables. Después de la segunda Cruzada no hubo ningún movimiento multitudinario entre los campesinos occidentales para crear nuevos hogares en Tierra Santa. Algunos nobles aventureros aún iban a Oriente en busca de fortuna, pero una de las dificultades para organizar las últimas Cruzadas fue la falta de aliciente económico [1].

En efecto, las provincias francas de Ultramar no eran ricas por naturaleza. Había zonas fértiles, como las llanuras de Esdraelon, Sharon y Jericó, la estrecha franja costera entre las montañas del Líbano y el mar, el valle del Buqaia y la planicie de Antioquía. Pero, en comparación con el campo al otro lado del Jordán, el Hauran y el Bekaa, Palestina era una tierra yerma e improductiva. El valor de Transjordania para los francos residía tanto en los cereales que producía como en el hecho de dominar la ruta de Damasco a Egipto [2]. Sin la ayuda de Transjordania no resultaba siempre fácil para el reino de Jerusalén el abastecimiento de víveres. Cuando las cosechas eran malas, el trigo había que importarlo de la Siria musulmana [3]. Durante las últimas décadas de Ultramar, cuando los francos se vieron reducidos a las ciudades de la franja costera, el trigo tuvo que ser importado siempre.

Otros productos alimenticios se hallaban en cantidad suficiente. En las colinas pastaban copiosos rebaños de ovejas y cabras y piaras de cerdos. Había vegas y huertas en torno a todas las ciudades, y

[1] La obra fundamental para la historia del comercio durante las Cruzadas es Heyd, *Histoire du Commerce du Moyen Age*. Todo el tema ha sido estudiado recientemente por Cahen en el importante artículo «Notes sur l'histoire des Croisades et de l'Orient Latin, III», en *Bulletin de la Faculté des Lettres de Strasbourg*, mayo-junio, 1951. Cahen aporta razones que minimizan la importancia comercial de los estados cruzados.

[2] Véase *supra*, vol. II, págs. 19-20. Aunque no es tan fértil como el Hauran, Moab, desde los tiempos de Naomi y Ruth, había suministrado alimentos a Palestina en épocas de hambre.

[3] Como ocurrió en 1185. Véase *supra*, vol. II, pág. 401.

ricos olivares. Es posible, incluso, que el aceite de oliva se exportase en pequeñas cantidades a Occidente, y algunas frutas palestinenses raras, tales como la lima o la granadina, se servían a veces en las mesas de los ricos de Italia [4].

Sin embargo, había pocos productos que Ultramar pudiese exportar en una escala suficiente para proporcionar una renta apreciable al país. De aquéllos, el más importante era el azúcar. Cuando los cruzados llegaron a Siria hallaron que la caña de azúcar se cultivaba en muchas zonas costeras y en el valle del Jordán. Siguieron el cultivo de la caña y aprendieron de los nativos a extraer el azúcar de ella. Había una gran factoría azucarera en Acre, y fábricas semejantes en la mayoría de las ciudades del litoral. El centro principal de la industria era Tiro. Casi todo el azúcar consumido en Europa durante los siglos XII y XIII procedía de Ultramar [5]. Le seguían en importancia para la exportación los tejidos de diversas clases. El gusano de seda había sido criado en los alrededores de Beirut y Trípoli desde fines del siglo VI, y en las llanuras de Palestina crecía el lino. Se vendían sedas para exportar. El jamete se fabricaba en Acre, Beirut y Laodicea, y Tiro era famosa por un tejido conocido por zendalo o cendal. Los lienzos de Nablus tenían reputación internacional. Los tintes de púrpura de Tiro aún estaban de moda para los vestidos. Pero los italianos podían comprar también sedas y paños en los mercados de Siria y Egipto, donde había más abundancia y los precios eran a menudo más bajos [6]. Lo mismo sucedía con los vidrios. Los judíos de varias ciudades, especialmente en Tiro y Antioquía, producían vidrio para la exportación, pero tenían que hacer frente a la competencia de los vidrios de Egipto. Los curtidores probablemente sólo podían abastecer a las necesidades locales, pero los productos de alfarería se exportaban en ocasiones [7].

Egipto ofrecía siempre un buen mercado para la madera. Desde

[4] El arzobispo de Tiro poseía solamente en una localidad 2.040 olivos (Tafel-Thomas, *Urkunden*, pág. 299). Véase Cahen, «Notes sur l'histoire des Croisades et de l'Orient Latin, II», en *Bulletin de la Faculté des Lettres de Strasbourg* (abril, 1951). Rey, *Les Colonies Franques*, pág. 245; Heyd, *op. cit.*, págs. 177-8. Burchard of Mont Sion, *Description of the Holy Land*, dice que los huertos que circundaban Trípoli proporcionaban a sus dueños una renta anual de 300.000 besantes de oro (ed. *P. P. T. S.*, pág. 16).

[5] Heyd, *op. cit.*, I, pág. 179, II, págs. 680-6; Cahen, *op. cit.*, II, página 293; Rey, *op. cit.*, págs. 248-9.

[6] Heyd, *op. cit.*, I, págs. 178-9, II, págs. 612, 696, 699, 705. El hilo de Nablus era basto, comparado con el de Egipto (*ibid.*, pág. 632, n. 1). Rey, *op. cit.*, págs. 214-21. Idrisi, *Geografía* (texto árabe, ed. por Guildermeister, pág. 11), dice que se confeccionaba en Tiro una clase especial de tela blanca.

[7] Heyd, *op. cit.*, I, pág. 179; Rey, *op. cit.*, págs. 211-12 (citando los *Assises*, II, pág. 179), 224-5. Véase *supra*, vol. II, pág. 281.

las épocas más remotas, la flota egipcia había sido construida con troncos procedentes de los bosques del Líbano y de las colinas al sur de Antioquía, y los egipcios necesitaban también grandes cantidades de madera para fines arquitectónicos. Las guerras entre Egipto y los estados cruzados rara vez interrumpían durante mucho tiempo este movimiento comercial [8]. Había minas de hierro cerca de Beirut, pero su producción era probablemente insuficiente para la exportación [9].

Se exportaba cierta cantidad de hierbas y especias. La más importante era el bálsamo. Como se utilizaba en Europa para los servicios de la Iglesia, el bálsamo de Tierra Santa gozaba de especial popularidad. En el siglo XII se cultivaba en grandes cantidades cerca de Jerusalén. Pero las cosechas no eran fáciles de obtener, pues necesitaba un costoso regadío. Después de la reconquista musulmana a fines del siglo, su cultivo decayó y fue pronto abandonado [10].

Bastante más cuantiosas eran las rentas obtenidas por los gobernantes de Ultramar de las mercancías que pasaban por el país. En la Europa medieval había una demanda creciente de productos orientales, especias, tintes, maderas aromáticas, sedas y porcelanas, así como productos de los países musulmanes fronteros con Ultramar. Pero este comercio dependía inevitablemente de las circunstancias políticas en Asia. Cuando se iniciaron las Cruzadas, el grueso del comercio con el lejano Oriente seguía la ruta marítima del océano Indico, para remontar el mar Rojo hasta Egipto, debido a la atracción que ejercían las riquezas de las ciudades egipcias y la seguridad del gobierno fatimita, y así se apartó de su ruta primitiva por el golfo Pérsico hasta Bagdad. Los puertos sirios sólo servían para la exportación de los productos locales, como el índigo del Iraq o la artesanía de metales damascenos, aparte de algunas especias de la Arabia meridional que eran transportadas por caravanas y no por barco. Las guerras menores que siguieron a las invasiones turcas a fines del siglo XI no estimularon las actividades mercantiles o industriales en el *hinterland* sirio. Hasta que Nur ed-Din, y más aún Saladino, no consiguieron convertir a la Siria musulmana y Egipto en una unidad ordenada, no renació la prosperidad en Siria. Se incrementó la producción indígena, y los productos del Iraq y Persia podían transportarse sin dificultad hasta Alepo, Homs o Damasco, y desde estas ciudades hasta el mar. Los puertos utilizados por los mercaderes de Alepo eran San Simeón, adonde llegaban por Antioquía,

[8] Véase Rey, *op. cit.*, págs. 234-40, para los bosques de Ultramar.
[9] Idrisi, pág. 16, dice que desde Beirut se enviaba hierro a través de Siria.
[10] Heyd, *op. cit.*, II, págs. 577-8.

y Laodicea; Tortosa y Trípoli eran los puertos de Homs, y Acre, el de Damasco [11].

Aunque los italianos habían ayudado a los cruzados a la conquista de todos estos puertos, su principal interés comercial seguía estando en Egipto. Las actas relativas al comercio, publicadas en Venecia durante el siglo XII, mencionan a Alejandría mucho más que a Acre, sobre todo después de la expulsión de los venecianos de Constantinopla. Los protocolos del jurista internacional genovés Scriba, que se refieren a los años 1156 a 1164, demuestran que sus clientes interesados en Alejandría duplican el número de sus clientes con interés por el Oriente franco. También es notable que durante la primera mitad del siglo XII los viajeros que partían de Europa para Palestina, en su mayor parte utilizaban en primer lugar barcos venecianos o genoveses para Constantinopla, y desde allí iban por tierra o en barcos costeros hasta Siria, o si no hacían una travesía directa desde la Italia del sur en barcos del reino de Sicilia. Parece, por tanto, que no había muchos barcos de los puertos mercantiles italianos con servicio regular a Siria hasta los últimos años del siglo [12]. Hasta entonces el total de los productos que pasaban por los puertos sirios no ha podido ser muy elevado, y como los impuestos de aduana sobre estos productos en tránsito sólo eran aproximadamente un 10 por 100 de su valor, es fácil de comprender por qué la hacienda de Ultramar rara vez se hallaba pletórica y por qué los reyes se veían tentados tan a menudo a las algaradas, cuando habría sido más honrado y diplomático mantener la paz [13].

También es fácil comprender por qué las ciudades marítimas italianas obraban con cautela antes de apoyar decididamente a la Cruzada. Podía ser su deber de cristianos el ayudar a los francos contra los musulmanes. Pero toda su prosperidad dependía de la conservación de buenas relaciones con los musulmanes. Siempre que daban ayuda a una empresa cristiana corrían el riesgo de perder sus derechos comerciales con Alejandría. Aunque sin su colaboración los cruzados no habrían podido conquistar nunca las ciudades costeras, y el hecho de su colaboración demuestra que el problema que se les planteaba no era tan sencillo después de todo. Los genoveses enviaron ayuda cuando la primera Cruzada se hallaba en Antioquía. Una escuadra pisana zarpó cuando llegó a Occidente la noticia de la conquista de Jerusalén, y su frialdad posterior hacia el reino de Jerusalén se debió más a las querellas entre Balduino I y Daimberto, que

[11] Heyd, *op. cit.*, I, págs. 168-77.

[12] Cahen, *op. cit.*, III, págs. 330-3, contiene estadísticas.

[13] Cahen, *op. cit.*, págs. 330-3. Incursiones como la de Balduino III en 1157 tuvieron como objetivo recaudar dinero (véase *supra*, vol. II, pág. 313).

había sido arzobispo de Pisa, que a cálculos comerciales. Incluso los venecianos, que tenían las más estrechas relaciones con Egipto, habían ofrecido su ayuda a Godofredo de Lorena precisamente antes de su muerte. Esta política no era en conjunto tan peligrosa como parece a primera vista. El comercio no puede existir salvo que sea beneficioso para ambas partes. Las autoridades musulmanas de Egipto tenían el mismo interés que los italianos en no interrumpir durante mucho tiempo las relaciones comerciales. Aunque en un ataque de ira podían cerrar el puerto de Alejandría a los barcos cristianos, también ellos pagaban las consecuencias de la interrupción de los negocios.

Sus represalias no tenían, por tanto, una vigencia demasiado estricta. Además de ello, los italianos encontraron muchas ventajas en asegurarse una parte en los puertos recién conquistados. En las ciudades musulmanas y aun en Constantinopla no se podían sentir nunca seguros. Un tumulto popular podía destruir sus establecimientos, o el capricho de gobernantes extranjeros podía interferirse en sus negocios. Aunque el verdadero volumen del comercio llevado por los puertos de Siria pudiese ser inferior al que proporcionaban Constantinopla o Alejandría, podía contar con una marcha mercantil ininterrumpida. Sus únicas dificultades procedían de la rivalidad de sus compatriotas italianos, no de la hostilidad de los gobernantes locales. También había otra ventaja de importancia creciente que reportaban los puertos francos. La principal dificultad de los italianos consistía en hallar productos en Europa que pudieran vender en Oriente, para pagar con ellos los productos orientales que deseaban comprar. Hasta los primeros años del siglo x, la exportación más importante de los venecianos consistía en esclavos de la Europa central, pero la conversión de los eslavos y húngaros puso fin a este tráfico. En la última mitad del siglo XIII los genoveses resucitaron el comercio de esclavos, llevando esclavos turcos y tártaros desde los puertos del mar Negro para vendérselos a los mamelucos de Egipto, pero durante los años intermedios había pocos esclavos disponibles. Las únicas exportaciones importantes de Occidente eran metal y madera. Como el uso principal de estos materiales era la fabricación de armas, era natural que las autoridades eclesiásticas reprobaran la venta de ellos a los musulmanes. Pero los italianos fueron comprendiendo paulatinamente que el movimiento cruzado y la existencia de Ultramar atraían a gran número de soldados, diplomáticos y, sobre todo, peregrinos a Oriente. Si los transportaban los italianos, el dinero que pagaban por sus pasajes y sus gastos a bordo proporcionaba a los dueños de barcos el numerario suficiente para invertirlo en los puertos sirios en bienes procedentes de zonas aún más orientales. Por último,

a pesar de la astucia de los mercaderes italianos, los escrúpulos religiosos no eran totalmente ineficaces. Mucha gente, aun en Génova o Venecia, prefería comerciar en un puerto cristiano mejor que en uno musulmán, y en la práctica predominaba la consideración de que la Iglesia reprobaba severamente el comercio con el infiel, y la Iglesia era poderosa en Italia. La enemistad con ella podía causar conflictos graves [14].

La culminación del comercio en Ultramar se produjo durante la década que precedió a la reconquista de Jerusalén por Saladino y durante las primeras décadas del siglo XIII. El mundo musulmán se hallaba unido y próspero, y los italianos habían descubierto las ventajas del comercio a través de los puertos cristianos. Entretanto, los colonos francos habían aprendido a hacer amistad con sus vecinos los infieles. El peregrino musulmán Ibn Jubayr, que viajó en 1184 con una caravana de mercaderes musulmanes desde Damasco a Acre, señala que tales caravanas eran frecuentes. Le impresionó la suavidad de los trámites para el cobro de los derechos de aduanas [15]. Acre era el puerto más activo de la costa. Era la salida marítima natural de Damasco y, por tanto, no se utilizaba tan sólo para los productos de las fábricas damascenas y los de la rica campiña de Hauran, sino que servía también a los mercaderes del Yemen que venían por el camino de los peregrinos a lo largo del borde de la costa arábiga. Poseía también la única rada segura de toda Palestina. Los viajeros a Tierra Santa preferían desembarcar en Acre mejor que en Jaffa, con su rada abierta, donde se habían producido tantos percances antes de que Acre hubiese sido conquistada por los cruzados. La única desventaja de Acre era que el puerto interior era demasiado pequeño para admitir los barcos mayores de entonces, por lo que tenían que quedarse fuera del rompeolas, donde se hallaban expuestos al viento del Sudoeste, o bien, de lo contrario, habían de ascender por la costa hasta el puerto más amplio y seguro de Tiro [16]. En la Siria del norte el puerto mejor, en cualquier circunstancia meteorológica, era el de Laodicea, aunque San Simeón, en la desembocadura del Orontes, resultaba más conveniente para Antioquía y Alepo y se utilizaba para barcos menores [17].

14 *Ibid.*, págs. 340-4. Es posible que Cahen disminuya ligeramente la importancia general de Ultramar para los italianos. Las pruebas que nos proporciona la Historia nos muestran que eran mucho menos indiferentes por la suerte de Ultramar de lo que parece desprenderse del argumento de Cahen.

15 Ibn Jubayr (ed. Wright), págs. 306-7.

16 Ibn Jubayr, págs. 307-8. Señala que Tiro es mejor puerto que Acre para barcos de gran calado.

17 Los geógrafos musulmanes alaban el puerto de Laodicea como especialmente bueno (así Idrisi, pág. 23; Yakut, *Geographical Dictionary*, ed. Wusten-

Los *Assises* de Jerusalén citan un buen número de productos orientales que pasaban por las aduanas de Ultramar. Aparte de seda y otras telas, había numerosas especias, tales como cinamomo, cardamomo, clavo, macis, almizcle, galanga y nuez moscada, así como índigo, rubia, palo de áloe y marfil [18]. Los francos no participaron mucho en este tráfico comercial. Los productos eran llevados a la costa por mercaderes procedentes del interior, musulmanes o cristianos indígenas, y en la Siria del norte por griegos y armenios de Antioquía. Los mercaderes forasteros recibían un trato cortés. A los musulmanes les estaba permitido celebrar sus cultos en las ciudades cristianas. En efecto, en la misma Acre, una parte de la gran mezquita, que se había convertido en iglesia, se reservó para los ritos musulmanes. Había khanes donde podían alojarse, y también existían posadas cristianas que admitían huéspedes musulmanes. Los mercaderes italianos compraban los productos directamente de los importadores musulmanes. Aparte de los italianos, parece ser que un cierto número de musulmanes iba por mar a Acre para comprar productos del interior, sobre todo marroquíes del Africa del noroeste, los cuales hacían viajes hasta Damasco u otras ciudades musulmanas del interior [19].

La expansión del Imperio mongol en el siglo XIII alteró las principales rutas comerciales del lejano Oriente. Una vez que los mongoles hubieron conquistado el interior de Asia, alentaron a los mercaderes a seguir la ruta terrestre desde China, por el Turkestán al norte del Caspio, hasta los puertos de la costa septentrional del mar Negro, como Caffa, o el sur del Caspio, y a través del Irán hasta Trebisonda, en la costa meridional del mar Negro, o bien hasta Ayas, en el reino ciliciano de Armenia. El orden perfecto que imponían los mongoles hizo preferible esta ruta a la azarosa travesía marítima por el océano Indico [20]. En el siglo XII, los juncos chinos habían navegado frecuentemente al oeste de Ceilán hasta los puertos árabes. Ahora era raro que se aventurasen a ir más allá de la costa oriental de la India [21]. La conquista mongólica del Irán tuvo por re-

feld, IV, pág. 338; Dimashki, ed. Mehren, pág. 209). San Simeón (as-Suwaidiyyah) parece ser que se utilizó mucho menos, excepto para el comercio con la propia Antioquía. Es posible que el puerto ya hubiera empezado a encenagarse. Yakut, III, pág. 385, escribiendo con anterioridad a la conquista de Baibars, lo menciona como el puerto que utilizaban los francos para Antioquía.

[18] *Assises*, II, págs. 174-6. Véase Heyd, *op. cit.*, págs. 563 y sigs. Los *Assises* mencionan 111 artículos dudosos.

[19] Ibn Jubayr, págs. 307-9.

[20] Heyd, *op. cit.*, II, págs. 70-3.

[21] Idrisi afirma que en el siglo XII los juncos chinos llegaron hasta Daybal, en la desembocadura del Indo, pero en el XIII no llegaron más allá de Suma-

sultado que parte del comercio indio llegase a Occidente por el golfo Pérsico, y una parte de ese comercio pasaba por Damasco o Alepo a los puertos francos. Pero los mercaderes, en su mayoría, preferían permanecer dentro de los dominios mongólicos y desde ellos marchar al Mediterráneo por Ayas, mientras la mayor parte del comercio indio se realizaba por tierra a través del Afganistán y Persia [22]. Egipto era aún un rico mercado para bienes orientales, pero ya no era el camino más económico entre el lejano Oriente y Europa [23].

Entretanto, Venecia y Génova, con Pisa rezagada tras ellas, aumentaban sin cesar su comercio, y la rivalidad entre ellas iba haciéndose cada vez más intensa. Los cambios de las rutas comerciales dieron realce a su competencia. Venecia controlaba al principio el mar Negro, debido a su dominio sobre el Imperio latino de Constantinopla. Por tanto, no se opuso a la expansión de la potencia mongólica. Pero cuando los bizantinos reconquistaron su capital en 1261, con la ayuda activa de Génova, los genoveses pudieron eliminar del mar Negro [24] a los venecianos y hacerse con el monopolio del comercio del Asia central y, de paso, aprovecharse del comercio de esclavos entre las estepas rusas y Egipto. Como el gobierno mameluco dependía de un constante suministro de esclavos procedentes del Kipchak y las tribus turcas vecinas, les resultó imposible a los venecianos expulsar a Génova de Alejandría. Aunque el rey armenio permitió a los venecianos compartir el comercio mongólico que llegaba a Ayas, era esencial para Venecia intentar la expulsión de los genoveses de los puertos francos. Por lo que se refería a Acre, tuvieron éxito. Tiro, adonde hubieron de retirarse los genoveses, estaba en posición menos favorable. La política general de Venecia, en su odio a Génova, tendió a oponerse a los mongoles, de cuyo Imperio Génova sacaba tan enormes beneficios. En consecuencia, los venecianos utilizaron su influencia en Acre para inducir al gobierno a apoyar a los mamelucos contra los mongoles.

El desarrollo de Ayas como la principal salida al Mediterráneo para el comercio mongólico disminuyó naturalmente la importancia de los puertos francos. Pero el incremento general del comercio asiático bajo los mongoles fue de tal magnitud que siempre quedaba un remanente que seguía las rutas antiguas. Los mercaderes de Mosul

tra. Los barcos árabes se hicieron cargo entonces del comercio en el océano Indico, que aún gozaba de prosperidad. Véase Heyd, *op. cit.*, I, págs. 164-5.

[22] Heyd, *op. cit.*, págs. 73 y sigs.

[23] *Ibid.* Los egipcios también elevaron los impuestos de aduanas (*ibid.*, página 78).

[24] Véase *supra*, págs. 261 y sigs.; también Bratianu, *Commerce Génois dans la Mer Noire*, esp. págs. 79 y sigs.

visitaban Acre con regularidad durante la segunda mitad del siglo XIII. Las guerras entre los mamelucos y los mongoles no causaron apenas trastornos al paso de caravanas desde el Iraq e Irán a Palestina. Precisamente en los últimos años, Acre, la capital cristiana, estaba llena de actividad comercial, mientras, más al Norte, Laodicea intervenía tanto en el comercio de Alepo, que los mercaderes de ésta pidieron expresamente al sultán mameluco que conquistase el puerto, porque una plaza tan valiosa no debía estar en manos del infiel [25].

Todo este comercio floreciente era, sin embargo, de escaso provecho para los propios francos. Al convertir los puertos de mar en puntos de litigio entre las colonias italianas rivales, se creaba una fuente de positiva debilidad política, y aun si los italianos conservaban la paz, poco era el dinero que entraba en las arcas de los gobiernos de Ultramar. El rey estaba oficialmente facultado para recibir un 10 por 100 aproximadamente de los ingresos de aduanas, pero de hecho había vendido grandes partes de ese porcentaje a sus vasallos, a la Iglesia o a las órdenes militares. Poco le quedaba para él. Los príncipes de Antioquía y los condes de Trípoli salieron algo mejor, pues habían creado feudos en metálico de tipo menor. Pero no se podían amasar grandes fortunas en Ultramar. Había señores que eran lo bastante ricos para vivir con lujo, como los Ibelin de Beirut, que poseían las minas de hierro locales, o los Montfort de Tiro, con sus factorías azucareras. A los ojos inexpertos de los viajeros occidentales los ciudadanos de Ultramar les parecían fantásticamente prósperos, pero esto sólo era una apariencia superficial. Las ciudades estaban más limpias y mejor construidas. Sus habitantes podían comprar tejidos de sedas y adquirir perfumes y especias a precios asequibles, mientras en la Europa occidental sólo a los muy ricos les era posible permitirse semejantes lujos. Pero tales cosas eran productos locales y, por tanto, resultaban allí relativamente baratas [26].

Tenemos muy pocas noticias acerca de las actividades de las clases burguesas en Ultramar. Parece ser que no han desempeñado ningún papel en el comercio internacional, sino que se limitaban a tener tiendas y a la fabricación de productos para el consumo en el país. Desde el punto de vista político, tenían algún poder. La Comu-

[25] Para Ayas, llamado por los italianos Lajazzo, véase Bratianu, *op. cit.*, páginas 158-62. Acerca de Siria, Heyd, *op. cit.*, II, págs. 62-4. Para Laodicea, véase *infra*, pág. 368.

[26] Amadi calcula que el feudo de Felipe de Montfort en Torón valía, en 1241, 60.000 besantes sarracenos (pág. 186). Pero Guido de Jebail pudo prestar 50.000 besantes sarracenos a Leopoldo de Austria y 30.000 a Federico II (véase *supra*, págs. 145 y 175). Véase también La Monte, *Feudal Monarchy*, páginas 171-4.

na de Acre, compuesta por la burguesía franca, era un elemento importante en el Estado. Pero parece haberse mantenido al margen de la comunidades indígenas, incluso de la de los ortodoxos, a los que se trataba como entidad independiente [27]. En Antioquía, donde la Comuna tenía aún más influencia, colaboraban las burguesías franca y griega. Tal vez hubiera allí más matrimonios mixtos, y los francos nunca fueron tan numerosos como en Acre o en Trípoli, que al parecer siguió el ejemplo de Acre [28]. Las clases obreras eran, en su mayoría, de elementos nativos o mestizos, y generalmente había gran número de esclavos, musulmanes prisioneros de las guerras, que trabajaban en las minas o en la construcción de edificios públicos o en fincas del rey o de los nobles [29].

El gobierno siempre andaba mal de dinero. Incluso en tiempos de paz, el país tenía que estar dispuesto para hacer frente a un súbito estallido de la lucha, y la guerra solía comportar por lo general la devastación de amplias zonas del campo. La renta de aduanas e impuestos era insuficiente, y en momentos de un apuro inesperado, como la captura del rey o de grupos enteros del ejército, el auxilio no podía hallarse sin ayuda exterior. Por fortuna, la ayuda exterior llegaba a menudo. Prescindiendo totalmente del dinero obtenido, con frecuencia imprudentemente, mediante incursiones de saqueo en territorio musulmán, llegaban continuamente donativos de Europa. Palestina era la Tierra Santa, y los cruzados y colonos eran considerados por lo común como soldados de Cristo. Los visitantes pagaban un impuesto a la llegada, y no sólo eran los peregrinos los que aportaban al país su dinero, que gastaban allí o entregaban como limosna, sino muchos de los santuarios y abadías recibían tierras en Occidente, cuyas rentas se les enviaban desde Europa. Las órdenes militares recibían la mayor parte de sus rentas de sus propiedades en Occidente, hasta el punto de que eran aún enormemente ricas incluso después de la pérdida de todas sus posesiones sirias. Los ciudadanos particulares de Ultramar, empezando por el rey, recibían en ocasiones donativos de parientes o simpatizantes occidentales. Estas ayudas servían en gran medida para equilibrar las finanzas de Ultramar, y de esta manera los lujos que los visitantes de Occidente admiraban en las ciudades sirias se pagaban en parte por compatriotas suyos que no habían salido de sus lares [30].

[27] Véase Cahen, *op. cit.*, III, págs. 335-7; también Prawer, «L'Etablissement des Coutumes du Marché à Saint-Jean d'Acre», en *Revue Historique de Droit Français*, 1951.

[28] Para Antioquía, Cahen, *La Syrie du Nord*, págs. 549 y sigs., 153 y sigs. Para Trípoli, Richard, *Le Comté de Tripoli*, págs. 71 y sigs.

[29] Rey, *Les Colonies Franques*, págs. 105-8.

[30] La Monte, *op. cit.*, págs. 174 y sigs.

Otra fuente de poder económico, cuya eficacia es más difícil calcular, era la acuñación de moneda en Ultramar. Cuando empezaron las Cruzadas no había monedas de oro en la Europa occidental, salvo en Sicilia y en la España musulmana. Se utilizaba, como metal precioso, la plata. Por aquella época, tampoco los estados musulmanes de Siria emitían monedas de oro, aunque los califas rivales de Bagdad y El Cairo habían iniciado esta práctica. Si bien, casi recién establecidos los estados cruzados, el rey de Jerusalén, el príncipe de Antioquía y el conde de Trípoli empezaron a acuñar denarios de oro, que se conocían con el nombre de besantes sarracenos y que estaban imitados de los denarios fatimitas, aunque su ley de oro sólo equivalía a los dos tercios de la ley de aquéllos. Estas monedas, sobre todo las del reino de Jerusalén, conocidas para los musulmanes por el nombre de *souri* o denarios de Tiro, pronto circularon por todo el Oriente medio. Es difícil comprender de dónde sacaban el oro los francos. El saqueo y el rescate sólo pueden haber producido una cantidad exigua e irregular. La principal fuente de oro en la época era el Sudán, y es posible que algún oro llegase a los puertos francos gracias a los mercaderes marroquíes que iban a comerciar. Pero para explicar la aparición de las monedas tuvo que haber existido un tráfico general de oro desde los países musulmanes a los cristianos. Los colonos europeos debieron comprar oro, sin duda a un precio altísimo, a los musulmanes, a cambio de plata, que era muy abundante en Europa, y las emisiones de estas monedas de oro bajo tuvieron que contribuir a todo el desarrollo económico. Más adelante debieron de pasar grandes cantidades de oro a Occidente, porque es curioso señalar que durante el siglo XIII empezó a aparecer en la Europa occidental la acuñación de monedas de oro de una aleación excelente [31].

El derecho de acuñar monedas de oro era exclusivo de los príncipes de Ultramar. Ni las colonias italianas ni las órdenes militares pudieron infringir este monopolio. Los vasallos principales sólo podían acuñar monedas de bronce para sus necesidades locales [32].

Las órdenes militares poseían una fuente complementaria de riqueza, derivada de sus actividades bancarias. Con sus vastas posesiones en toda la Cristiandad estaban en una situación admirable para financiar expediciones cruzadas. La participación francesa en la se-

[31] Cahen, *Notes sur l'Histoire des Croisades,* III, págs. 337-8 (un importante análisis del problema). Véase también Schlumberger, *Les Principautés Franques du Levant,* págs. 8-45. El besante sarraceno de Jerusalén tenía un valor oro de algo más de un tercio de un soberano de oro. El de Antioquía valía algo menos.

[32] La Monte, *op. cit.,* págs. 174-5.

gunda Cruzada sólo fue posible por la ayuda de los templarios, que abonaron sumas enormes a Luis VII en Oriente, cantidades que les fueron restituidas en Francia. Hacia fines del siglo XII, los templarios establecieron la práctica regular de prestar dinero. Cargaban un interés muy elevado, pero, a pesar de no ser dignos de confianza desde el punto de vista político, su fama financiera adquirió tanto prestigio que incluso los musulmanes tenían fe en ellos y utilizaban sus servicios. Los hospitalarios y los caballeros teutónicos realizaban operaciones semejantes, aunque en un grado menor. Los gobiernos de Ultramar nada ganaban directamente con tales actividades, que aumentaron el poder y la insubordinación de las órdenes, pero sacaban ventaja de los beneficios económicos para el país como conjunto [33].

La historia económica de las Cruzadas es aún muy oscura. La información es insuficiente y hay muchos pormenores que no pueden explicarse. Pero es imposible comprender su historia política sin tener en cuenta las necesidades comerciales y financieras de los colonos y los mercaderes italianos. Estas necesidades generalmente iban en contra del impulso ideológico que originó el movimiento cruzado. Ultramar se hallaba permanentemente en suspenso sobre un dilema. Se había fundado por una mezcla de fervor religioso y de sed de aventura debida a penuria territorial. Pero si debía perdurar saludablemente, no podía depender de una constante ayuda de hombres y dinero procedentes de Occidente. Tenía que justificar su existencia desde el punto de vista económico. Esto sólo podía alcanzarse si se llegaba a un acuerdo con los vecinos. Si éstos se hallaban bien dispuestos y prósperos, también Ultramar gozaría de prosperidad. Pero buscar la amistad de los musulmanes parecía un completo fraude de los ideales cruzados, y los musulmanes, por su parte, no podrían nunca aceptar totalmente la presencia de un estado extraño e intruso en tierras que consideraban suyas. El dilema era menos doloroso para los musulmanes, pues la presencia de los colonos cristianos no era necesaria para su comercio con Europa, aunque fuese en ocasiones muy conveniente. Por tanto, las relaciones amistosas eran siempre precarias. El segundo gran problema que tenía que afrontar Ultramar era el de sus relaciones con las ciudades mercantiles italianas. Eran un elemento indispensable para su existencia. Sin ellas, las comunicaciones con Occidente habrían sido casi imposibles de sostener y hubieran resultado totalmente impracticables la exportación de

[33] Los *Assises* de Jerusalén desconocen la banca, aunque los de Antioquía la admiten (véase Cahen, *op. cit.*, pág. 339). Véase Piquet, *Les Banquiers du Moyen Age, passim;* también Melville, *La Vie des Templiers*, págs. 75-83. La Cruzada de Luis IX, como la de Luis VII, recibió fuerte ayuda económica de la Orden (Piquet, *op. cit.*, págs. 71-8).

productos del país o la obtención de cualquier comercio de tránsito del lejano Oriente. Pero los italianos, con su arrogancia, sus rivalidades y su cinismo en política, causaron daños irremediables. Se mantenían aparte de las campañas vitales y exhibían abiertamente la desunión de la Cristiandad. Suministraban a los musulmanes material de guerra imprescindible. Se sublevaban y luchaban entre sí en las calles de las ciudades. Los gobernantes de Ultramar debieron haber lamentado a menudo el rico comercio que proporcionaban a su litoral unos aliados tan peligrosos y anárquicos, y, sin embargo, sin este comercio, la historia de Ultramar habría sido más breve y sórdida. Nunca es fácil decidir entre los postulados contradictorios de prosperidad material y fe ideológica. Tampoco puede ningún gobierno aspirar a satisfacer totalmente una pretensión única. El hombre no puede vivir sólo de ideología, mientras la prosperidad depende de posibilidades más amplias que las contenidas en una estrecha franja de tierra. Los cruzados cometieron muchos errores. Su política fue a menudo vacilante y variable. Pero no se les puede culpar completamente del fracaso en resolver un problema para el cual, de hecho, no había solución.

Capítulo 14

ARQUITECTURA Y ARTE EN ULTRAMAR

«¡Adórnate de altivez y elevación y vístete de gloria y majestad!»

(Job, 40, 10.)

Los francos de Ultramar consintieron que el comercio, que debía haber consolidado su país, en cierta medida se les escapara de las manos. Pero en algunas de las artes conservaron el control de sus producciones. En este aspecto, sus logros fueron notables, pues los colonos no eran numerosos y sólo pocos de ellos pudieron haber sido artistas. Además, habían ido a una tierra cuyas tradiciones artísticas eran mucho más antiguas que las suyas propias; tampoco podían encontrar allí los materiales con los que estaban familiarizados. Sin embargo, empezaron a desarrollar un estilo que respondía satisfactoriamente a sus necesidades.

Las obras de arte pequeñas han desaparecido en su mayoría. La turbulenta historia de Siria y Palestina no ha permitido la supervivencia de objetos delicados y frágiles. Su arquitectura fue más duradera, aunque en este sentido, como sucede en la mayoría de los países medievales, poco ha quedado aparte de los monumentos militares y eclesiásticos. Incluso en éstos el cambio y la decadencia han alterado la forma original. Prescindiendo de los santuarios más sagrados de la Cristiandad, que los escrúpulos musulmanes respetaron, si bien los cristianos posteriores se ocuparon en restaurarlos, las iglesias que

aún existen se conservan por haber sido adaptadas a mezquitas. Otras iglesias no son más que ruinas. Los castillos y las fortificaciones de los francos sufrieron tantos daños, en el transcurso de las guerras, que los conquistadores musulmanes, si los querían utilizar, tenían que reconstruirlos, sobre todo las murallas exteriores y las puertas. Lo que el hombre abandonó, la naturaleza se encargaba de arruinarlo en esa tierra castigada por los terremotos. Aun cuando los arqueólogos modernos han aplicado su erudición a la tarea de la restauración, como en el Krak des Chevaliers, no es siempre posible distinguir entre la obra de los cruzados y la de los mamelucos.

Los primeros edificios que hubieron de construir los cruzados estaban destinados a la defensa. La construcción de iglesias y palacios tuvo que aplazarse hasta que el país estuviera conquistado y seguro. Había que reparar las murallas de las ciudades y construir castillos que vigilasen las fronteras y sirvieran como centros administrativos fuertes en los distritos rurales. Las fortificaciones de las ciudades más importantes sólo requerían un arreglo eventual, salvo en los pocos casos en que los cruzados habían conseguido abrirse paso mediante una brecha en las murallas. En Antioquía, el gran sistema defensivo, construido por los bizantinos hacia fines del siglo X, había sufrido muy poco daño. Los príncipes latinos no tuvieron necesidad de mejorarlo. De manera semejante, las reparaciones en las murallas fatimitas de Jerusalén fueron exiguas, aunque los cruzados al parecer, en seguida introdujeron modificaciones y mejoras en la torre de David. Pero empezaron muy pronto a construir castillos en ciudades que tenían ya fortificaciones adecuadas. Todos estos castillos se construían en un ángulo de la ciudad y podían defenderse independientemente. Sus señores no sólo querían poder proseguir la resistencia en el caso de que cayera la ciudad en manos enemigas, sino disfrutar también de una posición dominante sobre el núcleo urbano, sobre todo si los habitantes resultaban ingobernables. El primer castillo que puede fecharse con seguridad es el del conde Raimundo en el monte de los Peregrinos, construido en 1104 para servirle de cuartel general durante el sitio de Trípoli. Se hallaba fuera de la ciudad, aunque la Trípoli musulmana fue construida después al pie del monte. Pero de la obra realizada por Raimundo no sobrevive casi nada más que la muralla oeste. Los castillos de los príncipes de Galilea en Tiberíades y Torón debieron construirse por la misma época. Pero la primera gran edad de la construcción de castillos empezó en la segunda década del siglo XII, bajo el reinado de Balduino II, y se prosiguió bajo el cetro de Fulko, cuando se erigieron fortalezas tan magníficas como Kerak de Moab, Beaufort y, más al

Norte, Sahyun, así como los fuertes menores de Judea, tales como Blanchegard e Ibelin [1].

Los cruzados encontraron la arquitectura militar mucho más desarrollada en Oriente que en Occidente, donde empezaba a hacer su aparición por entonces el castillo construido de piedra. Los romanos habían estudiado la defensa militar como ciencia. Los bizantinos, obligados por interminables invasiones extranjeras a las que tenían que hacer frente, la habían adaptado a sus necesidades, y los árabes habían aprendido de ellos. Pero los problemas de los bizantinos no eran iguales que los de los cruzados. Los bizantinos presumían que el poderío humano siempre era asequible; podían sostener guarniciones numerosas. Se preocupaban a fondo de defender bien sus ciudades. Las murallas de Constantinopla podían aún, mil años después de su construcción, desafiar al moderno cañón de los otomanos, y las murallas de Antioquía provocaron la admiración de los cruzados. Pero el castillo bizantino no era mucho más que un campamento fortificado. Estaba concebido para afrontar a un enemigo cuyos armamentos eran inferiores a los bizantinos, pues los árabes, que eran sus rivales más peligrosos, se hallaban menos avanzados en máquinas de asedio. Las murallas del castillo no tenían que ser sólidas, ya que un sistema de zanjas, cuya característica principal era una trinchera, por lo menos, de considerable ancho, impedía al enemigo acercarse con sus catapultas o escalas de asalto. Las torres se construían con un ligero saliente a intervalos regulares a lo largo de las murallas, no tanto para defender las murallas mismas como para permitir un mayor radio de acción sobre el enemigo a los arqueros y lanzadores de fuego de la guarnición. El hecho de mantener en el centro el recinto no debe atribuirse a la intención de tener un último punto de defensa, sino más bien a constituir un almacén de armamentos y provisiones. Excepto algunos ejemplos en la frontera armenia, donde vivían algunos barones fronterizos semiautónomos, el castillo bizantino no estaba pensado como residencia. El alcaide era un soldado profesional, que dejaba en casa a su esposa y sus hijos. Por último, aunque se sacaba provecho de las defensas naturales, la inaccesibilidad del sitio no constituía la consideración más importante. Los castillos se utilizaron primordialmente como barracones. No era conveniente obligar a los soldados a subir y bajar una montaña cada vez que se ponían en movimiento [2].

Los árabes tendían a seguir los modelos bizantinos, aunque, como

[1] Véase *supra, vol.* II, págs. 65, 96, 212-3. Véase Deschamps, *La Défense du Royaume de Jérusalem*, págs. 5-19, y *Le Crac des Chevaliers*, págs. 43-4.

[2] Deschamps, *Le Crac*, págs. 45-57; Ebersolt, *Monuments d'Architecture Byzantine*, págs. 101-6; Fedden, *Crusader Castles*, págs. 22-6.

sus ejércitos eran esencialmente móviles y agresivos, estaban menos interesados en problemas de defensa [3].

Los cruzados estudiaron la arquitectura militar que encontraron a su paso hacia el Este, y aprendieron mucho de ella. Pero sus necesidades efectivas eran diferentes. Andaban siempre escasos de poderío humano y no podían sostener grandes guarniciones. Por tanto, sus castillos tenían que ser mucho más poderosos y fáciles de defender. Había que elegir el sitio a causa de sus condiciones defensivas. Había que aprovechar al máximo todas las laderas y colinas, y como rara vez podían enviarse emisarios con mensajes, cada fuerte tenía que poder ver y hacer señales a los inmediatos. Las murallas tenían que ser mucho más gruesas y altas, para poder resistir a un ataque directo, ya que la defensa de zanjas exteriores distraía demasiada gente. Al mismo tiempo, el castillo tenía que servir como residencia del señor y oficina para su administración. Los francos trajeron consigo los métodos feudales y se hallaban gobernando a gente extranjera. El castillo era la sede del gobierno local. Su recinto tenía que ser también lo bastante amplio para proteger a los rebaños durante las frecuentes algaradas enemigas. El castillo, en efecto, desempeñó un papel mucho más importante entre los francos que entre los bizantinos o los árabes [4].

En Occidente, el castillo no era aún más que una posición cuadrada y sólida, o torre del homenaje, de un tipo perfeccionado por los normandos. Era inadecuado para las necesidades de Ultramar. Los cruzados tuvieron que ser pioneros. Tomaron muchas ideas de los bizantinos. De ellos aprendieron el uso del matacán y el valor de situar torreones a lo largo de la muralla principal, aunque en este punto pronto introdujeron una modificación, al descubrir que una torre redonda daba un dominio más amplio que la torre rectangular preferida por los bizantinos. Los castillos menores construidos por los cruzados al principio del siglo XII, como Belvoir, imitaban el modelo bizantino, con una muralla exterior más o menos rectangular, reforzada con torreones, y encerrando un espacio central donde se alzaba la torre del homenaje. Pero los sitios se elegían para evitar la construcción de zanjas exteriores, y toda la edificación era mucho más sólida. Con frecuencia se aprovechaban obras bizantinas. En Sahyun, los anchos fosos bizantinos se completaron con un estrecho canal, de noventa pies de profundidad, cortado en la roca viva [5].

[3] Deschamps, *Le Crac,* pág. 51; Fedden, *op. cit.,* pág. 26.

[4] Deschamps, *Le Crac,* págs. 89-103; Smail, «Crusaders Castles of the Twelfth Century», en *Cambridge Historical Journal,* vol. X, 2, constituye un excelente estudio acerca de las funciones del castillo.

[5] Para el plano de Belvoir, véase Deschamps, *La Défense,* pág. 121, y para

Los francos agregaron también el rastrillo, que no había sido utilizado en Oriente desde los tiempos romanos, y la entrada en rampa que empezaban a preferir los árabes, pero que rara vez emplearon los bizantinos, quizá por ser inconveniente para las pesadas máquinas que introducían en los castillos [6].

Los castillos mayores eran, naturalmente, más complicados. Una fortaleza como Kerak no tenía que albergar sólo al señor feudal y su familia, sino también a los soldados y los escribanos necesarios para la administración de la provincia. En castillos de este tipo, durante el siglo XII, la torre del homenaje con sus sectores residenciales se hallaba generalmente en el ángulo más alejado y defendible del recinto. Los almacenes y la capilla se establecían, por lo general, en el espacio central, mientras otras torres en torno al recinto eran lo bastante amplias para servir de alojamiento a soldados y como oficinas. El plano variaba, según el terreno del emplazamiento, el área en que se hallaba situado el castillo. La torre del homenaje era aún una torre rectangular, sencilla, al estilo normando, generalmente con una sola entrada. La obra de albañilería era sólida y lisa, aunque se intentó decorar las partes residenciales y la capilla. Por desgracia, nada ha sobrevivido de la decoración del siglo XII en los castillos. Aquellos castillos que siguieron siendo cristianos después de la época de Saladino fueron decorados de nuevo en el siglo siguiente. Los sarracenos cambiaron la decoración de los que ocuparon, y los restantes se convirtieron en ruinas [7].

Conforme iba avanzando el siglo XII se introdujeron ciertos cambios en los planos de los castillos. Llegó a considerarse más lógico situar la torre del homenaje, que era la parte más fuerte del castillo, en el sector más débil del recinto, y la torre solía ser redonda, en vez de cuadrada, ya que una superficie redondeada resistía con más eficacia el bombardeo. Se abrieron más puertas y poternas. El tamaño de los castillos tendía a aumentar, en especial cuando las órdenes construían castillos propios o se hacían cargo de los de señores seculares. En los castillos de las órdenes no había que alojar a ninguna dama, y aunque los altos jefes podían disponer de estancias elegantes, todos los que residían en ellos estaban ahí con una finalidad castrense. Las fortalezas mayores, como el Krak o Athlit, eran

el plano aún más sencillo de Chastel Rouge, *Le Crac,* pág. 57. Los castillos gemelos de Shoghr-Baka fueron reforzados con fosos artificiales, como Sahyun (*Le Crac,* págs. 80-1).

[6] Deschamps, «Les Entrées des Châteaux des Croisés», en *Syria,* vol. XIII.

[7] Véase, por ejemplo, en Deschamps, *La Défense,* págs. 80-93, 167-75, la detallada descripción y planos del castillo de Kerak en Moab y Subeibah, en Banyas, y grabados.

ciudades militares que podían albergar varios millares de hombres de armas y los servidores necesarios para esa hueste. Pero rara vez se hallaban totalmente llenos. Las defensas se mejoraron por entonces mediante el uso de un recinto doble y concéntrico. Los grandes castillos hospitalarios, como el Krak y Marqab, tenían un cinturón doble. Los templarios siguieron el mismo sistema en Safita, pero por regla general preferían el recinto simple; sus principales castillos del siglo XIII, Tortosa y Athlit, se ajustaban al esquema primitivo, pero en ambos casos los sectores más largos de las murallas se alzaban directamente desde el mar. A través de la península que unía a Athlit con la tierra firme había una complicada línea doble. También el castillo teutónico de Montfort poseía un recinto simple. La idea del recinto doble no era nueva. Las murallas terrestres de Constantinopla se construyeron en forma de línea doble en el siglo V, y en el VIII, el califa al-Mansur rodeó su ciudad circular de Bagdad con una línea doble. Pero los hospitalarios fueron los primeros en aplicar este sistema a un castillo aislado, aunque sólo podía hacerse en los casos de castillos de considerable tamaño [8].

Otras mejoras del siglo XIII fueron el paramento cuidadosamente alisado de las murallas frontales, para dar la menor sujeción posible a las escalas de asalto, el empleo más amplio de matacanes y aspilleras para los arqueros, que tenían ahora, por lo general, una inclinación descendente y a veces una base en forma de estribo, y una mayor complejidad en las puertas de entrada. En el Krak había un largo acceso cubierto, dominado por aspilleras en las murallas laterales, luego tres esquinas en ángulo recto, un rastrillo y cuatro puertas separadas. Las poternas se hallaban en ángulos ocultos, dispositivo introducido por primera vez por los bizantinos [9].

Estas enormes fortalezas, con su sólida obra de albañilería, situadas soberbiamente sobre peñascos o cimas de montaña, parecían inexpugnables en los tiempos anteriores a la pólvora. La condición del terreno impedía casi siempre el empleo de las escalas, y tampoco se podían aproximar las torres de asedio a menos que el suelo fuese llano y careciera de fosos. En ocasiones ya era muy difícil para los sitiadores encontrar un lugar lo bastante cercano en que pudiesen emplazar las catapultas y balistas para lanzar piedras. El mayor peligro técnico era la mina. Los zapadores podían cavar un túnel bajo las murallas, apuntalándolo con vigas de madera, las cuales podían ser

[8] Rey, *Architecture Militaire des Croisés*, págs. 70 y sigs. (exagera la diferencia entre los estilos templario y hospitalario); Fedden, *op. cit.*, págs. 28-9. Véase Deschamps, *Le Crac*, págs. 279 y sigs., para las etapas y cambios de estilo. Véase también Melvin, *La vie des Templiers*, págs. 136-42.

[9] Fedden, *op. cit.*, págs. 29-30.

incendiadas con broza, provocando el derrumbamiento del túnel y así el del edificio que estuviese encima. Pero la labor de mina era imposible si el castillo se hallaba construido, como el Krak, sobre roca viva. Cuando un castillo caía, las razones eran generalmente otras. A pesar de los almacenes y cisternas, el hambre y la sed eran auténticos peligros. La falta de poderío humano implicaba a menudo el no poder atender debidamente las defensas. Muchas veces el reino no podía permitirse el lujo de enviar una fuerza de socorro, y la idea de aislamiento provocaba el pesimismo entre la guarnición. En pleno auge de los triunfos de Saladino, el gran castillo de Sahyun, que tenía fama de ser el más poderoso de su época, sólo resistió durante tres días a los musulmanes [10].

La importancia de los castillos cruzados radica más en la esfera de lo militar que en la historia estética. Los cruzados que se repatriaban traían a Europa las ideas que cobraron expresión en aquella zona, y castillos como el Château Gaillard, de Ricardo Corazón de León, inauguraron su preponderancia en el mundo occidental. Pero los castillos de Oriente tenían también su valor artístico. Sus capillas se cuentan entre los mejores ejemplos de arquitectura eclesiástica en Ultramar. Sus grandes naves, las más hermosas de las cuales se hallan en el Krak, son comparables a las mejores naves góticas primitivas de la Europa occidental. Sus barrios residenciales, que sobreviven para darnos una idea de los palacios nobiliarios en Ultramar, muestran delicadeza y buen gusto. La cámara del gran maestre, en el Krak, situada en lo alto de la torre sudoeste del recinto interior, con sus bóvedas nervadas, sus esbeltas pilastras y su friso sencillo, pero muy decorativo, con sus flores de cinco pétalos esculpidas, era tal vez más elegante que la mayoría de las estancias de las grandes fortalezas, aunque debía haberse inspirado más bien en los ricos castillos y palacios de las ciudades. Su estilo es el gótico del siglo XIII de la Francia del norte, mientras la gran nave tiene una tracería de piedra emparentada con la fábrica de Reims, en la coetánea iglesia de San Nicolás [11].

Los castillos eran principalmente obra de ingeniería. Las iglesias estaban concebidas como obras de arte. Cuando los cruzados llegaron a Oriente encontraron una antigua tradición de construir los edificios adecuados al país. La madera era una mercancía rara. Toda la producción forestal se destinaba a la construcción de barcos y de armamentos. Los arquitectos se veían obligados, por tanto, a

[10] Oman, *History of the Art of War in the Middle Ages*, II, págs. 29 y siguientes; Fedden, *op. cit.*, págs. 34-40.

[11] Deschamps, *Le Crac*, págs. 197-224; Enlart, *Les Monuments des Croisés*, II, págs. 96-9.

construir sin vigas. Los tejados eran de piedra y, por lo general, lisos, para servir de terraza a la hora fresca del atardecer. La bóveda se aplicaba normalmente para servir de apoyo a los tejados, y el arco apuntado, con su posibilidad de soportar grandes pesos, ya estaba de moda. El estilo indígena de los arquitectos sirios era bizantino-árabe, perfeccionado bajo la dinastía de los califas omeyas, pero tenía influencias de desarrollos posteriores de los abasidas y de la arquitectura fatimita y su reminiscencia norteafricana. El constructor sirio había visto, hacía poco, trabajar a los bizantinos en los Santos Lugares y en Antioquía, donde se registraba también un influjo de los armenios, expertos artesanos con estilo propio.

La primera iglesia que los cruzados construyeron en Oriente fue la catedral de San Pablo, en Tarso, que se concluyó antes de 1102. Es un edificio basto, nada elegante, de estilo románico, como las iglesias románicas del norte de Francia, pero con sus arcos apuntados. Es de planta rectangular, con dos alas y una nave alineada con entrepaños alternando con columnas. Estas proceden de algún edificio antiguo. Sus capiteles son simple bloques con triángulos recortados en las esquinas, una forma decorativa que se halla en Renania, pero también en Armenia, y que en Tarso fue obra probablemente de operarios armenios. A su manera ruda, constituye un preludio de la arquitectura cruzada posterior [12].

En cuanto los colonos estuvieron tranquilamente establecidos, su primer cuidado fue reparar los Santos Lugares y después proveer de iglesias adecuadas a sus ciudades principales. De los santuarios más venerados, la iglesia de la Natividad de Belén, construida por Constantino y restaurada por Justiniano, se hallaba aún en buen estado. Las únicas adiciones arquitectónicas hechas por los cruzados fueron un sencillo claustro gótico, edificado probablemente hacia 1240, y pórticos al norte y al sur de la Gruta de la Natividad, construidos hacia 1180 en un estilo románico tardío con arco apuntado y decoración de acanto en los capiteles, presunta obra siria. También construyeron edificios monásticos en torno a la iglesia, los cuales han sido destruidos [13]. Pero la iglesia más venerada de todas, la del Santo Sepulcro de Jerusalén, parecía insuficiente a los cruzados. Después de su destrucción por el califa Hakim, los bizantinos habían reconstruido la rotonda que rodeaba la misma tumba, pero habían allanado el extremo Este y construido en él tres ábsides. La capilla de Santa María Virgen había sido adosada al norte de la rotonda, y las tres capillas de San Juan, la Trinidad y Santiago, al Sur. La del Gólgota

[12] Enlart, *op. cit.*, págs. 378-9.
[13] Enlart, *op. cit.*, II, págs. 66-8.

había sido reconstruida como capilla aislada, igual que se hizo en la de Santa Elena con la gruta de la Invención de la Cruz. Todos los edificios se hallaban suntuosamente decorados con mármoles y mosaicos. Los cruzados decidieron colocar todos los edificios bajo una misma cubierta. La obra principal debió de llevarse a cabo después del terremoto de 1114 y antes de 1130, aunque había aún partes inconclusas en la época de la muerte de Balduino II, acaecida en 1131, y el conjunto del nuevo edificio no fue consagrado hasta el 15 de julio de 1149, quincuagésimo aniversario de la conquista de la ciudad. El campanario fue agregado hacia el año 1175.

El plano de la nueva edificación se hallaba inevitablemente condicionado al terreno, limitado al Sur por la roca del Gólgota y al Este por la pendiente que conduce a la capilla de Santa Elena, situada varios pies más baja que la rotonda. Los cruzados, por tanto, derribaron el muro oriental de la rotonda bizantina, destruyendo sus ábsides y sustituyendo el central por un amplio arco que daba acceso a la iglesia nueva. Esta constaba de un coro con una cúpula sobre pechinas cerca del extremo Este, con un pasillo y un deambulatorio circundándola toda, y con un extremo oriental volteado, con tres ábsides. Entre el ábside central y el ábside meridional había una escalera que conducía directamente hacia la capilla de Santa Elena. La nave sur se hallaba frente a la capilla del Gólgota, que fue reconstruida, aunque se conservaron los mosaicos bizantinos, igual que las columnas de entrada. Al oeste del Gólgota, y entre éste, la rotonda y la capilla de San Juan, se erigió un nuevo atrio para encerrar la Piedra de Unción y las tumbas de Godofredo y del rey Balduino I. Un pórtico, la entrada principal de hoy, lleva desde el atrio a un patio. A lo largo de la nave norte había una nave exterior, obra principalmente de bizantinos, que se abría a otro patio, desde el cual un pasillo conducía, después de la capilla de Santa María, a la calle del Patriarca. Un tercer patio rodeaba la capilla de Santa Elena, y a su vez estaba rodeado por nuevas edificaciones construidas para alojar a los priores agustinos, a cuyo cuidado había sido encomendada la iglesia.

Algunas de las obras de los cruzados que sobrevivieron al saqueo perpetrado por los kwarismianos en 1244, al paso del tiempo y al desastroso incendio de 1808, muestran un parentesco con las grandes iglesias de peregrinación de tipo cluniacense, sobre todo con la de San Sernin de Tolosa, consagrada por el papa Urbano II inmediatamente después del Concilio de Clermont. El deambulatorio recuerda en gran medida a los de la propia abadía de Cluny y de San Sernin. La diferencia radica en las proporciones. Los arquitectos del Santo Sepulcro conservaron las columnas más bajas y robustas, para

mantener la armonía con las de la rotonda bizantina, cuyo diseño tendría en cuenta probablemente la resistencia contra las sacudidas de los terremotos. Los detalles decorativos, excepto donde se conservaron mosaicos y capiteles bizantinos, pueden compararse con muchos aspectos artísticos de la Francia del Sur y del Sudoeste. Los relieves, sobre todo los figurativos en los dinteles, parecen en su mayoría obra de la escuela de Tolosa, aunque probablemente fueron realizados en Ultramar. En general, es probable que los arquitectos y artistas de todo el monumento fueran franceses, posiblemente de la Francia del Sudoeste, educados en la tradición cluniacense. El arquitecto del campanario se llamaba Jordán, nombre dado por lo general a los niños bautizados en el río sagrado. Seguramente habría nacido en Palestina [14].

La iglesia del Santo Sepulcro fue el único santuario antiguo en el que los cruzados introdujeron grandes modificaciones. Restauraron varias capillas pequeñas, tales como la de la Ascensión, en el monte de los Olivos, y la de la tumba de la Virgen, en Getsemaní. Cuando la Cúpula del Peñasco se convirtió en iglesia de los templarios, éstos sólo le agregaron una decoración de mármol y hierro, y la mezquita de al-Aqsa también quedó intacta, aunque los cimientos fueron acondicionados para construir establos y almacenes, y en torno a la mezquita se edificaron casas para albergar a la Orden, mientras en el Sudoeste se le agregó un ala que se convirtió en la residencia favorita de los reyes. En la mayoría de las ciudades que colonizaron, los cruzados encontraban iglesias demasiado arruinadas para que valiese la pena restaurarlas, o, en otras partes, se las dejaron a las sectas indígenas, que ya estaban en posesión de ellas. Se hicieron cargo de algunos monasterios antiguos, pero en conjunto preferían construir de nueva planta sus propios edificios. A veces aprovechaban lugares y establecimientos anteriores, como la basílica del monte Sión; otras veces modificaban levemente el estilo del lugar anterior, como hicieron con la iglesia de Getsemaní. Pero lo más frecuente era que eligieran sus lugares propios o que reconstruyeran totalmente las iglesias en lugares tradicionales [15].

Aparte de las iglesias templarias, que tenían forma circular, el diseño invariable para una capilla pequeña era un rectángulo, con un ábside, a veces dentro del muro exterior, en el extremo Este. La fábrica era sólida. Una bóveda sencilla, de crucería, sostenía el tejado liso y de piedra. Capillas de este tipo se construían en todos los castillos, incluso en algunos tan solitarios como la for-

[14] Enlart, *op. cit.*, II, págs. 144-80; Duckworth, *The Church of the Holy Sepulchre*, págs. 203-58; Harvey, *Church of the Holy Sepulchre*, págs. ix-x.
[15] Enlart, *op. cit.*, II, págs. 207-11, 214-21, 233-6, 243-5, 247-9.

taleza situada en la colina de Wueira, cerca de la antigua Petra [16]. Las iglesias más grandes también eran rectangulares, con naves laterales que se extendían a lo largo del edificio, separadas de la nave central por pilares o entrepaños. Había casi siempre tres ábsides, generalmente ocultos en el grueso del muro. La gran catedral de Tiro y una o dos iglesias más poseían breves cruceros, que convertían el plano del suelo en cruciforme, aunque sin significación estructural. La catedral de Tortosa tiene un diaconicón y una prótesis construidos en los ángulos sudeste y nordeste. Algunas iglesias, como la de Santa Ana, en Jerusalén, y probablemente la catedral de Cesarea, tenían cúpulas sobre pechinas cubriendo el espacio anterior al santuario, pero el tejado era por lo general plano o en forma de barril. Las naves laterales se hallaban casi invariablemente cubiertas de bóvedas sostenidas por aristas de encuentro. La nave tenía o bien una bóveda de arista, o una gran bóveda de cañón, apuntada y con nervios. Cuando las naves eran más bajas que el resto de la iglesia, una parte de la pared poseía ventanas. Estas, incluso en el extremo Este, eran pequeñas, para protegerse contra la violenta luz solar de Siria. Con pocas excepciones, los arcos eran apuntados. Las torres fueron raras. La abadía del monte Tabor tenía dos torres, una a cada lado de la entrada oeste, con sendas capillas absidales al nivel del suelo. Los campanarios se hallaban a veces agregados a la iglesia, pero nunca formaban parte integrante de ella [17].

La decoración de las iglesias del siglo XII era sencilla. A menudo se utilizaban columnas de edificios antiguos. Los capiteles variaban. Algunos eran antiguos, otros copiados de los estilos bizantino y árabe, de labor corintia y de cestería, realizados tal vez por artesanos nativos o por francos que habían observado dibujos indígenas, y otros en estilo románico de Occidente [18]. Algunas iglesias, como la de Qariat el-Enab, tenían frescos en estilo bizantino [19], y había mosaicos en el Cenáculo del monte Sión y en la capilla de la Dormición, próxima a él [20]. Puede ser que hayan trabajado allí artistas bizantinos,

[16] De la capilla de Wueira se conserva poco más que el ábside. Existe una cornisa ligeramente tallada, pero éste es el único indicio de decoración. Los bloques de piedra utilizados para su construcción son menores de lo usual en las edificaciones de los cruzados. Parece ser que tuvo un pequeño nártex y una cripta. La capilla de Kerak, considerablemente mayor, tenía cuatro ventanas. Se dice que tenía frescos, pero no se conservan. La capilla templaria de Athlit no era circular, sino dodecagonal; data del siglo XIII.

[17] Véase Enlart, *op. cit., passim.*

[18] Véase Enlart, *op. cit.*, I, págs. 70-3.

[19] Véase *infra,* pág. 348.

[20] Daniel el Higumeno (en Khitrowo, *Itinéraires Russes,* pág. 36) vio mosaicos en el Cenáculo en 1106; y hacia 1160 Juan de Würzburg describe los retratos de los Apóstoles en mosaico que allí había, y una inscripción en latín

como es seguro que lo hicieron en la Natividad de Belén, enviados a este lugar por el emperador Manuel, juntamente con sus materiales [21]. La ornamentación pictórica era rara. Las decoraciones esculpidas en torno a los arcos eran generalmente cheurones o dientes de perro. Es muy escasa la escultura figurativa que ha llegado hasta nosotros. Las dovelas de los arcos eran a menudo almohadilladas. Otra decoración predilecta era la roseta sencilla [22].

El efecto corriente que producían las iglesias del siglo XII resultaba algo pesado; eran casi rechonchas, en comparación con las obras coetáneas de Occidente. Ello se debía a la necesidad de evitar el empleo de madera, a la vez que había que proteger los edificios contra terremotos; no obstante, el resultado acusaba buenas proporciones. Los cruzados tuvieron a su lado, sin duda, a sus propios arquitectos, imbuidos de los estilos de Francia, sobre todo del provenzal y del tolosano, pero evidentemente se aconsejaron de constructores locales. Aprendieron en Oriente el empleo del arco apuntado. Los primeros ejemplos conocidos en Occidente se hallan en dos iglesias construidas hacia el año 1115 por Ida de Lorena, madre de los dos primeros gobernantes francos de Jerusalén. Su primogénito, Eustaquio de Boloña, había regresado poco antes de Palestina. Es difícil no admitir que los arquitectos que regresaron con él no popularizaran la nueva forma en Occidente, donde se desarrolló para servir a necesidades estructurales locales [23].

Es imposible hacer generalizaciones sobre los orígenes de los diversos detalles arquitectónicos y ornamentales. La cúpula de Santa Ana, en Jerusalén, se parece muchísimo a las cúpulas que los arquitectos franceses construyeron en Périgord, pero el mismo tipo de cúpula, construida sobre pechinas sin tambor, puede hallarse en Oriente [24]. La manera románica de tallar la piedra es a menudo tan

detallando la venida del Espíritu Santo, y un mosaico en la capilla de la Dormición, con la Asunción y una inscripción en latín, pero con caracteres griegos *(P. P. T. S.*, págs. 42-3).

[21] Véase *infra,* pág. 348.

[22] Enlart, *op. cit.*, I, págs. 93 y sigs.

[23] Enlart, *op. cit.,* I, págs. 3-4, 67-8. Algunos detalles de la decoración de las iglesias de Ida, en Wast, y Saint Wlmer, en Boloña, recuerdan las obras árabes. Los arcos apuntados de casi la misma fecha se encuentran en Cluny. La parte que corresponde a los arquitectos armenios en la difusión del arco apuntado y la bóveda ojival (desacreditados por las pretensiones exageradas de Strzygowski) son dignas de consideración. Véase Baltrusaitis, *Le Problème de l'Ogive et l'Arménie,* págs. 45 y sigs., esp. págs. 68-70. Más aún se podría decir de la obra de los armenios en Ultramar. Véase también Clapham, *Romanesque Architecture,* págs. 107-12.

[24] Clapham, *loc. cit.* La cúpula de Santa Sofía, en Constantinopla, no tiene tambor. Los tambores eran poco frecuentes en la arquitectura persa.

semejante a la bizantina y la armenia, que no pueden establecerse fácilmente las diferencias. Es probable que los relieves figurativos y los capiteles más fantásticos fueran la obra de artistas francos, pero los tradicionales dibujos del acanto y de la hoja de parra eran de origen local. El motivo del cheurón parece que se desplazó hacia el Sur, incluso en Europa, desde el Norte, pero el diente de perro era ya conocido en Oriente. Aparece, como la dovela almohadillada, en la gran puerta fatimita, la Bab al-Futuh, de El Cairo, que fue construida por arquitectos armenios de Edesa, ciudad en la que los bizantinos habían llevado a cabo, algunas décadas antes, gran parte de las nuevas edificaciones [25].

En el arte pictórico, los ejemplos que sobreviven demuestran tanta influencia bizantina que parece dudoso el que trabajase algún artista franco en Oriente. Los mosaicos de Belén fueron diseñados y montados por artistas de Constantinopla, con toda seguridad, y se conocen sus nombres, Basilio y Efraim, aunque trabajaron en colaboración con las autoridades latinas locales. Representan santos occidentales y orientales, y las inscripciones están en latín y en griego. El Cristo en mosaico de la capilla latina del Calvario es también probable obra de ellos [26]. Los frescos, rápidamente desvanecidos, de Qariat el-Enab, son de estilo bizantino; pero mientras la elección de tema es de tipo oriental, las inscripciones son latinas [27]. Había con seguridad artistas griegos trabajando en Palestina bajo el patrocinio del emperador Manuel, hacia 1170, a los que se deben los frescos de los monasterios ortodoxos de Calamón y San Eutimio. Sin duda los monjes latinos de Qariat los contrataron para decorar su iglesia [28]. La pequeña iglesia de Amioun, no lejos de Trípoli, se ha tomado a veces, por su arquitectura, por monumento de los cruzados, pero el hecho de hallarse bajo la advocación de un santo griego, Focas, sus inscripciones griegas y sus frescos bizantinos demuestran que ha sido siem-

[25] Clapham, *op. cit.*, págs. 110, 112-13. Se resiste a admitir como importantes las comparaciones con armenios, debido a la incertidumbre de las fechas. Pero la decoración de las iglesias en la Gran Armenia se puede fechar con bastante precisión. Véase Der Nersessian, *Armenia and the Byzantine Empire*, págs. 84-109 (que demuestra, de pasada, la dificultad de establecer los orígenes de los motivos de decoración).

[26] *Church of the Nativity at Bethlehem* (ed. Schultz), págs. 31-7, 65-6 (descripción de Juan Focas); Enlart, *op. cit.*, I, pág. 159, II, págs. 65-6; Dalton, *Byzantini Art and Archeology*, págs. 414-15. Véase *supra*, vol. II, página 356 y n. 48. El mosaico de Cristo en la Gloria de la bóveda de la capilla latina del Calvario se encuentra reproducido como frontispicio en Harvey, *op. cit.*, I. Se ha escrito muy poco acerca de él. Quizá sea obra bizantina del siglo anterior.

[27] Enlart, *op. cit.*, II, págs. 323-4.

[28] Véase *supra*, vol. II, págs. 355-6, n. 48.

pre un santuario ortodoxo. Ello pone de manifiesto lo difícil que resulta establecer un acusada diferenciación entre el estilo franco y el local [29]. Muchas iglesias francas disfrutaban de donaciones obtenidas por sus prelados del emperador de Constantinopla. El gran arzobispo Guillermo de Tiro nos refiere que el emperador Manuel le dio regalos suntuosos para su catedral [30], y el cadáver del obispo Acardo de Nazaret, que visitó la ciudad imperial para negociar el matrimonio de Balduino III y murió allí, fue devuelto cargado de presentes [31]. A lo largo del siglo XII, sobre todo en tiempos de Manuel, había intercambios frecuentes entre Ultramar y Bizancio, y la influencia artística bizantina tuvo que haber sido importante para los francos. Se prolongó hasta el siglo siguiente. La descripción que Wibrando de Oldenburgo hace del palacio de los Ibelin de Beirut, con sus mosaicos y sus mármoles, recuerda el trabajo bizantino. El Viejo Señor, Juan de Ibelin, que lo edificó, era hijo de una princesa bizantina [32].

El palacio de Beirut era una excepción. La arquitectura del siglo XIII en Ultramar se ceñía aún más a las tradiciones francesas que la del siglo XII. Con la reducción del territorio franco a poco más que las ciudades costeras, los operarios y tradiciones indígenas parecen haber desempeñado un papel más modesto. La última iglesia importante que se construyó antes de las conquistas de Saladino fue la catedral de la Anunciación, en Nazaret. El edificio fue destruido por Baibars, pero la notable escultura figurativa que se conserva es puramente francesa. El gran pórtico, que casi siempre solía adornarse, parece haber sido muy semejante a los de numerosas catedrales francesas de la época, y toda la fábrica se hallaba probablemente más cerca de los edificios franceses que del estilo local anterior [33]. La principal iglesia que se construyó en el siglo XIII, la de San Andrés, de Acre, era un edificio alto, gracioso, de estilo gótico. Pocas son las huellas que quedan ahora, pero las descripciones y dibujos de viajeros primitivos coinciden en destacar su altura. Sus naves laterales eran altas y recibían la luz por ventanas alargadas, estrechas, agudamente apuntadas, con una delicada arcada ciega que corría alrededor de los muros exteriores debajo de ellas. No podemos decir cómo les llegaba la luz a la claraboya o al extremo Este, pero sobre la puerta oeste había tres anchas ventanas, y sobre ellas otras tres en forma de ojo de buey. Todo lo que sobrevive ahora de la

[29] Enlart, *op. cit.*, II, págs. 35-7.
[30] Guillermo de Tiro, XXII, 4, pág. 1068.
[31] *Ibid.*, XVIII, 22, pág. 857.
[32] Wilbrando de Oldenburgo en Laurent, *Peregrinatores Medii Aevi Quattuor*, págs. 166 y sigs. Véase *supra*, vol. II, pág. 290.
[33] Enlart, *op. cit.*, págs. 298-310.

iglesia es un atrio, probablemente el del extremo Oeste, que fue llevado a lomo de camello a El Cairo después de la conquista de Acre e instalado como entrada a la mezquita construida en memoria del sultán conquistador, al-Ashraf. Sus proporciones son esbeltas y delicadas. Una serie de tres delgadas pilastras, con otras dos aún más delgadas, soporta la curva del arco en cada lado, y la moldura de la curva corresponde a las pilastras. En el espacio del arco se halla un arco trebolado, horadado por un ojo de buey. El estilo es el gótico tardío del sur de Francia [34].

La obra del siglo XIII en el Krak des Chevaliers demuestra el mismo gusto por una mayor altura. La aireada cámara del gran maestre y la gran sala de banquetes son de espíritu completamente occidental. La segunda tiene un atrio de proporciones muy similares a las de San Andrés, de Acre, aunque sus pilastras son menos delicadas; pero posee un rosetón trabajado en el centro del arco, en lugar del ojo de buey que se halla en San Andrés [35].

Han quedado, desgraciadamente, muy pocos monumentos del siglo XIII, pero en general el estilo de Ultramar iba acercándose más al estilo gótico francés coetáneo de la isla de Chipre de los Lusignan y se apartaba del estilo más indígena del siglo anterior. Las obras que sobreviven en Nazaret hacen suponer que el arte de los cruzados estaba manteniéndose en contacto con el movimiento gótico de Occidente. Las conquistas de Saladino indujeron a muchos artesanos nativos a compartir su suerte con los musulmanes. La caída de Bizancio al doblar el siglo disminuyó inevitablemente las influencias bizantinas, y la tercera Cruzada produjo el traslado de muchos artistas y operarios occidentales a Oriente. Al mismo tiempo, la creciente hostilidad entre las Iglesias latina y ortodoxa contribuyó a establecer una distinción más tajante entre sus respectivos estilos.

Sólo un manuscrito ilustrado del siglo XII ha llegado hasta nosotros como procedente de Ultramar. Se trata del psalterio llamado de la reina Melisenda. Es evidente que perteneció a una mujer, y como cita las muertes de Balduino II y de la reina Morfia, pero no la del rey Fulko, se ha supuesto que haya pertenecido a Melisenda y que su redacción sea anterior a la muerte de Fulko. Sin embargo, también podría haber sido hecho para la hermana de Melisenda, Joveta, abadesa de Betania, y en tal caso, como cualquier mención de Fulko hubiese carecido de propósito, podría fecharse en cualquier momento de la vida de Joveta, es decir, alrededor de 1180. El texto fue escrito por un culto escriba latino, y las viñetas decorativas pa-

[34] Enlart, *op. cit.*, II, págs. 15-23.
[35] Enlart, *op. cit.*, I, págs. 134-7.

recen más bien latinas que bizantinas, pero las ilustraciones a toda página son bizantinas, en el estilo de las provincias orientales del Imperio. Aparece la firma de un pintor llamado Basilio, y es posible que se trate del mismo Basilio que fue autor de los mosaicos de Belén del año 1169. Las pinturas tienen algún parecido con las de un leccionario de Siria decorado por José de Melitene en tiempos de un obispo, Juan, que ha sido identificado con el prelado que ocupó la sede en aquella ciudad desde 1193 a 1220. Es posible, por tanto, que el artista del psalterio de Melisenda fuese un sirio educado en una escuela bizantina, y es probable que la obra se realizase para la abadesa Joveta hacia el final de su larga vida [36].

Hay una interesante serie de manuscritos, generalmente considerados como obra siciliana, acerca de los cuales la investigación moderna demuestra que han sido escritos en Acre hacia la época de la estancia en la ciudad del rey San Luis, desde 1250 a 1254. Poseen un marcado estilo bizantino. Luis había realizado grandes compras al emperador Balduino II de Constantinopla, y puede ser que entre los objetos que adquirió se hallaran manuscritos que le fueran enviados a Acre y que inspiraran a los artistas que allí trabajaban. Es imposible decir si la escuela sobrevivió al regreso del rey a Francia [37].

De las artes menores es muy poco lo que se ha conservado, y es imposible decir qué fue obra local y qué se importó de Oriente o de Occidente. Los muebles y objetos de uso diario procedían sin duda de talleres locales, pero la mayoría de los objetos de adorno venían del extranjero, de Constantinopla o de las grandes ciudades musulmanas, o eran llevados por forasteros desde Francia o Italia. Una colección de objetos encontrada en el siglo XIX en los cimientos de los edificios monásticos de Belén incluía dos recipientes de latón que pertenecen, al parecer, a la escuela mosana del siglo XII y que tienen grabada una serie de imágenes relativas a la vida de Santo Tomás Apóstol, un par de palmatorias de plata que son presunta obra bizantina de fines del XII, otro par de palmatorias de esmalte de Limoges,

[36] Boase, «The Arts in the Latin Kingdom of Jerusalem», en *Journal of the Warburg Institute,* vol. II, págs. 14-15. Dalton, *Byzantine Art and Archeology,* págs. 471-3, cree que las viñetas son bizantinas y realizadas para otra obra. Las ilustraciones a toda página están hechas por otro artista; es posible que sean románicas occidentales, pero con influencias orientales; por ejemplo, San Juan Evangelista tiene barba. El segundo artista es un artífice más delicado que el primero, pero sus colores son más pálidos. En *East Christian Art,* pág. 309, sugiere que quizá el primer artista fuera armenio. Véase Buchthal, «The Painting of Syrian Jacobites», en *Syria,* vol. XX, págs. 136 y sigs., especialmente pág. 138.

[37] Cualquier opinión acerca de este grupo de manuscritos debe aguardar a la publicación de la próxima obra de H. Buchthal.

también del XII, y una palmatoria más grande y un báculo de esmalte de Limoges del siglo XIII [38]. La parrilla de hierro colocada por los cruzados en la Cúpula del Peñasco podría ser obra local, pero posee un fuerte parecido con las labores de hierro de estilo románico de Francia [39].

Los candelabros de hierro utilizados en las iglesias eran probablemente de artistas indígenas, aunque siguen los diseños habituales de la Europa occidental [40]. No ha llegado hasta nosotros ninguna cerámica o cristalería identificables. Las monedas y los sellos eran obra local. Aquéllas estaban destinadas al uso en Oriente y siguieron, por tanto, esquemas musulmanes indígenas, incluso teniendo inscripciones en árabe. Los sellos del siglo XII son elementales y bastos, pero los del siglo XIII son ya más graciosos y elaborados [41]. Un relicario de cristal montado en una pieza de plata en forma de estribo e incrustada de piedras preciosas y conteniendo un estuche de madera tallada, conservado ahora en Jerusalén, puede ser obra indígena, aunque las labores de cristal y plata proceden tal vez de la Europa central [42]. Del trabajo de marfil tenemos las dos delicadas placas talladas que sirven de cubierta al psalterio de la reina Melisenda. Una de ellas tiene medallones que reproducen la historia de David, con la Psicomaquia en los ángulos, y la otra representa las obras de Misericordia, con animales fantásticos en las esquinas. La iconografía es occidental más que bizantina, aunque por su inspiración los atavíos reales son bizantinos; los animales, musulmanes, y la decoración, armenia. Parece improbable que hubiese un tallista de marfil de tal categoría viviendo en Jerusalén. Las placas fueron probablemente un regalo procedente de otra parte [43].

La insignificancia de las pruebas no debe interpretarse como escasez de obra. Si floreció la arquitectura, es probable que asimismo florecieran otras artes y que constituyeran también un reflejo de la vida en Ultramar. La arquitectura ecléctica del siglo XII es la de los colonos que estaban dispuestos a adaptarse al país al que habían venido, aunque recibían refuerzos constantes de Occidente. Pero los desastres al final del siglo acabaron con el equilibrio pasado. En el siglo XIII pocas de las antiguas y grandes familias de Ultramar sobrevivían. Su

[38] Enlart, *op. cit.*, I, págs. 172-201.

[39] *Ibid.*, II, págs. 310-11.

[40] *Ibid.*, I, págs. 175-9.

[41] Véase Schlumberger, *Sigillographie de l'Orient Latin*, esp. la introducción de Blanchet.

[42] Enlart, *op. cit.*, I, págs. 197-8.

[43] Enlart, *op. cit.*, I, págs. 199-200; Dalton, *Byzantine Art and Archeology*, págs. 221-2, y *East Christian Art*, pág. 218, señala las afinidades orientales y cree que el escultor era local. Boase, *loc. cit.*

lugar fue ocupado por las órdenes militares, cuyos miembros eran reclutados en Occidente y poseían poco afecto por las tradiciones locales. En las ciudades, los elementos nativos fueron colocados aparte. Acre miraba a Occidente. La riqueza estaba en manos italianas y el poder generalmente en manos de los potentados de Occidente o sus delegados. De manera creciente, la nobleza iba retirándose a Chipre, donde empezaba a surgir una nueva civilización gótica. Aún se percibían algunos ecos de Bizancio y de Oriente, pero iban extinguiéndose poco a poco. Bizancio estaba eclipsada. La antigua cultura árabe fue aniquilada por los mongoles, y la nueva cultura del Egipto de los mamelucos era agresiva y hostil. En Antioquía habría podido seguir la síntesis, pero la rapiña, los terremotos y la ruina destruyeron toda prueba artística. Más al Sur, el intento de Ultramar de construir su estilo propio y característico se derrumbó en el campo de Hattin. Las obras modestas y robustas del siglo XII en Ultramar eran un preludio que a nada condujo. El Ultramar del siglo XIII no fue más que una lejana provincia del mundo gótico del Mediterráneo.

Capítulo 15

LA CAIDA DE ACRE

«¡Un fin viene, viene el fin sobre los cuatro extremos del país!»

(Ezequiel, 7, 2.)

Hubo regocijo en Ultramar cuando llegaron las nuevas de la muerte de Baibars. Le sucedió su primogénito, Baraqa, joven débil que dedicó su tiempo a intentar dominar a los emires mamelucos. La tarea resultó excesiva para él. En agosto de 1279, el emir de las tropas sirias, Qalawun, se rebeló y marchó sobre El Cairo. Baraqa abdicó en favor de su hermano, de diecisiete años de edad, y Qalawun se hizo cargo del gobierno. Cuatro meses después, Qalawun depuso al muchacho y se proclamó sultán. El gobernador de Damasco, Sonqor al-Ashqar, se negó a aceptar su autoridad y también se proclamó sultán, en esa ciudad, en abril siguiente. Pero no pudo mantenerse contra los egipcios. Después de una batalla cerca de Damasco en junio de 1280, se retiró a la Siria del Norte y pronto hizo la paz con Qalawun, que así obtuvo toda la herencia de Baibars [1].

Los francos no sacaron ningún provecho del respiro. En vano el ilkhan Abaga y su vasallo León III de Armenia apremiaban a una alianza y una Cruzada. El único defensor de ambos era la Orden del Hospital. Carlos de Anjou, con su odio a Bizancio y a sus aliados genoveses, ordenó a su bailli en Acre, Roger de San Severino, que pro-

[1] Abu'l Feda, págs. 157-8; Maqrisi, *Sultans,* I, ii, pág. 171, II, i, 26; d'Ohsson, *Histoire des Mongols,* págs. 519-22.

curase una alianza con los venecianos, los templarios y la corte de los mamelucos. El Papa, que había recibido la promesa del emperador Miguel de una sumisión de la Iglesia bizantina, alentó a Carlos en sus proyectos sirios para distraerle de un ataque contra Constantinopla. El rey Eduardo I mostraba su simpatía por los mongoles, pero se hallaba lejos, en Inglaterra, y carecía de tiempo y de dinero para una nueva Cruzada [2].

En Ultramar, Bohemundo VII deseaba seguramente colaborar con su tío armenio, pero estaba en malas relaciones con los templarios, y en 1277 riñó con su más poderoso vasallo, Guido II Embriaco de Jebail. Guido, primo suyo y amigo íntimo, había recibido la promesa de que una heredera nativa de la familia de los Alemán se casaría con su hermano Juan. Pero el obispo Bartolomé de Tortosa deseaba la herencia para su propio sobrino y obtuvo el consentimiento de Bohemundo. En vista de ello, Guido raptó a la muchacha y la casó con Juan. Después, temiendo la venganza de Bohemundo, pidió asilo a los templarios. Bohemundo replicó destruyendo los edificios templarios en Trípoli y talando un bosque de su propiedad cerca de Montroque. El maestre del Temple, Guillermo de Beaujeu, en seguida mandó una expedición de caballeros de la Orden contra Trípoli, con el fin de hacer una demostración extramuros de la ciudad, y en su retirada incendió el castillo de Botrun; sin embargo, su intento de asaltar Nephin tuvo un resultado negativo: fueron capturados doce de sus caballeros, a los que Bohemundo en seguida metió en la cárcel en Trípoli. Al retirarse los templarios hacia Acre, Bohemundo partió para atacar Jebail. Guido, a quien Guillermo de Beaujeu había dejado un contingente de la Orden, salió a su encuentro. Se libró una feroz batalla pocas millas al norte de Botrun. Apenas habría doscientos combatientes por cada bando, pero la carnicería fue espantosa. Bohemundo sufrió una grave derrota. Entre los caballeros que perdió se hallaba el cuñado de Guido y primo de Bohemundo, Balian de Sidón, el último miembro de la gran casa de Garnier [3].

Después de la derrota, Bohemundo aceptó una tregua de un año, pero en 1278 Guido y los templarios volvieron a atacarle. Una vez más fue derrotado Bohemundo, aunque doce galeras templarias que intentaban forzar el puerto de Trípoli fueron dispersadas por una tempestad. Quince galeras que envió luego Bohemundo contra el castillo templario de Sidón consiguieron causar algún desperfecto en esta plaza antes de que interviniese el gran maestre del Hospital,

[2] Hayton, *Flor des Estoires*, págs. 180-1.
[3] *Estoire d'Eracles*, II, pág. 481; *Gestes des Chiprois*, págs. 207, 210-13.

Nicolás Lorgne. Se retiró apresuradamente a Trípoli y concertó una nueva tregua. Pero Guido de Jebail se sentía aún agresivo. Decidió conquistar la misma Trípoli. En enero de 1282, con sus hermanos y algunos amigos, se introdujo clandestinamente en los cuarteles templarios de Trípoli. Pero hubo alguna equivocación y el jefe templario, Reddecœur, se hallaba ausente. Guido sospechó de traición y tuvo miedo. Cuando intentaba refugiarse en la casa de los hospitalarios, alguien avisó a Bohemundo. Los conspiradores huyeron a una torre del Hospital, donde los cercaron las tropas de Bohemundo. Después de algunas horas accedieron, a petición de los hospitalarios, a rendirse, con la condición de que fuesen respetadas sus vidas. Bohemundo quebrantó la promesa. Todos los compañeros de Guido fueron cegados, mientras éste, igual que sus hermanos Juan y Balduino y su primo Guillermo, fue llevado a Nephin; allí fueron enterrados, dejándoles la cabeza fuera y abandonados hasta que murieron de hambre.

La horrible suerte corrida por los rebeldes llenó de terror a los vasallos de Bohemundo. Además, la familia de los Embriaco siempre tenía presente su origen genovés, y había muchos genoveses entre los conspiradores. Como los genoveses eran buenos amigos de los armenios y defensores de una alianza con los mongoles, Bohemundo se mantenía al margen de su política. Entretanto, Juan de Montfort, fiel aliado de los genoveses, proyectó salir de Tiro para vengar a sus amigos. Pero Bohemundo llegó a Jebail antes que él. Sólo los pisanos, que odiaban a los genoveses, hallaron un placer incontenible en todo el episodio.

La política no marchaba mucho mejor más al Sur. El gobierno de Roger de San Severino en Acre no era del agrado de la nobleza local. En 1277, Guillermo de Beaujeu intentó atraer a su bando a Juan de Montfort y consiguió reconciliar a Juan con los venecianos, que fueron autorizados a regresar a sus antiguos barrios en Tiro. Pero Juan se mantenía apartado del gobierno de Acre. En 1279, el rey Hugo desembarcó de repente en Tiro, esperando reagrupar a la nobleza en torno a él. Juan le dio su apoyo, pero ningún otro se levantó en favor suyo. El período de cuatro meses para el cual fue facultado legalmente con el fin de reclamar la presencia de sus vasallos chipriotas al otro lado del mar, se pasó dentro de absoluta inactividad. Cuando sus caballeros volvieron a Chipre, el rey hubo de seguirles. Culpó a los templarios de su fracaso, con razón, pues fue Guillermo de Beaujeu quien favoreció la lealtad de Acre a Roger de San Severino. En venganza, las propiedades templarias en Chipre, entre ellas el castillo de Gastria, fueron confiscadas. La Orden se quejó al Papa, que escribió a Hugo para pedirle que devolviese la

propiedad; pero él no obedeció la orden papal. Aunque parece haber aprobado la alianza con los mongoles, principalmente porque se oponía a ella Roger de San Severino, no estaba en condiciones de tomar ninguna iniciativa en el continente [4].

El ilkhan estaba ansioso de batir a los mamelucos antes de que Qalawun pudiese consolidarse. Sonqor, ex-emir de Damasco, se hallaba aún desafiando a los egipcios en la Siria del Norte, cuando, a fines de septiembre de 1280, un ejército mongol cruzó el Eufrates y ocupó Aintab, Baghras y Darbsaq. El 20 de octubre entró en Alepo, donde saqueó los mercados e incendió las mezquitas. Los aterrorizados habitantes musulmanes de la región huyeron al Sur, hacia Damasco. Al mismo tiempo, los hospitalarios de Marqab realizaron una incursión altamente provechosa hacia el Buqaia, penetrando casi hasta el Krak y derrotando, a su regreso, cerca de Maraclea, al ejército musulmán enviado para contenerlos. Pero los mongoles no tenían fuerza suficiente para conservar Alepo. Cuando Qalawun reunió sus tropas en Damasco, se retiraron al otro lado del Eufrates. El sultán se contentó con enviar una hueste para castigar a los hospitalarios, que derrotaron a los musulmanes enfrente de Marqab [5].

Por la misma época, un embajador apareció en Acre para decir a los francos que el ilkhan proyectaba enviar un ejército de cien mil hombres a Siria la primavera siguiente, y les pedía que lo completaran con hombres y municiones. Los hospitalarios reexpidieron el mensaje al rey Eduardo, pero desde la misma Acre no salió ninguna respuesta. La noticia de la próxima invasión mongólica asustó a Qalawun. Concertó la paz con Sonqor en junio de 1281, dándole en feudo Antioquía y Apamea, y envió un emisario a Acre para proponer una tregua de diez años con las órdenes militares. La tregua acordada con el gobierno de Acre en 1272 aún estaba en vigor por un año más. Algunos de los emires en la embajada egipcia aconsejaron a los francos que no tuvieran relación con Qalawun, pues creían que pronto sería depuesto. Cuando Roger de San Severino se enteró de ello, escribió en seguida al sultán, que pudo arrestar a tiempo a los conspiradores. Entretanto, las órdenes en Acre accedieron al convenio, que fue firmado el 3 de mayo. El 16 de julio, Bohemundo concertó una tregua parecida. Fue un triunfo diplomático para Qalawun. Un esfuerzo unido de los francos contra él, incluso sin refuerzos de

[4] *Gestes des Chiprois*, pág. 207; *Annales de Terre Sainte*, pág. 457; Amadi, pág. 214; Mas Latrie, *Documents*, II, pág. 109; Raynaldus, 1279, pág. 488.
[5] Maqrisi, *Sultans*, II, i, pág. 26; Abu'l Feda, pág. 158; Bar Hebraeus, página 463; *Gestes des Chiprois*, págs. 208-9.

Occidente, habría complicado seriamente sus campañas contra los mongoles [6].

En septiembre de 1281, dos ejércitos mongoles avanzaron hacia Siria. Uno, mandado por el ilkhan en persona, fue sometiendo lentamente las fortalezas musulmanas a lo largo de la frontera del Eufrates, mientras el segundo, bajo su hermano Mangu Timur, empezó por establecer contacto con León III de Armenia, y después marchó a través de Aintab y Alepo hacia el valle del Orontes. Qalawun se había trasladado ya a Damasco, donde concentró sus fuerzas, y marchó rápidamente hacia el Norte. Los francos se mantenían al margen, excepto los hospitalarios de Marqab, que se negaron a considerarse ligados por una tregua concertada por la Orden de Acre. Algunos caballeros salieron para unirse al rey de Armenia. El 30 de octubre, los ejércitos mongol y mameluco se encontraron justo en las afueras de Homs. Mangu Timur mandaba el centro mongol, con otros príncipes mongoles a su izquierda, y a su derecha los auxiliares georgianos, con el rey León y los hospitalarios. El ala derecha musulmana se hallaba al mando de al-Mansur de Hama; Qalawun mandaba a los egipcios, en el centro, con el ejército de Damasco, al mando del emir Lajin, a su lado, y a la izquierda, el antiguo rebelde Sonqor, con los sirios del Norte y los turcomanos.

Cuando la batalla se inició, los cristianos en el ala derecha de los mongoles derrotaron pronto a Sonqor, al que persiguieron directamente hasta su campamento en Homs, perdiendo así contacto con el centro mongol. Entretanto, aunque la izquierda de los mongoles se defendía bien, Mangu Timur fue herido en el transcurso de un ataque mameluco contra el centro. Desmoralizado, ordenó una rápida retirada. León de Armenia y sus compañeros se hallaron aislados. Hubieron de abrirse camino hacia el Norte luchando y sufriendo graves pérdidas. Pero Qalawun también había perdido demasiados hombres para perseguir al enemigo. El ejército mongol repasó el Eufrates sin ulteriores bajas. El gran río siguió siendo la frontera entre los dos imperios, y Qalawun no se atrevió a castigar a los armenios.

El prior de los hospitalarios ingleses, José de Chauncy, que se hallaba visitando Oriente, estuvo presente en la batalla y escribió después a Eduardo I ofreciéndole un relato de ella. Decía que el rey Hugo y el príncipe Bohemundo no pudieron unirse a tiempo a los mongoles. Intentaba probablemente protegerles de la ira del rey inglés, el único monarca occidental aún interesado en una guerra santa y partidario enérgico de una alianza con los mongoles. Pero la

[6] Maqrisi, *Sultans,* II, i, págs. 28-34; Röhricht, *Regesta,* pág. 374.

perspicacia de Eduardo no fue imitada en Oriente. El rey Hugo no hizo nada; Bohemundo concertó una tregua con los musulmanes, mientras Roger de San Severino, delegado del rey Carlos, hizo un viaje expreso para entrevistarse con Qalawun y felicitarle por su victoria [7].

En la tarde del 30 de marzo de 1282, los sicilianos, desesperados por la arrogancia de Carlos de Anjou y sus soldados, se sublevaron inopinadamente y mataron a todos los franceses de la isla. Las Vísperas Sicilianas tuvieron consecuencias de mucho mayor alcance de lo que podían haber sospechado los furiosos isleños. Se demostró que el gran Imperio mediterráneo de Carlos carecía de base. Durante las décadas siguientes, él y sus sucesores intentaron en vano recobrar Sicilia arrebatándosela a los príncipes aragoneses que habían sido elegidos para ocupar el trono. El reino angevino de Nápoles ya no seguía siendo una potencia mundial, y el Papado, que había garantizado a los angevinos su reino siciliano, fue humillado y arruinado económicamente en sus intentos de restaurar a sus clientes. Se abandonaron los proyectos angevinos en los Balcanes y más al Este. En Constantinopla, el Emperador respiraba con alivio. Ya no tendría que enfurecer a sus súbditos con ofrecimientos de obediencia de su Iglesia a Roma, si Roma refrenaba las ambiciones de Carlos [8]. En Ultramar, Roger de San Severino se encontró de repente sin apoyo. Fue llamado por su jefe a Italia, y salió de Acre hacia finales del año, confiando el cargo de bailli a su senescal, Odón Poilechien [9].

Para los mamelucos de Egipto, el colapso del poder de Carlos fue un golpe y, a la vez, un alivio. Tanto Baibars como Qalawun le temían y respetaban y, por tanto, se habían abstenido de atacar su nueva provincia en Oriente. Ahora no había nadie para sujetar al sultán, siempre que los francos se mantuvieran apartados de una alianza con los mongoles. En junio de 1283, a punto de expirar la tregua firmada en Cesarea, Qalawun ofreció a Odón Poilechien que fuese renovada por otros diez años. Odón aceptó gustoso, pero no estaba seguro de su autoridad. Por tanto, el tratado se firmó, del lado franco, en nombre de la Comuna de Acre y de los templarios de

[7] Maqrisi, *Sultans*, II, i, págs. 35-7; Abu'l Feda, págs. 158-60; Bar Hebraeus, págs. 464-5; Hayton, *Flor des Estoires*, págs. 182-4; *Gestes des Chiprois*, pág. 210; carta de José de Chauncy, y respuesta del rey Eduardo (ed. Sanders), *P. P. T. S.*, vol. V; Röhricht, *Regesta*, pág. 375; d'Ohsson, *op. cit.*, páginas 525-34.

[8] Amari, *La Guerra del Vespro Siliciano*, sigue siendo la mejor historia general para las Vísperas y la guerra subsiguiente.

[9] *Gestes des Chiprois*, pág. 214; Sanudo, *Chronique de Romaine*, en Mas Latrie, *Nouvelles Preuves*, I, págs. 39-40. Odón contrajo matrimonio con la viuda de Balian de Ibelin de Arsuf, Lucía de Gouvain.

Athlit y Sidón. Garantizaba a los francos sus posesiones en el territorio comprendido desde la Escala de Tiro, el norte de Acre, hasta el monte Carmelo y Athlit, y también Sidón. Pero Tiro y Beirut quedaron excluidas. Se mantenía el derecho de libre tránsito para peregrinar a Nazaret [10].

Odón se sentía feliz de conservar la paz, pues el rey Hugo pretendía una vez más recobrar el reino continental. Madama Isabel de Beirut había muerto hacía poco y su ciudad pasó a su hermana Eschiva, la esposa de Hunfredo de Montfort, hermano menor del señor de Tiro. Sabiendo que podía confiar en los Montfort, Hugo zarpó de Chipre a fines de julio, con dos de sus hijos, Enrique y Bohemundo. Pensaba desembarcar en Acre, pero el viento le empujó hacia Beirut, donde llegó el 1.º de agosto y fue bien recibido. Prosiguió viaje por mar, pocos días después, hasta Tiro, enviando sus tropas por tierra a lo largo de la costa. En su trayecto fueron terriblemente maltratadas por algareros musulmanes, incitados, según creía Hugo, por los templarios de Sidón. Cuando desembarcó en Tiro, los augurios fueron siniestros. Su estandarte cayó al mar. Cuando el clero acudía en procesión para recibirle, la gran cruz que portaban los sacerdotes se escurrió y rompió el cráneo del médico judío de la corte. Hugo esperaba en Tiro, pero nadie salió de Acre para darle la bienvenida. La Comuna y los templarios preferían el anodino gobierno de Odón Poilechien. Sus nobles chipriotas no permanecerían con él más de los cuatro meses legales. El 3 de noviembre, antes de que el plazo terminara, Bohemundo, el que más prometía de sus hijos, murió. De mayor importancia fue para él la muerte de su amigo y yerno, Juan de Montfort. Juan no dejó descendencia y, por tanto, el rey concedió que Tiro pasara a su hermano y heredero Hunfredo, señor de Beirut; pero añadió una cláusula que establecía que, en caso de que éste fuera su deseo, podría comprar la ciudad para la corona en 150 besantes. Hunfredo falleció en el mes de febrero siguiente. Una vez transcurrido el plazo de rigor, su viuda contrajo matrimonio con el hijo menor de Hugo, Guido, y aportó Beirut. Tiro permaneció durante algún tiempo bajo el mando de Margarita, la viuda de Juan [11].

Aun después de que sus nobles le abandonasen, Hugo permaneció en Tiro. Allí falleció el 4 de marzo de 1284. Había hecho todo lo posible para restablecer la autoridad en Ultramar. Sus cualidades le perjudicaron, pues con todo su encanto y buena apariencia tenía muy mal carácter y era poco diplomático. Pero su fracaso se debió

[10] Maqrisi, *Sultans,* II, i, págs. 60, 179-85, 224-30. Véase Hill, *History of Cyprus,* II, pág. 176.

[11] *Gestes des Chiprois,* págs. 214-16; Amadi, págs. 214-15.

sobre todo a la hostilidad de los mercaderes de Acre y las órdenes militares, que preferían un monarca absentista, que no se interfiriese en sus asuntos[12].

Sucedió a Hugo su primogénito, Juan, un muchacho apuesto pero delicado, de unos diecisiete años. Fue coronado rey de Chipre en Nicosia el 11 de mayo, inmediatamente después marchó a Tiro, donde fue coronado rey de Jerusalén. Pero, excepto en Beirut y Tiro, su autoridad no fue reconocida en el continente. Reinó solamente un año, pues falleció en Chipre el 20 de mayo de 1285. Su heredero fue su hermano Enrique, de catorce años, que fue coronado rey de Chipre el 24 de junio. De momento no se atrevió a ir a Siria[13].

Allí Qalawun se estaba preparando para atacar a los francos no protegidos por la tregua de 1283. Las damas viudas que gobernaban Beirut y Tiro, Eschiva y Margarita, se apresuraron a pedirle una tregua, que les fue concedida[14]. El objetivo del sultán era el gran castillo del Hospital en Marqab, cuyos moradores se habían aliado con demasiada frecuencia con los mongoles. El 17 de abril de 1285 el sultán se presentó con un gran ejército en la falda de la montaña sobre cuya cima se hallaba el castillo, trayendo consigo tal número de mandrones como nunca se había visto. Sus hombres los subieron por la ladera de la montaña y empezaron a bombardear las murallas. Pero el castillo estaba bien equipado y sus mandrones tenían una situación ventajosa. Fueron destruidas muchas de las máquinas del enemigo. Durante un mes los musulmanes no pudieron hacer progresos. Por fin los ingenieros del sultán consiguieron cavar una mina bajo la torre de la Esperanza, que se alzaba al final del saliente te norte, y la llenaron de madera inflamable. El 23 de mayo prendieron fuego a la mina y la torre se desmoronó. Esto interrumpió el asalto de los musulmanes, que fueron rechazados. Pero los defensores habían descubierto que la mina penetraba mucho más en sus defensas. Sabían que estaban perdidos y capitularon. Fue permitido a los veinticinco oficiales de la Orden que estaban en el castillo salir con todos sus bienes muebles, a caballo y completamente armados. El resto de la guarnición quedó libre, pero no se le permitió llevarse nada. Los derrotados defensores se retiraron a Tortosa, y después a Trípoli. Qalawun hizo su entrada oficial en el castillo el 25 de mayo[15].

[12] *Gestes des Chiprois,* págs. 216-17; Amadi, pág. 216. Véase Hill, *op. cit.,* pág. 178.

[13] *Gestes des Chiprois,* pág. 217; Amadi, *loc. cit.* Véase Hill, *op. cit.,* página 179, nota 2.

[14] Maqrisi, *Sultans,* II, ii, págs. 212-13.

[15] *Gestes des Chiprois,* págs. 217-18; Amadi, *loc. cit.;* Maqrisi, *Sultans,* II,

La pérdida de Marqab alarmó a los ciudadanos de Acre, y hacia la misma fecha se enteraron de que Carlos de Anjou había muerto. Su hijo, Carlos II de Nápoles, estaba demasiado envuelto en la guerra siciliana para preocuparse de Ultramar; y la guerra se iba extendiendo paulatinamente por toda la Europa occidental. Había llegado el momento de recurrir a un gobernante que estuviera más cerca. Por consejo del Hospital, Enrique II mandó desde Chipre un enviado, conocido por Julián le Jaune, para que negociase en Acre su reconocimiento como rey. La Comuna asintió. El Hospital y la Orden teutónica se mostraron simpatizantes. Los templarios, después de algunas dudas, acordaron prestar su ayuda; pero Odón Poilechien se negó a dimitir de su cargo de bailli. El regimiento francés que aún sostenía el rey de Francia se puso de parte de Odón.

El 4 de junio de 1286 llegó Enrique a Acre. La Comuna lo recibió con gozo, aunque los grandes maestres de las tres órdenes creyeron más prudente no asistir a la recepción y alegaron que su profesión religiosa les obligaba a ser neutrales. Enrique fue conducido con gran aparato a la iglesia de la Santa Cruz. Allí advirtió que se alojaría en el castillo, como habían hecho los reyes anteriores. Pero Odón Poilechien se negó a abandonar el castillo, que había reforzado con los franceses. El obispo de Famagusta y el abad del Templum Domini, de Acre, fueron a parlamentar con él, y como no quiso oírlos, elevaron una protesta legal. El rey, que temporalmente se hallaba en el palacio del último señor de Tiro, proclamó tres veces que los franceses podían abandonar el castillo con plena seguridad y llevándose con ellos todo lo que les perteneciese, y que nadie les causaría daño. Entretanto los ciudadanos comenzaron a exasperarse con Odón y se aprestaron a atacarlo. Entonces los tres grandes maestres, una vez visto de qué lado soplaba el viento, persuadieron a Odón de que les entregase el castillo y ellos se lo dieron a Enrique. Este hizo su entrada solemne en él el 29 de junio [16].

Seis semanas más tarde, el 15 de agosto, Enrique fue coronado en Tiro por el arzobispo Bonnacorso de Gloria, que actuaba como vicario del patriarca. Después de la ceremonia se reunió la corte en Acre y se celebraron fiestas durante quince días. Hubo juegos y torneos y en la gran mansión del Hospital se celebraron festejos públicos. Se representaron escenas de la *Historia de la Tabla Redonda,*

i, pág. 80 (también en pág. 80, pero fechado al año siguiente); Abu'l Feda, página 161; vida de Qalawun en Reinaud, *Bibliothèque des Croisades,* II, páginas 548-52.

[16] *Gestes des Chiprois,* págs. 218-20; Amadi, págs. 216-17; Sanudo, *Liber Secretorum,* pág. 229; Machaeras (ed. Dawkins), pág. 42; Mas Latrie, *Documents*, III, págs. 671-3.

con Lanzarote, Tristán y Palmerín, y del cuento de la reina de Femenie, del romance de Troya. No había habido en más de un siglo fiestas tan jubilosas y espléndidas en Ultramar. El apuesto rey muchacho encantó a todos, porque aún no se sabía que era epiléptico. Tras él, para aconsejarle en todo, se hallaban sus tíos, Felipe y Balduino de Ibelin, que eran muy respetados. Por consejo de éstos, no permaneció mucho tiempo en Acre y regresó al cabo de pocas semanas a Chipre, dejando a Balduino de Ibelin como bailli. Sus tíos sabían que un rey que residiera allí no sería del agrado de la gente [17].

En El Cairo el sultán debió sonreír al enterarse de la frívola alegría de los francos; pero al ilkhan mongol de Tabriz le pareció que había llegado el momento de emprender la acción. Abaga había fallecido el 1.º de abril de 1282. Su sucesor fue su hermano Tekuder, que había sido bautizado en la fe nestoriana durante su infancia con el nombre de Nicolás. Pero sus gustos se inclinaban hacia los musulmanes. Apenas había sido coronado cuando anunció su conversión al islamismo, tomó el nombre de Ahmed y el título de sultán. Al mismo tiempo envió emisarios a El Cairo para concertar un tratado de amistad con Qalawun. Su política horrorizó a los mongoles más ancianos de su corte, quienes inmediatamente se quejaron al gran khan Kubilai. Con aquiescencia de Kubilai, Arghun, hijo de Abaga, dirigió una revuelta en Khorassan, donde estaba como gobernador. Al principio fue derrotado. Pero pronto desertaron los generales de Ahmed, y éste fue muerto en una conspiración palaciega el 10 de agosto de 1284. Arghun inmediatamente tomó posesión del trono [18]. Como su padre, Arghun era ecléctico en materia de religión. Simpatizaba con el budismo, pero su visir, Sa'ad ad-Daulah, era judío, y su mejor amigo era el católico nestoriano Mar Yahbhallaha. Este hombre notable era turco de origen, nacido en Ongut, provincia china en Shan-si, en las orillas de Hoang-Ho. Había marchado hacia Occidente, en unión de su compatriota Rabban Sauma, con la vana esperanza de peregrinar a Jerusalén. Mientras estaban en Iraq, en 1281, quedó vacante la silla de católico y fue elegido para ella. Tenía una gran influencia sobre el nuevo ilkhan, que ansiaba arrebatar a los musulmanes los Santos Lugares de la Cristiandad, pero de siempre afirmó que no lo intentaría si no le prestaban ayuda los reyes cristianos de Occidente [19].

[17] *Gestes des Chiprois*, pág. 221; *Annales de Terre Sainte*, pág. 548; Amadi, pág. 217.

[18] Howorth, *History of the Mongols*, III, págs. 295-310; Abu'l Feda, página 160; otros escritores árabes mencionan a Ahmed (véase referencias en Howorth), pero los escritores occidentales lo desconocen. Bar Hebraeus, páginas 467-71, trata de él extensamente.

[19] Véase Budge, *The Monks of Kublai Khan*, introducción, págs. 42-61, 72-5.

En 1285, Arghun escribió al papa Honorio IV para sugerirle la acción en común, pero no recibió respuesta [20]. Dos años más tarde decidió enviar a Occidente una embajada, y eligió como embajador al amigo de Mar Yahbhallaha, Rabban Sauma. Este, que escribió un vívido relato de su misión, partió a comienzos de 1287. Zarpó de Trebisonda y llegó a Constantinopla hacia la Pascua de Resurrección. Fue cordialmente recibido por el emperador Andrónico y visitó Santa Sofía y las otras grandes basílicas de la ciudad imperial. Andrónico estaba ya en muy buenas relaciones con los mongoles y se hallaba bien dispuesto para ayudarles en la medida en que sus mermadas fuerzas se lo permitieran. De Constantinopla, Rabban Sauma pasó a Nápoles, donde llegó a finales de junio. Mientras estaba allí presenció un combate naval en el puerto entre las flotas aragonesa y napolitana. Fue la primera demostración de que la Europa occidental estaba preocupada con sus propias pendencias. Marchó a Roma. Se encontró con que el papa Honorio acababa de morir y que aún no se había reunido el Cónclave para elegir sucesor. Le recibieron los doce cardenales que residían en Roma, pero le parecieron ignorantes e ineficaces. Desconocían la profusión del cristianismo entre los mongoles y se mostraron asombrados de que Rabban Sauma tuviera que servir a un amo pagano. Cuando intentó discutir sobre política, le abrumaron con preguntas acerca de su fe y criticaron las divergencias con la propia. Finalmente, casi perdió la compostura. Había ido, dijo, a presentar sus respetos al Papa y a hacer planes sobre el futuro, no a discutir acerca del Credo. Después de orar en las principales iglesias de Roma, marchó gustoso a Génova. Los genoveses le recibieron con gran ceremonia. La alianza con los mongoles era importante para ellos y prestaron la atención debida a las proposiciones del embajador.

A finales de agosto, Rabban Sauma partió hacia Francia y llegó a París a principios de septiembre. Allí el recibimiento fue tal como él podía desear. Una escolta lo condujo hasta la capital, y cuando el joven rey Felipe IV le concedió audiencia, le fueron rendidos honores de soberano. El rey se levantó del trono para saludarle y escuchó con profundo respeto su mensaje. Abandonó la audiencia con la promesa de que, si placía a Dios, Felipe en persona conduciría un ejército para rescatar Jerusalén. El embajador se quedó admirado de París. La Universidad, entonces en el cenit de su gloria medieval, le impresionó especialmente. El propio rey le escoltó a la Santa Capilla para que viera las sagradas reliquias que San Luis había traído de

[20] El texto de la carta de Arghun se halla en Chabot, «Relations du roi Argoun avec l'Occident», en *Revue de l'Orient Latin*, vol. II, pág. 571.

Constantinopla. Cuando marchó de París, el rey nombró un embaiador, Goberto de Heleville, para que fuera con él a la corte del ilkhan y concertase los detalles acerca de la alianza.

El siguiente anfitrión de Rabban Sauma fue Eduardo I de Inglaterra, que estaba entonces en Burdeos, capital de sus posesiones francesas. En Eduardo, que había peleado en Oriente y siempre abogó por una alianza con los mongoles, halló una respuesta práctica e inteligente a sus proposiciones. El rey le dejó sorprendido, pues era el hombre de estado más capaz que había conocido en Occidente; y se sintió particularmente halagado cuando le pidieron que celebrase misa ante la corte inglesa. Pero cuando llegó el momento de concretar fechas, Eduardo apeló a subterfugios. Ni él ni Felipe de Francia podían decir cuándo, exactamente, les sería posible embarcarse para una Cruzada. Rabban Sauma volvió algo descontento a Roma. Se detuvo en Génova, durante la Navidad, y allí encontró al cardenal legado Juan de Tusculum, a quien refirió sus temores. Los mamelucos se estaban preparando para extinguir los últimos estados cristianos de Siria, y nadie en Occidente tomaba la amenaza en serio.

En febrero de 1288, Nicolás IV fue elegido Papa, y uno de sus primeros actos fue recibir al embajador mongol. Sus relaciones personales fueron excelentes. Rabban Sauma trató al Papa como al primer obispo de la Cristiandad, y Nicolás envió su bendición al católico nestoriano y le reconoció como patriarca de Oriente. En el transcurso de la Semana Santa el embajador celebró misa ante todos los cardenales y recibió la comunión de manos del Papa. Abandonó Roma, con Goberto de Heleville, a finales de la primavera de 1288, cargado de regalos, muchos de ellos importantes reliquias, para el ilkhan y el católico, y con cartas para ambos, para dos princesas cristianas de la corte y para Dionisio, el obispo jacobita de Tabriz. Pero las cartas eran bastante vagas. El Papa no pudo prometer ninguna acción determinada a fecha fija[21]

Desde luego, y de ello se percató Rabban Sauma, los reyes de Occidente tenían sus propias preocupaciones. El fantasma siniestro de Carlos de Anjou y el viejo espíritu de venganza del Papado impedían cualquier Cruzada. El Papa había dado Sicilia a los angevinos, y ahora que los sicilianos se habían vuelto contra los angevinos, tanto el Papado como Francia se veían obligados, por exigencias de su prestigio, a luchar por la reconquista de la isla contra los dos mayores poderes marítimos del Mediterráneo, Génova y Aragón. Hasta que se arreglase la cuestión siciliana, ni Nicolás ni Felipe podían

[21] Una traducción completa del relato que Rabban Sauma hace de sus viajes por Europa se halla en Budge, *op. cit.*, págs. 164-97.

pensar en una Cruzada. Eduardo de Inglaterra vio el peligro, y consiguió en 1286 que Aragón y Francia concertasen una tregua; pero fue una tregua precaria, pues la lucha continuó en Italia y en el mar. Además, Eduardo tenía sus propios problemas. Podía desear la salvación de Tierra Santa, pero le era más urgente conquistar Gales e intentar conquistar Escocia. Después de la muerte de Alejandro III de Escocia, en 1286, su mirada se dirigió hacia el Norte, pues proyectaba controlar el reino vecino a través de la heredera Margarita, la Doncella de Noruega. Oriente tendría que esperar. Además, la opinión pública no presionaba a los monarcas en este sentido. Como demostraron las encuestas de Gregorio X, el espíritu cruzado se encontraba moribundo [22].

Arghun no podía creer que los cristianos de Occidente, con todas sus piadosas protestas de devoción a Tierra Santa, fuesen a mostrar tanta indiferencia por su amenazado destino. Recibió a Rabban Sauma con los máximos honores y se mostró cordial con Goberto de Heleville. Pero deseaba mayor precisión de la que Goberto podía darle. Inmediatamente después de la Pascua de 1289 envió un segundo mensajero, un genovés llamado Buscarel de Gisolf, que residía en aquellas tierras desde hacía tiempo, con cartas para el Papa y los reyes de Francia e Inglaterra. La carta a Felipe ha llegado hasta nuestros días. Está escrita en lengua mongólica, con caracteres uigures. En nombre del gran khan Kubilai, Arghun anunciaba al rey de Francia que, con la ayuda de Dios, se proponía internarse en Siria en el último mes del invierno del año de la pantera, esto es, en enero de 1291, y llegar a Damasco a mediados del primer mes de la primavera, febrero. Si el rey enviaba ayuda y los mongoles conquistasen Jerusalén, le sería entregada. Pero si no cooperaba, la campaña resultaría estéril. Agregada a la carta hay una nota de Buscarel, escrita en francés, y añade que Arghun llevará consigo a los reyes cristianos de Georgia y veinte o treinta mil jinetes, y que garantizaría abundantes abastecimientos a los occidentales. Una carta parecida, que se ha perdido, debió ser enviada al rey Eduardo, a la que el Papa añadió unas letras de recomendación y ánimo. No nos ha llegado la respuesta de Felipe, pero aún se puede leer la de Eduardo. Felicita al ilkhan por su cristiana empresa y le dedica amistosos elogios. Pero nada dice acerca de una fecha concreta y no promete nada. El ilkhan se limita a aludir al Papa, pues éste poco podía hacer sin

[22] Para una visión general de la situación, véase Grousset, *Histoire des Croisades,* III, págs. 711-21; también Lévis-Mirepoix, *Philippe Le Bel,* páginas 22 y sigs., para los efectos de la guerra siciliana en la política general. Véase también *supra,* págs. 310 y sigs.

la cooperación de los reyes[23]. Entretanto, otro franco, cuyo nombre se desconoce, publica un tratado demostrando lo fácil que sería desembarcar fuerzas occidentales en Ayas, Armenia, cuyo rey les ayudaría en gran medida, y desde allí establecer conexión con los mongoles. Este consejo fue desatendido[24].

A pesar de las respuestas poco prometedoras con que volvió Buscarel, Arghun le envió de nuevo, con dos mongoles cristianos, Andrés Zagan y Sahadin. Fueron primero a Roma, donde los recibió el papa Nicolás, y después partieron para visitar al rey de Inglaterra provistos de apremiantes cartas del Papa, que creía que éste sería con más probabilidad mejor cruzado que el rey Felipe. Llegaron a principios de 1291. Pero la Doncella de Noruega había fallecido el año anterior, y Eduardo se encontraba inmerso en los asuntos escoceses. Los enviados volvieron descorazonados a Roma, donde permanecieron todo el verano. Ya entonces era demasiado tarde. El destino de Ultramar estaba decidido, y el ilkhan Arghun había muerto[25].

De haberse llevado a efecto la alianza mongólica con Occidente, es casi seguro que se habría prolongado la existencia de Ultramar. Los mamelucos hubieran sido castigados, si no destruidos, y el ilkhanato de Persia habría sobrevivido como un poder amigo de los cristianos y de Occidente. Tal como fueron las cosas, el Imperio mameluco perduró durante casi tres siglos, y al cabo de cuatro años de la muerte de Arghun los mongoles de Persia cayeron en manos de los musulmanes. No sólo se perdió la causa de los francos de Ultramar debido a la negligencia de Occidente, sino también la de las desdichadas congregaciones de la Cristiandad oriental. Y esta negligencia se debió principalmente a la guerra siciliana, resultado del rencor papal y del imperialismo francés.

Entretanto, Ultramar daba la impresión de una irresponsabilidad aún más inoperante. Cuando el rey Enrique acababa de llegar a Chipre, después de los festejos de Acre, se entabló una guerra abierta entre genoveses y pisanos a lo largo de la costa siria. En la primavera de 1287, los genoveses enviaron a Levante un escuadrón al mando de sus almirantes Tomás Spínola y Orlando Ascheri. Mientras Spínola visitaba Alejandría para conseguir la neutralidad amistosa del sultán, Ascheri navegó en todas las direcciones por la costa siria, hundiendo o capturando todos los barcos pertenecientes a francos, o pisanos, o de origen pisano que hallaba a su paso. Unicamente la intervención de los templarios impidió que los marinos capturados

[23] Chabot, *op. cit.*, págs. 393-4, 604-16, contiene el texto de las cartas.

[24] Kohler, «Deux Projets de Croisade en Terre Sainte», texto e introducción, *Mélanges pour servir à l'Histoire de l'Orient Latin*, págs. 516 y sigs.

[25] Chabot, *op. cit.*, págs. 617-19.

fueran vendidos como esclavos. Ascheri se retiró después a Tiro, para preparar el ataque al puerto de Acre. Los venecianos unieron su flota local a los pisanos para proteger el puerto; pero Ascheri ganó la batalla fuera del puerto, el 31 de mayo de 1287, aunque no consiguió penetrar en él. Cuando Spínola zarpó de Alejandría, los genoveses pudieron bloquear toda la costa. Los grandes maestres del Temple y del Hospital y los representantes de la nobleza local consiguieron convencerles de que se retiraran a Tiro y permitieran el libre paso de las expediciones [26].

De este conflicto se había librado un puerto, pero que sufrió suerte más dura. Hacía algún tiempo que los mercaderes de Alepo se venían quejando al sultán de los inconvenientes de tener que enviar sus mercancías al puerto cristiano de Laodicea, el último resto del principado de Antioquía. La oportunidad de Qalawun se presentó aquella primavera. El 22 de mayo un terremoto dañó seriamente las murallas de la ciudad. Alegando que Laodicea, como parte del antiguo principado, no estaba incluida en la tregua con Trípoli, envió a su emir Husam ad-Din Turantai para tomarla. La ciudad cayó en sus manos fácilmente; pero los defensores se retiraron a un fuerte en la boca del puerto, unido a tierra firme por un arrecife. Turantai atacó el arrecife y obligó a la guarnición a que se rindiera el 20 de abril. No hubo ni intento de acudir en su auxilio [27].

Su antiguo señor Bohemundo VII, no sobrevivió mucho a su pérdida. Murió, sin descendencia, el 19 de octubre de 1287. Le sucedió su hermana Lucía, que se había casado con el antiguo gran almirante de Carlos de Anjou, Narjot de Toucy, y que ahora residía en Apulia. Los nobles y ciudadanos de Trípoli no tenían especial interés en llevar a Oriente una princesa casi desconocida, ligada a los desacreditados angevinos. En su lugar ofrecieron el condado a la princesa viuda, Sibila de Armenia. Tan pronto como ésta recibió el ofrecimiento, escribió a su antiguo amigo el obispo Bartolomé de Tortosa para invitarle a ser su bailli. Pero la carta fue interceptada y los nobles del condado le dijeron que el obispo era inadmisible. Ella no quiso ceder. Después de una enojosa escena, los nobles se marcharon y tomaron consejo de los principales mercaderes; juntos proclamaron el destronamiento de la dinastía y el establecimiento de una Comuna que habría de ser desde entonces la máxima autoridad. Su presidente era Bartolomé Embriaco, cuyo padre, Beltrán, había sido enemigo enconado de Bohemundo VI, y cuyo hermano,

[26] *Gestes des Chiprois,* págs. 220-30; *Annales Januenses,* pág. 317.
[27] *Gestes des Chiprois,* pág. 230; Abu'l Feda, pág. 162; Maqrisi, en Reinaud, *op. cit.,* págs. 561-2.

Guillermo, había muerto cruelmente, así como también su primo, el señor de Jebail, por Bohemundo VII.

La viuda se retiró a Armenia, donde se hallaba su hermano. Pero a comienzos de 1288 Lucía llegó con su esposo a Acre con objeto de marchar a Trípoli y hacerse cargo de la herencia. Fue bien recibida por los hospitalarios, antiguos aliados de la dinastía, que la escoltaron hasta Nephin, la ciudad fronteriza del condado. Allí proclamó sus derechos. La Comuna contestó con una larga lista de afrentas y quejas de las crueles y despóticas acciones de su hermano, su padre y su abuelo. No recibiría a ningún otro miembro de la dinastía. En su lugar se pusieron bajo la protección de la República de Génova. Enviaron un mensajero a Génova para informar al dogo, quien inmediatamente envió al almirante Benito Zaccaria con cinco galeras para establecer las condiciones con la Comuna. Entretanto los grandes maestres de las tres órdenes y el bailli de los venecianos en Acre habían marchado a Trípoli para defender la causa de la heredera; el hospitalario, debido a la antigua amistad de la Orden con aquella familia, y el templario y el teutón, porque apoyaban a Venecia contra Génova. Pero se les dijo que Lucía tenía que reconocer a la Comuna como gobierno del condado.

Zaccaria insistió a su llegada en un tratado que diera a los genoveses muchas más calles en Trípoli y el derecho a tener un *podestà* que gobernase su colonia; por su parte, garantizaría las libertades y privilegios de la Comuna. Pero los ciudadanos de Trípoli empezaron a temer que Génova no sería un amigo desinteresado. Bartolomé Embriaco, que se había asegurado el control de Jebail al casar a su hija Inés con su joven primo Pedro, hijo de Guido II, codiciaba el condado para sí. Envió un mensaje a El Cairo para enterarse de si Qalawun le apoyaría si se proclamaba conde. Se sospechó su ambición, y la opinión en Trípoli dio un giro hacia la causa de Lucía. Sin comunicárselo a los genoveses, la Comuna le escribió a Acre ofreciéndole aceptarla si ella confirmaba su posición. Lucía, astutamente, se lo comunicó a Zaccaria, que se encontraba en Ayas concertando un tratado comercial con el rey de Armenia. Marchó apresuradamente a Acre para entrevistarse con ella. Lucía aceptó confirmar los privilegios de la Comuna y de Génova, y en estas condiciones fue reconocida condesa de Trípoli [28].

El arreglo no agradó ni a los venecianos ni a Bartolomé Embriaco. Este ya se hallaba en contacto con Qalawun; pero no se sabe si fue Lucía o fueron los venecianos de Acre quienes enviaron a dos

[28] *Gestes des Chiprois*, págs. 231-4; Amadi, págs. 217-18; Sanudo, página 229; *Annales Januenses*, págs. 322-6.

francos a El Cairo para pedir al sultán que interviniera. El secretario del gran maestre del Temple sabía los nombres de los enviados, pero prefirió no revelarlos. Previnieron al sultán de que si Génova controlaba Trípoli, dominaría todo Levante y estaría a su merced el comercio de Alejandría [29].

Al sultán le complació sobremanera que le invitaran a intervenir. Esto le justificaba para romper la tregua con Trípoli. En febrero de 1289 trasladó todo el ejército egipcio a Siria sin revelar el objetivo. Pero uno de sus emires, Badr ad-Din Bektash al-Fakhri, estaba vendido a los templarios y avisó al gran maestre, Guillermo de Beaujeu, de que el objetivo era Trípoli. Guillermo se apresuró a avisar a la ciudad, recomendando a los habitantes que se mantuviesen unidos y que comprobasen las defensas de la misma. Nadie quiso creerle. Guillermo era muy aficionado a la intriga política y se sospechó que había inventado esta historia en beneficio propio, con la esperanza de ser llamado como mediador. Nada se hizo, y las facciones continuaron sus pendencias hasta que, hacia finales de marzo, el gigantesco ejército del sultán pasó a través del Buqaia y se concentró ante las murallas de la ciudad [30].

Entonces, por fin, se tomó en serio la amenaza. La Comuna y los nobles concedieron la autoridad suprema dentro de la ciudad a la condesa Lucía. Los templarios organizaron fuerzas al mando de su mariscal Godofredo de Vendac, y los hospitalarios bajo el mando del suyo, Mateo Clermont. El regimiento francés se puso en marcha desde Acre; lo mandaba Juan de Grailly. En el puerto había cuatro galeras genovesas y dos venecianas, así como barcos más pequeños, algunos de ellos pisanos. Desde Chipre el rey Enrique envió a su joven hermano Amalarico, al que acababa de nombrar condestable de Jerusalén, con una compañía de caballeros y cuatro barcos. Entretanto, muchos no combatientes huyeron, atravesando el mar, a Chipre.

La ciudad medieval de Trípoli se recostaba en el mar, en la escarpada península sobre la que se halla el moderno arrabal de al-Mina. Se dejó a un lado el castillo del monte de los Peregrinos, que al parecer no intentó resistencia alguna. La ciudad fue valerosamente defendida; pero, aunque los cristianos dominaban el mar, la vasta superioridad numérica de los musulmanes y sus grandes máquinas de asedio demostraron ser irresistibles. Cuando la torre del Obispo,

[29] *Gestes des Chiprois*, pág. 234. Abu'l Muhasin, en Reinaud, *op. cit.*, página 561, dice que Bartolomé previno a Qalawun.

[30] *Gestes des Chiprois*, págs. 234-5. Al-Fakhri ostentaba el título de emir-silah, de aquí que el autor de los *Gestes* le llame Salah. Véase Abu'l Feda, página 159.

en el ángulo sudoriental de las murallas de tierra firme, y la torre del Hospital, entre aquélla y el mar, se desmoronaron por el bombardeo, los venecianos decidieron que era imposible toda ulterior defensa. Apresuradamente cargaron sus barcos con todos sus bienes y salieron del puerto. Su deserción alarmó a los genoveses, cuyo almirante, Zaccaria, sospechó que estaban tratando de robarle algunos de sus barcos. También él reunió sus hombres y abandonó la ciudad, salvando todo lo que pudo. Con su marcha cundió el desorden entre los cristianos, y aquella mañana, 26 de abril de 1289, el sultán dispuso un asalto general. Hordas de mamelucos se precipitaron hacia la ciudad por la destruida muralla sudoriental.

Presas del pánico, los ciudadanos luchaban para llegar a los barcos. La condesa Lucía, con Amalarico de Chipre y los dos mariscales de las órdenes, embarcaron hacia Chipre. Pero el jefe del Temple, Pedro de Moncada, fue muerto, así como también Bartolomé Embriaco. Fueron asesinados todos los hombres que los musulmanes hallaron, y sujetos a esclavitud las mujeres y niños. Algunos de los refugiados consiguieron cruzar en botes de remos hasta la pequeña isla de Santo Tomás, a la altura del promontorio. Pero la caballería mameluca penetró en el agua, poco profunda, y nadó hasta allí. Se siguieron análogas escenas de matanza, y cuando el historiador Abu'l Feda de Hama quiso ir, pocos días después, a visitar la isla, tuvo que desistir, a causa del hedor de los cadáveres en estado de descomposición [31].

Cuando las matanzas y saqueos terminaron, Qalawun no dejó en la ciudad piedra sobre piedra, para evitar que los francos, dado su poderío naval, intentaran reconquistarla. Bajo sus órdenes fue fundada una nueva ciudad en la falda del monte de los Peregrinos, unas millas tierra adentro [32].

Las tropas mamelucas prosiguieron su marcha para ocupar Botrun y Nephin. No hubo conato de defensa. Pedro Embriaco, señor de Jebail, ofreció su sumisión al sultán y le fue permitido, bajo estrecha vigilancia, retener la ciudad durante otra década [33].

La caída de Trípoli fue un duro golpe para los moradores de Acre. Habían llegado a convencerse de que, en tanto no se mostraran agresivos, el sultán no pondría inconveniente a que continuaran existiendo las ciudades cristianas de la costa. Podría atacar los

[31] *Gestes des Chiprois,* págs. 235-7; Amadi, pág. 218; *Annales Januenses, loe. cit.;* Auria, *Annales,* en *M. G. H. Scriptores,* vol. XVIII, pág. 324; Maqrisi, *Sultans,* II, i, págs. 101-3; Abu'l Feda, págs. 163-4.

[32] *Gestes des Chiprois,* págs. 237-8.

[33] Maqrisi, *Sultans,* II, i, págs. 103-4. Sanudo, pág. 230. Véase Grousset, *op. cit.,* pág. 745, n. 3.

castillos, que constituían para él un peligro en potencia. Podía importunar a las órdenes militares, cuya misión era luchar por la fe, aunque los musulmanes, igual que los cristianos, consideraban a los templarios como banqueros. Pero los mercaderes y los dueños de tiendas en las ciudades marítimas solamente querían la paz, y los barones de Ultramar, amantes del lujo, no tenían el menor deseo de las incomodidades de una Cruzada. Acre y los puertos hermanos eran comercialmente convenientes para musulmanes y cristianos, y los ciudadanos habían demostrado su buena voluntad no queriendo pactar con los mongoles. El ataque a Trípoli sin mediar provocación les enseñó cuán equivocados estaban sus cálculos. Tuvieron que darse cuenta de que un destino semejante aguardaba a Acre.

Tres días después de la caída de Trípoli llegó a Acre el rey Enrique. Encontró allí un enviado de Qalawun con quejas de su amo de que Enrique y las órdenes militares habían quebrantado la tregua con él al acudir en auxilio de Trípoli. Enrique respondió que la tregua sólo atañía al reino de Jerusalén. Si Trípoli estaba incluida en ella, el sultán no debiera haber cometido la agresión. La excusa fue aceptada por los musulmanes, y se renovó la tregua, que comprendía los reinos de Jerusalén y Chipre por otros diez años, diez meses y diez días. El rey de Armenia y la señora de Tiro se apresuraron a seguir su ejemplo [34]. Pero Enrique tenía ahora poca fe en la palabra del sultán. No podía aventurarse a llamar a los mongoles, pues el sultán lo consideraría, con certeza, como una ruptura de la tregua. Pero antes de volver a Chipre, en septiembre, dejando a su hermano como bailli en Acre, envió a Europa a Juan de Grailly, para tratar de impresionar a los occidentales relatándoles cuán desesperada era la situación [35].

Los potentados occidentales se asombraron ante el destino de Trípoli. Pero la cuestión siciliana aún ocupaba las mentes de todos, con excepción de Eduardo de Inglaterra, pues el problema escocés estaba llegando a su crisis. El papa Nicolás IV recibió a Juan de Grailly con sincera simpatía y escribió con verdadero dolor a los reyes de Occidente para pedirles que enviasen ayuda. Pero él mismo estaba enredado en los asuntos sicilianos; no pudo hacer otra cosa que escribir cartas y pedir a su clero que predicase la Cruzada. Los príncipes y señores a los que se dirigió prefirieron esperar hasta que el rey Eduardo diese algún paso. Después de todo, él había abrazado

[34] *Gestes des Chiprois*, pág. 238; Amadi, *loc. cit.* Véase Stevenson, *Crusaders in the East*, pág. 351, n. 3.

[35] Raynaldus, 1288, pág. 43, 1289, pág. 72.

la Cruz y tenía alguna experiencia en Oriente [36]. Pero Eduardo no se movió. La República genovesa, que había sufrido un duro golpe con la pérdida de Trípoli, había tomado represalias capturando un gran mercante egipcio en aguas de Anatolia meridional y saqueando el indefenso puerto de Tineh, en el Delta. Pero cuando Qalawun les cerró Alejandría, se apresuraron a restaurar la paz. Cuando los enviados llegaron a El Cairo, encontraron embajadas de los emperadores griego y germánico, que esperaban ser recibidos por el sultán [37].

Unicamente en la Italia septentrional halló el llamamiento del Papa alguna respuesta; no por parte de algún barón, sino de núcleos de campesinos y modestos ciudadanos sin empleo, de Lombardía y Toscana, ansiosos de aventuras que les proporcionaran mérito, la salvación y probablemente algún botín. El Papa no estaba demasiado contento con ello, pero aceptó su ayuda y los puso bajo el mando del obispo de Trípoli, que había llegado a Roma en calidad de refugiado. Confiaba que la mano del prelado, que conocía Oriente, les frenaría e impediría que cometieran desafueros. Los venecianos, que no habían lamentado que Génova perdiese su base de Trípoli, pero que pensaban de modo diferente en lo relativo a Acre, donde mantenían la hegemonía comercial, proporcionaron veinte galeras al mando del hijo del dogo, Nicolás Tiepolo, asistido, a petición del Papa, por Juan de Grailly y Roux de Sully. A cada uno de los tres les fueron confiadas mil monedas de oro del tesoro del Papa. Pero hacían falta municiones. Al zarpar la flota hacia Oriente se le unieron cinco galeras enviadas por el rey Jaime de Aragón, quien, a pesar de estar en guerra con el Papado y con Venecia, estaba deseoso de ayudar [38].

La tregua entre el rey Enrique y el sultán había restablecido en Acre un poco de confianza. Se reanudó el comercio. En el verano de 1290 los mercaderes de Damasco empezaron a enviar de nuevo sus caravanas a la costa. Aquel año se recogió una buena cosecha en Galilea, y los campesinos musulmanes invadieron con sus productos los mercados de Acre. Nunca estuvo la ciudad tan animada y activa. En agosto, en medio de esta prosperidad, llegaron los cruzados italianos. Desde el momento del desembarco plantearon problemas a las autoridades. Eran desordenados, borrachos y corrompidos. Sus jefes, que no les podían pagar con regularidad, eran incapaces de controlarlos. Habían ido, pensaban, para luchar contra el infiel, y, por tanto, empezaron a atacar a los pacíficos mercaderes y campesi-

[36] Röhricht, «Derniers Jours», pág. 529. Para la actitud de Eduardo, véase Powicke, *op. cit.*, págs. 729 y sigs.

[37] Heyd, *op. cit.*, I, págs. 416-18.

[38] *Gestes des Chiprois*, pág. 238; Dandolo, pág. 402; Sanudo, pág. 229; Amadi, págs. 218-19.

nos musulmanes. Un día, hacia finales de agosto, estalló una revuelta. Algunos dijeron que comenzó en una orgía en que se hallaban presentes cristianos y musulmanes; otros, que un mercader musulmán había seducido a una dama cristiana, cuyo marido llamó a sus vecinos para que le ayudasen a vengarse. De repente la turba cristiana se precipitó por las calles de la ciudad y los arrabales, matando a todos los musulmanes que encontraban; y como se pensaba que todo hombre con barba era musulmán, también perecieron muchos cristianos. Los barones y los caballeros de las órdenes estaban horrorizados, pero todo lo que pudieron hacer fue rescatar algunos musulmanes y llevarlos al castillo, y arrestar a los cabecillas [39].

La noticia de la matanza no tardó mucho tiempo en llegar al sultán. Su ira estaba justificada, y decidió que había llegado el momento de desarraigar a los francos del suelo sirio. El gobierno de Acre se apresuró a enviarle excusas y ofrecerle reparaciones; pero sus enviados fueron a Acre e insistieron en que los culpables del ultraje les debían ser entregados para castigarles. El condestable Amalarico convocó un consejo. En el curso del mismo, el gran maestre del Temple se levantó y aconsejó que todos los criminales cristianos que entonces se hallaban en las cárceles de Acre deberían ser entregados a los representantes del sultán como autores del crimen. Pero la opinión pública no permitió que fueran enviados cristianos a una muerte cierta a manos del infiel. Los embajadores del sultán no recibieron satisfacción. En su lugar, hubo un tibio intento de demostrar que algunos de los mercaderes musulmanes eran culpables del comienzo de la revuelta y de achacarles la culpa [40].

La respuesta de Qalawun fue tomar las armas. Un debate entre los jurisconsultos le tranquilizó acerca de que estaba justificado legalmente romper la tregua. Mantuvo secretos sus planes. Al tiempo que movilizaba el ejército egipcio, ordenó al ejército sirio, al mando de Rukn ad-Din Toqsu, gobernador de Damasco, que se trasladase a la costa de Palestina, cerca de Cesarea, y que preparase las máquinas de asedio. Se hizo saber que el destino de la expedición era África [41]. Pero, una vez más, el emir al-Fakhri avisó a Guillermo de Beaujeu y los templarios de la verdadera intención del sultán. Guillermo transmitió el aviso, pero, como en Trípoli, ninguno quiso creerle. Envió, por propia iniciativa, un mensajero a El Cairo. Qalawun ofreció la salvación de la ciudad a cambio de tantos cequíes

[39] *Gestes des Chiprois, loc. cit.;* Amadi, pág. 219; Florio Bustron, página 118; Maqrisi, *Sultans,* II, i, pág. 109.

[40] *Gestes des Chiprois,* págs. 239-40; Amadi, *loc. cit.*

[41] *Gestes des Chiprois,* pág. 240; Aqrisi, *Sultans,* II, i, pág. 109; Muhi ad-Din, en Reynaud, *op. cit.,* págs. 567-8.

venecianos como habitantes. Pero, cuando Guillermo comunicó la oferta al Tribunal Supremo, fue rechazada despectivamente. Guillermo fue acusado de traidor e insultado por la multitud al abandonar el edificio [42].

El contento de los ciudadanos de Acre subió de punto cuando, a finales de aquel año, llegaron noticias de El Cairo de que Qalawun había fallecido. Había abandonado el propósito de ocultar su intención de marchar sobre Acre. En una carta al rey de Armenia le decía que había hecho voto de no dejar ni un cristiano vivo en la ciudad. El 4 de noviembre de 1290 partió de El Cairo a la cabeza de su ejército. Pero desde el mismo comienzo cayó enfermo. Seis días después falleció en Marjat at-Tin, a cinco millas de su capital. En su lecho de muerte hizo prometer a su hijo al-Ashraf Khalil que continuaría la campaña. Había sido un gran sultán, tan inquieto y despiadado como Baibars, pero con más sentido de la lealtad y el honor [43].

Al contrario que Baibars, dejó un hijo notable como sucesor. A su muerte siguió la consabida conspiración palaciega. Pero ésta no cogió desprevenido a al-Ashraf. Consiguió arrestar al cabecilla, el emir Turantai, y establecerse firmemente en el trono. Estaba en aquel momento demasiado avanzado el año para poder marchar sobre Acre, y la campaña fue aplazada hasta la primavera [44].

El gobernador de Acre aprovechó este respiro para enviar otra embajada a El Cairo. Fue dirigida por un notable de Acre, Felipe Mainboeuf, que era un destacado erudito árabe. Con él iban un caballero templario, Bartolomé Pizan, un hospitalario y un secretario llamado Jorge. El nuevo sultán se negó a verles. Fueron arrojados en una mazmorra y no sobrevivieron mucho tiempo [45].

El ejército musulmán empezó a ponerse en marcha en marzo de 1291. Los preparativos de al-Ashraf fueron detallados y completos. Se reunieron máquinas de asedio de todos los dominios. Tan cargado iba el ejército de Hama, que invirtió un mes, con aquel tiempo lluvioso e inseguro, en ir desde el Krak, donde se detuvo a recoger una gigantesca catapulta llamada La Victoriosa, hasta Acre. Casi otro centener de máquinas habían sido construidas en Damasco y Egipto. Había una segunda catapulta llamada La Furiosa, y mandrones ligeros de un tipo muy eficaz llamados Bueyes Negros. El 6 de

[42] *Gestes des Chiprois, loc. cit.;* Ludolfo de Suchem (trad. Stewart), *P. P. T. S.,* vol. XII, pág. 56.

[43] Maqrisi, *Sultans,* II, i, págs. 110-12; Abu'l Feda, pág. 163; *Gestes des Chiprois,* págs. 240-1; Amadi, pág. 219.

[44] Abu'l Feda, *loc. cit.; Gestes des Chiprois,* pág. 241.

[45] *Gestes des Chiprois,* págs. 241-3; Maqrisi, *Sultans,* II, i, pág. 120.

marzo, al-Ashraf partió de El Cairo hacia Damasco, donde dejó su harén. El 5 de abril llegó a Acre con sus vastas fuerzas. Se ha dicho que sesenta mil jinetes y ciento sesenta mil infantes. Por muy exageradas que sean estas cifras, su ejército sobrepasaba con mucho las fuerzas que pudieron reclutar los cristianos [46].

Las noticias de los preparativos del sultán hicieron por fin que los ciudadanos de Acre se apercibiesen de su apuro. Durante todo el invierno dirigieron a Europa angustiosos llamamientos, que obtuvieron poco resultado. Llegaron durante el otoño algunos caballeros aislados. Entre ellos se hallaban el suizo Otón de Grandson y algunos ingleses enviados por Eduardo I. El Temple y el Hospital reunieron todos los hombres posibles. El gran maestre de la Orden teutónica, Burcardo de Schwanden, causó muy mala impresión por elegir aquel preciso momento para presentar su dimisión; pero su sucesor, Conrado de Feuchtwangen, convocó a los caballeros de la Orden que estaban en Europa. Enrique de Chipre envió tropas chipriotas y a su hermano, Amalarico, para dirigir la defensa, con la promesa de que acudiría él en persona con refuerzos. Se designó una tarea a cada ciudadano capaz [47]. Pero aun así resultaban escasos. Toda la población civil de Acre comprendía treinta o cuarenta mil almas. Había además algo menos de mil caballeros o escuderos montados y catorce mil infantes, incluidos los peregrinos italianos. Las fortificaciones de la ciudad eran buenas y habían sido reforzadas recientemente por orden del rey Enrique. Existía una doble fila de murallas que protegía la península, en la que se asentaban la ciudad y el arrabal del Norte, Montmusart, y una muralla separaba Acre de Montmusart. El castillo se hallaba en esta última muralla, cerca de su conjunción con la muralla doble. Había doce torres situadas, con intervalos irregulares, a lo largo de los circuitos interior y exterior. Muchas de ellas habían sido erigidas a expensas de algunos peregrinos distinguidos; así, la torre Inglesa, construida por Eduardo I, y la torre de la Condesa de Blois, próxima a aquélla. En el ángulo en que las murallas procedentes del Norte, de la bahía de Acre, torcían en dirección sur, hacia el mar, se levantaba, en la muralla exterior, una gran torre reconstruida recientemente por el rey Enrique II y situada enfrente de la torre Maldita. Frente a la torre del Rey Enrique se alzaba una barbacana construida por el rey Hugo [48]. Toda

[46] Al-Jazari (ed. Sauvaget), págs. 4-5; Maqrisi, *loc. cit.;* Abu'l Feda, página 163.

[47] *Gestes des Chiprois,* pág. 241. Véase también Röhricht, *Geschichte,* páginas 1008 y sigs.

[48] Véase *supra,* pág. 36 y mapa en la página 435. También, Rey, *Colonies Franques,* págs. 451 y sigs. Alicia de Bretaña, condesa viuda de Blois, ha-

esta zona estaba considerada como la parte más vulnerable. Fue, por tanto, confiada a las tropas del rey, mandadas por el hermano de éste, Amalarico. A su derecha se hallaban los caballeros franceses e ingleses, a las órdenes de Juan de Grailly y Otón de Grandson; después, las tropas de venecianos y pisanos, y, por último, las de la Comuna de Acre. A su izquierda, cubriendo las murallas de Montmusart, se hallaban primero los hospitalarios y después los templarios, mandados por sus respectivos grandes maestres. Los caballeros teutónicos reforzaban los regimientos reales de la torre Maldita. En el bando musulmán, el ejército de Hama, con el que se hallaba el historiador Abu'l Feda, se hallaba estacionado junto al mar, frente a los templarios; el ejército de Damasco, frente al Hospital, y el egipcio se extendía desde el extremo de la muralla de Montmusart hasta la bahía de Acre. La tienda del sultán se hallaba emplazada no lejos de la costa, frente a la torre del Legado [49].

Más tarde, cuando todo hubo pasado y todo estaba perdido, la ira y el dolor dieron lugar a recriminaciones. Los cronistas cristianos acusaron gratuitamente de cobardía a la guarnición [50]. Pero lo cierto es que en este momento supremo para su destino, los defensores de Ultramar demostraron un valor y una lealtad de los que, por desgracia, habían carecido los últimos años. Puede ser que cuando barcos cargados de mujeres, viejos y niños salieron hacia Chipre, al iniciarse el sitio, algunos hombres en edad de luchar huyeran con ellos. Quizá algunos mercaderes italianos mostrasen una ansiedad egoísta por sus propiedades. Génova, desde luego, no tomó parte en la lucha. Había sido virtualmente excluida de Acre por los venecianos y se hallaba ligada por un pacto con el sultán. Pero venecianos y pisanos pelearon valientemente. Estos últimos fueron los que construyeron

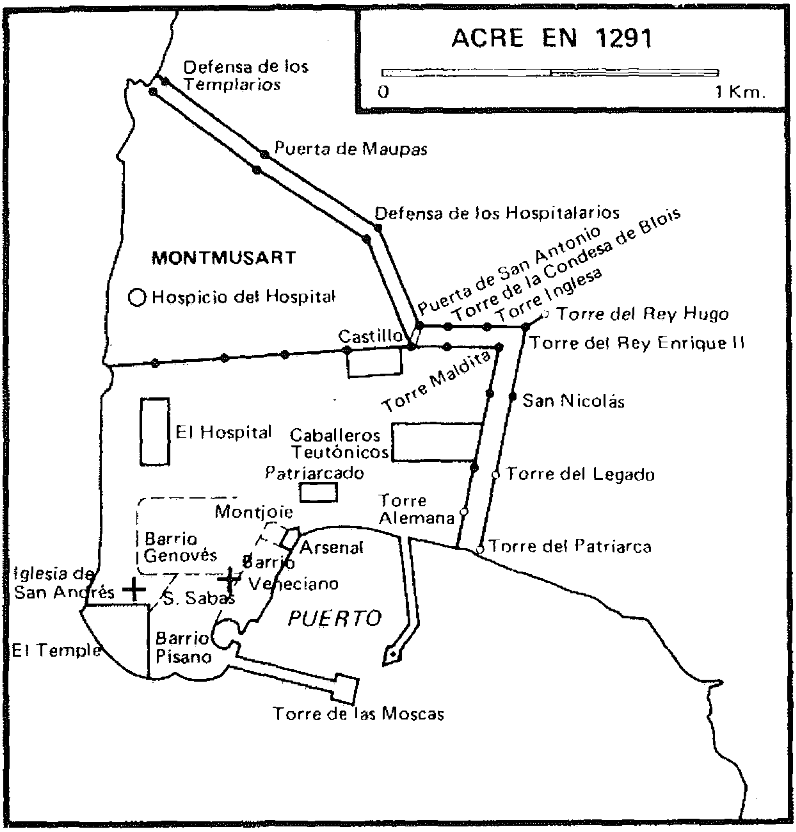
bía visitado Acre en 1287 y falleció allí (*Annales de Terre Sainte*, págs. 459-60; Sanudo, pág. 229).

[49] Abu'l Feda, pág. 164; *Gestes des Chiprois*, pág. 243.

[50] Las principales crónicas francas que tratan de la caída de Acre son: 1) *Gestes des Chiprois*, escrita por el llamado «Templario de Tiro», que fue secretario del gran maestre de la Orden. Fue un testigo y, aunque admiraba al maestre, no era templario, y en general es verídico (véase *infra*, pág. 437), 2) Marino Sanudo, el viejo, que no estuvo presente y que basa su relato en los *Gestes*. 3) *De Excidio Urbis Acconis* (en Martène y Durand, *Amplissima Collectio*, vol. V), obra anónima, cuyo autor fue coetáneo, pero no testigo, y hace acusaciones gratuitas sobre cobardía y traición. 4) Tadeo de Nápoles, *Hystoria de Desolatione Civitatis Acconensis* (ed. Riant), casi igual de insultante. El relato de un monje griego, Arsenio (citado por Bartolomé de Neocastro, ed. Paladino, en Muratori, *Rerum Italicarum Scriptores*, nueva ed., XIII, iii, página 132), acusa a los francos de libertinaje e inactividad, pero no de cobardía. Casi todas las fuentes hablan bien del rey Enrique.

una gran catapulta, que demostró ser la máquina más eficaz de los cristianos.

El sitio dio comienzo el 6 de abril. Día tras día, las catapultas y los mandrones del sultán arrojaban piedras y bolas de barro llenas de una mezcla explosiva contra las murallas de la ciudad o, sobre



Acre en 1291.

ellas, al interior de la misma, y sus arqueros despedían nubes de flechas contra los defensores de las galerías y plataformas de las torres, mientras los ingenieros se preparaban para minar los lugares cruciales de la defensa. Se dice que tuvo que emplear mil zapadores contra cada torre. Los cristianos aún tenían el predominio naval, y recibían alimentos regularmente desde Chipre; pero el armamento era escaso,

y comenzaron a percatarse de que no había suficientes soldados para defender adecuadamente las murallas contra la abrumadora mayoría del enemigo. Pero no se hablaba de rendición. Uno de los barcos fue provisto de una catapulta, que causó daños de consideración en el campamento del sultán. La noche del 15 de abril, cuando la luna brillaba en el cielo, los templarios, ayudados por Otón de Grandson, hicieron una salida contra el campamento del ejército de Hama. Los musulmanes fueron cogidos por sorpresa. Pero muchos de los templarios tropezaron en las cuerdas de las tiendas debido a la escasa luz, cayeron y fueron capturados, y el resto fue rechazado hasta la ciudad, con grandes pérdidas. Otra salida realizada por los hospitalarios, pocas noches después, en completa oscuridad, fracasó totalmente, pues en seguida los musulmanes encendieron antorchas y hogueras. Después de esta segunda tentativa se decidió que las salidas resultaban demasiado costosas en hombres. Pero el abandono de las actividades ofensivas repercutió en la moral cristiana. Creció en los defensores el sentimiento de desesperación. Había llegado el momento para los musulmanes.

El 4 de mayo, cerca de un mes después del comienzo del sitio, el rey Enrique llegó desde Chipre con cuarenta barcos y las tropas que había conseguido reunir, un centenar de jinetes y dos mil infantes. Le acompañaba el arzobispo de Nicosia, Juan Turco de Ancona. Probablemente el no haber podido acudir antes fue debido a una enfermedad. Se le recibió con júbilo. Tan pronto como desembarcó se puso al mando e infundió nuevo vigor a la defensa. Pero pronto se hizo evidente que estos refuerzos eran insuficientes para cambiar el resultado.

En un último intento de restablecer la paz, el rey envió al sultán a dos caballeros, el templario Guillermo de Cafran y Guillermo de Villiers, para que le preguntasen por qué había roto la tregua y para prometerle que le resarciría de cualquier agravio. Al-Ashraf los recibió fuera de su tienda, pero antes de que pudieran transmitirle el mensaje les preguntó secamente si le traían las llaves de la ciudad. Ante su negativa, contestó que era la ciudad lo que deseaba; no le interesaba la suerte de sus moradores, y como deferencia al valor del rey por venir a luchar siendo tan joven y estando enfermo, perdonaría sus vidas si se rendían. Apenas los mensajeros habían terminado de responder que serían considerados traidores si prometían la capitulación, cuando una catapulta de las murallas arrojó una piedra muy cerca de donde se hallaba el grupo. Al-Ashraf, furioso, desenvainó su espada para matar a los embajadores; pero el emir Shujai le contuvo, pidiéndole que no la manchase con sangre de cerdos. Y permitió a los caballeros volver al lado de su rey.

Los ingenieros del sultán ya habían comenzado a minar las torres. El 8 de mayo los hombres del rey decidieron que la barbacana de la del Rey Hugo no se podía sostener. La incendiaron y dejaron que se derrumbase. En el curso de la semana siguiente fueron minadas la torre de los Ingleses y la de la Condesa de Blois, y las murallas cercanas a la puerta de San Antonio y a la torre de San Nicolás empezaron a desmoronarse. La nueva torre de Enrique II se sostuvo hasta el 15 de mayo, cuando parte de su muralla exterior se derrumbó. A la mañana siguiente los mamelucos entraron en las ruinas, y la defensa fue rechazada hasta la muralla interior. Aquel mismo día se realizó un ataque conjunto contra la puerta de San Antonio, y solamente el arrojo de los templarios y hospitalarios impidió al enemigo penetrar en la ciudad. El mariscal del Hospital, Mateo de Clermont, se distinguió por su bravura.

En el curso del siguiente día los musulmanes estrecharon el cerco del recinto exterior, y el sultán ordenó el asalto general para la mañana del viernes 18 de mayo. El ataque se lanzó a todo lo largo de las murallas, desde la puerta de San Antonio hasta la torre del Patriarca, junto a la bahía, aunque el esfuerzo principal de los musulmanes se dirigió contra la torre Maldita, en el ángulo del saliente. El sultán comprometió todos sus recursos en la batalla. Sus mandrones mantuvieron un bombardeo incesante. Las flechas de sus arqueros caían en la ciudad casi como una masa compacta, y un regimiento tras otro se precipitaba contra las defensas, conducidos por emires con turbantes blancos. El estruendo era formidable. Los asaltantes lanzaban sus gritos de guerra, y las trompetas, címbalos y tambores, que tocaban trescientos hombres montados en camellos, les enardecían.

No pasó mucho tiempo antes de que los mamelucos abrieran brecha en la torre Maldita. Los caballeros sirios y chipriotas que constituían su guarnición se vieron forzados a retirarse en dirección oeste, hacia la puerta de San Antonio. Allí acudieron en su auxilio los templarios y hospitalarios, hermanados en la lucha como si no tuvieran detrás dos centurias de rivalidades entre ellos. Mateo de Clermont intentó desesperadamente dirigir un contraataque para recuperar la torre, pero, aunque le secundaban los dos grandes maestres, no consiguió nada. A lo largo de la muralla oriental de la ciudad, Juan de Grailly y Otón de Grandson se defendieron durante algunas horas; pero después de la caída de la torre Maldita el enemigo pudo franquear las derruidas murallas y tomar posesión de la puerta de San Nicolás. Se perdió todo el saliente, y los musulmanes se establecieron dentro de la ciudad.

Se entabló una lucha encarnizada en las calles, pero ya no se po-

día hacer nada para salvar a Acre. Guillermo de Beaujeu, gran maestre del Temple, fue herido mortalmente en el infructuoso contraataque a la torre Maldita. Sus seguidores le llevaron al edificio del Temple, donde falleció. Mateo de Clermont, que se hallaba con él, volvió a la batalla para encontrar la muerte. El gran maestre del Hospital, Juan de Villiers, resultó herido, pero sus hombres lo llevaron al puerto y, a pesar de sus protestas, lo embarcaron. El joven rey y su hermano Amalarico ya habían partido. Más tarde el rey Enrique sería acusado de cobardía por desertar de la ciudad; pero nada podía hacer ya y era su deber hacia su reino evitar que lo capturasen. En el sector oriental, Juan de Grailly fue herido, mientras Otón de Gradson tomaba el mando. Reunió todos los barcos venecianos que pudo encontrar y embarcó en ellos a Juan de Grailly y a todos los soldados que le fue posible rescatar, y finalmente lo hizo él, en último lugar. Reinaba la más espantosa confusión en los muelles. Soldados y ciudadanos, mujeres y niños entre ellos, se apiñaban en los botes de remo en un intento de ganar las galeras fondeadas cerca de la costa. El anciano patriarca Nicolás de Hanapé, que había recibido heridas de poca consideración, fue colocado en un pequeño esquife por sus fieles siervos; pero permitió por caridad a tantos refugiados que subieran a él, que el bote se hundió por exceso de peso y se ahogaron todos. Hubo algunos hombres que tuvieron la serenidad suficiente para hacerse con un barco y cobrar precios exorbitantes a los desesperados comerciantes y damas que se hallaban en los muelles. El aventurero catalán Roger de Flor, que había peleado bravamente como templario durante el sitio, asumió el mando de una galera de los templarios y puso los cimientos de su enorme fortuna gracias al dinero que sacó a las damas nobles de Acre [51].

Los barcos eran demasiado pocos para trasladar los fugitivos. Pronto los soldados musulmanes penetraron por toda la ciudad, matando a todos, hombres, mujeres y niños, sin distinción. Algunos afortunados ciudadanos que permanecieron en sus casas fueron apresados y vendidos como esclavos, pero no se salvaron muchos. Nadie pudo calcular cuántos perecieron. Las órdenes y las grandes casas comerciales más tarde confeccionaron listas de los supervivientes; pero siguió siendo desconocida la suerte que corrió la mayoría de

[51] Este relato está tomado de *Gestes des Chiprois,* págs. 43-54; Sanudo, páginas 230-1; Amadi, págs. 220-5; *De Excidio,* cols. 760-82; Tadeo, págs. 18-23; Ludolfo de Suchem *(P. P. T. S.,* págs. 54-61); al-Jazari, pág. 5; Maqrisi, *Sultans,* II, i, págs. 125-6; Abu'l Feda, págs. 164-5; Abu'l Muhasin, en Reynaud, *op. cit.,* págs. 569-72. Existe una narración pintoresca (desgraciadamente sin referencias) en Schlumberger, *Byzance et Croisades,* págs. 207-79. Muntaner, *Crónica* (ed. Coroleu), pág 378, relata la conducta de Roger de Flor.

sus miembros. Viajeros que fueron después a Oriente relatan haber visto a templarios renegados que vivían pobremente en El Cairo, y a otros templarios que trabajaban como leñadores en los alrededores del mar Muerto. Algunos prisioneros fueron libertados y regresaron a Europa después de nueve o diez años de cautiverio. Los esclavos que habían sido caballeros y sus descendientes fueron tratados con algún respeto por sus amos. Muchas mujeres y niños desaparecieron para siempre en los harenes de los emires mamelucos. Debido a la magnitud de la oferta, el precio de una muchacha bajó a un dracma en el mercado de esclavos de Damasco. Pero fue aún mayor el número de cristianos muertos [52].

En la noche del 18 de mayo estaba ya en manos del sultán toda Acre, excepto el gran edificio de los templarios, que se adentraba en el mar por el extremo sudoccidental de la ciudad. En él se habían refugiado los templarios supervivientes y varios ciudadanos de ambos sexos. Durante algunos días sus enormes murallas desafiaron al enemigo, y en su ayuda vinieron barcos que habían desembarcado refugiados en Chipre. Después de casi una semana, al-Ashraf ofreció al mariscal de la Orden, Pedro de Sevrey, la libertad de embarcarse rumbo a Chipre con todos los que se hallaban allí y con sus bienes, si se entregaban. Pedro aceptó las condiciones y admitió en la fortaleza un emir y cien mamelucos para que vigilasen los preparativos, mientras se izaba en la torre la bandera del sultán. Pero los mamelucos no estaban disciplinados y empezaron a molestar a las mujeres y muchachos cristianos. Iracundos por ello, los caballeros se abalanzaron contra los musulmanes y los mataron, y arriaron la bandera del enemigo, dispuestos a resistir hasta la muerte. Cuando se hizo la noche, Pedro de Sevrey envió por barco al castillo de Sidón al tesorero de la Orden con su jefe Tibaldo Gaudin y algunos no combatientes. Al día siguiente, al-Ashraf, al ver la fortaleza del castillo y el arrojo desesperado de su guarnición, ofreció las mismas condiciones honorables que antes. Pedro salió con algunos compañeros para discutir la rendición. Pero, tan pronto como llegaron a la tienda del sultán, fueron apresados, atados y degollados inmediatamente. Cuando los defensores de las murallas vieron lo que había sucedido, cerraron la puerta de nuevo y empezaron la lucha. Pero no pudieron impedir que los zapadores musulmanes se deslizaran hasta las murallas y excavaran una gran mina debajo de ellas. El 28 de mayo toda la parte del edificio orientada hacia tierra firme empezó a desmoronarse. Impaciente, al-Ashraf lanzó dos mil mamelucos por

[52] *Gestes des Chiprois*, págs. 254-5; Maqrisi, *op. cit.*, pág. 126; carta del sultán al-Ashraf a Hethoum de Armenia en Bartolomé Cotton, pág. 221. Véase Röhricht, *Geschichte*, pág. 1021, n. 3.

la brecha. Su peso fue demasiado para los cuarteados cimientos. Mientras luchaban para abrirse paso, todo el edificio se vino abajo, matando por igual a defensores y asaltantes [53].

Tan pronto como Acre estuvo en su poder, el sultán procedió a su destrucción sistemática. Estaba decidido a que nunca más sirviera de avanzada para la agresión cristiana a Siria. Las casas y tiendas fueron saqueadas y después quemadas; los edificios de las órdenes, las torres fortificadas y los castillos fueron desmantelados; las murallas de la ciudad se abandonaron para que se fueran cayendo. Cuando el peregrino alemán Ludolfo de Suchem pasó por allí, cuarenta años más tarde, sólo algunos pobres campesinos vivían entre las ruinas de la un tiempo espléndida capital de Ultramar. Todavía se alzaban una o dos iglesias no destruidas por completo. Pero la hermosa puerta de la iglesia de San Andrés había sido llevada para adorno de una mezquita construida en El Cairo en honor del victorioso sultán; y entre los destruidos muros de la iglesia de Santo Domingo la tumba del dominico Jordán de Sajonia estaba intacta, pues los musulmanes la habían abierto y hallaron el cuerpo incorrupto [54].

Las demás ciudades francas siguieron el mismo destino que Acre. El 19 de mayo, cuando casi todo Acre estaba en su poder, al-Ashraf envió a Tiro un nutrido contingente de tropas. Era la ciudad más fuerte de la costa, inexpugnable para un enemigo que no tuviera el predominio naval. En el pasado había frustrado por dos veces los intentos de Saladino. Unos meses antes la princesa Margarita, a quien pertenecía, se lo había entregado a su sobrino Amalarico, el hermano del rey. Pero la guarnición era escasa y, tan pronto como se aproximó el enemigo, el bailli de Amalarico, Adán de Cafran, perdió la serenidad y huyó a Chipre abandonando la ciudad sin lucha [55].

En Sidón los templarios decidieron establecer un límite. Tibaldo Gaudin se hallaba allí con el tesoro de la Orden, y los caballeros supervivientes le habían elegido gran maestre, como sucesor de Guillermo de Beaujeu. Les dejaron en paz durante un mes. Transcurrido éste, apareció un formidable ejército mameluco al mando del emir Shujai. Los caballeros eran demasiado pocos para mantener la ciudad, por lo que se retiraron con muchos de los ciudadanos más notables

[53] *Gestes des Chiprois*, págs. 255-6; Bartolomé Cotton, pág. 432; Ludolfo de Suchem, *loc. cit.;* Sanudo, pág. 231. Narra también la historia Bar Hebraeus, pág. 493 (fechada en 1292).

[54] Enlart, *Monuments des Croisés*, II, págs. 9-11; Etienne de Lusignan, *Histoire de Chypre*, fol. 90; Ludolfo de Suchem (*P. P. T. S.*, pág. 61).

[55] *Gestes des Chiprois*, pág. 254; Sanudo, *loc. cit.;* al-Jazari, pág. 6; Abu'l Feda, pág. 164; Maqrisi, *Sultans*, II, i, pág. 126. Margarita era aún señora de Tiro en 1289 (*Gestes*, pág. 237), aunque los *Gestes (ibid.)* hablan de Amalarico como señor de Tiro en 1288. Véase Hill, *op. cit.*, pág. 182, n. 5.

al castillo del Mar, construido sobre una isla rocosa, a cien yardas de la playa, y que había sido reforzado recientemente. Tibaldo salió inmediatamente hacia Chipre para reclutar tropas que auxiliasen el castillo. Pero una vez allí, no hizo nada, bien por cobardía o por desesperación. Los templarios del castillo se batieron valientemente, pero cuando los pontoneros mamelucos comenzaron a tender una pasarela a través de las aguas, perdieron toda esperanza y zarparon hacia Tortosa. El 14 de julio Shujai entró en el castillo y ordenó su destrucción [56].

Una semana después apareció Shujai ante Beirut. Sus ciudadanos habían confiado que el tratado entre Eschiva y el sultán les libraría del ataque. Cuando el emir pidió a los jefes de la guarnición que fueran a rendirle homenaje, éstos lo hicieron inmediatamente y fueron hechos prisioneros. Sin los jefes, la guarnición no se pudo aprestar a la defensa. Sus miembros huyeron a los barcos llevando consigo las reliquias de la catedral. Los mamelucos entraron en la ciudad. Sus murallas y el castillo de los Ibelin fueron destruidos, y la catedral, convertida en mezquita [57].

Poco después el sultán ocupó Haifa, sin oposición, el 30 de julio, y sus hombres quemaron los monasterios del monte Carmelo y mataron a los monjes. Aún quedaban los dos castillos templarios de Tortosa y Athlit, pero en ninguno de ambos la guarnición era lo suficientemente fuerte como para afrontar un sitio. Tortosa fue evacuada el 3 de agosto, y Athlit, el 14. Todo lo que ahora les quedaba a los templarios, era la isla fortaleza de Ruad, a unas dos millas de la costa, frente a Tortosa. Allí se mantuvieron doce años más; tuvieron que abandonarla en 1303, cuando todo el futuro de la Orden empezaba a ponerse en duda [58].

Durante algunos meses las tropas del sultán recorrieron de arriba abajo la zona costera, destruyendo cuidadosamente todo aquello que pudiera tener algún valor para los francos si intentaban hacer otro desembarco. Fueron talados los huertos y campos de árboles frutales y estropeados los sistemas de riego. Solamente se conservaron los castillos situados a retaguardia de la costa, como el del monte de los Peregrinos, en Trípoli, y Marqab, sobre una alta montaña. A lo largo de la costa reinaba la desolación. Los labradores de aquellas granjas, ricas antaño, vieron asoladas sus tierras y buscaron refugio en las

[56] *Gestes des Chiprois*, págs. 256-7; *Annales de Terre Sainte*, pág. 460; al-Jazari, pág. 7; Maqrisi, *Sultans*, II, i, pág. 131; Abu'l Feda, *loc. cit.*

[57] *Gestes des Chiprois*, págs. 257-8; al-Jazari, *loc. cit.;* Maqrisi, *loc. cit.;* Abu'l Feda, *loc. cit.*

[58] *Gestes des Chiprois*, pág. 259; *Annales de Terre Sainte, loc. cit.;* al-Jazari, pág. 8; Maqrisi, *Sultans*, II, i, pág. 126; Abu'l Feda, *loc. cit.*

montañas. Los de origen franco se apresuraron a mezclarse con los nativos, y los cristianos indígenas fueron tratados poco mejor que esclavos. La antigua y cómoda tolerancia del Islam había desaparecido. Agriados por las largas luchas religiosas, los vencedores no tenían clemencia hacia el infiel [59].

La suerte de los cristianos que consiguieron escapar a Chipre no fue mucho mejor. Durante una generación vivieron la desgraciada vida de los refugiados no gratos, hacia los cuales disminuía la simpatía a medida que el tiempo pasaba. Sólo servían para recordar a los chipriotas su terrible desastre. Y los chipriotas no necesitaban nada que se lo recordase. En el curso del siguiente siglo, las grandes damas de la isla, cuando salían de sus casas, se ataviaban con capas negras que les cubrían de la cabeza a los pies. Era una señal de duelo por la muerte de Ultramar [60].

[59] Véase *infra*, pág. 421.
[60] Sanudo, pág. 232; Cobham, *Excerpta Cypria*, págs. 17, 22.

Libro V

EPILOGO

Capítulo 16

LAS ULTIMAS CRUZADAS

«Los más doctos del pueblo adoctrinarán a muchos y caerán a espada, por fuego, por cautiverio y por saqueo.»

(Daniel, 11, 33.)

Con la caída de Acre y la expulsión de los francos de Siria el movimiento cruzado comenzó a desaparecer de la esfera de la política práctica. Después de las reconquistas de Saladino, un siglo antes, los cristianos aún poseían grandes fortalezas en el continente, Tiro, Trípoli y Antioquía. Un ejército de rescate tenía bases para operar desde ellas. Ahora estas bases se habían perdido. La pequeña isla de Ruad, desprovista de agua, para nada servía. Las expediciones se debían organizar y abastecer atravesando el mar, desde Chipre. El único dominio cristiano que quedaba era el reino de Armenia, en Cilicia. Pero el viaje desde Cilicia a Siria era difícil, y los armenios no eran de fiar. Una vez más, la pérdida de Jerusalén en 1187 se manifestó como golpe terrible para la Cristiandad: tan rápido fue el colapso del reino. Pero todos sabían en 1291 que Ultramar se estaba acabando. Su desaparición causaba dolor e indignación, pero no sorpresa. La Europa occidental tenía ahora demasiados problemas y luchas en su territorio. No existía un fervoroso ardor que llevara a sus potentados hacia el Este, como en los días de la tercera Cruzada. Menos aún se podía lanzar una gran expedición popular como la primera Cruzada. Las gentes de Occidente estaban ya disfrutando de nuevas comodidades y

prosperidad. Ahora no responderían a los sermones apocalípticos de un Pedro el Ermitaño con la piedad sencilla e ignorante de sus antepasados de hacía dos siglos. No les convencía la promesa de indulgencias y les asombraba la utilización de la guerra santa con fines políticos. Tampoco era posible una gran expedición militar con el gran Imperio de Bizancio reducido a una sombra. La noticia del fin de Ultramar fue una noticia triste, pero no provocó reacción violenta.

Unicamente el Papa, Nicolás IV, trató de remediar su pena con hechos; pero no encontró a nadie hacia quien dirigirse. El prestigio del Papado había decaído mucho con el fracaso de la guerra siciliana. Los monarcas ya no se tomaban la molestia de atender a las peticiones de los papas. El Emperador occidental, cuyo poder ecuménico habían roto los papas, estaba muy ocupado en Alemania. Si salía de allí era sólo para realizar una ansiosa expedición a Italia. El rey Felipe IV de Francia era capaz y activo, pero después de salir del embrollo de la guerra siciliana empleó su energía en restablecer la autoridad real. Eduardo de Inglaterra estaba metido de lleno en Escocia. Más aún, Inglaterra y Francia comenzaban a tener una relación cada vez más tirante, que pronto desembocaría en la Guerra de los Cien Años. El monarca con más poder naval en el Mediterráneo era Jaime II de Aragón, y su hermano Federico, pretendiente de Sicilia, estaban en guerra con un cliente del Papa, Carlos II de Nápoles, quien parecía bien dispuesto para ayudar a una Cruzada; pero antes tenía que expulsar de Sicilia al aragonés. En Oriente, el Emperador bizantino estaba muy ocupado con los turcos, por una parte, y las nuevas monarquías de los Balcanes, Bulgaria y Servia, por otra. Además, los angevinos de Nápoles estaban adquiriendo los derechos de los desposeídos emperadores latinos. Su protector, el Papa, no podía, por tanto, esperar mucha simpatía de parte de los griegos. Las ciudades mercantiles de Italia tenían demasiada tarea ajustando su política a las distintas circunstancias para hacer promesas que pudieran resultar incómodas. Los reyes de Chipre y Armenia se hallaban más implicados en el problema, pues sus reinos estaban ahora en la línea fronteriza, y uno y otro tenían que servir de base para una nueva Cruzada. Pero ante todo querían no provocar al sultán. El rey de Armenia tenía que contender con turcos y egipcios, y el de Chipre había de afrontar el problema de los refugiados. Además, ambas casas reales, íntimamente relacionadas ahora a consecuencia de los matrimonios, se verían pronto turbadas por pendencias familiares y guerras civiles. El ilkhan de Persia era un aliado potencial; pero al ilkhan Arghun le había decepcionado cruelmente el que Occidente no hubiera respondido a su llamada de entrar en acción antes de la caída de Acre. Nada más haría. En 1295, poco después de la muerte de Arghun, el ilkhan

Ghazzan adoptó el islamismo como religión oficial para el ilkhanato y se desprendió del vasallaje al Gran Khan de Oriente. Ghazzan era un buen amigo de los cristianos, pues había sido educado por la Despina Khatun, la generosa mujer del ilkhan Abaga, a la que todo Oriente reverenciaba; y su conversión en modo alguno disminuyó su odio a los egipcios y turcos. Pero ya no se enviaron más embajadas mongólicas a Roma y se perdió la esperanza de que Persia se convirtiese en una potencia cristiana. Había, es cierto, un enviado del Papa en Pekín, el hermano Juan de Monte Corvino; pero aunque el hermano Juan gozaba de la amistad de Kubilai, el Gran Khan ya no se interesaba por los asuntos del cercano Oriente [1].

Quedaban las órdenes militares. Habían sido fundadas para luchar por la Cristiandad en Tierra Santa, y éste era su principal deber. Después de la caída de Acre, la Orden teutónica abandonó Oriente para dirigirse a sus posesiones del Báltico [2]; pero los templarios y hospitalarios establecieron sus cuarteles generales en Chipre. Allí, como no podían llevar a cabo su misión, se dedicaron a inmiscuirse en la política local. El Papa probablemente podía contar con ellos para que le proporcionaran ayuda para cualquier expedición, pues sus vastos dominios en toda Europa desencadenaron envidias que hubieran podido resultar peligrosas si no se demostraba que estas órdenes tenían alguna justificación. Pero el Temple y el Hospital por sí solos no podían emprender una Cruzada [3].

El papa Nicolás no consiguió mover a Europa después de la caída de Trípoli. Fue igualmente impotente después del desastre, aún mayor, de la caída de Acre. Sus consejeros no le ayudaron. Carlos II de Nápoles apoyaba la proposición, hecha por primera vez unos años antes, de que para terminar con la rivalidad entre las órdenes militares, éstas debían fusionarse; pero opinaba que, de momento, era imposible cualquier acción militar en Oriente. Abogaba por un bloqueo económico de Egipto y Siria. Sería fácil de mantener y muy perjudicial para el sultán [4]. Pero esto también era impracticable en la realidad. Las ciudades mercantiles italianas, provenzales o aragonesas nunca se prestarían a cooperar. Su prosperidad dependía del

[1] Baluze, *Vitae Paparum Avenionensium* (ed. Mollat), III, pág. 150; Atiya, *The Crusade in the Later Middle Ages,* págs. 34-6; Hill, *History of Cyprus,* II, págs. 193 y sigs.; Browne, *Literary History of Persia,* III, pág. 40. Para Juan de Monte Corvino, véase Atiya, *op. cit.,* págs. 248-52.

[2] Los cuarteles generales teutónicos fueron trasladados a Venecia en 1291 y a Marienburg, en Prusia, en 1309. Para la historia posterior de la Orden, véase el capítulo de Boswell en *Cambridge Medieval History,* vol. VII, páginas 248 y sigs.

[3] Véase *infra,* págs. 394 y sigs.

[4] Atiya, *op. cit.,* págs. 35-6.

comercio con Oriente, la mayor parte del cual discurría a través de los dominios del sultán. Desde luego, si se interrumpía, no podrían mantener sus flotas, y los musulmanes dominarían el mar Mediterráneo. Era una desgracia que la principal exportación con que pagaban los cristianos las mercancías orientales fuesen armas, pero ¿hubiera valido la pena privar a Europa de los beneficios de esta actividad comercial? La Iglesia quizá protestase contra tan funesto intercambio. Pero los intereses comerciales eran ahora más fuertes que la Iglesia. Nicolás IV falleció en 1291, decepcionado en sus esfuerzos [5].

Ninguno de sus sucesores consiguió mejores resultados. Pero, aunque no había soldados para una Cruzada, la idea de que la Cristiandad había sido abochornada produjo una nueva ola de propaganda. Los propagandistas ya no eran predicadores ambulantes, como en otro tiempo, sino hombres de letras que escribían libros y folletos para demostrar la necesidad de una expedición santa, acerca de cuya organización cada autor tenía un plan diferente. En 1291 un fraile franciscano, Fidenzio de Padua, a quien el Papa había utilizado con frecuencia en misiones diplomáticas y que había viajado mucho por Europa, escribió un tratado titulado *Liber de Recuperatione Terre Sancte,* dedicado a Nicolás IV. Contiene una documentada historia de Tierra Santa y un estudio del tipo de ejército necesario para su reconquista y de los diferentes caminos que este ejército había de seguir. Es informativo y está bien razonado; pero Fidenzio imaginaba que se podía disponer de un ejército y confiaba al jefe supremo la elección última de la ruta a seguir [6]. Al año siguiente, 1292, un tal Tadeo de Nápoles publicó un relato de la caída de Acre. Es una narración dotada de mucha fuerza, sembrada de gratuitas acusaciones de cobardía contra casi todos los que allí se hallaron. El violento lenguaje de Tadeo era intencionado. Su objeto era empujar a Occidente para que lanzara una Cruzada, y terminaba su libro con un llamamiento al Papa, a los príncipes y a los fieles para que rescatasen Tierra Santa, la herencia de los cristianos [7].

La obra de Tadeo influyó en el propagandista siguiente, un genovés llamado Galvano de Levanti, médico de la corte papal. Su libro, publicado hacia 1294, y dedicado al rey Felipe IV de Francia, es una mezcla de analogías tomadas del ajedrez y exhortaciones místicas, carente de sentido práctico [8]. Una figura mucho más importante es

[5] *Ibid.,* pág. 45.

[6] *Ibid.,* págs. 36-43. El *Liber* de Fidenzio (ed. por Golubovitch) se halla publicado en la *Biblioteca Bio-Bibliografica della Terra Sancta,* II, págs. 9 y sigs.

[7] Atiya, *op. cit.,* págs. 31-4; *The Hystoria de Desolacione,* está editada por Riant.

[8] Atiya, *op. cit.,* págs. 71-2.

la del gran predicador español Raimundo Lulio, nacido en Mallorca en 1232 y lapidado en Bugía, Africa del Norte, en 1315. Su fama es mayor como místico, pero era también político práctico. Conocía bien el árabe y había viajado mucho por tierras musulmanas. Hacia 1295 fue a visitar al Papa, llevando un informe sobre la actividad que se precisaba para combatir al Islam, y en 1305 publicó su *Liber de Fine,* en el que desarrollaba sus ideas y ofrecía un programa realizable. Tanto los musulmanes como las iglesias cristianas, herejes y cismáticas debían ser ganadas en lo posible por predicadores cultos, pero era también necesaria una expedición armada. Su jefe debía ser un rey, el Rex Bellator, y todas las órdenes militares debían unirse bajo su mando en una nueva Orden, que constituiría la espina dorsal del ejército. Sugiere que la Cruzada debería expulsar a los musulmanes de España, cruzar después a Africa y marchar por la costa a Túnez y después a Egipto. Pero habla también de una expedición naval, e indica que Malta y Rodas, con sus excelentes puertos, debían ser tomadas y utilizadas como bases. Luego parece que prefiere que la expedición por tierra conquiste Constantinopla a los griegos y viaje a través de Anatolia. Está lleno el libro de consejos concretos acerca de la organización del ejército y la flota, el aprovisionamiento de alimentos y material de guerra, como también acerca de la instrucción de los predicadores que acompañen al ejército. La obra es prolija y a veces contradictoria, pero está escrita por un hombre de gran inteligencia y amplia experiencia, aunque su actitud hacia los cristianos de Oriente es desgraciadamente intolerante [9].

En la época en que Raimundo Lulio escribió parecía que una Cruzada estaba a punto de organizarse. El rey Felipe de Francia había anunciado su deseo de preparar una expedición, y tanto en la corte del Papa como en París se habían estudiado planes para su desarrollo. El verdadero motivo de Felipe, conseguir dinero de la Iglesia mediante esta admirable excusa, aún no era patente. Recientemente había salido victorioso de su disputa con el papa Bonifacio VIII, que se dio cuenta de que la técnica que había arruinado a los Hohenstaufen era inútil contra las nuevas monarquías occidentales. El papa Clemente V, elegido en 1305, era francés. Se estableció en Avignon, en la frontera de los dominios del rey francés, y se mostró siempre deferente con el rey. Se apresuró a reunir informes para sí y para guía del rey [10].

El más interesante de estos informes estaba destinado únicamente a Felipe. Un jurisconsulto francés, Pedro Duboir, le sometió un

[9] Atiya, *op. cit.,* págs. 74-94, un análisis detallado de la vida de Lulio y sus obras en conexión con la Cruzada.

[10] *Ibid.,* pág. 48.

folleto, la mitad del cual iba dirigido a los príncipes de Europa pidiéndoles que se unieran al movimiento bajo el rey de Francia, y hacía algunas recomendaciones acerca del camino que se debía seguir y los medios para financiar la expedición. Los templarios debían ser suprimidos y sus propiedades confiscadas, y había que hacer pagar impuestos al clero. Añade algunas sugerencias de tipo general acerca de la conveniencia de permitir el matrimonio a los sacerdotes y convertir los conventos en escuelas de muchachas. La segunda mitad la constituían consejos particulares, en los que le indicaba cómo asegurarse el control de la Iglesia, mediante el nombramiento de los cardenales, y le pedía que estableciese un imperio oriental al mando de uno de sus hijos [11]. Poco después, en 1310, el principal consejero diplomático de Felipe, Guillermo Nogaret, envió al Papa una memoria sobre la Cruzada. Sus oportunas proposiciones fueron desatendidas. Ponía de relieve, sobre todo, el aspecto financiero. La Iglesia debía facilitar todo el dinero, y la supresión de los templarios constituía el primer punto del programa [12]. Al mismo tiempo el Papa reunía consejos. Pidió al príncipe armenio Hethoum o Hayton de Corycus, que se había retirado a Francia y era a la sazón prior de una abadía premonstratense cerca de Poitiers, que le indicara su punto de vista. Su libro, titulado *Flos Historiarum Terre Orientis,* fue publicado en 1307, e inmediatamente empezó a venderse mucho. Contenía un sucinto resumen de la historia de Levante y un estudio bien documentado del estado del Imperio mameluco. Hayton recomendaba una doble expedición, ir por mar y establecer bases en Chipre y Armenia. Aconsejaba la cooperación de los armenios y una estrecha alianza con los mongoles [13]. El diplomático papal Guillermo Adam, que había viajado por Oriente, llegando hasta la India, expresaba poco después parecidas opiniones. Añadía que los cristianos debían mantener una flota en el océano Indico para interceptar el comercio egipcio con Oriente, y que los latinos debían reconquistar Constantinopla [14]. Guillermo Durant, obispo de Mende, dio a la luz un tratado, en 1312, en el que se recomendaba la vía marítima, y destacaba la importancia de los componentes del ejército, sobre todo respecto a su moral [15]. El viejo almirante genovés Benito Zaccaria,

[11] *Ibid.,* págs. 48-52; Hill, *op. cit.,* II, pág. 239.
[12] Atiya, *op. cit.,* págs. 53-5.
[13] La *Flos* de Hayton se halla publicada en *Recueil des Historiens des Croisades, Documents Arméniens,* vol. II. Véase Atiya, *op. cit.,* págs. 62-4.
[14] Atiya, *op. cit.,* págs. 64-7. La obra de Adam se halla publicada como un apéndice a la de Hayton en el *Recueil.*
[15] Atiya, *op. cit.,* págs. 67-71.

que había sido *podestà* de Trípoli, escribió sus opiniones acerca de las fuerzas navales que se requerían [16].

Pero de más valor son las sugerencias de tres potentados que habrían de desempeñar un papel importante en cualquier Cruzada. En 1307 los grandes maestres del Temple y el Hospital se hallaban en Avignon, y el Papa les preguntó sus opiniones. El primero, Jaime de Molay, redactó inmediatamente su informe. Abogaba por una limpieza preliminar de los mares con diez grandes galeras, a las que seguiría un ejército de al menos doce o quince mil jinetes y cuarenta o cincuenta mil infantes. Los reyes de Occidente no tendrían dificultad en reclutarlos y las repúblicas italianas deberían ser convencidas para que proporcionasen el transporte. No era partidario del desembarco en Cilicia. La expedición se reuniría en Chipre y desembarcaría en la costa siria [17]. Cuatro años después, en la época del Concilio de Vienne, Fulko de Pillaret, gran maestre del Hospital, escribió al rey Felipe para darle cuenta de los preparativos que había hecho y podía hacer para una Cruzada [18]. Al mismo tiempo el rey Enrique II de Chipre sometió sus opiniones al Concilio. Deseaba un bloqueo económico del Imperio mameluco. Con razón, desconfiaba de las repúblicas italianas y pedía que la Cruzada no dependiera de ellas en cuanto al transporte marítimo. Se inclinaba a favor de un ataque a Egipto, como el sitio más vulnerable de los dominios del sultán [19].

Después de tantos informes y de tanto entusiasmo, constituyó una sorpresa y una decepción para todos, excepto para el rey Felipe, que no se lanzase una Cruzada. Felipe había conseguido su objetivo de encontrar una excusa para recaudar dinero a costa de la Iglesia; y pronto mostró su verdadera intención al atacar una gran organización cuya ayuda hubiera sido fundamental para una Cruzada [20].

La pérdida de Ultramar dejó a las órdenes militares en un estado de incertidumbre. Los caballeros teutónicos resolvieron su problema concentrando todas sus energías en la conquista del Báltico [21]. Pero el Temple y el Hospital se vieron reducidos a Chipre, donde eran poco apreciados. El Hospital, más prudente que el Temple, empezó a buscar otra tarea. En 1306 un pirata genovés, Vignolo dei Vignoli, que había obtenido del emperador bizantino Andrónico el arriendo de las islas Cos y Leros, fue a Chipre y propuso al gran maestre del Hospital, Fulko de Villaret, que él y el Hospital conquistasen todo

[16] *Ibid.*, págs. 60-1. Véase Mas Latrie, *Documents*, II, pág. 129.
[17] Baluze, *op. cit.*, II, págs. 145 y sigs.
[18] Delaville le Roulx, *France en Orient*, II, págs. 3-6.
[19] Mas Latrie, *Documents*, II, págs. 118-25; Atiya, *op. cit.*, págs. 58-60.
[20] Atiya, *op. cit.*, págs. 53-73.
[21] Véase *supra*, pág. 286.

el archipiélago del Dodecaneso y se lo repartieran; él se quedaría con un tercio. Mientras Fulko partía para Europa para obtener la ratificación papal del proyecto, una flotilla de hospitalarios, ayudada por algunos barcos genoveses, desembarcó en Rodas y comenzó a conquistar lentamente la isla. La guarnición griega se defendió bien. Sólo a causa de traición se doblegó a los invasores, en noviembre de 1306, el gran castillo de Philermo; la ciudad de Rodas resistió aún dos años. Por fin, en el verano de 1308, una galera enviada desde Constantinopla con refuerzos para la guarnición fue empujada por los temporales a Chipre y capturada en Famagusta por un caballero chipriota, Felipe Le Jaune, que la condujo, en unión de los pasajeros, a los sitiadores. Su jefe, nativo de Rodas, consintió, para salvar su vida, en negociar la rendición de la ciudad, que abrió sus puertas a la Orden el 15 de agosto. El Hospital estableció inmediatamente sus cuarteles generales en la isla e hizo de la ciudad, dotada de un buen puerto, la más poderosa fortaleza de Levante. La conquista, conseguida a expensas de los cristianos griegos, fue saludada en Occidente como un gran triunfo cruzado; y es cierto que dio al Hospital nuevo vigor y medios para llevar a cabo la tarea impuesta. Pero los pobres rodios tuvieron que esperar más de seis siglos para poder recuperar su libertad [22].

El Temple fue menos emprendedor y menos afortunado. Había despertado siempre más enemistad que el Hospital. Era más rico. Durante mucho tiempo había sido el principal banquero y prestamista en Oriente y tuvo éxito en una profesión que no inspira afecto. Su política fue siempre notoriamente egoísta e irresponsable. Aunque sus caballeros habían luchado siempre valientemente en tiempo de guerra, sus actividades financieras les habían puesto en contacto directo con los musulmanes. Muchos de ellos tenían amigos musulmanes y se tomaron interés por la religión y cultura musulmanas. Circulaban rumores de que, tras las murallas de su castillo, la Orden estudiaba una extraña filosofía esotérica y practicaba ceremonias teñidas de herejías. Se dijo que se iniciaban en ritos blasfemos e indecentes; y se murmuraba acerca de orgías en las que se entregaban a vicios contra natura. Sería poco cauto desmentir estos rumores como invenciones sin fundamento de sus enemigos. Probablemente existía base suficiente en ellos para marcar la línea en que la Orden podía ser atacada con más razón [23].

[22] *Gestes des Chiprois,* págs. 319-23; Delaville le Roulx, *Hospitaliers en Terre Sainte,* págs. 273-9; Amadi, págs. 254-9.

[23] Un análisis razonado de la mala reputación de los templarios se halla en Martin, *The Trial of the Templars,* págs. 18-24, 46-50. El escándalo del juicio injusto ha inclinado a los historiadores a considerarlos sin culpa, pero

Cuando Jaime de Molay fue a Francia en 1306 para hablar con el papa Clemente sobre la proyectada Cruzada, se enteró de las acusaciones que dirigían a su Orden y pidió una investigación pública. El Papa dudaba. Se percataba de que el rey Felipe estaba decidido a suprimir la Orden y no se atrevía a ofenderle. En octubre de 1307, Felipe, repentinamente, detuvo a todos los miembros de la Orden que se encontraban en Francia y los hizo juzgar por herejía sobre la base de las acusaciones de dos caballeros poco honorables, que habían sido expulsados de la Orden. El objeto de la acusación se probó mediante torturas, y aunque algunos lo negaron todo con firmeza, la mayoría confesó voluntariamente todos los cargos. En la primavera siguiente, a petición de Felipe, el Papa ordenó a todos los gobernantes en cuyos dominios tenían posesiones los templarios, que les detuviesen y les sometieran a juicios análogos. Después de algunas vacilaciones, los reyes de Europa lo hicieron, excepto el portugués Diniz, que no quería relacionarse con este lamentable asunto. En todos los demás lugares las propiedades de los templarios fueron confiscadas y los caballeros conducidos ante los tribunales. No siempre se recurrió a la tortura, pero había un interrogatorio fijo. Los acusados sabían que se esperaba que confesaran, y algunos de ellos lo hicieron [24].

Era especialmente importante para el Papa que el gobierno chipriota cooperase, ya que los cuarteles generales de la Orden se hallaban en la isla. Pero gobernaba entonces Amalarico, el hermano de Enrique II, que había desposeído temporalmente al rey de su poder con la ayuda de los templarios. El prior Hayton llegó, procedente de Avignon, en mayo de 1308, con una carta del Papa que ordenaba la detención inmediata de los caballeros, pues se había descubierto que no eran creyentes. Amalarico se demoró en cumplir la orden, y los caballeros, bajo su mariscal Aymé de Oselier, tuvieron tiempo de aprestarse a la defensa. Sin embargo, después de recurrir en vano a las armas, se rindieron el 1.º de junio. Su tesoro, excepto una gran parte que escondieron tan bien que no se recuperó nunca, fue llevado desde Limassol a la mansión de Amalarico en Nicosia, y los caballeros fueron conducidos, bajo vigilancia, primero a Khirokhitia y Yourmasoyia, y después, a Lefkara. En este último lugar permanecieron tres años. En mayo de 1310, después de que el rey Enrique II

es evidente que las sospechas acerca de sus costumbres no carecían por completo de fundamento. Los documentos y fuentes han sido publicados por Lizerand. *Le Dossier de l'Affaire des Templiers*. Su más reciente historiador, la señorita Melvin, se muestra demasiado indulgente con ellos (*La Vie des Templiers*, págs. 246 y sigs.).

[24] Martin, *op. cit.*, págs. 28-46; Melvin, *op. cit.*, págs. 249-57.

había sido restablecido en el poder, los templarios chipriotas fueron sometidos a proceso ante la insistencia del Papa. En Francia, muchos de sus hermanos habían sido quemados en la hoguera, y en toda Europa los miembros de la Orden fueron encarcelados o destituidos. El rey Enrique no les tenía simpatía, pues habían traicionado su causa unos años antes. Pero les concedió un tribunal justo. Fueron acusados setenta y seis. Todos negaron su culpabilidad. Testigos distinguidos juraron en pro de su inocencia, y uno de los pocos testigos hostiles declaró que únicamente comenzó a sospechar después de que se recibió el informe del Papa acerca de sus crímenes. Fueron absueltos, con todos los pronunciamientos favorables. Cuando llegaron a Avignon las noticias de la absolución, el Papa escribió iracundo al rey Enrique ordenando un segundo juicio, y envió un delegado personal, Domingo de Palestrina, para que comprobase que se hacía justicia. No se conserva el resultado de este segundo proceso, realizado en 1311. Clemente había ordenado que, si se presentaba peligro de otra absolución, Domingo debía procurarse la ayuda de los priores de los dominicos y franciscanos para que fuera aplicada la tortura; y el legado papal en Oriente, Pedro, obispo de Rodez, fue enviado a Chipre para completar los esfuerzos de Domingo. Parece ser que el rey se reservó el veredicto y retuvo encarcelados a los acusados. Así permanecían en 1313, cuando Pedro de Rodez leyó ante todos los obispos y el alto clero de la isla el decreto del Papa de 12 de marzo de 1312, que suprimía la Orden y traspasaba todos sus bienes y posesiones a los hospitalarios, después de resarcir a las autoridades civiles de los gastos de los diversos juicios. Los reyes de toda Europa opinaron que estos gastos fueron notablemente elevados. El Hospital recibió poco más que bienes inmuebles. Los caballeros del Temple en Chipre nunca fueron puestos en libertad. Pero tuvieron más suerte que su gran maestre, quien, después de varios años de cautiverio, torturas, confesiones y retractaciones, fue quemado en París en marzo de 1314 [25].

Con la abolición del Temple y la emigración de los hospitalarios a Rodas, el reino chipriota fue el único gobierno cristiano verdaderamente interesado en Tierra Santa. El rey era nominalmente rey de Jerusalén; y durante muchas generaciones sucesivas, los reyes, después de la coronación en Nicosia con la corona chipriota, recibían la de Jerusalén en Famagusta, la ciudad más cercana a su perdido dominio. Además, la costa siria era de importancia estratégica para Chipre. Un enemigo agresivo establecido allí pondría en peligro su existencia. Afortunadamente el sultán tenía demasiado temor a una

[25] Hill, *op. cit.*, II, págs. 232-6, 270-4.

nueva Cruzada para hacer uso de los puertos sirios. Prefería que yacieran en el olvido. A pesar de todo, Chipre tenía en Egipto un peligro constante. Creyendo que el ataque sería la mejor defensa, el rey Enrique, en 1292, envió quince galeras, secundadas por diez del Papa, para hacer una incursión contra Alejandría. Fue un esfuerzo inútil que determinó a al-Ashraf a conquistar Chipre. «Chipre, Chipre, Chipre», gritaba, mientras ordenó la construcción de cien galeras. Pero tenía otros grandes planes. Primero debía derrotar a los mongoles y ocupar Bagdad. Su ambición asustó a sus emires. Le asesinaron el 13 de diciembre de 1293. Fue una mezquina recompensa para el decidido y joven príncipe que había completado la obra de Saladino y expulsado de Siria el último resto de los francos [26].

Al-Ashraf tenía razón al acordarse de los mongoles. En 1299, durante el reinado demasiado discontinuo del sultán mameluco an-Nasir Mohammed, el jefe mongol Ghazzan, que había cambiado su título de ilkhan por el de sultán, invadió Siria y destrozó la defensa mameluca en Salamia, cerca de Homs, el 23 de diciembre. En enero de 1300 se le rindió Damasco, que admitió su soberanía. Regresó a Persia al mes siguiente y anunció que volvería pronto para conquistar Egipto. Aunque musulmán, Ghazzan hubiera recibido con gozo aliados cristianos. Raimundo Lulio marchó apresuradamente a Siria ante las noticias de la invasión, pero llegó demasiado tarde y ya Ghazza había partido. Se dirigió a Chipre para pedir al rey que le prestara ayuda con el fin de ir en una misión evangélica cerca de los jefes musulmanes. El rey Enrique, que no estaba de acuerdo en que la mejor manera de ganarse la amistad de los infieles fuese señalándoles sus errores, no prestó oídos a la petición. Un acercamiento más diplomático hubiera sido de provecho; pero nada se hizo y la oportunidad terminó cuando el ejército mongol fue derrotado, en 1303, en Marj as-Saffar. Cinco años después, en 1308, Ghazzan penetró de nuevo en Siria y llegó hasta Jerusalén. Se rumoreó que hubiera entregado gustoso la Ciudad Santa a los cristianos si algún estado cristiano le hubiera propuesto la alianza. Pero, aunque en aquella época el Papa y el rey Felipe de Francia pregonaban su proyectada Cruzada, los mongoles no recibieron ninguna insinuación de Occidente, mientras Chipre quedaba reducida a la impotencia debido a las luchas entre el rey Enrique y su hermano. En cualquier caso, Ghazzan, como buen converso al islamismo, hubiera encontrado difícil cumplir tal promesa [27]. A su muerte, en 1316, se desvanecieron las opor-

[26] *Gestes des Chiprois*, págs. 61-2; Thaddeus, pág. 43; Sanudo, pág. 283; Wiet, *L'Egypte Arabe*, pág. 461.

[27] *Gestes des Chiprois*, págs. 296-306; Hill, *op. cit.*, II, págs. 212-15; Atiya, *op. cit.*, págs. 90-1. Félix Fabri, que escribe casi dos siglos después,

tunidades para una alianza mongólica. Su sobrino y sucesor, Abu Said, dio un giro a su política con objeto de conseguir la reconciliación con Egipto. Fue el último gran gobernante mongol de Persia. Después de su muerte en 1335 el antiguo ikhanato comenzó a desintegrarse [28].

A pesar de su aparente aislamiento, el reino de Chipre no estaba en peligro inminente. El sultán, aunque ya no se hallaba preocupado con los mongoles, tenía poco poder naval para arriesgarse a realizar una expedición contra la isla. No abrigaba ningún deseo de ofender a las repúblicas italianas, pues también él obtenía grandes beneficios de su comercio. Conquistó Ruad a los templarios en 1302, pero, a no ser que Chipre fuese la base de una nueva Cruzada, prefería dejarla en paz. Por su parte, el gobierno chipriota intentó, en la medida en que su idiosincrasia personal y dinástica se lo permitía, mantener estrechas relaciones con los reyes armenios de Cilicia, y con los reyes de Aragón y Sicilia, cuyas flotas imponían respeto [29].

Una vez que toda la preocupación por las Cruzadas que Felipe había despertado desapareció, se produjo la calma. Pero hacia el año 1330 fue reavivada por Felipe VI. Sus intenciones eran mucho más sinceras que las de su tío, y las alentaba el papa Juan XXII. Una vez más fueron sometidas a las cortes real y papal. El médico de la reina de Francia, Guido de Vigevano, escribió un breve relato acerca del armamento necesario [30]. Un tal Burcardo, eclesiástico que había trabajado en Cilicia para afianzar la adhesión de la Iglesia armenia a Roma, envió al rey un programa más detallado y extenso. Burcardo proponía muchas cosas, pero inútiles, pues mostraba más animosidad hacia los cristianos cismáticos y herejes que hacia los musulmanes, y consideraba la conquista de la Servia ortodoxa y de Bizancio como parte esencial de cualquier Cruzada. Pero sus planes no iban a ser puestos en práctica. Antes de que pudiera lanzar una Cruzada, el rey de Francia se vio envuelto en el comienzo de la Guerra de los Cien Años [31].

Un programa más eficaz, que no exigía una gran expedición militar, fue publicado entretanto por el historiador Marino Sanudo. Este era miembro de la casa ducal de Naxos y tenía sangre griega en sus venas; era un agudo observador y un pionero de la es-

ofrece un relato legendario del buen emperador tártaro «Casanus», quien, según dice, era cristiano y ofreció a los cristianos la devolución de Jerusalén (trad. Stewart, *P. P. T. S.*, vol. X, págs. 372-8).

[28] Browne, *op. cit.*, III, págs. 51-61.

[29] *Gestes des Chiprois*, pág. 309, fecha en 1303 la conquista de Ruad; Sanudo, pág. 242, en 1302. Véase Hill, *op. cit.*, II, págs. 215-16.

[30] Atiya, *op. cit.*, pág. 96.

[31] *Ibid.*, págs. 96-113.

tadística. Su *Secreta Fidelium Crucis*, que apareció hacia 1321, contiene una historia de las Cruzadas, algo coloreada con fines propagandísticos, pero también, y sobre todo, un análisis detallado de la situación económica de Levante. Opinaba que la mejor manera de debilitar a Egipto sería el bloqueo económico, pero se daba cuenta de que el comercio con Oriente no podía ser suprimido de golpe. Se debían buscar otras rutas y fuentes de suministro. Su análisis es profundo y sus sugerencias adecuadas y comprensivas. Desgraciadamente, sólo podían ser llevadas a cabo si cooperaban todas las potencias europeas; y esto no se conseguiría nunca [32].

En realidad sólo quedaba una cosa por hacer para rescatar Tierra Santa de los infieles. En 1359, Pedro I subió al trono de Chipre. Era el primer monarca desde San Luis de Francia que sentía el ardiente y primordial deseo de hacer la guerra santa. De joven había fundado una nueva Orden de caballería, los caballeros de la Espada, cuyo voto era recobrar Jerusalén, y había arrostrado el disgusto de su padre, el rey Hugo IV, al intentar hacer un viaje a Oriente con el fin de reclutar gente para su Cruzada. Sus primeras guerras, siendo rey, fueron contra los turcos de Anatolia, donde obtuvo un punto de apoyo con la conquista de la fortaleza de Corycus a los armenios. En 1362 partió a un viaje por toda la Cristiandad para proseguir su principal objetivo. Después de visitar Rodas, donde el Hospital le prometió ayuda, zarpó hacia Venecia; allí pasó el Año Nuevo de 1363. Los venecianos mostraron oficialmente simpatía hacia sus planes. Después de visitar Milán, marchó a Génova, donde estuvo muy ocupado arreglando diferencias surgidas entre su reino y la República y procurándose una vaga ayuda de los genoveses. Llegó a Avignon el 29 de marzo de 1363, pocos meses antes de la elección del papa Urbano V. Su primera tarea fue defender su derecho al trono frente a su sobrino Hugo, príncipe de Galilea, hijo de su hermano mayor. Hugo fue recompensado con una pensión anual de cincuenta mil besantes. Mientras estaba en Avignon, el rey Juan II de Francia visitó la ciudad y le prometió su ferviente cooperación. Ambos reyes abrazaron juntos la Cruz en abril, así como muchos caballeros de las noblezas francesa y chipriota. Al mismo tiempo el Papa predicó la guerra santa y nombró legado suyo al cardenal Talleyrand. Pedro, después, viajó por Flandes, Brabante y la zona del Rhin. En agosto marchó a París para ver de nuevo al rey Juan. Decidieron que la Cruzada partiría en el mes de marzo. Desde París, Pedro se dirigió a Ruan y Caen y zarpó hacia Inglaterra. Permaneció en Londres durante un mes, y

[32] *Ibid.*, págs. 114-27; Hill, *op. cit.*, III, pág. 1144. La única edición de Sanudo es la de Bongars, *Gesta Dei per Francos*, vol. II.

allí se celebró un gran torneo en su honor, en Smithfield. El rey Eduardo III le regaló un hermoso navío, el *Catherine,* y dinero para sufragar sus recientes gastos. Desgraciadamente, un bandolero se lo robó en el viaje de regreso a la costa. En Navidades ya estaba en París, desde donde se dirigió a Aquitania para entrevistarse en Burdeos con el Príncipe Negro. Mientras estaba allí, se enteró, para su pesar, de la muerte del cardenal Talleyrand, primero, en enero de 1364, y de la del rey Juan, después, en mayo. Asistió al funeral por Juan en Saint-Denis, y a la coronación de su sucesor, Carlos V, en Reims, y después marchó a Alemania. Los caballeros y ciudadanos de Esslingen y Erfurt se ofrecieron a unirse a la Cruzada, pero el margrave de Franconia y Rodolfo II, duque de Sajonia, aunque le recibieron con honores, le dijeron que la decisión dependía del Emperador. Fue, por tanto, con Rodolfo a Praga, donde residía el Emperador. Carlos se mostró entusiasta e invitó a Pedro a que le acompañase a Cracovia a una conferencia que iba a sostener con los reyes de Hungría y Polonia. En ella se acordó enviar una circular a todos los príncipes del Imperio invitándoles a colaborar en la guerra santa. Después de visitar Viena, donde Rodolfo IV, duque de Austria, le prometió ayuda, Pedro regresó a Venecia en noviembre de 1364. Como sus tropas habían ayudado a los venecianos a reprimir una revuelta en Creta, fue recibido en la ciudad con los máximos honores. Permaneció allí hasta finales de junio de 1365. Durante su estancia firmó con Génova un tratado que suprimía las principales diferencias [33].

Entretanto, el papa Urbano escribía infatigablemente a los príncipes de Europa para pedirles que se unieran a la expedición; sus esfuerzos fueron secundados enérgicamente por el nuevo legado papal en Oriente, Pedro de Salignac de Tomás, patriarca nominal de Constantinopla, un hombre de gran integridad, igualmente contrario a cismáticos, herejes e infieles, pero de tal devoción que era respetado aun por sus perseguidos. Trabajaba con él su discípulo Felipe de Mézières, íntimo amigo del rey Pedro, que le había nombrado canciller de Chipre. Toda esa actividad conjunta no tuvo por resultado el número de reclutas que el rey Pedro esperaba y que le había sido prometido. Los alemanes no siguieron adelante, así como ninguno de los grandes nobles de Francia, Inglaterra o los países vecinos, excepto Aymé, conde de Génova, Guillermo Roger, vizconde de Turena, y el conde de Hereford. Pero había muchos caballeros menos importantes, procedentes aun de lugares tan lejanos como Escocia, y ya antes de que Pedro abandonase Venecia se había congregado allí un formida-

[33] Para el viaje de Pedro, véase Atiya, *op. cit.,* págs. 330-7; Hill, *op. cit.,* II, págs. 324-7.

ble ejército. La contribución veneciana fue especialmente útil; pero los genoveses se retrajeron [34].

Se había decidido que la Cruzada se reuniría en Rodas en agosto de 1365, pero su posterior destino se mantuvo secreto. El riesgo de que algún mercader veneciano informase a los musulmanes era demasiado grave. El rey Pedro llegó a Rodas a principios de mes, y el 25 toda la flota chipriota llegó al puerto, ciento ocho navíos en total entre galeras, transportes, mercantes y esquifes ligeros. Con las grandes galeras de los venecianos y las que había proporcionado el Hospital la armada llegó a ciento sesenta y cinco barcos. Llevaban la dotación completa, abundantes caballos, alimentos y armas. No había salido para la guerra santa una expedición semejante desde la tercera Cruzada, y aunque produjo decepción que no estuvieran presentes los grandes potentados de Occidente, había la ventaja de que el rey Pedro era el jefe incuestionable. En octubre escribió a su esposa, Leonor de Aragón, que todo estaba preparado. Al mismo tiempo hizo pública una orden advirtiendo a todos sus súbditos que se hallaban en Siria que regresaran a la patria y prohibiéndoles el comercio en ese país. Quería que se pensase que Siria constituía el objetivo [35].

El 4 de octubre el patriarca Pedro predicó un conmovedor sermón a los marineros de la galera real, y todos juntos gritaron: «Vivat, vivat Petrus, Jerusalem et Cypri Rex, contra Sarracenos infideles.» Aquella noche zarpó la flota. Cuando todos los hombres se hallaban en el mar fue anunciado que el destino era Alejandría, en Egipto.

Una vez decidido atacar al sultán, la elección de Alejandría como objetivo fue inteligente. Hubiera sido impracticable el intento de invadir Siria o Palestina sin una base en la costa, y allí los puertos, excepto Trípoli, habían sido destruidos deliberadamente por los egipcios. Y la experiencia había demostrado que cuando el gobernante de Egipto perdió Damietta, ofreció ceder Jerusalén a cambio de recuperarla. Sus conquistadores podían conseguir mejor provecho. Sería una base excelente para un posterior avance, pues ciertamente estaba bien abastecida y los canales hacían fácil su defensa desde tierra. Además era el puerto para casi todo el comercio ultramarino del sultán. Su pérdida sometería sus dominios a un drástico bloqueo económico. Era poco probable que sospechara un ataque a una ciudad donde mercaderes cristianos tenían tantos intereses. También fue bien elegido el momento. El sultán reinante, Sha'ban, era un muchacho de once años de edad. El poder estaba en manos del emir Yalbogha, poco popular entre los otros emires y sus súbditos. El go-

[34] Atiya, *op. cit.*, págs. 337-41.
[35] Atiya, *op. cit.*, págs. 341-4; Hill, *op. cit.*, II, págs. 329-31.

bernador de Alejandría, Khalil ibn Arram, se hallaba ausente, en peregrinación a La Meca. Su delegado, Janghara, un joven oficial, había quedado con una guarnición insuficiente para cualquier evento. Sin embargo, las murallas de Alejandría eran efectivamente poderosas. Aunque sus dos puertos y la península de Pharos, situada entre ambos, fueran conquistados, quedaban grandes fortificaciones a lo largo de los muelles.

La armada llegó a aguas de Alejandría en la noche del 9 de octubre. Al principio, los ciudadanos pensaron que se trataba de una gran flota de mercantes y se prepararon para salir a comerciar. Pero cuando, a la mañana siguiente, los barcos entraron en el puerto occidental en lugar del oriental, único permitido a los barcos cristianos, quedaron al descubierto sus intenciones. El gobernador en funciones, Janghara, se apresuró a concentrar sus hombres a la orilla del mar, para evitar un desembarco; pero, a pesar de la valentía de algunos soldados marroquíes, los caballeros cristianos se abrieron paso hacia tierra. Mientras los mercaderes locales huían en masa de la ciudad por las puertas que daban al interior del país, Janghara se retiró tras las murallas y reunió su pequeña guarnición para sostenerse en el sector opuesto al del desembarco. El rey Pedro intentó llevar el ataque con alguna calma. Deseaba desembarcar, sin apresuramiento, todos sus hombres y caballos en la península de Pharos. Pero cuando pidió consejo a los otros jefes, halló que muchos de ellos desaprobaban la elección de Alejandría como objetivo. Eran demasiado pocos, dijeron, para retener una fortaleza tan grande o para avanzar desde allí hasta El Cairo. Deseaban partir hacia cualquier otro sitio, pero permanecerían si se tomaba la ciudad por sorpresa, antes de que el sultán pudiera enviar tropas de refresco. Pedro se vio obligado a ceder a sus deseos, y el asalto comenzó inmediatamente. Se lanzó contra la muralla occidental, como Janghara esperaba; pero al ser retenidos allí, los agresores se trasladaron enfrente, al puerto oriental. Dentro de las murallas de acceso, entre las dos zonas, se hallaba el gran edificio de la Aduana, y un oficial de la misma, por temor a robos, había reforzado las puertas con barricadas. Janghara no pudo mover a sus hombres a tiempo para rechazar el nuevo ataque. Creyendo que la ciudad estaba perdida, los egipcios empezaron a desertar de sus puestos y huir a través de las calles hacia las puertas meridionales en busca de seguridad. A mediodía del viernes 10, los cruzados se hallaban bien establecidos dentro de la ciudad. Continuaba la lucha en las calles. Durante la noche del viernes se produjo un violento contraataque musulmán por una de las puertas meridionales, que los cristianos, en medio de su excitación, habían quemado

Fue rechazado, y el sábado por la tarde toda Alejandría estaba en manos de los cruzados.

La victoria fue celebrada con salvajismo indescriptible. Dos siglos y medio de guerra santa no habían enseñado a los cristianos ningún humanitarismo. Las matanzas sólo eran comparables a las de Jerusalén en 1099 y Constantinopla en 1204. Los musulmanes no habían sido tan feroces en Antioquía o en Acre. La riqueza de Alejandría había sido inmensa, y la vista de tanto botín enloqueció a los vencedores. No perdonaron a nadie. Los cristianos nativos y los judíos sufrieron tanto como los musulmanes, y hasta los mercaderes europeos establecidos en la ciudad vieron sus fábricas y almacenes saqueados sin compasión. Mezquitas y tumbas fueron profanadas, y los ornamentos, robados o destruidos; también las iglesias fueron saqueadas, aunque una valiente dama copta tullida consiguió poner a salvo algunos de los tesoros de su secta sacrificando su fortuna particular. Los cruzados entraban en las casas, y si los moradores no entregaban inmediatamente cuanto poseían, los asesinaban a ellos y sus familias. Fueron hechos prisioneros unos cinco mil cristianos, judíos y musulmanes, vendidos luego como esclavos. Una larga fila de caballos, asnos y camellos transportaba el botín a los barcos del puerto, y allí, cumplida su tarea, las bestias eran sacrificadas. Toda la ciudad hedía con el olor de los cadáveres humanos y de animales.

El rey Pedro intentó en vano restablecer el orden. Había pensado conservar la ciudad, y como los cristianos habían quemado las puertas, destruyó el puente por el que la carretera de El Cairo cruzaba el gran canal. Pero los cristianos sólo deseaban llevarse el botín a su tierra lo antes posible. Pronto llegaría un ejército de El Cairo y no querían arriesgarse a una batalla. Hasta el hermano del rey le dijo a éste que la ciudad era insostenible, y el vizconde de Turena y la mayoría de los caballeros franceses e ingleses se negaron en redondo a permanecer allí por más tiempo. El jueves 16 sólo quedaban en la ciudad algunas tropas chipriotas. El resto de la expedición había regresado a los barcos, con intención de partir. Como los egipcios ya habían llegado a los arrabales, el propio Pedro se embarcó en su galera y dio la orden de evacuación. Los barcos estaban tan excesivamente cargados, que fue preciso arrojar al mar muchas de las piezas más pesadas del botín. Después, durante varios meses, buceadores egipcios salvarían objetos preciosos que yacían en las superficiales aguas de Abukir [36].

[36] Guillermo de Machaut describe extensamente la expedición a Alejandría en una epopeya muy prosaica (ed. Mas Litrie, esp. págs. 61 y sigs.). Parece ser que Machaut no estuvo nunca en Oriente, pero su información, excepto lo referente al nacimiento y muerte del rey Pedro, es digna de cré-

Pedro y el legado confiaban en que, cuando las ganancias se hallaran a salvo en Chipre, los cruzados volverían a acompañarles en una nueva expedición. Pero no bien hubieron llegado a Famagusta, cuando todos empezaron a disponer el viaje de vuelta a Occidente. El legado se aprestó a seguirles para conseguir otros hombres que los reemplazasen, pero cayó enfermo de muerte antes de abandonar la isla. El rey Pedro ordenó una acción de gracias a su regreso a Nicosia, pero su corazón estaba afligido. En su informe al Papa hablaba de su triunfo, aunque no ocultaba su amarga decepción [37].

Las noticias del saqueo de Alejandría tuvieron diversa acogida en Occidente. Al principio fue saludado como un triunfo militar y una humillación para el Islam. El Papa estaba encantado, pero comprendió que Pedro necesitaba refuerzos inmediatamente para reemplazar a los desertores. El rey Carlos de Francia prometió enviar un ejército. Su mejor caballero, Beltrán du Guesclin, abrazó la Cruz, y Amadeo, conde de Saboya, conocido en la literatura como el Caballero Verde, que estaba preparando un viaje a Oriente, decidió zarpar hacia Chipre. Pero entonces los venecianos anunciaron que Pedro había pactado la paz con el sultán. El rey Carlos dio órdenes contrarias a su ejército. Du Guesclin marchó a luchar a España, y Amadeo, a Constantinopla [38]. Los venecianos, al contrario que el Papa, no se sintieron complacidos con el resultado de la Cruzada. Habían creído que les serviría para fortalecer su posición comercial en Levante. En lugar de esto, sus grandes propiedades en Alejandría fueron destruidas y se interrumpió todo el comercio con Egipto. El saqueo de Alejandría casi les arruinó como potencia comercial, de lo que se alegraron los genoveses, cuya abstención había obtenido recompensa. Pasó poco tiempo antes de que Ultramar experimentase los efectos de la Cruzada. El precio de las especias, sedas y otros productos orientales a los que la gente ya estaba acostumbrada, subió desmesuradamente al agotarse las reservas y no ser renovadas [39].

Es cierto que Pedro había iniciado negociaciones con Egipto, pero ambas partes estaban demasiado doloridas para desear la paz. Mientras el emir Yalbogha, bajo el peso de su impopularidad en Egipto, dejaba transcurrir el tiempo hasta que pudiera construir una flota para invadir Chipre, Pedro hacía extravagantes peticiones para que le cedieran Tierra Santa, y las acompañaba con incursiones contra la

dito. Para una versión detallada de la expedición, véase Atiya, *op. cit.*, páginas 345-69; también Hill, *op. cit.*, II, págs. 331-4.

[37] Atiya, *op. cit.*, pág. 369.

[38] Atiya, *op. cit.*, pág. 370; Hill, *op. cit.*, II, págs. 335-6.

[39] Machaut, págs. 115-16; Heyd, *Histoire du Commerce du Levant*, II, páginas 52-5.

costa siria. Pero su manía de cruzadas comenzó a preocupar a sus súbditos, que temían que se agotasen los recursos de la isla en una causa sin esperanza. Cuando un caballero que había disputado con Pedro planeó su muerte en 1369, ni sus hermanos movieron un dedo para salvarle. Un año después de su muerte se firmó un tratado con el sultán. Se canjearon los prisioneros, y Egipto y Chipre establecieron una incómoda paz [40].

El holocausto de Alejandría marca el final de las Cruzadas que tuvieron por objeto la recuperación de Tierra Santa. Aunque todos los cruzados hubieran sido tan devotos como el rey Pedro, es dudoso que la expedición hubiera resultado beneficiosa para la Cristiandad. Cuando se produjo, Egipto llevaba en paz con los francos más de medio siglo. Los súbditos cristianos recibían entonces mejor trato. El comercio entre Oriente y Occidente florecía. Ahora había renacido todo el rencor de los musulmanes. Los cristianos nativos, aunque no tenían culpa, pasaron una nueva época de persecuciones. Las iglesias eran destruidas. El Santo Sepulcro fue cerrado durante tres años. La interrupción del comercio causó graves perjuicios en todo el mundo, que aún no se había recuperado de los estragos de la peste negra. El reino de Chipre, cuya existencia toleraban los mamelucos, se convirtió en un enemigo que debía ser exterminado. Egipto esperó sesenta años para vengarse. Pero la espantosa devastación de la isla en 1426 fue un castigo directo por el saqueo de Alejandría [41].

El otro reino cristiano que quedaba en Levante fue sentenciado a muerte antes. Los armenios de Cilicia no habían tomado parte en la Cruzada del rey Pedro, pero su casa real era entonces franca y muchos de los nobles tenían relaciones directas con Chipre. Su Iglesia había acatado la supremacía de Roma. Durante todo el siglo XIV los egipcios presionaron sobre los armenios, pues sospechaban, con razón, que eran amigos de los francos y los mongoles, y enviaban la riqueza que pasaba a través de su país por la ruta comercial que llegaba al mar por Ayas. El colapso del ilkhanato mongol les privó de su principal ayuda. La mayor parte de su territorio fue anexionado por los turcos en 1337. En 1375, mientras los chipriotas se hallaban enzarzados en una dura lucha con Génova, invasores musulmanes, mamelucos y turcos aliados, completaron la sumisión del país. El último rey armenio, León VI, huyó a Occidente y murió en el exilio, en París; la independencia armenia había terminado [42].

[40] Atiya, *op. cit.*, págs. 371-6; Hill, *op. cit.*, II, págs. 345-67; Heyd, *op. cit.*, págs. 55-7.

[41] Atiya, *op. cit.*, págs. 377-8.

[42] Véase Tournebize, *Histoire Politique et Religieuse de l'Arménie*, páginas 644 y sigs., esp. págs. 654-5, 715-30. La oscura historia del final del reino

Desde luego, una Cruzada como la que había planeado el rey Pedro resultaba un anacronismo. La Cristiandad no podía permitirse semejantes lujos. Tenía que enfrentarse con una amenaza demasiado seria en el Norte. Los que proyectaron la primera Cruzada vieron claramente que la reconquista de Tierra Santa dependía de la permanencia del poder cristiano en Anatolia. Pero desde la muerte del papa Urbano II ningún estadista había tenido la penetración necesaria para darse cuenta de que la permanencia en Anatolia dependía de Bizancio. Los movimientos cruzados del siglo XII habían turbado al emperador bizantino. Añadieron problemas a los muchos que ya Bizancio tenía que afrontar, y no había dejado nunca a los emperadores la tranquilidad suficiente para dedicarse a contener a los invasores turcos. Esto quizá hubiera sido imposible, pues la técnica turca de invadir, destruyendo la agricultura y las comunicaciones, convertía la reconquista en una tarea difícil, y además las diversas ambiciones de emperadores como Manuel y Andrónico Comneno dieron por resultado la dispersión de energías. El desastre de Manzikert en 1071 dio a los turcos el acceso a Anatolia. El de Miriocéfalo en 1176 les aseguró la permanencia allí. Pero fue la cuarta Cruzada y su irreparable destrucción del sistema imperial bizantino lo que les dio oportunidad para proseguir. Durante el siglo XIII tuvo la Cristiandad su última ocasión de tratar con los turcos. Su poder en Anatolia había dependido hasta entonces del sultanato seléucida de Konya. Las invasiones mongólicas, que dieron comienzo en 1242, minaron y acabaron por destruir el Estado seléucida. Los emperadores bizantinos que vivían exilados en Nicea se dieron cuenta de la oportunidad, pero sus preocupaciones europeas y su deseo de recuperar la capital imperial de la hostilidad del Occidente latino menguaron sus esfuerzos, y los latinos carecían de la previsión y experiencia necesaria para comprender la situación. Cuando los bizantinos estuvieron establecidos de nuevo en Constantinopla, la ocasión había pasado. Los emperadores de la casa de los Paleólogo tuvieron que contender con reinos jóvenes y vigorosos en los Balcanes, con las peticiones de las repúblicas italianas y con el riesgo de una reconquista latina, muy posible hasta que Carlos de Anjou fue quebrantado por las Vísperas Sicilianas. A finales del siglo XIII era ya demasiado tarde. Los seléucidas habían desaparecido, pero en su lugar existían varios emiratos activos y ambiciosos, fortalecidos por la inmigración de tribus turcas sometidas a los mongoles. Sería preciso un esfuerzo largo y conjunto para desalojarlos. El principal de los emires era el Gran Ka-

armenio depende principalmente de la crónica del franciscano Juan Dardel (publ. en *R. H. C., Documents Arméniens*, vol. II).

raman, cuyos dominios se extendían por el interior del país desde Filadelfia al Antitauro. Había otros emires establecidos en Attalia, Aydin (Tralles) y Manissa (Magnesia). La costa norte estaba aún en poder de los bizantinos y su Imperio hermano de Trebisonda. Pero al sur de Trebisonda el país estaba ocupado por turcomanos, y al Norte empezaba a surgir un nuevo emirato, bajo el mando de un emprendedor príncipe llamado Osman [43].

Los latinos comenzaron a darse cuenta de la importancia de Anatolia, aunque la consideraban menos como una base desde la cual les podían agredir que como una zona en la que necesitaban tener bases para poder ejercer el control del Mediterráneo. La ocupación de Rodas por los hospitalarios fue debida en gran parte a la suerte, pero sirvió de ejemplo para una orientación nueva. Las repúblicas italianas se interesaban desde hacía tiempo por las islas del Egeo. Era natural que su preocupación y la de todo el mundo latino se extendiese al continente frente a ellos. Cuando el emir Omar de Aydin, que poseía un excelente puerto en Esmirna, construyó una flota para dedicarse a la piratería en aguas egeas, entraron en acción los venecianos y los caballeros de Rodas. En 1344 salió contra Esmirna una escuadra, a la que los venecianos y los que de ellos dependían contribuyeron con unos veinte barcos, los caballeros con seis y el Papa y el rey de Chipre con cuatro cada uno. El patriarca latino de Constantinopla, Enrique de Asti, iba como jefe. El emir de Aydin fue derrotado en una batalla naval a la entrada del golfo, el día de la Ascensión. Los aliados cristianos, a petición del Papa, rechazaron la invitación del ex-señor de Chíos, el genovés Martín Zaccaria, que se había unido a la expedición, para que le ayudaran a conquistar dicha isla, que había sido capturada por los bizantinos, y zarparon hacia Esmirna. Después de una breve lucha, la ciudad cayó en su poder el 24 de octubre, pero no consiguieron tomar la ciudadela. La fácil victoria se debió principalmente a que el emir Omar no estaba preparado y al temor envidioso de los otros emires. Acudió con su ejército demasiado tarde para salvar la ciudad. Pero tentó a los vencedores a que penetraran en el interior. Fueron duramente derrotados a pocas millas de la ciudad, y Enrique de Asti y Martín Zaccaria resultaron muertos. Después de que los turcos fracasaron en su intento de reconquistar Esmirna, se firmó un tratado, en 1350; en él se confiaba la administración de la plaza a los hospitalarios, excepto la ciudadela, que permanecía en manos de los tur-

[43] Véase Gibbons, *The Foundation of the Ottoman Empire*, págs. 15-34; Köprülü, *Les Origines de l'Empire Ottoman*, págs. 34-79; Wittek, *The Rise of the Ottoman Empire*, págs. 33-51.

cos. Los caballeros conservaron Esmirna hasta 1403, año en que les fue arrebatada por Timur[44].

Cuando el destino de Esmirna estaba aún en la balanza, un noble francés, Humberto II, delfín de Vienne, anunció su deseo de marchar a Oriente en una Cruzada. Era un hombre débil, vano, pero auténticamente piadoso y sin ambición personal. Después de algunas negociaciones con el Papa, se decidió que iría para contribuir al esfuerzo cristiano en Esmirna. Salió de Marsella con una compañía de caballeros y clérigos, en mayo de 1345, y en el camino hacia Oriente se le unieron tropas del norte de Italia. Después de varias inútiles aventuras llegó a Esmirna en 1346, y su ejército derrotó a los turcos en una batalla librada extramuros. No permaneció allí mucho tiempo. En el verano de 1347 ya estaba de regreso en Francia. La expedición había sido en su conjunto completamente fútil. Su importancia radica en que a partir de ella la Iglesia consideró toda expedición a Anatolia como una Cruzada[45].

En 1361, Pedro de Chipre, que había adquirido recientemente Corycus a los armenios, obtuvo la ayuda de los hospitalarios para atacar el puerto turco de Attalia. Después de una breve lucha, cayó en sus manos el 24 de agosto. Los emires vecinos de Alaya, Monovgat y Tekke se apresuraron a ofrecerle su alianza, pues pensaban que su amistad podía serles útil contra su principal enemigo, el Gran Karaman. Pronto negaron su sumisión y realizaron varios intentos de recuperar Attalia, que a pesar de todo permaneció en poder de los chipriotas durante sesenta años[46].

Pero entretanto la atención de Europa se dirigió, por fuerza, más al Norte. Las primeras décadas del siglo XIV contemplaron el extraordinario crecimiento del emirato turco fundado por Osman de Ertoghrul, y llamado por él osmanlí u otomano. En 1300, Osman era un jefe de importancia menor que poseía tierras en la Bitinia meridional. Cuando murió, en 1326, era señor de Brusa y de la mayor parte del territorio entre Adramyttium, Dorileo y el mar de Mármara. Su expansión se debió en parte a su hábil y sutil diplomacia con los otros emires, pero más aún a la debilidad de Bizancio. En 1302 el emperador Andrónico II arrendó apresuradamente los servicios de una compañía catalana al mando de Roger de Flor, el ex-templario que había hecho su fortuna con su conducta poco honorable durante el saqueo de Acre. Roger luchó con éxito contra los turcos, pero aún más activamente contra su amo imperial. Fue asesinado en 1306, pero la compañía catalana permaneció en territorio imperial en actitud

[44] Atiya, *op. cit.*, págs. 290-300.
[45] *Ibid.*, págs. 300-18.
[46] *Ibid.*, págs. 323-30; Hill, *op. cit.*, II, págs. 318-24.

hostil al Imperio hasta 1315. Durante estas guerras fue trasladado a Europa un regimiento turco, utilizado antes en Asia por el Emperador [47]. Poco después de la partida de la compañía catalana estalló en el Imperio una guerra civil entre Andrónico II y su nieto Andrónico III, que sólo terminó con la muerte del primero en 1328. Ambos bandos utilizaron turcos como mercenarios. Entretanto, Orhan, hijo de Osman, proseguía la obra de su padre. Estableció una vaga hegemonía sobre los emires del sur de sus territorios y continuó la conquista de Bitinia. Nicea fue conquistada en 1329 y Nicomedia en 1337 [48]. De nuevo estalló una guerra civil en el Imperio en 1341, entre Juan y su suegro Juan Cantacuzeno, mientras el creciente poder de Esteban Dushan de Servia distraía la atención de todos los pueblos de los Balcanes [49].

En 1354, Orhan, que había asumido el título de sultán, envió tropas a través de los Dardanelos para que tomasen la ciudad de Gallípoli. Dos años después trasladó, atravesando los estrechos, varios miles de sus súbditos y los estableció en Tracia. Al año siguiente estaba en condiciones de avanzar tierra adentro y conquistar la gran fortaleza de Adrianópolis, que se convirtió en su segunda capital. Cuando murió, en 1359, casi toda la Tracia estaba en su poder, y Constantinopla se hallaba aislada de todas sus posesiones europeas. Su hijo y sucesor, Murad I, pudo proseguir la obra de sus predecesores. Su primera acción fue crear el cuerpo de jenízaros con los niños esclavos convertidos a la fuerza que le habían sido enviados como tributo [50].

La expansión de los turcos otomanos no pasó inadvertida en Occidente. Parecía que existía aún poco peligro para el continente europeo, pues se estimaba que el Imperio servio podía contener cualquier avance. Sin embargo, Constantinopla se hallaba indudablemente amenazada, y con ello los intereses comerciales de los italianos. Pero los griegos eran cismáticos. La política de la Iglesia occidental fue la insistencia de que se sometieran a Roma antes de tratar acerca del envío de ayuda. Esta forma de chantaje moral estaba abocada al fracaso. No sólo convicciones de tipo religioso, sino también el orgullo nacionalista y el recuerdo de pasadas afrentas, hicieron imposible que los griegos consintieran en la dominación latina, aun en el caso de que sus jefes aceptaran someterse [51].

[47] Véase Vasiliev, *History of the Byzantine Empire*, págs. 605-8. La historia de la compañía catalana la narra vívidamente el cronista contemporáneo Muntaner.

[48] Vasiliev, *op. cit.*, págs. 608-9; Gibbons, *op. cit.*, págs. 54-70.

[49] Vasiliev, *op. cit.*, págs. 609-13.

[50] Gibbons, *op. cit.*, págs. 100-3, 110-21.

[51] Vasiliev, *op. cit.*, págs. 670-2.

En 1365, Amadeo IV, conde de Saboya, abrazó la Cruz. El papa Urbano V había predicado afanosamente la Cruzada de Pedro de Chipre, y Amadeo abrigaba verdadera intención de proseguir hacia Tierra Santa. Pero era primo hermano del emperador bizantino Juan V y deseaba ayudarle. El Papa le dio permiso para comenzar su campaña de guerras contra los turcos a condición de que asegurase la sumisión de la Iglesia griega. Los venecianos hicieron todo lo que estaba en su mano para impedir la Cruzada, temerosos de que pudiera interferir su política comercial. No querían, sobre todo, que se uniera a Pedro de Chipre, y se sintieron aliviados cuando los rumores que hicieron correr acerca del tratado de Pedro con Egipto decidieron a Amadeo a concentrarse en Bizancio. Reunió una distinguida hueste de caballeros, que desde el primer momento tuvo dificultades económicas. Las expediciones llegaron a los Dardanelos en agosto de 1366, e inmediatamente pusieron sitio a Gallípoli, que cayó el 23 de agosto. Pero en lugar de proseguir a Tracia e intentar limpiar de turcos la provincia, Amadeo marchó hacia Constantinopla. Allí se encontró con que el Emperador había sido capturado a traición por el rey búlgaro Shisham III, y dedicó, por tanto, toda su energía a rescatar a su primo, cosa que consiguió únicamente por medio de un ataque a un puerto de Shisham, Varna. Rescatado Juan, Amadeo se dio cuenta de que había gastado todo su dinero, así como el que había conseguido de la localidad y el que le había prestado la emperatriz. Se vio obligado a regresar a su patria. Pero antes hizo prometer al Emperador que sometería su Iglesia a la de Roma, y cuando el patriarca de Constantinopla, Philotheus, se presentó en su galera con un caballero griego para comunicarle que el pueblo griego depondría al Emperador si sometía a la Iglesia, los raptó y los llevó consigo a Italia. Regresó a su patria a finales de 1367. Su Cruzada había resultado casi infructuosa. Los turcos conquistaron Gallípoli inmediatamente después de su partida [52].

Bajo Murad los turcos otomanos incrementaron rápidamente su poderío. Redujo a los emires de la Anatolia occidental y avanzó por Europa. Después de una victoria sobre los servios en Maritsa, en 1371, Bulgaria pasó a ser un estado vasallo y pronto fue anexionado totalmente. En 1389 se libró una batalla decisiva entre servios y turcos en Kossovo. Murad fue asesinado por un servio, justo antes del combate; pero sus tropas, que sobrepasaban con mucho en número a las de sus enemigos, obtuvieron un triunfo total. Los turcos eran ya entonces los dueños de los Balcanes [53].

[52] Atiya, *op. cit.*, págs. 379-97.
[53] Vasiliev, *op. cit.*, pág. 624; Gibbons, *op. cit.*, págs. 174-8.

Aunque la energía cruzada de Occidente había sido mitigada en 1390 por una desastrosa expedición al mando de Luis II, duque de Borbón, contra al-Mahdiya, cerca de Túnez [54], resultaba evidente que los turcos tenían que ser detenidos por el bien y la seguridad de la Europa cristiana. Cuando en 1390 el sultán Bayaceto se anexionó la ciudad búlgara de Vidin, en el Danubio, cuyo príncipe había reconocido la soberanía de Hungría, el rey húngaro, Segismundo de Luxemburgo, hermano del emperador Wenzel, pidió ayuda a todos los monarcas. Los dos papas, el de Roma, Bonifacio IX, y el de Avignon, Benedicto XIII, promulgaron bulas recomendando una Cruzada, y el anciano propagandista Felipe de Mézières escribió una carta abierta a Ricardo II de Inglaterra para pedirle que cooperase con Carlos VI de Francia en la Cruzada futura. El parentesco germano de Segismundo hizo posible que encontrase ayuda en Alemania. Los príncipes de Valaquia y Transilvania estaban lo suficientemente asustados con el avance turco como para unirse a él, aunque odiaban a los húngaros. En Occidente, los duques de Borgoña, Orléans y Lancaster anunciaron su deseo de prestar ayuda. En marzo de 1395 una embajada húngara, a cuyo frente estaba el arzobispo de Gran, Nicolás de Kanizsay, llegó a Venecia con objeto de obtener del dogo la promesa del transporte. Después los embajadores prosiguieron hasta Lyon, donde fueron pródigamente recibidos por el duque de Borgoña, Felipe el Atrevido, quien les prometió su entusiasta ayuda. Visitaron Dijon para presentar sus respetos a la duquesa, Margarita de Flandes, y se dirigieron después a Burdeos para ver al tío del rey de Inglaterra, Juan de Lancaster, quien tomó a su cargo organizar el contingente inglés. Desde Burdeos marcharon a París. El rey francés, Carlos VI, sufría un ataque de locura, pero los regentes se ofrecieron a alentar a la nobleza francesa para que se uniera a la Cruzada. Empezó a reunirse un gran ejército internacional para socorrer a la Cristiandad. Para financiarlo, el duque de Borgoña estableció impuestos especiales, que recaudaron la enorme suma de 700.000 francos oro. Los nobles franceses aportaron contribuciones personales. Guido VI, conde de La Trémouille, proporcionó 24.000 francos. Los señores franceses y borgoñones acordaron aceptar la jefatura del primogénito del duque de Borgoña, Juan, conde de Nevers, un vigoroso joven de veinticuatro años [55].

Mientras los embajadores húngaros se apresuraban a regresar a Buda para informar al rey Segismundo de su éxito y aconsejarle que

[54] La expedición se halla descrita extensamente en Atiya, *op. cit.*, páginas 398-434.

[55] Atiya, *Crusade of Nicopolis*, págs. 1-34, una versión con muchas referencias.

continuara los preparativos, el duque de Borgoña hizo publicar ordenanzas detalladas sobre la organización y conducta de las tropas francoborgoñonas. Fueron convocadas para reunirse en Dijon el 20 de abril de 1396. Juan de Nevers iría al frente, pero debido a su juventud se formó un comité consultivo con Felipe, hijo del duque de Bar; Guido de La Trémouille y su hermano Guillermo; el almirante Juan de Vienne, y Odardo, señor de Chasseron. A finales de mes un ejército de diez mil hombres se puso en marcha en dirección a Buda, atravesando Alemania. En el camino se le unieron seis mil alemanes al mando de Ruperto, conde palatino, hijo de Ruperto III de Wittelsbach, y Eberhardo, conde de Katznellenbogen. Fueron seguidos de cerca por un millar de guerreros ingleses, mandados por el hermanastro del rey Ricardo, Juan Holland, conde de Huntingdon [56].

Las tropas occidentales llegaron a Buda a finales de julio. Allí encontraron al rey Segismundo, que esperaba con unos sesenta mil hombres. Su vasallo Mircea, señor de Valaquia, se le unió con otros diez mil hombres; y de Polonia, Bohemia, Italia y España acudieron unos trece mil aventureros. El ejército, unos cien mil soldados, era el más numeroso que se había lanzado al campo de batalla contra el infiel. Entretanto una flota tripulada por los caballeros del Hospital, al mando del gran maestre, Filiberto de Naillac, y por los venecianos y genoveses, penetro en el mar Negro y ancló cerca de la desembocadura del Danubio.

Por su parte, el sultán otomano no había permanecido ocioso. Cuando le llegaron las noticias de que se había congregado una Cruzada en Hungría, Bayaceto se hallaba sitiando Constantinopla. Inmediatamente reunió todas las tropas disponibles y emprendió la marcha en dirección norte, hacia el Danubio. Su ejército constaba de algo más de cien mil hombres.

Tres siglos de experiencia no habían enseñado nada a los caballeros occidentales. Cuando se discutieron en Buda los planes de campaña, el rey Segismundo aconsejó una estrategia defensiva. Conocía la fuerza del enemigo. Sería mejor, pensó, atraer a los turcos a Hungría y atacarlos allí desde posiciones preparadas de antemano. Como los emperadores bizantinos durante las primeras Cruzadas, Segismundo creía que la seguridad de la Cristiandad dependía de que se conservase su reino; pero, como los primeros cruzados, sus aliados deseaban afrontar una gran ofensiva. Los turcos serían desbordados y los ejércitos cristianos avanzarían triunfantes a través de Anatolia y Siria hasta la Ciudad Santa. Eran tan vehementes que Se-

[56] *Ibid.*, págs. 41-8, 67-8, 184.

gismundo cedió. A principios de agosto toda la hueste se puso en marcha, Danubio abajo, por la orilla izquierda, hasta Orsova, por las Puertas de Hierro, y desde allí pasaron a los dominios del sultán.

Se emplearon ocho días para que el ejército cruzara el río. Marchó después éste por la ribera meridional hasta Vidin. El señor de Vidin era un príncipe búlgaro, Juan-Srachimir, pero era vasallo del sultán, quien mantenía allí una pequeña guarnición turca. Cuando llegaron los cristianos, Juan-Srachimir se les unió y les abrió las puertas. Los turcos fueron muertos. La siguiente ciudad río abajo era Rahova, una poderosa fortaleza con foso, doble muralla y una guarnición turca numerosa. Los caballeros franceses, más vehementes, al mando de Felipe de Artois, conde de Eu, y Juan Le Meingre, más conocido por el mariscal Boucicaut, se lanzaron inmediatamente al ataque, y hubieran sido aniquilados de no haber acudido Segismundo con sus tropas húngaras. La guarnición no pudo resistir mucho tiempo a todo el ejército cristiano. Fue destrozada, y todos los habitantes, muchos de ellos búlgaros cristianos, cayeron bajo el filo de las espadas, excepto un millar de ciudadanos ricos que se guardaron para el rescate.

Desde Rahova el ejército se dirigió a Nicópolis. Esta era la principal plaza fuerte turca en el Danubio, situada en el lugar de confluencia de la calzada principal de la Bulgaria central y el río. Fue construida junto a éste, en una colina cuyas escarpadas lomas estaban coronadas por dos filas de imponentes murallas. Los cruzados habían ido sin máquinas de asedio. Los occidentales no se habían percatado de su necesidad, y Segismundo se había preparado solamente para la acción defensiva. Cuando las escalas apresuradamente construidas por los franceses y las minas excavadas por los zapadores húngaros demostraron ser insuficientes, el ejército se limitó a esperar que la ciudad se rindiese por hambre. Fueron ayudados en esto por la llegada de una flota hospitalaria, que remontó el río y ancló cerca de las murallas el 10 de septiembre. Pero Nicópolis estaba dotada de abundantes reservas de provisiones, y el gobernador turco, Dogan Bey, que conocía la suerte que corrieron sus compatriotas de Vidin y Rahova, no tenía intención de rendirse.

Este retraso fue desdichado para la moral del ejército cristiano. Los caballeros occidentales se divertían apostando, bebiendo y con todas las formas de libertinaje. A los pocos soldados que se atrevían a decir que los turcos eran enemigos temibles, les cortaban las orejas, por orden del mariscal Boucicaut, como castigo por su derrotismo. Había querellas entre los diversos contingentes, y los vasallos de Segismundo en Transilvania y los aliados valaquios empezaron a hablar de deserción. Al cabo de quince días de permanencia de la

Cruzada ante Nicópolis llegaron noticias de que los turcos se acercaban. El ejército del sultán se había trasladado rápidamente desde Tracia. Estaba dotado de armas ligeras; su caballería era mucho más móvil que la franca; sus arqueros tenían un entrenamiento inmejorable, y poseían la enorme ventaja de la disciplina perfecta y la obediencia al mando único del sultán, un hombre de extraordinaria capacidad. Había enviado algunas tropas por delante, que fueron derrotadas en uno de los pasos de los Balcanes por un contingente francés al mando del señor de Coucy; pero la envidia del mariscal Boucicaut, que acusó a Coucy de querer hurtar a Juan de Nevers los honores de la victoria, impidió otros intentos de hacer frente al avance turco. Entretanto los caballeros decidieron dar muerte a los prisioneros de Rahova.

El lunes 25 de septiembre de 1396 apareció la vanguardia del ejército turco, que acampó en unas colinas a tres millas de los cristianos. A la mañana siguiente, antes de la salida del sol, Segismundo visitó a los demás jefes y les pidió que permaneciesen a la defensiva. Aunque les dijo sinceramente que no podía confiar en sus soldados de Transilvania y Valaquia, sólo Coucy y Juan de Vienne se pusieron de su parte. Los otros jefes estaban decididos a entrar en combate inmediatamente. Segismundo, débil, cedió. Dividió su ejército en tres partes, con sus tropas húngaras en el centro, los de Valaquia a la izquierda y los de Transilvania a la derecha. La vanguardia estaba formada por todos los occidentales, al mando de Juan de Nevers.

Al romper el día todo lo que se veía del ejército turco era una división de caballería ligera sobre la loma de la colina. Tras ella, protegida por una empalizada, se hallaba la infantería turca y el regimiento de arqueros. El cuerpo principal de caballería *sipahi*, mandado por el sultán, permanecía oculto por la cima de la colina. Una división de caballería servia, al mando del príncipe Esteban Lazarovic, vasallo leal del sultán, se hallaba a su izquierda.

La batalla, como la estrategia precedente, demostró que los cruzados nada habían aprendido en el curso de los siglos. Los caballeros occidentales de la vanguardia no esperaron a informar a Segismundo acerca de sus planes. Con grande y confiado entusiasmo cargaron sobre la colina, dispersando ante ellos la caballería ligera turca. Mientras los turcos se reagrupaban detrás de su propia infantería, los caballeros se encontraron detenidos por la empalizada. Inmediatamente desmontaron y continuaron el ataque a pie, derribando las estacas a medida que avanzaban. Tal era su ímpetu que dispersaron también a la infantería. Algunos turcos consiguieron retirarse detrás de la caballería, ya reagrupada, pero muchos fueron muertos o empujados a la llanura. Pero cuando los cruzados, triunfantes pero exhaus-

tos, llegaron a toda prisa a la cima de la colina, se encontraron frente a frente con los *sipahis* del sultán y los servios. El ataque de estas tropas de refresco les cogió por sorpresa. A pie, cansados y sedientos, y sobrecargados por la pesada armadura, pronto cundió el desorden y su victoria se trocó en derrota. Pocos caballeros sobrevivieron a la matanza. Entre los que perecieron se hallaban Guillermo de La Trémouille y su hijo Felipe, Juan de Cadzaud, almirante de Flandes, y el gran prior de los caballeros teutónicos. Juan de Vienne, gran almirante de Francia, cayó enarbolando la gran bandera de Notre Dame, confiada a su cuidado. Juan de Nevers se salvó porque sus ayudantes gritaron quién era y le persuadieron para que se rindiera. Con él fueron hechos prisioneros los condes de Eu y La Marche, Guido de La Trémouille, Enguerrando de Coucy y el mariscal Boucicaut.

Los caballos sin jinete galoparon desbocados hasta el campamento. Los soldados de Valaquia y Transilvania decidieron en el acto que la batalla estaba perdida y se apresuraron a retirarse, apoderándose de todos los botes que pudieron para cruzar el río. Pero Segismundo dio a sus tropas orden de avanzar para rescatar a los occidentales. Al acercarse a la colina mataron a muchos de los dispersos soldados de infantería turca; pero al aproximarse al campo de batalla vieron que era demasiado tarde. La caballería del sultán cargó sobre ellos y los hizo retroceder con graves pérdidas hasta las orillas del río.

Cuando vio su ejército disperso, Segismundo se convenció de que había que abandonar la lucha. Se refugió en uno de los barcos venecianos que se hallaban en el río y que le condujo a Constantinopla, y desde allí a su patria, atravesando el Egeo y el Báltico. Temía viajar por tierra, pues sospechaba que los valaquios le traicionasen. Sus soldados y los pocos supervivientes de los cruzados occidentales marcharon a sus patrias como pudieron, acosados por los nativos hostiles, las fieras y los rigores de un prematuro invierno. El conde palatino llegó harapiento al castillo de su padre y falleció pocos días después. De los demás refugiados, pocos tuvieron mejor fortuna [57].

Bayaceto había obtenido una gran victoria, pero sus pérdidas fueron grandes. En su rabia, acordándose también de las matanzas llevadas a cabo por los cruzados, ordenó que los cristianos, unos tres mil, fueran muertos a sangre fría; sólo se salvaron algunos nobles, por los que se podía exigir un rescate elevado. Un caballero francés, Jeime de Helly, que hablaba el turco, fue encargado de identificarlos y se le permitió marchar a Occidente para reunir el dinero. Hasta el

[57] Atiya, *Crusade of Nicopolis*, págs. 50-99.

mes de junio siguiente no llegó a Brusa la embajada occidental cerca del sultán, que le entregó las enormes sumas de dinero que había pedido. Muchos simpatizantes de toda la Cristiandad enviaron su contribución, pero la mayor parte la pagaron el rey Segismundo y el duque de Borgoña, que proporcionaron más de un millón de francos. Los cautivos puestos en libertad llegaron a sus patrias a finales de 1397 [58].

La Cruzada de Nicópolis fue la mayor y la última de las grandes Cruzadas internacionales. Su triste historia sigue fielmente la línea de las desastrosas Cruzadas del pasado, con la diferencia de que el campo de batalla fue en Europa y no en Asia. Los defectos y locuras fueron los mismos. El mismo entusiasmo disipado en pendencias, envidias e impaciencia. Todo lo que Occidente aprendió de este último fracaso fue que la guerra santa ya no se podía realizar nuevamente.

Ya no habría más Cruzadas. Pero el infiel seguía amenazando el corazón de la Cristiandad. Había llegado hasta el Danubio y las costas del mar Adriático. Constantinopla todavía era cristiana, pero estaba aislada, y no había sido atacada porque el sultán aún no tenía artillería lo suficientemente pesada como para batir sus macizas murallas, ni barcos bastantes para interrumpir sus comunicaciones por mar. Los caballeros hospitalarios de Rodas y los señores italianos del archipiélago egeo se encontraron en la frontera, y Chipre era una avanzada distante. El rey de Hungría, los príncipes de Valaquia y Moldavia y los jefes de Albania buscaron ayuda para defender sus fronteras. Las repúblicas italianas estaban ocupadas haciendo cálculos acerca de la mejor política a seguir para conservar sus intereses comerciales. El Papa sabía perfectamente lo amenazada que estaba la Cristiandad. Pero las potencias occidentales ya no mostraban interés. Su última experiencia había sido demasiado amarga, y el entusiasmo que la había inspirado no podía revivir después de semejante desastre. Y hasta el Papa intrigaba en Hungría para sustituir a Segismundo por Ladislao de Nápoles, sin tener en cuenta los daños que una guerra civil podía ocasionar en las defensas de la Europa central [59]. El rey francés, que fue de 1396 a 1409 soberano de Génova, estaba muy preocupado por el destino de la colonia genovesa de Pera, frente a Constantinopla, por lo que envió al mariscal Boucicaut con mil doscientos hombres al Bósforo en 1399. Su presencia evitó un anodino ataque turco a la ciudad imperial; pero como nadie estaba dispuesto a pagarles, a él o a sus hombres, se retiró pron-

[58] *Ibid.*, págs. 102-11.

[59] Atiya, *Crusade in the Later Middle Ages*, págs. 463-4; Hefele-Leclercq, *Histoire des Conciles*, VI, 2, págs. 1253-4.

to [60]. El Emperador bizantino, Manuel II, se encaminó esperanzado a Occidente para buscar ayuda. Los italianos se quedaron asombrados al ver cuán pobre estaba el heredero de los césares; el duque de Milán le obsequió con espléndidos regalos, que permitieron dar más realce a su jerarquía. Fue recibido con magnificencia en París y Londres. Pero no le ofrecieron ayuda material. El Papado no se interesó, porque Manuel fue lo suficientemente honesto para no prometer la sumisión de su Iglesia a Roma, pues sabía que sus súbditos no lo soportarían. En 1402 volvió apresuradamente a su capital, animado con noticias que parecían pronosticar la decadencia del Imperio otomano [61].

Timur el Cojo, cuando nació en Samarkanda, en 1336, era un príncipe menor de ascendencia turcomongólica. En 1369 era soberano de todas las tierras que habían pertenecido a la rama Jagatai de los mongoles. Desde entonces había extendido sus dominios por medio de guerras despiadadas, despacio al principio, con ritmo creciente después. Desde 1381 a 1386 invadió las tierras del ilkhanato mongol de Persia, y en 1386 conquistó Tabriz y Tiflis. Durante los cuatro años siguientes estuvo ocupado en su frontera norte. En 1392 conquistó Bagdad. En los años siguientes guerreó en Rusia contra los mongoles de la Horda Dorada, llegando hasta Moscú, y en 1395 apareció en Anatolia oriental, donde se le rindieron Erzinjan y Sivas. En 1398 conquistó la India septentrional en una brillante campaña, cuya eficacia acrecentó con espantosas matanzas. En 1400 regresó de nuevo hacia el Oeste, devastó Siria, derrotó los ejércitos mamelucos enviados contra él, primero en Alepo y posteriormente en Damasco, y ocupó y saqueó todas las grandes ciudades de la provincia. En 1401 castigó una rebelión en Bagdad con la destrucción total de la ciudad, que estaba empezando a recuperarse de los efectos de la conquista de Hulagu, siglo y medio antes. En 1402 volvió a Anatolia, decidido a sojuzgar al sultán otomano, que era el único potentado del Islam al que no había humillado. La batalla decisiva tuvo lugar en Ankara el 20 de julio. Bayaceto fue completamente derrotado y hecho prisionero, y murió en el cautiverio pocos meses después. Entretanto, las ciudades otomanas de Anatolia cayeron ante el conquistador, quien en diciembre de 1402 expulsó de Esmirna a los caballeros del Hospital [62].

El emperador Manuel había creído que el desastre de Bayaceto quizá acabaría con la amenaza otomana; pero no era lo suficiente-

[60] Atiya, *op. cit.*, págs. 465-6; Vasiliev, *op. cit.*, págs. 632-3.

[61] Vasiliev, *op. cit.*, págs. 631-4.

[62] Para la carrera de Timur, véase Bouvat, *L'Empire Mongol, 2me phase, passim*, esp. págs. 58-63.

mente fuerte para emprender la acción sin ayuda. Las repúblicas italianas se mostraron cautas. Los genoveses se habían apresurado a pactar con Timur para mantener su comercio asiático; pero, temerosos por su comercio balcánico e incierto el futuro, ayudaron a conservar el poder otomano transportando a través de Europa los restos del ejército de Bayaceto. Los venecianos se mantuvieron distantes [63]. Su cautela estaba justificada. Es cierto que la invasión de Timur había impedido un ataque inmediato del sultán a Constantinopla y conservó Bizancio durante otro medio siglo. Si toda Europa hubiera intervenido a un tiempo, quizá se habría acabado con el Imperio otomano. Los turcos estaban demasiado bien establecidos racialmente en Anatolia y políticamente en los Balcanes para que fueran desalojados con facilidad. Pero Timur no tenía el genio político de Gengis Khan. A su muerte, en 1405, su Imperio comenzó a desintegrarse inmediatamente. Los mamelucos recuperaron pronto Siria. En Azerbaiján surgió la dinastía de los turcomanos Oveja Negra, que estableció sus dominios desde Anatolia oriental a Bagdad. Hubo movimientos nacionalistas en Persia, donde pronto apareció la gran dinastía Safawi. En Transoxiana los descendientes de Timur perduraron casi un siglo; pero únicamente en la India fundaron un imperio duradero, como el de los Grandes Mongoles de Delhi [64].

En Anatolia el único efecto duradero de la invasión de Timur fue el introducir más turcos y turcomanos, y, por tanto, fortalecer para el porvenir las raíces del poder otomano. Cuando falleció Timur, los hijos de Bayaceto se hicieron cargo de la herencia de su padre. Durante seis años lucharon entre ellos. Las guerras civiles ofrecieron a las potencias cristianas otra oportunidad de contener el crecimiento agresivo del poder otomano, pero no fue aprovechada. El Emperador bizantino recuperó, gracias a su diplomacia, algunas ciudades costeras y permitió a los caballeros de Rodas construir en la península un castillo frente a su isla, en Bodrun, la antigua Halicarnaso. Pero no se consiguió nada más. Cuando, en 1413, Mohammed I llegó a ser el único sultán, el Imperio otomano estaba intacto. Mohammed era un gobernante pacífico, que evitó guerras agresivas, pero que reorganizó con firmeza sus dominios. A su muerte, en 1421, los otomanos eran más fuertes que antes [65].

El sucesor de Mohammed, Murad II, comenzó su reinado con un intento contra Constantinopla. Pero aún carecía de artillería pesada y barcos; y como los griegos defendieron valientemente su ca-

[63] Heyd, *op. cit.*, II, págs. 651-7.
[64] Bouvat, *op. cit.*, págs. 84 y sigs.
[65] Hammer, *Histoire de l'Empire Ottoman* (trad. Helbert), II, págs. 120 y siguientes.

pital, sin ayuda exterior, desde junio a agosto de 1422, abandonó el cerco y concentró su atención en las conquistas en la península griega, Asia y al otro lado del Danubio [66]. En 1439 el emperador Juan VIII, sucesor de Manuel, concedió en el Concilio de Florencia someter su Iglesia a Roma, movido por la desesperación. Sus súbditos repudiaron esta unión, y él recibió poco a cambio de sus desvelos [67]. En 1440 el papa Eugenio IV predicó una nueva Cruzada. Cuatro años más tarde, un jefe albano, Skanderbeg, declaró la guerra a los turcos, y se le unió su soberano, el rey Jorge de Servia. El Papa y el rey de Aragón prometieron enviar a Oriente diez galeras cada uno. El ejército húngaro, al mando del bastardo de Segismundo, Juan Corvinus, llamado Hunyadi, regente de Transjordania por el rey Ladislao, se dispuso a conducir el ejército húngaro al otro lado del Danubio. Pero, después de algunas escaramuzas, los aliados perdieron ánimos y acordaron una tregua de diez años, que fue firmada en Szegedin en junio de 1444 [68]. Murad entonces se preparó a llevar su ejército a contender con los enemigos de Anatolia; en tal ocasión el legado papal en el ejército aliado, cardenal Julián Cesarini, convenció a sus jefes de que un juramento prestado al infiel era inválido, y les instó a avanzar. El rey ortodoxo de Servia rechazó esta resolución y no quiso que Skanderbeg permaneciese con el ejército. Juan Hunyadi protestó contra ello, pero siguió ostentando la jefatura. Condujo el ejército aliado, unos veinte mil hombres, a Varna, adonde llegaron a principios de noviembre de 1444. Pero Murad, avisado de la violación de la tregua, se apresuró a ir a su encuentro con un número de soldados tres veces mayor que los que ellos tenían. La batalla se libró el 10 de noviembre. Los cristianos resistieron valientemente y, en el momento decisivo, se oyó al sultán, que había resuelto en una batalla el pacto violado, que gritaba: «Cristo, si eres Dios como tus seguidores dicen, castígalos por su perfidia.» Su oración y su superioridad numérica prevalecieron. Los aliados cristianos fueron casi aniquilados. El rey Ladislao, que se hallaba con sus tropas, fue muerto, así como el pérfido cardenal. Hunyadi escapó con el reducido resto de su ejército [69].

Los esfuerzos valientes de Skanderbeg mantuvieron la independencia de Albania durante otros veinte años, y Juan Hunyadi, a pesar de su desastrosa derrota en una batalla de tres días, en 1448, en el ominoso campo de Kossovo, impidió durante toda su vida que el

[66] *Ibid.*, II, págs. 159 y sigs.
[67] Vasiliev, *op. cit.*, págs. 672-4.
[68] Hammer, *op. cit.*, II, págs. 288-302.
[69] Véase Halecki, *The Crusade of Varna, passim.*

sultán cruzara el Danubio [70]. Pero en el momento de su muerte, en 1456, los turcos habían conseguido la ambición que había dominado al Islam desde los días del Profeta. En 1451 sucedió a Murad II su hijo Mohammed II, un joven de veintiún años de edad, de espíritu emprendedor e ilimitada capacidad y energía. Su primer objetivo fue la conquista de Constantinopla. No es éste el lugar adecuado para relatar la espléndida y trágica historia de los últimos días de Bizancio. Los griegos, separados de sus gobernantes, que habían vendido su Iglesia a Roma, se reanimaron con magnífico valor para hacer frente a su última agonía. Occidente envió a su valentía una ayuda desesperadamente inadecuada. Los amplios recursos del sultán, sus cuidadosos preparativos y su indomable voluntad estaban destinados a hacerle triunfar. Pero su triunfo no era sólo cuestión de prestigio. Bizancio se hallaba agonizante desde hacía tiempo, pero su muerte garantizó que los turcos permaneciesen en Europa. Les dio el dominio de los mares orientales. Doblaron a muerto las campanas por los imperios de Génova y Venecia, el reino de Chipre y la permanencia del Hospital en Rodas; y permitió al sultán conducir su ejército a las puertas de Viena [71].

La caída de Constantinopla se consideró en toda Europa como el final de una era. La noticia no fue inesperada, pero constituyó un amargo motivo de reproche mutuo. Sin embargo, excepto los príncipes cuyas fronteras se veían amenazadas de modo inmediato, nadie se volvió a ocupar de emprender la acción. Unicamente el cardenal nuncio en Alemania, el gran humanista Eneas Silvio, trató de impulsar a Occidente a su trasnochado deber. Pero sus discursos en las Dietas alemanas no lograron nada, y en sus cartas al Papa le contaba su desilusión. En 1458 fue elegido Papa, con el nombre de Pío II. Durante su pontificado trabajó para organizar una Cruzada como las que sus grandes predecesores habían enviado. En 1463 su proyecto parecía próximo a realizarse. El oportuno descubrimiento de minas de alumbre en los Estados pontificios le proporcionó ingresos inesperados y amenazó destruir el monopolio turco de este mineral. El nuevo dogo de Venecia parecía favorecer la guerra. El rey de Hungría, al fin en paz con el Emperador, estaba deseoso de una alianza cristiana. Juan el Bueno, duque de Borgoña, demostró un interés que fue muy bien acogido. La bula *Ezechielis,* promulgada en octubre, refleja el optimismo papal. Pero con el curso de los meses el entusiasmo comenzó a desvanecerse. Sólo los húngaros, que de todas

[70] Hammer, *op. cit.,* II, págs. 322-7.

[71] El mejor relato de la caída de Constantinopla es aún el de Pears, *The destruction of the Greek Empire,* pág. 237 y sigs. Véase también Vasiliev, *op. cit.,* págs. 647-55.

maneras tenían que afrontar una guerra con los turcos, le ofrecieron ayuda militar. Los venecianos dudaron. Ninguna de las ciudades italianas estaba dispuesta a arriesgarse a la interrupción del comercio que traería consigo la ruptura con el sultán. Juan de Borgoña escribió diciendo que las intrigas del rey de Francia le hacían imposible el abandonar sus tierras. El Papa decidió valientemente financiar y dirigir la Cruzada. Los agentes a sus órdenes reunieron una flota de galeras en Ancona, y el 18 de julio de 1464, aunque estaba agotado y con mala salud, abrazó solemnemente la Cruz en una ceremonia en San Pedro.

Pocos días después emprendió viaje hacia el puerto de embarque. Sus ayudantes se dieron cuenta de que estaba agonizando y le ocultaron el hecho de que ninguno de los príncipes de Europa había seguido su ejemplo y que no había ejércitos dispuestos a embarcar tras él en sus galeras rumbo a Oriente. Por otra parte, al acercarse a Ancona, corrieron las cortinas de su litera para que no viera nada. Porque los caminos estaban llenos de miembros de las tripulaciones de su flota que habían desertado de los barcos y regresaban a sus patrias. Murió al llegar a Ancona el 14 de agosto. Piadosamente se le ocultó el desmoronamiento total de su Cruzada [72].

Casi cuatro siglos antes el papa Urbano II con su predicación había enviado miles de hombres a arriesgar sus vidas en la guerra santa. Ahora todo lo que podía conseguir un Papa que abrazaba en persona la Cruz era un puñado de mercenarios que abandonaban la causa antes de que la campaña empezara. El espíritu cruzado había muerto.

[72] Para Pío II, véase Atiya, *op. cit.*, págs. 227-30; Hefele-Leclercq, *Histoire des Conciles,* VII, 2, págs. 1291-352.

Capítulo 17
CONCLUSIONES

«Y quien añade ciencia, añade dolor.»
(*Eclesiastés*, 1, 18.)

Fueron impulsadas las Cruzadas para salvar a la Cristiandad oriental de los musulmanes. A su término toda la Cristiandad oriental estaba bajo el dominio de los musulmanes. Cuando el papa Urbano predicó su magno sermón en Clermont, los turcos estaban a punto de amenazar el Bósforo. Cuando el papa Pío II predicó la última Cruzada los turcos estaban cruzando el Danubio. Rodas, uno de los últimos frutos del movimiento, cayó en poder de los turcos en 1523, y Chipre, arruinada por las guerras con Egipto y Génova, y anexionada finalmente a Venecia, pasó a ellos en 1570. Todo lo que les quedó a los conquistadores de Occidente fue un puñado de islas griegas que Venecia mantuvo precariamente en su poder. El avance turco fue contenido, no por el esfuerzo conjunto de la Cristiandad, sino por la acción de los estados a quienes atañía más de cerca, Venecia y el Imperio de los Habsburgo, con Francia, la antigua protagonista de la guerra santa, ayudando al infiel de modo continuado. El Imperio otomano comenzó a decaer al fracasar en mantener un gobierno eficiente en tan vastos dominios, hasta que ya no pudo oponerse a la ambición de sus vecinos ni aplastar el espíritu nacionalista de sus súbditos cristianos, mantenido por aquellas iglesias cuya independencia habían intentado destruir con tanto tesón los cruzados.

Visto desde la perspectiva de la Historia, todo el movimiento cruzado fue un rotundo fracaso. El éxito, casi milagroso, de la primera Cruzada estableció estados francos en Ultramar; una centuria más tarde, cuando todo parecía perdido, el valeroso esfuerzo de la tercera Cruzada los matuvo durante otros cien años. Pero el débil reino de Jerusalén y los principados hermanos constituían un mezquino resultado para tanta energía y entusiasmo. Durante tres siglos casi no hubo en Europa un potentado que en algún momento no hiciera con fervor el voto de ir a la guerra santa. No hubo ningún país que no enviara soldados para luchar por la Cristiandad en Oriente. Jerusalén estaba en la mente de todos, hombres y mujeres. No obstante, los esfuerzos para conservar o reconquistar la Ciudad Santa fueron caprichosos o ineficaces. Tampoco estos esfuerzos tuvieron en la historia general de los europeos occidentales el efecto que hubiera sido de esperar. La época de las Cruzadas es una de las más importantes en la historia de la civilización de Occidente. Cuando se iniciaron, la Europa occidental empezaba a emerger del largo período de las invasiones bárbaras que denominamos la Edad oscura. Cuando tocaban a su fin, la fértil floración que llamamos Renacimiento acababa de empezar. Pero no podemos asignar a los cruzados ninguna intervención directa en este desarrollo. Las Cruzadas no tienen nada que ver con la nueva seguridad surgida en Occidente, que permitía a los mercaderes y eruditos viajar como quisieran. Ya había acceso a los fondos culturales del mundo musulmán a través de España; estudiosos, como Gerberto de Aurillac, habían visitados los centros de educación españoles. Durante todo el período de las Cruzadas fue Sicilia, más que Ultramar, el punto de confluencia de las culturas árabe, griega y occidental. Intelectualmente, Ultramar no añadió casi nada [1]. Resultó posible para un hombre del calibre de San Luis pasar allí varios años sin el más mínimo efecto en su perspectiva cultural. Si el emperador Federico II se tomó interés por la civilización oriental, ello se debió a haberse criado en Sicilia. Tampoco Ultramar contribuyó al progreso del arte occidental, excepto en el campo de la arquitectura militar y, quizá, en la introducción del arco apuntado. En el arte de la guerra, aparte de la construcción de castillos, Occidente demostró repetidamente que no había aprendido nada de las Cruzadas. Se cometieron las mismas equivocaciones en cada expedición, desde la primera Cruzada hasta la Cruzada de Nicópolis. Las circunstancias de la guerra en Oriente eran tan diferentes de las de la Europa occidental, que sólo los caballeros que residían en Ultramar se tomaban la molestia de recor-

[1] Para la vida intelectual de Ultramar, véase *infra*. Apéndice 2.

dar las experiencias sufridas. Es posible que se elevara el nivel de vida en Occidente debido al deseo de implantar, los que regresaban, las comodidades de Ultramar en sus propias casas. Pero el comercio entre Oriente y Occidente, aunque experimentó un incremento derivado de las Cruzadas, no dependía de ellas para subsistir.

Sólo en algunos aspectos del desarrollo político de la Europa occidental dejaron huella las Cruzadas. Uno de los objetivos declarados del papa Urbano al predicar las Cruzadas era el de dar una ocupación útil a los turbulentos y belicosos barones, que solían gastar sus energías en guerras civiles en sus patrias; y el traslado a Oriente de grandes cantidades de este elemento ingobernable, contribuyó, sin lugar a dudas, al fortalecimiento del poder monárquico en Occidente, en detrimento del Papado. Pero también éste se benefició. El Papa había lanzado la Cruzada como un movimiento cristiano internacional bajo su mando; y su éxito inicial incrementó grandemente su poder y su prestigio. Todos los cruzados pertenecían a su rebaño. Las conquistas de éstos eran sus conquistas. A medida que, uno a uno, los antiguos patriarcas de Antioquía, Jerusalén y Constantinopla, se doblegaban a él, se evidenciaba que su pretensión de ser la cabeza de la Cristiandad estaba justificada. En lo eclesiástico sus dominios se dilataron mucho. Congregaciones de todos los lugares del mundo cristiano reconocían su supremacía espiritual. Sus misioneros llegaron hasta Etiopía y China. Todo el movimiento estimuló la organización de la Cancillería papal sobre bases mucho más internacionales que antes, y desempeñó un papel importante en el desarrollo del Derecho canónico [2]. Si los papas se hubieran contentado con cosechar únicamente los beneficios eclesiásticos, habría sido ésta una buena ocasión para felicitarse. Pero todavía no habían llegado los tiempos de una división clara entre política eclesiástica y secular; en la política secular el Papado se engañó a sí mismo. La Cruzada ordenaba respeto únicamente cuando se dirigía contra el infiel. La cuarta Cruzada, dirigida, si no predicada, contra los cristianos de Oriente, fue seguida por una Cruzada contra los herejes del sur de Francia y los nobles que les mostraban simpatía; y a éstas sucedieron Cruzadas predicadas contra los Hohenstaufen, hasta que, por último, cruzada vino a significar cualquier guerra contra los enemigos de la política papal, y todos los bienes espirituales de indulgencias y premios en el cielo se utilizaron en ayuda de las ambiciones seculares de la Sede Pontificia. El triunfo de los papas al arruinar a los emperadores de Oriente y Occidente les condujo a las humillaciones de la guerra

[2] Véase Ullmann, *Medieval Papalism*, págs. 120-1, 128-9.

de Sicilia y al cautiverio en Avignon. La guerra santa desembocó en una trágica farsa.

Aparte del ensanchamiento de los dominios espirituales de Roma, el principal resultado que obtuvo de las Cruzadas la Cristiandad occidental fue negativo. Cuando comenzaron, los principales centros de la civilización se hallaban en Oriente, en Constantinopla y El Cairo. Cuando terminaron, habían trasladado sus cuarteles generales a Italia y los países jóvenes de Occidente. Las Cruzadas no fueron la única causa de la decadencia del mundo musulmán. Las invasiones de los turcos ya había minado el Califato abasida de Bagdad, y aun sin la Cruzada hubieran derrocado el Califato fatimita de Egipto. Pero de no haber sido por el acicate constante de las guerras contra los francos, los turcos quizá se hubieran integrado en el mundo árabe, proporcionándole nueva vitalidad y fuerza sin destruir su unidad básica. Las invasiones mongólicas fueron más corrosivas aún para la civilización árabe, y no se puede acusar a las Cruzadas de haberlas provocado. Pero si no hubiera sido por las Cruzadas los árabes hubieran estado en mejores condiciones para afrontar la acometida mongólica. El intruso Estado franco era una llaga ulcerosa que los musulmanes nunca podían olvidar. Mientras les perturbase no podían concentrarse totalmente en otros problemas.

Sin embargo, el verdadero daño que las Cruzadas causaron al Islam es más sutil. El estado islámico era una teocracia cuyo bienestar político dependía del Califato, la línea de reyes-sacerdotes a los que la costumbre había proporcionado la sucesión hereditaria. El ataque de los cruzados se produjo cuando el Califato abasida no estaba en condiciones políticas ni geográficas de conducir contra ellos al Islam; y los califas fatimitas, como herejes, no podían dirigir una alianza tan vasta. Los jefes que se levantaron para derrotar a los cristianos, hombres como Nur ed-Din y Saladino, figuras heroicas a las que se profesaba respeto y devoción, eran aventureros. Los ayubitas, a pesar de su capacidad, no podían ser aceptados como jefes supremos del Islam, porque no eran califas; ni siquiera eran descendientes del Profeta. No tenían un puesto adecuado en la teocracia del Islam. La destrucción de Bagdad por los mongoles facilitó, en cierto modo, la tarea musulmana. Los mamelucos pudieron fundar un estado duradero en Egipto porque ya no existía un califato legal en Bagdad, sino sólo una línea poco clara y bastarda, honorablemente confinada en El Cairo. Los sultanes otomanos solucionaron más adelante el problema asumiendo el Califato. Su inmenso poder hizo que fueran aceptados por el mundo musulmán, pero nunca de buen grado; pues también ellos eran usurpadores y no descendientes del Profeta. La Cristiandad estableció desde sus comienzos una diferen-

cia entre lo que es del César y lo que pertenece a Dios, y así cuando se desmoronó la concepción medieval de la Ciudad de Dios, indivisa políticamente, su vitalidad quedó intacta. Pero el Islam había sido concebido como una unidad política y religiosa. Esta unidad se quebró antes de las Cruzadas, pero los acontecimientos de aquellos siglos hicieron las brechas demasiado profundas para que se les pudiera poner remedio. Los grandes sultanes otomanos consiguieron un arreglo superficial, que duró poco. Las brechas han llegado hasta nuestros días.

Más dañino fue el efecto de la guerra santa en el espíritu del Islam. Toda religión basada en una revelación exclusiva está obligada a mostrar algún desprecio hacia el no creyente. Pero el Islam no se mostró intolerante en sus comienzos. Mahoma estimaba que judíos y cristianos habían recibido una revelación parcial y, por tanto, no debían ser perseguidos. Bajo los primeros califas los cristianos desempeñaban un papel honorable en la sociedad árabe. Un considerable número de los primeros escritores y pensadores árabes fueron cristianos, que proporcionaron un estímulo intelectual muy provechoso, ya que los musulmanes, confiados en que la Palabra de Dios les había sido dada de una vez para siempre en el Corán, tendían a la estaticidad y falta de iniciativas en el campo del pensamiento. La rivalidad entre el Califato y la Bizancio cristiana no era muy enconada. Eruditos y técnicos iban y venían entre ambos países con beneficio mutuo. La guerra santa comenzada por los francos destruyó estas buenas relaciones. La salvaje intolerancia que mostraron los cristianos halló su réplica en la creciente intolerancia de los musulmanes. El humanitarismo de Saladino y su familia pronto se hizo poco frecuente entre sus seguidores. En la época de los mamelucos los musulmanes eran tan estrechos de miras como los francos. Sus súbditos cristianos fueron los primeros en sufrir las consecuencias. Nunca recuperaron su fácil relación amistosa con los musulmanes, sus vecinos y dueños. Su propia vida intelectual se fue desvaneciendo, y con ella su enorme influencia sobre el Islam. Excepto en Persia, con sus inquietantes tradiciones heréticas propias, los musulmanes se encerraron tras la cortina de su fe; y una fe intolerante es incapaz de progreso.

El daño infligido por los cruzados al Islam fue pequeño en comparación con el que causaron a la Cristiandad oriental. El papa Urbano II había pedido a los cruzados que ayudasen y rescatasen a los cristianos de Oriente. Fue un extraño rescate; cuando terminó, la Cristiandad oriental quedó en manos de los infieles, y los cruzados habían hecho todo lo posible para que nunca fuera posible la reconquista. Cuando se establecieron en Oriente dieron a sus súbditos

cristianos un trato no mejor que el que les daban los califas antes de que llegaran. Desde luego eran más severos, pues se inmiscuyeron en las prácticas religiosas de las iglesias locales. Cuando fueron expulsados dejaron indefensos a los cristianos para soportar la ira de los conquistadores musulmanes. Es cierto que los cristianos nativos se ganaron en gran parte esta ira, por su desesperada creencia de que los mongoles les proporcionarían la libertad duradera que no consiguieron con los francos. Su castigo fue duro y total. Doblegados por crueles restricciones y humillaciones cayeron en una gris mediocridad. Incluso su tierra fue castigada. La hermosa costa de Siria fue víctima del saqueo y quedó asolada. La Ciudad Santa comenzó a hundirse en una larga decadencia sin paz.

La tragedia de los cristianos sirios fue consecuencia del fracaso de las Cruzadas; pero la destrucción de Bizancio fue el resultado de un malicioso intento deliberado. El verdadero desastre de las Cruzadas fue la incapacidad de la Cristiandad occidental por comprender a Bizancio. A través de los siglos ha habido siempre políticos optimistas que han creído que, si las gentes de todo el mundo se conocieran, se amarían y se comprenderían. Es un error trágico. En tanto Bizancio y Occidente tuvieron poco que ver, sus relaciones fueron amistosas. Peregrinos occidentales y soldados de fortuna eran bien acogidos en la ciudad imperial y volvían a sus patrias contando relatos sobre su esplendor; pero no eran suficientes para provocar una fricción. Ocasionalmente existieron puntos de divergencia entre el emperador bizantino y los poderes occidentales; pero, o bien se apartaba a tiempo el punto de disensión, o se buscaba alguna fórmula diplomática para solucionarla. Fueron constantes las cuestiones motivadas por la religión, exacerbadas por las aspiraciones del Papado hildebrandino. Pero, aun en esto, con buena voluntad por ambas partes, se podía haber encontrado una solución. Mas con la determinación normanda de expanderse por el Mediterráneo oriental dio comienzo una nueva época de inquietudes. Los intereses bizantinos se hallaban en agudo conflicto con los de los occidentales. Los normandos fueron reprimidos y se enviaron las Cruzadas para restablecer la paz. Pero hubo malentendidos desde el comienzo. El Emperador creyó que era su deber de cristiano el reconquistar sus fronteras para que fueran un baluarte contra los turcos, a los que consideraba enemigos. Los cruzados querían proseguir a Tierra Santa. Habían venido a luchar en la guerra santa contra los infieles de todas las razas. Sus jefes no entendieron la política del Emperador, y miles de soldados y peregrinos se encontraron en tierras donde la lengua, las costumbres y la religión les eran extrañas e incomprensibles y les parecían, por tanto, equivocadas. Esperaban que los campesinos y

ciudadanos de los territorios por los que atravesaban no sólo se parecieran a ellos, sino que les acogieran de grado. Tuvieron un doble desengaño. Como no se daban cuenta de que sus robos y hábitos de destrucción no podían ganarles el afecto o el respeto de sus víctimas, se sentían heridos, disgustados y envidiosos. Si se hubiera dejado a la elección del soldado cruzado medio, Constantinopla habría sido atacada y saqueada antes. Pero los jefes de las Cruzadas, ante todo consecuentes con sus deberes de cristiano, les contuvieron. Luis VII no quiso seguir el consejo de algunos de sus nobles y obispos de tomar las armas contra la ciudad cristiana; y aunque Federico Barbarroja jugó con la idea, controló su ira y pasó de largo. Quedó para los voraces cínicos que dirigieron la cuarta Cruzada el tomar ventaja de una debilidad momentánea del Estado bizantino para confabularse y conseguir su destrucción.

El Imperio latino de Constantinopla, concebido en el pecado, era una criatura mezquina, por cuyo bienestar Occidente sacrificó con gusto las necesidades de sus hijos de Tierra Santa. Los propios papas tenían mucho más interés en conservar bajo su regla eclesiástica a los mal dispuestos griegos que en rescatar Jerusalén. Cuando los bizantinos recuperaron su capital, tanto los pontífices como los políticos occidentales trabajaron arduamente para restablecer el control por parte de Occidente. La Cruzada llegó a ser un movimiento no para proteger a la Cristiandad, sino para restablecer la autoridad de la Iglesia romana.

La determinación de los occidentales de conquistar y colonizar las posesiones de Bizancio fue desastrosa para los intereses de Ultramar. Fue aún más desastrosa para la civilización europea. Constantinopla era aún el centro del mundo civilizado. En las páginas de Villehardouin vemos reflejada la impresión que causó en los caballeros que, procedentes de Francia e Italia, habían ido a conquistarla. No podían creer que existiera sobre la Tierra una ciudad tan maravillosa; era la soberana de todas las ciudades [3]. Como la mayoría de los invasores bárbaros, los hombres de la cuarta Cruzada no pretendían destruir lo que hallaban. Querían compartirlo y dominarlo, pero su codicia y zafiedad les hacía destruirlo de modo irremediable. Unicamente los venecianos, con un nivel de cultura más alto, sabían que era más provechoso conservar. Italia, desde luego, cosechó algunos beneficios de la decadencia y caída de Bizancio. Los pobla-

[3] «Or poez savoir que mult esgardent Constantinople cil qui onques mais l'avoient veüe; que il ne povient mie cuidier que si riche ville peüst estre en tot le monde... Nuls nel poist croire se il ne le veïst a l'oil le lonc et lé de la ville, qui de totes les autres ere soveraine» (Villehadouin, ed. Faral, I, pág. 130).

dores francos en tierras bizantinas, aunque aportaron a las colinas y valles de Grecia una vitalidad romántica y superficial, no podían comprender la larga tradición cultural griega. Pero los italianos, cuyas relaciones con Grecia nunca habían estado interrumpidas durante mucho tiempo, se hallaban más capacitados para apreciar el valor de lo que conquistaban; y cuando la decadencia de Oriente impuso la dispersión de sus eruditos, éstos hallaron buena acogida en Italia. La difusión del humanismo en este país fue un resultado indirecto de la cuarta Cruzada.

El Renacimiento italiano es causa de orgullo para la humanidad. Pero habría sido mejor si no hubiera acarreado la ruina de la Cristiandad oriental. La cultura bizantina sobrevivió al golpe de la cuarta Cruzada. En el siglo XIV y comienzos del XV florecieron con espléndida profusión el arte y el pensamiento bizantinos. Pero la base política del Imperio era insegura. Es cierto que desde 1204 ya no era un imperio, sino un estado entre otros tan fuertes como él o más. Enfrentado con la hostilidad de Occidente y la rivalidad de sus vecinos de los Balcanes no podía ya sostener la Cristiandad contra los turcos. Fueron los propios cruzados quienes gustosamente arruinaron la defensa de la Cristiandad y permitieron así al infiel atravesar los estrechos y penetrar en el corazón de Europa. Los verdaderos mártires de la Cruzada no fueron los valerosos caballeros que cayeron peleando en los Cuernos de Hattin o ante las torres de Acre, sino los inocentes cristianos de los Balcanes, así como los de Anatolia y Siria, que fueron entregados a la persecución y a la esclavitud.

Hasta para los propios cruzados resultaban inexplicables sus fracasos. Luchaban por la causa del Todopedoroso, y si la fe y la lógica eran ciertas, esta causa tenía que haber triunfado. En el primer momento de éxito titularon sus crónicas *Gesta Dei per Francos,* la obra de Dios ejecutada por mano de los francos. Pero después de la primera Cruzada se sucedió una larga cadena de desastres; hasta las victorias de la tercera Cruzada fueron incompletas y poco seguras. Había fuerzas demoníacas que torcían la obra de Dios. Al principio la culpa recayó sobre los bizantinos, sobre el cismático emperador y sus súbditos sin Dios, que se negaban a reconocer la misión divina de los cruzados. Pero después de la cuarta Cruzada no se podía mantener este argumento; y no obstante, las cosas iban cada vez peor. Los predicadores moralistas decían que Dios estaba irritado con sus guerreros a causa de sus pecados. Había algo de verdad en esto; pero como explicación total falló cuando San Luis condujo su ejército a uno de los mayores desastres que acaecieron a los cruzados, porque San Luis era un hombre a quien el mundo medieval creía sin pecado. En realidad no fue tanto la debilidad como la estupidez

lo que arruinó las guerras santas. Pero así es la condición del hombre, que admite con más facilidad ser débil que tonto. Ninguno de los cruzados admitiría que sus verdaderos crímenes eran una completa ignorancia y una irresponsable falta de previsión.

El principal motivo que impelió hacia Oriente a los ejércitos cristianos fue la fe. Pero la sinceridad y sencillez de su fe les hizo caer en trampas. Les condujo, a través de penalidades increíbles, a la victoria de la primera Cruzada, cuyo éxito parece milagroso. Los cruzados, por ello, esperaban que los milagros continuasen para salvarlos de las dificultades que surgieran. Esta confianza los hizo temerarios; y, aun al final, tanto en Nicópolis como en Antioquía, estaban seguros de que iban a recibir ayuda divina. También la fe, por su simplicidad, los hizo intolerantes. Su Dios era un Dios celoso; nunca pudieron concebir que el Dios del Islam fuera el mismo Poder. Los colonizadores que se establecieron en Ultramar llegaron a tener más amplitud de miras, pero los soldados de Occidente habían ido a luchar por el Dios cristiano, y para ellos cualquiera que mostrase tolerancia hacia el infiel era un traidor. Incluso aquellos que adoraban al Dios cristiano con un ritual diferente eran considerados sospechosos y se les compadecía.

Esta fe genuina estaba a veces combinada con una desvergonzada codicia. Pocos cristianos pensaban alguna vez que resultaba incongruente mezclar la obra de Dios con la adquisición de ventajas materiales. Era justo que los soldados de Dios consiguieran territorios y fortuna a costa del infiel. Estaba justificado robar al hereje y también al cismático. Las ambiciones terrenas fueron una de las causas que originaron la valentía y afán de aventuras sobre las que se basaron buena parte de los primeros éxitos. Pero la codicia y el deseo de poder son consejeros peligrosos. Alimentaban la impaciencia, pues la vida del hombre es corta y necesita resultados inmediatos. Hacen crecer la envidia y la deslealtad, pues los cargos y tierras son limitados y resulta imposible satisfacer a todos los peticionarios. Existía una enemistad constante entre los francos ya establecidos en Oriente y los que acababan de llegar para la lucha contra el infiel y en busca de fortuna. Cada uno contemplaba la guerra desde un punto de vista diferente. En el remolino de envidias, desconfianza e intrigas, pocas campañas tienen oportunidad de triunfar. Rencillas e ineficacia se veían acrecentadas por la ignorancia. Los colonizadores se adaptaron lentamente a las costumbres y clima de Levante, aprendieron la manera de luchar de sus enemigos y cómo hacerse amigos de ellos. Pero el cruzado recién venido se encontraba en un mundo desconocido totalmente, y por regla general era demasiado orgulloso para admitir sus limitaciones. No le gustaban sus primos de Ultramar

y no les escuchaba. De este modo, expedición tras expedición, se cometieron las mismas equivocaciones y se llegó al mismo final lamentable.

Jefes poderosos e inteligentes hubieran salvado el movimiento. Pero el trasfondo feudal del que salían los cruzados hacía difícil que un jefe fuese aceptado. Las Cruzadas eran obra del Papa, pero los legados pontificios eran pocas veces buenos generales. Hubo muchos hombres capaces entre los reyes de Jerusalén, pero tenían poca autoridad sobre sus súbditos y ninguna sobre los aliados visitantes. Las órdenes militares, que proporcionaban los mejores y más experimentados guerreros, eran independientes y se envidiaban unas a las otras. A veces parecían constituir un arma mejor los ejércitos nacionales al mando de un rey; pero, aunque Ricardo de Inglaterra, que era un soldado genial, fue uno de los pocos jefes cruzados que tuvieron éxito, las demás expediciones reales sin excepción fueron desastrosas. Resultaba difícil para cualquier monarca marcharse a una campaña tan larga en tierras alejadas de las propias. Las estancias de Corazón de León y San Luis fueron a expensas del bienestar de Inglaterra y Francia. Económicamente, los gastos resultaban extraordinariamente elevados. Las ciudades italianas podían convertir las Cruzadas en un asunto provechoso; también lo era para los nobles independientes, que esperaban encontrar tierras o casarse con alguna heredera de Ultramar y recuperar así su desembolso. Pero enviar el ejército real allende el mar era una empresa costosa con pocas esperanzas de recompensa material. Tenían que imponerse levas especiales en todo el reino. No es sorprendente que reyes prácticos como Felipe IV de Francia prefirieran recaudar impuestos y quedarse después en casa. El jefe ideal, un gran soldado y un gran diplomático con tiempo y dinero para gastar en Oriente y un amplio conocimiento de los usos orientales, no era posible encontrarlo. Resulta menos extraño que el movimiento cruzado se desvaneciese entre fracasos que el que hubiera triunfado al principio y que, con apenas más de una victoria a su favor después de su espectacular fundación, Ultramar durase casi doscientos años.

Los triunfos de la Cruzada fueron los triunfos de la fe. Pero la fe sin la sabiduría es una cosa peligrosa. Debido a las leyes inexorables de la Historia todo el mundo paga por los crímenes y locuras de cada uno de los ciudadanos. En la larga secuencia de influjo mutuo y fusión entre Oriente y Occidente de la que brotó nuestra civilización, las Cruzadas fueron un episodio trágico y destructivo. El historiador, al mirar a través de los siglos su valerosa historia, encuentra su admiración ensombrecida por el dolor y por el testimonio

que revela las limitaciones de la naturaleza humana. Hubo mucho valor y muy poco honor, mucha devoción y muy poca comprensión. Elevados ideales fueron manchados por la crueldad y la codicia; el espíritu emprendedor y la tenacidad, por un ciego y estrecho fanatismo; y la guerra santa no fue más que un prolongado episodio de intolerancia en nombre de Dios, que es el pecado contra el Espíritu Santo.

APENDICES

Apéndice I

PRINCIPALES FUENTES PARA LA HISTORIA DE LAS ULTIMAS CRUZADAS

1. *Fuentes griegas*

Las fuentes griegas son importantes sólo para la historia de la cuarta Cruzada. En cuanto a ella, el historiador más importante es Nicetas Choniates [1]. La narración de Jorge Acropolites abarca la cuarta Cruzada y el período hasta la recuperación bizantina de Constantinopla [2]. Para la época siguiente el relato más importante es el de Jorge Pachymer [3].

Las dos historias chipriotas griegas, de Leoncio Makhaeras [4] y Jorge Bustron [5], se ocupan escasamente del período anterior al siglo XIV [6].

2. *Fuentes latinas y francesas antiguas*

El grupo más importante de narraciones acerca de Ultramar, desde la tercera Cruzada hasta la caída de Acre, es el de las antiguas continuaciones francesas a Guillermo de Tiro. Hasta 1198 la fuente

[1] Véase *supra*, vol. II, pág. 429.
[2] Publicado por Meisenberg en la colección Teubner.
[3] Publicado en el *Corpus Bonn.*
[4] *Recital concerning the Sweet Land of Cyprus,* publicado con una traducción por Dawkins.
[5] Χρονικον Κύπρου editado en Sathas, Μεσαιωνικὴ Βιβλιοθήκη vol. II.
[6] La conquista de Chipre por Ricardo I se halla descrita por Neófito en

original parece haber sido una obra perdida de Ernoul, de la cual la de «Ernoul» o Bernardo el Tesorero y los monuscritos *C* y *G* de la *Estoire d'Eracles* son las copias más próximas, y los manuscrítos *A* y *B*, parecidos entre sí, y el *D*, que se separa un tanto de ellos, constituyen otros tantos bosquejos. Desde 1198 a 1205 todas las versiones son prácticamente idénticas. A partir de 1205, «Ernoul» y *C*, *G* y *D* de la *Estoire* son idénticos hasta 1229, cuando el relato de Ernoul termina. *C*, *G* y *D* siguen entonces con pequeñas variantes respecto a *A* y *B* de la *Estoire*, que desde 1205 tiene poca relación con «Ernoul». *A* termina en 1248; *B*, *C* y *D* continúan hasta 1266, 1275 y 1277, respectivamente. Por otra parte, una continuación conocida con el nombre de *Manuscrito de Rothelin* abarca el período comprendido entre 1229 y 1261; fue publicado en Francia [7]. Los *Annales de Terre Sainte* existentes parecen ser una compilación abreviada de una de las fuentes de las *Continuations* de Guillermo. Para el período a partir de 1248, los manuscritos son casi iguales [8].

La compilación de principios del siglo XIV conocida con el nombre de *Gestes des Chiprois* comienza con una breve *Chronique de Terre Sainte*, desde 1131 a 1222, basada en los *Annales de Terre Sainte*. La segunda parte es una historia de las guerras entre los Ibelin y los imperiales, compuesta hacia 1245, con comentarios autobiográficos por Felipe de Novara, un italiano que vivía en Chipre y escribía en francés. Felipe describe vívidamente y con una cierta gracia. Inserta en la narración extensos poemas escritos por él mismo. Poseen agradable frescura e ingenio, aunque no demasiado mérito poético. Felipe era un apasionado partidario de los Ibelin, pero en la medida en que se lo permite su libertad es veraz y exacto. La última parte de los *Gestes* es una historia de Ultramar desde 1249 a 1309, escrita por un hombre conocido tradicionalmente como el Templario de Tiro. No era templario, pero parece que durante algún tiempo ejerció el cargo de secretario del gran maestre del Temple Guillermo de Beaujeu. Conocía la fuente en que se basan las *Continuations* de Guillermo de Tiro. Probablemente los *Gestes* fueron recopilados hacia 1325 por un tal Gerardo de Montreal [9].

Cada una de las principales Cruzadas tiene su grupo de historiadores. Varias crónicas anglonormandas refieren la tercera Cruzada; entre ellas destacan la de Benedicto de Peterborough, Ricardo de

De Calamitatibus Cypri, editado por Stubbs y publicado como introducción al *Itinerarium* (véase *supra*, vol. II, bibliografía).

[7] Véase *supra*, vol. II, pág. 432 y Cahen, *La Syrie du Nord*, págs. 21-5.

[8] Véase *supra*, vol. II, 432, n. 15.

[9] Los *Gestes* se hallan publicadas en una edición de Gaston Raynaud. Véase Cahen, *op. cit.*, págs. 25-6, y Hill, *History of Cyprus*, III, pág. 1144.

Devizes, Rodolfo de Diceto y Guillermo de Newburgh[10]. Estas y el *Libellus de Expugnatione* son especialmente útiles para la primera parte de la Cruzada, antes de la llegada a Oriente de Corazón de León. Incluyen además copias de cartas acerca de los asuntos del cercano Oriente. Para las campañas de Ricardo, las dos fuentes principales son el *Itinerarium Regis Ricardi,* escrito en latín por un londinense, Ricardo de la Santísima Trinidad, y el poema de Ambrosio, en francés antiguo, *L'Estoire de la Guerre Sainte*[11]. Ambas están íntimamente relacionadas y probablemente se derivan de un desaparecido diario escrito por un soldado del ejército inglés, apasionadamente devoto de su rey, y verídico, a pesar de sus prejuicios[12]. El punto de vista francés lo hallamos en el breve relato de Rigord, *Gesta Philippi Augusti*[13]. Las crónicas alemanas que describen la Cruzada de Federico I, tales como la de «Ansbert», *Expeditio Friderici,* terminan con la muerte del Emperador[14].

La principal fuente occidental para la cuarta Cruzada es la *Conquête de Constantinople,* de Godofredo de Villehardouin[15], escrita hacia 1209 por un caballero que había desempeñado un papel importante en la Cruzada y que era tío del conquistador de Morea. El relato de Villehardouin se basa probablemente en notas que tomó entonces; aparte de sus fuertes prejuicios occidentales, se la puede considerar como un testigo fidedigno. La *Conquête de Constantinople,* de Roberto de Clary, es otra narración de un testigo presencial, pero su autor es mucho más lerdo e ignorante[16].

Las fuentes principales para la quinta Cruzada, aparte de las escritas en Ultramar, son las cartas del cardenal Jaime de Vitry[17] y la

[10] Todas publicadas en las Series Rolls. Véase bibliografía, *infra,* y *supra,* vol. II, pág. 433.

[11] Véase *supra,* vol. II, bibliografía.

[12] En el prefacio a su edición de Ambrosio, Gastón Paris opinaba que el *Itinerarium* depende de Ambrosio. La señorita Norgate, «The *Itinerarium* and the Song of Ambroise», en *English Historical Review,* vol. XXV, sugiere que Ambrosio se inspira en el *Itinerarium.* Edwards, «The Itinerarium Regis Ricardi and the Estoire de la Guerre Sainte», en *Essays in Honour of James Tait* (págs. 59-77), arguye de modo convincente que ambos se basan en una fuente común perdida. Su opinión es seguida por Hubert y La Monte en el prólogo a su traducción de Ambrosio.

[13] Editado por Delaborde.

[14] Editado por Chroust. Véase Cahen, *op. cit.,* pág. 19, n. 3.

[15] La edición de Faral (con traducción al francés) es la mejor. Contiene una introducción muy útil.

[16] Editado por Lauer. La más reciente traducción al francés, debida a Chariot (*Poèmes et Récits de la Vieille France,* vol. XVI), es inadecuada, especialmente por lo que atañe a las notas.

[17] Editado por Röhricht en el *Zeitschrift für Kirchengeschichte,* véase bibliografía, *infra.*

Historia Damiatana, de Oliverio de Paderborn, secretario del cardenal Pelayo. A pesar de su lealtad hacia su señor, el relato de Oliverio es vívido y bastante objetivo [18].

La Cruzada de Federico II no inspiró especialmente a ningún escritor, pero para la Cruzada de San Luis tenemos la inapreciable *Histoire de Saint Louis,* de Juan, Sieur de Joinville. Joinville se halló presente en la Cruzada, y su devota admiración por el rey no le impide escribir una historia honesta, vívida y personal [19].

La caída final de Acre produjo una pléyade de historiadores, pero ninguno de ellos, excepto el Templario de Tiro, estuvo presente. Tadeo de Nápoles y el autor anónimo de *De Excidio Urbis Acconis* exageran obviamente sus relatos con fines propagandísticos [20].

La correspondencia papal es de la mayor importancia durante todo el período, así como las cartas que se conservan de los miembros de las órdenes y del rey y sus ministros [21].

En el aspecto institucional las dos fuentes esenciales son el *Livre de Forme de Plait,* de Felipe de Novara, que trata sobre todo de procedimientos, y el *Livre de Jean d'Ibelin,* una magnífica obra de jurisprudencia escrita por el conde de Jaffa [22]. Los *Assises de la Cour des Bourgeois,* compilados entre 1240 y 1244, describen el procedimiento comercial [23]. Los *Assises d'Antioche* se conservan sólo en una traducción armenia, hecha hacia 1260 por Sempad, hermano del rey Hethoum I. Describe brevemente los procedimientos y costumbres de los medios burgueses y de los barones del principado [24].

Existen varias obras importantes escritas por viajeros coetáneos,

[18] Editado, con sus cartas, por Hooeweg. Los volúmenes de *Scriptores Minores Quinti Belli Sacri,* editados por Röhricht, contienen todas las autoridades de segundo orden acerca de la quinta Cruzada.

[19] La mejor edición es la de Wailly. El otro historiador importante de la Cruzada de Luis IX es Guillermo de Nangis, que escribió algunas décadas después.

[20] Véase *supra,* pág. 376, n. 50. El *De Excidio* está publicado en la *Amplissima Collectio* de Martène y Durand, vol. V. Véase también Kingsford, en *Transactions of Royal Historical Society,* vol. III, pág. 142, n. 2.

[21] La correspondencia de Inocencio III se halla publicada por Migne, *P. L.,* vols. 214-16; la *Regesta* de Honorio IV está editada por Pressutti; los *Registres* de Gregorio IX, por Auvray; los *Registres* de Inocencio IV, por Bergen; los de Alejandro IV, por Bourel de la Roncière; los de Urbano IV, por Guiraud; los de Clemente IV, por Jordan; los de Gregorio X, por Guiraud; los de Nicolás III, por Gay y Vitte; los de Honorio IV, por Pron, y los de Nicolás IV, por Langlois; todos publicados en la *Bibliothèque des Écoles Françaises d'Athènes et de Rome.*

[22] Publicado en *Recueil des Historiens des Croisades, Lois,* vol. I.

[23] Publicado en el mismo volumen.

[24] Publicado con una traducción francesa por los padres Mekhitarist de Venecia.

útiles sobre todo debido a la descripción de las relaciones entre occidentales y mongoles. Los más completos son los debidos a Juan de Pian del Carpine y Guillermo de Rubruck, que narran sus misiones [25]. La descripción de Tierra Santa de Jaime de Vitry y las posteriores de Ludolfo de Suchem y Félix Fabri proporcionan información valiosa [26].

3. *Fuentes árabes*

Los cronistas árabes que tratan de las guerras de Saladino y las primeras décadas del siglo XIII han sido mencionados en el apéndice I del segundo volumen de esta historia. La valiosa obra de Beha ed-Din termina con la muerte de Saladino, pero las de Ibn al-Athir, Abu Shama (que transcribe a Imad ed-Din) y Kemal ad-Din nos introducen también en el siglo XIII [27]. Para el resto de este siglo existen muchos cronistas contemporáneos; pero una buena parte de los más importantes están aún sin publicar y sólo pueden leerse en manuscritos. Las obras de Ibn Wasil, una biografía de as-Salih que llega hasta 1250 y una historia de los ayubitas hasta 1263, se hallan en varios manuscritos, pero han sido publicados algunos pobres resúmenes realizados por Reynaud en la *Bibliothèque des Croisades,* vol. IV, de Michaud. Ibn Wasil fue, sin embargo, muy utilizado por cronistas posteriores, tales como Ibn Furad y Maqrisi [28]. Ibn Sheddad el Geógrafo escribió una vida de Baibars, que se ha perdido casi por completo; la vida de Qalawun, descrita por Baibars Mansouri, es también fragmentaria, pero fue utilizada por Ibn Furad [29]. En Reynaud *(op. cit.)* [30] se hallan extractos de las vidas de Baibars y Qalawun escritas por Ibn Abdazzahir. La crónica del copto Ibn al-Amid proporciona información original del período hasta 1260 [31], y la historia anónima de los patriarcas de Alejandría, que termina hacia la misma fecha, nos ofrece más datos de las fuentes coptas [32]. El relato

[25] Ambos traducidos y editados por Rockhill en *Hakluyt Society Publications,* vol. 137.

[26] Todos están publicados en traducciones inglesas por la *Palestine Pilgrims Text Society.* Las traducciones no son siempre impecables, y para Ludolf debe utilizarse el texto latino en los *Archives de l'Orient Latin,* vol. II.

[27] Véase *supra,* vol. II, págs. 434 y sigs.

[28] Véase Cahen, *La Syrie du Nord,* págs. 68-70.

[29] Véase *ibid.,* págs. 75, 78-9.

[30] *Ibid.,* pág. 74.

[31] Editado por Cheikho en *Corpus Scriptorum Christianorum Orientarium,* vol. III. Las traducciones del siglo XVI debidas a Erpennieus y Ecchelensius se detienen en A. H. 512 (A. D., 1118).

[32] El texto completo no ha sido publicado. En la traducción francesa de

de Abu'l Feda[33] es una compilación de autoridades antiguas, excepto en lo que se refiere a los acontecimientos coetáneos a él, desde 1290, aproximadamente, en adelante[34]. La obra de Younini se conserva solamente manuscrita. Alcanza hasta 1311, pero continúa en parte la misma información que la obra de su contemporáneo al-Jazari[35].

De los historiadores posteriores, dejando a un lado a Ibn Khaldun y al enciclopedista Ibn Khallikan[36], la figura literaria más importante es Ibn Furad, que escribió su historia a finales del siglo XIV. Es una compilación extensa de obras anteriores, muchas de ellas perdidas, pero compuesta con auténtico sentido de la historiografía[37]. Su contemporáneo Maqrisi carece, en cuanto escritor, de su finura. Aparte de alguna información personal acerca de Egipto, sus relatos de Egipto bajo los ayubitas y los sultanes mamelucos proceden en su totalidad de obras anteriores; pero son completos, fidedignos y de fácil lectura[38]. La crónica de al-Aïni, escrita a mediados del siglo XV, es también una compilación extensa, excepto en los últimos capítulos[39].

4. *Fuentes armenias*

Los historiadores armenios del reino de Cilicia han sido mencionados en el apéndice I del segundo volumen de esta obra. El más útil de ellos es Vartan, sobre todo para los mongoles, de los que tenía un conocimiento personal íntimo[40]. Debe incluirse entre las fuentes armenias la *Flor des Estoires de la Terre d'Orient,* del príncipe armenio Hayton (Hethoum de Corycus), escrita en francés cuando

Blochet, *Revue de l'Orient Latin,* vol. XI, se hallan fragmentos concernientes al siglo XIII.

33 Se hallan publicados fragmentos en el Recueil, *Historiens Orientaux,* volumen III.

34 Véase *supra,* vol. II, pág. 436.

35 Un fragmento de al-Jazari, que comienza en A. H. 689 (A. D. 1290) ha sido publicado con una traducción francesa por Sauvaget.

36 Véase *supra,* vol. II, págs. 436-7.

37 Los capítulos acerca del siglo XIII no han sido publicados. Véase Cahen, *op. cit.,* págs. 85-6.

38 Véase *supra,* vol. II, págs. 436-7. Fragmentos detallados de la *Historia de Egipto,* de Maqrisi, en Blochet, *Revue de l'Orient Latin,* vols. VIII, IX y X (citado como Maqrisi, VIII, IX y X), y su *Historia de los sultanes mamelucos* ha sido traducida por Quatremère (2 vols., citado *supra,* como Maqrisi, *Sultans,* I y II).

39 Se hallan fragmentos en el *Recueil,* «Historiens Orientaux», vol. II, página 2.

40 Véase *supra,* vol. II, pág. 437. El texto armenio completo de Vartan, editado por Emin, fue publicado en Moscú, en 1861.

se retiró a Francia a comienzos del siglo XIV. Constituye una valiosa historia de su época. Escribió también anales en armenio, relacionados con fuentes armenias, y los *Annales de Terre Sainte* [41].

Para el siglo XIII, el historiador más importante en lengua siria es Bar Hebraeus. Murió a los sesenta años, en 1286, aunque los relatos de épocas precedentes están plagados de habladurías poco de fiar y de leyendas, cuando escribe acerca de los acontecimientos de su época proporciona gran cantidad de datos valiosos que no se encuentran en ningún otro lugar [42]. Rabban Sauma escribió en uigur una biografía del católico nestoriano Mar Yahbhallaha y de su propia misión, traducida anónimamente al sirio unos años después; es importante por su descripción de la vida nestoriana bajo los mongoles y más aún por el relato de la embajada de Rabban Sauma a Europa occidental [43].

5. *Fuentes persas*

La historia de los seléucidas de Rum, escrita por Ibn Bibi, aunque demasiado elaborada, es valiosa para la historia anatoliana durante la primera mitad del siglo XIII [44]. La historia mundial de Rashid ad-Din es de gran importancia para la historia de los mongoles. Fue escrito en honor de los ilkhanes de Persia y ofrece el punto de vista de éstos [45].

6. *Otras fuentes*

La *Crónica Georgiana* continúa siendo útil en lo relativo al Cáucaso [46]. Las crónicas rusas antiguas, en especial las versiones de la *Crónica de Novgorod* [47], prestan atención a los asuntos bizantinos y resultan esenciales para el estudio de los mongoles. Existen también varias fuentes mongólicas útiles, de las cuales la más importante es *Yuan Ch'ao Pi Shih*, la historia oficial o secreta de los mongoles [48].

[41] La *Flor* está publicada en el *Recueil, Documents Arméniens*, vol. I.

[42] Véase *supra*, vol. II, pág. 438.

[43] La obra de Rabban Sauma ha sido traducida por Budge y publicada en *The Monks of Kublâi Khân*. El texto sirio ha sido publicado por Bedjian.

[44] La traducción turca y resúmenes persas han sido publicados por Houtsma en *Textes Relatifs a l'histoire des Seldjoukides*, vols. III y IV.

[45] Toda la obra ha sido publicada por Berezin en una traducción rusa. La segunda parte de la historia de los ilkhanes ha sido publicada con una traducción francesa por Quatremère.

[46] Véase *supra*, vol. II, pág. 439.

[47] La mejor edición de la *Crónica Novgorod* es la de Nasonov (Moscu, 1950).

[48] Véase *supra*, pág. 219, n. 1.

Apéndice 2

LA VIDA INTELECTUAL EN ULTRAMAR[1]

En comparación con la vida intelectual de Sicilia o de España, la de Ultramar decepciona. Se podría haber esperado que, como en Palermo, el contacto entre francos y orientales hubiera estimulado la actividad intelectual; pero en realidad la sociedad de Ultramar, compuesta en su casi totalidad por soldados y mercaderes, no estaba en condiciones de crear o mantener un nivel intelectual elevado. Había muchos hombres cultos entre los príncipes y nobles. Por ejemplo, sabemos que los reyes Balduino III y Amalarico I eran amantes de las letras. Reinaldo de Sidón fue notable por su interés por la erudición islámica, y Hunfredo IV de Torón conocía a la perfección el idioma árabe[2], y en Ultramar, uno de los más relevantes historiadores medievales era Guillermo de Tiro[3]. Pero sabemos muy poco acerca de la educación en Ultramar. Como en Occidente, existían escuelas anejas a las principales catedrales, pero es un hecho significativo que Guillermo de Tiro de muchacho fuera a educarse a Francia; y aparte de él, todos los clérigos que desempeñaron un papel importante en la historia de Ultramar eran hombres que habían nacido y se habían educado en Occidente. Muchos de estos prelados, entre ellos el patriarca Aimery de Antioquía, se interesaban por la literatura[4], como Jaime de Vitry, obispo de Acre en el si-

[1] Véase *supra,* vol. II, págs. 329, 334.
[2] Véase *supra,* vol. II, págs. 329, 331, 336.
[3] Véase *supra,* vol. II, págs. 430-31, vol. III, 59.
[4] Aimery de Limoges era casi iletrado, pero mantuvo correspondencia con

glo XIII, por la vida científica que les rodeaba[5], y los diversos proyectos de posteriores Cruzadas alentaban un activo interés por la geografía oriental[6]. Pero en conjunto la cultura franca de Ultramar era algo importado de Occidente, con muy poco contacto con la cultura nativa, excepto en las artes. La medicina estaba por completo en manos de nativos. Los príncipes acudieron siempre a los médicos sirios cristianos. Cuando Amalarico I no siguió el consejo de sus médicos sirios y consultó a un franco, falleció a causa de ello; y los ejemplos que relata Usama de la medicina de los francos demuestran que era muy basta[7]. Parece ser que los francos no intentaron, como en la Italia meridional, aprender la medicina nativa, aunque un tal Esteban de Antioquía tradujo en 1227 un tratado de medicina[8]. No se conserva testimonio de que los francos, excepto algunos nobles, hiciesen ningún esfuerzo por estudiar la filosofía o las ciencias de aquellos países.

Las creaciones literarias del Ultramar franco se clasifican en tres apartados. En primer lugar las crónicas e historias. Estas, con la gran excepción de la de Guillermo de Tiro y la obra de algunos de sus continuadores, como Ernoul, fueron escritas por hombres nacidos en Occidente y se hallan en la línea de los cronistas occidentales[9].

En segundo lugar tenemos una buena colección de obras legales. Los colonizadores y sus descendientes se hallaban profundamente interesados en materias legales y constitucionales, y deseaban tener escritos su jurisprudencia y sus resultados, en una medida sin paralelo en Occidente. Pero la ley que reproducen es puramente occidental, aunque con las naturales modificaciones[10]. Por último, surgió una poesía romántica y popular. Los colonizadores de Ultramar gustaban de la épica romántica de su tiempo. Algunos trovadores y juglares, como Rudel o Alberto de Johansdorf, participaron en las Cruzadas[11]. Raimundo, príncipe de Antioquía, era hijo de un destacado

hombres de letras europeos como Hugo Aetherianus. Las cartas están publicadas en Martène y Durand, *Thesaurus Anecdotorum*, vol. I.

[5] La descripción de Tierra Santa que hace Jaime de Vitry demuestra interés en las teorías locales acerca de los terremotos (ed. *P. P. T. S.*, páginas 91-2). Pero desaprobaba demasiado a los musulmanes y que los cristianos locales tuvieran contacto con ellos.

[6] Véase Rey, *Les Colonies Franques*, págs. 177-8.

[7] Véase *supra*, vol. II, págs 292, 362.

[8] Leclercq, *La Médecine Arabe*, II, pág. 38.

[9] Véase *supra*, vol. II, págs. 430-34, vol. III, págs. 439-443.

[10] Los diferentes *Assises* y las obras de Juan de Ibelin y Felipe de Novara están basadas en el Derecho occidental. Véase La Monte, *Feudal Monarchy*, *passim*.

[11] Parece cierto que Rudel visitó Oriente, pues el trovador Marcabrú le

trovador poeta, Guillermo IX de Aquitania. Los emocionantes hechos de las Cruzadas eran muy oportunos para enriquecer los temas que los poetas cantaban. Godofredo de Lorena se convirtió pronto en un héroe legendario, cuyas aventuras quedaron incorporadas al ciclo del Caballero del Cisne; poemas acerca de su juventud y su ascendencia estaban ya en circulación en Occidente cuando Guillermo de Tiro escribió su historia [12]. Pero estos poemas habían sido compuestos en Occidente. Análogamente, los dos relatos versificados de la primera Cruzada, la *Chanson d'Antioche* y la *Chanson de Jerusalem,* fueron casi con certeza escritos en Occidente, con información proporcionada por los cruzados que regresaban [13]. Una poema épico original de Ultramar es la *Chanson des Chétifs,* un curioso relato de los cruzados que fueron hechos prisioneros por «Corboran» (Kerbogha), en el cual se mezclan de modo inexplicable la primera Cruzada y las Cruzadas de 1101. Este poema fue compuesto por un autor, cuyo nombre desconocemos, por deseo expreso del príncipe Raimundo de Antioquía. Estaba todavía sin terminar cuando falleció Raimundo en 1149 [14]. La desdibujada e inexacta base histórica del relato hace suponer que el autor era un recién llegado a Oriente. Los francos encontraban una fascinación romántica en la suerte de los cristianos cautivos en manos de los musulmanes. El tema de los *Chétifs* disfruta después de una gran popularidad, tanto en Ultramar como en Occidente [15].

Ultramar produjo otras obras poéticas; pero ninguno de los autores conocidos había nacido en Oriente. Felipe de Novara, hombre de estado, cronista y jurista, italiano de nacimiento, aunque escribía en francés, inserta en su crónica versos escritos por él, vigorosos, aunque

dedica un poema con las palabras «a Jaufre Rudel, allende el mar». Pero su relación amorosa con la *Princesse Lointaine,* Melisenda de Trípoli, debe ser considerada al menos como casi legendaria (véase Chaytor, *The Troubadours,* págs. 44-6). Se dice que Pedro Vidal llegó hasta Chipre con la tercera Cruzada, pero allí se casó con una muchacha griega y decidió que era heredera de Constantinopla *(ibid.,* pág. 7). Raimbaldo de Vaqueiras fue en la cuarta Cruzada y falleció en Bulgaria. Sordello probablemente participó en la primera expedición de Luis IX *(ibid.,* págs. 98-9, 102). De los juglares, Alberto de Johansdorf fue en la tercera Cruzada, como Federico de Hausen, quien, sin embargo, falleció antes de que el ejército alemán llegara a Konya.

12 Véase Hatem, *Les Poèmes Epiques des Croisades,* págs. 395-400.

13 Véase Cahen, *op. cit.,* págs. 12-16.

14 *Ibid,* págs. 569-76; Hatem, *op. cit.,* págs. 375 y sigs.

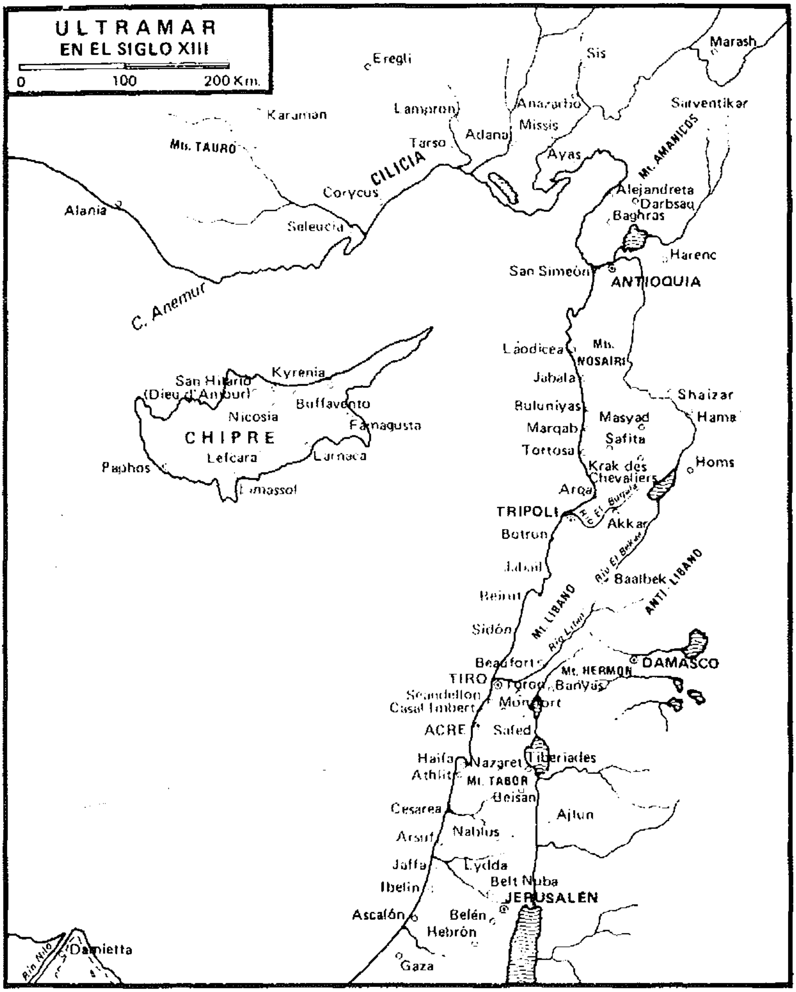
15 Cf. las leyendas de la liberación de Bohemundo *(supra,* vol. II, pág. 43, n. 2) y los relatos de que Ida, la margravesa de Austria, era la madre de Zengi *(supra,* vol. II, pág. 40), y de que la hermana de Beltrán de Tolosa contrajo matrimonio con Nun ed-Din y era la madre de su heredero, as-Salih *(ibid.,* pág 264, n. 16).

no muy inspirados [16]. Felipe de Nanteuil escribió cuando estuvo cautivo en El Cairo nostálgicos poemas sobre su patria francesa [17]. Pero, aunque Felipe de Novara puede ser considerado como uno de los fundadores de la cultura provincial franca en Chipre, la literatura de Ultramar es simplemente una rama de la francesa. No hubo literatura indígena entre los francos nativos de Siria, aunque en Chipre y en la propia Grecia se desarrolló bajo la dominación franca una literatura griega semipopular con fuerte influencia franca.

La vida intelectual de Ultramar fue, en realidad, la de una colonia franca. Las cortes de los reyes y príncipes tenían un cierto encanto cosmopolita, pero el número de eruditos residentes en Ultramar era pequeño y las guerras y las dificultades económicas impidieron el establecimiento de verdaderos centros de estudio, que hubieran absorbido el saber nativo y el de los pueblos vecinos. Fue la ausencia de estos centros lo que hizo que la contribución cultural de las Cruzadas a la Europa occidental fuese tan decepcionantemente escasa.

[16] Véase *supra*, págs. 185, 437, y Hill, *History of Cyprus*, III, págs. 1112-15. Guillermo de Machaut, el autor del poema épico de la expedición a Egipto de Pedro de Chipre, parece que nunca estuvo en Oriente *(ibid*, pág. 1115).

[17] Véase *supra*, pág. 204.



Ultramar en el siglo XIII.

BIBLIOGRAFIA

(*Nota.*—Esta bibliografía es complementaria a las bibliografías de los volúmenes I y II de la presente *Historia,* y no incluye obras citadas en aquéllas, salvo si se han utilizado ediciones distintas. Se emplean las mismas abreviaturas; unas pocas abreviaturas adicionales, que aparecen en las notas y la bibliografía de este volumen, se explican al final de las obras citadas a que se refieren.)

I.—Fuentes originales

1. *Colecciones de fuentes*

Acta Imperii Selecta (ed. J. F. Bohmer). Innsbruck, 1870.
Annales Monastici (ed. H. R. Luard), Series Rolls, 5 vols. Londres, 1864-9.
Baluzius, S.: *Collectio Veterum Monumentorum,* 6 vols. París, 1678-1715.
Baluzius, S.: *Vitae Paparum Avenionensium* (ed. Mollat), 4 vols. París, 1914-27.
Bartholomaeis, V. de: *Poesie Provenziale Storiche relative all' Italia,* 2 vols., Istituto Storico Italiano. Roma, 1931.
Bongars, J.: *Gesta Dei per Francos,* 2 vols. Hanover, 1611.
Crónicas: Stephen, Henry II and Richard I (ed. Howlett), Series Rolls, 4 vols. Londres, 1885-90.
Chroust, A.: *Quellen zur Geschichte des Kreuzzuges Kaiser Friedrichs I, M. G. H. Ss.,* nueva serie. Berlín, 1928.
Cobham, C. D.: *Excerpta Cypria.* Cambridge, 1908.
Cotelerius, J. B.: *Ecclesiae Graecae Monumenta,* 4 vols. París, 1677-92.
Delaville le Roulx, G.: *Cartulaire générale de l'Ordre des Hospitaliers de St. Jean de Jérusalem,* 4 vols. París, 1894-1904.
Du Chesne, A.: *Historiae Francorum Scriptores,* 5 vols. París, 1636-49.

Golubovich, G.: *Biblioteca Bio-bibliografica della Terra Santa e dell' Oriente Francescano,* 5 vols. Florencia, 1906-27.
Heisenberg, A.: *Neue Quellen zur Geschichte des lateinischen Kaisertums.* Munich, 1923.
Historia Diplomatica Friderici Secundi (ed. J. L. A. Huillard-Bréholles), 6 vols. París, 1852-61.
Kohler, C.: *Mélanges pour servir à l'Histoire de l'Orient Latin et des Croisades.* París, 1906.
Martène, E., y Durand, U.: *Thesaurus Novus Anecdotorum,* 5 vols. París, 1717.
Martène, E., y Durand, U.: *Veterum Scriptorum et Monumentorum Amplissima Collectio,* 9 vols. París, 1727-33.
Mas Latrie, L. de: *Documents,* véase Bibliografía II.
Mas Latrie, L. de: *Nouvelles Preuves de l'Histoire de Chypre,* en *Bibliothèque de l'Ecole des Chartes,* vols. XXXII, XXXIV y XXXV. París, 1871-4.
Potthast, A.: *Regesta Pontificum Romanorum,* 2 vols. Berlín, 1874-5.
Raynaldus, O.: *Annales Ecclesiastici,* 15 vols. Lucca, 1747-56.
Regesta Honorii Papae III (ed. P. Pressutti), 2 vols. Roma, 1888-95.
Regestum Innocentii Papae super Negotio Romani Imperii (ed. F. Kempf), *Miscellanea Historiae Pontificiae,* vol. XII. Roma, 1947.
Registres des Papes, Bibliothèque des Ecoles Françaises d'Athènes et de Rome. París:
Alejandro IV (ed. Bourel de la Roncière), 2 vols., 1902, 1917.
Gregorio IX (ed. Auvray), 2 vols., 1896, 1907.
Gregorio X (ed. Guiraud), 2 vols., 1892, 1906.
Inocencio IV (ed. Berger), 4 vols., 1884-1921.
Nicolás III (ed. Gay y Vitte), 2 vols., 1898, 1938.
Nicolás IV (ed. Langlois), 2 vols., 1886, 1905.
Urbano IV (ed. Guiraud), 4 vols., 1892-1929.
Riant, P.: *Exuviae Sacrae Constantinopolitanae,* 2 vols. Ginebra, 1877-8.
Röhricht, R.: *Scriptores Minores Quinti Belli Sacri,* Société de l'Orient Latin. Série Historique, II. Ginebra, 1879. (Röhricht, *S. M. Q. B. S.)*
Röhricht, R.: *Testimonia Minora de Quinto Bello Sacro, ibid.,* III. Ginebra, 1882.
Rymer, T.: *Foedera, Conventiones, Literae et Acta publica inter Reges Angliae,* 4 vols. en 7. Londres, 1816-69.
Schwandtner, J. G.: *Scriptores Rerum Hungaricarum,* 3 vols. Viena, 1746-8.
Strehlke, E.: *Tabulae Ordinis Teutonici.* Berlín, 1869.
Tafel, G. L., y Thomas, G. M.: *Uukunden zur älteren Handels- und Staatsgeschichte der Republik Venedig,* 3 vols. Viena, 1856-7.
Theiner, A.: *Vetera Monumenta Historica Hungariam Sacram Illustrantia,* 2 vols. Roma, 1859-60.
Watterich, J. M.: *Pontificum Romanorum qui fuerunt inde ab exeunte saeculo IX usque ad finem saeculi XII Vitae,* 2 vols. Leipzig, 1862.
Winkelmann, E.: *Acta Imperii Inedita Saeculi XIII,* 2 vols. Innsbruck, 1880-5.

2. *Fuentes occidentales latinas, francesas antiguas y alemanas*

Adam, Guillermo: *De Modo Saracenos Extirpandi* (ed. Kohler), *R. H. C. Arm.,* vol. II.
Alberico de Trois Fontaines: *Chronicon,* en *R. H. F.,* vol. XVIII.
Amadi, Francisco: *Chroniques d'Amadi et de Strambaldi,* ed. Mas Latrie. París, 1891.
Annales Claustroneoburgenses, en *M. G. H. Ss.,* vol. IX.

Annales de Dunstaplia, en *Annales Monastici*, vol. III.
Annales Januenses, en *M. G. H. Ss.*, vol. XVIII.
Annales Marbacenses, en *M. G. H. Ss.*, vol. XVII.
Annales Romani, en Watterich, *Pontificum Romanorum Vitae*.
Annales Stadenses, en *M. G. H. Ss.*, vol. XVI.
Anonymus Halberstadensis: *De Peregrinatione in Greciam*, en Riant, *Exuviae*, vol. I.
Ansbert: *Expeditio Friderici Imperatoris*, en Chroust, *Quellen*.
Assises of Romania (ed. Recoura). París, 1930.
Auria, Jacobo: *Annales*, en *M. G. H. Ss.*, vol. XVIII.
Bacon, Rogerio: *Opus Majus* (ed. Bridges), 3 vols. Oxford, 1900.
Balduino, Emperador de Constantinopla: *Carta, en* R. H. F., vol. XVIII.
Bartolomé de Neocastro: *Historia Sicula*, en Muratori, *Rerum Italicarum Scriptores*, nueva edición, vol. XIII, 3.
Bonomel, Ricaut: *Poemas*, en Bartholomaeis, *Poesie Provenziale*.
Bruno, obispo de Olmütz: *Bericht* (ed. Höfler), *Abhandlungen der historische Klasse der Bayerische Akademie der Wissenschaft*, serie 3, IV. Munich, 1846.
Burcardo (Brochard): *Directorium ad Philippum Regem*, en *R. H. C. Arm.*, vol. II.
Bustron, Florio: *Chronique de l'Ile de Chypre* (ed. Mas Latrie). París, 1886.
Chronica Regia Coloniensis (ed. Waitz), *M. G. H. Ss., in usum scholarum*, 1880.
Chronicle of Mailros (ed. Stevenson). Londres, 1856.
Collectio de Scandalis Ecclesiae (ed. Stroick), en *Archivum Franciscanum Historicum*, vol. XXIV. Roma, 1931.
Cotton, Bartolomé: *Historia Anglicana* (ed. Luard), Series Rolls. Londres, 1859.
Dardel, John: *Chronique d'Arménie*, en *R. H. C. Arm.*, vol. II.
De Excidio Urbis Acconis, en Martène y Durand, *Amplissima Collectio*, vol. V.
De Itinere Frisonum, en Röhricht, *S. M. Q. B. S.*
Devastatio Constantinopolitana, en *Annales Herpipolenses*, *M. G. H. Ss.*, volumen XVI.
Dubois, Pedro: *De Recuperatione Terre Sancte* (ed. Langlois). París, 1891.
Durand, Guillermo: *Informatio brevis de Passagio futuro* (ed. Viollet), *Histoire Littéraire de la France*, vol. XXXV. París, 1921.
Eduardo I, rey de Inglaterra: *Carta a José de Chauncy*, en *P. P. T. S.*, vol. V.
Enrique II, rey de Chipre: *Informatio ex parte Nunciorum Regis Cypri*, en Mas Latrie, *Documents*.
Epistola de Morte Friderici Imperatoris, en Chroust, *Quellen*.
Epistolae Cantuarenses (ed. Stubbs), Series Rolls. Londres, 1865.
Fabri, Félix: *Book of the Wanderings*, trad. Stewart, 3 vols. *P. P. T. S.*, volúmenes VII-IX.
Federico II, Emperador: *Carta al rey Enrique*, en Bohmer, *Acta Imperii Selecta*.
Felipe de Novara: *Le Livre de Forme de Plait*, en *R. H. C. Lois*, vol. 1.
Felipe de Novara: *Mémoires*, en *Gestes des Chiprois*. (Trad. inglesa por La Monte y Hubert, *The Wars of Frederik II against the Ibelins in Syria and Cyprus*. Nueva York, 1936.)
Fidenzio de Padua: *Liber Recuperationis Terrae Sanctae*, en Golubovich, *Biblioteca Bio-bibliografica*, vol. II.
Figuera, Guillem: *Dun Servientes Far*, en Bartholomaeis, *Poesie Provenziale*.
Fragmentum de Captione Damiate, Provencialis textus, en Röhricht, *S. M. Q. B. S.*
Galvano: *Liber Sancti Passagii Christocolarum contra Saracenos*, fragmentos (ed. Kohler), en *Revue de l'Orient Latin*, vol. VI. París, 1898.
Gesta Crucigerorum Rhenanorum, en Röhricht, *S. M. Q. B. S.*

Gesta Innocentii III, en *M. P. L.*, vol. CCXIV.
Gesta Obsidionis Damiate, en Röhricht, *S. M. Q. B. S.*
Gestes des Chiprois (ed. Raynaud). Ginebra, 1887.
Gregorio IX, Papa: *Cartas*, en *M. G. H. Epistolae Saeculi*, XIII, vol. I.
Guillermo el Bretón: *Gesta Philippi Regis* y *Philippis* (ed. Delaborde), 2 vols. París, 1882, 1885.
Guillermo de Newburgh: *Historia Rerum Anglicarum*, en *Chronicles* (ed. Howlett), vol. II.
Guillermo de Rubruck (Rubruquis): *Itinerarium* (trad. Rockhill), Hakluyt Society, serie II, vol. IV. Londres, 1900.
Guillermo de San Pathus: *Vie de Saint Louis* (ed. Delaborde). París, 1899.
Guillermo de Trípoli: *Tractatus de Statu Saracenorum*, en Prutz, *Kulturgeschichte der Kreuzzüge* (véase Bibliografía II).
Gunther de Pairis: *Historia Constantinopolitana*, en Riant, *Exuviae*, vol. I.
Guyot de Provins: *Œuvres* (ed. Orr). Manchester, 1915.
Haymar Monachus: *De Expugnata Accone* (ed. Riant). Lyon, 1876.
Hayton (Hethoum): *Flos Historiarum Terre Orientis*, en *R. H. C. Arm.*, vol. II.
Hayton (Hethoum): *La Flor des Estoires de la Terre d'Orient, ibid.*
Historia Peregrinorum, en Chroust, *Quellen*.
Humberto de Romanos: *Opus Tripartitum*, en E. Brown, *Appendix ad fasciculum rerum expetendarum et fugiendarum*. Londres, 1690.
Inocencio III, Papa: *Epistolae*, en *M. P. L.*, vols. CCXIV-CCXVII.
Joinville, Juan, señor de: *Histoire de Saint Louis* (ed. Wailly). París, 1874.
José de Chauncy: *Carta a Eduardo I*, en *P. P. T. S.*, vol. V.
Juan de Ypres: *Chronicon Sythiense Sancti Bertini*, en Martène y Durand, *Thesaurus Anecdotorum*, vol. III.
Juan de Tulbia: *De Domino Johanne Rege Jerusalem*, en Röhricht, *S. M. Q. B. S.*
La Broquière, Bertrandón de: *Voyage d'Outremer* (ed. Schefer). París, 1892.
Lettre des Chrétiens de Terre Sainte à Charles d'Anjou (ed. Delaborde), en *Revue de l'Orient Latin*, vol. II. París, 1894.
Liber Duellii Christiani in Obsidione exacti, en Röhricht, *S. M. Q. B. S.*
Ludolfo de Suchem (Sudheim): *Description of the Holy Land* (trad. Stewart), *P. P. T. S.*, vol. XII.
Luis IX, rey de Francia: *Cartas*, en Baluzius, *Collectio*, vol. IV.
Lulio, Raimundo: *Liber de Fine*, en Gottron, *Ramon Lulls Kreuzzugsideen*; véase Bibliografía II.
Machaut, Guillermo: *La Prise d'Alexandrie* (ed. Mas Latrie). Ginebra, 1877.
Manuscrito de Rothelin, en *R. H. C. Occ.*, vol. II.
Mateo Paris: *Chronica Majora* (ed. Luard), Rolls Society, 7 vols. Londres, 1872-1884.
Mateo Paris: *Historia Minora* (ed. Madden), Rolls Society, 3 vols. Londres, 1866-9.
Mateo de Westminster: *Flores Historiarum* (ed. Luard), Rolls Society, 3 vols. Londres, 1890.
Memoria Terre Sancte, en Kohler, *Mélanges*, vol. II.
Molay, Jaime de: *Informe a Clemente V*, en Baluzius, *Vitae Paparum*, vol. III.
Muntaner, Ramón: *Crónica* (ed. Caroleu). Barcelona, 1886.
Narratio Itineris Navalis ad Terram Sanctam (ed. da Silva López). Lisboa, 1844.
Oliverio Escolástico: *Opera*: I, *Historia Damiatana*; II, *Epistolae* (ed. Hooeweg), *Bibliothek des Litterarischen Vereins in Stuttgart*, vol. CCII. Tubinga, 1894.

Otón de Saint Blaise: *Chronica* (ed. Hofmeister), *M. G. H. Ss. in usum Scholarum,* 1912.
Pian del Carpine: Juan: *Historia Mongolorum* (ed. Pulle). Florencia, 1913.
Ricardo de Devizes: *De Rebus Gestis Ricardi Primi,* en *Chronicles* (ed. Howlett), vol. III.
Ricardo de San Germano: *Chronicon* (ed. Pertz), *M. G. H. Ss.,* vol. XIX.
Rigord: *Gesta Philippi Augusti* (ed. Delaborde). París, 1882.
Roberto de Monte (apéndice), en *R. H. F.,* vol. XVIII.
Roberto de Clary: *La Conquête de Constantinople* (ed. Lauer). París, 1924.
Roger de Wendover: *Chronica* (ed. Hewlett), Series Rolls, 3 vols. Londres, 1886-9.
Rutebeuf: *Onze Poèmes concernant la Croisade* (ed. Bastin y Faral). París, 1946.
Salimbene de Adam: *Crónica* (ed. Holder-Egger), en *M. G. H. Ss.,* vol. XXXII.
Sanudo, Marino: *Chronique de Romanie,* en Mas Latrie, *Nouvelles Preuves.*
Sanudo, Marino: *Liber Secretorum Fidelium Crucis,* en Bongars, *Gesta Dei per Francos,* vol. II.
Sequentia Andegavensis, en Riant, *Exuviae,* vol. II.
Sicardo de Cremona: *Crónica* (ed. Holder-Egger), *M. G. H. Ss.,* vol. XXXI.
Tadeo de Nápoles: *Hystoria de Desolacione et Conculcacione Civitatis Acconensis et Tocius Terre Sancte* (ed. Riant). Ginebra, 1873.
Templario de Tiro, El: *Chronique,* en *Gestes des Chiprois.*
Thwrocz, Juan de: *Illustrissima Hungariae Regum Chronica,* en Schwandtner, *Scriptores Rerum Hungaricarum,* vol. I.
Tomás de Spalato: *Historia Salonitana,* en Schwandtner, *Scriptores Rerum Hungaricarum,* vol. III.
Via ad Terram Sanctam, en Kohler, *Mélanges,* vol. II.
Villaret, Fulko, *Mémoire* (ed. Petit), *Bibliothèque de l'Ecole des Chartes.* París, 1889.
Villehardouin, Godofredo de: *La Conquête de Constantinople* (ed. Faral), 2 vols. París, 1938-9.
Vicente de Beauvais: *Speculum Historiale.* Douai, 1624.
Vitry, Jaime de: *Epistolae* (ed. Röhricht), *Zeitschrift für Kirchengeschichte,* volúmenes XIV-XVI. Gotha, 1894-6.
Vitry, Jaime de: *History of Jerusalem* (trad. Stewart), *P. P. T. S.,* vol. XI.
Wilbrando de Oldenburgo: *Reise* (ed. Laurent). Hamburgo, 1859.
Zaccaria, Benito: *Mémoire,* en Mas Latrie, *Documents.*

3. *Fuentes griegas*

Acropolita, Jorge: *Opera* (ed. Heisenberg). Leipzig, 1903.
Bustron, Jorge: Χρονικόν Κύπρου, en Sathas, Μεσαιωνικὴ Βιβλιοθήκη, vol. II.
Germanus, patriarca de Constantinopla: Ἐπιστολαί, en Sathas, Μεσαιωνικὴ Βιβλιοθήκη, vol. II.
Carta del clero griego a Inocencio III, en Cotelerius, *Ecclesiae Graecae Monumenta,* vol. III.
Makhaeras, Leoncio: *Recital concerning the Sweet Land of Cyprus, entitled Chronicle* (ed. con trad. Dawkins), 2 vols. Oxford, 1932.
Mesarites, Nicolás: *Opera,* en Heisenberg, *Neue Quellen.*
Historia de los trece santos padres quemados por los latinos, en Sathas, Μεσαιωνικὴ Βιβλιοθήκη vol. II.
Pachymer, Jorge: *De Michaele et Andronico Palaeologis,* 2 vols. *C. S. H. B.* Bonn, 1835.

4. *Fuentes árabes y persas*

Al-Aïni: *Perles d'Histoire,* fragmentos en *R. H. C. Or.*, vol. II, 2.
Dimashki: *Geografía* (ed. Mehren). San Petersburgo, 1866.
Histoire des Patriarches d'Alexandrie, fragmentos (trad. Blochet), *Revue de l'Orient Latin,* vol. XI. París, 1908.
Ibn al-Amid: *Crónica* (ed. Cheikho), *Corpus Scriptorum Christianorum Orientalium,* vol. III, 1.
Ibn Batuta: *Voyages* (ed. con trad. francesa por Defremery y Sanguinetti), 4 vols. París, 1879.
Ibn Bibi: *Historia de los seléucidas,* trad. turca (ed. Houtsma), *Textes relatifs à l'histoire des Seldjouqides,* vols. III, IV. París, 1902.
Ibn al-Furad: *Crónica* (ed. parcial de Zouraiq). Beirut, 1935-7.
Ibn Khallikan, Ibn Shedad: *Geografía,* fragmentos (ed. por Cahen), en *Revue des Études Islamiques.* París, 1936.
Ibn Wasil: *Historia de los ayubitas,* selecciones en Reinaud, *Extraits,* en Michaud, *Bibliothèque.*
Idrisi: *Geografía* (ed. Gildemeister), *Zeitschrift für Deutsche Palästina Verein,* vol. VIII. Leipzig, 1885.
Al-Jazari: *Chronique de Damas* (trad. Sauvaget). París, 1949.
Juwaïni, Sa'd ad-Din Ibn Hamawiya, fragmentos (trad. Cahen): *Une Source pour l'Histoire des Croisades,* en *Bulletin de la Faculté des Lettres de Strasbourg,* año XXVIII, núm. 7, 1950.
Maqrisi: *Histoire des Sultans Mameluks* (trad. Quatremère), 2 vols. París, 1837-45.
Muhi ad-Din Ibn Abdazzahir: *Vidas de Baibars y Qalawun,* selecciones en Reynaud, *Extraits,* en Michaud, *Bibliothèque.*
Rashid ad-Din: *Historia de los mongoles* (trad. rusa por Berezin), 4 vols. San Petersburgo, 1861-88. Parte IV, *Historia de los mongoles de Persia* (ed. con trad. francesa por Quatremère). París, 1836.
Yakut: *Diccionario alfabético de geografía* (ed. Wustenfeld), 6 vols. Leipzig, 1866-73.

5. *Fuentes armenias, sirias, eslavas y mongólicas*

Balada de la cautividad de León, hijo del rey Hethoum I, en *R. H. C. Arm.*, volumen I.
Hayton (Hethoum de Corycus): *Tablas cronológicas,* en *R. H. C. Arm.*, vol. I.
Hethoum II, rey de Armenia: *Poema,* en *R. H. C. Arm.*, vol. I.
Kirakos de Gantzag: *Historia* (trad. Brosset). San Petersburgo, 1870.
Orbelian, Esteban: *Historia de Siunia,* texto armenio. Moscú, 1861.
Vartan: *Historia del Mundo,* texto armenio. Moscú, 1861.
Rabban Sauma: *History of Rabban Sawma and Mar Yahbhallaha* (trad. Budge), en Budge, *The Monks of Khublai Khan* (véase Bibliografía II).
Crónica de Novgorod (Novgorodskaya Pervaya Lietopis, ed. Nasonov), Academia de Ciencias de la U. R. S. S. Moscú-Leningrado, 1950.
Historia secreta de los mongoles (Yuan Ch'ao Pi Shih), texto mongólico transcrito con caracteres latinos, y traducción parcial francesa y ed. por Pelliot. París, 1940.

2.—Obras modernas

Alphandery, P.: «Les Croisades d'Enfants», en *Revue de l'Histoire des Religions,* vol. LXXIII. París, 1916.

Amari, M.: *La guerra del Vespro siciliano,* 3 vols. Milán, 1886.

Atiya, A. S.: *The Crusade in the Later Middle Ages.* Londres, 1938.

Atiya, A. S.: *The Crusade of Nicopolis.* Londres, 1934.

Baltrusaitis, J.: *Problème de l'Ogive et l'Arménie.* París, 1936.

Barthold, W.: Artículos «Cingis Khan» y «Khwaresm», en *Encyclopaedia of Islam.*

Boase, T. S. R.: «The Arts in the Latin Kingdom of Jerusalem», en *Journal of the Warburg Institute,* vol. II. Londres, 1938-9.

Bouvat, L.: *L'Empire Mongol, 2me Phase,* vol. VIII, 3, parte II, de Cavaignac, *Histoire du Monde.* París, 1927.

Bratianu, G. I.: *Recherches sur le Commerce Génois dans la Mer Noire au XIIIe siècle.* París, 1929.

Bretschneider, E.: *Mediaeval Researches from Eastern Asiatics Sources,* 2 vols. Londres, 1888.

Buchthal, H.: «The Painting of Syrian Jacobites in its relation to Byzantine and Islamic Art», en *Syria,* vol. XX. Beirut, 1929.

Budge, E. A. W.: *The Monks of Kûblâi Khân, Emperor of China.* Londres, 1928.

Cahen, C.: «Notes sur l'Histoire des Croisades et de l'Orient Latin, III, Orient Latin et Commerce du Levant», en *Bulletin de la Faculté des Lettres de Strasbourg,* año IX, núm. 8, 1951.

Cahen, C.: «Turcomans de Roum», en *Byzantion,* vol. XIV. Bruselas, 1939.

Cartellieri, A.: *Philipp II August und der Zusammenbruch des angevinischen Reiches.* Leipzig, 1913.

Chabot, J. B.: «Relations du Roi Argoun avec l'Occident», en *Revue de l'Orient Latin,* vol. II. París, 1894.

Chaytor, H. J.: *The Troubadours.* Cambridge, 1912.

Clapham, A. W.: *Romanesque Architecture in Western Europe.* Oxford, 1936.

Cognasso, F.: «Un Imperatore Bizantino della Decadenza», en *Bessarione,* volumen XXXI. Roma, 1915.

Dalton, O. M.: *Byzantine Art and Archaeology.* Oxford, 1911.

Dalton, O. M.: *East Christian Art.* Oxford, 1925.

Delaville La Roulx, J.: *La France en Orient au XIVe siècle,* Bibliothèque des Ecoles Françaises d'Athènes et de Rome. París, 1886.

Der Nersessian, S.: *Armenia and the Byzantine Empire.* Cambridge, Mass., 1945.

Deschamps, P.: *Défense du Royaume de Jérusalem,* 2 vols. París, 1939.

Deschamps, P.: *Crac des Chevaliers,* 2 vols. París, 1934.

Diehl, C.: *Une République Patricienne, Venise.* París, 1915.

D'Ohsson, M.: *Histoire des Mongols depuis Tchinguiz Khan jusqu'à Timur Béc,* 2 vols. Amsterdam, 1834-5.

Donovan, J. P.: *Pelagius and the Fifth Crusade.* Filadelfia, 1950.

Duckworth, H. T. F.: *The Church of the Holy Sepulchre.* Londres, 1922.

Ebersolt, J.: *Monuments d'Architecture Byzantine.* París, 1934.

Edwards, J. G.: «The *Itinerarium Regis Ricardi* and the *Estoire de la Guerre Sainte*», en *Essays in honour of James Tait.* Manchester, 1933.

Enlart, C.: *Les Monuments des Croisés dans le Royaume de Jérusalem,* 4 vols. París, 1925.

Fedden, R.: *Crusader Castles.* Londres, 1950.
Fliche, A.: *La Chrétienté Romaine,* vol. X, de Fliche y Martin, *Histoire de l'Eglise.* París, 1950.
Foreville, R., y Rousset de Pina, J.: *Du Premier Concile du Latran à l'Avènement d'Innocent III,* vol. IX, 2, de Fliche y Martin, *Histoire de l'Eglise.* París, 1952.
Gibbons, H. A.: *The Foundation of the Ottoman Empire.* Oxford, 1916.
Gottron, A.: «Ramon Lulls Kreuzzugsideen», en *Abhandlungen zur Mittleren und Neueren Geschichte,* vol. XXXIX. Berlín-Leipzig, 1912.
Gregoire, H.: «The Question of the Diversion of the Fourth Crusade», en *Byzantion,* vol. XV. Boston, 1941.
Grekov, B., y Iakoubovski, A.: *La Horde d'Or* (trad. francesa por Thuret). París, 1939.
Greven, J.: «Frankreich und der Fünfte Kreuzzug», en *Historisches Jahrbuch,* vol. XLII. Munich, 1923.
Grousset, R.: *L'Empire des Steppes.* París, 1941.
Grousset, R.: *L'Empire Mongol, 1ère Phase,* vol. VIII, 3, de Cavaignac, *Histoire du Monde.* París, 1941.
Haenisch, E.: «Die letzten Feldzüge Cingis Hans und sein Tod», en *Asia Major,* vol. IX. Leipzig, 1932.
Halecki, O.: *The Crusade of Varna.* Nueva York, 1943.
Hammer-Purgstall, J. von: *Histoire de l'Empire Ottoman* (trad. francesa por Hellert), 18 vols. París, 1843.
Hill, G.: *History of Cyprus,* vols. II y III. Cambridge, 1948.
Hopf, K.: *Geschichte Griechenlands vom Beginne des Mittelalters bis auf die neuere Zeit.* Leipzig, 1867.
Howorth, H. H.: *History of the Mongols,* 5 vols. Londres, 1876-88.
Iorga, N.: *Philippe de Mézières et la Croisade au XIVe Siècle.* París, 1896.
Jordan, E.: *Les Origines de la Domination Angevine en Italie.* París, 1909.
Kantorowicz, E.: *Frederick the Second.* Londres, 1931.
Karamzin, N. M.: *Historia del Imperio Ruso* (en ruso), 3 vols. San Petersburgo, 1851.
Kingsford, C. L.: «Otho de Grandison», en *Transactions of the Royal Historical Society,* 3.ª serie, vol. III. Londres, 1909.
Köprülü, M. F.: *Les Origines de l'Empire Ottoman.* París, 1935.
La Monte, J. L.: «John d'Ibelin», en *Byzantion,* vol. XII. Bruselas, 1937.
Langlois, C. V.: *La Vie en France au Moyen Age,* 3 vols. París, 1927.
Leclerc, L.: *Médicine Arabe.* París, 1876.
Levis-Mirepoix, duque de: *Philippe le Bel.* París, 1936.
Levy, R.: *A Baghdad Chronicle.* Cambridge, 1929.
Lizerand, G.: *Le Dossier de l'Affaire des Templiers.* París, 1928.
Longnon, J.: *L'Empire Latin de Constantinople.* París, 1949.
Longnon, J.: *Les Français d'Outre-mer au Moyen Age.* París, 1929.
Luchaire, A.: *Innocent III: La Question d'Orient.* París, 1911.
Makhouly, N.: *Guide to Acre.* Jerusalén, 1941.
Martin, E. J.: *The Trial of the Templars.* Londres, 1928.
Martin, H. D.: *The Rise of Chingis Khan and his Conquest of North China.* Baltimore, 1950.
Mas Latrie, L.: *Histoire de l'Ile de Chypre sous le Règne de la Maison de Lusignan,* vol. I, *Histoire;* vols. II y III, *Documents.* París, 1852-61.
Melvin, M.: *La Vie des Templiers.* París, 1951.
Munro, D. C.: «The Children's Crusade», en *American Historical Review,* volumen XIX. Nueva York, 1914.

Norgate, K.: *Richard the Lion Heart*. Londres, 1924.
Norgate, K.: «The *Itinerarium Peregrinorum* and the *Song of Ambroise*», en *English Historical Review*, vol. XXV. Londres, 1910.
Omont, H.: «Peintures d'un Evangéliaire Syriaque», en *Monuments et Mémoires publiés par l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres*, vol. XIX. París, 1911.
Pelliot, P.: «Chrétiens d'Asie Centrale et de l'Extrème Orient», en *Toung Pao*, vol. XI. Leiden, 1914.
Pelliot, P.: «Les Mongols et la Papauté», en *Revue de l'Orient Chrétien*, volúmenes XXIII, XXIV y XXVIII. París, 1922-32.
Piquet, J.: *Les Banquiers du Moyen Age: Les Templiers*. París, 1939.
Powicke, F. M.: *King Henry III and the Lord Edward*, 2 vols. Oxford, 1947.
Prawer, J.: «Étude de Quelques Problèmes Agraires et Sociaux d'une Seigneurie Croisée au XIIIe Siècle», en *Byzantion*, vol. XXII. Bruselas, 1952.
Prawer, J.: «L'Etablissement des Coutumes du Marché à Saint-Jean d'Acre», en *Revue Historique de Droit Français et Etranger*. París, 1951.
Prutz, H. G.: *Kaiser Friedrich I*, 3 vols. Danzig, 1871-4.
Prutz, H. G.: *Kulturgeschichte der Kreuzzüge*. Berlín, 1883.
Rey, E. G.: *Les Monuments de l'Architecture Militaire des Croisés en Syrie et dans l'Ile de Chypre*. París, 1871.
Röhricht, R.: «Der Kinderkreuzzug 1212», en *Historische Zeitschrift*, volumen XXXVI. Munich, 1876.
Röhricht, R.: *Études sur les Derniers Temps du Royaume de Jérusalem*, en *Archives de l'Orient Latin*, vol. II. París, 1884.
Röhricht, R.: *Studien zur Geschichte des Fünften Kreuzzuges*. Innsbruck, 1891.
Sacerdoteanu, A.: *Marea Invazie Tatara si Sud-estul European*. Bucarest, 1938.
Schlumberger, G.: *Byzance et Croisades: Pages Médiévales*. París, 1927.
Smail, R. C.: «Crusaders' Castles in the Twelfth Century», en *Cambridge Historical Journal*, vol. X, 2. Cambridge, 1951.
Sobernheim, M.: Artículo «Baibars», en *Encyclopaedia of Islam*.
Sternfeld, R.: *Ludwigs des Heiligen Kreuzzug nach Tunis 1270*. Berlín, 1896.
Strakosch-Grossmann, G.: *Der Einfall der Mongolen in Mitteleuropa in den Jahren 1241 und 1242*. Inssbruck, 1893.
Throop, P. A.: «Criticism of Papal Crusade Policy in Old French and Provençal», en *Speculum*, vol. XIII. Cambridge, Mass., 1938.
Throop, P. A.: *Criticism of the Crusades*. Amsterdam, 1940.
Van Ortroy, F.: «Saint François et son Voyage en Orient», en *Analecta Bollandiana*, vol. XXXI. Bruselas, 1912.
Vasiliev, A. A.: *History of the Byzantine Empire*, nueva edición. Madison, 1952.
Vasiliev, A. A.: «The Foundation of the Empire of Trebizond», en *Speculum*, vol. XI. Cambridge, Mass., 1936.
Vernadsky, G.: *Kievan Russia*, vol. II, de Vernadsky y Karpovitch, *History of Russia*. Newhaven, 1948.
Winkelmann, E.: *Kaiser Friedrich II*, 2 vols. Leipzig, 1889-97.
Winkelmann, E.: *Philipp von Schwaben und Otto IV von Branschweig*, 2 vols. Leipzig, 1873-8.
Wittek, P.: *Rise of the Ottoman Empire*. Londres, 1838.
Yule, H.: *Cathay and the Way Thither*, 2 vols. Hakluyt Society, núm. 37. Londres, 1866-7.

INDICE ALFABETICO

No se incluyen en este índice nombres de pueblos, tales como árabes, turcos, griegos, francos, franceses, italianos, ni Estados como Bizancio, o el Califato, ni de países, como Siria, Palestina, Egipto o Asia Menor; todos ellos aparecen con frecuencia en el texto.

Alianza Editorial
ensayo

Antropología
Arte
Biografías
Biología
Ciencia política
Crítica literaria
Economía
Educación
Filosofía
Física
Geografía
Historia
Lingüística
Matemáticas
Música
Psicoanálisis
Psicología
Química
Sociología
Otros

La HISTORIA DE LAS CRUZADAS ya sea considerada como la más romántica de las aventuras cristianas o como la última invasión de los bárbaros, supuso el desplazamiento hacia Occidente de la hegemonía de Bizancio y el Califato. Dividida en tres volúmenes –1. La primera Cruzada y la fundación del Reino de Jerusalén; 2. El Reino de Jerusalén y el Oriente Franco; 3. El Reino de Acre y las últimas Cruzadas– abarca la historia del movimiento desde sus orígenes en el siglo XI, hasta su ocaso en el XIV, y explica tanto su génesis en Europa como las condiciones que permitieron el avance de los cruzados en Oriente.

De Steven Runciman, Alianza Editorial ha publicado VÍSPERAS SICILIANAS. UNA HISTORIA DEL MUNDO MEDITERRÁNEO A FINALES DEL SIGLO XIII.

El libro universitario
Alianza Editorial